

OBRAS LITERARIAS, I

## ÁLVARO CUNQUEIRO

*Merlín y familia.*

*Las crónicas del Sochantre.*

*Las mocedades de Ulises.*

*Cuando el viejo Sinbad vuelva a las islas.*

*Flores del año mil y pico de ave.*



Lectulandia

Volumen I de las obras literarias de Cunqueiro en castellano.

**Lectulandia**

Álvaro Cunqueiro

# **Obras literarias, I**

ePub r1.0

Titivillus 10.08.17

Álvaro Cunqueiro, 2006

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# INTRODUCCIÓN

*Cedo é sempre acoló. País-sin-Nome:  
pois onde vai o corpo sempre amence.  
Dime si poido desenterrólos días<sup>[1]</sup>.*

ÁLVARO CUNQUEIRO

La extensa y muy diversa obra de Álvaro Cunqueiro Mora (Mondoñedo, Lugo, 1911-Vigo, Pontevedra, 1981), lejos de resentirse o devaluarse con el paso del tiempo, ha adquirido en los últimos años un creciente reconocimiento crítico y académico. Cunqueiro siempre ha tenido, además, fieles seguidores, «una secta literaria como la *proustiana* o la *joyciana*», en expresión afortunada del primero de sus dos hijos, el notario César Cunqueiro González-Seco, autor a su vez de varios libros de poesía y narrativa. Sin embargo, estas rendidas adhesiones también han coexistido con largos períodos de olvido e incluso de menosprecio, tanto en vida de don Álvaro como después de su fallecimiento.

La lectura atenta y sin prejuicios de la amplia selección de sus títulos en castellano que aquí se ofrece, reunida en dos tomos para la Biblioteca Castro por el profesor Xosé María Dobarro Paz, permite descubrir —o redescubrir, que Cunqueiro admite muchas vueltas— a un creador de talento y originalidad excepcionales. A un escritor bilingüe, difícil de clasificar —sin género y paneuropeo, según Darío Villanueva— y ajeno a las modas de su época; capaz de transformar y de subvertir mitos y leyendas, sueños y recuerdos, en nuevas e inquietantes —también divertidas y provocadoras— historias literarias.

Maestro de la parodia y de la transgresión, cultivador de la memoria deformante, sutil narrador de delicadas pero atrevidas escenas eróticas, exquisito gastrónomo, buen catador de vinos, defensor infatigable de la fantasía frente a la realidad, Álvaro Cunqueiro construyó un universo propio, inconfundible, inimitable. Un mundo que empieza, pasa y termina casi siempre en Mondoñedo, la gran referencia, principio y fin. Un espacio tan verdadero como imaginado: Mondoñedo, la vieja Vallibria. Un reino literario del que formaba parte el propio Cunqueiro como un personaje más, con vida propia. El escritor fue un actor principal, una primera figura en aquel escenario surcado por vientos tan fuertes que «muxen como unha vaca», pero que, por mucho que soplen, siempre dejan oír el sereno repicar de las campanas y permiten apreciar —hoy como ayer— el ritmo musical del latín litúrgico, que «vuela al par de los murciélagos».

Álvaro Cunqueiro era —es— por vocación y por derecho, un miembro destacadísimo de esa hueste de reyes, héroes, adivinos, doncellas, navegantes, pícaros, brujas, visionarios, curanderos... que habitan en las páginas de sus libros, en los que tienen también generosa cabida y cobijo animales parlantes, tentadoras



sirenas, almas en pena, ángeles y demonios.

Desdeñado por quienes le acusaron peyorativamente de cultivar una literatura escapista y fantástica, contraria al realismo social y al *compromiso* imperante en las letras españolas durante buena parte del franquismo, Cunqueiro siempre estuvo muy seguro de lo que escribía y nunca renunció a sus principios. «He calculado con mucha frialdad la dosis de fantasía, de imaginación, de libertad creadora, con el realismo, con el contrapunto realista, absolutamente necesario para que la fantasía se sostenga», decía en una entrevista emitida por Televisión Española (*A fondo*, 1978). En este caso, y en contra de lo que sucede a menudo, también parte de sus lectores, críticos y estudiosos coinciden con el autor en esa apreciación: «A obra do escritor mindoniense mira tanto para a realidade real coma para a máxica ou marabillosa, e non é tampouco allea ó orbe do fantástico. (...) Para min é fundamental en Cunqueiro o estímulo da realidade galega e da nosa cosmovisión erixida en *interpretante* ou filtro cultural á hora de le-lo mundo, xunto á tradición secular da materia de Bretaña, que, lonxe de estar en contradicción, polo seu elitismo, co popular imbrícase poderosamente na súa médula<sup>[2]</sup>», ha escrito el profesor Darío Villanueva (*O realismo marabilloso de Álvaro Cunqueiro*, 1996).

Indiscutible renovador de la literatura gallega, especialmente de su narrativa, en la segunda mitad del siglo xx, Cunqueiro logró pronto el aprecio e incluso el éxito en su tierra natal —primero como poeta, desde 1932—, pero tuvo (y aún tiene) mayores dificultades para conquistar la gloria y la consagración literarias más allá de las fronteras de Galicia. El apoyo y la cariñosa protección de sus buenos y fieles amigos catalanes —Joan Perucho, Néstor Luján, entre otros— y la concesión del Premio de la Crítica en 1959 y del Premio Nadal en 1968 no fueron suficientes para que Cunqueiro pudiera desprenderse de una serie de etiquetas que condicionaron notablemente su proyección como escritor en un momento en que ser profesional de las letras era poco menos que una quimera.

Una de esas etiquetas, uno de los sambenitos que tuvo que arrastrar Cunqueiro a lo largo de su existencia, además del ya mencionado de autor de evasión y poco *engagé* con su tiempo, fue la de escritor asociado a la cruzada del general Franco, al bando de los vencedores de la guerra civil. Sería absurdo negar que Álvaro Cunqueiro, tras un pasado de claro y activo compromiso galleguista en los primeros años treinta, se unió a la causa falangista meses después de iniciada la contienda en julio de 1936. Esta vinculación con el falangismo, y muy especialmente con determinados ideales estéticos del fascismo español, la mantuvo hasta mediada la década de los cuarenta, probablemente tanto por miedo como por conveniencia y comodidad: hay opiniones divergentes. Las hemerotecas conservan sus escritos propagandísticos de la época, con textos laudatorios hacia el nuevo Caudillo de España —también hizo un soneto al fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera—, aparecidos en *Era azul*, *El Pueblo Gallego*, *La Voz de España*, *Vértice* y *ABC*, entre otras publicaciones.

Es cierta y está bastante bien documentada esta etapa franquista de Cunqueiro, pero también es real y constatable la indiferencia posterior del régimen con el escritor gallego, incluidos episodios próximos al ensañamiento. Sucedió cuando Cunqueiro, tras una serie de actuaciones presuntamente irregulares —haber cobrado un dinero de la embajada francesa en Madrid por unos textos sobre el Camino de Santiago que nunca escribió—, fue desposeído de su carnet de prensa y expulsado —*eliminado*, según la nota difundida entonces— del Registro Oficial de Periodistas. Los hechos eran sin duda censurables, pero la respuesta, vista desde hoy, también parece desmesurada por las dimensiones que alcanzó: el anuncio de su baja fue publicado en todos los diarios españoles —«Medidas contra un periodista», titulaba *ABC*—, como nota de inserción obligatoria, el 24 de junio de 1944. Aunque siguió colaborando en la prensa oficial, tanto gallega como española, tuvo que esperar más de dos décadas para lograr la rehabilitación profesional. No le llegó hasta que, para hacerse cargo de la dirección del *Faro de Vigo* (1965-1969), consiguió recuperar el carnet de prensa, imprescindible en aquellos años para el ejercicio de la profesión. En esa etapa del *Faro* Cunqueiro mantenía buenas relaciones con el entonces ministro de Información y Turismo Manuel Fraga, quien cultivó la amistad con el autor de *Merlín y familia* hasta la muerte del escritor. Preguntado Fraga por aquellos sucesos ocurridos en 1944 —¿no fue excesiva, y desafortunada en la forma, la sanción impuesta entonces a Cunqueiro?—, el expresidente de la Xunta de Galicia respondió: «Coincido totalmente con su juicio. Eran tiempos revueltos, pero nunca afectaron al prestigio de Álvaro Cunqueiro. Toda su obra es de primera calidad, como lo eran su amistad y su personal simpatía<sup>[3]</sup>».

Antes de la guerra, veinteañero aún, Cunqueiro había publicado ya tres libros de poesía en gallego que le habían proporcionado su primer aval como escritor: *Mar ao norde* (1932), *Cantiga nova que se chama riveira* (1933) y *Poemas do sí e non* (1933). También había sido colaborador de *El Pueblo Gallego* —el periódico de mayor tirada de Galicia cuando era propiedad del republicano Manuel Pórtela Valladares— y de la influyente revista *Nós*, además de impulsor de una serie de iniciativas culturales en su Mondoñedo natal, desde la revista nacionalista *Caliza* hasta la *Editorial Un*.

Durante la confrontación bélica, y sobre todo en la posguerra, además de los panegíricos y textos de circunstancias redactados para los periódicos del nuevo Movimiento, Cunqueiro fue recuperando su actividad literaria. Abandonó, por razones obvias, la publicación de textos en gallego, aunque se ha demostrado que no dejó de escribir algunos poemas en su lengua materna. En todo caso, sus nuevas obras aparecieron todas en castellano hasta 1950, año en que vio la luz el poemario *Dona do carpo delgado*. En 1939 se editó, como suplemento de la revista *Vértice*, su novela *La historia del caballero Rafael*, incluida después con otras narraciones bajo el título *Flores del año mil y pico de ave* (1968). También salió de la imprenta en 1940 su único libro de poemas en castellano, *Elegías y canciones*.



Sin embargo, el momento determinante de su vuelta al quehacer literario se producirá tras el obligado regreso desde Madrid a Mondoñedo, en 1947. Una vuelta a casa que fue consecuencia de una serie de hechos, como el mencionado de la embajada francesa, que estaban entre la picaresca y la frivolidad. Aquellos tropiezos administrativos y económicos, tan pintorescos algunos que parecen novelescos, han estado alimentados por la leyenda, pero no empañan en modo alguno la calidad humana y profesional de Álvaro Cunqueiro, a quien tanto detractores como devotos definen siempre como persona sumamente generosa, a la vez que carente con frecuencia del sentido de la realidad. En palabras de su gran amigo de mocedad Francisco Fernández del Riego (1913-2010), un republicano comprometido y perseguido que fue su protector, editor, traductor y confidente en la oscura etapa de los años cincuenta en Mondoñedo, «Cunqueiro metéuse na roda sin pensar, por inercia, con pouca responsabilidade, e foi inautèntico, pero, no fondo, nunca foi franquista<sup>[4]</sup>».

Ya instalado en su ciudad natal, tras largos períodos difíciles y sombríos, Cunqueiro logró remontar los duros meses de tristezas y melancolías y hubo de afrontar también su crisis matrimonial. El apoyo incondicional del citado Fernández del Riego, fielmente reflejado en la correspondencia que mantuvieron ambos entre 1949 y 1961, —cartas recogidas en una excelente edición de Dolores Vilavedra— fue decisivo para la escritura de su primera gran novela en gallego: *Merlin e familia i outras historias*, publicada en 1955 y traducida al castellano dos años más tarde. Poco después se editaron *El caballero, la muerte y el diablo* (1956) y *As crónicas do sochantre* (1956), cuya versión en castellano, *Las crónicas del sochantre*, mereció en 1959 el Premio Nacional de la Crítica.

Los años cincuenta y sesenta fueron claves y muy fecundos en el proceso creativo de Cunqueiro. El profesor Manuel Forcadela (*A mecánica da maxia*, 2009) ha calificado de «década prodixiosa de Álvaro Cunqueiro» el período que va de 1947 a 1960. Aparte de los títulos señalados, hay que recordar la ya citada *Dona do corpo delgado* (1950), *Las mocedades de Ulises* (1960) y *Si o vello Sinbad volvese ás illas* (1961), traducido al castellano como *Cuando el viejo Sinbad vuelva a las islas* (1962). En 1968, alcanzó uno de los momentos de mayor éxito con la concesión del antes comentado Premio Nadal a *Un hombre que se parecía a Orestes* (1968).

Cuando recibió el Nadal, Álvaro Cunqueiro, que dirigía el diario *Faro de Vigo* desde 1965, volvió a expresar una queja manifestada en distintas ocasiones: la incompatibilidad entre el ejercicio del periodismo y la creación literaria. La afirmación resulta discutible —en otros momentos matizará esta declaración excluyente— porque sin el periodismo, entendido como género literario y actividad profesional en sus términos más amplios, es imposible comprender la obra de Cunqueiro. Desde sus colaboraciones en *Vallibria*, el semanario de Mondoñedo en el que publicó su primer artículo el 9 de marzo de 1930, hasta los textos póstumos que aparecieron en varios medios tras su fallecimiento, Álvaro Cunqueiro no dejó de

mecanografiar miles de comentarios para diarios y revistas, sin olvidar sus notas para la radio. La mayoría de ellos —en torno a 25 000 ha calculado su biógrafo Xosé Francisco Armesto Faginas— los escribió en castellano y han sido recopilados parcialmente en distintas antologías, entre las que destacan las cinco preparadas por César Antonio Molina para Tusquets y las editadas también por algunos de los periódicos en los que colaboró asiduamente: *El Progreso*, *La Voz de Galicia* y *Faro de Vigo*, entre otros.

Además del periodismo, principal medio de subsistencia y esencial en su vida y en la proyección social de su obra, sería imperdonable descuido no mencionar en esta introducción la obra teatral de Cunqueiro, de la que se ofrece en esta antología una muestra simbólica, pero significativa: *Rogelia en Finisterre* (1941), publicada en *Vértice*. No obstante, su gran pieza dramática la escribió y se representó en gallego: *O incerto señor don Hamlet, príncipe de Dinamarca* (1958). Como ocurrió con otros títulos suyos que no pasaron de las musas al teatro, Cunqueiro anunció la terminación de una serie de textos, tanto dramáticos como narrativos, que solo existieron en su imaginación desbordante, por más que los proclamara públicamente con todo lujo de detalles. En todo caso, al igual que le ocurrió en cierto modo a su admirado Rafael Alberti —tan distante políticamente de él—, Cunqueiro siempre tuvo una cuenta pendiente con el teatro no del todo satisfecha. Con la poesía le sucedió algo similar, pero en menor medida. De hecho, aparte de los cinco libros ya mencionados, en 1980 publicó el poemario *Herba aquí e acolá*, que tuvo una excelente acogida y sigue siendo referencia para muchos jóvenes poetas.

Una de las definiciones —las etiquetas de nuevo— que más molestaban a Cunqueiro cuando se comentaba su literatura era la de ser considerado un escritor *humorista*. Es verdad que algunas de sus obras, especialmente los libros de semblanzas —*La otra gente* (1975), *Tertulia de boticas prodigiosas y escuela de curanderos* (1976) y *Las historias gallegas* (1979)—, destilan una combinación de ironía y ternura que divierten y sorprenden al lector, pero sería exagerado y erróneo calificarlas de humorísticas. Sí constituyen, en todo caso, una hermosa y conmovedora galería de retratos que refleja la sociedad gallega de una época mejor que cualquier manual de antropología. Estos tres libros son producto de ediciones previas en gallego y reúnen una nómina de seres increíbles y disparatados a primera vista, pero muy reales. En unos casos, lo son de verdad y en otros, la mayoría de ellos, Cunqueiro hacía combinaciones y sacaba una *foto* retocada que en el fondo procedía de la mezcla de tres modelos distintos. La principal fuente de inspiración no podía ser otra que la farmacia de su padre, Joaquín Cunqueiro Montenegro —gran botánico, buen cazador—, una botica por la que el joven Álvaro vio desfilar durante años a estos hombres y mujeres que curaban con la palabra o con el silencio, en gallego o en latín, según conviniera.

Como otros muchos autores, Cunqueiro procuró crear y cultivar un personaje de sí mismo, una caricatura muy alejada por lo general de su esencia como escritor.

Animador e impulsor de certámenes como la popular fiesta del albariño, don Álvaro llegó incluso a promocionar una marca de vinos en un anuncio publicitario, actividad chocante en su época. En las numerosas entrevistas de las que fue objeto, algunas de ellas en televisión, aparecía siempre con cierta pose, muy teatral, seguro de representar el papel que muchos esperaban de él. Lanzaba *boutades* de vez en cuando y lo mismo decía que le hubiera gustado trabajar de cocinero en los fogones de un ministerio que lamentaba —más en serio— no haber sido un buen alfarero. Mantenía buenas relaciones con los clérigos de su ciudad e incluso era frecuente que en sus cartas a determinados amigos firmara como *Álvaro, obispo de Mondoñedo*. En el obituario que le dedicó Francisco Umbral (1932-2007) —con grandes elogios hacia Cunqueiro— se refleja muy bien esa imagen externa construida por el autor de *Las crónicas del sochantre*, en parte por necesidad, en parte por conveniencia: «Entre Lezama Lima y obispo de Mondoñedo, como un canónigo de Santiago que se hubiese venido en tren y de paisano, a visitar una prima monja y comer en Botín, Álvaro Cunqueiro aparecía por Madrid de tarde en tarde, con gafas de médico de sí mismo que se recetaba todo el rato setas difíciles, dulcerío de santoral y lechones enteros a más de algún vino prior». (*El País*, 4 de marzo de 1981).

Umbral calificaba entonces a Cunqueiro como «uno de los primeros poetas y prosistas del siglo en dos idiomas peninsulares, castellano y gallego». No era una hipérbole necrológica. El lector que se acerque por vez primera a los títulos que se ofrecen aquí experimentará el placer de estar ante un autor fascinante y cautivador, diferente. Más allá del acierto o de la equivocación de las múltiples interpretaciones realizadas en torno a su obra, que van desde las psicoanalíticas hasta las estructuralistas, Cunqueiro no defraudará a quien se adentre sin prevenciones en su mundo maravilloso, anacrónico en apariencia, creíble e inverosímil a la vez. No es este pórtico el lugar apropiado para comparar ni debatir las distintas visiones y exégesis de sus libros, que corren el riesgo, dicho sea con un punto de exageración y con todo el respeto a todos los estudios llevados a cabo, de llegar a ser más analizados que leídos.

En la bibliografía seleccionada para esta edición hallará el lector deseoso de saber más algunas pistas y sugerencias para ingresar en el apasionante círculo de los *cunqueirianos* y de los *cunqueirólogos*, secta formada ya en vida del autor y acrecentada año a año, como cualquier mitomanía que se precie. A veces se suman ambas condiciones, la del seguidor incondicional (*cunqueiriano*) con la del intérprete de la obra (*cunqueirólogo*), en una especie de doble militancia admitida con naturalidad. Tras la muerte del autor de *Merlín y familia*, uno de los máximos representantes de estas sociedades secretas, el *cunqueiriano* y *cunqueirólogo* Juan Cueto Alas, quitaba importancia a la cicatería de la que fue objeto el escritor de Mondoñedo: «Tampoco a Cunqueiro le importaron demasiado los escasos tratos de su literatura con el éxito y la actualidad. Ya se había acostumbrado a esa marginalidad narrativa en la que vivió la mayor parte de su vida. Me decía recientemente que lo

importante no son los reconocimientos públicos, “que siempre huelen a funeral, sino los amigos privados”». (*El País*, 1 de marzo de 1981).

Cunqueiro recibió varios y emotivos homenajes y agasajos en los últimos años de su vida. Sobre cuestiones políticas era muy reacio a hablar y evitaba pronunciarse. Se definía, y así lo afirmó en algunas entrevistas, como un viejo liberal. En la transición democrática se sumó a quienes respaldaron públicamente el nuevo Estatuto de Autonomía para Galicia y formó parte del grupo denominado *Realidade Galega*, surgido en 1980 desde las filas del galleguismo cultural con el propósito de «despertar una conciencia viva de la ciudadanía gallega por encima de todo partidismo o divergencia ideológica, superando los recelos, resentimientos o intrigas derivados de nuestro minifundismo espiritual». Entre los escritores e intelectuales que se sumaron a aquel movimiento estaban algunos entrañables amigos y colegas de Cunqueiro: Domingo García-Sabell, Ramón Piñeiro, Francisco Fernández del Riego, Ricardo Carballo Calero, Valentín Paz Andrade, Camilo José Cela, Gonzalo Torrente Ballester y Carlos Casares, entre ellos.

Más allá de los olvidos y de las memorias, más allá también de los juicios críticos y académicos, tan útiles e interesantes muchos de ellos como discutibles otros, lo reconfortante es que ya casi nadie encasilla a nuestro autor en ese reduccionista y equívoco epígrafe del escapismo y la evasión. La literatura de Álvaro Cunqueiro, plena de emociones y de dudas, de afanes imposibles y de venganzas suspendidas, desmitificadora, intemporal, no busca disimulos ni complacencias. Si algo prevalece en la obra de Cunqueiro es una mirada aguda, sentimental y profunda, hacia todo aquello que ha conformado y dado sentido al ser humano a lo largo de los siglos: los sueños, el amor, la libertad, la fantasía, el miedo, la esperanza. ¿Existe algo más comprometido, algo más perdurable, algo más literario?

Cuando desde algunos sectores se le consideró —tímidamente, sin excesivo convencimiento— un precursor, un adelantado del realismo mágico que lanzó a la gloria a los autores del *boom* latinoamericano, Cunqueiro solía admitir que determinados caminos él ya los había transitado antes que ellos, pero, a continuación, seguía a lo suyo, sin darle mayor trascendencia a las comparaciones. Se comentaron algunos elogios hacia Cunqueiro del colombiano Gabriel García Márquez y su compatriota Álvaro Mutis dijo de él que pertenecía «a esa especie, cada día más rara, del escritor que se inventa a sí mismo, cuya obra hunde sus raíces en los más profundos veneros de nuestros mitos y de nuestra lengua. Por eso Cunqueiro no tiene antecesores ni podrá tener seguidores, gracias a la vasta riqueza de su mundo imaginado y real, de su estilo trufado de sabrosos galleguismos y de sabias invenciones solo por él avaladas y posibles».

A Cunqueiro le gustaba terminar determinados capítulos de sus historias con alguna sentencia concluyente o enigmática, casi un aforismo puesto en boca de algún personaje. Lo hacía, según contó en alguna ocasión, por influjo de las literaturas nórdicas, en las que a «esa gente, antes de fallecer, le quedaba siempre tiempo para

decir una cosa importante». Admitía que esos remates le salían mejor en gallego que en castellano, hasta el punto de ocasionarle problemas de traducción. Le sucedía cuando empleaba un diminutivo en gallego, por ejemplo, al notar que «el oído se resiste a aceptar la versión castellana y muchas veces he tenido que modificar el final del capítulo y cambiar la frase».

El propio Cunqueiro se podría haber definido a sí mismo con cualquiera de las decenas de ocurrencias geniales pronunciadas por sus héroes literarios —desde Merlín y Felipe de Amancia hasta el sochantre de Pontivy, sin menospreciar a Ulises, Sinbad, Orestes, Fanto Fantini, Paulos...—, pero para su epitafio, grabado desde el 28 de febrero de 1981 sobre la lápida de su tumba en el cementerio viejo de Mondoñedo, propuso una sencilla inscripción: «Eiquí xaz alguén que coa súa obra fixo que Galicia durase mil primaveras máis». Probablemente este convencimiento, el de saber que había contribuido a prolongar con sus libros los sueños y la esencia de un país que le modeló como hombre y como escritor, le liberó en las horas finales de esa engañosa sensación «de ter vivido para nada, de que perdín o tempo», que le transmitía a su hijo César ya en los días últimos de su existencia. En esas confesiones se preguntaba por lo que quedaría de su obra —«puiden facer moito máis», decía— y se inquietaba por el futuro de su legado, construido, página a página, a lo largo de medio siglo. Aunque a él le gustaba presentarse como «vagabundo y dado a la dispersión», lo cual fue cierto en determinadas etapas de su vida, estos dos volúmenes son la mejor muestra de su enorme capacidad creadora, cuyos frutos han sobrevivido con lozanía tal vez porque su autor resistió con firmeza los embates y las tentaciones de la moda.

Es posible que ahí haya residido el secreto de su fórmula magistral: ser fiel a sus principios literarios, tan incomprendidos por algunos. Cunqueiro tenía un relativo apego a la alabanza ajena. Deseaba el reconocimiento como cualquiera, aunque sin prisas por llegar y pertenecer a ese incierto mundo llamado posteridad:

«¿La inmortalidad? No. Mi inmortalidad, mi felicidad la cifro en que un día del año 2500 sobre la tierra haya un hombre que lea un anónimo titulado “Merlín”. Y no asomará el hocico entre las nubes para protestar que no se diga mi nombre... O que dentro de quinientos años, una niña, en una tarde de primavera, cante una canción mía...»<sup>[5]</sup>.

MIGUEL GONZÁLEZ SOMOVILLA  
El Escorial, 24 de enero de 2011

# PRÓLOGO

*Eu nascín  
—entre as zocas e os lóstregos  
na metade da noite—  
corenta e sete días despois do primeiro aeroplano*<sup>[6]</sup>.

ÁLVARO CUNQUEIRO

Mondoñedo, Vallibria, siempre Mondoñedo. La vida y la obra de Álvaro Patricio Cunqueiro Mora —nacido el 22 de diciembre de 1911 en esta ciudad del noreste de Lugo, en Galicia— solo se pueden comprender y explicar con los cinco sentidos puestos allí, en Mondoñedo. No es un tópico, por más que suene a frase manida. Acercarse a Cunqueiro, a cualquiera de sus facetas, exige tener siempre a la vista el neblinoso, húmedo, multicolor, aromático, silencioso, episcopal y muy novelado paisaje de la comarca de A Mariña Central, cuya capital administrativa recae actualmente en Mondoñedo, ciudad que entonces (1911) rondaba los diez mil habitantes.

Gracias a Cunqueiro, el Mondoñedo real se confunde con el literario y ya no se sabe muy bien donde empieza uno y acaba otro. Mientras algunos escritores han tenido que poner nombre a territorios más o menos identificables —desde la Vetusta de Clarín, hasta el Yoknapatawpha de William Faulkner, el Macondo de García Márquez o la Región de Juan Benet: la lista es muy larga—, Álvaro Cunqueiro apenas se preocupó de disimular la toponimia de su vieja Vallibria para situar la acción de sus criaturas. El mago Merlín habitaba con total normalidad en las tierras lucenses de Miranda y el sochantre de Pontivy recorría los caminos de una Bretaña muy bien imaginada, pero que siempre recordaba a Galicia. Y aunque otros personajes se movieran por lugares más alejados —Ulises, Sinbad, Orestes, Fanto Fantini, Paulos— al final siempre recalaban en puertos que bien podrían estar en las Rías Altas.

El propio nacimiento del escritor —los versos que encabezan este texto recuerdan a otros de Rafael Alberti: *Yo nací —¡respetadme! —con el cine—* tuvo ya tintes literarios. El día en que vino al mundo el pequeño Álvaro, segundo de los cinco hijos del matrimonio formado por Pepita Mora Moirón y Joaquín Cunqueiro Montenegro, las campanas de la vieja catedral del siglo XIII tañeron en su honor. No fue una excepción, ni un regalo especial, sino el cumplimiento de una costumbre —anunciar los alumbramientos a los vecinos de Mondoñedo— que desapareció poco tiempo después. Como haría con tantos hechos de su mocedad, Cunqueiro recreó aquel repique una y mil veces. Lo solía comentar, incluso con apariencia de novedad, en las numerosas entrevistas ofrecidas a lo largo de su existencia. En una de ellas, realizada por el periodista Ladislao Azcona en Radio Nacional de España, Cunqueiro narraba



así los hechos, el primer capítulo de su infancia<sup>[7]</sup>:

«Pocas veces lo he contado. Es curioso: mi ciudad es una ciudad regida por un horario, por las campanas de la catedral. Todavía hoy se toca a agonía. Cuando hay alguien de Mondoñedo que está agonizando en su casa se manda tocar una campana de la catedral para que se rece por el agonizante. Se toca a muerto. La gente del pueblo distingue perfectamente las señales. Sabe si el que murió era un hombre, una mujer, un cura, el propio obispo (que también mueren). Y cuando yo nací todavía se tocaba a parto. Es decir, si había una mujer que estaba a punto de parir se tocaba para que la gente rezara, para que tuviera un buen parto. Yo soy de los últimos nacidos en Mondoñedo por quien se ha tocado a parto».

Las campanas, el nacimiento, la vida y la muerte... todas las experiencias infantiles de Mondoñedo acabarán convertidas en material creativo. Las cinco novelas de Álvaro Cunqueiro reunidas en este primer tomo —en realidad son ocho porque la titulada *Flores del año mil y pico de ave* incluye cuatro piezas publicadas previamente y por separado— fueron escritas entre 1939 y 1961. Este período, una veintena larga de años, está marcado en la vida del escritor por el final de la guerra civil, la estancia en el Madrid de posguerra (1939-1947) y el regreso a su Mondoñedo natal (1947-1961) antes de afincarse definitivamente en Vigo (1961-1981) para ingresar en la redacción del *Faro*.

Si remarcamos y acotamos estas tres etapas no es por capricho ni tampoco con el propósito de convertir estas líneas en una suerte de breviario escolar trufado de cronologías y clasificaciones. Nada más lejos de nuestra intención. Sin embargo, para qué negarlo, estamos convencidos de que la literatura de Cunqueiro —como la de cualquiera, cabría decir— está muy condicionada por los avatares de su andadura por el mundo. Sin caer en el determinismo, hay que tener una cierta información sobre su peripecia vital, sobre sus contradicciones, sus miedos, sus triunfos y sus traspies, para comprender de qué forma se fue fraguando una carrera tan compleja y tan a contracorriente como la suya. Es verdad que en la literatura, y en el arte en general, las vidas y las obras de los autores no tienen por qué guardar coherencia. Ni los períodos de felicidad van asociados necesariamente a etapas más fructíferas ni las malas rachas o los reveses implican necesariamente lo contrario, es decir, sequía productiva. Con frecuencia, sucede justo al revés. El conocimiento biográfico, en cualquier caso, siempre ayuda a entender y permite descifrar claves.

Hasta el estallido de la guerra civil, en julio de 1936, Cunqueiro solo había publicado poesía, pero también había escrito muy asiduamente en la prensa, especialmente en el diario vigués *El Pueblo Gallego*, que era entonces el de mayor tirada en Galicia. Tanto su primer poemario, *Mar ao norde* (1932) como los dos siguientes, *Cantiga nova que se chama riveira* y *Poemas do sí e non*, ambos

aparecidos en 1933, le proporcionaron justa fama y prestigio en los ambientes literarios gallegos, muy especialmente en Santiago, a cuya universidad había ido a estudiar Filosofía y Letras en 1927, aunque con escaso entusiasmo y poca dedicación académica. Nunca terminó la carrera, pero aprovechó el tiempo en otros menesteres. Asiduo de las tertulias de los cafés compostelanos, Cunqueiro tuvo oportunidad de entablar amistad con un grupo de jóvenes —Domingo García-Sabell, Francisco Fernández del Riego, Gonzalo Torrente Ballester, Carlos Maside, Luis Seoane, Ánxel Casal— con quienes compartiría inquietudes intelectuales, artísticas y políticas. En esos años de intensa formación autodidacta, Cunqueiro, asiduo colaborador de las principales revistas culturales gallegas, algunas fundadas por él mismo en Mondoñedo —*Galiza*, con cinco números publicados entre 1930 y 1933, fue la más significativa—, se afilió al Partido Galeguista.

Hay que destacar de aquella etapa su inequívoca defensa del proyecto de Estatuto de Autonomía para Galicia, a través de artículos aparecidos en *El Pueblo Gallego*, propiedad del dirigente republicano Manuel Pórtela Valladares (A Fonsagrada, Lugo, 1867-Bandol, Francia, 1952) y en el periódico madrileño *El Sol*. En el texto publicado en este último diario el 27 de junio de 1936, bajo el título «En el principio fue el verso», Cunqueiro hacía una ilusionada justificación del Estatuto, símbolo del reconocimiento de la identidad gallega. Su argumentación estaba cargada de citas y evocaciones históricas y literarias, con alusiones expresas al político y escritor romántico Nicomedes Pastor Díaz (Viveiro, Lugo, 1811-Madrid, 1863), a quien calificaba en dos ocasiones como «un gran celta». Mencionaba asimismo a otros dos insignes poetas gallegos —Rosalía de Castro y Eduardo Pondal— para concluir que en los tres autores citados «están las aguas que hasta hoy nos hicieron durar, la sed que las abraza y el abrasado corazón que las despeña. Cuantos escuchamos a Galicia vivir y como un mundo la sentimos, de aquí no nos movemos». «Nos dieron vocación de libertad», proseguía Cunqueiro, «y nos la dieron por el verso, por la lengua, “que ser por la lengua es más que ser por la sangre”, se clarea en la letra de un humanista ilustrísimo. (...) En el principio fue el verso; que en el final de la vida de los gallegos sea la canción».

Un día después, el 28 de junio de 1936, Cunqueiro reclamaba desde *El Pueblo Gallego* «un crarísemo “¡sí!”» para el Estatuto, aprobado en plebiscito en aquella misma fecha y presentado en las Cortes el 15 de julio. El levantamiento militar del general Franco contra el gobierno de la República, iniciado tres días después, truncó todas las esperanzas.

La vida de Álvaro Cunqueiro, como la de todos los españoles, discurrió a partir de entonces por derroteros inesperados. Antes de la guerra había coincidido con Federico García Lorca (1898-1936) en sendas visitas realizadas por el poeta granadino a Santiago y Lugo. Con motivo de la publicación en la editorial *Nós* de los denominados *seis poemas galegos* de Federico, Cunqueiro escribió un artículo en *El Pueblo Gallego* (13 de octubre de 1935) en el que se refería a Lorca como *doce*

*poeta*; un dulce poeta, al que había que expresar gratitud por unos versos «escritos nun galego lixeiro, rico, feliz». Cunqueiro proponía incluso a sus amigos escritores sumarse a este reconocimiento:

«Eu, poeta nista Galiza pequeniña, quixera que non pasara a data da pubricazón distes poemas sen que García Lorca recibirá pública mostra de irmandade e de gratitude. (...) De algún xeito, amigos Blanco Amor, Iglesias Alvariño, Carballo Calero, Sigüenza, Pimentel, Bouza Brey... sería ben que nós, os que somos poetas na Galiza, lie dixéramos a Federico García Lorca o noso amor<sup>[8]</sup>».

Álvaro Cunqueiro había viajado en 1934 a Barcelona, invitado por el escritor Caries Riba (1893-1959) en nombre del grupo «Amics de la poesia», cuyos componentes, entre ellos Tomás Garcés (1901-1993) e Ignacio Agustí (1913-1974), mantendrían en adelante una estrecha amistad con él. Su vinculación con Cataluña, a través de amigos como los citados —y de Josep Pía, Joan Perucho y Néstor Luján, entre otros— ya no se iba a interrumpir nunca y tendría gran trascendencia sentimental y afectiva para él, además de gran relevancia para la proyección de su obra, especialmente por el apoyo incondicional del grupo de la editorial Destino. Los detalles de esa intensa y duradera relación están recogidos en *Álvaro Cunqueiro e as amizades catalanas* (Ediciós do Castro, 2003), fruto del congreso «Álvaro Cunqueiro a Catalunya», celebrado en 2001 en Barcelona.

Todo lo ocurrido en la vida de Cunqueiro tras el comienzo de la guerra, tanto en los tres años que duró la contienda como en la posguerra, desborda las pretensiones y posibilidades de este prólogo. No obstante, resultan imprescindibles algunas pinceladas biográficas para comprender mejor la génesis y el sentido de las obras recogidas en este primer tomo, tal como indicábamos unas líneas más arriba.

Hay un hecho irrefutable: apenas tres meses después del inicio del conflicto bélico, en el otoño de 1936, Álvaro Cunqueiro abandonó Mondoñedo y se trasladó a Santa Marta de Ortigueira (A Coruña) con la ayuda y mediación de un sacerdote amigo de la familia. En Ortigueira, además de dar clases en un colegio privado, empezó a colaborar activamente en el semanario *Era Azul*, «guión de Falange Española de las JONS de Ortigueira». Sus artículos aparecían generalmente firmados con sus dos iniciales, A. C. Veamos, a modo de ejemplo, lo que escribía Cunqueiro el 4 de marzo de 1937, bajo el título «Sobre la disciplina y etc.», en la primera página del mencionado periódico:

«A mí no me parece malo eso que llaman “dictadura”, que viene de “dictar”, siempre que el dictador sea “autor”, cree algo. Que este es nuestro caso. (...) Manos quietas ojos claros y postura de aprender. Pasan demasiadas cosas, se juega demasiado en nuestra España, para que se les permita a los

quisques el ejercicio de la marrullería. Por otra parte, bien se sabe que el que es inteligente lo es para todo».

¿Qué llevó a Álvaro Cunqueiro a este radical cambio de actitud en su discurso? Podría decirse que el miedo y el principio de supervivencia —no olvidemos que algunos de sus amigos habían sido detenidos y en algunos casos ejecutados—, pero hay quienes interpretan también (Xesús Alonso Montero, Manuel Gregorio González) que pudo deberse a su visceral antimarxismo y a sus discrepancias con la política republicana aglutinada en torno al Frente Popular. La etapa de Cunqueiro en Ortigueira, conocida ya como el principio de una *era azul* que continuaría después en *El Pueblo gallego*, ha sido bien estudiada por el profesor y poeta Claudio Rodríguez Fer en diferentes publicaciones, pero especialmente en *A literatura galega durante a guerra civil (1936-1939)*. Además de los trabajos de Alonso Montero (*Os escritores galegos ante a guerra civil española, 1936-1939*) y de Rodríguez Fer, existen aportaciones muy interesantes sobre este período realizadas por investigadores extranjeros, entre ellos el francés Loic Faravalo y el italiano Emiliano Bruno.

A mediados de 1937, Álvaro Cunqueiro fue reclamado por Jesús Suevos (1907-2001), amigo y correligionario de José Antonio Primo de Rivera (1903-1936), para trabajar en *El Pueblo Gallego*, diario del que se habían incautado los falangistas tras arrebatar la cabecera y sus instalaciones al anterior dueño del rotativo, el político republicano Manuel Pórtela Valladares. Las nuevas colaboraciones de Cunqueiro se alejarán mucho —en el contenido, en la forma, en el estilo— de las publicadas en los años y meses anteriores. No solo había abandonado el uso de la lengua gallega por razones evidentes, sino que de los temas culturales y literarios de su primera etapa pasó a los panegíricos y a la exaltación de las acciones de los sublevados.

Gran parte de esos textos aparecieron también en *La Voz de España* de San Sebastián, a donde Cunqueiro se había trasladado en 1938 «por decisión superior», y en la revista falangista *Vértice*, de la que fue subdirector con su amigo y valedor el periodista Manuel Halcón (1900-1989). En *Vértice*, lo comentaremos más adelante, Cunqueiro publicará algunos trabajos literarios, entre ellos la novela *Historia del caballero Rafael* y la pieza teatral *Rogelia en Finisterre*.

El 1 de abril de 1939, primer año triunfal según la denominación de los ganadores, Álvaro Cunqueiro ya formaba parte de la redacción de *ABC*, en Madrid. Ese mismo día apareció en la tercera página del periódico el artículo *En la hora final*, donde mostraba sin ambages al servicio de quién estaba entonces su pluma:

«Cuando llega la hora final de la gran guerra de España, ante la colmada y alegre jornada, la mente se vuelve hacia las últimas y superiores consideraciones que han movido, a lo largo de estos años, el ánimo español. En ellas está la posibilidad de esta victoria que restaura la unidad y la libertad de España y está también la decisión de la política futura, la que ha de crear el

Estado español y presidir el restablecimiento de nuestra Patria en la contienda universal de los pueblos. (...) En la victoria militar, poderosa e irrevocable, está patente la posibilidad de toda justicia. En la asistencia popular al genio del Caudillo y en la confianza plena en su grave conciencia española, está viva la posibilidad de toda política».

Sin embargo, la presencia de Cunqueiro en *ABC* iba a ser breve. Por razones nunca explicadas con claridad dejó el diario en julio de aquel mismo año 1939. En declaraciones hechas en 1959 al periodista Pedro Rodríguez en *El Pueblo Gallego* comentaba con ironía que se fue de *ABC* porque «en Madrid entonces hacía un calor tremendo. No había manera de soportarlo allí». No obstante, siguió afincado en la capital de España y continuó colaborando en distintos medios de la prensa oficial hasta 1947. Incluso participó, con Antonio de Obregón, en el libro *Laureados*, una publicación apologética dedicada a los vencedores de la guerra, editada en dos volúmenes y destinada a los escolares de primera enseñanza. La obra apareció en 1940 en la editorial Cigüeña, de Fermina Bonilla, en San Sebastián.

En ese mismo año, 1940, Álvaro Cunqueiro contrajo matrimonio, en Mondoñedo con Elvira González-Seco, con quien tuvo dos hijos: César (Mondoñedo, 1941) y Álvaro (Madrid, 1944). Lo acaecido en esta década de los cuarenta forma parte de la etapa más oscura y legendaria de Cunqueiro, quien aseguraba al respecto que «el noventa por ciento de lo que me atribuyen es falso». En este período publicó su primer libro de poemas en castellano, *Elegías y canciones* (1940) y parte de las obras recogidas después, en 1968, bajo el título *Flores del año mil y pico de ave: La historia del caballero Rafael* (1939), *Balada de las damas del tiempo pasado* (1945) y *San Gonzalo*, aparecida también en 1940 bajo un seudónimo que utilizaría en más ocasiones: *Álvaro Labrada*.

Pero el paso por el Madrid de la posguerra no le resultó fácil y estuvo condicionado por la falta de estabilidad laboral y la penuria económica, que sería una de las constantes de su vida. Pese a estar, como ha quedado sobradamente demostrado, bien visto y considerado por el nuevo régimen, una serie de episodios desgraciados marcaron el final de su etapa en la capital de España. En 1943 fue expulsado de Falange y, un año más tarde, del Registro Oficial de Periodistas. Estas marchas fueron involuntarias y no cabe buscar su origen en discrepancias o desafecciones ideológicas. La salida de la Falange, publicada en el *Boletín del Movimiento* el 1 de abril de 1943, se debió a una controvertida gestión de Cunqueiro al hacer de intermediario en la compra de una partida de papel destinada a Luis Caralt, director literario de la Editorial Imperio. Cunqueiro fue acusado, y así consta en algunos documentos, de falsificar una firma y un sello, además de cobrar una cantidad por esa operación. Conocidas estas circunstancias, fue dado de baja en la organización.

En cuanto a la pérdida del carnet de periodista, el origen del conflicto estuvo en el

cobro por adelantado de un dinero, pagado por la embajada francesa a Cunqueiro, para que este escribiera unos comentarios sobre el Camino de Santiago, textos que nunca llegó a entregar. En este último suceso, que originó la airada queja del agregado cultural de la legación diplomática gala ante las autoridades franquistas, intervino el entonces delegado nacional de prensa, Juan Aparicio, quien resolvió, el 23 de junio de 1944, «que el señor Cunqueiro sea expulsado del Registro Oficial de Periodistas y, en consecuencia, privado del correspondiente carnet». Ambos hechos, sobre los que se ha tendido a pasar de puntillas por un extraño pudor hasta no hace muchos años, están descritos en distintas reseñas. Destaca, en cuanto a la precisión de los datos, el artículo publicado por el abogado Xosé Luis Franco Grande, amigo y gran admirador de Cunqueiro, en la revista *A trabe de ouro* (Tomo IV/Año 11/1991).

Aquella expulsión del Registro Oficial de Periodistas, contemplada desde hoy, parece una sanción desmesurada porque, además, se llevó a cabo con cierta saña e innecesaria publicidad. La Delegación Nacional de Prensa emitió una nota, de obligada inserción en todos los diarios españoles, aparecida el 24 de junio de 1944. En el documento mecanografiado, conservado en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares (Madrid) y cuyo texto coincide con el reproducido en los periódicos, se puede leer:

«Por haber cometido actos indignos de su calidad profesional, ha sido *eliminado* [palabra manuscrita sobre el original mecanografiado en el que aparece, tachado, el término “expulsado”] del Registro Oficial de Periodistas y privado en consecuencia del correspondiente carnet, don Álvaro Cunqueiro».

Las dificultades se agravaron a partir de entonces y, en 1947, decidió volver a Galicia e instalarse en Mondoñedo con su familia. Este regreso, sin duda forzado por las circunstancias descritas, será determinante para la futura actividad literaria de Álvaro Cunqueiro. Comenzó a recuperar algunas viejas amistades, especialmente la de Francisco Fernández del Riego (1913-2010), un abogado antifranquista de quien se había distanciado durante los años de la guerra y la posguerra. Fernández del Riego, preguntado por una posible explicación sobre la deriva personal y política de Cunqueiro, siempre justificó con benevolencia aquellos años difíciles:

«En 1936, Cunqueiro colléu medo e foi cedendo dende que se refuxiáu en Ortigueira. Despois, metéuse na roda sin pensar, por inercia, con pouca responsabilidade. Era totalmente inautèntico. Admiraba a determinadas persoas, como Pedro Murlane Michelena y Rafael Sánchez Mazas, era un mitógrafo, pero nunca foi franquista. Fixo cousas irresponsabels hasta que se refuxiáu en Mondoñedo e ali borrouno todo: era un pasado no que non se recoñecía porque non era él<sup>[9]</sup>».



El restablecimiento de la relación entre nuestro autor y Fernández del Riego, documentado en la correspondencia que mantuvieron ambos entre 1949 y 1961 — epistolario publicado por Dolores Vilavedra en Galaxia— será clave en la labor creativa iniciada en Mondoñedo por don Álvaro al comienzo de la década de los cincuenta. En estas cartas se pueden seguir los pasos del nacimiento y desarrollo de algunas obras de Cunqueiro.

La aparición en la editorial Galaxia —empresa impulsada entre otros por Fernández del Riego— de *Merlín e familia i outras historias* (1955) supuso un vuelco, un hito en la historia de las letras gallegas, que, entre otras carencias, tenían la de no contar con una suficiente nómina de narradores de prestigio tras la interrupción causada por la guerra. Los intentos de normalización —entiéndanse por tales los esfuerzos realizados para no reducir el gallego a una lengua literaria de expresión casi exclusivamente poética— venían de tiempo atrás. Tal como recuerda Anxo Tarrío, en un estudio imprescindible para acercarse a la obra de Cunqueiro sin perder de vista el contexto literario gallego (*Álvaro Cunqueiro ou os difraces da melancolía*, 1989), «o período que vai de 1916 a 1936 caracterízase por unha intensa atención á prosa, tanto artística como científica. (...) Naqueles vinte anos, asistimos á creación da prosa moderna e ó xurdir dos primeiros exemplares de novela, tamén moderna<sup>[10]</sup>». Resulta obligado citar entre esos creadores a los principales componentes de la llamada *Generación Nós*, agrupados en torno a la revista del mismo título. Alfonso Rodríguez Castelao, Vicente Risco, Ramón Otero Pedrayo y Rafael Dieste fueron algunos de sus miembros más destacados.

Pese al papel fundamental que jugaron estos y otros autores, muy distinto ya al de sus predecesores del siglo XIX, «na produción literaria da *Época Nós* bótase en falla», prosigue Anxo Tarrío, «algo que non atoparemos dun xeito franco ata Álvaro Cunqueiro. Algo que quedaba decote sulagado, precisamente pola tendencia ideoloxizante, cáseque doctrinaria que amosaron os autores de aquel momento. Refírome ó ludismo, ó puro xogo coas palabras e os temas, ceibe de preocupacións que non fosen as propiamente literarias. (...) Álvaro Cunqueiro inaugura un novo *modelo de lector*, instancia da escritura dende a que podemos tamén sondear los procesos de avance e retroceso de calquera literatura<sup>[11]</sup>».

Pero sigamos con *Merlín y familia*. La obra, cuya versión en castellano apareció en 1957 en la editorial barcelonesa AHR, es la primera de las tres que componen el llamado *ciclo bretón*, al que también pertenecen *As crónicas do sochantre* y *El caballero, la muerte y el diablo*, ambas publicadas en 1956. Con el paso del tiempo, *Merlín* se convirtió en el título predilecto no solo de gran número de lectores, sino de su propio autor, que siempre hablaba de la obra —dedicada a su amigo el notario Alberto Casal— con gran cariño porque la consideraba su favorita.

Tal como ocurrió con otras novelas de Cunqueiro traducidas al castellano, tarea que generalmente realizaba o supervisaba él mismo, existen ligeras variaciones entre las ediciones española y gallega, aunque no sustanciales a la hora de disfrutar de un

texto realmente sorprendente en el panorama literario de entonces. Las modas y las tendencias eran otras muy diferentes.

Las leyendas sobre el mago Merlín, que se remontan al medievo, han sido objeto de todo tipo de recreaciones literarias en distintas épocas, pero pocas tan originales como la afrontada por don Álvaro en la soledad y la grisura de aquel Mondoñedo de los años cincuenta. En esta primera gran novela de Cunqueiro —no la primera en orden cronológico, pero sí en innovación y calidad indiscutibles— aparece ya dibujado en todo su esplendor un universo, un corpus literario que estará presente en sus futuras obras. Desde el marco espacial, esa Galicia omnipresente, hasta los temas y obsesiones, *as teimas* que impregnan las historias del autor mindoniense. No hay ningún libro de Cunqueiro, y *Merlín* no es una excepción, en el que no haya referencias a los sueños; a la imaginación y a la fantasía frente a la realidad, principio número uno de la literatura cunqueiriana. De ahí vendrá el resto: los caminos de quita y pon, los parasoles de propiedades mágicas o las princesas encantadas que dan vida a este *Merlín*.

Lo mismo cabe decir de las permanentes incursiones en la gastronomía como fuente de placer, de disfrute y, sobre todo, de sabiduría. Apenas transcurridas las primeras veinte páginas sorprendemos a Merlín «tomando unas once de huevos revueltos y vino clarete». Un poco más adelante, aparece don Felices, «caballero muy cortés y afecto al aguardiente de Portomarín». No faltan en *Merlín* una serie de personajes recurrentes, unos seres que salen y entran de las obras de Cunqueiro con toda espontaneidad, aunque no ocupen el primer plano: enanos, demonios, adivinos, curanderos. Nos los encontraremos una y otra vez en sus novelas, que llevan al final un índice onomástico que no es simple guía orientativa, sino una nueva y diferente aportación literaria con entidad y autonomía propias.

Según verá el lector desde el comienzo, el principal relator de las aventuras de Merlín será su antiguo sirviente Felipe de Amancia, quien nos contará su historia ya en tiempo pasado porque se nos presenta «viejo y fatigado, perdido con los años el amable calor de la moza fantasía». Esta perspectiva, la que proporcionan el paso y el peso del tiempo, es la que permite decir al personaje, a aquel Felipe de Amancia que llegó a servir a la casa de Merlín con solo nueve años, algo trascendental para entender a Cunqueiro:

«... por veces se me pone en el magín que aquellos días por mí pasados, en la flor de la juventud, en la antigua y ancha selva de Esmelle, son solamente una mentira, que por haber sido tan contada, y tan imaginada en la memoria mía, creo yo, el embustero, que en verdad aquellos días pasaron por mí, y aún me labraron sueños e inquietudes, tal eran como una afilada trinchas en las manos de un vago y fantástico carpintero».

En los textos de Cunqueiro, y un claro ejemplo es el fragmento que acabamos de

reproducir con las elucubraciones de Felipe de Amancia, hay resonancias y evocaciones cervantinas. Uno de los estudiosos de la obra de don Álvaro, Xoan González-Millán (1951-2002) —quien calificó a Cunqueiro como «o máis cervantino dos narradores de posguerra»—, publicó en 1991 un completo y novedoso análisis sobre el autor de *Merlín y familia: Álvaro Cunqueiro: os artificios da fabulación*. Señalaba entonces González-Millán que en Cunqueiro hay mucha más trastienda literaria de la que se ve a simple vista:

«A novelística de Cunqueiro, e en xeral toda a súa produción literaria, era e segue sendo un eiral inxusto e inxustificado nos estudos das literaturas ibéricas contemporáneas. Trátase dun *corpus* que merece mellor sorte cunha crítica que non fai senon prolongar os múltiples comentarios, sempre os mesmos, dun lector inxenuo, cautivo das estrategias dun escritor en exceso intelixente como para ser amarrado ñas súas propias redes. Cunqueiro, como outros escritores cunha concepción literaria similar (entre os que habería que contar a Borges), no foi alleo a esa *malversación de fondos*, en múltiples entrevistas e comunicacións persoais insistiu na súa despreocupación pola textualidade en nunha aparente fascinación pola fabulación<sup>[12]</sup>».

La novelista Elena Quiroga, amiga de Cunqueiro, calificó *Merlín y familia* de «sucesión de relatos con técnica de retablo mayor. (...) Despliega las breves acciones, cargadas de poesía, como un portarretratos múltiple, si bien lo que se impone es el ámbito del aire, lo maravilloso, la alteración de las leyes de la naturaleza». (*Presencia y ausencia de Álvaro Cunqueiro*, 1984).

Un año después de aparecer *Merlín e familia*, Álvaro Cunqueiro sacará a la luz otra novela ambientada en la Bretaña francesa, una tierra que no conocía pero que imaginó con notable acierto como se comprobará después: *As crónicas do sochantre*. La obra se publicó en Galaxia el 22 de agosto de 1956 y sobre su proceso de gestación hay varias referencias en las cartas que le envió a Fernández del Riego. Una vez más, en esta misiva escrita entre 1955 y 1956 (la fecha aparece sin fijar) podemos constatar que Cunqueiro estaba muy seguro de lo que escribía y confiaba en la valía de sus obras:

«Ando limando e argallando en *Ai crónicas do sochantre*. Vai estando do meu gusto, e neste mes estará en Vigo. Coido —e sabes que non anda no meu corpo, aínda que muitos demos mo paseen, o trasgo da vaidade— é unha novela, na grande liña da novela do XIX<sup>[13]</sup>».

Es probable que para muchos lectores de la época, y no digamos para los de hoy, el propio término *sochantre* [director del coro en los oficios divinos] resultara un arcaísmo extraño y poco familiar. Pero no olvidemos que don Álvaro había nacido, y

vivía, en la episcopal Mondoñedo. Allí, el oficio de sochantre era bien conocido pues no en vano la ciudad contaba con catedral desde el siglo XIII. En el periódico *Vallibria* —semanario local en el que Cunqueiro publicó sus primeras colaboraciones—, el 22 de febrero de 1931, y en la misma página en que se daba cuenta del nuevo gobierno presidido por el almirante Aznar, se comunicaba también la «Muerte del Chantre», Nicanor González García. El ilustre fallecido, según se informaba en breve nota necrológica, había desempeñado «los cargos de Rector del Seminario y Provisor del Obispado» antes de ser chantre de la catedral. Una ocupación que el Diccionario de la Real Academia Española define como «dignidad de las iglesias catedrales, a cuyo cargo estaba antiguamente el gobierno del canto en el coro».

No hacemos esta digresión con ánimo de demostrar erudición local, sino como ejemplo de algo que conviene tener siempre presente a la hora de acercarse a Cunqueiro: gran parte de sus referencias, de sus fuentes, incluso de sus citas inconscientes, están en el Mondoñedo natal. Lo confesó muchas veces: «Cousas da miña infancia afloran con frecuencia na miña obra polos canles máis imprevistos. As veces, xa despóis de escribir e publicar un libro, ao relelo, decátome: esto ven de alí, esto outro de acolá, aquilo escoitéino en tal sitio...»<sup>[14]</sup>, le respondía al escritor Carlos Casares (1941-2002) en una entrevista inacabada a causa de la enfermedad de Cunqueiro (*Grial*, número 72, 1981).

*Las crónicas del sochantre* comienzan con una descripción imaginaria de Bretaña, que es «tierra muy peñascosa por el lado del mar, pero se abre en amplias planicies, valles estrechos y alegres oteros, por donde se une a Francia». En el *Epílogo para bretones*, incluido solo en la versión en castellano de la novela, sabremos que el autor no ha pisado jamás aquellos lugares, pese a lo cual «quisiera que se viera en estas páginas el amor que le he ido tomando a Bretaña a través de variadas y ocasionales lecturas: Chateaubriand, Renán, Villiers de L'Isle-Adam, Le Goffic, etcétera (...). Para un gallego, las historias bretonas de fantasmas, brujas, mendigos, santos y héroes, tienen el sabor de lo suyo propio».

El resultado es un relato que sobrecoge y emociona a partes iguales, con justas dosis de humor y de ternura, también de ironía. Su protagonista es Charles Anne Guenolé Mathieu de Crozon, el chantre de Pontivy, quien tocaba el bombardino. Inesperadamente, la muy reglada y monótona vida del músico se ve alterada una mañana, cuando, víctima de un peculiar rapto, se ve obligado a acompañar a una hueste de difuntos ajusticiados, que recorren los caminos de la Francia revolucionaria. La nómina es larga y el lector podrá ir descubriendo a cada uno de ellos —madame Clarina de Saint-Vaast, Mamers el Cojo, el médico Sabat, el verdugo de Nancy— y sus circunstancias.

El libro está dedicado a Francisco Fernández del Riego, a quien —según su propia confesión— se debe la traducción al castellano, aparecida en 1959. La primera edición lleva una breve presentación de otro amigo y compañero de fatigas de Cunqueiro, José María Castroviejo (1909-1983). Ambos participaron en numerosos

coloquios y debates y publicaron una obra conjunta que, en su versión más divulgada, apareció bajo el título de *Viaje por los montes y chimeneas de Galicia. Caza y cocina gallegas* (Espasa, 1962). En sus palabras para esa primera edición de *Las Crónicas* en castellano, publicada por AFIR en Barcelona, José María Castroviejo invitaba al lector a seguir los pasos de un guiñol «pleno de burlas, de secretos saberes, de las más insólitas aventuras, humanísimo aunque presida la función la Muerte. En estas páginas está el mejor Cunqueiro».

En *Las Crónicas*, como ya ocurriera en *Merlín*, saltan a escena algunos de los personajes favoritos de Cunqueiro: sanadores como Galván, el curandero, «Hipócrates de cámara del caballero de Saint-Vaast»; visionarios como el Santo Eflam, quien «leía a folio abierto en libros cerrados». Cobran asimismo importancia otros seres muy queridos por el autor, junto a los ángeles: los demonios, entre los que aquí sobresale Ismael Florito. Cunqueiro emplea en *Las Crónicas* un recurso que usará en adelante con frecuencia: el teatro dentro de la novela. Sucede cuando los difuntos se ven abocados a actuar en una peculiar interpretación de *Romeo y Julieta*. *Famosos enamorados*.

En medio de su deambular, la comitiva encuentra tiempo para soñar con deliciosos manjares. Desde unas perdices con salsa de laurel hasta pavos rellenos de manzana y bechameles variados o arenques ahumados acompañados de sidra dulce. No podía faltar el pan, desencadenante de tantas evocaciones cunqueirianas: «El sochantre había comprado en Huelgoat una pieza de pan de centeno, y cortaba unas cortezas muy sabrosas, de espaldas al médico Sabat, que era muy aficionado a ellas».

La novela fue distinguida con el Premio de la Crítica en 1959. En su prólogo a una de las ediciones más populares de este título, la aparecida dentro de la colección de RTVE en 1970, su amigo Néstor Luján (1922-1995) escribía a propósito de aquel galardón:

«Nos atrevemos a decir que de todas las obras que entraron en consideración del jurado que concede este premio —compuesto por los críticos más importantes de España—, era este libro el menos vendido, el más absolutamente desconocido, el que iba más contra corriente de la moda narrativa del momento, tan social y espesa, tan respetable. Pero *Las Crónicas* obtuvo el premio amplia, sosegada, rotundamente. Y ha quedado desde entonces como una de las piezas claves de la actual novelística española. La de la evasión poética, barroca, fascinadora».

En 1956, el mismo año en que Galaxia publicó *As crónicas do sochantre*, apareció en la editorial madrileña El Grifón *El caballero, la muerte y el diablo, y otras dos o tres historias*, obra incluida después, con algunas variaciones y supresiones, en *Flores del año mil y pico de ave* (1968), a la que aludíamos al comienzo de este prólogo y de la que nos ocuparemos después. Así como de la

preparación y desarrollo de *Las Crónicas* disponemos de cierta información por las cartas enviadas a Fernández del Riego, sobre *El caballero* apenas tenemos datos, a pesar de que, en las notas de su primera edición, Cunqueiro anunciaba que «con este libro pone fin el autor a lo que él llama el *ciclo bretón* de sus imaginaciones». Cabría deducir, de atenernos al anterior comentario, que estamos ante un texto posterior al de *As Crónicas*, pero no puede ser así porque esa advertencia —en la que Cunqueiro proclama el final de sus paseos por Bretaña— se contradice con las fechas de impresión de ambas obras: la que figura en *El Caballero* es el 5 de enero de 1956, mientras que la primera edición de *As crónicas* data —lo apuntábamos antes— del 22 de agosto de aquel mismo año. Por otro lado, aunque esto sea ya anecdótico, *El caballero* consta como concluida y firmada por Cunqueiro en *Mondoñedo en julio de 1945*. Es probable que hayan bailado los números y que se trate de 1954, pero, en todo caso, estamos ante una obra anterior a *As Crónicas* y menos elaborada y redonda que esta. De hecho, el libro se presenta en esa primera edición de 1956 como un conjunto de «historias de extraños viajeros por los caminos del tiempo pasado, y visita a las grandes cocinas cristianas de Occidente». Hay unos capítulos finales sobre ciudades y vinos que tal vez sean adaptaciones de escritos publicados previamente en otros sitios, entre ellos la revista *Vértice*. Unos años más tarde, en 1969, apareció precisamente su libro titulado *La cocina cristiana de Occidente*.

Después de *Las Crónicas* llegaron *Las mocedades de Ulises*, novela editada en 1960. Fue la primera narración de envergadura que Cunqueiro escribió en castellano, lengua que solo había usado hasta entonces en sus colaboraciones periodísticas —las aparecidas durante y después de la guerra— y en algunas de las obras menores ya citadas. Al igual que en los casos de *Merlín* y de *Las Crónicas*, es posible rastrear la génesis de *Las mocedades* en sus cartas a Francisco Fernández del Riego, a quien aseguraba, a finales de 1956, estar «trabajando sin interrupción en el *Ulises*. Creo que lo editará Noguer, en Barcelona [finalmente lo publicó Argos], Va bien. Casi tan bien como el *Quijote* de un tal Cervantes», concluía con humor. En la introducción a la obra, dedicada a Ignacio Agustí (1913-1974), Cunqueiro, se anticipaba a precisar que «este libro no es una novela». ¿Qué era, qué es entonces? Cunqueiro responde con una declaración llena de lirismo y melancolía:

«Es la posible parte de sueños y de asombros de un largo aprendizaje —el aprendizaje del oficio del hombre—, sin duda difícil. Son las mocedades que uno hubiera querido para sí, vagancias de libre primogénito en una tierra antigua. (...) No busco nada con este libro, ni siquiera la veracidad última de un gesto, aun cuando conozco el poder de revelación de la imaginación. Cuento cómo a mí me parece que sería hermoso nacer, madurar y navegar; y digo las palabras que amo, aquellas con las que pueden fabricarse selvas, ciudades, vasos decorados, erguidas cabezas de despejada frente, inquietos potros y lunas nuevas».



Con *Las Mocedades*, sabido ya desde el comienzo del libro que el autor nos va a adentrar en lo que no cuenta *La Odisea* —la infancia y juventud de Ulises—, surgen otra vez las preguntas: ¿Por qué se empeñaba Cunqueiro en desmontar y reinventar mitos y leyendas del mundo clásico? Primero lo hizo con la *materia de Bretaña*, con el ciclo artúrico, y ahora, con *Las Mocedades*, retrocede más en el calendario, en un viaje a la Grecia clásica que seguirá, años después, en 1969, con *Un hombre que se parecía a Orestes*. ¿A qué respondía este afán de reinterpretar las vidas de los héroes, de darles la vuelta y de recrearlas a su antojo, sin límites de tiempo ni de espacio? Tal vez lo hacía en parte porque le divertían estas parodias, estos juegos literarios en los que, sin salir de Galicia, sin moverse de Mondoñedo, reconstruía mundos antiguos, pasiones eternas que conocía muy bien por sus lecturas y que admiraba desde niño. Haría algo similar en el teatro, cuando se enfrentó al Hamlet de Shakespeare en un nuevo y arriesgado ejercicio.

Es obvio que Cunqueiro tenía dosis más que sobradas de fantasía y de imaginación propias. No precisaba recurrir a préstamos de otros. Pero también resulta evidente, al hilo no solo de su obra sino de sus numerosas confesiones en decenas de entrevistas, que sentía una atracción especial, casi irresistible, por mundos y héroes desaparecidos, a quienes se acercaba con una mezcla de respeto y de irreverencia, siempre con asombro. Como ha señalado el crítico y profesor José María Martínez Cachero (1924-2010), en un artículo sobre la *materia helénica* en la novelística del autor de *Las Mocedades*, «parece innegable que la capacidad fabuladora de Cunqueiro, tan poderosa, no necesita de estímulos ajenos (...) y sin embargo es cierto que en más de una ocasión se ha servido de tales apoyos, sobre todo si proceden (como en el presente caso) del orbe libresco o culto. (...) El acento épico que prima en Homero y la intromisión de los dioses en la suerte de los humanos están sustituidos en Cunqueiro por un acento más bien lírico y por una mayor libertad en sus actos de quienes son personajes de la acción que se cuenta».

Ya inmersos en este ambiente, en aquella Grecia clásica dibujada en la portentosa imaginación de Cunqueiro, todo podía pasar. Saltaban por los aires los códigos y los relojes, pero casi imperceptiblemente. El lector verá con sorpresa cómo hay aviones que sobrevuelan Ítaca y grandes navíos desde los que se observan sus costas. Hay páginas en las que se cuele por un instante Ricardo Corazón de León y pasajes en los que halla hueco el mismísimo Rey Lear. Presencias imposibles, pero presencias verosímiles y nada chirriantes en la suave prosa cunqueiriana. También oiremos sonar la zanfona y el caramillo y nos toparemos por enésima vez con unos santos tan gallegos como San Cosme y San Damián. En la despensa de *Las Mocedades* hay garbanzos de Fuentesauco y, a poco que prestemos atención, podremos entresacar de sus capítulos recetas para asar el rodaballo o consejos para elaborar el hojaldre, descubrimiento culinario cuya aparición narra Alción (marino que acompaña a Ulises en la navegación) con regocijo:

«... ¿No sabéis que se acaba de inventar en Bizancio el hojaldre? No se come otra cosa en la ciudad. Para el año no se va a vender ni un higo ni una pasa en Constantinopla ni en toda Grecia. Cebad vuestros asnos con higos. ¿Qué es el hojaldre? Es al pan como el encaje de Adana a la estopa de vuestras camisas. Todo está en la porción de mantequilla que se añade a la masa. Y la propia emperatriz, cuando se cansa de la política, viene a la cocina y con una cañita sopla, por entre los entredoses y vainicas de aquel pan de dos hojas finas, natillas o dulce blanco».

Los vinos circulan también con generosidad en toda la narrativa de Cunqueiro y muy especialmente por las páginas de *Las Mocedades*. En este caso es Zenón (un mendigo adscrito a la categoría «de los sedientos vespertinos») quien aconseja a Ulises:

—La primera botella la bebemos con la temperatura con que salió de la bodega, pero la segunda y la tercera estarán al sol, como tú y como yo, en dulce ocio. Los vinos son raza humana mejorada.

En medio de estas sugerencias y reflexiones sobre comidas y bebidas, entre aromas de asados y ráfagas de finas hierbas, irrumpen las atractivas y perturbadoras sirenas, que ya aparecen en *Merlín*, cuando el mago aplica su ciencia para salvar de su maleficio a uno de estos seres inquietantes y seductores. La de *Merlín* es Teodora, «sirena griega que pasó a Miranda a teñir de luto doble la cola, por amor a un portugués que se le murió en los brazos». Merlín era ya hombre curtido, a salvo de ciertas tentaciones, pero el joven Ulises está dispuesto a vender su alma al diablo, incluso a morir en el intento, con tal de experimentar sus encantos:

—Yo quisiera estar solo cuando oyese la sirena, y ver en sus palabras todo lo que está oculto. No me importaría perder la vida, y menos que la vida la mocedad —dijo Ulises.

Como ha señalado muy acertadamente Diego Martínez Torrón en su estudio sobre *Las Mocedades* (Espasa, 1985), «lo que nuestro autor hace es humanizar el mito, darle una nueva dimensión que lo aproxima más a nosotros. Toma la idea central de la *Odisea*: el deambular del héroe en su difícil regreso a casa. Solo que para Cunqueiro el joven Ulises viaja solamente para aprender de la vida, y para darse el gusto de contar sus maravillosas historias, haciendo poesía con su palabra ante un auditorio ingenuo. (...) En él no aparecen dioses ni nada sobrenatural, no se fija como decíamos antes en la esfera divina griega, porque le interesa más la epopeya humana».

Tras *Las Mocedades*, con *Si o vello Sinbad volvese ás illas*, novela editada por

Galaxia en 1961, Álvaro Cunqueiro regresó a la escritura en lengua gallega, que, como diría en distintas ocasiones era su forma de expresión natural. En 1962 apareció *Sinbad* en castellano, publicada por Argos. La obra está dedicada, en ambas versiones, a su amigo el poeta Emilio Álvarez Blázquez (1919-1988).

El *Sinbad* de Cunqueiro, como todos los héroes salidos de su pluma, guarda escaso parecido con el personaje de los cuentos de *Las mil y una noches*. Este Sinbad es un marinero en tierra que solo viaja ya con el recuerdo, con la memoria y la nostalgia de navegaciones pasadas. Sobrevive con la ayuda de la fantasía y se despierta cada día con la esperanza de surcar viejos mares. Con prisa por salir de nuevo, pero consciente de añorar el regreso antes de la anhelada partida porque «el timón va haciendo callo en las manos, pero no en el corazón». Su peor naufragio se producirá al final de la historia, también en tierra firme, al comprobar que sus sueños se desvanecen sin remedio.

Esta novela es probablemente una de las más *gallegas* de Cunqueiro, pese a discurrir en el oriente lejano. Galicia no se entiende sin el mar y se comprende menos aún sin la tierra. El piloto Sinbad confiesa a Sari, su criado, las razones últimas de su regreso: ha vuelto, ha dejado el barco y la aventura, avisado de que un vecino, aprovechando su ausencia, plantaba lechugas y calabazo en su huerto:

—¡Yo viendo volar veletas con linterna en Catay y otros comiéndome la propiedad! ¡Una tierra regadía!

El mar es la salida, la promesa de nuevos horizontes, pero la tierra, *a tena nai*, simboliza la referencia sólida, inamovible. La tierra, siempre la tierra, la pequeña *leira*: esperanza del retorno, última razón de ser del viaje: partimos para volver.

—Son melosos los higos de las huertas de lejos, pero tienes una higuera tuya en la tierra en que naciste y vas navegando por Badrulbaldur y ves pasar los malvises de abril y te preguntas: ¿cuántos higos míos no picarán hogaño?  
...

Hay otros motivos que explican por qué Sinbad permanece en dique seco, como un buque fatigado o con necesidad de reparación. Más allá de la primitiva llamada de la propiedad, del comprensible miedo a perder el terruño, está la decepción por la decadencia de su oficio, por la irrupción de las nuevas técnicas en el quehacer de los mareantes. La navegación ya no es lo que era en los buenos tiempos, que para los nostálgicos siempre son los pasados.

—Ahora todas las novedades son por mapa y aguja, y los pilotos no salen de cuarta levantada, que es como andar con bastón por las calles de Basora, y

no encontrarás entre los pilotos del califa de Bagdad uno que sepa navegar por sueños y memorias, y así no logran ver nada de lo que hay, de lo que es milagro y hermosura de los mares. ¡Fácil es decir que no hay Cotovías!

Sinbad, y Cunqueiro con él en cierto modo, asume que sirve de poco ser un experto en adivinar «la hora tormentina» porque tales conocimientos ya no se valoran como antaño. Pero no renuncia al sueño, a la posibilidad de hacerse a la mar de nuevo. La llama de la espera solo se puede mantener encendida con la palabra, con las evocaciones, con el relato de aquellos días felices en los que había descubierto los secretos del mar: sus peces habladores, sus cautivadoras sirenas, sus maravillosas islas.

La llegada a las librerías de *Sinbad* coincidió con el final de la residencia permanente de Cunqueiro en Mondoñedo, que puso término, a su vez, al período creativo más fecundo del escritor, sin desmerecer en absoluto lo que hubo antes — especialmente los poemarios de los años treinta— ni lo que vino después, que aún fue mucho. Entre las obras que ya corresponden a la etapa en que vivía en Vigo, a donde se trasladó para integrarse en la redacción del *Faro*, está la quinta de las incluidas en este primer tomo, a la que ya hemos hecho referencia al principio: *Flores del año mil y pico de ave*, aparecida en 1968, el mismo año en que recibió el Premio Nadal por *Un hombre que se parecía a Orestes*, publicada ya en 1969.

Como ya hemos advertido, *Flores del año mil y pico de ave* es una especie de cajón de sastre, una miscelánea constituida por cuatro obras editadas antes por separado. Estaban distribuidas en el siguiente orden, que, como se apreciará, no se corresponde con el cronológico de su año de publicación individual: *El caballero, la muerte y el diablo* (1956), *Balada de las damas del tiempo pasado* (1941), *San Gonzalo* (1945) y *La historia del caballero Rafael* (1939). Esta misma estructura es la que aquí se encontrará el lector.

En una breve introducción, fechada en el otoño de 1968 en Mondoñedo — mantuvo allí la casa, frente a la catedral, y volvía muy a menudo—, Cunqueiro ya nos previene: «son, en realidad, páginas de aprendizaje. Algunos de sus personajes aparecerán más tarde en otros libros míos, y el fondo del cuadro es el que en otras ocasiones será evocado: las colinas célticas, los ríos bretones, los héroes artúricos, el camino que peregrina a Santiago, fantasmas, pasajeros de Oriente, santos taumaturgos, y doradas amantes...». Si nos atenemos a las fechas de aparición, la más antigua de estas narraciones breves es *La historia del caballero Rafael, novela bizantina incompleta*, publicada como separata de la revista falangista *Vértice* de San Sebastián en noviembre de 1939. En *Rafael*, un relato en cuatro partes de apenas una veintena de páginas, se insinúan ya temas y situaciones de posteriores narraciones de Cunqueiro y hay guiños evidentes al mundo clásico y a la guerra de Troya: el caballero que sueña con volver y la amada que espera su regreso mientras hace bordados.

*Balada de las damas del tiempo pasado*, publicada en 1945 en editorial Alhambra, es un homenaje al poeta francés François Villon (1431-1463), una recreación de sus baladas. Cunqueiro informa al lector que «en los versos de Villon la bufonería se mezcla a la gravedad, la emoción a la procacidad, la tristeza a la gracia relajada, el trazo picante a la nota melancólica».

*San Gonzalo data*, de 1946, año en que Cunqueiro apuraba ya sus últimos meses en Madrid. La primera edición, publicada en la colección *Breviarios de la vida española*, en la Editora Nacional, salió firmada con un seudónimo, *Álvaro Labrada*, que luego utilizaría muchas veces, sobre todo en colaboraciones periodísticas. *San Gonzalo* es un primer acercamiento al universo mágico, misterioso y eterno, de Mondoñedo, donde «el frío viento del Norte, gris y salobre, muge como una vaca». Como cabe suponer, aquí «se cuenta la vida de Gonzalo [obispo entre 1071 y 1112], dándole lo suyo a la historia y a la leyenda», bien conocida: el clérigo, ayudado solo con sus rezos a la Virgen, venció a las naves normandas que amenazaban la costa gallega, a la altura de Foz, a razón de un avemaría por barco hundido. La victoria, obra de ángeles portadores de fuego exterminador, fue completa, «y cuando se hace el silencio, en el mar no queda ni rastro de la flota pirata», salvo una excepción necesaria y previsoramente:

—Dicen que cuando el Señor, habiendo oído a Gonzalo orar en la Agrela, mandó a sus ángeles a la guerra, quiso que una nave pagana no se hundiera y pudiera huir de las olas de la batalla para ir a contar a Escania la terrible derrota...

En cuanto a la narración que abre el libro, *El caballero, la muerte y el diablo*, publicada en *El Grifón* el mismo año en que salieron en gallego *As crónicas do sochantre* (1956), ya hemos señalado antes que forma parte de su ciclo bretón, en el que hay que incluir *Merlín* y *Las Crónicas*.

En estos más de veinte años (1939-1961), vividos entre Madrid y Mondoñedo, salieron de la pluma de Cunqueiro, además de las novelas agrupadas en este primer volumen, cientos de artículos periodísticos. Su firma apareció, hasta finales de los cuarenta, en los diarios *ABC* y *Arriba* y en las revistas *Misión* y *Vértice*. Ya de vuelta a Galicia, en 1947, fue colaborador de *La Noche*, *La Voz de Galicia*, *El Progreso* y Radio Nacional de España en A Coruña, entre otros medios. También publicó su cuarto libro de poesía en gallego, *Dona do corpo delgado* (1950); la obra teatral *O incerto señor don Hamlet* (1958) y, en colaboración con José María Castroviejo, *Teatro venatorio y coquinario de Galicia* (1958), ensayo gastronómico al que seguirían años después —ya en solitario— *La cocina cristiana de Occidente* (1969), *A cociña galega* (1973) y *Cocina gallega* (1983). Antes, en 1960, había visto la luz *Escola de menciñeiros*, primer volumen de una serie de semblanzas (*Xente de aquí e*

de *acoló* y *Os outros f enantes*) que luego tendrán sus versiones en castellano, incluidas en el segundo tomo de esta Biblioteca Castro. Su traslado desde Mondoñedo a Vigo, donde comenzará una etapa profesional menos productiva literariamente en el campo de la creación, coincidirá con la concesión del Premio Nadal. La obra ganadora, *Un hombre que se parecía a Orestes*, es la novela con la que se inicia precisamente el segundo de los dos volúmenes que integran esta antología.

La obra de Cunqueiro ha dado origen a un universo literario complejo, muy diverso, pero siempre con la referencia al fondo del paisaje, de las gentes y de la lengua de su amado Mondoñedo. Con motivo de su investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Santiago de Compostela —junto al novelista Camilo José Cela y al filólogo alemán Joseph M. Piel— el 28 de enero de 1980, Cunqueiro volvió a poner de manifiesto la importancia de esta vinculación con su tierra, tan esencial:

«Puiden ver, anos pasados, moitas outras paisaxes diferentes, en Europa e noutros continentes, pro nunca soupen decilas si nonas reducía á paisaxe miña. (...) Nunca soupen pintar outra cousa que este reino no que nacín, e cuios lindeiros, bosques, fontes, camiños e pousadas digo coa lingua maternal<sup>[15]</sup>».

Abatido ya entonces por la enfermedad —fallecería un año después, el 28 de febrero de 1981, por diversas complicaciones derivadas de su diabetes—, Cunqueiro siguió escribiendo hasta el final de sus días. Incluso se divulgaron varias colaboraciones póstumas en algunos medios. Son textos que no denotan desánimo, sino alegría, ganas de vivir, pese al decaimiento físico. Uno de ellos llegó a Radio Nacional de España, en cuya emisora coruñesa firmaba semanalmente la sección titulada *Estampas de mi mundo*. Su último artículo, enviado días antes y emitido el 1 de marzo de 1981 —coincidió con su entierro en Mondoñedo—, trataba sobre el empeño humano de conseguir «el elixir de la larga vida o licor de la eterna juventud». Era un comentario hilvanado a propósito de una moda que se extendía entonces por algunas zonas Galicia: las plantaciones de kiwis, «fruta a la que se atribuyen virtudes rejuvenecedoras y afrodisíacas». Cunqueiro deseaba larga vida a la nueva experiencia («Me gustaría que Galicia diese al mundo la fruta rejuvenecedora de los tiempos modernos») y terminaba con un párrafo digno de su mejor prosa periodística, de ese estilo inimitable con el que tantas veces conmovió a sus lectores, con el que nos sigue emocionando ahora, máxime si pensamos en qué circunstancias fue escrito:

«Y siempre la humanidad se ilusionará por el elixir de la larga vida, sean los melocotones o el kiwi. La tacha que yo le pongo al kiwi es la fealdad de sus frutos, del color de la patata. Si tanta juventud tiene dentro, tanta juventud

como Mozart y su flauta mágica, ¿cómo no son dorados, rojos, azules, verdes, verdes que es el color de la juventud desde Sófocles, rojos, que es el color de la sangre humana? Ahora mismo estoy esperando a saber cómo se da el kiwi en mi valle de Mondoñedo, y se me antoja que quizá sea el más vivificante, el más rejuvenecedor de todos».

MIGUEL GONZÁLEZ SOMOVILLA  
El Escorial, 24 de enero de 2011



## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

AA. VV.

*Homenaxe a Álvaro Cunqueiro*, Grial, número 72, Vigo, 1981.

*Homenaxe a Álvaro Cunqueiro*, Universidade de Santiago de Compostela, 1982.

*Sonar-Soñarse. Álvaro Cunqueiro (1911-1981)*, Insula, número 536, Madrid, agosto de 1991.

*O mundo de Cunqueiro*, A Nosa Terra, Vigo, noviembre de 1991.

*Álvaro Cunqueiro*, Boletín Galego de Literatura, Monografías, Universidade de Santiago de Compostela, 1992.

*Congreso Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo 1991)*, Actas, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1993.

*Álvaro Cunqueiro (1911-1981)*, catálogo del Círculo de Bellas Artes de Madrid, Diputación de Pontevedra, 2003.

Alonso Montero, Xesús, *Os escritores galegos ante a guerra civil española (1936-1939)*, Galaxia, Vigo, 2006.

Álvarez, Marta, *Álvaro Cunqueiro. La aventura del contar*, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, Lausana, Suiza, 2010.

Armesto Faginas, X. F., *Cunqueiro: Unha biografía*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1987.

Cunqueiro, Álvaro

*Obra en galego completa*, Galaxia, Vigo, 1980-1991 [I. *Poesía e teatro*; II. *Narrativa*; III. *Semblanzas*; IV. *Textos de ensaio*].

*El envés*, Editorial Táber, Barcelona, 1969 [Antología de artículos en el *Faro de Vigo*].

*Antología poética*, Plaza&Janés, Barcelona, 1983 [Edición bilingüe a cargo de César Antonio Molina].

*Tesoros y otras magias*, Tusquets Editores, Barcelona, 1984 [Edición de César Antonio Molina].

*Cunqueiro en la radio*, Fundación Barrié, A Coruña, 1991 [Artículos en Radio Nacional de España, 1956-1981, con introducción de Xosé Filgueira].

*Papeles que fueron vidas*, Tusquets editores, Barcelona, 1994 [Artículos en *El Noticiero Universal*, 1973-1975, edición de Xesús González Gómez].

*Cartas ao meu amigo*, Editorial Galaxia, Vigo, 2003 [Epistolario con Fernández del Riego, 1949-1961, edición de Dolores Vilavedra].

*Viajes y yantares por Galicia*, Alvarellos, Santiago de Compostela, 2005 [Artículos en *Vida Gallega*, 1954-1956].

*El laberinto habitado*, Nigratrea, Vigo, 2007 [Artículos en *Destino*, 1961-1976, edición de María Liñeira].

*Viaje a Lugo*, Alvarellos, Santiago de Compostela, 2011.

Fernández del Riego, Francisco, *Álvaro Cunqueiro eoseu mundo*, Ir Indo, Vigo, 1991.

- Forcadela, Manuel, *A mecánica da maxia. Ficción e ideoloxía en Álvaro Cunqueiro*, Vigo, Galaxia, 2009.
- González Fernández, Anxo, *Hamlet e a realidade cunqueirana*, Centro Ramón Piñeiro, Santiago de Compostela, 1995.
- González-Millán, Xoán, *Álvaro Cunqueiro: os artificios da fabulación*, Galaxia, Vigo, 1991.
- Gregorio González, Manuel, *Don Álvaro Cunqueiro, juglar sombrío*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2007.
- Martínez Torrón, Diego, *La fantasía lúdica de Álvaro Cunqueiro*, Edicións do Castro, Sada, A Coruña, 1980.
- Mera Fernández, Montse, *El periodismo de Álvaro Cunqueiro. «El envés» como columna original de la prensa española*, Diputación Provincial de Lugo, 2007.
- Nicolás, Ramón, *Entrevistas con Álvaro Cunqueiro*, Nigra, Vigo, 1994.
- Pérez Bustamante, Ana Sofía, *Las siete vidas de Álvaro Cunqueiro*, Universidad de Cádiz, 1991.
- Quiroga, Elena, *Presencia y ausencia de Álvaro Cunqueiro*, Real Academia Española, Madrid, 1984.
- Rodríguez Fer, Claudio, *A literatura galega durante a guerra civil (1936-1939)*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1994.
- Rodríguez Vega, Rexina, *Álvaro Cunqueiro, unha poética da recreación*, Edición Laiovento, Santiago de Compostela, 1997.
- , y Morán, César, *Álvaro Cunqueiro. Fotobiografía sonora*, Ovirmos, Lugo, 2009.
- Sanfiz Fernández, Concepción, *Claves para un análisis comparativo de la narrativa de Italo Calvino y Álvaro Cunqueiro*, Diputación Provincial de Lugo, 2000.
- Spitzmesser, Ana María, *Álvaro Cunqueiro: la fabulación del franquismo*, Edicións do Castro, Sada, A Coruña, 1995.
- Tarrío, Anxo, *Álvaro Cunqueiro ou os disfraces da melancolía*, Galaxia, Vigo, 1989.
- Villanueva, Darío  
*Da palabra no tempo*, Espiral Maior, A Coruña, 2007.  
*O realismo marabilloso de Álvaro Cunqueiro*, Fundación Alfredo Brañas, Santiago de Compostela, 1996.

# NOVELAS Y RELATOS

# MERLÍN Y FAMILIA

*A Alberto Casal*

*Ahora que viejo y fatigado voy, perdido con los años el amable calor de la moza fantasía, por veces se me pone en el magín que aquellos días por mí pasados, en la flor de la juventud, en la antigua y ancha selva de Esmelle, son solamente una mentira, que por haber sido tan contada, y tan imaginada en la memoria mía, creo yo, el embustero, que en verdad aquellos días pasaron por mí, y aun me labraron sueños e inquietudes, tal eran como una afilada trinchada en las manos de un vago y fantástico carpintero. Verdad o mentira, aquellos años de la vida o de la imaginación, fueron llenando con sus hilos el huso de mi espíritu, y ahora puedo tejer el paño de estas historias, ovillo a ovillo. Cuando de obra de nueve años cumplidos por Pascua Florida, con la birreta en la mano, me acerqué a la puerta de mi amo Merlín, ¿quién diría que me la iban a llenar, la gorrilla nueva, de las más misteriosas magias, encantos, inventos, prodigios, trasiegos y hechizos? Nunca regalo como este, digo yo, le fue hecho a un niño, y como de un cuerno maravilloso saco cinta tras cinta, cuento tras cuento, y con mis propios ojos contemplo toda aquella tropa profana que a Merlín acudía y a sus siete saberes: en Merlín se añadían, tal los hilos de un sastre invisible, todos los caminos del trasmundo. Él, el maestro, hacía el nudo que le pedían. Ya lo veréis.*

# **PRIMERA PARTE**

## **MIRANDA**



## LA SELVA DE ESMELLE

**Q**UIZÁ mejor que decirla fuera pintarla, la selva de Esmelle, que cae a mano derecha viniendo a este reino por la banda de León. El camino que yo llevé hasta el campo de las Colmenas se adentra subiendo vuelta a vuelta por la fraga de Eirís, que es tan espesa: el camino va por la orilla del río, y cuando gana el llano, donde llaman Paradas, se mete por entre charcos lodaneros hasta donde dicen Pontigo, que es una puente baja de madera, en la que es muy sabroso oír el trote corto de los caballos de los viajeros que van y vienen, camino de Belvís. Los molinos del Pontigo son ahora dos morenas de piedra negra, en las que la hiedra prende y crece, pero yo recuerdo todavía los días en que molían el trigo vallino y el centeno montañés, y había manzanos a lo largo de las presas: el viento tiraba manzanas al agua, y siempre había una docena, verdes o coloradas, bailando en la espuma, gorda y amarillenta, junto a la reja del canal. Siempre ventea en la robleda de Mouras, tan tenebrosa, y el camino tiene prisa en pasarla y en llegar a la abierta campiña de Miranda, a la descubierta de las anchas sementeras, a los barbechos que huelgan las colinas antiguas, a los pastos del rey... Desde Miranda se ve Esmelle todo alrededor, el castillo de Belvís, la fraga de la Sierpe, la laguna de los Cabos, y de día, casi al pie de la puerta, el humo de las herrerías del Villar. Por la noche, desde Miranda, yo me ponía a ver cómo se encendían las luces de Belvís en las altas y aparejadas torres, y en comparación con ellas, como posadas en el suelo, las luces del Villar: cuando corría viento de Meira, yo me tenía porque oía las batinadas del mazo de los herreros. Desde Miranda se ve todo el llano de Quintás hasta el Castro, y las eras de centeno darse en ondas, como el mar, al amor de la brisa, y el ir y venir de las mujeres a la fuente del Couso. Siempre me recordaré de la cerca de la era, de laurel romano, tan pajarero, en la que tantos nidos velé, y de la higuera ramona, tan viciosa, al pie de la casa, junto al pajar grande. Miranda era la fonda de don Merlín.

Yo dormía en el desván, en una camareta estrecha, que tenía un ventanuco que caía mismo encima del catre. Tomé gusto, por la anocheada, de subirme a este, y estarme más de una hora asomado. Claro que era por las luces. En Esmelle, en la noche, todo se hacía con luces. Ya no digo las luces de Belvís, que bien las veía subir y bajar, como pájaros encendidos, por las ventanas de ambas torres; por veces, todo Belvís quedaba a oscuras, pero al poco rato se encendía una luz pequeñita, como el ojo de un mochuelo, en el balcón de la fachada de respeto, y esa luz corría por el castillo, y yo veía cómo pasaba de una cámara a otra, siguiéndola cuando se derramaba y guiñaba por ventanas y saeteras, y súbitamente hacía unas señas en lo alto de las almenas. Yo sabía que era el farol del enano del castillo, que hacía la última ronda. Ya no digo tampoco de las luces del Villar, con las que jugaban las ramas de los abedules. Hablo de las luces que andaban por los caminos, por el camino real viniendo de Meira, y por el camino de Quintás, y por el camino viejo, que se ahoga en la laguna de los Cabos, y también por la laguna. Y corrían y se cruzaban, y

de cuando en cuando se juntaban tres o cuatro, que hacían como una pequeña hoguera en el corazón de la oscura noche. Caballos galopando debían de llevarlas, tal corrían. Y si alguna tomaba el camino de Miranda y venía hacia mí, y hasta parecía, tan viva venía, que silbaba, prendía el miedo en mí como alfiler en el acerico, y sin desnudarme me metía en el catre, y me tapaba hasta la cabeza con la manta: una manta a fajas verdes, que por ambos lados tenía escrito en letras coloradas: DAVID. Yo tenía, en verdad, a aquel David nombrado por mi defensor, y hasta le rezaba. Pero ahora se me ocurre pensar que tales miedos me gustaban... Al alba venían a verme, formando todavía parte de mis sueños, las campanas de Quintás y el arrullo de las palomas en el tejado. Una mañana por el tiempo de la siega fue cuando vi en la laguna el barco velero, y otra de otoño, en lo alto del Castro, la viga de oro.

El invierno es largo, largo en Esmelle, y como no caiga una luna de heladas, todo él de lluvia y de nieve es. Pero el verano es dulce, y también la otoñada.

A veces, por hacer fiesta, el señor Merlín salía a la era, y en una copa de cristal llena de agua vertía dos o tres gotas de licor que él llamaba *de los países*, y sonriendo, con aquella abierta sonrisa que le llenaba el franco rostro como llena el sol la mañana, nos preguntaba de qué color queríamos ver el mundo, y siempre que a mí me tocaba responder, yo decía que de azul, y entonces don Merlín echaba aquel agua al aire, y por un segundo el mundo todo, Esmelle todo alrededor, las blancas torres de Belvís, las palomas y el perro Ney, el rubio pelo de Manueliña, la blanca barba de mi amo, el caballo tordo, los abedules de Quintás y el tojo de la corona del Castro, todo era una larga nube azul que lentamente se desvanecía. El señor Merlín sonreía mientras secaba la copa con un pañuelo negro. Esmelle, selva ancha y antigua, en la memoria la llevo yo de azul pintada, como si una enorme y tibia luna posara, en un repente, en la tierra.

## LA CASA DE MERLÍN

**E**L señor Merlín, según se sabe por las historias, era hijo de soltera y de ajena nación, y vino heredado para Miranda por una tía segunda por parte de madre; pero hacía de esto tanto tiempo que nadie recordaba bien el suceso. Solamente una vieja de Quintás hacía algo de memoria de que siendo niña la llevaron al entierro de una señora de Miranda, y detrás del cura de Reigosa, que cantaba muy bien, iba don Merlín vestido de negro, con una gran bufanda colorada, y ya entonces tenía mi amo la barba blanca. También hacía memoria la vieja de que iba en el entierro el conde de Belvís con una gorra de plumas y su enano de portacolas, y que vinieran plañideras de Lugo a hacer el llanto, y las más mozas iban descalzas de pie y pierna. Por don Merlín no pasaban años, y de esto se quejaba como de un maleficio, pero pocas veces, que el ser de él era aparentar muy franco y abierto, contento del mundo y hablador, y sonreía muy fácil: le ayudaban a ser franco los ojos claros, y aquella su frente levantada y señora, y hasta aquel gesto que tenía de acariciarla con la mano derecha cuando te hablaba. Era de pocas carnes, pero muy puesto en sus anchos y gentil, y muy andador. Pero ahora no iba a retratar al señor Merlín, sino a hacer la nómina de su casa, cuando yo vivía en Miranda, puesto de mozo de media mesa y estribo por once pesos al año y mantenido, las zuecas que gastase y los remontados de chaqueta y calzón, amén de cuatro pares de medias por año nuevo, dos blancos y dos negros.

La primera en la casa, después de don Merlín, era mi señora ama doña Ginebra. Era una señora muy sentada, verano e invierno con su pelerina negra bordada de abalorios. Tampoco era del país, y prendía algo en el habla. Tenía un pelo rubio muy hermoso y largo, que recogía en un grande moño, y nunca vi piel tan blanca como la suya. Alta, y más bien gorda, tenía un gran andar, y era de suyo muy graciosa en el mando, algo súbita, eso sí, y por veces seca, pero buena mantenedora de la gente y del ganado. Apenas salía de casa, y por las tardes se sentaba en el salón, junto al balcón grande, a bordar en un gran paño que iba envolviendo poco a poco en una caña de plata. En invierno gastaba mitones de lana y en verano de hilo blanco, muy calados y con florecillas bordadas. De cuando en veces paraba de bordar para rascarse las espaldas con una manecilla de boj que tenía, montada en una varita de avellano. Algo de tristeza creo yo que llevaba aquella doña Ginebra en los negros ojos, y si te sonreía, que no lo tenía por costumbre, era como si pidiese la limosna de que tú sonrieses también. Decían que era viuda de un gran rey que murió en la guerra, y que tuvo la noticia por un cuervo cuando ella estaba de visita en Miranda, probando un peine de oro. De señorío era, y don Merlín la titulaba al hablarle, y en la cocina no ponía mano, como no fuera para adornar la colineta los días de fiesta. Me tomó cariño, digo yo, y los domingos me planchaba un pañuelo blanco para que me sonase en la misa. Cuando venía a Miranda gente de alto copete, subían los huéspedes al salón a besarle la mano, y doña Ginebra les mostraba el bordado, desenrollándolo de

la caña de plata; yo recuerdo al señor deán de Santiago, cuando vino a Miranda a comprar un quiebranueces para el cabildo, con las antiparras puestas leyendo en el bordado, y diciéndole a mi ama que encontraba al señor Tristán muy parecido y doliente y que doña Oriana casi hablaba. Yo estaba en la puerta del salón esperando la venia para ofrecerle a Su Señoría un vasito de vino Getafe con bizcochos rizados.

La mano de los trabajos quien la llevaba era Marcelina, una camarera de unos cuarenta años, regorda y pequeña, muy colorada, gran habladora, y se la tenía por cocinera de mérito. Tenía mano de todo: de los trabajos de la casa, del ganado de la cuadra y de redil, de las criadas y de la labranza, de la feria y de los pagos. La encantaban las novedades, y cuando venía un señorito de visita, aunque fuera un infiel, quedaba enamorada de él por más de un mes. Pasaba por parienta del amo y sobrina del escribano de Azúmara, y lo que más le gustaba, después de que le llamaran doña Marcelina, era que la creyeran en el secreto de los que venían a la consulta de don Merlín.

—Ese caballero que vino ayer a la noche, era un correo del rey de Francia, que tiene miedo que le malpara una hija. Lo conocí por la espuela negra y una llave de plata que traía al cinto.

Todo sabía Marcelina, todas las señas de los que iban y venían, y los siete pareceres que hay en cada historia. Para mí fue buena madrina, salvo que divulgaba, burlándome, que yo andaba pellizcando las mozas. Para el caballo Turpín y para los perros Ney y Norés, y para ir a Meira a mandados, injertar cerezos y llevar cuenta de los obreros que venían a los trabajos, estaba José del Cairo, que era un mozo muy alto y algo metido de hombros, con el pelo rizo, los ojos pequeños y chispos, y muy burlador; en hombre de tanta guinda pasmaban las manos pequeñas y amadamadas que tenía, y era mañoso para cualquier arreglo, y también loco por la caza. Por lo burlador no amistaba mucho con la gente. Pero era valiente, e igual salía con noche cerrada para Lugo, atajando por la fraga de Eirís, donde todos los días el lobo saluda a la gente. El perro Ney dormía a los pies de su cama, y a mí comenzó a mirarme amistoso cuando Norés, un perro luntro, negro como la noche, pero con la gracia de tener las bragas blancas, arisco para los ajenos pero muy dócil para los de casa, dio en venir a mi camarote a hacer noche. Yo me dormía al acuno de su roncar continuo. José del Cairo, friera de la trapisonda de sus burlas, era un hombre callado. Comía a la mesa con los señores en los días de fiesta, y le quitaba de mala gana la gorra a los clérigos.

Después venían Manueliña de Carlos, con su pelo rubio y su boca pequeña, calientes los labios como la leche cuando acaban de ordeñar, que ayudaba en la cocina y en el trato de casa, y Casilda, que fuera moza del ciego de Outes, y cuidaba el ganado y la huerta. Y finalmente contaba yo, que estaba al mando del señor Merlín.

La casa estaba en lo alto de Miranda, y era grande y bien tejada a cuatro aguas, con un balcón sobre el camino de Meira y la solana orientada al Mediodía, y pegado a

la casa el horno de mi amo, que tenía además dos cámaras, y por detrás una cuadra para las monturas de los visitantes, que esta era de mi cuidado, tanto para pisar como para arrendar las yeguas y caballos. En la cámara grande del horno, sentado en el sillón de velludo verde, leyendo en el atril los libros de las historias, recibía mi amo a los huéspedes. En la jaula de vidrio silbaba el cornudo, y de la redoma del bálsamo de Fierabrás goteaba por la billa de boj dorado de Monterroso, en el vaso de plata, el rojo y perfumado licor.

Yo, cabe el atril, con la palmatoria en la mano en la que ardía la vela de cera de las colmenas de Belvís, seguía atento el dedo de don Merlín, que iba por las hojas de los libros secretos, renglón a renglón, deletreando los milagros del mundo. El gato Cerís, un gato albino y ciego, venía a acostarse a mis pies.

## LOS QUITASOLES Y EL QUITATINIEBLAS

**E**STABA yo a la sombra de la higuera ramona, labrando con mi navajita para puño de bastón un pajarillo en la cabeza de una rama de aliso, y me salían muy bien los pájaros, con las alas plegadas y la cabecita inclinada, cuando oí aquel tropel, y eran cuatro que venían a caballo, y el último traía a la cola una mula con equipaje, y eran del mismo vestido los cuatro, con grandes sombreros colorados y dalmáticas amarillas, como las de los curas en la misa, media polaina escotada, y al cuello y al viento unas capas cortas, coloradas como los sombreros. Daba gloria ver subir aquel golpe por la cuesta que venía a la portalada. Corrí a buscar la birreta nueva, que la colgaba siempre en la viga del horno, porque tenía ordenado que cuando había visita saliese con ella a la puerta, para poder quitarla haciendo cortesía. En esto estaba muy bien educado, y era la lección que tenía que abrir el portón con la mano izquierda, mientras con la derecha quitaba la gorra y estiraba el brazo un poco hacia atrás, bajando una chispa la cabeza. Me enseñó tal agasajo mi ama, doña Ginebra. Abrí, pues, a aquellos montados y saludé, y el que venía delante, un gordo y colorado que llevaba el sombrero levantado para dejar ver una perrera de flequillo muy rizada, me preguntó por don Merlín, y yo le dije que estaba tomando las once, y él me avisó que venían de París y traían un gran mandado. Los dejé desmontando y corrí a gritarle a mi amo, que estaba, como de costumbre, tomando unas once de huevos revueltos y vino clarete. Ya se asomara la señora Marcelina, ya viera que era mozo guapo el que ramaleaba la mula del equipaje, y ya me salió al pasillo para soplarme:

—Son gente de Iglesia, que no gastan espada.

Mi amo era muy reposado en el comer y muy limpio, y de continuo lavaba las manos y al sentarse a la mesa y al levantarse. Hizo sin prisas toda la costumbre que tenía, abuchó la boca con el último trago de clarete, dobló la servilleta, y le hizo aquel nudo de orejas de conejo que usaba, calzó los mitones y el bonete de borla, y apoyando en mi hombro la mano derecha, allá fuimos, como en una procesión, a saludar a los forasteros.

Le hicieron los cuatro al señor Merlín una gran reverencia, quitándose los sombreros, y el gordo de la perrera habló muy rápido en su lengua, y don Merlín estaba muy atento, y dos o tres veces, mientras hablaba el forastero, mi señor amo llevó la mano al bonete, como cuando se dice *Dios Nuestro Señor* o *Santa María Virgen*. Don Merlín le contestó también en su lengua pocas palabras, y mandó pasar a la cámara del horno a los viajeros, excepto al mozo de la mula, que me ayudó a meter los caballos en la cuadra y a darles un algo de comida. Entramos bajamos de la mula el equipaje, que era liviano y de más bulto que peso. Le hice señas de que pasase él también a la cámara, que yo quedaría por guarda del equipaje, pero él, sonriendo, y a fe que era muy mozo y tenía un no sé qué de alegre hermosura y era muy pulido de maneras, en nuestra habla me dijo:

—No puedo, mi amigo, dejarte por guarda de este atavío, que es mi oficio

señalado no apartarme de él ni un alfiler de monja. Venimos de París en cuatro jornadas, y somos gente del obispo de aquella villa, y lo que yo quería ahora de ti es un vaso de agua fresca.

Se la fui a buscar al pozo viejo, que es como una nieve, y él bebió sabroso y despacio.

—Yo ya sabía que ustedes eran gente de Iglesia —le dije cuando remató de beber, añadiendo que una criada mayor que teníamos en la casa se lo conoció porque no traían espada.

—Esa vuestra criada mayor, acertando en algo, no acertó en todo.

Y levantando el parisiense la dalmática me enseñó dos pistolas de revista en el cinto, con las cachas de plata labrada.

—Cuando se va por los caminos —dijo—, y lleva uno un mandado de tanto mérito como el que nosotros traemos, no se puede ir a la caridad y menos en estos tiempos.

En estas políticas estábamos cuando don Merlín salió a la puerta del horno y mandó que le llevaran el equipaje, y allá fuimos el mozo y yo a portarlo, y lo pusimos donde dijo, que fue en la mesa grande. Me sorprendió que tuviese encendidos todos los candelabros, y que se hubiese echado por los hombros la esclavina de raso. Los tres forasteros —el de la perrera en medio—, estaban sentados en el banco, junto a la ventana, y parecía aquello una misa cantada. Abiertos los bultos, que venían muy hechos y con siete cuerdas, aparecieron tres grandes paraguas, el uno blanco, el otro amarillo y el otro carmesí, y a cada uno lo fue besando don Merlín en el puño, que era de ébano el del blanco, de plata el del amarillo, y el carmesí de oro.

—Son muy hermosos quitasoles —dijo mi amo—, y quizá no los tiene tan aparentes el papa de Roma. Lo que vuestro obispo me pide es fácil, y lo voy a hacer en un tris. El quitasol blanco, como sabéis, se llama de «Sal-el-Sol», y en abriéndolo el día de Nuestra Señora de Agosto, aunque llueva, queda una mañana soleada para la procesión. El amarillo, que se llama «Mirabilia», es un quitasol muy secreto, y sólo se usa en la Pentecostés, y cuando está a su sombra vuestro obispo, habla y entiende todas las lenguas, y puede confesarse bajo él un mudo, que vuestro obispo lo escucha. Y el carmesí, este sirve para viajar en la noche, y el que va debajo de él, abriéndolo en la noche cerrada, ve como si fuese de día. Mejor que quitasol se debía de decir quitatinieblas, y tiene por nombre «Lucero». Ya otra vez a este, cuando era propiedad de don Lanzarote del Lago, le arreglé dos varillas que se le soltaron, y al primer arreglo no salió con sus virtudes, y en vez de verse como de día no se veía nada, ni las luces encendidas en la noche. Toda la ciencia de estos quitasoles y del quitatinieblas está en las varillas.

Y mientras yo servía a los visitantes algo de vino y jamón, como si fuera paragüero de Orense trebejó mi amo en los paraguas, y en un amén los dio por arreglados, que según él, sólo tenían una varilla floja y otra salteada. Los abrió y cerró, diciendo no sé qué letanías, y sonrió y le dijo al de la perrera con mucha



autoridad:

—Mosiú Castel, dile a tu obispo que no le cobro nada por el arreglo, pero que el día de Pentecostés próximo, abriendo el quitasol amarillo, no deje de poner por apunte la lengua maga, especialmente en lo que toca al nombre de los metales y las esencias preciosas, que quiero terminar de leer un libro *de occultis* que aquí guardo, y en el que está toda la tertulia de los caldeos. Y dile también que no gaste la virtud del «Lucero» en cachear tesoros en las cuevas y ruinas, que el quitatinieblas no fue hecho para eso, sino para seguir en la noche, por el camino de Emaús, las huellas de Jesús, Nuestro Señor.

Se levantó mosiú Castel e hizo gran reverencia, hicieron de nuevo el equipaje, y ayudados por mí guisaron de andar, y con el sombrero en la mano hasta que salieron de la portalada se fueron, y estaba mi amo en la puerta del horno y no les levantó el bonete, y el mozo que ramaleaba la mula, cuando vio que yo salté en la higuera para ver el tropel por la cuesta abajo, me dijo dos veces adiós con la mano.

—Se llamaba Jazmín, me notició a la noche la señora Marcelina. Si yo quisiese, de seguro que volvía, que no me quitó ojo mientras le dabas el vaso de agua.

## EL CAMINO DE QUITA-Y-PON

— **E** SE que ahí está durmiendo, canso de tan largo viaje por la vía de Levante, que es casi toda una polvareda, y cae el sol a pico sobre ella, tiene con el imperante de Constantinopla el mismo oficio que tú en esta casa. Así, pues, puedes tutearlo cuando despierte, y él puede enseñarte algo de la cortesía que allá se estila. Cuando vayas más maduro, también tú puedes dejarte crecer la barba, que si la tienes tan negra y riza como él, a fe que te ha de sentar bien.

Mi amo me decía esto por burlarme, que entonces yo estaba en los doce años, y aunque era espigadito, la cara redonda la tenía muy de niño, y el bozo ni me sombreaba. Me puse colorado, que por aquella edad mía me ponía por un nada. El señor Merlín encendió el mechero de cobre y puso a hervir el agua de mandrágoras, y es sabido que para que esta planta tenga todo su poder es cogida en el campo bajo las horcas en que hace su justicia el rey. Las últimas mandrágoras las trajera José del Cairo de Mondoñedo, cuando ahorcaron a Lugilde, el que mató al cura de Santa Cruz, metiéndole por la boca trapos con un palo.

—La peor cosa que le puede pasar a un emperador cuando va viejo es enamorarse de una niña, —siguió diciendo mi amo mientras esperaba a que hirviera aquel caldo—. Este emperador que hay ahora vino a reinar porque lo prohibió otro Basileo que hubo, y que no tenía hijos varones. Tenía, eso sí, una hija muy graciosa, y la casó con el ahijado. Este imperante de nuestros días está muy acostumbrado a las guerras, siendo hombre que pasó los más de sus días en la hueste o en la frontera, lo que lo hizo duro de corazón. Aconteció que en una marca de su señorío se levantaron unos príncipes antiguos, que se llaman los de Gazna, gente infiel y de gran crueldad, dueños de grandes espadas y caballos corredores, y que tienen una torre donde hacen en inmensas alfombras, con hilos de colores, el árbol de las estrellas, y auguran por ellas, y vieron que pasando Venus a dos manos de los Perros Cazadores era el tiempo de poner a crecer su provincia. Hubo guerra, y el emperador Michaelos llegó al pie de Gazna y quemó el palmeral, cegó los pozos, excepto uno para los peregrinos que van a Jerusalén, y mandó un heraldo a los gaznies dándoles horas para derribar las puertas de su ciudad. Los gaznies escucharon el parlamento del heraldo sin decir oste ni moste, y me contaron que daba miedo verlos en las almenas de la puerta de Asia, los siete príncipes con espadas que les llevaban de alto una cuarta, las barbas negras y mestas, los blancos mantos de sangre manchados, y en el mantel de la mano izquierda, cada uno su águila encapirotada. Se juntaron alrededor de una hoguera los señores de Gazna, aconsejándose, y uno de ellos, que amén de hombre de hierro era hombre de pluma, dijo que podía ponerse por ardid una historia que había leído y que pasara en gente de nación griega, y era mandarle al señor Michaelos la más hermosa de las doncellas para que lo enamorara, lo que parecía fácil, siendo el emperador, un anciano que en largos años sólo amor y amistad tuviera con las armas, no sabía lo que era, cama de pluma, y que siempre le fuera fiel a la, emperatriz Teodora, que ya iba

vieja y de un paralís estaba en una solana en un sillón oyendo música de iglesia. Escogieron los gaznies una doncella de casta real, talmente una rosa. Yo sé lo hermosa que es porque trato al pintor que la retrató cuando estudiaba música en Alejandría, y no sé qué es lo que de ella más enamora, si los grandes y verdes ojos entornados, la canela de la piel, el decir sosegado de aquella pequeña boca, la gracia de sus manos en la viola...

—Los pechicos como dos Claudias reinas, la cintura que se puede ceñir con el tallo de una rosa, los finos brazos que levanta cuando canta, y las piernas con las que cuando danza vuela. Toda ella es un misterioso vaso de perfume, y aun ahora que el gran ejército está perdido en las arenas, y el emperador como embriagado en su tienda de lienzo rojo, no hay soldado que no diga que tan gentil, suave y dulcísima señora vale la muerte.

Esto dijo el paje del emperador, que despertó mientras mi amo hablaba, y se levantaba de la siesta apretándose el cinto, del que colgaba un puñal con vaina de plata labrada. El señor Merlín apartó del fuego el agua de mandrágoras, apagó el mechero de cobre, y sentándose en su sillón de velludo, dijole al paje:

—Ahora, señor Leonís, convendría que vuesa merced siguiese con la historia.

El paje Leonís acaricióse la barba y vino a sentarse a mi lado, en el banco junto a la ventana. Entraba un rayo dorado de sol que espejaba en las hebillas de plata de los zapatos del señor Merlín.

—Llegó dama CalIELa, que tal es su nombre y se declara por «la miel que se derrama»; llegó dama CalIELa, digo, al real bizantino, anunciándose por una trompeta como correo de los señores príncipes gemelos de Gazna, que son los siete de un vientre, según atestiguan con escribanos y con el parecer de un médico antiguo que le llaman don Avicena. Venía vestida solamente con una seda y el pelo suelto, y no traía más joya que un cascabel de oro en el muslo izquierdo. Pasmó todo el ejército, que siendo de cristianos griegos nunca viera una mujer desnuda al sol de la mañana. Dama CalIELa se arrodilló tres veces antes de llegar al imperante Michaelos, que estaba defendido con la armadura que llaman de la Esfinge, porque tiene una de bulto en la coraza, y descalzado el guante de la mano derecha, sostenía en alto, brilladora como el viril con el Señor Sacramentado, la espada que los basileos de Constantinopla heredaron de san Pablo. Dama CalIELa arrodillada a los pies del emperador le besó la espuela y la mano que tenía la espada, y comenzó a hablarle en griego, diciéndole cómo traía partes secretos de Gazna, y que no quería que la grande ciudad fuese quemada, que tenía en ella un palomar y una rosaleda, y por salvar esto y un hermanito que tenía que estaba con fiebres repentinas, podía decirle al emperador cómo Gazna era fácil conquista, sin verter más sangre. Además que ella moría cada noche de miedo acordándose de los siete príncipes gemelos, que todos la querían por mujer, y para que no hubiera discordia entre ellos decidieran repartirla,

cada uno su luna, más una cada siete de descanso en una piscina. Esto dijo en un griego dulce y parrafeado, y el emperador no le quitaba ojo, y cuando terminó don Michaelos entregó la santa espada al estratega mayor, y puso su poderosa mano ungida sobre aquella pequeña y dolorida cabecita, y dijo que dama Calielia, y gritó para que todos oyesen, estaba defendida por su egregio brazo. Hubo música y salvas, y entró el emperador a su tienda con dama Calielia. ¡Nunca entrara!

El señor Leonís enjugó una lágrima con la gorra, y como hablando para sí, más quedo y reposado, prosiguió:

—¡Y quién no entraría, triste destino que le cupiese en aquel hermoso y dulce vaso! Dos días con dos noches estuvo dama Calielia con el emperador en la tienda, contándole los partes secretos de Gazna y la puerta falsa de la ciudad, que decían era por el barrio de los judíos, y la mejor hora del asalto al toque de cubrefuegos. Estos eran rumores que corrían. Y pasó el plazo dado a la rebelde Gazna, y aun pasaron otros días, y el emperador salía a caballo con dama Calielia y galopaban alrededor de la ciudad, contemplando las altas torres, y ya se comenzaba a decir que dama Calielia le deshacía la cama a don Michaelos, y que a nuestro real señor, con las caricias y calores de aquella flor, se le olvidaban Gazna, los siete príncipes gemelos, la guerra y la espada. Y una mañana, cuando salía rojo el sol sobre las colinas en que crecen los pejígos y los naranjos, tocaron las trompetas y los tambores y levantamos el campo, y dimos comienzo a una larga marcha, y en dos días dejamos atrás los labradíos y los estanques, y entramos al desierto y bebimos agua de los pozos, y decían que íbamos a conquistar el Farfístán, que es donde tienen los de Gazna sus tesoros escondidos, y que dama Calielia le había enseñado al emperador el Ciprianillo de aquellas montañas de oro, y bien se veían en la noche, cuando acampábamos en las arenas, a lo lejos las luces de los oasis del Farfístán. ¡Cuántas noches no las veríamos! ¡Cuántas mañanas no contemplaríamos, en la cinta de luz del alba, las torres lejanas de las ricas villas! Pero todo era como un engaño que se hiciese con un espejo y ahora anda el gran ejército perdido, sediento y hambriento por aquel arenal, y sólo el imperante está contento porque ñeñe al cuello los brazos de dama Calielia, y para la sed aquellos rojos labios tan fáciles... Y fue que dama Calielia quiso mandar a los príncipes gaznies, a quienes tan en secreto servía, un recado para que en llegando el verano saliesen a los prados del río, y allí dieran mano, por la espada y por la flecha, de todo lo que quedase de la flor militar de los bizantinos, y me agasajó con oro y con la promesa de un abrazo a mi sabor cuando volviese, si hacía bien el recado, y me dio las señas del camino en una cajita de plata con una aguja, y en llegando a donde son tres pozos de agua caliente, tomar los vientos de la mar, y en cuatro días me ponía en Gazna muy descansado. Y fue que dije que sí a todo, y me entendí con el polemárcos Cristóforos, quien me dijo que en vez de tomar los vientos de la mar tomase los de Levante, y me pusiese en Trípoli de Antioquía y desde allí en una nao real en Marsella, y por el camino francés en Compostela, y de allí a Miranda en un día, y que

el señor Merlín, que era muy su amigo, me prestaría aquel camino que él trajo enrollado de Bretaña en un canuto de hierro, y que se llama el camino de Quita-y-Pon, tal que posando yo el camino en Alepo de Siria, este fuese, como una bandada de golondrinas que vuela al Sur en otoño, hasta donde los valerosos palatinos, la pesada caballería, los lanceros de capa bermeja y los arqueros que llevan en el pecho la roja cruz morían, para que por él retornasen a Constantinopla a rehacer el Imperio y a quitarle del cuerpo a don Michaelos los engaños de aquel oscuro amor. Este, mi señor don Merlín, que Dios guarde y san Jorge, es mi mandado, y se me quiebra el corazón pensando en aquellas largas sedes, en aquel vagar sin fin, y hasta en aquella dama Caliela, que me tenía prometido un abrazo.

—Yo, mi señor Leonís, os prestaría el camino, pero por estar en el canuto de hierro en el desván, se oxidó, y ahora no se suelta más de cuatro o cinco leguas, y quedó tan estrecho, a causa de que se mojó pasando por él de Galicia a Avalón, cuando fui a las bodas del nieto de don Amadís, y encogió tanto como paño de buró, que sólo de uno en uno se camina por él. Esta medicina, pues, no sirve, pero voy a daros un hilo que habéis de atarlo al limonero que hay en Alepo junto a la iglesia de la Santísima Trinidad, y tiráis el ovillo al suelo, gritándole: «¡Adelante, adelante!», y lo seguís, y llegáis junto a los vuestros en dos días, y volvéis con ellos sanos y salvos, a través de los puertos del desierto. Y en lo que toca a dama Caliela, buscad en la guarda real un arquero que tenga el ojo colorado, y que apuntando sólo con este, le ponga una flecha en el corazón.

—Este arquero lo hay, que es el príncipe de Tebas, nieto de un rey muy sonado que le llamaban don Edipo.

El señor Leonís besó la mano de mi amo, cogió el ovillo que iba en una caja de mantecadas de Astorga muy envuelto en un pañuelo de seda verde, y en aquel mismo momento salió a galope en su bayo corredor por el camino de Belvís. Nunca pude saber si llegaría a tiempo, pero de quien conservo más memoria es de dama Caliela, que por veces me viene a los sueños míos, y se pone en ellos tan fácil como anillo en el dedo.

## LA PRINCESITA QUE SE QUERÍA CASAR

**E**RA por las vísperas de San Juan. Del castillo vino el enano en su mula, que era mucha fantasía venir el hombrecito aquel en una mula cisterciense de gran porte, y de andar tan solaz y balanceado como una preñada primeriza. Vino el enano, digo, y traía una carta con bula colgada de una cinta verde para mi amo Merlín, y siempre que venía el enano de los condes a Miranda, subía a hacerle el paripé a doña Ginebra, a hablarle de las condesitas y del perrillo pitisú que tenía madama la condesa, y a quien el señor Merlín, por hacer una gracia, enseñara a silbar una alborada. También hablaban, que era el enano muy mariquita, de las modas de París, y de las cintas que les vinieran a las señoritas de Venecia, de un perfume nuevo que le llamaban «agua franchipana», y del baile agarrado y de las bodas que se hacían en la grandeza. Doña Ginebra convidaba al enano con merengada, y este, si no traía mucha prisa, cantaba una habanera que sabía y que mucho le gustaba a la señora. Lo que a mí más me molestaba del enano era aquel aire de señorío que se traía con la gente de escaleras abajo, como si él no fuese paje a soldada, y aun había yo de tenerle la mula cuando montaba, y una vez que traía puesto sombrero de paja, que era por el tiempo del verano: un sombrero de paja muy bonito, eso sí, con una gran lazada de tul rosa, tuve yo que ponérselo, como se pone la mitra a un obispo, y además partirle bien la lazada, cuyas puntas le caían hasta la cintura... Trajo la carta el enano, visitó a doña Ginebra y se volvió al castillo en el gurugú de su mula, fantasiosa como él. Quedó mi amo caviloso con las noticias de la carta, y mandó llamar a Marcelina y le dijo de aparejar en la sala del mirador una cama con la mejor ropa.

—Me parece por tanto atavío —me dijo Marcelina—, que tenemos visita de alguna marquesa, o quizá sea la infanta de Irlanda, que dicen los papeles pierde cada día el bien de la vista. También podría ser una sobrina del deán de Truro, a la que se le estaba volviendo una mano de plata, y que siendo muy amorosa me trajese de gratis el regocijo de un beso.

Aconteció que llegó la visita cuando yo estaba vestido con mi chaquetón de ribetes, cubierto con la montera nueva con pluma de faisán en el cuerno, y los zapatones limpios, que venía de la iglesia de Quintás de llevarle al señor cura un agasajo de truchas que pescara José del Cairo en los molinos viejos del Pontigo. Llamaron fuerte en el portalón, salí corriendo del horno, que estaba dándole una merienda de moscas al cornudo, y fui a abrir la puerta; me encontré con un caballero, todo de negro vestido, de levita y chistera y una cadena de oro al cuello, que tenía de las riendas un caballo ruano en el que venía montada una señora que traía la cara cubierta por espeso velo blanco, también de negro vestida, menos los guantes que eran blancos como el velo, y en cada uno lucía un clavel rojo bordado. Atardecía, y en la sombra del portalón no se le veía la cara a aquel señor, el de más alta guinda que yo vi nunca.

—¡Nos espera tu amo! —me dijo, con voz seca y de mucho mando.

Me quité la montera, hice mi cortesía, y cuando entraban al patio ya estaban en la puerta de la casa el señor Merlín y doña Ginebra, y aunque no podía decir que fuese anohecida, que son muy largos los atardeceres del verano en Miranda, José del Cairo estaba a su lado con el farol de plata encendido, levantado a la altura de su cabeza. El caballero y don Merlín se saludaron y se abrazaron la señora del velo y doña Ginebra, y mi amo le besó el guante a la desconocida, y el caballero el mitón a mi ama. Y los cuatro, guiados por José del Cairo con el farol, subieron al salón, y yo, mientras metía el caballo en la cuadra, y venía bien sudado y hambriento y trabajado de la boca, no hacía más que inventar un retrato que se pareciese, y todavía ella más hermosa, a la enlutada señora que se nos viniera por puertas. Pero aquel día no me tocó verla, que me llamó don Merlín y me mandó que estuviese en la portalada, que venía un criado con una maleta y una jaula de mimbre, y la maleta tenía que subirla a la sala del mirador, la jaula meterla en la cámara del horno, y al criado despedirlo, que iba a aposentarse en el castillo de Belvís.

Estuve en el portalón hasta más de las diez de la noche, y al fin llegó el criado con la maleta y la jaula, y resultó que me era conocido, desde una vez que fui a Meira, por los bigotes rubios que tenía. Se lo dije, y él, muy secreto, me aconsejó que callara, que aquella era parte de una vieja historia, y convenía que nadie supiera que él había visitado antes el país. Callé, pero si venía a cuento, ya se lo advertiría a mi amo. Subí la maleta a la sala del mirador, y me paré un instante en el pasillo a escuchar lo que se hablaba en el salón, y sólo oí la voz de mi ama doña Ginebra que contaba una historia de don Parsifal, que ya le había escuchado muchas veces. La jaula la puse en la cámara de respeto, como me mandó mi amo, y era una jaula muy bien hecha, de mimbres pintados de azul y blanco, y casi cabría yo en ella, y en una parte tenía un cojín de terciopelo. Cené en la cocina con la señora Marcelina y las criadas, que también estaban curiosas, y apostaban entre ellas si la dama velada era joven o vieja.

—La voz —dijo la señora Marcelina—, la tiene de niña, y los andares, muy pulidos.

Mascando una castaña mayega me fui para mi camareta, y no tenía sueño, con lo que me puse a contar palomas hasta que adormecí. Poco llevaría dormido cuando vino a llamarme mi amo don Merlín, y me dijo que muy calladamente bajara al horno, que me precisaba. Bajé con las zuecas chinelas en la mano, por no ser sentido, y don Merlín se sentaba cabe la jaula, que ya no estaba vacía, que había en ella como una corza o cervatilla acostada, con la cabeza posada en el cojín, y lo que pasmaba eran los grandes ojos azules que tenía y como tristemente te miraba. Me ordenó mi amo que trajese un sorbo de leche en una taza, y si la había cuajada en la fresquera, mejor. Porté la leche, y se la dio don Merlín a cucharaditas al animalito aquel, y yo, mientras, metí la mano por entre los mimbres y lo acaricié y hacía un roncor agradecido, como los perros viejos cuando los amansan. Echó mi amo una manta por encima de la jaula, y se sentó en el sillón de velludo a leer en un libro que nunca le viera, en cada página un animal pintado, y con colores tan vivos que enamoraba



mirarlos. Sostuve la palmatoria más de una hora, y cuando cerró el libro me dijo:

—Felipe, mañana vas a tener que echarme una mano. No tengas miedo, y a nadie digas que viste la cervatilla en la jaula, y si mañana no la encuentras en ella cuando bajas a limpiar, no preguntes.

Creí que debía decirle a mi amo lo del criado de los bigotes rubios, y el señor Merlín me preguntó muy serio si estaba seguro, y le dije que sí, que ítem más el bigotes comiera el pulpo a nuestro lado, y pagara con un peso, y la pulpera, que era la señora Benita de Sarria, riñera con él, que el peso era sevillano.

—Parece, muchacho, que siempre hay en el país un demonio que se parece a otro. Ahora vete a la cama.

San Juan es muy hermoso en Miranda. Hay cerezos en todos los desmontes, y las blancás que había en nuestra huerta tenían un azúcar acanelado que daba gloria. Bajé muy temprano a hacer limpieza, que no sosegaba con tanto misterio, aun estando acostumbrado en aquella casa a tantas visitas profanas, y lo primero que hice fue mirar en la jaula, que estaba vacía. Sacudí el cojín, que tenía la señal, todavía tibia, de la cabeza de la cervatilla, barrí las cámaras, eché pienso al caballo ruanés del caballero de la chistera, pillé en la cuadra unas moscas para el cornudo, le quité el polvo al espejo y al sillón de velludo, le puse una vela nueva a la palmatoria, y llené de rapé la cajita de concha donde mi amo, de cada y cuando, con dos dedos cogía una chispa y la sorbía por la nariz. Era mi tráfico de cada día, antes del desayuno, que en tiempo de cerezas, era siempre de cerezas y pan trigo. Escupía yo muy bien los huesos, casi como un tirabalas las habas de estopa y andaba enseñándole a escupirlos a Manueliña de Carlos. Podía tocarle así la carita colorada y los labios, y ella bien sabía que tanto como enseñarle a escupir huesos, me gustaba acariciarla. Pero aquella mañana no hubo escuela, que me llamó mi amo desde el balcón, y me mandó que atara los perros en la cabaña con cadenas, y que encendiera el horno con tojo y no me moviera de allí ni para mojar las escobas. Estaba yo sentado junto al horno poniendo con mi navajilla una F en una zueca mía, cuando entró el señor Merlín con el caballero, que pronto supe que se llamaba don Silvestre, y era mosiú alcalde constitucional de una ciudad de Francia que se llamaba Burdeos, y tutor escriturado de la dama desconocida. Me dijo esto mi señor Merlín, y me presentó a don Silvestre como Felipe que lo soy, su paje de pasamanos muy apreciado. Don Silvestre me saludó levantando las cejas, y era hombre muy serio, afeitado como un clérigo, y con anteojos de alambre de oro, los cristales muy gruesos, tras los que se veían brillar unas luces alargadas, tal que se pensaba que en vez de niñas tuviera cuchillos en el pozo de los ojos. Y de alta talla, ya dije que no viera otro.

—Esta señora, Felipe, que vino con don Silvestre, es de una gran casa de la provincia que llaman de Aquitania, que según se entra por las puertas de Francia está extendida a mano derecha. Y se quería casar esta princesita con un mozo del país, también de sangre probada, pero cuando iban a celebrarse las bodas, le vinieron a la

niña unas manchas negras por la cara, primero, y muchos trasudores, y le crecían las orejas y le salió pelo por todo el cuerpo, y finalmente se convirtió en la cervatilla que viste en la jaula de mimbre, y en este estado estuvo nueve semanas, y ahora por el día es mujer, excepto el pelo que la cubre, y por las noches se convierte todavía en cierva, como la viste anoche descansando. Y yo voy a poner ahora por obra un desencanto de mucho mérito, y cuento contigo, y ya te dije que no pases miedo. Don Silvestre te ha de regalar con dos torneses de oro.

Yo dije que sí, muy ufano de tanta confianza, mientras calzaba mis zuecas, y ya me ponía a pensar que con dos torneses de Aquitania podría comprar en Lugo una pabela con lazada como la del enano de Belvís, y un reloj de plata con cebolla de oro para darle cuerda, como el que tenía José del Cairo. Don Silvestre dijo que iba a vigilar a doña Simona, que así se llamaba la damisela encantada, y yo quedé con mi amo, bien cerradas las puertas, haciendo los capiteles del desencanto. Fue el primero que amasó mi amo harina de trigo e hizo una rosca, que en el medio llevaba en dos tiras de la masa una cruz, y la cocimos, y el segundo capitel fue hacer en un cepo lobero el refuerzo de un hilo, que tenía más de diez varas de largo, y en la otra punta le ató don Merlín una campanilla de plata, en la que pintó con tinta roja cuatro cruces.

—Cuando me veas hacer tantas cruces en un arte —me dijo el señor amo—, cata que anda un demonio por el medio.

Creo que no comí aquel día, de tan vagante y temeroso como andaba, y la señora Marcelina me quería sonsacar, y yo callaba, o sacaba otra conversa.

En limpiar el horno, soltar una hora los perros en el soto por culpa de un zorro que nos venía a las gallinas, y echarle un remiendo de latón a una zueca pasó la tarde, y hubo de merienda migas de manteca con huevos, y en anocheciendo, como tenía ordenado, me fui a presentar a don Merlín, que estaba vestido de cazador.

—El encanto que tiene doña Simona —me explicó mi amo—, es de los que se hacen la noche de San Juan, y solamente duran un año; son embrujos pequeños, casi siempre puestos por demonios fornicadores. El demonio que la embrujó ha de volver esta noche, que es tan sonada en el mundo, y ya tengo todo preparado para cazarlo en su intento y azuzarlo por la fraga abajo.

—¿Y no lo podríamos matar? —pregunté yo, echándomelas de valiente.

—Tanto da, que hasta el fin del mundo, el número de demonios ha de ser siempre el mismo.

Eran las once dadas de la noche de San Juan cuando salimos de casa mi amo y yo, llevando servidor de una cuerda a doña Simona convertida en cierva. Tomó el señor Merlín el camino de la fuente del Couso sin decir palabra, y en llegando a la fuente le puso una suelta de cuero trenzado a doña Simona, y me mandó ponerla en el campillo, y ella, dio muy mansita a besar las hierbas, talmente como si paciese. Había una luna grande, y tan encendida que apenas dejaba ver la granazón de las estrellas, y la fuente del Couso cantaba su agua fresca, que caía de aquel alto caño, tan puesto en la boca del ángel que entre las manos tiene un letrero que dice *Soi de Velbis*. Siempre

hay murciélagos en la fuente, pero aquella noche no volaban.

Así estuvimos casi una hora, nosotros ambos sentados al lado de la fuente y doña Simona paciendo en su campillo, pero, de pronto, algo debió de oír mi amo, que me mandó que fuese a coger la cierva y la pastorease de la cuerda por junto a los manzanos del iglesario, que están allí al lado, y así lo hice, y cuando llegué a los manzanos vi en el suelo, entre la hierba, la rosca de pan trigo con la cruz, pero no le toqué, que tenía prohibido tocar o decir nada de los capiteles del desencanto. Doña Simona no sosegaba, quizá por falta de costumbre de la suelta en las patas, y todo era arrimarse a mí, y latía contra mi pierna su corazón sobresaltado. Y entonces vi llegar por entre los manzanos al alcalde don Silvestre, y sin mirarnos se fue a donde estaba la rosca con la cruz, y todavía parecía más alto a la luz de la luna, y metía miedo aquella contrafigura que hacía, y comenzó como loco a quebrar ramas de los manzanos y a echarlas encima de la rosca de la cruz, hasta que la tapó, y entonces se volvió hacia nosotros, y ya no tenía los anteojos puestos, y lucía en su cara el mirar del lobo en la noche. Doña Simona ya no era una cierva, que era una niña que lloraba con las manos atadas por la suelta de cuero trenzado, y se apretaba contra mí. Pero don Silvestre no pudo dar un paso, que metió el pie izquierdo en el cepo, y cantó en seguida la campanita de plata, mi amo gritó no sé qué latín, yo corrí con doña Simona a su amparo, pero resbalamos al llegar a la fuente, caímos en el lodo, y yo me desmayé... Desperté en mi catre, y don Merlín estaba sentado en la hucha a mi lado y me sonreía.

—Aquel, amigo mío, era el demonio, y estoy contento de ti. Doña Simona va libre del embrujo en Belvís, y mañana seguirá viaje para Francia acompañada de un conde que llaman don Gaiferos Mormaltán, y en su país casará a su gusto. Siento no vieras al don Silvestre, que no era tal don Silvestre, sino un demonio que llaman Croizás convertido en un haz de paja ardiendo huir por el camino de Quintás. Todos los perros de Esmelle ladraron más de una hora. Y sabrás que aquel bigotes que conociste en Meira era el espolique del demonio Croizás, fue quien prendió en un desván al don Silvestre verdadero para que el demonio pudiese embrujar de segunda y últimas a doña Simona, de quien Croizás andaba apasionado. Croizás va a cambiar de piel en el infierno, y el bigotes, que le llaman Tadeo y fue sastre en Toledo, a ese también lo lleva a Francia don Gaiferos, y ya lo está aguardando el verdugo del rey en la villa de Pons, que es una villa muy bonita, y donde hay buenos vinos.

Y como yo callara, y como don Merlín leyese la memoria que me andaba por dentro, me dijo con mucha amistad en la voz:

—En lo que toca a doña Simona, te dejé muchos saludos y este pañuelo bordado y media onza de oro, y quería limpiarte el chaquetón de ribetes, pero yo le dije que había que dejar secar el barro. Pasó la mano por tu pelo y dijo riéndose: «¡Le llega el lodo aquí!». Y ahora duerme otro poco, hasta que te llamen para misa, y has de saber que esta noche fuiste bautizado de segundas, que a las doce de San Juan, cada siete años bisiestos como este, todas las fuentes del mundo echan por un instante agua del

río Jordán, con la que san Juan Bautista bautizó a Nuestro Señor.

Me sonrió, y antes de salir de mi camarote contempló mi chaquetón de ribetes todo lleno de barro, colgado junto a la ventana para que más pronto secase, y con aquel aire amigo que ponía, y que yo sé que le venía de su saber del corazón de las gentes y de los sueños y soledades que cada uno lleva en la cartera de su espíritu, recuerdo que me dijo:

—¡Muy galán te pusiste para ir al desencanto! Y la montera nueva te la encontré en el barrizal, pero tendrás que ponerle este otoño otra pluma.

## LAS HISTORIAS DEL ALGARIBO

**A**NDABA yo por aquel verano haciéndome el melancólico, como enamorado de doña Simona, que aunque no la viera me contentaba con resoñar sus ojos azules, y bien la olía, suspirando, cuando el pañuelo bordado que me dejó por regalo llevaba a la nariz, y no me apeteían las fiestas, ni el San Bernabé de Quintás, que es tan sonado, ni Nuestra Señora de Meira, ni el San Bartolo de Belvís... Andaba, pues, solo y algo vagabundo, descuidado de trabajos, cuantimás que doña Ginebra iba en los baños calientes en Lugo, con Manueliña de doncella, y mi amo se pusiera a leer nuevos libros que le mandaran de Roma, y fue el mandadero un extranjero llamado Elimas, que parece que es entre los de su casta señal de gente maga llamarse así, desde un tal Elimas que riñó con san Pablo. No era cristiano ni tampoco probaba tocino ni vino, pero en cambio le gustaba el café, y fumaba continuo en una pipa larga muy trabajada. Mientras mi amo escogía los libros que iba a comprar, y que el Elimas trajera a lomos de una burra leonesa en una cesta forrada, pasaron dos días y yo amisté algo con el algaribo, que le llevaba a la cama el chocolate con bizcocho, le llevé la burra a herrar al Villar, y claveteé de nuevas sus zuecos. Lo que más gracia me hacía del señor Elimas eran los calzones bombachos de paño verde, y la cortesía que tenía de descalzarse al entrar en casa.

—Llevo —me dijo— más de veinte años viajando libros secretos y de arte alquímica, talismanes, amuletos, vasos de ámbar y anteojos buenos y baratos, y puedo decir que corrí las nueve partes del mundo y aun quizá más, y esta de Miranda me cae a trasmano, pero le tengo mucho amor a tu amo don Merlín; si non fuera por tu amo, estaba ahora paseando por Roma, o llegando a la China, o a La Habana, donde tengo un medio cortejo.

No deshacía el señor Elimas el azúcar en el café, y después de beber el líquido, lamía a cucharaditas aquel almíbar que quedaba en el fondo del pocilio.

—También —prosiguió— me gano algo de vida contando historias por las posadas, y ahora mismo llevo un catálogo de siete muy preparadas, y todas tienen una punta de verdaderas. Te digo que por mucho que saques de ti una historia, siempre pones cuatro o cinco hilos de verdad, que quizá sin darte cuenta llevas en la memoria.

—Esto es cierto —dijo mi amo, que nos oía la conversación—. Y esta tarde podías adelantarnos siquiera el asunto de alguna historia.

—Pláceme, mi señor —respondió el algaribo, que trataba a mi amo con mucho respeto—, y puedo comenzar ahora mismo si el paje me trae, con licencia, otra tacita de café.

Fui en un vuelo a buscarla, y sentados al abrigo de la higuera ramona, el señor Merlín en su mecedora, el algaribo en el suelo a su costumbre de morería, y yo a caballo de la rama grande, comenzó Elimas con sus historias. Pero antes bebió el café y lamió el almíbar demoradamente.

## LA BAÑERA Y EL DEMONIO

—Esto pasó, ahora va a hacer un año, en el «reame» de Nápoles, en una quinta que llaman Prato Nuovo, y que es de una nipota del gran inquisidor, y en esta historia se ve que ni las grandezas humanas se libran del maligno. Parió esta señora nipota, que se llama doña Eleonora, un niño, y lo fueron a bañar en aquella bañera de cristal, que la estrenaban tal día. Y no bien echaron al niño al agua, se disolvió en ella como si fuera de sal o de azúcar. Todo fue un gran grito de pasmo en la quinta y nadie daba crédito a lo acontecido, pero lo que pasó pasó, y el niño desapareciera. Hubo que echar aquella agua en el camposanto, y al botellón en que iba le hicieron un entierro a ocho, con música, responsos floreados y el gran inquisidor de capa magna. Hace quince días parió de segundas la nipota, y como al que nace hay que bañarlo, volvieron a poner la bañera de cristal, que es una obra antigua de mucho precio, en la cámara de la parida, y estaba el gran inquisidor presente, y también el exorcista de Palermo, que es quien les quita el demonio del cuerpo a los Borbones de Nápoles cuando hace falta, que es casi siempre por años bisiestos, y también estaba todo el protomedicato de las Dos Sicilias, y ya iban a bañar al recién, cuando se le pasó a la madre por la imaginación que tenía su señor tío que bendecir la bañera, y aun el gran inquisidor no dijera: *In nomine Patris*, ya se quebrara la bañera en mil pedazos, y saliera de ella un mal olor a azufre, y el exorcista de Palermo con el puño curvo de su paraguas tuvo tiempo de coger por el pescuezo al demonio que huía, pero este se le pudo escurrir, y se perdió por la chimenea. Se supo que la bañera fuera comprada en una abadía muy conocida y de monjas, que llaman Fossano, y que era la bañera que tenían las abadesas para bañarse por Pascua y por San Martín, y las monjas por San Pedro, y que no era tal bañera, sino un demonio que se trocó en ella, para ver a su tiempo a las señoras monjas en cueros vivos.

## EL HEREDERO DE LA CHINA

—El heredero de la China, que es un mozalbete algo corto se quería casar, y su padre, contra costumbre, le dejó escoger mujer. Amén de algo corto tenía poca salud entonces, pintaba flores y pájaros, y todas las noches, en su cámara del palacio de las Cien Veletas, soñaba que acariciaba limones redondos. Mandó el heredero que de todo el Imperio le enviasen los retratos, pintados en largas bandas de seda, de las más hermosas doncellas, y se pasaba las mañanas y las tardes contemplándolos, y ninguno encontraba de su sabor, y por las noches seguía soñando que sus manos se posaban en un cestillo de pluma, en el que alguien, en secreto, había puesto dos limones redondos... Llegó un correo de la más lejana de todas las provincias, y traía al señor

príncipe heredero setenta retratos, y todas las retratadas eran mocitas que sonreían, inclinando tímidamente las gentiles cabecitas. Y desenrollando el volumen en que venían las muchachas retratadas, con su nombre y su condición estofada al margen, se encontró el príncipe delante de la gracia de una niña que levantó para él el rostro, abrió los verdes ojos, y sus pestañas eran tan largas y negras como los pelos del pincel con que se pintaba la primera letra del nombre del Dragón. Ambos se miraron largamente, y la mocita, volviendo a la quietud de la pintada seda, se ruborizó. Mandó el príncipe heredero, hace ahora once semanas, que se la trajeran, y casó con ella, y las bodas se hacen allí con una linterna de papel y están los novios esperando a que se consuma la velita, y cuando la linterna se apaga, la boda está hecha. Regaló a la niña el heredero con dos sombrillas, un collar de perlas, un caracol de plata y diez uñas de oro, y cuando terminadas las reverencias se quedaron solos en la cámara del palacio de las Cien Veletas, el príncipe le preguntó a la esposa por qué se pusiera colorada en la tela pintada. «Pues, dijo la recién casada, es que yo soy esos limones redondos que tus manos acariciaban en la noche». Y el príncipe, que en tan poco tiempo ya engordó cuatro libras cantonesas, le cambió el nombre a su mujer, con consejo de los mandarines, y todos pusieron por escritos en aquellas sus letras tan alineadas, que la señora princesa se llama *El limón que sonríe en la noche*.

## EL LOBO QUE SE AHORCÓ

—Esta es una novedad que hubo en el Reino de León el invierno pasado, a nueve leguas de Astorga, en una robleda que llaman de Dueñas, y ya andan coplas por León y Palencia, pero por esta banda todavía no se propaló. Y fue que se ahorcó un lobo. La historia dice que un lobo viejo, de los que por allá llaman *garlines*, porque no dejan nunca la ronda de los lugares y aldeas y destemen al hombre, hacía muchos daños en los perros, y mató a un soldado y a una niña que llevaba a pacer un burro, y a quien más se tiraba era a las mozas, máxime si andaban de tiempo, con perdón, y venía a aullarlas mismo al pie de las casas. El cura del lugar y un cazador muy famoso que le llaman don Belianís, y es primo hermano del arcipreste de los Vados, que me compra a mí libros que traten de pólvora y todavía el pasado año le vendí la *Pirotecnia* del señor Biringucho, armaron una batida con los cuadrilleros de la Santa Hermandad y las escopetas maragatas del señor marqués de Astorga, y dieron en el monte, puestos en él por un perro del señor rey que le llaman Segovia, con el rastro del lobo, y lo siguieron día y noche por sierras bravas, y al amanecer lo fueron a cercar en la robleda de Dueñas. El mérito fue del Segovia, pero también de los hombres que le dieron seguido el paso de la busca. Y don Belianís se metió en la robleda con la espingarda levantada, y fue quien vio, y aun no salió de tan grande pasmo, cómo un hombre desnudo se ahorcaba en un roble, asegurando una cuerda en

su cuello y en una rama, y dejándose después caer, y al caer se mudaba en lobo, en el lobo viejo de las desgracias. Y así se vino a saber que era un hombre-lobo aquella temida bestia. Y el cura, que es hombre de bien y compasivo, lo mandó enterrar y le rezó un paternóster por si llegaba a tiempo, que nunca se sabe, y mientras iba rezando, el lobo iba tornándose en hombre, y todos conocieron que era el señor Romualdo Nistal, que tuviera tienda en Manzanal, y era apreciado, que no robaba en el peso.

—Estas —dijo el señor Elimas— son las tres primeras historias, y acostumbro contarlas la primera noche en la posada. Claro que las decoro un poco, saco las señas de la gente, pongo que estaba presente un tal que era cojo, o que casara de segundas con una mujer sorda que tenía capital, o que tenía un pleito por unas aguas, o cualquier otra nota. Y cuento de las villas, si son grandes, y cuántas plazas y calles, y si hay buenas ferias, y cuáles las modas. Las historias, como las mujeres y los guisados, precisan de adobo. De este Romualdo Nistal, pongo por caso, cuento la vida desde que fue a servir al rey, y de cómo lo enamoraba la mujer de un sargento de tambores, y cómo encontró en la calle dos onzas de oro, que fue con lo que puso en Manzanal la tienda...

A mi amo le gustaron mucho las historias de Elimas, compróle siete libros, lo propinó, mandó darle un queso para el camino, y a mí me dejó seguirlo con el can Norés hasta Belvís, donde iba a venderles a las condesitas una historia nueva, que leerla era la moda de París, y se intitulaba *Pablo y Virginia*.



## EL RELOJ DE ARENA

**E**STABA yo jugando a los bolos con el hijo del Arnegueiro, y el padre, el señor Antón de la Arnega, venía todos los años por Santos a solar y zoquear a Miranda, y hacía en una semana cuantas zuecas y zuecos se precisaban en un año en nuestra casa, y al pequeño, que era algo jorobeta y se llamaba Florentino, lo traía para hacer la tinta y teñir las zuecas, y la mayor parte del tiempo andaba tras de mí, y quería que le enseñase los jilgueros que tenía, jugase con él a los bolos, y le contase historias; estaba, digo, jugando a los bolos con Florentino cuando se nos entró por puertas don Felices, cantor que fuera en la iglesia de Santiago, hombre de muchos misterios, y en lo tocante a sus virtudes, caballero muy cortés y afecto al aguardiente de Portomarín. Venía en su mula meiresa, con aquel su abierto y reposado montar, reclamando de mi amo la compostura de un reloj de arena que en una bolsa de terciopelo negro, atada con rojo cordón, en su mano traía. Me acuerdo como si lo estuviese viendo, de sus ojos chispas, vivos y habladores, de la acaballada nariz colorada, de la boca de finos labios muy franca de corte, cuantimás que era risueña, y de los largos brazos y las grandes manos, que chocaban en hombre de tan pocas medras como aquel, que por ahí se andaría por la talla de quintas.

—Este que aquí ves —me dijo el señor Merlín mientras don Felices metía la mula en la cuadra, que no me dejaba a mí esa labor, que la bestia era dada a morder y espantadiza—; este que aquí ves es hombre muy sabio, y en echar las cartas la Salamanca de Galicia. Somos amigos hace muchos años, y pasmo haciendo memoria de las cosas que le vi adivinar, tanto por las cartas como por la harina, que se llama esta adivinación alfitomancia y es muy secreta, y sobre todo en lo que toca a tesoros amonedados, gentes que van en América, amores de viudas y muertes violentas. Estas puedo decirte que mismo las ve retratadas.

Llegó, pues, don Felices con su reloj de arena, que era una pieza muy requintada de arte toledano, con dos culebras por asas, el cristal del vaso rosado, los pies cuatro cabecitas de angelitos, las columnas semeando viñas muy abundantes en racimos, y el todo lo coronaba un espejo como la uña del meñique, montado en una onza de oro del rey don Carlos III. El arreglo que pedía don Felices era que al espejuelo se le volara el azogue cuando le estaba adivinando en la feria de Viana del Bollo la querencia de una moza al señorito de Humoso.

La compostura no era agua de mayo, que hacía falta azogue italiano serenado, y ya metidos en obras y gastos, convenía cambiarle también la arena al reloj. No era cosa de dos ni de tres días, y en los que pasó don Felices con nosotros, almorzando siempre papas de avena y chanfaina asada, me hice su amigo. Todo su fasto era de hebillas de plata: traía una en la cinta verde del sombrero, cuatro por botones en la camisa, otras cuatro en el tabardo, dos en cada liga, ¡y qué pantorrillas gordas tenía!, y en cada zapato la suya, y yo se las limpiaba cada mañana con sal prestigiado, y por eso me estaba muy agradecido. Lo más del día lo daba por gastado don Felices en

hablar con mi amo de *De mántica variationibus*, del demonio que en alemán se titula *Hornspiegel*, que se traduce por «*espejo del cuerno*», y andaba en Sevilla haciendo piñata entre las casadas; del gallo que en Soria puso un huevo delante de notario, de cuáles eran las señales del *Dies irae*, de quién mató a Prim y de cómo era la máquina del tren, y también de una consulta que traía y que tenía revueltas las capillas de las catedrales, de si los que tocan flauta, clarinete, oboe o fiscorno, no pueden, por el Derecho canónico, y esta era sentencia del Cabildo de Tuy, comer guisantes y habas, comidas que engordan el aliento y espesan el sonido de los instrumentos. Por la tarde subía don Felices a echar las cartas delante de doña Ginebra, por saber qué fuera de toda la caballería de Bretaña, de si casara en su casa doña Galiana, si apareciera el camino de Cavamún, cuántos hijos tendría el nieto de don Amadís, si estaría o no lloviendo en La Habana, y si quedara o no preñada del zar de Rusia la Bella Otero. Don Felices gozaba sonsacándole nuevas a las cartas, y cuando cazaba una que sorprendía a doña Ginebra o a mi amo, sonreía humilde, diciendo como para sí:

—En un año, esta noticia no viene en los papeles. También me echó a mí las cartas una noche, tras la cena, primero de como dicen *a capa suelta*, después *al torneo*, y más aún, como llaman *con el paño delante*, que es el tal paño una estola de cura, y he de decir que todo me adivinó, hasta que yo andaba con las faldas de Manueliña de Carlos, y que si seguía trabajando allí, para la Candelaria de tres años a contar de esta, tendríamos bautizo. Dijo que como pintaba la cuerda de bastos comenzando por arriba, surgía sola la sota de oros, y venía de cabeza por entre caminos de espadas el cuatro de copas,

*cuatro copas al heredero,  
y la espada al cintulero,  
primero y delantero,*

que era seguro que sería niño. Pasmé contemplando las cuatro copas coloradas, y aquel letrado que les pone don Heraclio en Vitoria y que dice «Clase opaca». A su tiempo, y porque quien trebeja trebeja, y yo le seguía enseñando a Manueliña a escupir huesos de cerezas, dispensando, y en anocheciendo salíamos por mayo a tornar de los nidos la comadreja, nació Ramoncito. Muchas veces lo contemplé cuando lo andaba acunando, y nunca pude dar en mí qué hilos iban y venían de aquel cuatro de copas, clase opaca, a aquella bulliciosa bollita de manteca. ¡Mucho sabía don Felices!

Le arregló mi amo el reloj, y allá se fue don Felices con su mula meiresa, y llevaba prisa por llegar a ferias a Cacabelos, que quería cambiar la mula por otra más mansa y mejor comedora. Ramoncito va en el cielo, que a los cinco años cumplidos por Candelaria, un martes de antruejo se lo llevó una calentura que le quedó del sarampión. Ya estaba entonces casado con Manueliña, y vivíamos en Pacios, y yo era el barquero que llevaba la gente en barca desde la ribera de Trigas a la de Mourenza.

—¡Mucho sabe don Felices! —le decía yo a mi amo, viniendo de despedir aquella Salamanca.

—¡Todo lo que no se ve! —me respondía don Merlín, mientras llevaba a la nariz, muy fino, con las puntas de los dedos, una chispa de rapé.

## LA SOLDADURA DE LA PRINCESITA DE PLATA

**L**A verdad sea dicha, creí que traían a alguien a enterrar a Miranda. Y de entrada venía un flautista todo vestido de negro, y en pos de él un monaguillo con incensario, y uno de a caballo que traía cruz alzada, y venía todo él cubierto con una capa morada con capirote. Y cuando llegaron al portalón se arrimaron a la pared del henar grande, y el flautista comenzó un torneo muy triste con su flauta y el monaguillo a incensar el aire, tras echar incienso en el vaso del incensario, y el montado bajó el capirote de la capa, y era tonsurado de menores, según supe después acólito mayor del señor duque de Lancaster. Me dijo mi amo de abrir ambas puertas, y también él vistiera de morado, con la media mitra que tenía por ser profesado de las dos medicinas en Montpellier, y al cuello el babero amarillo de la Facultad, y doña Ginebra estaba en el balcón principal, cubriéndose con la sombrilla, que el sol pega mucho allí en las tardes de septiembre. Me dolió el no estar avisado, y que me cogiera la procesión con las zuecas viejas, con la blusa remendada y con el calzón de paño remontado. La señora Marcelina y Manueliña vinieron y alfombraron de rosas, romero y espadaña el patio, y ellas sí que estaban de ropa nueva. Abiertas las puertas, entraron por ellas dos de espada al cinto muy jinetes en bayos gemelos, y después otro que no montaba en silla, que lo hacía en albarda zamorana, y eso que era caballero de mucho atavío, y sin duda el más titulado de toda aquella romería, y este mi señor delante de sí llevaba sujeta a la albarda una caja de madera fina y lucida, con oros aplicados e ilustre herradura. Y todos vestían de morado. Se apearon los de espada y tuvieron mano de la caja, y también se apeó el señor, que era un viejo patricio de hermosa barba y corpulento, y se dio en abrazar con mi amo, quitándose el sombrero de doble ala, y volviéndose para el balcón y haciéndole a doña Ginebra una grande y alabada cortesía. Y don Merlín sacó de su manga izquierda un pergamino y se lo pasó al caballero, y este mandó poner la caja a los pies de mi señor y maestro. Subieron de nuevo todos a sus palafrenes, y el tonsurado izó a la grupa al monaguillo, y saludando a doña Ginebra que seguía en el balcón, y a mi don Merlín, se fueron por el camino de Quintás al galope. El flautista le vino a besar la mano a mi amo, y yo comprendí que quedaba con nosotros, y era un rapacete regordo y cachazudo, de rojo pelo, bigote espeso y rojo muy engomado, y lo que más llamaba de su retrato y apariencia, era la gran espada que llevaba colgada del cinto por dos estribos, a la altura de las nalgas, tal que visto de cara le salía por un lado media vara de hierro con la cazuela labrada de la empuñadura, y por el otro dos varas de vaina colorada.

—Tú, Felipe, ayúdale a meter a mestre Flute la caja en mi cámara de respeto, y vos, mestre Flute podéis poner vuestra espada en el astillero, al lado de la lanza mía, que se verá muy honrada, si es que queréis entrar y salir por puertas en esta casa.

Yo me inclinaba a echar una risa, pero mi amo hablaba muy en serio. Era en verdad un cachazudo aquel mestre Flute. Primero guardó la flauta, desmontada y soplada, caños y palleta, en una bolsa de bayeta azul, y luego destribó la grande y

temerosa espada, y me siguió a colgarla en el astillero, al lado de la lanza de don Merlín, de la escopeta Nápoles, de las pistolas francesas de camino y de la espingarda, y sacó del bolsillo del calzón un pañuelo de hierbas y se enjugó el sudor, le apuró las puntas al bigote, y le sacudió el polvo a la birreta, enderezándole la pluma de gallo blanco que lucía, y sólo después se encaminó a hacer el mandado de portar la caja, y yo tras él, tomándolo por tan mudo como boberas. Bien veía servidor que mi amo no se complacía con aquella calma, y seguía junto a la caja, solfeando el suelo con los pies y abanicándose con la media mitra de médico. La caja no pesaba más allá de veintidós libras gallegas, o séanse veintitrés y media por la libra de Medina del Campo, que es la que ponen ahora por medida en el país los maragatos. Pusimos la caja encima de la mesa, y el señor Merlín encendió el quinqué, que a mí mucho me gustaba, que en cada cara tenía sobre el cristal, labradas de latón pintado, escenas de las hazañas de don Quijote: los molinos de viento, los forzados de la galera, los pellejos de vino y el león que iba para el rey de España. No me cansaba de mirar para ellas cuando el quinqué estaba encendido.

—Ahora —me dijo mi amo muy serio—, cierra con tres vueltas de llave el portalón y pasa el hierro, dile a José que suelte los perros, y lleva a mestre Flute a la cocina y cenad, que ya son las nueve, y que lo acuesten en el catre del desván nuevo, y mañana será otro día.

Mestre Flute me siguió y no decía palabra, y en la cocina saludó a las mujeres inclinando la cabeza cuando estas le dieron las noches, y la señora Marcelina le puso delante, en la mesa del escaño, una enharinada con torreznos y una jarra de vino de San Fiz, y mestre Flute hablar no hablaría, pero traía la gambrina atrasada, que repitió de la enharinada y aun cortó en la carne, y media oreja de cerdo gallego que estaba en la fuente la metió en el papo, y roía de prisa aquel inglés. Le dio el último tiento a la jarra, embuchó igualito que hacía mi amo, soltó el cinto, se echó para atrás en el escaño, y dándome una grande palmetada en la espalda, que me hizo escupir media manzana que estaba comiendo, dijo con una voz de maricuela que nos medó a los presentes en una gran risada:

—¡Gracias sean dadas, que llegó la cena y apareció la posada! ¡Quiquiriquí! —les gritó a los tres capones que estaban engordando en las caponeras, y también él lloraba con la risa.

—No os hablé antes —dijo, y ahora su voz sonaba a natural de tan embigotado como era—, porque tenía la boca seca, o también porque se me olvidara vuestra lengua, o porque no me tratabais de usted, o por daros que hablar, o por burlar un poco. Que vengo de muchos días de triste viaje, dando el pésame por los caminos, que ya no sé si mi flauta se recordará de lo que es un baile, y todo por causa de esta desgracia que pasó en Marduffe, a treinta leguas de la corte de Inglaterra. Hoy no estoy todavía para contar nada, pero mañana, si Dios quiere, y mi Dios es igualmente el vuestro, os he de poner en autos.

Dijo esto muy natural y sosegado y con respeto, y mientras se levantaba, y yo

salía con él para llevarlo al catre del desván nuevo y decirle dónde estaba el retrete.

—¡Siempre fui un apetecido de enharinada con torreznos! —dijo mestre Flute desde la puerta, volviéndose a sonreírle a la señora Marcelina.

Por la mañana bajé a hacer mis obligaciones, y todavía roncaba mestre Flute muy acompasado. Adiviné pronto que mi amo no se acostara, que pasara la noche leyendo en el don Raimundo Lulio y en el Cornelius, y tenía abierta en el atril la doctrina de don Gabir Arábigo, donde habla del peso de las partes del cuerpo en comparación con los cuerpos simples, según la tabla de micer Dioscórides. Nombres y libros todos estos que a mí mucho me gustaba sacar encima del celemín de las conversaciones, y que me hacían pasar por literato. El señor Merlín, amén de leer, tuviera el horno encendido, que aún quedaba el barrido de un brasero en la boca.

—No barras y siéntate —me dijo el señor amo—, y atiende, que estoy en un caso de muchas albóndigas, y quiero cumplir como debo con aquel noble anciano que me trajo en procesión esta caja. En ella está, en cuarenta pedazos y el mayor como un dedal, una señora princesa de Inglaterra, del título del pazo de Marduffe, llamada doña Tear, que quiere decir «lágrima» en nuestro hablar. Y te digo yo que no es fácil la soldadura de estas princesas, y no sé por dónde voy a principiar a añadir las partes, si por la cabeza o por los pies, perdonando. La hicieron de plata, esta hermosa niña, y por huesos iba envasada de cristal, y fue que la encontró el señor de Marduffe en un desmante, y lo enamoró la gracia de aquella muñeca, y pensaron todos que era de arte de cuerda, y llamaron al relojero mayor de Suiza para revisarle la máquina, y don Omega, que así se llama, fue a Marduffe, y dijo que no tenía ni cuerda, ni pelo ni segundero aquella muñeca, y que no era cosa de arte, sino nacida humana criatura. Pasmó lord Sweet, que era muy enamorado, y ya pasó, en el tiempo de un relámpago, a imaginar que era una princesa encantada, y que le había de enamorar y llevarla a casorio. Por consejo de don Omega llamaron a un médico de San Andrés de Edimburgo, por nombre maese Hairy, y es aquella escuela de medicina muy famosa, y aprenden allí los médicos a recetar en latín por el Donatus, la anatomía por el señor Vesalius, los purgantes por Paracelso, las dolencias venéreas por don Fracastoro, y en lo que toca a las sangrías y a las sanguijuelas, siguen el parecer de Salerno, que postula *ad majares* y también *secundum libidine*. Maese Hairy puso con mucho tiento la muñeca en agua caliente, le vertió en la boquita tres gotas de ruda, y por un serpentín la alimentó con un lectuario de diacitrón, y mandó que la secaran bien y la acostaran en una cama con dos canecos, y aguardaran una noche, y al amanecer que una camarera la vistiese con ropa de seda blanca, y ya verían cómo tenían en el palacio, por lo imaginativo y enamorado que andaba mylord Sweet, nueva princesa. Y que el verse así de plata aquella mocilla era, y no encontraba otro texto maese Hairy para salir de dudas, que estando la madre a parirla, vino un airado con espada o cuchillo de plata y le dio muerte en el instante en que librara, y pasó la ira del metal a la sangre, y se le mudaron las carnes a la recién. Quizá fuese el airado un marido que

despertó cornudo, o un amante despechado, que ya sabemos por las historias, en lo que toca a este último caso, que el amor no se para en preñadas. Dígalos si no César Augusto, que casó con la señora Livia cuando de cinco meses estaba preñada de otro. ¿Qué cosa es amor, que no se sabe ni cuándo nace ni cuándo muere?

Cerró mi amo el libro de don Gabir Arábigo, y era un gran tomo con hierros de llave, que parecían sierpes entrelazadas. Tomó rapé, se sonó por dos veces, e iba a seguir con la historia cuando pidió permiso para entrar mestre Flute, que llegaba con una flauta en la mano muy descansado.

—Fe estaba contando a mi paje —dijo don Merlín—, cómo volvió a la vida en el palacio de Marduffe mylady Sweet, que ahora está en esa caja esmigajada.

—Fue todo —dijo mestre Flute— como tenía avisado maese Hairy, y al amanecer estaba la camarera más vieja con la ropa blanca de seda, y vistió la muñeca, y esta pasó del color de la plata al color de la carne, y abrió los ojos y comenzó a hablar muy graciosa, y como tenía hambre pidió requesón y huevos hilados. Y sabido el suceso vinieron de la Corte, que está a treinta leguas Windsor de Marduffe, los príncipes y más de la mitad de los pares y señorías, y por la tarde, en el salón de los espejos, yendo yo delante con mi flauta floreando una marcha de honra, entró lady Tear del brazo de mylord Sweet, y nadie vio nunca cosa más hermosa que aquella dulce niña. La Corte no sabía qué decir, y el señor duque de Lancaster preguntóle a mylady si sabía su estirpe y ella, con aquel hablar sosegado y tan alegre que tenía, que parecía mismo que te rozaba con plumas las orejas, dijo que excepto de que venía de los reyes godos y era algo sobrina de Galván Sin Tierra, y que naciera en París por San Lucas, otra cosa no sabía, aunque algo hacía de memoria de haber pasado, siendo niña, un verano en Roma, en un jardín que tenía una fuente y dos limoneros. Y esta memoria, mi señor Merlín, fue la causa de esta desgracia, y el velo que descubrió el pecado.

Mestre Flute lloriqueó un poco, y el señor Merlín le mandó que bebiese un chiquito de tostado y se consolase.

—Consolar me consuelo, y aun vengo confesado en Santiago con el canónigo de lengua ànglica. Iba diciendo como pasmó la Corte de aquel encanto, y los pares querían bailar todos con ella, y las mujeres le tocaban el pelo y le preguntaban qué perfumes usaba, que tan suavemente olían frescas rosas. Y lord Sweet de Marduffe se vistió de capa bermeja, y anunció que iba a casar con lady Tear de Cotia, de Sin Tierra, de París, del Jardín de Roma. Hubo enhorabuenas, y el duque de Gales quería que la boda fuese en el palacio de Windsor, y que había que presentarle la novia al rey, y lord Sweet no quiso, que la Graciosa Majestad está ciega, y había de querer conocer a tienta si lady Tear era tan hecha como decían y tenía tantas dulzuras de presente. ¡Ay si las tenía!

Se consoló por dos veces mestre Flute con el tostado que le serví, y que era un foro que le pagaban a mi amo los sanjuanistas de Ribadavia. Afinó la flauta, y silbó una pieza muy gentil.

—Esta danza hice por papel para el baile de las bodas de mis señores, y se llama *swan'spavane*, que quiere decir pavana de los cisnes, y ahora la baila toda Inglaterra, y la viuda del señor obispo de Liverpool, que cada año pone en coplas el calendario, le hizo una letra muy sentida. Casaron mis señores y estaban muy dichosos en Marduffe, y eran tan visitados de la grandeza que la casa parecía un teatro, cuando una noche llegó un procurador de Calais de Francia, mosiú Vermeil llamado.

—Viejo debe de ir —cortó mi amo—, que va para sesenta años que lo conocí en Ruán de Normandía, y ya por entonces peinaba canas. Estaba allí por mor de un pleito mayor con una sirena, y él estaba de la parte de la anabolena, y vestía un gabán de pardomonte deslustrado por los temporales. Es perito *in utroque inris*, eso sí, pero también en mañas atravesadas.

—Pues el mismo gabán de pardomonte gasta ahora, aunque lo lució con solapas de terciopelo de astracán, y en tocante a los años, tantos como vuesa merced le echa, no los da. Venía a Marduffe por albacea de un testante que se decía padrino de mylady Tear, y que le dejaba en Roma el jardín donde nuestra señora se criara, con aguas corrientes doce días cada mes, un escaño en San Lorenzo fueramuros y un lorito que decía *Je suis le beau perroquet*, y que estaba depositado en casa de un familiar del Santo Oficio por sospechoso de herejía, y este familiar ya había adelantado de alimentos cuatro libras inglesas. Lord Sweet leyó el codicilo, pasó por los gastos, y allá se fueron mylord y mylady con el procurador a Roma, que se le antojó a la señora cortar por aquel mayo, que fue este pasado, una rosa en el jardín de los juegos de su niñez. Lord Sweet era de la Protesta Reformada, pero lady Tear estaba bautizada, según ella recordó y el testamento del padrino confirmaba, en la Santa Iglesia Romana. En llegando al jardín vieron que estaba muy abandonado, los caños de las fuentes tupidos, los fresales comidos de los caracoles, la parra sin esparaveles, derribada en el suelo, y sólo un rosal tenía rosas, dos solamente, una blanca y otra colorada, y para eso en el tejado del cenador. Quiso mylady subir a cortarlas, y el procurador Vermeil tenía cuenta de la escalera de mano; las cortó mi señora y ya descendía, y para tenerse bien con ambas manos en la escalera puso las rosas en la boca, cuando salió del cenador un hombre alto, vestido a la florentina, y la cara tapada, que en el cenador debía de llevar dos horas escondido, y con triste voz le dijo a mi ama, que suspensa quedara en lo alto de la escalera:

—¡Yo bien sabía, amiga mía querida, que habías de volver! ¡Acuérdate de que casados estamos y cuánto nos hemos amado!

Lord Sweet al oír aquello requirió la espada, pero más súbito fue el desconocido, que por encima de mosiú Vermeil, con su larga espada milanese, a lord Sweet le rompió el corazón. Lady Tear dio un gran grito, y cayó privada en el suelo, donde fracasó, migas de plata y vidrio que ahora están ahí, en esa caja de mérito. El desconocido homicida huyó, y al correr tocaba la campanilla que llevan al cuello en Florencia los malatos, para que oyéndola los transeúntes se separen. Nada pudo averiguar la policía del papa, a no ser que de hecho mi señora estaba casada, velada y



consumada con don Giovanni de Treviso d'Aragona, duque que fuera de las armadas del papa, y de quien no se volviera a saber desde un mes de otoño, en que salió de su casa, ofrecido a Nuestra Señora la que está en Loreto. A lord Sweet lo metieron en un barril de almíbar especiado, a lady Tear en esa caja, y mosiú Vermeil embarcó en Génova con ambos cuerpos muertos, y tardó siete días en llegar a Dover, que lo pilló delante de Lisboa un viento flaco. Y ahora, corriendo con los gastos el señor duque de Lancaster, pone la corte de Inglaterra en las manos del señor don Merlín estos restos del que fue, y no habló por mí, corazón enamorado al fin de quien tan gentil cantaba y bailaba al son de mi flauta dichosa, sino por todos cuantos vieron amanecer aquella rosa; del que fue, digo, el espejo de toda la hermosura de este mundo.

Sollozaba mestre Flute, y también a mí me hacía sollozar, dolorido tanto que me acerqué al inglés y le puse la mano en el hombro, como amigo querido. Y llevando a los labios la flauta, tocó mestre Flute una triste serenata. Lágrimas como cerezas bajaban por sus gordas mejillas, y se detenían en los rubios bigotes. Si la ocasión se hubiese presentado, no hubiese dejado mestre Flute de hacer cornudo a lord Sweet, su amo. Creo yo.

El señor Merlín se encerraba en el horno, y nada decía de cómo iba la soldadura, y ya iba pasada una semana cuando me mandó que llamase a mestre Flute, y con aquella gravedad y franqueza que mi señor amo tenía, le explicó cómo no era fácil soldar aquella princesa.

—Todo lo que pude soldar fueron los cinco dedos de la mano izquierda y la oreja derecha, pero pasarían cien años y no llegaría a recomponerla de todo, y en aquel jardín de Roma se debió perder por lo menos la punta de la nariz y alguna luz de sus ojos. Vuelve a decirle estas novedades al señor duque de Lancaster y a maese Hairy. Y hay, además, en lo que a mí toca, un caso de conciencia, y es que yo tuve cartas ayer de don Giovanni de Treviso, que es verdad que está leproso y a la muerte, y quiere que mande darle sagrado a la que fue su mujer legítima. Y en esto me pongo. Por quien más lo siento es por ti, amigo mío, que ya no volverás a tocar, para tan infeliz criatura, la pavana de los cisnes.

Mestre Flute pasó dos días llorando a escondidas, y al fin se marchó por el camino de Belvís, y yo fui con él hasta la Golpilleira. Y hubo función de entierro en Quintás, y predicó muy sensato el exclaustro de las Goás, poniendo muy aparentes las vanidades de este mundo, que «la mujer casada la pierna quebrada y en casa», y que los pastos de Moucín eran de la abadía de Meira, y que ya verían los que andaban a comprarlos desamortizados, que a algunos ya les olía la cabeza a pólvora. ¡Era muy predicador aquel riojano!

## EL ESPEJO DEL MORO

**E**L moro de quien hablo era moro si Dios los siembra y hace florecer en las huertas de este mundo. Gastaba fez colorado, y traía en la nariz y en las orejas aros de plata, y era de semblante serio, pequeño de cuerpo; las piernas, que algo se las disimulaban los zaragüelles, muy torcidas, y si bien era porfiador y avaro en el trato mercantil, era de conversación larga y confiada, aunque las más de las cosas gustaba de contártelas a excuso, como quien te prende pasándote el peso de un secreto. Ya lo traía por nombre, que el de este mustafá lo era Alsir, que en nuestra lengua se declara «el secreto». Era vendedor de caramitas o agujas de marear, prospectos de la figura cata, toda clase de esencias y libros de historia, llevando siempre de estos, entre los más conocidos, *Bertoldo*, *Bertoldino* y *Cacaseno*, *Genoveva de Brabante*, *Los amores de Galiana la Bella*, y la *Novela del Pedo del Diablo*, que escribió mosiú Gui Tabarie. Pero por esta vez no venía como tal mercader a Miranda, con salvoconducto de la Puerta cual solía, que venía por descifrar las visiones que amanecían los sábados en un espejo que traía, y también inquirir el caso de un príncipe del Desierto que intentó envenenar a otro haciéndole oler un pejigo. Envenenar no lo envenenó, pero desde entonces quedó algo débil el jeque Rufás, y todas las noches soñaba que le sacaban los ojos con la punta de una espada, y despertaba a gritos, y ya tenía entrado el miedo al cuerpo, y moría de pavor, y con el miedo se hiciera cruel tirano y mandaba que le cortasen la cabeza a todo quisque que lo mirase a hurto. Hasta el médico inglés del jedive de Egipto fue a palparlo bien palpado, le oyó el eco de la frente con martillos de plata, lo sangró, le recetó parches de sebo en las sienes, friegas con aceite de nuez moscada, purgas de comino alterado, y baños fríos en las partes pudendas, a poder ser con té de Parkins, que es con lo que se sosiegan las solteronas en Inglaterra para poder asistir con algo de sentimiento a los oficios de la Protesta. Pero este doctor Gallows nombrado no hizo huir el sueño temeroso, y el señor Rufás va para loco de Conjo, y la conveniencia que hay en curarlo es grande, que es el único que entre todos los arábigos reyes sabe volar en la alfombra mágica y cuándo se capan los camellos de guerra, y es costumbre que pase estos secretos de la ciencia a la hora de la muerte a su hijo más joven, y si le viene la locura completa, seguro es que se le irá el saber de tal viajar y también el de la castración.

Todo esto lo fui sabiendo poco a poco, que como digo sidi Alsir gustaba de verter misterio alrededor de sus historias, lo que le costaba trabajo, que él de suyo es muy parroquiano, salvo en los cuartos. El espejo que traía era una piecita italiana, a las redondas de una cuarta, enmarcada en plata, y un gancho que figuraba un perro, y era que el tal espejo fuera el cabo de un péndulo, como si el relojero que lo hizo quisiera un espejo minuterero para ver pasar la vagante procesión de las horas. Digo yo... Y el espejo lo compró Alsir en la feria de Tilsit a un judío jázaro, que tenía allí tienda de menta piperita, aguas de soñar y espuelas de fortuna, y yo por sidi Alsir y por el mago Elimas Algaribo, supe de tal feria, que tiene por dos de Lyon y por cuatro de

Monterroso, y es un gran campo lleno de tiendas y hay familia de nueve naciones con derecho a poner en ella peso y truchimán, fiándose el resto de los feriantes del peso y del escribano del margrave de Brandenburgo, que también va ahí como tendero, que solamente él en la feria aquella puede vender herraduras para el mular y el caballar, teniendo licencias para el asnal los sacristanes de la Hueste Teutónica. Feria sonada, digo, donde todo se compra y vende, aun lo que no se ve. Compró el espejo Alsir, y lo vendió en Elsinor de Dania a una condesita que vive en aquel castillo, y que se llama doña Ofelia. Como llovía, acordaron darle al moro posada en el castillo, que es una gran cerca de piedra sobre el mar ruidoso, y el jardín está dentro por los vientos marinos, en un abovedado como una iglesia.

—Dormía yo —contó Alsir a mi señor Merlín—, bien descuidado y como dicen a pierna suelta, que venía cansado de feriar en Tilsit, y hasta me durmiera alegre, medio ensoñando brincos con doña Ofelia, que es cuanto hay que ver en condesitas de quince, con aquella blanca garganta... Dormía cuando me despertaron grandes gritos, y me vino a llamar para delante de la señora condesa la su ama mayor, que aunque venía medio vestida, y con los hierros de rizar montados en los cuatro pelos que le quedan, traía el pajecillo portacolas recogándole el entredós del camisón. Siempre hubo mucha etiqueta en Elsinor. Me pasaron a la cámara de la condesita, que estaba en un repente de lloros y suspiros, y el médico del rey don Hamlet procuraba volverla en sí haciéndole beber una tila anisada. Todos fueron contra mí, poniéndome de presente que le vendiera a la señorita un espejo encantado, en el que se mostraron, cuando al acostarse se miraba alisándose el cabello, fantasmas de las cuatro suertes, un demonio colgado de un peral, un caballo que saltaba desde las almenas al mar, y ella misma, ahogada, río abajo, y un martín pescador posado entre las dulces manzanas de su pecho. Yo no sabía del hechizo del espejo, y tanto repliqué que me creyeron, y devolví los cuartos y la ganancia, y me ordenaron que a la mañana pasara a audiencia con el coronado de Dania, este don Hamlet de quien hablé. No cerré ojo y lo más de la noche lo pasé mirándome en el espejo, y lo que vi en él, pasando como una nube sobre mi rostro, fue un rebumbio de gente de colorado vestida, el caballo blanco que se tiraba al mar, y a doña Ofelia ahogada, y una zarza que posaba en el agua le prendía el vestido azul y hacía virar el graciosísimo cuerpo, y era ahora la cabecita la que rompía el camino de las ondas, y la condesita llevaba abiertos los grandes y amigos ojos verdes. Viendo estaba cuando dieron las doce en la torre de la ronda y todo se borró en el espejo, y quedó sólo, y muy luciente, mi negro rostro a la luz de la vela... Supe después que las visiones del espejo eran por el sábado, desde anohecida a las doce, y fueron muchas las cosas que pude ver, y alguna ya va cumplida.

Calló sidi Alsir como si se le posara en la imaginación una sombra dolorosa, y mi amo, muy serio, limpiando los anteojos con el forro de seda de tabardo, dijo:

—Este espejo que traes, amigo Alsir, me viene a ser tan conocido como mi sombrero, pues tuve yo arte y parte en su fábrica, y fue encargo de la Señoría de

Venecia, que es el más secreto gobierno que tenga nación alguna en el mundo, y descansa en la adivinación del porvenir. Aconteció que en la mixtura del soleo me pasé un punto, y este condenado espejo, según supe después, comenzó a enhebrar con el verdadero futuro cosas que él mismo inventaba. Incluso gente inventó el rebelde, y los señores de Venecia andaban como locos buscando un asesino que solamente vivía en la imaginación de este espejo, e inquiriendo muertes, embarques de especiería y naves turcas que él inventaba, y tesoros ocultos y copas llenas de aguas resolutivas. Y yo, amigo Alsir, te lo voy a comprar ahora por lo que por él pagaste en Tilsit, más otro tanto de intereses, y lo he de romper en mil trozos sin esperar a mañana, que es sábado, para ver en su campo a esa doña Ofelia ahogada que el río de Dinamarca se lleva al mar. Y quizás este retrato sea una de las pocas verdades que de algún tiempo a esta parte contó mi espejo.

Levantóse mi amo, fue al cajón de la mesa grande, cogió el saquito del oro, contó onza y media, y fue dejándolos caer, los pesos contantes y sonantes, en el cuenco de las manos de sidi Alsir, quien todavía los volvió a contar antes de guardarlos en su faltriquera.

—Pues Vuestra Señoría manda, yo me conformo. Y algo de la que trapaceaba este espejo ya lo entendió don Hamlet cuando pasé a su audiencia. Estaba el señor príncipe sentado, cual acostumbra, en el sillón de piedra que decora una sierpe labrada, acariciando una calavera, y me mandó aposentar a sus pies, y con la voz tan mirada y señora que tiene, me habló cortés y me dijo que aquel espejo no podría ser un avizor verdadero, ni era cosa de pasar por escribano todo lo que espejeaba.

—Yo no lo quiero en mi Dinamarca —me dijo—, que bastante tengo con tentar el día presente, sin meterme a sufrir por el futuro. De este vago sueño que llamamos vida, nadie tiene el hilo, Alsir. Y en lo que respecta a doña Ofelia, ¿no querría este espejo compararla con el rosal de la ribera, del cual alguna rosa, un verano dichoso, ha de caer forzosamente a las ondas, que la llevarán mansamente? Pon fuera de mi reino tu espejo, moro Alsir y si alguna vez supieras que fue verdad lo que viste en su azogue, mejor para ti será que lo rompas contra una piedra del camino.

Esto me dijo —y dejó el sillón, recogiendo alrededor del brazo izquierdo la cola de su manto negro, y posando la calavera en la ventana—. El rey me despidió, amistoso y triste.

Quebró el señor Merlín en el mortero grande el espejo, mezcló los mil pedazos con sal y un ajo castellano, y yo cocí en el horno las arenas, según su mandado. Y para curar al jeque Rufás hizo mi amo un agua solemne y unas píldoras purgativas, y mucho le rogó a sidi Alsir que le mandara noticias de la salud del príncipe capador. El moro me agasajó con la *Novela del Pedo del Diablo*, por lo bien que le mantuve la burra en que viajaba, y porque le curé a esta una verruga que tenía en el hocico.

—No le quise contar a sidi Alsir —me dijo mi amo así que se marchó el moro—, que ya se había cumplido la muerte de doña Ofelia, quien jugando por la orilla a coger margaritas, cayó al río y se ahogó. Te digo, mi Felipe, que no queda rey en el

mundo que tenga de qué estar más triste que este señor don Hamlete de Dinamarca.

## LA VIGA DE ORO

**S**E acercó una mañana el enano del castillo a hablar con mi amo muy en secreto, y yo bien vi que venía caviloso y con novelas de mucho bulto, que no reparó en aquellas sus monadas de costumbre, de tenerme haciéndole la reverencia en la portada, refirmarle el estribo y sacudirle el polvo de los hombros con mi montera. Me echó el paraguas en las manos, saltó de la yegua, y sin llamar a la puerta del horno pasó a conferencia con el señor patrón aquel confianzudo. Se tenía por muy señor el barrigolo, con aquello de que sabía francés y adornaba su peinado con cintas de colores. Me puse yo, después de arrendar la yegua a la sombra, a montarle una badana nueva a la muela pequeña, donde afilábamos las navajas, y estaba probando cómo saliera el arreglo en mi navajilla de Taramundi, cuando gritó por mí don Merlín y allá me fui a sus órdenes. Paseaba mi amo muy severo por la cámara, y el enano estaba sentado en el arca, y era tan carriquillo, que siendo un arca banquera, no llegaba con las puntas de los zuecos al suelo.

—Amigo Felipe —me dijo mi don Merlín—, en anocheciendo el día de hoy tienes que salir de viaje, sin decir a nadie adónde vas ni a qué. Pondrás tu ropa mejor, y al cuello esta campanita de plata, y en la mula de nuestra ama llevarás el cesto grande de las manzanas, bien limpio, y le pones una manta nueva por cama de fondo. Y te vas por el camino de Pacios hasta la laguna, y en los peñascos de los Cabos posas el cesto en la hierba, la tapa levantada, y tú te pones de espaldas al cesto, y estás quieto y callado basta que sientas un largo silbido, y entonces te vuelves y sin mirar para el cesto dejas caer la tapa, pasando por la argolla de mimbre la clavija, y quizá te cueste subir el cesto a la mula, pero ya te mandaré fuerzas con una memoria mía. Y sin más te vienes a medio trote para Miranda.

—¿Y si le sale al camino la otra familia? —preguntó el enano, que yo bien veía que andaba sobresaltado y con miedo.

—Llevarás —me tranquilizó mi amo— unas cajas de cerillas portuguesas, y si sientes que brincan por los caminos unos perritos como ratones, avivas el trote y no pares de encender cerillas. También puedes gritar que bien les ves el rabo rizado.

¡Mucho me gustaban a mí estas encomiendas! Casi no almorcé con el apuro, y todavía no eran las cinco cuando ya tenía la mula en la era, el cesto con la manta de cama, y ya estaba vestido con mi chaquetón y calzado con los zuecos solados de estreno, y para gastar el tiempo le hice al cesto una clavija nueva, de boj, torneada de ambas puntas. El enano del castillo, que andaba con su pamea y su espadín muy fantasioso paseando por el patio, del portalón a la casa, quitaba del bolsillo del chaleco el reloj, lo ponía a la oreja, y me daba la hora. Estudió la clavija, y me mandó hiciese la maniobra de cerrar el cesto a ojos cerrados, y quedó contento, tanto que me palmeó en la espalda, me dijo que me encontraba un hombre hecho. Y tan pronto como se puso el sol por la banda de Meira, salió mi amo al balcón y me mandó que montase y partiese, y que estuviese a la letra a lo ordenado, que bien seguía él mi

aventura con su pensamiento. Aun me reí un algo al salir de casa, que el enano tuvo que arrimar un canto para empinarse en el hierro del postigo y abrirme el portalón. Tentado estuve de mandarle que me quitase la pabela, como yo le quitaba a él gorra o montera. Torcí por el camino viejo, y me fui entrenando en encender cerillas sin soltar el ramal ni perder paso, y le hice trotar a la mula y con el trote brincaba la campanilla que llevaba al cuello, tal como si un monaguillo loco corriese una función por las huertas en la noche que cerraba. Y cuando me di cuenta, ya estaba en los Cabos, y levantando niebla de la laguna, toda la noche era una tiniebla. Hice como se me mandó, y sólo me aparté de lo dicho en que la mula estaba avisada y no sosegaba, y la amarré al peñasco pequeño y le di una manzana, y poco a poco se fue quedando. Pocas cosas habrá en el mundo más calladas que la laguna grande de Esmelle cuando no es tiempo de ranas. Ladraron los perros del castillo, y yo seguía con el oído el coro, que les respondieron los de Pacios, después los de Seixido, más lejos los de Piñeiro y los nuestros, y al final la perra del cazador de Belvís, y me parecía, oyendo aquellos conocidos acentos, que tenía presente compañía, cuando mismamente en la punta de mis orejas surgió el silbido, tan cerca que sentí la verga del aire en la nuca. Aguardé un avemaría, me volví para donde estaba el cesto, y sin intentar siquiera mirar para él bajé la tapa, pasé la clavija, y levanté para la albarda el cesto tan fácilmente como si fuera una pluma. Sería la memoria de ayuda que mandó don Merlín, por lo que se vio. Monté, y me alargué en un trote por la vega, y como la mula de mi ama está acostumbrada a aquel paseo, iba graciosa y suelta por el camino de Miranda. Los que el enano dijera, la otra familia, no salían a la jugada, pero yo, por sí o por no, encendí dos cerillas, le hice deletrear vísperas a la campanilla, grité que veía rabos rizados, y llegué a las puertas de Miranda con algo de miedo, que sentía bullir y soplar en el cesto, y una conversación como cacareo de gallinas.

Estaba la portalada abierta, y José del Cairo, también de ropa nueva, tenía encendido el farol de vara con que don Merlín y doña Ginebra van a la procesión de san Bartolo al Seixo, y la puerta del horno estaba abierta de par en par y todas las luces encendidas, y el enano con la pabela en la mano, y mi señor con el doble manto y el solideo de borla. Bajé el cesto y acudió mi amo a levantarle la tapa, y no bien lo hizo, brincaron fuera del mimbre seis hombrecillos de menos de cuarta leonesa, muy vestidos de verde y colorado, con grandes sombreros, y todos, excepto uno, se arrodillaron delante de don Merlín, quitándose el *chapeu*, y el que permaneció de pie, ese hizo una cortesía de medio paso atrás, y dio las buenas noches, y su hablar era el cacareo que escuché viniendo de camino.

—Hace muchos años, señor príncipe —dijo mi amo a aquel juguete con mucho respeto—, que nos vimos en Truro, cuando os educabais en aquella escolanía, y vivíais en la manga de mi primo el señor sochantre, que santa gloria haya.

El titulado de príncipe hizo otra cortesía de medio paso, y siguió a don Merlín a la cámara, y tras él entraron los otros cinco dedales y el enano del castillo. Y en verdad yo estaba pasmado de la tropilla que transportara. Y ni recordaba meter en la cuadra

la mula, ni de soplar el farol de vara que José del Cairo, porque sabía que me gustaba la broma, me ponía delante de las narices.

No sabía salir del patio ni irme para él por ver en qué paraba aquella audiencia, y me senté al pie de la higuera a encender las cerillas portuguesas que me quedaran; en esto estaba cuando salió el enano del castillo a mandarme que trajera unas roscas y un sorbo de vino tostado, y con el pretexto de servir me colé en la cámara, y estaba la hueste menuda sentada en el arca, el señor príncipe en el sillón de mi amo, don Merlín en la banqueta de renchido leyendo latines en un libro, y el enano tenía la palmatoria cabe el atril, y pasaba las hojas, subiéndose para dar la talla de quintas a una medida de trigo. Leía mi amo muy entonado, como clérigo de epístola, y el príncipe estaba atento, como sabedor de aquella ciencia, mientras los otros pequeñajos de su familia roían sonoramente en las roscas, tras remojarlas en el tostado.

—Todo esto asienta don Cornelio Agripa —dijo mi amo dejando la lectura y quitándose las antiparras de concha—. Y aunque yo sea de otra escuela, en lo que toca a este secreto voy a la letra con él. La viga de oro, sobre la que se asienta el segundo arco de la tierra, se corresponde en el hombre con los cuatro últimos huesos de la rabadilla, y en las estrellas con lo que llaman el Tahalí los arábigos, y los cristianos decimos las Tres Marías. El segundo arco de la tierra tiene un apoyo en Armagh de Irlanda, donde se abre el pozo de San Patricio, y el otro lo tiene en Roma, debajo de la basílica de San Juan Laterano, y la dovela magistral, mismo a pique de la imperial ciudad de Aquisgrán. Así, pues, ese espesor de oro que encontrasteis ancheando un campo para mejor jugar a los bolos, parte es de la viga de oro, y si os ponéis a amonedarlo en vuestras cecas, seguro que en dos o tres años se viene abajo media Francia, y de las Flandes no quedará ni un surco. Y tengo para mí que las onzas que troqueléis no valdrán para ese retracto que pensáis de la hija de doña Carolina.

—Esa hija de doña Carolina —cacareó el príncipe—, es nuestra reina y señora, y el pueblo pigmeo está huérfano desde que partió a aprender bordado y el dulce de almendra con la delfina de Tulé, y yo, su don París, marido prometido, envejezco soltero. Y por correos que paran en Londres en el patio de Escocia supimos que vive en una jaula de plata, disfrazada de paloma colipava, a lo que graciosamente se presta, tan pequeñita y donairosa que es. Y la delfina de Tulé, que es una vieja tornadiza, dice que no la deja volver, riéndose de sus soledades, si no hay previo pago de once cosechas de los almendros de Palermo y de mil brazas de seda murciana, que tanto despilfarró la prenda nuestra, puesta de aprendiz. Y nosotros pensábamos amonedar ese espesor de oro secreto, y esta fue la causa de venir a consulta a Miranda, que no sabíamos cuál era la cifra real de Tulé, y qué armas ponen allí en la cruz de las monedas.

Lágrimas le brotaban de los ojos a aquel don París príncipe, y los suyos al verlo



llorar también las vertían caudalosas, pero no por eso dejaban de mordisquear las roscas, que eran de santa Clara, bañadas en almíbar por mi ama doña Ginebra.

—La cifra real de Tulé —explicó don Merlín—, es un cuervo en una barquichuela, y las armas son las lises de Francia, que llegaron a aquella familia a través de una tía segunda que tuvo un hijo *de extranjís* de un francés que naufragó en las costas de Tulé, y era medio músico y planchador de almidón en la corte de Versalles, y aquella tía segunda, lady Fog, lo tomó por punto fijo, y lo titularon los de Tulé por infante don Scarefly, y es abuelo de la delfina que ahora rige, miss Spindle llamada. Y la moneda que corre en Tulé no es de oro, que lo es de ámbar electrón, y allí el oro es como por aquí el hierro y no más, en lo tocante a estima. Que se lo diga a Vuestra Alteza el enano de Belvís aquí presente, que fue de pincerna a Tulé cuando allá llevaron a la hija de doña Carolina.

Enrojeció el enano y perdió toda arrogancia, y aun medio se escondió tras mi amo, y los que estaban sentados en el arca al oír aquel dato se pusieron de pie y echaron mano de las espaditas que traían al cinto, pero el príncipe don París con mucha autoridad los sosegó diciendo:

—No tiene el enano culpa alguna en este caso, que por dineros hizo ese viaje, lo mismo que por dineros nos sirvió de posta ahora, y como criado de la hija de doña Carolina fue presto y cortés, que sé yo que a dos leguas de Londres, haciendo camino por el calor del día en que cayó aquel año el verano en la Inglaterra, le compró de su bolsa a nuestra señora un *tutti frutti*.

Y en su habla, y muy orador, terminó de apaciguar a su hueste. Llorando iba don París y llorando iban los suyos cuando, amaneciendo, los volvimos al cesto de las manzanas con la misma ceremonia con la que los recibimos. José con el farol de vara, mi amo con el doble manto y el enano con la pabela en la mano. Y fui a llevarlos a los Cabos, y ya salía a reposar el día sobre el mundo cuando los solté en los peñascos, y por una rajadura que tiene la roca grande, pasaron de este país a los campos de abajo. Me dio pena aquel don París enamorado, con su bigotillo y los ojos francos que tenía, y si la doña cautiva era del tamaño de paloma colipava que decían, ciertamente que harían una feliz pareja. Cuando volví a Miranda estaba, esperándome mi amo en la portalada.

—Si les da por ponerse a amonedar la viga de oro a estos inquilinos de la sotierra —me dijo ayudándome a meter la mula—, tengo para mí que la quebradura del mundo llegaba de Cambray a Mondoñedo.

—¿Y qué era ese cuento de la otra familia? —pregunté.

—El reino de abajo, Felipe mío, está tan en parcelas como el reino de arriba, y estos que hoy vinieron a nosotros son de nación cristiana, parientes de los caldeos, y no tienen otra labor, desde que fueron puestos en lo más profundo, que buscar la serpiente Smarís, cuyos huevos, grandes como tu cabeza, con perdón, guardan una esencia que filtrada con cresta de gallo, a los que de ella beban hará crecer, y este pueblo de granos de mijo en el abierto mundo se pondrá como pueblo de gigantes. Y

tanto hocicaron la tierra y tantas vueltas les dieron a sus covachuelas, que fueron a encontrar, celebrando una feria secreta al pueblo de los corantines, guardadores de tesoro, que se disfrazan de canecillos poniendo un rabo rizado, como de perro de pintura flamenca, en la birreta. Y los caldeos los burlaron, y así nació discordia entre ambas partidas, y ahora, cuando los corantines adivinan que un caldeo sale a la flor del mundo, asoman también ellos, y con engaños que hacen les equivocan el camino y los desmemorian de los mandados que llevan, y solamente campanillas, luces y mentarles el rabo rizado, hace que esos tercios se contengan. Y ahora que vas tan ilustrado que podrías examinarte de geografía secreta en Sagres, mejor es que te acuestes y duermas, que mañana será otro día, y habrá visita de mérito.

## LA SIRENA GRIEGA

**C**UANDO desperté ya le sobraba algo a las doce, y ya tenía en la mesa servida la parva, y era muy de mi gusto aquel caldo de calabazo dulce que hacía la señora Marcelina por tiempo de otoño; tanto me gustaba, que acostumbraba repetir. Pasé una hora en la cocina contándoles la historia de don París y la cautiva de Tulé a la gente de casa, y aún seguiría otra en tal comento si no gritara por mí el señor amo; cuanto más que estaba a mi lado pelando castañas la mi Manuela, y parecía que me despertaba los párrafos con el dulce y sorprendido mirar que en mí posaba; estampa de mirlo debía de componer yo, tal cuando el avecilla canora enamora a la hembra con el atavío de su canto... Acudí al mando, y estaba don Merlín con José del Cairo poniendo en medio y medio de la cámara la tina grande de la colada, que era la mitad de un bocoy valdorrano de doce cántaras, y viniera a echar una mano la costurera de Pacios, que se puso a colgarle a la tina una falda de pliegues, de una tela muy lucida y floreada en verde y en rosa. Bajó mi ama doña Ginebra a mirar aquella función, y cuando José del Cairo y servidor dimos mediada de agua la tina, la señora vertió a ella un pomito de perfume que yo tuve por canela. Don Merlín estaba alegre y risueño, echó números en el encerado, y le dijo a doña Ginebra, que también sonreía:

—Si no engordó más de dos libras, tiene la tina el agua justa para que no vierta ni una cucharada.

Supe en seguida, y no hubo otra conversación en Miranda aquella tarde, que esperábamos una sirena griega, de nombre doña Teodora, a quien le muriera un vizconde portugués que tenía por amigo, y con el dolor quería pasarse a un monasterio que estas féminas tienen sumergido en la laguna de Lucerna, y venía para que mi amo le echase las proclamas en el Tribunal de la Puente Matilde de la ciudad de Rúan, que es el que rige en los pleitos de estas anabolenas, y le tiñese las escamas de la cola de luto doble.

—No le eche su merced luto perpetuo —dijo doña Ginebra a mi amo—, que cualquier día se da por arrepentida y cata en Lucerna mismo nuevo enamorado.

—En esto estoy —respondió don Merlín—, que no es fácil que estas pierdan el puteo, aunque figuren de conversas. Una conocí que se quería envenenar porque también se le muriera el amigo, tiple segundo que fuera en la Capilla Romana, y la doña sirena decía que no podría vivir sin aquel dúo que hacían, y los tallarines que su hombre le cocinaba los domingos. Me mandó recado escrito pidiéndome un jarabe resolutivo, y cuando le mandé decir que no, ya estaba amancebada con el ayudante de marina de Honfleur, quien le puso una cetárea, y de entonces a estas vísperas ya mudó más de cuatro capataces, y todos con cama deshecha, perdonando. ¡Aun me quiso trasegar a mí en un verano en que fui al arenal de Calais a tomar un pediluvio!

Se rieron mi amo y doña Ginebra, y todos hicimos coro, y la señora ama mandó a Marcelina que tuviese la merluza a enfriar en la calera del pozo. Toda la familia de Miranda, creo yo, estaba con el inquieto alborozo de tanta novedad.

La comitiva llegó de anohecida, y venían todos en grandes mulas, la sirena de triste viuda con largos velos, y dos jinetes más, que supe eran herederos y parientes del portugués, y un paje que por ahí tendría catorce años, y ese venía cabalgando a la grupa en la mula de la sirena, con gran paraguas abierto, tornándole a la dolorida señora la lluvia. Tomó José del Cairo a la doña Teodora en sus brazos, y la pasó a la cámara, y sentóla en el sillón de mi amo, mientras el señor Almeida portugués, que era un hombre muy alto y de grandes y espesos bigotes negros, saludaba a doña Ginebra y a don Merlín, y pedía perdón por el retraso, motivado porque viniendo desde Braga en tres jornadas tuvieron que poner en el Miño a remojo, por más de dos horas, a la gentil Teodora. Esta, muy sentada en el sillón, quitó los velos de pésame, ayudada por la costurera de Pacios, y os digo que amaneció, si el Señor manda rosas, la más hermosa del mundo, y los ojos en ella, dos gotas de verde rocío. Y al repantigarse en el sillón, quedó a la vista, bajo la larga falda, la punta de su cola: una media luna rosa. Si digo que pasmé, aún no digo todo del asombro en que me hallaba.

—Señora doña Teodora —le dijo mi amo muy cortés—, ya estáis en vuestra casa de Miranda, donde todos sentimos que os hubiese muerto amor tan fiel como tenáis en las arenas de don Portugal. Esta que aquí veis es nuestra ama doña Ginebra, princesa de Bretaña, estos son mis familiares, y este es mi paje Felipe, que os lo pongo de pasamano para cualquier recado. Y esta tina perfumada es vuestro lecho, y ahora me pongo a despacharos las proclamas que queréis, y la tinta está hecha para poner vuestra cola de luto doble.

¡Oyerais la voz con que aquella hermosísima señora hablando ya cantaba! Hay pájaros que tienen el canto misterioso, pero no hay comparación que valga. ¡Quién la oyere por las mañanas en vez de la alondra!

—Ya os veo a todos doloridos por el bien que perdí, ¡y en verdad que no hay amor como el de un portugués! Mi doña Ginebra, señora mía, vuestras manos beso, y vuestra señoría, don Merlín, saludo, y a toda esta familia, y al paje de pasamano que me ponéis. Y es mucha, en verdad, la prisa que traigo, que el día de San Lucas quiero estar a la puerta del monasterio de Lucerna con el cabello cortado.

Y al decir esto pasó ambas manos por el dorado y largo pelo, y fue como pasar el arco del violín por las cuatro cuerdas bien afinadas.

Pues traía tanta prisa, pasaron los dos caballeros portugueses a cenar a la mesa de doña Ginebra, y su paje y yo quedamos de antecámara, mientras mi amo daba los últimos toques a los preparativos del teñido. Dijo doña Teodora que de cena no quería más que un poco de merluza cruda por lo abierto, y de postre una cucharada de sal y un vasito de licor café, y yo y su paje, que se llamaba Teófilos, y también era griego, la servimos en bandeja de plata, y ella, de cada y cuando, me sonreía de tan dulce modo que me apretaba el corazón. Y cuando acabó de cenar sugirió que quizás estuviera más sosegada en la tina, y yo no sabía para dónde mirar cuando se quitó la larga falda y la ceñida blusa, y apareció doña sirena tal y como vienen estos hermosos

engaños en las historias. Además, que fue la primera mujer que yo vi desnuda, y aunque no quería, mis ojos se iban a aquellos pechos blancos y tan felices, a su alegre botoncito rosa y a las venillas azules que los surcaban. Teófilos ya debía de estar acostumbrado, pero para mí aquello era una fiesta entre alegre y temerosa. Y aún tuve que acercarme, e imitando a Teófilos, prestarme a que nos pasase sus brazos por los hombros, e hizo una gracia con la larga cola brillante para entrar en la tina a descansar. Siempre que de este paso me recuerdo, me parece que me acaricia el cuerpo aquel suave calor que ella prestaba. Y fue bueno y decente, digo yo, que una vez en la tina, se pusiese una pelerina de astracán que tapase tanta galanura.

Llegó mi amo con los escritos preparados, que eran un bando al Tribunal de la Puente Matilde, una restitución a los sobrinos de un boticario de Génova, y una profesión de fe cristiana, y sólo faltaba la firma de doña Teodora, que la echó muy rasgueada, y añadió en latín lo que el señor Merlín le recitó.

—Todas las sirenas —dijo sonriendo a mi amo— tenemos la misma letra, porque todas aprendemos en la escuela de las planas de Iturzaeta.

Y como llegase la hora del teñido, le pasamos a doña Teodora para dentro de la tina una banqueta, de modo que, sentándose en ella el agua le cubriese solamente la cola colorada, y andando en estos adobos me fijé, tanto por pecador como por curioso, y vi que doña Teodora no tenía ombligo. Don Merlín responso y amonestó al agua, y en lengua de la que no entendí verbo, y seguidamente vertió polvo de oro sulfatado, cuatro mezclas de corteza de nogal, extracto campeche y crémor tártaro, y con la varita de plata batió durante una hora, y pasada esta, echando una puñada de sal, dio el teñido por rematado.

—Quedaré —le advirtió a doña Teodora— un negro brillante que llaman en Italia «cuervo de Nápoles», y en el bordillo de cada escama, un hilo de oro lucido. Desde que murió don Amadís, y se puso de luto perpetuo doña Oriana, no se vio pésame de tanto respeto en el mundo. Ahora conviene que paséis toda la noche en el tinte, y a la mañana podéis partir, camino de la noble ciudad de Lucerna.

Mandó doña Teodora a Teófilos que le diese a mi amo una bolsa que con sonante dinero traía.

—Ya sé que no pago tantos favores como se me hicieron en esta casa, pero en la bolsa va, en florines torneados, cuanto dinero me queda de la fortuna antigua, no ganada por la gracia de este cuerpo fácil, sino herencia de una prima mía, nipota que fue de un cardenal de Roma, y de la que habréis oído hablar, porque su tío le concedió el monopolio de las aguas tiberinas.

Agradeció mi amo el regalo, Teófilos se tumbó en el arca a echar una sonata, y don Merlín y yo nos fuimos a nuestros lechos, tras hacer una gran reverencia a la famosa sirena. Y mentiría si dijese que pude dormir aquella noche con aquella fiebre continua e inquieta que se me puso en el cuerpo: un sentir loco que me mordió muchos días, y aún ahora que viejo voy, por veces me distrae, y me vuelvo porque me parece que escucho en el agua que pasa aquel manso decir cantor que ella tenía, y

medio en verso, y a mí mismo, loco, burlándome, en la ocasión me pregunto: ¿qué me quieres, Amor?

Todavía no amaneciera cuando ya estaba yo dispuesto, y con la montera nueva, y la doña Teodora vestida, pero se pusiera una falda abierta de paño merino que dejaba ver desde la cintura a la media luna final la graciosa cola de luto doble teñida, y cual mi amo dijera, bordeaba las escamas un hilo de oro lucido que muy bien le sentaba. Y el señor Almeida y la excelencia Novás ya montaran, y José del Cairo y mi amo ayudaron a asentar a doña Teodora en su mula, y le pasaron una manta envolviéndole la cola, y subió a la grupa Teófilos con el paraguas, que seguía lloviendo. Los portugueses gastaron las sólitas lusitanas cortesías, doña Teodora volvió a cantar las gracias y la triste despedida, y al balcón salió la señora doña Ginebra a decir adioses con un pañuelo bordado. Mi amo se dio cuenta, cuando se fueron, que yo quedaba con algo de pesadumbre, y que algún hilo del engaño de la sirena me ceñía el cuello.

—Sosiega, sosiega, mi Felipe —me dijo palmeándome en la espalda—. No se cogen truchas a bragas enjutas, y estas brevas de mérito, ¿qué le van a pedir a un galán como tú más que la vida? No quería yo verte comido de los peces en una playa de la Arosa.

—Además —añadió José del Cairo, que siempre hablaba sabidor y sentencioso—; además que por la cola repolluda que tiene, de ser mujer como las otras, seguro que tendría las piernas gordas en demasía.

Dijo, y escupió, como asqueando. Y yo rompí a llorar.

## EL VIAJE A PACIOS

**D**ISPUSO mi amo de ir a Pacios, que se quedara en aquella posada encamado un amigo suyo que venía a hacerle visita, y era un don suizo tratante en bolas de nieve, que muy hermosas las traía en la maleta, como se verá. Y fue la cosa que lo tomó un trasudor viniendo de camino, y pensó que un ponche doble de ron lo pondría nuevo como de troquel, pero le continuaba la fiebre alterada y ya llevaba una semana en el lecho. Me preguntó don Merlín si viera alguna vez bolas de nieve o países de cuadro en que nevase, y yo le dije que no, que solamente viera la nieve en el campo, a no ser en el *Teatro Ideal* del Valenciano, en el San Froilán de Lugo, en el que imitaban la nieve con harina cuando aullaban los lobos a la puerta del hidalgo don Cruces, que moría con espasmos en el medio y medio de la función, y hasta el final no se sabía que lo envenenara una sobrina carnal.

—Pues entonces —me dijo don Merlín—, te voy a hacer el regalo de este viaje a Pacios, y ya le diré a mosiú Simplom que te enseñe todo su escaparate.

Por el camino, mi señor muy jinete y yo tres pasos delante como está mandado, me fue contando mi amo que aquel mosiú Simplom fuera relojero de cámara de los señores duques de Saboya, y que se hicieran amigos cuando don Merlín estuvo en Turín para desencantar al duque Filiberto el Viejo, que se le metiera a Su Serenísima en el cuerpo un diablo tejedor, que de día y de noche estaba al telar, y el duque no hacía más que escupir y cagar retales de colores que el dañino tejía en los aposentos de su vientre. Al demonio lo echaron, pero el señor de Saboya quedó muy blando de la operación, y al poco tiempo le vino un paralís y murió, y al duque nuevo no le gustaba el arte de relojería, que todo el tiempo suyo le parecía poco para jugar a cartas, y licenció a mosiú Simplom después de ganarle las últimas pagas y un legado del duque Filiberto, que era una viña y un molino de viento en Alessandria della Palla, a un juego que le llaman «*juleppe au carré*», y todos en la Corte supieron que el suizo Simplom jugó a la fuerza aquel envite, que no era nada amigo del naípe. Viejo y sin dineros, mosiú Simplom se dedicó a hacer bolas de nieve con aparatos de resorte, e iba ahora camino de Portugal a venderle una docena al mitrado de Lamego, que enloquecía por ellas, tanto que una que tenía, comprada en Roma, y que representaba el nacimiento de Belén, la mostraba en el pùlpito a los feligreses, que lloraban viendo nevar espeso y al Niño desnudo en el pesebre.

En estas conversaciones íbamos cuando llegamos al río, y yo lo pasé a brincos por los pasos de piedra, que son diecisiete, y mi amo trotando por el vado, y levantaba nuestro Lucero espumas mil con el suelto braceo que gustaba. Toda la ribera aquella es una pomarada, y la vallina un praderío. Aún no eran las once y ya estábamos en Pacios, entrando por puertas de la posada del Liaño, que tiene un parral que coge todo el balcón de la solana. Salió el huésped a saludar a mi amo con mucha amistad, y preguntando don Merlin por el enfermo, respondió el Liaño que no lo veía bien, que la fiebre, según el curandero de Arnois, se corriera a los pulsos, que ya no

concordaban, y la tercera sangría lo dejara en un desmayo del que estaba volviendo poco a poco con ayuda de un caldo con jerez. El Liaño era un hombre feo, gordo si los hay, con bigote a lo káiser, que en verdad lo llevaba para echarse de serio, siendo como era el hombre más burlador y risueño del mundo. Cuando tenía dos copas de más, se ponía a imitar al maragato del mesón y la gente se revolcaba de risa. Nos hizo subir al cuarto de mosiú Simplom, que estaba el suizo poco menos que dando las boqueadas, sudando bajo nueve mantas, y fuera de las sábanas sólo asomaba la afilada nariz, y medio tapaba la calva con una media blanca rayada de azul, que muy gracioso gorro resultaba. Mi amo se acercó a la cama, buscó bajo la ropa una mano del suizo, y le echó un «*bonjour!*» muy pronunciado y un «¿qué nuevas tenemos?», y el enfermo tardó un minuto en abrir un ojo, se fijó en mi señor, y con voz que ya iba a buscar el aire a las alamedas del otro mundo, respondió:

—¡Ay Merlín, Merlín, de esta la cagamos!

Se puso mi amo, como médico titulado, a palparlo, y le tomó la fiebre con la piedra serpentina, le hizo echar la lengua, le vertió una gota de agua de vísperas en el oído derecho, y le siguió ambos pulsos por un rato, y después de pensarlo por más de un cuarto de hora, parecióme, por el semblante que puso, que daba por hallada la almendra de aquel mal.

—Toda esta dolencia —declaró—, viene de que se le pasaron a los humores los puntos de hervidura, que fue fiebre memorial la que tuvo, y ahora no es fácil ponerle estables y a nivel los líquidos interiores. Los humores están en el cuerpo por capas, a semejanza de las magras en el tocino, o el aceite y el agua en el vaso de la lamparilla. Y sucede que si se alternan o mezclan, amolecen las interioridades. Y aún es más a contrapelo este caso, porque este mosiú Simplom fue hombre muy súbito en pecar contra el sexto, y es escaso el vino que guarda en el pellejo.

Traía mi amo la bolsa de las medicinas, y preparó un papel de espíritu de sen y un vino purgante según Le Roy, y encargó a la botica de Meira por el sobrino del Liaño una triaca prepósita y píldoras de miel sedativa, y confió que con aquellos específicos y el licor de quina que ya venía ingiriendo se le echaba al enfermo la mano que requería.

—Con todos estos gastos corro —dijo don Merlín al Liaño—, que este señor suizo es mi amigo querido.

Con el espíritu de sen, y quizá también con la caricia de las palabras amigas de mi amo, se recobró un poco el suizo, mostró la perilla cana por el embozo y habló algo en francés con don Merlín, y va mi amo y abrió el baúl herrado que estaba a los pies de la cama, y tenía la llave puesta, y empezó a sacar de él, envueltas en paños de colores, las bolas de nieve. ¡Qué fiesta, mis amigos! El Liaño mandó llamar a la mujer y a la hija y al sobrino pequeño, y con estos vinieron los hijos del herrero, y el herrero luego y la mujer, que era, por detrás de la iglesia, hija del señorito antiguo de Humoso. Y yo, cada bola que iba destapando mi amo, saliendo al pasillo la mostraba a toda aquella familia, que se sentara en las escaleras del desván para asistir a la



función. Y la primera bola era un suizo del papa que estaba de centinela con su alabarda alzada, y daba dos pasitos de ronda y media vuelta, y de pronto comenzaba a nevar, y el guarda coloreado se metía en su garita. La segunda era una pastora que estaba con sus ovejitas en un campo, y era bola de música, pareciendo que cantaba y bailaba la pastora, y al echarse la nieve, la pastora abría el paraguas y las ovejas se acurrucaban junto a ella. Otra había, que mucho me gustó, que era un caballero de sombrero enamorando al pie de una ventana a una dama de alto copete, y nevaba, y la nieve cubría al caballero, y entonces salía a la puerta del palacio una criada con una escoba, y le barría la nieve al galán. También tenía música, y dijo mi amo que se llamaba *La viuda alegre*. El señor Merlín me decía el asunto, y yo se lo fabulaba al público. Otra había que era uno de a caballo, y nevaba, y el caballo, un bayoncillo muy hermoso, braceaba en la nieve. Todo el arte de caer y volar la nieve estaba en un volante, y se le daba cuerda a las bolas como a relojes. Otra mostré que era un guitarrista dando serenata, y otra un ermitaño que apartaba con su cayado la nieve y brotaban del suelo llores coloradas, y dijo mi amo que mismamente el retrato de san Goar Alpino. Y vimos la bola del cazador de jabalíes, y la del peregrino a quien sigue un lobo, la nevada de París del año 1861, y una italiana con sombrilla que salía de paseo y comenzaba a nevar y se metía en casa y entonces escampaba, y también la nevada en el entierro del emperador de Austria, que se le llenaba de nieve la mitra del arzobispo, y finalmente otra, con una música valseada, que encerraba una francesa que cuando más nevaba, salía a la puerta de su casa y levantaba la falda enseñando una pierna muy bonita, con media negra y liga colorada. Y estábamos esperando a que rematase la cuerda de esta bola, cuando mosiú Simplom, como saliendo de un sueño, dijo, medio ronqueando:

—Si muero fuera de mi casa, sois testigos de que quiero que me entierren con ese juguete en las manos, y apretándole la cebolla de abajo tiene cuerda para siete días.

Mi amo le reconvino que pensase en otras cosas, que aún se iba a reír una hora mostrándosela al señor obispo de Lamego. Y que si tocaban a morir, mejor que guiñarle un ojo a un pernil francés, era ponerse a echar las cuentas del alma. Llegó de Meira el sobrino del Liaño con la triaca prepósita y las píldoras de miel sedativa, y medicó el señor Merlín al suizo, y lo dejamos en una siestecita mientras comíamos. Y cuando terminamos el yantar, y hubo tanta familia para ver enjuagar la boca a mi amo y lavarle yo las manos como para ver las bolas de nieve, subimos a junto del suizo, y ya estaba despierto, los ojos vivaces, y se entretenía en peinarse la perilla.

—Páreceme, mi señor mago, que voy curado —le dijo a mi amo.

—También yo estoy en ello, y no es milagro, que la triaca prepósita está en tal virtud, que o lo lleva a uno de una vez de las apariencias de este mundo, o sana el enfermo de contado. Y demos gracias al Señor por haber llegado a tiempo.

Todo esto y otras razones en francesa habla le puso mi amo al suizo, y le adelantó, según supe, una onza para seguir camino, y el mosiú Simplom agasajó al señor Merlín con una bola de nieve; mi don amo me mandó escoger, y yo puse de

preferida la de caballero pasando el monte, por lo mucho que me gustara el bayo, y la música de cascabeles que tenía la bola en la caja de pie. Y como anochece fácilmente en otoño, determinó el señor Merlín regresar a Miranda, pasando el Pontigo de día, que entre San Lucas y Santos ya aúlla el lobo en aquellas cavadas, y me mandó montar tras él, a mujeriegas. Trotamos tan vivo que parecía que se alargaba la tarde.

—Parecemos —dijo mi amo— el abad viejo de Meira cuando iba a escriturar foros a Lugo, que siempre llevaba un lego joven detrás, como tú a mujeriegas, para que no mostrase las canillas.

Aún no era noche cuando pasamos junto a la rectoral de Seixo, pero ya estaban encendidas y amigas, a lo lejos, las luces de nuestra casa de Miranda.

*Poner en formado el censo de la familia que pasó por Miranda procurando la ciencia del señor Merlín, digo yo que tal sería contar, en una mañanita, las arenas del mar. No me puse yo a tal guisado, sino al placer de memorar mis eras alegres, cuando este cuerpo flaco era vaso de la confiada mocedad. Miranda para mí, y todo lo que por aquella portalada iba y venía, más que una memoria pasada, es un huevo de Pascua o una bola de nieve con resorte, como las que mosiú Simplom llevaba de oferta al señor obispo de Lamego. Los días pasados, las nubes que los cubren, los varios pensamientos que me traen y llevan, y la vida que encuentro posada en mí, bien pudiera compararla con la nieve que mansamente cae, y poniéndose por alfombra de este mundo cubre labradíos y caminos, prados y eras, y del rostro de la tierra nuestra hace una enorme llanura igual. Pero, por veces, brinca el solcillo radiante de un recuerdo de juventud, y en algún lugar derrite la nieve, y es como si en la soledad del mundo un pasajero desconocido encendiese una pequeña hoguera, y vas tú y por una hora te calientas al amor de ella. ¡Memorias, memorias, memorias!*

## **SEGUNDA PARTE**

### **AQUEL CAMINO ERA UN VIEJO MENDIGO**

# I

Los caminos son semejantes a surcos, y así como las eras dan el pan, los caminos dan las gentes, las posadas, las lenguas y los países. Se sienta uno a cosechar a orillas del camino, o viaja por él. Este camino del que hoy cuento se me aparece como un viejo mendigo, aunque cada pasajero que lo pise lo renueva, y suscite en la rota y polvorienta vía la mocedad primera. Desde Miranda yo veo un trozo del camino francés buscar el vado del ancho río. Desciende de una colina coronada de castaños, y se apresura por una vega de centeno florido y maizales nacientes hacia la ribera, una larga procesión de familias amigas de las aguas: sauces, álamos, chopos, en los que cuando cesa de cantar el mirlo comienza la alondra a decir su trova. Lejano el puente que dicen romano, se pasa el río por veinte padrones gemelos, en los que no es raro que el viajero ahuyente la paloma torcaz que allí bebe. La otra orilla es un áspero desconchado de pizarra, y el camino ha de labrar sus pasos trabajosamente hasta coronar aquel oscuro murallón, para poder luego tenderse feliz por la llanura de Beiral, donde son las abiertas veranías, el coro solemne de las robledas bernardos, y la gentileza de los abedules mirándose estremecidos en las quietas charcas. Desde las almenas de Belvís, yo veía humear una chimenea lejana: era la posada de Termar, adonde fui, antes deparar en barquero de Parios —y estas serán otras madejas que devanar, otras memorias que calentar, otros espejos en los que mirarse—, a conocer a las gentes que van y vienen por estas historias; digo, por este camino.

Termar fue hospital de peregrinos primero, al cuidado de los señores bernardos de la abadía vecina, cuyas armas tiene todavía, rodeadas de vieiras, sobre el portalón. Abandonado quedó cuando se fueron los monjes, y ya era una ruina cuando el señor Morán lo tejó y abrió allí tienda y ofreció posada, aprovechando que la diligencia de Lugo tenía que cambiar tiro. Le llamaron entonces Mesón del Castellano, nombre que conserva, y con el tiempo y porque el catorce de cada mes allí se hacía entrega de ganado, nació la Feria del Catorce, que es muy nombrada y se celebra en un soto muy alegre, y lo más del campo, como es por esta tierra costumbre, está cercado de laurel, y hay allí dos fuentes abundantes. El señor Morán fue a buscar mujer a su tierra, y los tres hijos que tuvo el matrimonio siguieron el ejemplo paterno. Al lado del viejo mesón un portugués les hizo casas nuevas, y toda la maragatería aposentó en Termar, que ahora se tiene por villa. Pero yo aún recuerdo cuando en aquel alto, amigo de los vendavales, no existía otra casa que el viejo hospital peregrino. Siempre había en la robleda de Termar cuco temprano y lechuza augurando. ¡Termar! Las dos fuentes del campo hacen un regatillo, que apenas mocete ya lo ponen de molinero, y toda la pajarería de la tierra Beiral, la más de ella malvises afinados, se dio cita en la cerca de laurel. Cuando fui a Termar por alguacil del don mitrado del Císter, aún se hablaba de los monjes de antaño, de los misericordiosos peregrinos, de los señores condes locos que por aquí iban y

*venían a la jineta de su ira, de los milagros del vecino san Cosme de Galgane y los fantasmas del mesón viejo... Paréceme que aún me dan cita, junto al portalón con las armas de Meira, en este alto de Termar, sombras que al acercarse por un instante cobran envoltura camal, y se arraciman al amor del viejo hogar de piedra de Lis, en el que chisporrotean, llamas azules, rojas, amarillas, las historias de un tiempo que pasó.*

## II

### EL ENANO GRIEGO

— **A** enano muerto, enano puesto —dijo don Munio, abad, sacando de la capucha un enanillo, un hombrecito de dos cuartas, vestido con el hábito bernardo, la cara redonda y rosada, el pelo en flequillo sobre la frente, los negros y menudos ojos vivarachos y tan gracioso todo él de cuerpo como muñeco florentino. Lo puso sobre la mesa, y el enano hizo una gentil reverencia a los monjes y a los peregrinos que aquella noche de mayo allí hacían posada, y con vocecilla que más parecía campanita de plata que canción humana, se puso a contar su nación e historia y su entrada en el Císter.

—Para lo que usa mi familia, yo doy algo más de lo que en enanos sería la talla de quintas, y yo y los míos servimos para pajes de los pavos reales del patriarca de Constantinopla, y las mujeres para el bordado que en la Levan tía llaman «punto de Adana», y que es sabido está hecho con aire, un hilo que otro y espejo de oriente de perla. Un hermanito mío era tan poquita cosa que el arcipreste de las Blanquernas lo ponía disfrazado de mirlo picando en un racimo de uvas catalanas el día de la Natividad de Nuestra Señora, que es cuando los griegos celebran la vendimia. Es una muy seria opinión, que muchas veces fue defendida con gran copia de argumentos, que descendemos de los príncipes samaníes, y así nos vemos por culpa de un poeta enamorado, llamado Firadusi el de las Rosas. Este dulce poeta que podía, en pleno desierto, cantando la hermosura y frescor de una fuente, hacer que los nómadas vieran de pronto en el aire copas de Bagdad llenas de líquido cristalino y frío, contemplando dos niños que jugaban en Damasco con una naranja, como los enamorados juegan con la luna, dijo que ojalá nunca saliesen de aquel día feliz y edad alegre. Y así fue: quedáronse en el infantil tamaño y en la gozosa alegría de aquel tiempo, y casándose dieron nación a nuestra familia. Con los disturbios de los tiempos aventado el reino samaníe, vinieron mis abuelos a parar a Antioquía, donde se convirtieron al cristianismo, y de allí pasaron a Constantinopla porque el Basileo quería conocer aquella tropilla que toda junta no cabía en un serón de higos de Esmirna. Al principio nos ocupamos en Bizancio en el rizado de la barba del emperador, que es sabido se hace por escala de música, y de decorar las uñas de los dedos meñiques de las emperatrices y princesas, que era una de las delicadezas que gastaban aquellos señores isaurios. Una emperatriz hubo, llamada doña Arquipas, que en una de las uñas tenía pintado, y había que verlo con cristal de aumento, al emperador y su comitiva yendo del palacio al hipódromo, con las calles y las gentes y los *verdes* y los *azules* que aclamaban, y toda la plantilla palatina con sus mitras, sus bastones y sus portacolas, y en la otra uña una cacería de faisanes en la Cólquida, con los halcones imperiales volando sobre el bosque coloreado del otoño. Pero,

cambiando las modas, vinimos a los nuevos oficios.

El enano tenía un decir muy gracioso y retornado, como discípulo de la elocuencia antigua. Sacó de debajo del escapulario un vasito de plata del tamaño de un dedal, y lo sumergió en la gran copa del abad, que era de grueso cristal tallado y estaba llena de tinto de Valdeorras, valle este en el que los señores bernardos de Meira cobraban tantos y tantos mollos, tanto de blanco como de tintorro. Refrescó el enanito la pausa y prosiguió la historia.

—Tenía la princesa Macarea, en la cuya cámara yo estaba puesto por asistente de flauta y columpio, un ratoncito blanco muy gracioso, que la punta del rabo adornaba con tres manchas negras. El ratón brincaba por todo el palacio, y lo dejaban ir y venir, que cuando lo daban por perdido me llamaban, y entonces yo le silbaba de cierta sabrosa manera, y el ratoncillo, oyéndome, venía de nuevo a su dueña, que estaba enjugándose, no más que con oírme silbar, las lágrimas de sus asombrados ojos azules. Esto pasó una y mil veces, y tanto el ratón como la princesa lo tenían por divertido juego. Pero en una de estas fiestas el ratoncillo no acudió a mi silbo, corrí todo el palacio sorprendido, y estaba mismo silbándole en el salón del trono, cuando me llegó aviso de que lo vieran en el jardín. Salí a silbarle al medio de los tulipanes, y lo vi salir por puertas, y silbándole crucé los estrechos y la Grecia, y como venían correos que lo vieran en Mostar y en Salzburgo, seguí camino y entré a Roma, que lo habían visto pasar el Tíber por la puente donde está el castillo del papa. Yo mismo lo vi en Florencia, en la plaza, y aún me hizo una gracia por debajo del rábico, y siguiéndole atravesó Francia y España, y por noticias de unos peregrinos que lo vieran en un queso en Villalón de Campos supe que venía a Compostela, y ayer fue mi grande gozo volverlo a ver comiendo una castaña al arrimo de un árbol en la orilla de vuestro río, y estaba el pobre flaco y sin el lustre aquel que daba a su pelo la pomada de leche de Armenia de mi princesita, y le silbé otra vez la tonada de nuestro juego, que ya, acordándome del dolor de mi lejana señora —de la que, ¿por qué no decirlo?, hasta andaba yo algo enamorado—, en vez de alegre fiesta me sonaba a responso funeral, y el ratoncillo me oyó y se me acercaba como en otros tiempos, jugando, y en el juego pegó un brinco, resbaló y cayó al río, y el remolino que hay junto a aquellos sauces se lo tragó. Ahora hago promesa de quedarme aquí, en vuestra santa casa, por criado de vuestro abad, y voy a escribirle una carta al Basileo diciéndole la desgracia, y cómo no me atrevo a volver a ver más los ojos llorando de mi señora doña Macarea. ¿Y cómo decís que se llama, para ponerlo en la carta, el río donde se ahogó el ratón?

—El río —dijo el padre abad—, que aquí mismo al lado nace, le llamamos Miño, y esta parte del mundo cristiano es Galicia, a dos manos sobre el camino de Santiago.

El enanillo se secó una lágrima, y se volvió a un escondite, que era la capucha del mitrado, a sosegar su pena.

### III

#### EL PAJE DE AVIÑÓN

—**E**STE señor enano —dijo un mozalbete que allí estaba muy atento a la historia del ratón y el enano, tanto que dejó enfriar en el plato una torreznada con huevos— peregrinó a Santiago Apóstol sin saberlo, y tengo para mí que las más de las leguas las anduvo por el amor que confesó a esa infanta lejana de los ojos azules, Macarea llamada. Pero yo peregrino a sabiendas desde Aviñón de los papas, y por pedir al Patrón que me deje, siquiera una vez en esta ribera de la vida, volver a contemplar el pálido rostro de otra princesa, tan lejana y tan hermosa. Esta mi señora se llama Anglor y vive en un río.

El mocete, que andaría por los dieciocho años, era muy gentil de talle y espigado, moreno con el soleo del largo viaje peregrino, y el cabello cortado sobre la frente a la manera de los donados de San Pablo, como llaman «perrera de expósito». Vestía a la provenzal, de vivos colores y ropón colorado muy holgado. La nariz le surtía del rostro aquilina y un algo en demasía grande, pero tenía mucha gracia en los ojos grises y en la boca franca y risueña. Dijo llamarse François, *Pichegru* por mal nombre.

—El amor las más de las veces está en un abrir y cerrar de ojos. El mío nació así, y en una noche de San Juan, precisamente en la del pasado año. Salí de los donados por paje de un señor canónigo de Aviñón, muy amigo de pasear por el puente tal noche como aquella viendo el animado y abigarrado concurso, y más que nada por oír tambores, que es música en la que los canónigos de Aviñón, como los de Tarascón, siempre fueron peritos. Yo iba dos pasos tras él, con la sombrilla plegada bajo el brazo, una *ombrella* italiana de seda verde, por si el río dejaba aquella noche florecer en las ondas los deshilados lirios de la niebla, que al señor canónigo concedía la niebla rodanesa la llamada fluxión concomitante, que es lo peor que en materia de mocos puede acontecerle a una nariz. Y no le extrañe a vuestra paternidad, ni sorprenda a vuestras mercedes, el floreo de mi lenguaje, que baste con decir que soy de nación provenzal y estoy dolorosamente enamorado... Se paró mi amo a ver las habilidades de un dálmata que jugaba con cajitas de fuego, cuando sintió el primer flujo de la niebla en el aire de la noche sanjuanina, y me ordenó que abriese la sombrilla, y al abrirla, de dentro de la seda cayó, como una rosa puede caer de un búcaro, una gentil doncella solamente vestida de su rubor, la larga cabellera dorada y una cinta de oro en el tobillo izquierdo. Pasmó todo el puente, dejó el dálmata apagarse las cajitas de fuego, y las gentes comenzaron a reír de mi amo el canónigo, viendo a la niña tan ataviada a su lado, y ya mi señor se encendía en iras y sentándose en las brasas de la cólera comenzaba a hilvanar cánones boloñeses, todos con



anatema contra los burladores de su corona, cuando la niña, a todo esto ya envuelta en la capa de un alguacil del mostacero mayor del papa, que por casualidad pasaba por allí, pidió silencio y dijo:

—¡No burléis! Hace un año que vine por jugar en la niebla, y me oculté en la sombrilla del señor canónigo por ver qué tal me sentaba la seda verde napolitana, justamente cuando su paje la cerraba, y en ella quedé prisionera, y tuve que esperar a este año para volver a mi libertad y a mi natural forma, que sólo tengo la noche de San Juan, que todos los otros días soy agua que pasa bajo el puente de Aviñón. ¡Ved todos a Anglor, la princesa del río!

—Esto dijo, y dejando caer la capa del alguacil, por el aire con la niebla se volvió a las sombras y a las aguas, y al irse me dejó enamorado... ¡Ay de mí! A escondidas anduve oliendo la «ombrella» que quedó perfumada de jazmín y aguarrosa de Génova, y en papeles de colores escribiendo canciones que echaba al río por si podían leerlas las ondas que pasan, y que son parte feliz y espumosa de su cuerpo, y aun alguna vez me pareció oír, en los árboles de la ribera, en el murmullo del Ródano sereno, palabras de mis trovas.

Calló el paje para sonarse con un gran pañuelo amarillo, de los que dicen de dos hierbas, y tengo para mí que más que sonarse lo que hizo fue enjugar dos lágrimas. Y con voz velada por la emoción, prosiguió:

—Me pasaba los días en el puente y en las orillas del río, descuidando el chocolate de mi amo, y me olvidaba de sacarle brillo a las hebillas de plata, poner a refrescar el vino, engrasar la escopeta, y todas mis obligaciones quedaban para mañana. ¡Y Anglor no volvió el San Juan de hogaño! ¡Quizás Anglor no vuelva nunca! Y por temor de que tan triste cosa suceda, ¡no volver a verla!, peregrino a Compostela, y de camino me distraigo enseñándole a este mirlo una tonada dolorida que compuse en Sahagún, en la posada aquella, y cuando el mirlo la tenga bien sabida lo soltaré, para que sea maestro de otros mirlos y todos ellos la canten, parleruelos. Y así sabrá todo el mundo cómo ama y amará siempre a Anglor, la princesa del río, el paje François, más conocido por Pichegru en la antigua ciudad de Aviñón en Provenza, la del hermoso puente.

Se levantó de su banqueta el paje y salióse del hospital a dar un paseo por el camino, y el mirlo amaestrado al verle marchar puso por solfa en el aire aquel cantar enamorado que Pichegru le estaba enseñando y que era, en verdad, una tonada dolorida.

—Bien se ve —dijo un sastre de Zamora que también peregrinaba—, que anda el hombrecillo en amores, que de otro modo no dejase en el plato la torreznada con huevos.

Aún me parece estar en aquella anohecida en Termar, y ver cómo bajo la llovizna pasea el paje Pichegru, con la cabeza inclinada y el viento revolándole el holgado ropón colorado.

## IV

### EL HUGONOTE DE RIOL

**D**E la mesa donde los peregrinos comían en Termar se contaba que tenía una mancha de sangre que nadie pudo nunca lavar ni borrar, y que aun cepillando la madera no se iba, que había colado la mancha de sangre fresca todo el grueso del tablón de cerezo, y esto se lo oí yo al carpintero que vino a Miranda a hacer la escalera nueva del desván y pisar el desván trasero, señor Felpeto llamado, muy considerado de mi amo don Merlín, que el tal señor Felpeto fue carpintero muy famoso y el que le hizo un triciclo de madera de roble a aquel obispo de Mondoñedo que se firmaba don López Borricón, y que cuando la primera carlistada dejó la mitra por irse a las Provincias a oír los cañones del rey legítimo, y el tal obispo corría las carreras de la huerta episcopal en el artificio, y llevaba de pie en el eje de las ruedas traseras a un monaguillo tocando un pito, para avisar a sobrinos, fámulos y familiares que se apartasen, que venía Su Ilustrísima poco menos que volando. Siempre hubo opiniones discordes en lo que toca a aquella mancha de sangre. Muchos sostenían que debía de ser la señal que dejó un inocente de Belén peregrinando a Santiago, y que señal semejante había dejado otro inocente en la Gran Cartuja, y aun otro en Palermo, en una casa de San Francisco, y este inocente, amén de la mesa a la que lo sentaron, manchó de sangre el pan que comió y el vaso en que bebió. Otros apuntaban que quizás hubiesen asesinado allí, en una noche oscura, a un peregrino desconocido, y que convenía avisar a Lugo para que se hiciesen pesquisas. No faltó quien sacase a cuento las señales que dejaba el Judío Errante, ni quien se diese por avisado y atestiguase ser cierto que desde que hacían vino en el país catalanes y maragatos aquellas manchas eran corrientes en las mesas de las tabernas y posadas. Pero la verdad es que era sangre, sangre humana, y esta es la historia de ella, y me la contó el exclaustrado de Goás, don Ernestino Tejada, una vez que pasó por Parios camino de Lugo, siendo yo allí barquero, a llevarle a un magistrado de su misma nación riojana un obsequio de pollas en vinagre. ¡Siempre andaba aquel predicador de arriba para abajo con la fiesta de sus guindillas!

Hubo un año en Francia, que fue el de mil y quinientos y setenta y dos, y aseguro que fue este del Señor porque lo tengo en una entrega de la *Defensa del crimen del Ravellaco*, y fue el crimen que el tal Ravellaco cosió a puñaladas a un rey cristianísimo, dicen unos que por enmendarlo del puterío, y los más concuerdan en que lo encontraba hereje y desasistía la Santa Iglesia; digo que en este año de mil y quinientos y setenta y dos, en la marina de las Asturias de Oviedo, por donde cae el Navia, finándose el mes de agosto, unos marineros de Luarca encontraron una barca al garete, en la que agonizaba un hombre malherido; era un joven caballero de la nobleza del país de Médoc, hugonote fanático, huido de la matanza que una doña

Catalina de los Médicos, que reinaba en Francia, mandó hacer la noche de San Bartolo contra los filiales de la Protesta. Lo llevaron a la casona de Riol, cuyo jardín baja hasta las peñas de la mar, y en ella murió a las dos horas, fiel a su secta, clamando venganza y maldiciendo a doña Catalina. Y tan empecinado estaba el hugonote, tal era la hiel de su ira y tanto su faccioso ánimo, que no pareció hallar en la muerte reposo, pues cada año la víspera de San Bartolomé aparece en el gran salón de la casona, se acerca al balcón y apoyando la diestra en uno de los cristales, deja en él sangrienta huella; junto al balcón el caballero desaparece, pero la sangre fresca y caliente moja el vidrio... Y así cada año hasta aquel en que se hospedó en Riol un clérigo francés que venía a Compostela y traía cartas de los Gastón de Isaba de Francia para sus parientes de Oseos, los señores Ibáñez de la loza de Sargadelos. Le entró al gálico tonsurado compasión por su aquel casi vecino de castillo y viña, el hugonote, y la pena que cumplía por su herética soberbia, y a mientes le vino ofrecer el protestante al señor Santiago por peregrino, y se pasó los días que faltaban hasta el San Bartolo imaginando cómo hacer el ofrecimiento y no veía cómo poder llevarse el fantasma, que al fin era vagante sombra, a Compostela, y pensando, pensando, se le ocurrió recoger en una ampolla de cristal de Murano, que llevaba con espíritu de menta piperita, que es tan sutil y tan gracioso para la cargazón de cabeza, la sangre que el hugonote dejaba en el cristal, y que según testigos, a veces era bastante para llenar una copita de las de anisete; comparecería el clérigo con la sangre en Santiago, y pediría al Apóstol perdón para el contumaz. Tal pensó y tal hizo el señor abad, que se llamaba Laffite, y era gordo y campesino, parco en latines, muy cerrado de barba y en nada parecido a los abates franceses de las novelas que leían el enano y las condesitas de Belvís. Este père Laffite era de una calidad más antigua y rural, clérigo cazador y vinatero, y sobresalía en cebar pavipollos para Pascuas, y era muy buscado en la Guyena para predicar el sermón del Desenclavo; hay que añadir que era hombre piadoso y risueño, muy limosnero, y de niño, viniendo de Vic-Fesenzac de ver correr los toros embolados, invitado por una tía carnal, había tenido una visión de san Miguel Arcángel.

La víspera de San Bartolo, el señor reverendo Laffite se arrodilló cerca del balcón esperando la aparición del hugonote, que fue tan puntual como las doce en el reloj inglés, y tal como lo hallaron los marineros en la barca de la huida vestía, y el rostro se lo envolvía una como niebla fosforescente. Se acercó al balcón, y como solía apoyó la mano diestra en el cristal, y pareció que oteaba en la noche y escuchaba el balbor del mar, y en un repente aquella encendida niebla lo envolvió todo, antes de que se perdiese en la sombra. Levantóse raudo el cura y con hilas recogió la sangre y le ayudaba el señor de Riol con una cucharilla, y mediaron la ampolla de Murano, y vieron que la sangre no cuajaba y se mantenía viva y fresca. Al siguiente día père Laffite emprendió viaje, y tras echar un par de siestas en Lorenzana, donde fue muy obsequiado por los frailes benitos, vino en su mula poitevina —que son las de esta casta pacíficas bestias y sensatas, siendo el garañón del Poitou linfático de

temperamento y algo remiso en cubrir yeguas, por lo que, llegado el caso, hay que alegrarlo con cancioncillas—, a hacer posada en Termar.

Estaba entonces, y por razones de política, acogido al cobijo de Meira un tal salmantino llamado don Jovito Bejarano, que había sido guerrillero con don Julián el Charro, y tenía un hermano bernardo profeso, y acostumbraba ir de tertulia a Termar, por si pasaba algún peregrino o simple viajero, que entonces, a la verdad, no eran muchos, por el desasosiego del tiempo. De paso, con aquel su montar charriano, reventaba las yeguas de la abadía, con gran enojo del lego de cuabras, el que después fue mayoral de la diligencia de Curtís, betanceiro él, por mal nombre señor Témporas. Estaba don Jovito en Termar cuando llegó el reverendo francés, y se convidaron ambos, y el clérigo explicó al guerrillero la revolución de Francia y las aventuras de don Napoleón, y se encontraron de la misma católica política, y refrescaron este acuerdo con una jarrilla de vino chantadino, y el cura contó cómo llevaba la sangre del hugonote en la ampolla y su intención de pedir el favor de Santiago para aquella alma en pena. Pidió ver la ampolla don Jovito y con gusto se la mostró pére Laffite, haciéndole notar cómo iba fresca la sangre y suelta, y teniendo la ampolla en la mano, el guerrillero salmantino dijo:

—Este no debe ser milagro de hugonotería, sino virtud de la fiel espada católica que cató en su tiempo el pellejo protestante, entrando en él como venencia en bota de vino. Me gustaría haber estado en ese Médoc que decís con mi fusil, a ver si se me escapaba ese mayorazgo galicoso.

Y decir tal cosa don Jovito, y encenderse fuego en la ampolla y estallarle en la mano el vidrio de Murano, todo fue uno. El salmantino se puso pálido, y se quedó mirando la sangre caída en la mesa, que todavía parecía llama y quemaba la madera.

—¡Vaya mala leche! —exclamó don Jovito recobrándose un algo.

Pére Laffite se había arrodillado y rezaba, entornando los ojos, por el alma del hereje inveterado.

## V

### EL GALLO DE PORTUGAL

**S** IEMPRE le oí hablar a mi señor amo Merlín con mucho respeto de la antigua ciudad de Braga, de donde era nativo y en ella tenía rico aposento en un palacio de la rúa que llaman dos Confidentes, un gentil caballero portugués, de fina nobleza y muchos posibles, don Esmeraldino da Cámara Mello de Limia, vizconde de Ribeirinha. Fue este don Esmeraldino vizconde, por lo que de él oí contar a un su criado de librea y escopetero, el hombre más hermoso de Portugal en su tiempo, muy lucido de lunares y con una mirada tan triste en los grandes y negros ojos, que parecía, dicen, que cuando demoradamente os miraba era como si una niebla de oscuras caricias saliese, para envolveros, por entre la aleteante seda de las largas pestañas. Con sólo esta mirada despertaba grandes amores, pero todavía le ayudaba el que era pequeño y muy gracioso de maneras, convidador y en regalos de mérito la voluntad muy fácil; traía a Braga las modas de París, tanto de vestir y chalecos como de baile, tanto de peinar como de juegos, y aun ponía palabras de moda cuando de Francia venía, como sentimental, bombón, nenúfar, y *la merde latiney le doré aux cochons*, frases estas últimas para aludir a los clérigos y al arzobispo, respectivamente, y que muy vivas se me quedaron, quizá porque me animaban a ello los revuelos liberales de aquellos días insurrectos... Pero todas las delicadezas y atractivos que envasaba aquel cuerpo fidalgo sólo le servían a don Esmeraldino para contrarrestar el sexto mandamiento, en lo que estaba siempre activo y puntual, y para no perder la cuenta de las hazañas mandó clavar en la puerta de su palacio un hierro rizado, y colgó en él una tablilla de caoba en la que iba marcando los triunfos de Venus, haciendo él mismo con una navajita la señal de un aspa. Esto gustaba a los bracarenses, que en seguida se ponían a seguirle los pasos al vizconde, a discutir acerca de quién sería la dama caída, qué regalo le puso la zancadilla o si fue amor, y todos aseguraban oír serenatas secretas, y todo Braga se llenó de falsos testimonios fácilmente levantados, de doncellas deshonoradas y de maridos cornudos cabalmente asentados en ellos, tal que mejor no lo hiciera escribano de número en papel sellado.

Estaba el vizconde de Ribeirinha muy feliz en su trato y boato, encumbrado por amoroso en todo Portugal, cuando vino a Braga una compañía italiana de ópera, y el mayor adorno que traía era una tal primadonna signorina Carla, rubia, desvestida y trinadora. Ya en la primera función se hizo presentar don Esmeraldino, quien tenía platea con repostero en el teatro, y aconteció que la cantante Carla era muy aficionada a las joyas. Don Esmeraldino puso a trabajar para él a todos los joyeros de Portugal, tal que signorina Carla pudo estrenar cada día un escaparate. La llevaba y traía el vizconde en su carroza, de la Fonda Suiza al teatro y del teatro a la fonda, y aun mandó forrar de verde el coche, que verdes eran los ojos de la Carla y verde su color

favorito; hubo guitarradas bajo los balcones de la tiple, meriendas en los jardines del vizconde y otras muchas finezas y obsequios. Y Braga entera no dormía, yendo y viniendo a consultar la tabla de caoba, por si estaba en ella el aspa venérea ya labrada, y aún hoy se asegura, cuando este paso se cuenta, que iba a excuso el pincerna de la catedral a averiguar si tuviera buen fin la amorosa batalla, por pasarle aviso al canónigo penitenciario, quien estaba preparando un sermón de tabla contra el nuevo Tenorio. Y cantó por última vez la compañía italiana en el teatro de Braga la función que llaman *El solicitante de amor* y se facturó para Oporto, y acudió don Esmeraldino a despedir a la signorina Carla con besamanos y el regalo de un abanico envarillado de oro con amorcillos labrados, y estuvo el caballero en medio de la rúa diciéndole adiós con un pañuelo hasta que la diligencia dobló por el Atrio de la Canela. Seguido de sus amigos regresó lentamente y con alegre conversa don Esmeraldino a su palacio, se despidió de su séquito en la acera, y estaba media ciudad de Braga curiosa en la rúa dos Confidentes, y antes de subir a sus cámaras, el señor vizconde de Ribeirinha dándole el bastón a un criado, del bolsillo del chaleco verde, verde como los ojos de Carla cantora, sacó la navajita y grabó en la tabla de caoba un aspa más retorneada y grande que de costumbre. Y la concurrencia aplaudió como en el teatro.

Se corrió por todo Portugal la novedad, y era en toda parte alabada la cortesía lusitana de don Esmeraldino, quien esperó a que la Carla se fuese para propalar que había habido lo que el señor juez de Abadín llamaba retracto de colindantes.

Y reunido en sesión el Estamento Noble se acordó hacer homenaje a tanta cortés caballería, digna de tiempo más antiguo, y fue una diputación de Lisboa a Braga, presidida por un marqués que en Evora, entre andaluzas y portuguesas, tallaba casi lo que don Esmeraldino en Braga, y aunque la vieja señoría de Braga no quiso, por no alarmar, asistir al homenaje, estaban los populares de fiesta por rúas y plazas.

Ya conteció que don Esmeraldino obsequió a los pares con un refresco, y aplaudía el pueblo en la calle, y acordaron los titulados salir al balcón a agradecer los vivos, y don Esmeraldino estaba pálido con la emoción, y el marqués de Evora, pareciéndole que era justo ceder el paso ante el vizconde, quitándose la chistera de tres hebillas gritó:

—¡Por Braga dos veces primada! ¡Aquí está el gallo de Portugal!

Y en aquel mismo instante don Esmeraldino se puso rojo, azul, amarillo, rompió como cohete, y se convirtió en gallo: en un gallo muy hermoso y logrado de cresta y rabilargo, que voló de un balcón a otro y terminó posándose en el hierro donde, como anuncio de mesón inglés, colgaba la tabla en que estaban las aspas mil, de las amorosas lides índice completo. Pasmó el Estamento Noble, gritaron y corrieron los populares, se desmayaron las mujeres, un franciscano clamó que era justo castigo a tanta fantasía y tanto pecado, y un sobrino de don Esmeraldino tuvo arte para sujetar el gallo y enjaularlo. El penitenciario adelantó un mes el sermón para poner muy aparente el pago que aguarda a los fanáticos del libre fornicio, y puede decirse, me

aseguraba el criado de librea y escopetero de don Esmeraldino, que Portugal quedó triste, escasearon las serenatas, y amustiáronse las mujeres. Baste decir que sólo en Braga tuvieron que cerrar dos perfumerías.

Puesto don Esmeraldino en una jaula muy pintada, vinieron médicos a verlo, el exorcista de Viseu también vino, y no hubo consulta que no se hiciese, y el único que pareció acertar en algo fue el sastre de Quintadinha, que es gran componedor de huesos, y que dispuso que para mantener al gallo vivo y alegre mientras se celebraban las opiniones, se pusiese a don Esmeraldino en una jaula más grande y se colgase en ella, como balancín, la tabla de caoba con las aspas. Tenía don Esmeraldino un primo jerónimo, en el severo convento que estos penitentes disfrutaban en Lisboa, y era hombre de muchas lecturas, y foliando un tomo antiguo leyó en él que dos casos se tenían ya dados de verse ave quien fuera hombre, y que quedaba el remedio de la peregrinación a Santiago, donde era notorio que aquellos emplumados de antaño volvieron a la natural forma. Acordó la familia ofrecer don Esmeraldino al Apóstol, y así fue cómo un día aparecieron en Termar el señor jerónimo en su mula, el criado de librea y escopetero en un alazán muy nervioso, y en una litera la jaula, y aún venían, amén de los pajes de litera, dos criados de repuesto, y para dar testimonio de lo acontecido en la peregrinación, venía el don Fiscal Eclesiástico de Braga por escribano puesto: nunca vi hombre tan alto en mula tan pequeña, tal que mientras la cabalgaba podía jugar a la pelota con las piedras del camino.

Se reunió en Termar media compañía de bernardos de Meira y toda la de los caseros y criados por ver el gallo don Esmeraldino, que era una hermosura de cantaclaro, brillante y variopinto de pluma, las más de ellas de un dorado viejo soleado, rico en espolones, la cresta sanguínea de las cinco puntas levantadas, y el canto lo tenía fácil y continuo. Y del techo de la jaula colgaba, como columpio, la tabla de caoba con las aspas, y los más jóvenes de los monjes se pusieron a contarlas y el gallo las numeraba con ellos a quiquiriquí lanzado. Uno de los pajes se puso a mudarle el agua y a servirle un huevo rallado, y levantó la trampilla más de la cuenta, lo que el gallo aprovechó, y no se vieron flechas más súbitas ni en la batalla de Solferino, para salirse de los mimbres pintados, volar a la viga del comedor, saltar de ella al lomo de la mula de don Fiscal, y de la mula a buscar campo. Todos los presentes corríamos a la caza del gallo, levantando los monjes las sayas, un lego haciendo los cacareos de la gallina, el jerónimo rezando, don Fiscal dándose aire con el sombrero hongo, y los caseros, criados y yo, riendo la aventura y sorpresos de tanta novedad. El gallo tomó la vía de la abadía de Meira, voló las bardas del corral viejo, y cuando se dio con él, estaba entre las gallinas por galán, más soldanero que el turco de Constantinopla en su harem, y si fuera posible que un gallo tuviese navajilla en chaleco y supiese hacer aspas de Borgoña en tabla de caoba, estaría don Esmeraldino al trabajo, no se le escurriese de la memoria el número... Cazado el gallo, volvió a su jaula, y siguió la procesión del encanto a Compostela, y las noticias que se tuvieron en Meira y en Termar, fue que en Mellid le entró un catarro a don Esmeraldino y le

salieron dos lobanillos como cebollas de Verín en el papo, dispensando, y se le puso fiebre sabatina, que lo consumi6 en una fonda en Santiago, donde dio el alma. Dicen los m6s que lo enterraron all6 mismo, con la tabla de caoba por asiento. Y hay ahora en Meira y en la Az6mara una casta de gallinas doradas, muy ponedoras y tambi6n buenas para pepitoria, que dieron en llamar portuguesas, y son, a lo que parece, el fruto de la breve hora de don Esmeraldino en el corral viejo de la Siempre Ilustre Abad6a de Santa Mar6a la Real de Meira. ¡Mucho le hubiese gustado a mi don Merl6n encontrarse por maestro en este caso!



# APÉNDICES

## LA NOVELA DE MOSIÚ TABARIE

*Je luy donne ma librairie,  
et le Romman du Pet au Diable,  
lequel maistre Gui Tabarie  
grossoya, qu'est hom véritable.  
Par cayers est soubz une table.  
Combien qu'il soit rudement faict,  
la matière es si très notable,  
qu'elle amende tout le meffaict.*

FRANÇOIS VILLON: *Grand testament*

**P**UES este verano encontré —iba el río seco, y la gente y el ganado pasaban enjutos por los pasos de la Valiña, yo tuve la barca amarrada en el padrón, y me sobró tiempo para holgar en la casa—; encontré, digo, dos entregas de la *Novela del Pedro del Diablo* que me regaló el moro Alsir, y leyéndolas, puestos los anteojos que ahora cotidianamente preciso, me eché a reír, y me vienen ahora ganas de contar la principal de esta novela, que del demonio que en ella se habla, Cobillón titulado, nos llegaron noticias a Miranda cuando tuvo mi amo que viajar a Gaula a quitarle el aroma de azufre a un condado de aquel reino, y fue que primero creyeron que dieran con una mina, e inquiriendo, inquiriendo, salió que no era más que una bandería de demonios que Lucifer Mayoral mandara vaciar sobre Inglaterra, y que dejara allí, en una cueva, la ropa vieja. Con el azufre que tenían aquellos harapos se podía azufrar medio Ribeiro. Este Cobillón era un demonio muy fino, que estudiara para perfumista en Florencia de Italia, donde tomó la costumbre de bañarse en agua franchipana. Contaba la novela que había en Soria una viuda moza muy devota de san Ciriaco, y siendo rica por su casa, y bien heredada del difunto, quería levantar al santo una ermita justamente en una montiña donde acostumbraban pasar los calores del tiempo de la siega las brujas de tierra de Osma. Requirieron estas toledanas para volver a la viuda del acuerdo a un demonio bostezador y aragonés, pero pronto supo la viuda que quien la tentaba era el demonio, porque tenía un olfato sutil y venteador, y cazaba los olores malignos que pasaban volando. Se buscó entonces en toda la Satanía un demonio que no diese señales de azufre y tuviese humano perfume, y no había otro preparado sino Cobillón, que estaba por aquella estación en París perfumando francesas. Ya había buscado albañiles la viuda, y corría prisa torcerle la intención. Llegó a Soria, pues, Cobillón, vestido de cuatro puntillas, haciéndose pasar por pariente de los Linajes sorianos, dando propinas y limosnas, y anunciando que por un casual traía en el bolsillo un pomo con agua destilada de la barba de san Ciríaco. Saberlo la viuda y convidarlo a chocolate todo fue uno, y Cobillón iba de levita verde

y bastoncillo de plata, cadena de oro en el chaleco, y colgado de ella, el pomito con el agua de san Ciríaco. La viuda, este es el caso, se enamoró en un repente de aquel dionisio, que le dio a oler el agua de san Ciríaco y le prometió teñirle con camomila de Malta un lunar con pelo que tenía en la barbilla, y la invitaba, sin más demoras, a partir para Tarragona, donde tenía su palacio, y los podría casar su capellán, que era primo del señor primado. Doña Florinda, que así se llamaba aquella viuda, pidió un día para contestar, que Cobillón le concedió de grado. Y en aquel día de plazo, un ama seca que fuera del difunto y que andaba en las labores de la casa, le sopló a la viuda si no sería otro demonio el pretendiente. Doña Florinda se confesaba que sólo venteaba rosas, agua franchipana y licor del Polo en aquel galán, cuyas miras de casamiento le derretían las mantecas, que en verdad eran lucidas, blancas y apetitosas, pero no dejaba de imaginar cómo descubrir el engaño, si de verdad lo había en aquel trato. Cobillón, por la chimenea, oyera la conversación de la viuda con el ama seca, y dispuso de todos sus perfumes para no delatarse: se bañó en agua franchipana como solía, lavó los pies con secante de lirio, engomó los rizos con miel de rosas, y para disfrazar los alientos, bebió un frasco de vino de nardo. La viuda le contó a Cobillón el caso del demonio bostezador, y cómo andaban las brujas trastornando sus planes de hacer la ermita de san Ciriaco, y el miedo que ella tenía de ser tentada del demonio mayor y su selección de cornudos. Y con lágrimas en los ojos, y pidiéndole perdón por estar tan enamorada, requirió la duda a Cobillón a que soltase un viento, a ver a qué olía. Cobillón se hizo rogar, pero viendo que la viuda seguía llorando, y suponiendo él, con su saber de demonio, que el vino aromado que bebiera ya estaría en las tripas bajas, juntó fuerzas y soltó un grande y sonoro meteoro, que tal tamborileó en sus bragas ceñidas como redoble de parada. Y toda aquella cámara se llenó de un dulcísimo aroma de nardo florido. Con lo cual la viuda se echó en los brazos del demonio Cobillón. Cobillón la llevó en carroza a Tarragona, y en la espuerta de la carroza iba en dos arcas el oro de la viuda, y ya se veían a lo lejos las torres primadas, cuando Cobillón, entre beso y beso le pidió a doña Florinda que atendiese a un nuevo perfume, y mismo en la nariz aquella tan sutil le soltó una vaharada de azufre, gritándole entre risas que se acostaba con el maligno adoctrinado. La viuda se murió de dolor, sin apearse de la carroza, y Cobillón, con el oro se volvió a París de perfumista.

Cuento esta novela porque fue la primera que leí, y mucho le gustaba a mi amo que la contase, máximo cuando habíamos comido al almuerzo castañas, y en llegando al viento de la carroza yo decía: ¡con perdón de los presentes!, y hacía mi gracia. También la cuento para que se vea en qué fiestas pasábamos los inviernos en Miranda, cuando venía el tiempo de las nevadas, se cegaba de agua el camino de la vega, y los perros ladraban al lobo, que pasaba de día al pie de las casas. ¡Ojalá volvieran tiempos idos!

## PABLO Y VIRGINIA

**F**UE moda en París leer una novela titulada *Pablo y Virginia*, que la escribió uno que me suena que fuese clérigo tonsurado, llamado don Bernardino de Saint-Pierre. El algaribo Elimas, en uno de sus viajes, se la vendió a las niñas de Belvís. Cuando ya don Merlín no moraba en Miranda, donde quedara de casero José del Cairo, acabado de casar, justamente con una de las condesitas, con aquella más rubia de pelo que empreñara del señorito de Belmonte y tuviera un infante que murió al nacer, fui yo una tarde de visita y a pedir permiso para cortar dos sauces que eran de la propiedad de don Merlín, y que no dejaban virar a los carros que iban a pasar en la balsa de Pacios. Estaba apuntado en una libreta por don Merlín, donde formaban todas las propiedades de Miranda con sus lindes, las servidumbres que había, cuánto de monte del iglesario de Doncide, los días de agua, en los Cabos y en el Pontigo, para el riego y para el molino, que aquellos dos sauces se llamaban Pablo el uno y Virginia el otro. Esto era sabor de mi amo, parte de su cortesía y sentimiento de su memoria, ponerles nombres de las historias a las cosas, como llamarle a la escopeta Nápoles, al tílburí Faetón, al remolino del Miño donde volcó la lancha del demonio persa Pinto decirle Salamina, y con gracioso amor, cuando iba a Lugo o a Gaula y traía algún regalo de mérito para mi ama doña Ginebra, me mandaba vestirme para que se lo llevase yo en bandeja, y me decía, palmeándome en la espalda:

—Llévale este galano a doña Dulcinea del Toboso.

Y sobre la franca sonrisa se le ponía, al decírmelo, como un fugitivo velo de tristeza. Algo enamorado de ella debió de haber andado siempre. Pero íbamos a que pedí permiso para cortar a Pablo y a Virginia, y ya me lo daba José del Cairo, siendo los sauces de los que llaman llorones, y estando más bien desmedrados, cuando intervino la mujer y dijo que por el triste recuerdo que ella conservaba de aquellos dos enamorados Pablo y la Virginia, cuya novela leyera tantas veces en Belvís y la hiciera llorar, y más aún cuando ella estaba preñada del mayorazgo de Belmonte, que en aquellas desventuras de los amantes hallaba consuelo a la suya, no quería que los sauces fuesen cortados. José del Cairo respondió que como ella quisiese, y tengo para mí que le dio por el gusto porque no sabía olvidar que ella, aunque su mujer, era señora de las muy puestas del castillo de Belvís, que si estuviese como yo casado con una camarera, se riera del lloriqueo, y me dejara cortar los árboles titulados de amantes. ¡Con lo fácil que le salía a José llamarles puterías a las delicadezas y melindres de las mujeres!

Y en bebiendo otro vaso le pregunté a la condesita de qué trataba la novela de Pablo y Virginia, y ella se echó a llorar, y me dijo que no me la contaba de miedo que con la memoria de aquellos dolores se le retirase la leche, que andaba amamantando al Leonardín, que en verdad estaba muy criado, y lo tuvieran a los dos meses de casorio. Y ahora recuerdo que no dije que la señora condesa se llamaba doña Martina. Se despidió para sus labores, no sin dejarnos escanciada otra jarra de vino.

—Esta novela me la leyó a mí doña Martina cuando la iba a enamorar a Belvís, a escondidas de la guarda del enano, y si tan curioso sigues de su asunto —dijo José del Cairo—, vaciemos esta jarra, mientras hago yo memoria de las filiaciones y los pasos, y veré si medio puedo apuntártela, que a nosotros no hay miedo de que se nos retire la leche, y aunque así fuese, no era mayormente en perjuicio de tercero.

Bebimos en silencio aquella jarra, y aun nos consolamos con otra, y José del Cairo me abrevió la historia de Pablo y Virginia, pidiéndome perdón por las faltas, que era la primera vez que contaba una historia literata.

—Este Pablo que viene titulando la novela, fue desde muy niño grande amigo de mirar la soledad del mar, y se ponía en la ribera a imaginarle caminos con grande melancolía, y los seguía de memoria largo trecho, poniéndoles a su sabor aquí la posada de una isla, más allá el encuentro con un bergantín y una niña diciéndole adiós con el pañuelo, acullá la grande y continua hoguera de un faro en la noche, a la derecha temerosos vientos y esquivos, que ponían las olas por compañeras de las nubes, a la izquierda una flota de gigantes ballenas azules, y finando el viaje siempre encontraba un país inocente, en el que hablaban los animales, no había tuyo ni mío, la más hermosa de las muchachas se enamoraba a primera vista del extranjero recién llegado, y a la puerta de cada casa había un árbol que daba pan y otro que daba vino. Con el Buffon de las Plantas y de los Animales poblaba las islas y los países. Todo este imaginar y memorar, que vienen a ser la misma cosa, se le volvieron desasosiego y acedía: aceda era para Pablo su nación, aceda su familia, acedos el oficio, los amigos, los días y las noches. Tal se inquietó que determinó embarcar en un tres palos que salía por Pascua Florida del puerto que llaman Honfleur, y de donde era aquel que recordarás, almirante titulado, que vino a nuestro amo Merlín a desencantar el tenedor de plata que al comer con él volvía la carne pescado. Decía que era muy hermoso Honfleur con las casas pintadas, y en la planta baja las tabernas, con pequeñas ventanas y los cristales de colores, y la gente fina, tanto que en tan pequeña villa había dos tiendas de guantes, y las tabernas, unas eran para fumadores y otras no. Embarcó Pablo en el tres palos, que se llamaba la *Bella Corentina*, y viajaba a las Américas a buscar el paso del Noroeste, que digo yo que por lo que aquí sopla cayendo desde la Corda este capellán de los vientos, debe de ser paso muy venteado y propicio a naufragios. Se despidió Pablo de Francia una mañana soleada, y tuvo por buen augurio la brisa solaz que se puso a empujar el velero a la mar libre. No te cuento el viaje, ni las tempestades, ni recuerdo si Pablo se mareaba. Aconteció que a los cuarenta y dos días de navegación, estando Pablo poniendo a secar sus medias, en lo más alto de un palo, le vino a las narices el perfume lejano de una tierra, que era ni más ni menos que el aroma que él, en sus imaginaciones, le regalaba al país inocente que soñaba. El capitán le aseguró que por aquella banda no había tierra, en un mes, y los marineros que eran, los más, normandos, se le rieron del olfato; sólo un portugués creía haber oído que por aquella banda estaba pronta Malaca, si se diera con el paso de la Guinea. Pero Pablo seguía recibiendo el perfume, que era una caricia; se ponía

en la noche a recibirlo, digo yo que como un can se tiende confiando en que la mano del amo va a venirle sabrosa a repararle el lomo. Y volviéndole aquella pasada inquietud, determinó robar la gamela de a bordo y remar hasta el país inocente, lo que hizo. En su inquietud no se cuidó de bastimentos, y a los dos días de remar ya no le quedaba ni una miga que no hubiese cacheado en los bolsillos, y sólo se alimentaba del perfume del país, que cada vez estaba más espeso y cálido a su alrededor. Pero ya ni las ansias le bastaban para vivir, y al alba del quinto día desmayóse. Parece que una corriente tomó la gamela y le dio camino hacia tierra, que estaba muy próxima, y fue tan feliz la corriente, que puso a Pablo en un arenal, al tiempo mismo que una niña que llamaban Virginia buscaba en las arenas un pendiente que se le perdiera. Gritó la niña viendo al mocito desmayado, y acudió una comadrona que se llamaba doña Terencia, y le palpó en el pecho la vida, y con un sorbo de ron y agua con azúcar le volvieron a Pablo los sentidos, y lo primero que vio al abrir los ojos fue el rostro de Virginia, que era, aunque muy tirado a moreno, dulcemente hermoso. Fue doña Terencia a llamar al chambelán de la aldea y se quedó Virginia con Pablo, dándole sorbitos de agua con azúcar y palitos de canela para que los chupase, acariciándole la frente y cantándole palabras de aliento. Pablo ya estaba, la verdad sea dicha, enamorado antes de llegar, porque traía los amores en los sueños. Y se me olvidaba decirte, que pues era aquel un país inocente, la Virginia estaba desnuda del todo, y todo lo lindo a la vista. Y decía el señor conde, mi difunto suegro, que gloria haya, que el más del mal que hizo la novela de Pablo y Virginia en París, era que si los hombres en el soñar despiertos y en despeinarse de inquietud imitaban a Pablo, las mujeres andaban imitando a Virginia y se hicieron así fáciles en desnudarse; con lo que no fue extraño que a poco viniera a ser cornudo don Napoleón.

Había que beber otra jarra, que esta era mucha oración seguida para José del Cairo. Lió cigarro con pausa, sacó chispero y chispeó, y tras saborear dos chupadas, se animó a seguir el relato. Contaba contento de lo bien que le salían la historia y el comentario. Nunca creí que estuviera tan al tanto del mundo.

—Tardó un algo doña Terencia en venir con chambelán, y lo pasó Pablo en examinar a la niña Virginia y en terminar de enamorarse, y como llevaba en la bolsa un traje nuevo, que era chambra de encaje y pantalón ceñido de azul terciopelo, y a la cintura faja de seda roja, ayudado por Virginia se levantó, y no vio inconveniente en desnudarse delante de ella y en bañarse antes de vestir la ropa nueva, y aun no se ocultó para hacer aguas menores, por no poner sombra de pecado donde él, por lo que tenía imaginado y por lo que veía, no encontraba más que graciosa y natural inocencia. En esto último me parece que se pasó un poco de confianzudo. Cuando llegaron el chambelán y la Terencia encontraron a los jóvenes cogidos de la mano, mirándose a los ojos. El chambelán inquirió en varias lenguas diversas a Pablo, y era hombre gordo y barbilampiño y llevaba al cuello un collar de cuentas de cacao, y Pablo no halló modo de responder, y el chambelán lo llevó a una cabaña al lado de una fuente, y lo dejó allí aposentado, al cuidado de Terencia y con abundancia de

comida variada. Virginia también quiso quedarse, para calentarle los pies y sacudirle las moscas. Allí fueron, en aquella cabaña, felices días, y Pablo se iba acostumbrando a tener inocencia para andar desnudo, y Terencia ayudaba en los amores de los muchachos, que andaban enseñándose palabras por el bosque y por la playa. Al noveno día volvió el chambelán y traía un mandato del rey del país que le llevasen a Pablo, para darle un vistazo, y estaba el rey a dos días de viaje y Virginia quedó llorando por llevarle el mozo. El rey —y ahora tengo que ir cortando por ponerle fin a la novela—, tenía una hija que le saliera negra, y siendo tan blanco y rubio Pablo, pensó de juntarlos, por si aumentaba la fama de la familia teniendo entre ambos un niño a listas blancas y negras, y en las historias estaba que tuviera el rey un abuelo colorado. Pablo se dejaba hacer, y fácilmente, porque nada entendía. En la cama se vio con la negra, que era muy fina y gentil y reidora. Pasó que vino Virginia y lo encontró de amores nuevos: lloró la niña y escapó a la selva, donde la prendieron unos indios que andaban de caza y la vendieron a un holandés que tenía tienda de pacotilla en una ensenada, donde hacían aguada los del bacalao. Pablo, viendo huir a Virginia, y estando sin guardar, salió en su busca. También lo cazaron los indios, y lo vendieron al rey negro de la Florida, que lo usaba de esclavo para que lo llevase a hombros a las fiestas. El holandés vendió la inocente Virginia, ablandado por sus lágrimas, a un indio principal que tenía el negocio de cebar mujeres para los reyes de Méjico. No terminaría nunca de contarte cómo siete veces cambió Pablo de dueño, siempre siguiendo las huellas de Virginia, y como esta casó cuatro veces contra su voluntad, fue robada dos, y la última vez que la vendieron volvió a manos del holandés, y allí en la tienda de pacotilla se puso a morir, y en esto estaba llorando cuando llegó Pablo, que se escapara de un nuevo dueño que tenía, que era grande fumador y se emborrachaba con los habanos. Reconociéronse los amadores, y ya sabía ahora Pablo la lengua de ella, y se dijeron las ternezas del mundo y se perdonaron la peripecia, y Pablo le puso de presente a Virginia lo forzado que fuera a la cama de la negra real, que lo probaba que el niño que tuvieron salió negro como hollín, no habiendo puesto él voluntad ninguna de amor, y nada más que el trabajo de hacerlo. Pero ya era tarde para Virginia, que perdonando murió, dejándole de regalo a Pablo un niño que tuviera del rey de Méjico, y que allí estaba, a los pies del catre, chupando palitos de canela. Esto, recordando a Pablo los que él chupó cuando Virginia lo halló en la playa, lo enterneció, y no lo quiso vender al holandés, que lo pagaba bien, porque le pedían de España un príncipe indio para una función. Me dijo el cura de Xemil, una vez que parrafeamos de esto, que si fue cierta esta historia, el encargo del niño sería para enseñarlo en la Exposición de Barcelona, que trajeron los papeles que va a abrir sus puertas la reina Cristina.

—¿Y en qué acabó Pablo? —inquirí.

—Se vino para Francia, y traía un bolsillín de oro con el que puso en Honfleur tienda de mapas y anteojos de larga vista, y mandó el principillo al colegio. Y se consoló viendo entrar y salir los navíos y chupando palitos de canela. Y quizá casase

de segundas, que un hombre solo mal se apaña.

Me volví a Pacios, pues, sin permiso para cortar los sauces llorones. En el invierno del novecientos dos, con la crecida, se fue Virginia río abajo. Se quedó Pablo solo cabe el vado. Pero cuando represaron el río en Lañor, las aguas lo cubrieron.



# **NOTICIAS VARIAS DE LA VIDA DE DON MERLÍN, MAGO DE BRETAÑA**

*A últimos de mayo pasó el río en la barca de Felipe de Amancia un caballero inglés, pelirrojo él, pequeñito sí pero muy garboso y resuelto, abrigado de los temporales con un macferlán a cuadros verdes y negros, y cubriéndose la cabeza con un bombín de hule color nema. Traía bajo el brazo una gran cartera de cuero negro, y le anunció a Felipe que venía a Miranda desde Rennes de Bretaña por establecer si don Merlín, en sus vacaciones gallegas, había tenido descendencia.*

*—Ese fue mi amo —dijo Felipe—, del que va para siete años por San Marcos que no tengo noticia. ¿Murió, acaso?*

*—Todavía no hace un año que lo vieron en Nápoles unos clérigos irlandeses, en Santa María della Grotta. Díjoles que se iba palmero.*

*—Ese tema tenía, de no morir sin ir a Jerusalén.*

*Se santiguó Felipe sin soltar la pértiga, con lo que hizo sobre su rostro la cruz con el cabo de ella.*

*—Ad multos annos! Y en cuanto a descendencia en Miranda, no, no la tuvo. Solía decir mi amo que él era continente por tres razones mayores, y estaba la primera fundamentada en ser mi señor Merlín filósofo, y demandar dama Filosofía castidad. Aquí ponía don Merlín de ejemplo a un pariente suyo antiguo, Abelardo de París, a quien castraron de fuerza los criados de un canónigo, tío de la tal Eloísa que él enamoraba. Eso fue grande abuso. La segunda razón la daba mi amo con decir su edad, añadiendo que de dejarse entreverar de la lujuria, las iría a buscar quincenas, y dentro de canónico matrimonio, lo que haría rechiflar al público, estando este muy al tanto de los viejos que se casan con mozas, que aún no sale la pareja de la iglesia y ya están inventando cuernos las imaginaciones sospechantes. Aquí me leía una carta del obispo de esta diócesis, don Guevara, a mosén Rubín valenciano, anciano que casó con niña, o contaba la historia del barbero Valls, cirujano sangrador de Vinaroz, que a los setenta casó con una de diecisiete, por el gusto que tenía de que ella lo peinase, que se dejara el pelo largo, crecido hasta los hombros, sólo por disfrutar de esta caricia. Y la mocita un día le hizo un nudo con su propio cabello alrededor del cuello al viejo, y apretó. También contaba de su amigo Fouché de Francia, el hombre más secreto de su siglo, a quien había vendido una cifra con la que se podía escribir en la oscuridad, y que ya viejo y fatigado casó con una tal Ernestina, que lo coronó. Y la tercera razón la callaba, golpeándose el pecho como*

para decir *mea culpa, mea culpa*, y sólo una vez le oí exclamar con trémula voz:

—¡Ay, Felipe, un corazón fiel vale el sol y la luna!

—Los de su casa de Miranda creemos que los años que allí pasó, los vivió enamorado de doña Ginebra, la excelente señora que santa gloria haya, acallando el fuego del alma con los respetos que a la reina viuda tenía y demostraba.

No pareció muy convencido el inglés, y dijo que él trabajaba con el método de las escuelas superiores, y que había que echar un vistazo a los libros de bautismo de la provincia, y, si podía ser, otro a los papeles de don Merlín.

—Y eso de la continencia por filósofo sería ahora de viejo, que de mozo y en las cortes, tu amo desenvainaba fácil.

Rió el inglés, que era hombre que aun teniendo un punto de altanería, quizá motivado de la escasa talla, era cortés y palaciano en el trato, y condescendiente conversador. Sentándose en la popa se destocó y puso el bombín sobre las rodillas, y sacando de un bolsillo un batidor se peinó la pelambreira, y partía dos rayas, a derecha e izquierda, dejando en el centro un mechón ondulado, a la moda que entonces se llamaba la «moisson». Los pequeños ojos claros del inglés tenían la viveza de la cola de la lagartija.

—En la posada te contaré alguna noticia antigua de tu señor, y espero que correspondas a mi confianza dándomelas tú del tiempo que el mago Merlín pasó en este retiro.

Como Felipe de Amancia siempre fuera curioso de la nación, escuelas, vida y artes de su señor amo, aceptó gustoso el trato con el inglés, el cual se anunció como mister James Graven, escribano procurador de la ciudad y deanato de Truro en Cornualles, con cursiva patentada, y cumplidor del caballero de Galloden, primo de don Merlín.

—De ese —dijo Felipe—, le tengo oído hablar al señor, que era grande cazador, y de un libro que escribió latino, con demostración de que la tierra no es redonda y se excluyen los antípodas.

—Ese mismo es el de la testamentaría. Traía las elegancias a Gales, como se ve por estas prendas invernazas que porto, y que me las dejó por codicilo ológrafo. El macferlán es de transformista.

Poniéndose de pie en el centro de la barca, mister Graven tiró de un cordoncillo que asomaba bajo el cuello, y se resumió la esclavina en el cuerpo de la prenda. Tiró ahora por un botón, y cambió la tela de color, poniéndose a rayas grises y coloradas.

—Y el bombín no es de menos mérito. Mira, aprieto la cinta, y ya lo ves: negro. Ya puedo entrar en la audiencia de Su Señoría de Truro. Aprieto más, y sorpréndete: blanco. Me voy a pasear por el bosquecillo del castillo, en verano. Aflojo, y vuelvo al crema, que es el propio para viajes, por el polvo del camino. Y dentro, aquí tintero, aquí pluma, y aquí un reloj, de mano de Evans, firmado y sellado. El reloj es de mucha ayuda, porque en los tribunales de Gales se fija el tiempo de los argumentos por reloj de arena, y los más de los letrados se distraen mirando el hilillo que va de

vaso a vaso, perdiendo el de su discurso. Yo, con invocar al rey o a la Carta Magna, saludo reverente y de paso me doy la hora. Más de un pleito me ayudó a ganar este ingenio.

Felipe se alegró con tanta novedad, que le parecía volver a los buenos tiempos mirandeses, cuando estaba de paje con Merlín y había variedad de visitas raras y curiosas. Amarrada la barca, saltaron a tierra viajero y barquero. Las tardes de mayo se cargan en Parios con nieblas bajas, y el río va callado por aquellos vados. Sólo se oye pajarería y alguna voz lejana. Subieron hasta la posada, anunciándole Felipe al inglés que había un vino de León, muy cateado y de un año cumplido, que era el tal para el humor del cuerpo humano en primavera. Mister Graven, que bebía muy lento, llenando bien la boca y luego embuchando a pocos, a estilo girondino, con la que se evita, según explicó, exceso de aire, que si se adentra con el vino lo emulsiona en demasía y le quita, sobremanera a los tintos, tempero y amplitud, lo encontró amigable y nada acorambrado.

—Desde que hay tren —dijo el mesonero, que atendía a la prueba del caldo— vienen los vinos apipados.

Abrió el inglés la cartera de cuero negro, sacó de ella unos papeles, arrastró la silla hacia la ventana, y le dijo a Felipe:

—Te voy a leer noticias sueltas, tomadas de este libro y del otro, algunas oídas al caballero de Galloden y otras en mis viajes, y todas de la vida y obras de tu antiguo amo, don Merlín, mago de Bretaña. Las más de ellas las recogí mientras andaba media Europa a la busca y captura de los herederos del caballero de Galloden, porque para despertar la herencia de este, que está dormida en el lecho de justicia de Su Graciosa Majestad en la ciudad de Cardiff, hace falta que yo, el cumplidor, tenga la nómina de los herederos completa y domiciliada, y sólo me faltan ahora los que pudieran haber florecido en el arbolillo de don Merlín, y los que hayan quedado de una nieta del salmista mayor de la Iglesia Presbiteriana, que hace años se marchó de Escocia con un tomavistas italiano, y anduvo luego, viuda, por el reino de Aragón comerciando en trapos, cambiando orinales y vajilla de Talayera por ropa vieja.

Sacó del bolsillo del chaleco mister Graven una lupa con montura de plata, y tras aclarar la voz con dos medias toses, leyó, nasal y declamante, lo que sigue:

## LUGAR DE NACIMIENTO DE MERLÍN

**P**ARECE que el lugar del nacimiento de don Merlín fue un claro que hay en el antiguo bosque de Dartmoor, en la Grande Bretaña, más allá de las herrerías reales, y cerca de la encrucijada de los Tres Asientos, de los que se saben los usaban las hadas de otrora para descansar hilando, porque se tienen encontrado en ellos hebras de fina lana. La primera cuna de Merlín fue la festuca de la pradera, que en el claro nunca hubo casa ni cabaña, y venía la que iba a ser madre huída, que siendo soltera, había concebido de un botonero que la enamoró estando ella asomada a una ventana, en la ciudad de Irlanda, donde su padre tenía el oficio de cuarto herrero del rey. El relato de estos amores viene en las historias artúricas, por incidente, y donde se habla de los forjadores de espadas y sus genealogías, y algunos aún lo ponen aparte con el título de

## AUTO DE LA MUJER BARBUDA

**E**STA mujer barbuda era la única hija del cuarto herrero del rey Donteach de Irlanda, y se llamaba Scianabhan, que se traduce por ‘la joya de las mujeres’. Y no bien fue bautizada, barbeó espeso y seguido, de la parte izquierda del rostro sedoso pelo verde, y de la parte de la derecha, crespo pelo rojo. Y era muy admirada, y la casa del herrero visitada por los reyes cuando iban a Tara a juntas, y por multitud de gentes de toda condición, que no se cansaban de alabar a la barbuda, la cual crecía muy gentil y donairosa, y era cortés y sonreía a todos, y aprendió a tocar el arpa y era maestra en el arte del bordado. Pero la barba le vedaba el amor. No había en toda Irlanda príncipe, guerrero, mendigo, labriego ni remador que osase enamorarla ni pedirla en matrimonio aun reconociendo sus altas prendas, la gentileza de su cuerpo, la dulzura de su mirar y de su voz, y la hermosura de sus manos, y las riquezas que llevaría de dote, y todo por la barba. Y ya se ponía Scianabhan en los veintinueve años cumplidos para San David, y comenzaba a entristecer. Y de librarse de la barba ni había que hablar, que cuanto más la afeitaba más fácilmente le medraba, y en unas horas le poblaba otra vez el rostro que acababa de rasurar con piedra pómez. Ya no cantaba Scianabhan acompañándose con el arpa, que lloraban ella y el arpa a la vez.

Pero llegó amor. Aconteció que pasó por delante de la casa del cuarto herrero un mozo que se llamaba Achy —es decir, Nuca Roja—, y vio a la barbuda en la ventana, bordando un chaleco de lana para un ruiseñor amigo que tenía, y que ya iba viejo, el vespertino cantor del bosque, y lo enfermaban los inviernos. Contestó la barbuda muy dulce al alegre saludo del mozo, quien, sin pensarlo más, entró en la fragua, y preguntó a un criado que allí estaba tirando del fuelle, si aquella era la famosa hija del cuarto herrero, y si seguía soltera. De sí dijo Achy que tenía una yegua paridera en un prado vecino a Dublín que llaman Bregia, y dos calendas en un molino en el Connaught, y que su oficio era botonero, y allí mismo, delante del cuarto herrero y de su hija, hizo de un cuerno de buey una botonadura completa de gabán, imitando los botones tréboles de cuatro hojas. El cuarto herrero y su hija encontraron al mozo muy de su gusto, y lo aposentaron en la herrería, que dijo que quería imponerse del carácter de aquella prenda antes de pasar a matrimonio.

Toda Irlanda comentó los amores que le salían a la barbuda, y el botonero cada día estaba más contento de haber encontrado aquella joya, y ya hablaba de casarse para San Martín en Cork. Pasó camino de Tara, adonde iba a oír un concierto de arpa, el rey Chluas Haistig, o sea, Oreja Chata, que era uno de los más notorios entre los doscientos cuarenta y siete reyes que había por entonces en Irlanda, y quiso saludar a los novios, y saliendo al campo tras el almuerzo, a solas con el mozo botonero, le preguntó cómo se había enamorado de la barbuda y si aquellos coloreados pelos no eran impedimento de amor. Y el mozo botonero contestó:

—Me enamoré, señor rey, al verla en la ventana bordando, y me pareció que tenía el hermoso rostro, apoyando la mejilla izquierda en él, descansando en un trozo de

verde prado que volase en la mañana por el aire, y al volverse hacia mí, para responder a mi saludo, vi que del lado derecho se había ruborizado.

—Entonces —insistió el rey—, ¿no viste que aquello era barba de dos colores?

—No me dio tiempo amor para ver tanto, cuantimás que todo se me era mirar cómo venía su dulce voz a buscarme por el aire.

El rey Chluas Haistig, que era hijo de una bruja del mismo nombre, fue aquella misma noche a ver a su madre, y le contó su conversación con el botonero enamorado, y le preguntó si no habría remedio para la gran barba de la hija del cuarto herrero. Lo había, y era plantar un guisante de olor envuelto en una onza de tierra de bosque en la espesura de la barba, y conforme fuese creciendo el guisante iría alimentándose de pelo, tal que en llegando a florecer, la barba estaría borrada del rostro de la lozana barbuda. Oreja Chata le mandó la noticia con un guisante de olor al botonero, deseándole eterno amor, felices bodas y abundante prole.

Pero aconteció que la medicina sólo surtía efecto si estaba la moza que la usaba en su virginidad, que de andar alzándose en el sexto, sería remedio tan contrario que todo el cuerpo se le cubriría de vello. No bien comenzó a arraigar el guisante, comenzó a vestirse de pelo todo el cuerpo de la moza, y era pelo tocudo, semejante al que embraga en el vacuno del monte, y sudoroso. Y el botonero se asustó de tanta fealdad, y huyó a Francia, buscando emplearse en Aquisgrán, en el guardarropa de los Doce Pares. Scianabhan quedaba preñada de cinco meses y días, y por no delatarse ante toda Irlanda, que estaba pendiente de sus amores, pasó de oculto a Gran Bretaña con una nodriza, y en la selva de Dartmoor parió un niño, al que le fue puesto de nombre Merlín cuando recibió bautismo. Reinaba en ambas Bretañas Galaín el Perezoso, abuelo del rey perpetuo Arturo.

## LA ESCUELA DE LONGWOOD

**A** los tres años de su edad pasó Merlin a la escuela de Longwood, que era de letras y de armas, donde leyó latín por el Donato y griego por sùmulas alejandrinas, simples por Dioscórides, farmacia galénica, medicina hipocrática, pirotecnia por el Biringucho, humores y vapores por Paracelso, alquimia por don Gabir Arábigo, y a los cinco años ya resolvió el problema de la chimenea autoventilante, que es la cuadratura del círculo en caminología. Y pasmaba a todos ver a aquel arrapiezo, espigadillo, el pelo a lo mendicante, los ojos vivaces, discutir con los maestros, y en vez de ir a soltar la cometa o jugar a la rana, pasaba las horas libres en imponerse en hebreo, trasmutación, arte de la guerra y Homero. Y queriendo, cumplidos los ocho años, seguir a Montpellier a estudiar medicina, escribió la nodriza a Irlanda, a las señoras de Gwirmoan, que eran hadas benéficas — perecieron cuando la helada del año 1627, la llamada gregoriana, por haber caído el día San Gregorio, que las encontró el hielo pasando por flores en la huerta de una condesa viuda, por curarla de melancólicas soledades—, y las tres hermanas enviaron el agua del cuarto creciente en una jarra sellada, y con sólo dos buches se puso Merlin como de obra de veinte años, el bozo dorado, alto y muy airoso. Pero antes de marchar a Montpellier acudió a la fragua real de Gales, y ayudó en la espada «Plantata» del rey Arturo, que tal la bañó Merlin en agua secreta, que nunca se podrá oxidar. También es de su mano el foso de Persse Castle, que está formado por un canal de agua en el que flota una capa de tierra de un dedo de gorda, que basta para alimentar copia de varia flora, y nadie sospecha que esté debajo el agua, y vienen los caballeros enemigos osados cabalgando, y se hunden en lo que creyeron césped y jardín del perpetuo verano. Cuando estaba Merlín en estas obras solía andar vestido con el doble ropón colorado de los maestros reales, por un nada sacaba de la funda los cristales de aumento, muy dictaminante, y no daba paso sin sentencia griega o latina, por pavonearse de textos y saberes. En el castillo de Persse estaban de damiselas con la condesa vieja las infantas bretonas, y los jueves subía Merlín a la cámara de estudios a enseñarles las genealogías irlandesas y la heráldica Carolina, y también arte de altanería, piedras preciosas y hierbas medicinales. Entre las infantillas florecía aquella que años después sería la discreta reina doña Ginebra.

*—Salto —dijo el inglés posando los papeles y limpiando la lupa con el pañuelo— la estancia y estudios del joven mago en Montpellier, y el viaje a Irlanda, ya titulado en medicina, y en todo él no se apeó del bonete y la esclavina amarilla, y en Cork salió el público a la calle por verle, y aun hubo confusión por tan mitrado como iba, que por los caminos de Irlanda los mendigos y los niños le pedían limosna arrodillados en el lodo de la vía y sobremanera en los puentes, confundiéndolo con el emperador bizantino romano, que tenía anunciado con testimonio de la sabia Viviana ir peregrino al pozo de San Patricio. Reclamada la herencia del cuarto herrero —la*



*madre barbuda había muerto en un convento de Cantorbery, a cuyo coro retirara de arpista, de una fluxión cordial con alternativas, la cual exigió un novenario de sangrías que por habérselas dado bajo Piscis, dieron fin a la doliente—, por consejo de un monseñor de Borgoña que lo quería poner en su séquito de sumiller mayor y oidor secreto, pasó a Salamanca a que le leyeran dos semestres de Escrituras, y a Toledo a oír ciencia caldea, cábala y astrolabio. Y de sus sucesos toledanos, voy a leerte uno que es grande novedad política.*

## MERLIN EN TOLEDO

**D**ETERMINÓ el joven Merlín pasar de Madrid a Toledo, e iba muy seguro yendo a ciudad tan atareada de demonios, judíos, brujería y ciencias ocultas, porque en una posada, en Medina del Campo, había comprado a Isaac Zifar el nombre secreto de Toledo, que aún hace poco tiempo se hizo público, y es el tal nombre latino, «Fax», que quiere decir la tea. Y dicen que el tal Zifar se hizo rico vendiendo esta noticia a muchos, que por creerse los únicos dueños de ella, no propalaban el hallazgo. En Madrid tomara trato Merlín con un caballero napolitano, llamado don Pánfilo Atrisco dei Bottei, que venía a España a intrigar contra el señor virrey de Nápoles cerca del valido del rey Católico, que lo era a la sazón el señor duque de Lerma. Se hicieron amigos en casa de una francesa que tenía negocio de tiñecañas y de unas que pasaban por sobrinas de un marido que tuviera, y eran alegres pupilas, y el napolitano se pasmaba a cada hora del saber de Merlín y sobre todo del arte que tenía de cifrar mensajes secretos. Don Pánfilo temió por su vida, que parece que la seguían agentes a sueldo del elenco contrario, y le pidió a don Merlín si quería llevarle de su mano las cartas que traía del «reame» al duque de Lerma, que estaba otoñando en Toledo, y que le prestaría un equipo completo que tenía de buhonero, con comercio de jabones de olor, polvos rosados y horquillas. Dijo que sí Merlín, que veía ocasión de acercarse al valido y a la política de España, y le gustó aquello de entrar secreto en la secreta Toledo.

A la vista de Illescas salióle al camino a don Merlín una mujer morena y de buen ver, descalza de pie y pierna, a comprarle unos pendientes de atalaque y una pastilla de jabón de Alhama. Y pagó la mujer moza la compra con una moneda de plata, y así que Merlín la metió en la bolsa se sintió inclinado a seguir a la morena adonde lo llevase, olvidado de la urgente y política mensajería que llevaba, de su condición y altos estudios, y hasta del puesto de oidor en Borgoña. La mujer lo llevó a una choza, hacia donde dicen el Viso de San Juan, y por el camino le iba diciendo a Merlín que no tenía más remedio que seguirla, pues llevaba en la bolsa una moneda del Diablo. Y le llamaba don Pánfilo y le parrafeaba algo en italiano. Lo confundían, pues, con el señor de Atrisco, y el encanto aquel debía de ser de poca monta. Estaba dentro de la choza el Diablo, sentado junto a la puerta, escribiendo en un pliego mayor, de barba barcelona. Tenía un gran cuerno delantero, y con el rabo se espantaba las moscas, que estaban como suelen de pesadas en el otoño de las Castillas.

El Diablo, que no dijo su nombre, saludó muy cortés a Merlín llamándole don Pánfilo de Atrisco, cuyas altas prendas no ignoraba, y le dijo que no más lo entretenía por saber cómo se llaman en Nápoles los emparedados de queso blanco, que se fríen en sartén tras rebozarlos en huevo.

—Se llaman —respondió Merlín, a quien debió de venirle en aquel minuto la memoria de don Pánfilo en ayuda— *mozzarella in carrozza*, que *mozzarella* es el

queso, blando y delicado, casi natilla.

Apuntó el nombre el Diablo en una esquina del folio y recuperando de la bolsa de Merlín su moneda de plata, mandó a la moza que le señalase al buhonero fingido el camino de Toledo.

Llegó a Toledo Merlín, y asegurado por el duque de Lerma, se vistió de gala y fue a llevarle al valido las cartas reservadas que traía, y preguntándole el duque por el viaje, no dejó don Merlín de contarle lo sucedido en Illescas. Dijo el duque de Lerma que sería burla de vagabundos picaros, se rió, y le dijo que a la tarde siguiente podía venir a refrescar a un cigarral, en el que un su sobrino hacía fiesta. Y no bien llegó Merlín a la merienda, lo llamó a un aparte el valido, y le dijo que convenía rezar un padrenuestro por el alma de don Giulio, conde de Güini, un florentino al servicio suyo secreto, que había muerto en el mesón del Francés de Madrid envenenado, y que el veneno se lo habían dado en *mozzarella in carrozza*, de la que era muy goloso.

—*Tuvo ocasión don Merlín de pasar a Italia, viajando de Valencia a Ostia muy descansado, por la serenidad de un junio. Y no bien llegó hizo una compra de la que pongo noticia, con otras nuevas, en donde titulo*

## EL VIAJE A ROMA

**E**SPERANDO en la posada de los Galeros a que le trajesen herrada la mula piamontesa, que había alquilado para el viaje a Roma, se sentó don Merlín bajo la parra a contemplar la mañana de Italia y el azul marino, y estaba ensoñando, los ojos entornados por la grande claridad del día, cuando se le acercó un mendigo a pedirle limosna, y dándosela muy generosa el mago, el pobre, que era un cojo gordo y muy barbado, de la cintura para arriba desnudo, y los calzones que traía, ahora viejos, fueran de suizo del papa, de una oreja, metiendo el dedo índice y haciéndolo girar, sacó una hermosa sortija de oro, en la que montaba un lucido rubí, y se la ofreció en venta al mago de Bretaña por dos ángeles de plata de las ciudades marinas que había visto en la bolsa de Merlín, al abrirla este para darle limosna. Halló la oferta muy decente el mago, y cerró el trato. Fuese el mendigo haciendo reverencias y saludando con una birreta española deshilada y moldada con la que cubría su intonsa cabellera, y don Merlín se quedó contemplando la piedra, que la luz matinal y latina espejeaba por todas sus caras. Como oyera las herraduras de su mula en el patio, envolvió el mago la sortija en un pañuelo de seda verde, y escondió la joya en un bolsillo reservado que tenía en el cuello de la capilla corta, que por ser verano, usaba, y en el bolsillo llevaba la clave para corresponder con el secretario de cartas celtas del rey Arturo, y un alfiler envenenado con agua caribe, que comprara en Toledo a uno que venía de Indias. La clave de la cancillería artúrica fue la misma que en la antigua Grecia usaban los lacónicos, y se llama en su lengua «skitale», y en ella correspondían los éforos con los embajadores y los estrategos, y consistía en que en una varita de olivo, de cuarta y media de largo, se envolvía oblicuamente un trozo de piel, y se escribía sobre ella, así envuelta, de arriba abajo, de modo que desenrollando la piel aparecían los caracteres sueltos, y para leer el mensaje era preciso que el destinatario enrollase de nuevo la piel a una varita de las mismas dimensiones.

Llegó a Roma don Merlín sin mayores novedades, y contento del paso reposado y mecedor de la mula, que tenía por nombre Tirana, y entró en la urbe por Porta San Paolo, parándose un poco antes de pasar ésta a mirar la pirámide de Caio Cestio. Por vía della Marmorata fue a cruzar el Tíber por Ponte Sublicio, buscando el hospicio de San Michele, donde iba a hospedarse con uno que fuera su compañero en Montpellier, y que ejercía ahora la medicina en aquella casa, en la que tenía buen aposento. Y este médico romano se llamó micer Orlandini, y cuando vivía en Montpellier por veces se ponía melancólico, acodado en la ventana de su posada, y si se le preguntaba qué le entristecía, solía responder:

—Estaba soñando con *carciofi alia giudia* y con *spaghetti alia carretiera*, y que remojaba la comida con una botella de Marino, que de los vinos dei Castelli Romani, es el de mi gusto.

La primera noche que pasó en Roma el señor Merlín cenó *emole*, *coipiselli*, bebió Marino, y después de mirar un rato la luna llena sobre las colinas fatales, se metió en

cama, y habiendo apagado la vela, y cuando comenzaban a cerrársele los ojos, vio que del cuello de la capilla corta, donde tenía el bolsillo reservado, surgía una figura femenina, vestida de vagos paños verdes, y el tal fantasma, que lo era, se asomaba a la ventana por una media hora, volviendo paso pasito a su escondite. Tres noches más se repitió el extraño suceso, y como Merlín cambiaba cada noche de lugar la sortija envuelta en el pañuelo verde, y de donde esta estaba era de donde brotaba el femenino fantasma, llegó el mago a la conclusión de que poseía una sortija encantada. Debajo de la almohada la escondió, y de junto a la cabeza de Merlín brotó la hermosa y gentil forma, y perfumada, tanto que nuestro hombre se turbó y aun se encandiló algo. Pero a la quinta noche, y por quitarse de deshonestidades, puso la sortija en el bolsillo secreto, cabe el alfiler envenenado, y sucedió que no apareció fantasma alguno. A la mañana siguiente fue Merlín al bolsillo para tomar la varita de la clave y escribir a don Arturo, y se encontró con el bolsillo lleno de ceniza, y el oro de la sortija vuelto cobre, y el rubí muerto, trocado en vidrio ciego, que poniéndolo al sol que nacía dorando el monte Palatino en la otra orilla, ni una chispa espejeaba. Entre micer Orlandini y don Merlín estudiaron el caso por Cornelio Agripa, Aristóteles y Dioscórides, y hallaron la causa: al tomar cuerpo en el bolsillo secreto el fantasma, se pinchó en el alfiler envenenado con agua caribe, siendo ésta veneno tan resolutivo, que el fantasma halló allí mismo muerte.

—Mujer era, y muy hermosa —dijo don Merlín—. Cenizas enamoradas son estas, quizás.

Y discurrió bajar al río, y desde la ponte Sublicio las vertió, las cenizas, en las aguas tiberinas, que las llevasen al mar, y se quedó tan melancólico en el petril del puente don Merlín, como en Montpellier en su ventana se quedaba micer Orlandini añorando las alcachofas a la judía, y de sus labios salieron versos latinos, de los que el único que recuerdo es aquel que dice:

*Sic te diva potens Cypri...*

que es horaciano; en italiano se lo repitió a micer Orlandini: «Que la diosa dueña de Chipre, y que los hermanos de Helena, dos luceros brillantes, y el padre de los dioses te guíen»...

—No leo el regreso de don Merlín a Bretaña y los días que pasó en la corte de Arturo, rey perpetuo y futuro, que esos están en los libros de historia que se leen en las escuelas. Básteme decir que no tuvo toda la Tabla Redonda mejor amigo y más atento consejero, médico y político, y uno de los más compinches suyos fue aquel caballero don Lanzarote del Lago, quien tan recomendada le dejó a doña Ginebra cuando se finó, que el tal Lanzarote traía amores con doña Ginebra a excuso de su marido el rey, pero eran de aquellos amores antiguos y corteses que no ponen deshonor, según dicen. Y ya te he leído algunas noticias que ignorabas, y la garganta

*se me fatiga. Te diré solamente, para terminar, que fue estando en París don Merlín estudiando el pararrayos con don Franklin cuando le llegaron nuevas de que heredaba a una tía suya, por parte de madre según los más, en el reino de Galicia, donde estamos. Y porque iba el que pasó a ser amo tuyo algo fatigado del mundanal ruido, y porque con la Revolución de Francia se quedara doña Ginebra sin las rentas que tenía sobre el aceite de ballena de la mitra primada de Rennes de Bretaña y le pedía socorro, acordaron ambos retirarse a esperar mejores tiempos a Miranda. Y en Miranda vivieron días que suman unos sesenta años, hasta que doña Ginebra, viendo llegada su hora, quiso ir a morir a su país natal de Gales, en un pequeño huerto vecino a las ruinas de Persse Castle, oyendo las alondras y acariciando la cabeza de un viejo can, negro pero que ya pardeaba de viejo, y cegato...*

*—¡Ese era mi Norés! —exclamó Felipe de Amancia—. ¿Y tenía las bragas blancas?*

*—Aquí lo dice: «zaíno limpio y bragado en blanco» —leyó el inglés en un apunte.*

*—¡Mi Norés era! ¡Ay, amigo!*

*Y los ojos se le llenaron de lágrimas al viejo barquero. Anochecía. Las palomas torcaces volaban buscando cama en los alisos y en los sauces de la añila. La luna salía tempranera sobre el Ameiro. El mesonero encendió un candil de gas y gritó por la hija, que bajase a poner la mesa, que el inglés traía hambre atrasada.*

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

ALMEIDA, EL SEÑOR: Portugués que acompañaba a Lucerna a la sirena griega conocida por doña Teodora. Era relojero en Chaves.

ALSIR, SIDI MOHAMED IBN: Moro tunecino que viajaba con salvoconducto de la Sublime Puerta, vendiendo caramitas, esencias y libros de historia. Adquirió en la feria de Tilsit el espejo político de la República de Venecia, y se lo vendió en Elsinor a doña Ofelia. Regaló a Felipe de Amancia con la *Novela del Pedo del Diablo*, que escribió monsieur Gui Tabarie, según advierte el poeta François Villon en su «Grand Testament».

ANGLOR: Princesa del Ródano, que pasó un año escondida en la sombrilla de un canónigo de Aviñón, vestida no más que de su rubor, el cabello que por la espalda le caía y una cinta verde en el tobillo izquierdo. De ella se enamoró el paje François, por mal nombre Pichegru.

AQUITANIA: Provincia de Francia que cae a la mano derecha del camino francés, según se va desde Lugo. Tierra muy afamada en vinos y fácil en mujeres, según el refrán: *Tierra arenisca, tendencia a putas*.

AUGUSTO: César romano que casó con doña Livia, estando esta de cinco meses preñada de otro.

AVIÑÓN: Ciudad de los papas en Francia. Es famosa por su puente. Allí se bebe el vino que llaman Châteauneuf du Pape; beberlo en otoño es como ponerse un gabancillo forrado de plumón de tórtola.

AVIÑÓN, EL SEÑOR CANÓNIGO DE: Amo del paje Pichegru, en cuya sombrilla italiana de seda verde se escondió Anglor una noche de San Juan. Era muy aficionado a la música del tambor.

BEJARANO, DON JOVITO: Un tal salmantino, que fuera guerrillero con el charro don Julián. Era hombre fácil a la ira. Con su montar campero reventaba las yeguas de la abadía de la Meira, con gran enojo del lego de cuadras.

BELIANÍS, DON: Cazador muy afamado en las tierras de León, primo del arcipreste viejo de los Vados. Anduvo en la partida del cura Merino, escuadrón del Brigante, folio de batidores. Le compraba al algaribo Elimas libros que trataran de pólvora.

BELVÍS: Palacio a dos leguas de Miranda, del que era administrador el enano de las pamelas. Vivían en él las condesitas de Folgar, criadas a requesón y muy amigas



de cintas de París. Tenían un perrillo pequinés a quien don Merlín enseñara a silbar una alborada.

**BELVÍS, EL SEÑOR CONDE DE:** El conde mozo de Belvís, que fue con una gorra de plumas y su enano de portacola al entierro de la tía segunda, por parte de padre, del señor Merlín. Era dado al naípe y a la guitarra, y murió de una luna que lo tomó en Granada dando una serenata a la viuda de un boticario, a la que andaba levantando las faldas.

**BRAGA:** Ciudad en la que vive el Primado de Portugal, y en la que doña Teodora, sirena griega, enterró al caballero portugués que tenía por su enamorado. En ella pasó el suceso de don Esmeraldino. En tiempos se hacía en Braga un electuario de naranja de mucha fama, *agua miel de Braga*, propio para enfriar el hígado de los saturninos.

**BRETAÑA:** Nación de doña Ginebra, mi ama y señora, quien allá tenía un palacio, dos rosales y un ruiseñor. Es un gran reino entre mar y mar, y ahora está en partición, que el último rey suyo, don Artús, se convirtió en cuervo, derrotado en batalla.

**CALDEOS:** Pueblo subterráneo que buscando la sierpe Smarís, encontró la viga de oro sobre la que descansa el llano del mundo.

**CALIELA, DAMA:** Princesa de Gazna, cuyo nombre se declara por *la miel que se derrama*. Le deshace la cama al imperante don Michaelos Comneno de Constantinopla, con la intención de embeberlo y perderlo, con su ejército, en las arenas del desierto. Se viste solamente de un cascabel de oro en el tobillo.

**CALIODORA, EMPERATRIZ DOÑA:** Muy notoria en la historia de las modas bizantinas, porque impuso la pintura de las uñas de los dedos meñiques de las manos, y en las suyas, mirando con cristal de aumento, se veía en la una al emperador y su séquito yendo de palacio al hipódromo, y los azules y los verdes aclamando, y en la otra una cacería de faisanes en la Cólquida, con los halcones imperiales volando sobre el coloreado bosque del otoño.

**CASILDA:** Criada de la casa de don Merlín, que fuera moza del ciego de Outes. Tuvo un hijo del paragüero de Sebes.

**CASTEL, MONSIEUR:** Criado del señor obispo de París, que trajo a Miranda los quitasoles y el quitatinieblas. Era gordo y colorado, y tenía una perrera de flequillo, que se la rizaba una su amiga, mandadera de las Capuchinas de la rue des Lapins. Tenía prometida una misericordia con ración el coro de Sens, pero murió antes de recibir las órdenes menores de una indigestión de mirlos encebollados.

**CERÍS:** Gato albino y ciego, que trajo a Miranda doña Ginebra, de la familia de los gatos reales de Bretaña. Los pelos del bigote de estos gatos son muy apreciados para sacar de los ojos de las gentes arenas que en ellos se meten.

**COBILLÓN:** Demonio perfumista y perfumado, gran burlador, que engañó a una

viuda en Soria con palabra de matrimonio y un meteorito que olía a nardo de Valencia.

**CORANTINES:** Pueblo secreto y enano, que vive soterrado, y tiene por oficio, según don Cornelius Agripa, guardar tesoros. Se disfrazan los corantines de perros de pintura de Flandes para celebrar sus fiestas. Se dice que inventaron el alambique, y hacen el aguardiente de trufas, famoso desde Paracelso.

**CRISTÓFOROS:** Polemarcos de los bizantinos; mandó al correo Leonís a Miranda a pedir a Merlín el camino que llaman de «Quita-Y-Pon».

**CROIZÁS:** Demonio natural de Pamplona, a quien don Merlín convirtió en haz de paja ardiendo. Era de la tenencia de los fornicadores. Se hizo pasar en Miranda por don Silvestre, alcalde constitucional de Burdeos en Girona.

**DEÁN DE SANTIAGO DE COMPOSTELA, EL SEÑOR:** Vino a Miranda a comprar un quiebranueces de plata para el cabildo del santo Apóstol.

**EDIMBURGO, SAN ANDRÉS DE:** Escuela de medicina que usaba las sanguijuelas *ad majares*. Una de las más famosas de la cristiandad.

**ELEONORA, DOÑA:** Sobrina del Gran Inquisidor de Nápoles, de los señores duques de Presenzano y de Francavilla. Compró el demonio-bañera en Fossano.

**ELIMAS:** Mago algaribo que ganaba su pan vendiendo libros secretos y del arte, y contando historias por las posadas. Era de casta caldea.

**ELSINOR:** Castillo de Dinamarca donde el moro Alsir tuvo audiencia con el incierto señor don Hamlet, y donde vivía doña Ofelia. Está a caballo del mar, y el jardín lo tiene dentro, a causa de los vientos marinos.

**ENANO:** El enano de Belvís o de las pamelas. Nadie supo su nombre. Se tenía por hidalgo y gastaba espada, haciéndose llamar Señor maestro. Andaba siempre con cuentos, correveidile de los palacios. Era muy enamorado, pero murió soltero. Toda su manía era traer el telégrafo de Lugo a Belvís.

**ESMERALDINO, DON:** El gallo de Portugal.

**EXCLAUSTRADO DE GOÁS, EL:** Se llamaba don Emestino, y fuera bernardo en Meira. Tenía en la teja un bolsillo secreto, en el que llevaba una pistola de guarda. De nación riojana, sembró de guindillas que llaman «fuego al culo», todo el iglesario de Goás.

**FELICES, DON:** Cantor que fue de la iglesia de Santiago. Echaba las cartas y adivinaba por el reloj de arena y por alfitomancia.

**FELPETO, EL SEÑOR:** Carpintero que hizo el triciclo de madera de roble al obispo López Borricón, de Mondoñedo.

**FLORINDA, DOÑA:** Viuda soriana muy acaudalada, que se enamoró del demonio Cobillón, perfumista de París.

**FLUTE, MESTRE JOHN:** Flautista de cámara de lord Sweet. Acompañó a Miranda los pedacitos de lady Tear, que santa gloria haya. Autor de la *Swans pavane*, con

letra de la viuda del obispo reformado de Liverpool. Era muy goloso de farinatos.

FOG, LADY: Tía segunda de los reyes de Tulé, amancebada con un francés planchador de almidón en Versalles, por quien vinieron a Tulé las lises de Francia.

FROILÁN, EL SAN: Feria de Lugo famosa, en la que Felipe de Amancia vio en el *Teatro Ideal* del Valenciano la tragedia de don Cruces, envenenado por una sobrina carnal a quien pretendía un carabinero.

GABIR ARÁBIGO, DON: Maestro de ciencia alquímica, con quien estudió en Damasco elixires y transmutación metálica mi amo don Merlín.

GALLOWS, MISTER: Médico inglés del jedive de Egipto. Introdujo el nenúfar en la farmacopea británica.

GAULA: Reino e ínsula en el mar abierto, de donde fue la corona de don Amadís, y es ahora parte oculta del partido Imperio de Bretaña.

GAZNA: Reino y ciudad en la parte de Levante del Imperio bizantino. Reinan allí siete príncipes gigantes, hijos de un jorobado y todos de un vientre, y los siete no tienen otra mujer que dama Calielia, con la que se acuestan por lunas, dándole cada siete una de descanso en una piscina.

GINEBRA, MUY ALTA, NOBLE Y PODEROSA SEÑORA DOÑA: Mi ama, reina que fue de Bretaña.

GIOVANNI DE TREVISO, DON: De los duques de Aragón, gonfaloniero de la Santa Iglesia Romana. Fue casado con lady Tear y murió leproso en Florencia.

HAIRY, MAESE: Médico de San Andrés de Edimburgo. Volvió a la vida a lady Tear.

HAMLET, DON: Señor rey de Dinamarca, príncipe triste y dubitante, cuyas sospechas y muerte cruel andan por los teatros.

HIJA DE DOÑA CAROLINA, LA: Se discute acerca de su verdadero nombre, sospechándose que fue bautizada con el de las santas del día de su nacimiento, y así se llamaría Verísima Pomposa Capitolina Romana Rolindes. Fue a aprender a Tulé el entredós y el dulce de almendra. Era princesa de los caldeos, prometida esposa de don París. Está cautiva de miss Spindle, quien la disfrazaba de paloma colipava.

HUGONOTE DE RIOL, EL: Fantasma francés de la casona de Riol, en las Asturias de Oviedo, a quien el abate Laffite quiso llevar peregrino a Santiago de Compostela en una ampolla de vidrio de Murano. Conservaba toda la bilis protestante, según se vio en su respuesta a don Jovito Bejarano.

LAFFITE, EL ABATE: Clérigo francés que peregrinó a Compostela. No se parecía en nada a los abates franceses de las novelas. Sobresalía en cebar pavipollos para Pascuas, y era muy solicitado en la Guyena y el Médoc para predicar el sermón del Desenclavo. Viniendo de Vic-Fesenzac de ver los toros embolados,

siendo un niño risueño, tuvo la visión de san Miguel Arcángel.

LEONÍS: Paje del imperante Michaelos Comneno. Vino desde el desierto a Miranda a buscar el camino que llaman de «Quita-Y-Pon». Era de los enamorados de dama Calielia de Gazna.

LIAÑO, EL: Tabernero de Pacios. Tenía el mesón cabe el padrón de amarrar la barca.

LIAÑO, EL SOBRINO DEL: Fue a la botica de Meira a comprar la triaca prepósita y las píldoras de miel sedativa para mosiú Simplom. Truchero de fama, fue el primero en pescar con moscas en el país. Tuvo barca en Sernandes, para pasar el Miño. Murió de consumero en Lugo, casado con una portuguesa que fuera pupila de la Generosa.

LUCERO: El caballo de casa. Era cruzado de país y americano, y movía larga cola blanca.

LUCERO: El quitatinieblas del obispo de París, que abriéndole en la oscura noche, el que iba debajo veía como de día.

LYON: Ciudad y feria de Francia, famosa por las eras y la ratafia. Algunos la comparan con Medina del Campo.

MACAREA, DOÑA: Princesa bizantina, gentil dueña del ratón blanco muy gracioso, que la punta del rabo adornaba con tres manchas negras.

MANUELA DE CARLOS: Criada de la casa, a quien yo enseñé a escupir huesos de cerezas. Con ella casé cuando me puse de barquero.

MARCELINA, LA SEÑORA: Sobrina del escribano de la Azúmara y cocinera mayor en Miranda. Se enamoraba de los pasajeros, lo que no era poco trabajo. Cuando don Merlín se fue, puso fonda en Lugo.

MEIRA: Convento de bernardos que fue, Santa María la Real de Meira, junto a la fuente donde el Miño nace. Mulas de mucha fama, por la sobriedad y meceo del paso, y botica de fama, con escuela de simples por Dioscórides y de flemas por Teofrasto Paracelso. Ahora es una ruina.

MERLÍN: Mi señor amo y maestro, del que no digo que «santa gloria haya», porque no llegó noticia de que muriese.

MICHAELOS, EL IMPERANTE DON: Basileo de Constantinopla, Comneno Angelis Láscaos, Hipogeneta apelado, que nació yendo su madre cabalgando, y la ilustre señora ni se apeó para parirlo. Está perdido en las arenas del Desierto.

MIRABILIA: Uno de los quitasoles del obispo de París. Lo usa Su Ilustrísima el día de Pentecostés, y estando el prelado debajo, adquiere el don de lenguas.

MONDOÑEDO: Ciudad de Galicia, nombrada en el prólogo del *Quijote* por poner Cervantes cita de famosas cortesanas, que la vida de estas escribiera el obispo Guevara. Tiene ferias de fama el día de San Lucas, y lo son de caballar bravo, hierro, boj y miel. En ella nació el señor Cunqueiro, donde se oye cantar el agua de la Fuentevieja, que fue quien puso en romance estas historias. Es rica en pan, en aguas, en recoletos huertos con camelios, naranjos y mirlos, y en latín.

MUJER DEL HERRERO, LA: Hija del señorito mayor de Humoso. La madre vino muy moza a Pacios, casada con el solador de Noste, y el mayorazgo de Humoso, que se hacía allí los zuecos, desde que la vio se enamoró, y el marido por más que celaba no pudo ahuyentar el gavilán de la paloma, y siendo hombre pacífico y ganador de su pan, cuando nació la Argimira, que así se bautizó a la recién, contestaba a las burlas de los que le atestiguaban la grande cornamenta que le pusiera el hidalgo de Humoso, diciendo: «¡Cómo había que matarlo o dejarlo!».

NÁPOLES: Escopeta de dos cañones del señor Merlín, regalo del joven sotainfante de Palermo a mi amo, cuando este le compuso los vientos al perro Perrís, braco tiznado que tenía bula del papa para parar las perdices en Castelgandolfo.

NEY: Perro de la casa.

NISTAL, ROMUALDO: Maragato que tenía tienda en manzanal. Se supo que era hombre lobo cuando se ahorcó en la robleda de Dueñas.

ÑORES: Otro perro de la casa. Estaba educado para la nutria, y era negro como la noche. Se acostumbró a dormir en mi camareta.

NOSSOLINI, DON PIERO: Monseñor grande inquisidor de Nápoles y las Dos Sicilias y la isla de Capri. Exorcizó el demonio que se hizo bañera en Fossano para mejor ver a las monjas desnudas.

NOVÁS, SU EXCELENCIA: Acompañante portugués de la sirena griega doña Teodora. Trajeron las gacetas que cuando llegó a Lucerna con la anabolena, ésta la mimara tanto por el camino, que allá se fue Novás con la sirena a lo profundo de la laguna. Tenía mercería en Mirandela, y la heredó una sobrina que estaba casada con un tejedor que hacía, con título de cámara, las medias blancas para los infantes de la Casa de Braganza, que son muy chatos de pantorrilla, como se ve por las pinturas.

OBISPO DE LAMEGO, EL SEÑOR: El mitrado cojo de Lamego de Portugal; tenía un aristón de Bruselas y crió un cuervo que hablaba en latín. Le compraba a mosiú Simplom bolas de nieve y cajas de música. Puso las sinodales en verso portugués, tomando *Os Lusíadas* por modelo de octavas, y enseñaba a sus clérigos a hacer por propia mano la mayonesa cuando iba de visita pastoral.

OMEGA, DON: Relojero mayor de Suiza, vecino que fue de la ciudad de Ginebra.

PAULO Y VIRGINIA: Novela de Bernardino de Saint-Pierre que leía llorando la condesita rubia de Belvís cuando estaba preñada del señorito de Belmonte.

PABLO y VIRGINIA: Dos sauces de la orilla del Miño, en el inventario de las propiedades de don Merlín en Miranda de Lugo.

PARÍS: París de Francia, ciudad del obispo de los quitasoles y del quitatinieblas, en las orillas del río Sena. Allí tiene tienda el demonio Cobillón de perfumes y jabón de olor. Sus mujeres tienen fama de ser de pluma. Allí castraron a maestro Abelardo por culpa de los amores que tuvo con la sobrina de un canónigo,

llamada Eloísa; del hijo, de entrambos, Astrolabio, vienen los Villiers de L'Isle-Adam, parientes de mi señor Merlín. Es una ciudad famosa por sus riquezas y por sus engaños.

PARÍS, DON: Príncipe del pueblo enano de los caldeos, buscadores de la sierpe Smarís. Quería amonedar la viga de oro.

PARSIFAL, DON: Caballero de Bretaña de quien contaba en verso la historia doña Ginebra, de cómo fuera a la demanda del Grial.

PETRUS MUNIUS, DOMINUS: Abad de Meira, en cuya capucha hizo noviciado el paje enano bizantino que venía en procura del ratón de doña Macarea.

PICHEGRU: Mote del paje François, enamorado de dama Anglor, la princesa del río, con sólo verla desnuda por un instante en el famoso puente de Aviñón, la noche de San Juan.

RUFAS, AL HACH ISMAEL IBN SINA: Jeque del Desierto, envenenado por haber olido un melocotón. Castrador de camellos, es dueño de la alfombra voladora.

SAL-EL-SOL: Paraguas del obispo de París, que abriéndolo en la mañana de la Asunción de Nuestra Señora, aunque llueva, solea súbito.

SCAREFLY, INFANTE DON: Músico francés, planchador de almidón en Versalles, punto fijo de lady Fog, reina de Tulé, y por quien los tulesinos traen por armas las ilustres lises de Francia.

SEGOVIA: Perro alano de Su Majestad don Carlos VII, que siguió el rastro del hombre lobo en los montes de León.

SILVESTRE, DON: Figura de respeto que tomó el demonio Croizás cuando vino a Miranda con doña Simona la encantada.

SIMONA: Princesa de Aquitania, encantada por el demonio Croizás, y que en Miranda recobró la natural y hermosísima figura, de la que nunca me olvido.

SIMPLOM, MOSIÚ: Relojero que fue de los señores duques de Saboya; se puso a la muerte en Pacios, viajando a Lamego, a llevarle al mitrado las bolas de nieve.

SMARÍS: Sierpe de casta céltica, bilingüe, cuyos huevos harán de los enanos caldeos un pueblo de gigantes. Se dice que Gargantúa fue destetado con una cucharada de la clara de uno de estos huevos.

SORIA: Ciudad de los linajes, pura cabeza de Extremadura. En ella vivía la viuda doña Florinda, a quien enamoró el demonio Cobillón.

SPINDLE, MISS: Regente de Tulé. Mujer veleidosa, que tiene cautiva a la diminuta hija de doña Carolina.

SWEET, LORD: Señor del castillo y país de Marduffe, en Gran Bretaña. Casó con lady Tear. Murió en un jardín de Roma.

TADEO: Trasnó bigotudo que vino a Miranda de espulique del demonio Croizás. Murió en las horcas del rey de Francia, en la villa de Pons, acusado de hablar con las gallinas y de hacer aguas mayores por las chimeneas. Fuera aprendiz de

sastre en Toledo. Siempre pagaba con duros sevillanos.

TARRAGONA: Ciudad de Cataluña, donde está el Primado de las Españas. Tiene vinos muy felices, y decía el demonio Cobillón que allí tenía un palacio.

TEAR, LADY: Hermosura de plata, que a la vida la volvió maese flairy, casó luego con lord Sweet, y se rompió en un jardín romano.

TEODORA: Sirena griega, que pasó a Miranda a teñir de luto doble la cola, por amor de un portugués que se le murió en los brazos. Iba a meterse monja en un convento sumergido en la laguna de Lucerna.

TERMAR: Posada del camino de Santiago en tierras de la Real Abadía de Meira. Ahora le llaman Feria del Catorce, y lo más de la villa es de maragatos y sanabreses.

TILSIT: Feria muy famosa en la Borussia, como dos de Lyon o cuatro de Monterroso en Galicia. Nueve naciones diferentes ponen en ella peso y truchimán.

TRURO: Ciudad de los infantes de Cornubia. A la sobrina del deán de Truro se le volvió una mano de plata. Don París, el príncipe de los caldeos, estudió en aquella escuela, y paraba en la fonda de la manga del sochantre mayor. Tiene dos bosques muy viciosos de ruiseñores, y es rica en fuentes.

TULÉ: Reino hiperbóreo, última tierra después de la Calzada de los Gigantes. Es fértil en médicos. Tiene, como Venecia, gobierno secreto, basado en la adivinación del porvenir.

TURPIN: Caballo de la casa, bayo solano, grande corredor.

VERMEIL, MONSIEUR: Procurador de Calais, apoderado de sirenas, a las que representaba en Ruán, en el Tribunal de la Puente Matilde. Era muy fantasioso en chalecos.

VIUDA DEL OBISPO DE LIVERPOOL, LA SEÑORA: Le puso letra a la *Pavana de los Cisnes* de mestre Flute, y cada año ponía en coplas el *Calendario para uso de ingleses reformados*. Casó de segundas con el barbero de Saint-James Court, que era italiano, de Fiésole y tenía el secreto del rizo *au coup de vent*, que lo había estudiado en Roma, peinando a monsieur de Chateaubriand en su embajada. El italiano, la misma noche de bodas, se separó de la viuda literata, porque tenía las nalgas postizas.

WINDSOR: Castillo de los reyes de Inglaterra, adonde querían llevar a casar a lady Tear, y a que la palpase el rey, que estaba ciego y quería convencerse por sí mismo de tanta hermosura como le pintaban. Es lugar muy venteado.

# **LAS CRÓNICAS DEL SOCHANTRE**



*A Francisco F. de Riego*

*Bretaña es una tierra muy peñascosa par el lado del mar, pero se abre en amplias planicies, valles estrechos y alegres oteros, por donde se une a Francia. Es tierra muy viciosa de caminos, pues que en ella, amén de la gente natural del sobremundo, andan fáciles y vigilantes pasajeros, gentes de las soterradas alamedas, difuntos vespertinos, fantasmas, huestes caballeras, ánimas redimiéndose de penas; las más de ellas, gentes fallecidas a las que alguna paulina niega descanso. Las hieren los vientos y las noches por los innúmeros caminos, hasta que sólo queda de ellas un aliento frío. La imagen última que de Bretaña uno conserva es la de una vieja encendiendo los candiles de hierro de un Calvario de piedra, en las afueras de una villa amurallada, al atardecer. Llovizna un poco. Pasa un viento sibilante que apaga las débiles lucecillas. La vieja se santigua y reza un padrenuestro por el alma del difunto señor vizconde de Klöemel, que acaba de cruzar a caballo. Los vivos en Bretaña conocen si los aires que corren son difuntos o no, y le sacan el sombrero a una brisa de mayo, porque adivinan que se trata de la hermosa Ana de Combourg que pasa sonriendo entre las verdes ramas de los abedules. Hay jóvenes que se enamoran de un aire. Dentro de las amuralladas villas, en los viejos pazos y castillos almenados, en Rennes o en Dinan, en Combourg o en Caradeuc, los sonoros celtas conversan en torno a la lumbre que se encendió hace dos mil años, sobre la guerra en el mar, las batallas de Hannover, los pleitos de familia, los enamorados de otrora. Y las llamas que queman el roble viril y testigo, nada pueden contra estas transeúntes memorias, de hilos que nadie sabe de qué ovillo proceden, ni quién teje con ellos. Por los caminos de Bretaña va la danza macabra empujando vientos, y la más diminuta flor que nace en abril, a la vera del camino, ignora si va a ser llevada al cabello de una niña o pisada por el pie de un esqueleto que salta al frente de la hueste, guiando el paso que denominan l'embrasse y es un momento de amor en la gallarda.*

# **PRIMERA PARTE**

## **LA HUESTE VIENE POR EL SOCHANTRE**

*Charles Anne Guenolé Mathieu de Grozon, más conocido como sochantre de Pontivy, nació el día de San Cosme, del año mil setecientos setenta y dos, en la villa de Josselin, en la dulce ribera del río Oust, en Bretaña de Francia. Su padre era de aquellos más naturales De Crozon del solar de Paimpont, que disfrutaban —por privilegio con patente— del derecho a correr con un pañuelo verde por las calles de Rennes gritando que venía El Rey, cuando el Cristianísimo escribía que iba, a visitar Bretaña, aunque después no lo hiciese. Tenía de vidrio el ojo izquierdo, y se lo había tallado en Chartres un alemán: era una lucida pieza azul con fibras de oro. Su madre procedía de Angers, de una familia de magistrados; era una mujercita muy bella, pequeñita, de poca salud; para curarla de un flato suspenso que le quedó de un mal parto, el médico le había recetado aguardiente con quina, y habiéndole tomado gusto a la medicina, se aficionó a la bebida; murió al poco tiempo, cuando Charles Anne, su único fruto logrado, contaba once años de edad. El padre dejó el gobierno de la casa en manos de una criada que dio mucho que hablar en su tiempo en la Bretaña y en el Contentin, porque a los dieciséis años, vestida de hombre, se había alistado en la Real Artillería, diciendo que se llamaba Louis Joseph y era sobrino muy apreciado de un sastre de Quimper. Decíase que había puesto tanto empeño en hacerse pasar por hombre cuando se hallaba bajo banderas, que hasta llegó a salirle bigote. Cuando fue descubierta, pasó a las cocinas del marqués de Laval, donde se le concedía gran mérito porque presentaba la carne enrollada en dos trozos, semejando un cañón con sus ruedas. Pero la grandeza se cansa pronto de las novedades, y la artillera hubo de andar de cocina en cocina, perdiendo puntos, hasta terminar en la de monsieur De Crozon, el Bizco, sin que, pese a tanto cambio de casa, hubiese extraviado media docena de balas de cañón, de hierro impuesto, que empleaba para asegurar las puertas mayores, para mazar el pulpo y la carne una pequeña, de «bombarde de gilet», y una mediana para jugar a bola en un prado trasero, arrojándola de aquí para allá. Crozon el Bizco siempre andaba de caza con sus parientes mayores, y la casa y el pequeño descansaban en la artillera, quien determinó hacer músico a Charles Anne; sentía lástima del chiquillo, que había heredado la debilidad de la madre, salvo en la voz, que a los nueve años ya la tenía solemne y eclesiástica. La artillera le compró al muchacho una trompeta de alarde, que tenía en la bocina las armas de la Infantería de Lorena. Había en Josselin un*

italiano tocador de viola y maestro de baile, quien advirtió en seguida que Charles Anne no disponía de alientos para tan military duro metal, y que le iría mejor un bombardino de tres cuartos que había traído de Novara, y era muy adecuado instrumento para gente hidalga; aun en una señorita no sería mal visto. Aprendió, pues, Charles Anne bombardino y danza y unos rudimentos de latín, y como a causa de Ins comidas de la artillera —casi siempre garbanzos, judías y habas coloradas con tocino, legumbres todas estas a las que la cocinera de cañón llamaba balines—, le había seguido engrosando la voz, cuando quedó vacante la sochantría con menores de Pontivy, lo presentaron para cubrirla sus primos segundos, los señores almirantes de Tréboul. La artillera rompió a llorar cuando lo supo, ya que ella había criado, decía, a su pupilo para plaza montada en el Regimiento Navarra, y siempre lo traía vestido de azul y amarillo, que eran aquestos los colores bearseses; cogió la criada la trompeta y las balas, se marchó de Bretaña con el enfado, y cuentan los más que bajando a Italia se hizo pasar por vecino del cantón de Laus ana, y firmó por siete años por suizo del papa... Monsieur De Crozon el Bizco contrajo matrimonio con una camarera sorda de Rennes que poseía ovejas en los pastizales del Rance, y Charles Anne, que por entonces cumplía veintidós años, se trasladó a Pontivy como sochantre racionero de la Santa Colegial Capilla. Vivía en la calle de los Vidrieros, hospedado en casa de madame Clementina Marot, viuda de un ministro tambor de los Estados. En la sala de visitas se hallaba colgado el tambor del finado, y en el parche, un pintor inglés que estaba de paso casualmente cuando murió monsieur Marot, pintó al difunto muy decente, y los mostachos que el ministro portaba en el retrato eran los suyos propios, cortados con gran esmero por la viuda antes de cerrar el ataúd, y pegados pelo a pelo con goma arábica en el parche.

Fue en casa de madame Clementina donde se hallaron las libretitas con tapas de piel de conejo que me sirven ahora para escribir estas crónicas, tomando lo más de lo que en ellas estaba apuntado; en estas crónicas van puntualmente relatadas las aventuras que corrió Charles Anne desde el año mil setecientos noventa y tres a mil setecientos noventa y siete. La cosa comenzó saliendo Charles Anne con su bombardino, una mañana de niebla y helada, a tocar en el entierro de un vecino de Quelven, que le había dejado una manda en el testamento. La manda consistía en un pequeño manzanal en un alto; siempre había ansiado el sochantre poseer un pomar en la ribera.

## I

**A**TERIDO se sentía el señor sochantre de Pontivy al levantarse tan temprano, y más todavía en un tiempo como aquel, vestido de cierzos de la Mancha, lluvias frías atlánticas y calladas y heladas nieblas del río Blavet, que impedían que el sol brillase en el mundo. Sin salir de la cama, muy surtida de mantas, calzaba las medias de lana de Vitré, bien teñidas de morado con palo de Sicilia; se ataba al cuello el babero planchado de almidón, arrojaba el gorro de dormir, se acomodaba el solideo, y aclarándose con el rapé matutino, saltaba del lecho estruendosamente, pateando el suelo, gritando en latín, estornudando, llamando a madame Clementina mientras se apretaba las cintas del calzón de delantal y abrochaba el chaleco de botonadura roja, y por si madame no le había oído, se ponía a repicar la campanilla como acólito en Pascua. Y entraba madame Clementina con sus rizadoras de boj puestas, palmeando como en el teatro porque el señor sochantre se había levantado temprano y tan valiente en aquella cruda mañana, y se arrodillaba para abrochar en la canilla los seis botoncitos de plata del calzón del sochantre, y mientras lo hacía, el sochantre apretaba las rizadoras de boj en la cabeza de madame Clementina, pues siempre se le antojaba que estaban algo flojas. Todas las mañanas se repetía esta fiesta. El señor sochantre hacía unos maitines de huevos revueltos y media botellita de Chinon, eructaba por consejo del médico, cacareaba un poco para comprobar como iba de solfeo, vestía la casaca, se envolvía en el manteo, y con la caja del bombardino en la mano corría para llegar con tiempo al coro de los racioneros de San Maclou. La niebla en harapos, llevada por el viento por las estrechas calles de la vieja villa, os hacía creer que os encontrabais con pasajeros envueltos en capa de ceniza. Como el sochantre vivía en la calle de los Vidrieros, al pie del castillo, llegaba muy rápidamente a la iglesia. En el coro tenía misericordia bajo el gran escudo en madera de Indias, róeles gules en sable de los almirantes de Tréboul. De echar la cabeza un tanto hacia atrás, dormitando una siesta en el coro de vísperas, él y sus antecesores en la ración, por no ser tonsurados, habían borrado con la pelambre de la coronilla la palabra *orae* del lema militar de los viejos piratas: *Efodi oculos orae maritime*. Tomaba el bombardino, y tocaba la marcha de reverencia, que saludaba la llegada del colegial mayor. Su Señoría era un viejecito etiquetero y tosedor, y llevaba el compás de la música como en un baile, precedido de pertiguero con vara de plata y seguido de monaguillo con almohada de terciopelo amarillo, para cuando el colegial se arrodillaba. Mientras tocaba el bombardino, contemplando la almohada, más de una vez le viniera a las mientes al señor sochantre la semejanza que aquella tenía con el prominente pecho de madame Clementina, con mayor motivo porque esta era muy aficionada a peinadores amarillos con borlas; y de eso pasó a imaginar que, del mismo modo que el colegial asentaba las rodillas en la almohada, podría poner él las suyas en las mantecas de madame Clementina, cuando esta se bajaba a abrocharle los botoncillos de plata en las canillas. Tales fantasías, y muchas otras que se dirán, eran

las que determinaban la pereza de nuestro sochantre, tanto más que no osaba convertirlas en realidades. Lo llamaban para responsar y tocar el bombardino en casi todos los entierros importantes en Bretaña. Pensaba en reunir en poco tiempo un pequeño capital, y gustaba de contar precavidamente, a la media noche, en su cámara, las monedas de oro. Despertaba, por ejemplo, una mañana de nieve, y se daba a imaginar que había llegado el verano y que salía a pescar truchas por las riberas del Blavet, tan ricas en cerezos; o quizás, si alguien moría en Savenay, se acercase a Nantes para saludar a una prima que allí tenía, o continuase camino para satisfacerle el gusto a un amigo flautista en Angers, que deseaba que diese, un concierto en el pazo de un marqués. Y cada viaje de estos lo hacía punto por punto medio adormecido aún, y a las veces se le iba el hilo, mientras otras se le hacía un nudo y estaba dos o tres días deshaciendo aquella desgracia o entuerto que sólo en su magín había acontecido. Y cuando podía procuraba avivar aún su imaginación de perezoso con oscuras novedades y secretas correspondencias: el morado de sus medias teñidas con palo de Sicilia, le gustaba tanto por la finura del color como por el olor a violeta de las medias nuevas; de aquí pasaba a llamarles sicilias a las violetas, y Violeta a una mademoiselle Cecile que poseía una tienda de guantes en la calle de los Arcos. Todos estos viajes, y muchos otros, fortunas, negocios, sermones, amores, triunfos y derrotas, montaba el sochantre De Crozon en la cama, esperando el último minuto para saltar del lecho y correr al coro. Y en estas imaginaciones lo sorprendió la Revolución de Francia, y porque se había hecho muy visto con la nobleza, había comprado una fuente que era de pobres en el barrio viejo y cobraba por cada herrada un ochavo, había llevado a juicio ante el senescal de Vannes a un zapatero que le escamoteara unas hebillas de plata, y no perdonaba la partícula delante del apellido, se difundió que el sochantre era un «aristó» de los más duros, correo puesto de los príncipes, y que en el entierro del capitán De Rochefort-en-Terre no había tocado la marcha acostumbrada, sino otra a base de señales para los señores realistas, que estaban afilando las espadas en la sombra. A causa de todas estas sospechas se atribuló De Crozon, y pensó en abandonar Pontivy por Nantes, donde amanecería en casa de su prima, haciéndose pasar por un músico holandés que había perdido el equipaje. Esto si el zapatero de las hebillas, que había comprado en Saint-Brieuc un gorro frigio, no venía a sorprenderlo, y allí mismo en su cámara le cortaba la cabeza con la cuchilla del oficio. Ya veía el sochantre su cabeza en una pica por las calles de Pontivy, ¿y cómo haría el zapatero para bajar por las escaleras con la cabeza clavada en una pica? Si llevaba al hombro la pica, seguramente que la cabeza tropezaría en el techo bajito, que la casa era antigua; bajaría con ella como para una carga, tal vez cuidando de que no le cayera el solideo; tres o cuatro días llevaba el sochantre en su imaginación ayudando al zapatero a salir con su cabeza por puertas. Aunque quizás se arreglase todo. Cuando finalizase el entierro en Quelven, él subiría al altillo para conocer sus manzanos, a contar estos, y para la Ascensión del Señor llevaría una tortilla de hierbas y una botellita de tinto, y haría el almuerzo bajo las ramas floridas

de su pomar famoso. Pensando en esta fiesta que a sí mismo, olvidándose de que era aún enero, se preparaba para mayo venidero, despachó en un vuelo el desayuno, y cumplimentado por madame Clementina, que le aconsejaba que abrigase las orejas, con la caja del bombardino en la mano salió a la calle el señor sochantre.

La niebla era espesa y baja, y cegaba la calle. No se veían los arcos de la casa de Gramática, que estaba frente a frente, y el farol de la esquina no era más que un gusanito amarillo perdido en aquella mansa espesura. Siempre le enviaban al sochantre caballo alquilado, y su preferido era un percherón que atendía por el nombre de Lisón, porque le había entrado la manía al sochantre de que el capón aquel gustaba de oír el bombardino. Pero aquella mañana no estaba el caballo arrendado a la puerta, ni Cuvet el guardapostas para sostenerle el estribo, informarle de las novedades que corrían y contarle de los viajeros que habían llegado la víspera en la diligencia de Auray, todos estos servicios en pago de una toma de rapé más que mediana. Estaba, en cambio, un hombrecillo con gorra de piel de nutria, como cazador de los llanos del Vilaine, envuelto en capa corta, en la mano izquierda un farol de aceite y en la derecha una tralla rizada de siete nudos.

—¡Tenga buenos días el señor sochantre! —dijo con voz alegre y amiga, levantando el farol a la altura de la cara del señor De Crozon—. Me llamo Mamers el Cojo —añadió— y mis señores amos están esperando a Vuestra Señoría en su carroza, en la plaza del Peso, para llevarlo a Quelven al entierro. Son gente principal de Bayeux y otros lugares, parientes del gentilhombre difunto.

Y sin esperar respuesta del sochantre, el hombrecillo se echó a andar calle abajo, camino de la plaza del Peso, bastante más deprisa de lo que nadie creyera de un cojo tan cabal: parecía en la niebla una lancha a favor de las ondas, que llevase en la popa una luz de seguro. La calle se le hizo muy larga al sochantre, siempre siguiendo la escasa luz del farolillo, y le resultó desconocido el piso, y no sabía por qué parte andaba. Quizás ya habían dado la vuelta cabe las montas de San Propósito, e iban atajando por el callejón de la Sierpe. Nunca se había atrevido a bajar por aquel callejón donde estaba la mancebía de la Ruanesa. Le pareció oír algo de música, un laúd que tremolaba una serenata fina, pero no podía ser en la Ruanesa, que ya pisaba las grandes losas de la plaza del Peso. Nunca se había visto en Pontivy una bruma así. Se detuvo el cojo del farol, y por entre los paños de la niebla venía acercándose otra luz y era una linterna de papel que portaba un hombre muy alto y muy flaco, de espesas barbas, roja casaca militar abotonada hasta el cuello, tricornio con plumas, y al andar hacía una gran sonanta de espuelas.

—¡Señor sochantre, ya era hora! ¡Me llamo Coulaincourt de Bayeux y soy pariente del fallecido, lo que no es gran noticia, porque todos somos parientes de todos los difuntos!

Tenía una voz cavernosa y áspera, y una mirada sombría con aquellos sus ojos negros perdidos en el fondo de la calavera. ¿De la calavera? Con la niebla, pensó el sochantre, no se puede dar crédito a nada.



Ya habían llegado a la carroza, y Mamers el Cojo, descansando el farol en el suelo, sostenía el estribo.

—¡Suba, señor sochantre, que tiene reservado asiento de honor atrás, a mi lado! —dijo desde el interior de la carroza una voz de mujer, y le sonó a De Crozon muy graciosa y fresca.

Subió el sochantre a la carroza, y aún se veía menos dentro que fuera. A su derecha se sentó aquel larguirucho de la casaca militar, y por tanto él a su izquierda llevaría a la dama de la invitación. En el asiento delantero iba gente, quizá cuatro personas.

—¡Adelante, Mamers! —ordenó una voz.

—¡Jo, Blanc! ¡Jo, Colin! ¡Zus, La Garde! —gritó Mamers en el pescante.

Y la tralla silbó antes de estallar seca en el tiro. Saltó la carroza y empezó el viaje. El sochantre llevaba apretada contra el pecho la caja del bombardino, y averiguaba en la oscuridad de la carroza, aspirando despaciosamente, de qué iba perfumada la dama desconocida.

## II

**P**ARA ir de Pontivy a Quelven había que cruzar el río de Blavet por la puente del Pasaje, y subir luego una cuestecilla; desde la altura resultaba muy alegre de ver la vega del Blavet, toda una pradería en el centro, y en los rodados nabizales y plantíos de avena, y las riberas del río espesas de cerezos y manzanos, y al pie de cada casa dos o tres higueras ramoñas; por entre las tejas purpúreas de los tejados de Pontivy surgía heroica la torre del castillo, cubierta de hiedra; bajando en la noche de Quelven a Pontivy, parecía como si alguien hubiese posado en la tierra un gran candelabro de cien brazos: era Pontivy, con las luces de las casas encendidas, con los faroles de aceite de ballena del Cabildo, con la gran linterna de la puente ducal. Pero aquella mañana no se podía ver nada; serían las nueve cumplidas y parecía aún noche cerrada.

Monsieur De Crozon estaba deseando que el día levantase para ver el rostro de sus compañeros de viaje. Por mucho que inspiraba por la nariz, no conseguía catar el perfume de la señora. Del lado del que dijo llamarse Coulaincourt de Bayeux venía un olor de mohosa humedad; delante, uno tomaba rapé, estornudó siete veces seguidas, pero aquellos eran más silbidos que estornudos; el sochantre también tomaría ahora rapé, pero con la incomodidad de la caja del bombardino no podía introducir la mano en el bolsillo para sacar la cajita sin meterle el codo en la cara a la señora desconocida. Otro de los pasajeros del asiento delantero debía de sentir mucho frío, porque todo el tiempo iba castañeteando los dientes.

—¡Ya sabemos que vas ahí, Guy Parbleu! ¡Pareces la matraca de Vennes en Cuaresma! —díjole Coulaincourt. Era lo primero que se hablaba en la carroza desde que habían salido de Pontivy. Por lo que llevaban andado y por lo que corría la carroza, dedujo De Crozon que debían de estar llegando al cruce de la Nutria; siempre cantaba allí el viento en los abedules.

—Señor sochantre —dijo una voz del asiento delantero—, falta poco para que dejemos en el aire las nieblas del Blavet, que siempre me hicieron mucho daño y fueron la causa de que teniendo un tío a quien heredar en Pontivy, no hubiera venido a vivir con él a esta villa, y era yo el sobrino más querido, tanto por el placer que mi tío sentía en oírme relatos, cuanto que sólo yo conocía el temple de un parche que había que ponerle en la nuca cuando le venía la jaqueca sabatina. Soy el escribano de Dome, Jean Pleven, vuestro servidor.

—El ahorcado escribano de Dome, Jean Pleven, ¡que Dios perdone! —dijo desde su rincón, burlona, la madama.

Y en aquel mismo momento, como si alguien con un inmenso cuchillo hubiese partido en dos la manzana del cielo, una mitad de ceniza y otra de sol radiante, hízose la luz en la carroza y en el campo. Ya corrían por la llanura de Quelven, entre los centenos recién nacidos.

—Es necesario —dijo Coulaincourt descansando una larga mano huesuda y

amarilla en la caja del bombardino— que nos conozcáis a todos, y porque veo en vuestros ojos, señor sochantre, tanta sorpresa como miedo, quiero aseguraros que toda esta compañía, aunque sea de réprobos, fantasmas, ahorcados y sombras, es un batallón de gente pacífica. A vuestra izquierda lleváis a una mujer muy bella, madame Clarina de Saint-Vaast. Contempladla. Ved esos ojos verdes. Nunca habréis de olvidarlos. ¿Y qué son unos ojos verdes? Pero aun cuando fueran polvo, serían el polvo más hermoso del mundo, quizás unas arenillas brilladoras en el remanso de un regatillo claro. Delante, ahí tenéis al ahorcado escribano de Dome, que conserva aún en el cuello la señal de la cuerda. A su lado, a monsieur de Nancy, verdugo de Lorena, exquisito en rapés y en nudos. Ese otro siempre callado y con el parche en el ojo, es el médico Sabat, el envenenador de las fuentes de Roma. ¿Y quién castañetea los dientes en la sombra?, preguntaréis. ¿Quién ocupa ese asiento que parece vacío? Pues ese asiento lleva, y no le pesa a los muelles, la sombra de Guy Parbleu. Añadidme a mí, Coulaincourt de Bayeux, muerto hace dos años, y soy el muerto más joven de toda esta familia, en el patio de Sedán, y a Mammers el Cojo, también ahorcado en Le Coisic, y ya tenéis la nómina de los parientes del hidalgo de Quelven, a cuyo entierro acuden. Y no cambiaremos de tiro en el mesón de Pauly, porque nadie querría para posta tres caballos muertos. ¡Ay, mi La Garde, vicioso y suelto, lucerillo!

El sochantre apretó contra su pecho la caja del bombardino, como si tratase de colocar una coraza sobre su corazón temeroso. O no había entendido bien, y siendo como era fantástico y novelador solitario por naturaleza tenía adelantado mucho para imaginar cualquier historia, o viajaba con una compañía de muertos. Del escribano de Dorne había oído algo, y más de que lo ahorcaron en Rennes. También había oído noticias de Guy Parbleu, un picardo criado del Diablo, que había perdido la capa en una borrachera, y había sido quemado en París. De madame De Saint-Vaast había oído asimismo alguna cosa. ¿Y aquel, entonces, sería el violador Coulaincourt de quien hablaban las gacetas? ¿Y qué venían a hacer a Quelven, al entierro del hidalgo, aquellos muertos condenados? ¿Y qué le querían a él, el pobre sochantre de la Colegial de Pontivy, siempre temblando de frío, siempre acariciando sueños que nunca se cumplían, tocando su bombardino en los entierros y cantando en el coro, contando a escondidas sus escasos luisos de oro, por toda lujuria apretando cada mañana las rizadoras de madame Clementina, por toda gula una tortillita de hierbas finas y unas truchas empanadas? ¿No hubiera sido mejor que aquel sueño que lo dominaba por las noches —casi siempre cuando cenaba con exceso, por ejemplo, carne salada con repollo y salchichas—, y que representaba a la artillera de la casa paterna cogiéndole el bombardino al pie del lecho, el bombardino que ya era un cañón que crecía y crecía, y detonaba con estruendo, y él despertaba asustado y gritando porque la metralla lo deshacía, se hubiese cumplido? Pues casi toda novedad la tenía ensayada en sus sueños, hizo un esfuerzo, y aun costándole sonreír sonrió.

—¡Mejor que habernos reunido para un entierro, hubiera sido para una romería! —dijo el sochantre, y notó en sí mismo cierto cambio en la voz, forzada por el miedo.

La carroza se detuvo en la curva antes de llegar al mesón de Pauly, monsieur De Nancy le ofreció al sochantre una toma de rapé. Estornudaron al mismo tiempo. El verdugo de Lorena pretendió sonreír y no pudo.

—¡Ya sabes, Nancy, que te está vedado! —dijo riendo a carcajadas madame De Saint-Vaast.

—¿Qué esperamos? —preguntó el sochantre a Coulaincourt, que parecía ser el jefe de aquella marcha—. Ya estará a punto de comenzar la función.

—Señor sochantre —dijo muy seriamente Coulaincourt—, aquí esperamos al muerto.

No pudo sentir más miedo en aquel momento el sochantre, porque el rapé del verdugo de Lorena era muy fuerte y pimentado, y estornudó cinco o seis veces seguidas. Cuando terminó de estornudar y pudo abrir los ojos, Mamers el Cojo abrió la puerta de la carroza; y le ponía el estribo al fallecido de Quelven, al difunto hidalgo de Quelven, a cuyo entierro iba a tocar el bombardino, y que le había dejado en el testamento un soto de manzanos en un alto, según se baja para Pontivy desde el crucero de la Nutria.

### III

**T**ODOS los presentes cumplieron al fallecido de Quelven, tratándose muy amistosamente y dándose por conocidos y de cotidiano trato, y preguntándose por la parentela. El difunto era un hombre grueso y colorado, la peluca blanca muy empolvada, espesas cejas rubias, los ojos azules muy francos, chato él, grandes mostachos caídos, y buena talla; tenía los brazos cortos de la gente de curia, y vestía de riguroso luto, cerrando la casaca con un cintillo de oro. Le besó la mano a madame De Saint-Vaast y tomó asiento donde coincidía que ya estaba sentada la sombra de Guy Parbleu. Pero no se sentó sobre ella, porque antes de que se sentase, el coronel Coulaincourt la cogió con ambas manos y la posó en una reja que tenía la carroza sobre el asiento delantero, y en la que ya iba el cabás del médico Sabat. Allá arriba seguía castañeteando los dientes el criado del Diablo. El fallecido tenía un tic que parecía como si en el espinazo se le hubiese soltado un resorte, y saltaba de cintura como poseído de hipo. Parecía contento de encontrarse en tan tratable compañía. Miró para el sochantre y sonrió.

—¡Vaya, vaya con el sochantre de Pontivy! Ya sé que os di una gran satisfacción legándoos en mi testamento el soto de manzanos de Vernié, y vos tenéis a cambio tocar en mi entierro una marcha de reverencia.

—Aún faltan algunas jornadas —dijo el escribano de Dorne.

—Pues adelante, Mamers, hacia el cementerio de Kernascléden —ordenó Coulaincourt.

El sochantre, en verdad, no sabía qué pensar de todo aquello, y a veces dudaba si no se encontraría en medio de unos juerguistas de Nantes. Madame De Saint-Vaast se daba aire con un abanico de plumas, y monsieur De Nancy sacó del bolsillo interior de la casaca una cuerdecilla de seda, de vara y media, y se puso a hacer nudos variados, que cuanto más acabados y complejos parecían, más pronto, con sólo tirar de un cabo, se deshacían en el aire. El médico Sabat sacó del bolsillo del chaleco, un chaleco azul rameado en rojo, un reloj de oro y lo aplicó a la oreja.

—Veo, señor médico Sabat, que no os acostumbráis a vuestro empleo de médico transeúnte, y seguís con la manía de consultar qué hora es, y si se paró el reloj y es necesario darle cuerda, y una de las tachas de nuestro estado es no poder contar el tiempo ni leer las horas que pasan —comentó el escribano.

—No sé cuándo me acostumbraré yo —dijo el fallecido de Quelven—, que soy el más nuevo en el oficio.

—¿Y cómo ha sido? —preguntó madame De Saint-Vaast, dirigiéndole al hidalgo una de aquellas miradas súbitas y burlonas que usaba, fríos reflejos de piedra preciosa de los alabados ojos verdes.

Madame De Saint-Vaast era, en verdad, una mujer muy bella, blanca como nieve fina, los labios dos largas líneas rojas graciosamente curvadas, el seno abundante y de latir sereno, surcado por un ramo feliz de venillas verdes; en la seda azul de la blusa,

los botoncillos parecían dos gotas de sangre. El sochantre no sabía cómo apartar de allí los ojos.

—Fue lo acordado —dijo el hidalgo de Quelven— que yo bajara a Nantes, y entrando en la tienda de madame Croizat preguntara por el capitán de Kernec. Madame Croizat me daría una tortuga de oro, que llevaba el veneno en el vientre. Ya había firmado, pensando que nada perdía. Pero el veneno de la tortuga era como comer un dulce de miel de Mortain. Yo tenía un perro, mi Javín cazador, un espaniel muy educado, pero ya cegato y viejo no hacía más que dormir en la cocina o al sol. ¿Por qué no probar? Lo llamé con la voz alegre con que lo llamaba para las cacerías en otros tiempo, y el perro vino renqueando a descansar la cabeza en mis rodillas; algo conoció, ya que cuando me vio la tortuga en la mano se retiró, ladrándome. Lo llamé otra vez, ordenándole, y vino gimiendo y casi arrastrándose... Le posé la tortuga en la cabeza, y permaneció manso y lamiéndome la mano, como acostumbraba. Y, lamiéndome la mano, cayó muerto.

Era una muerte muy dulce, casi como adormecer. No era eso lo pedido. Yo quería darle una muerte más dura. Sobre todo yo quería ver la sangre, ver la sangre en el suelo, sentir caer la sangre de la cama en el suelo, gota a gota, como cuando, desde mi cama, siento caer las goteras en el desván, en las noches de vulturno y lluvia. Para saber que estaba muerto, me hacía falta ver cómo lamía en el suelo su sangre mi danés. Matar con la tortuga era cosa sencilla en demasía. Llegar a decirle: «¡Mira qué alfiler más hermoso compré en Nantes!», cogerlo él en la mano, y antes de que tuviese tiempo de leer las letras que la tortuga trae en el lomo, morir. No, tenía que ver que iba a morir, tenía que ir aprendiendo a morir mientras moría, como se aprende en una larga enfermedad, como aprende el ciervo en el bosque con los perros gritadores siguiéndole el rastro. Le acerté con el primer tiro en la boca. Ya no podía hablar, ya no podía llamar en su ayuda a su hueste, a sus cuervos, a sus secretos. Sangraba una sangre caliente y espesa. Quiso levantarse y le acerté con el segundo tiro en el pecho. Me puse a cargar despacio otra vez las pistolas. Otro tiro, esta vez al vientre. Gemía, se ahogaba. Ya empezaba a gotear la sangre en el suelo. Como una gotera en el desván: pam, pam, pam, pam... Le silbé al danés, le grité: «¡Aquí, Garçon! ¡Pronto, Garçon!». Lamía gustoso aquella sangre caliente. No moría aún; seguía gimiendo, ahogándose, mugiendo como un buey. Otro tiro, esta vez en el corazón. Ya estaba muerto. ¿Muerto? Estaba en el espejo del armario, estaba vivo en el espejo del armario. Me habló sin ira alguna, burlándome. «¡No fuiste tan listo como fuiste osado. Ahora te toca a ti. Mañana amanecerás muerto. Durante los años que te quedaban vagarás por ahí. Te enviaré una tropa que tengo libre en Bayeux!». Ya no me importaba. ¿No lo había visto morir? ¿No había lamido Garçon su sangre? ¿No la había sentido gotear desde el lecho en el suelo, pam, pam, pam? ¿Y de quién era aquel cuerpo que se pudría tan pronto en aquella cama, que ya comenzaba a oler? Una rata salió de un agujero al pie de la cama, subió y se puso a roer en la cara del muerto. Fue entonces cuando el espejo se rompió en mil pedazos. La rata huyó. La

cama estaba vacía, pero en el suelo Garçon seguía lamiendo la sangre del Diablo. Y anteayer, a la mañana, yo ya estaba muerto.

—¡Debió de ser un mal trago, cuando amaneció Cabaliel en el espejo! —comentó el médico Sabat.

—¡Señor sochantre! —dijo Coulaincourt—, ¿no podría tocar esa marcha de reverencia que traía ensayada para el entierro del hidalgo de Quelven? Conviene alegrar tan largo viaje.

El sochantre había entontecido con todos los sucesos de aquella mañana de bruma, con el descubrimiento de tan extraña compañía y con el discurso del fallecido hidalgo. Maquinalmente obedeció la orden del coronel Coulaincourt, sacó de la caja el bombardino, humedeció los labios frotándolos uno contra otro y lanzó al aire la marcha de reverencia.

## IV

VINO pronto la anochecida. El fallecido de Quelven se adormeció y madame De Saint-Vaast le echó por encima una manta. El sochantre sentía hambre y sed; pasaron a trote largo por delante de la taberna de Clouzemel, que tenía el ramo puesto, anunciando la sidra nueva; también tenía el ramo el mesón de Les Pieux, tan celebrado en las canciones de los cazadores. Te sentabas a la mesa de piedra y venía una de las hijas más jóvenes del hospedero, y de una jarra colorada te echaba en el vaso el oro hirviente de la sidra; en verano e invierno andaban con los blancos brazos al aire, recogidas las mangas de las blusas de lino. La boca se le hacía agua al sochantre. Dejaron el camino real poco más allá de Les Pieux, y la carroza debía de correr ahora por campo abierto. Gente de poca conversación, aquella compañía de muertos callaba hora tras hora.

—¿Y a qué hora podré acostarme? —se atrevió a preguntar el sochantre al señor de Coulaincourt.

—Quizás —dijo aquel esqueleto de casaca militar— no hemos sido con vos tan corteses como merecíais, tanto que, habiéndonos gustado la marcha de reverencia que tan bien tocasteis hace una hora, no os brindamos un aplauso; y considero que cada muerto de los que aquí van está pensando que, para cuando le llegue la hora del descanso, y pasados tres años, más o menos, esta tropa reposará en tierra definitivamente, le alegraría oírle entrando en la tumba. ¡Y no serán mal tambor de acompañamiento los terrones cayendo en mi caja de nogal, que me espera en el cementerio de Bayeux! Y tampoco os hemos dicho que nosotros, estando muertos, no podemos encender lumbre en hogar ni entrar en casa donde esté encendido, ni comer pan de trigo, ni cosa alguna que lleve sal o aceite, ni beber vino. Pero ahora vamos hacia las ruinas del monasterio de Saint-Efflam-la-Terre, y Mamers tiene allí, en la que fue cocina de los frailes, una pipa de cerveza doble de marzo y un jamón adobado con pimienta que enviamos a asar en Dinan antes de salir para este viaje. También convenía que os advirtiéramos que, cuando cierra la noche, volvemos por espacio de seis horas a nuestra condición de esqueletos. ¡Hasta la pechuga de madame De Saint-Vaast, esa seda que tomándola por una blanca camelia rozan todos los ojos del mundo, se va, ceniza perfumada sólo de amor! Todos esqueletos —dije—, y no, que Guy Parbleu, no teniéndolo, se queda en una lucecilla azul.

—¡Ya está ahí! —dijo madame De Saint-Vaast, con una voz más grave y profunda que antes ¡Parece Venus saliendo sobre los montes! ¡Nunca me canso de mirarte, Parbleu!

Y era cierto: en la reja, junto al cabás del médico Sabat, saltaba una estrellada lucecilla azul, talmente Venus, como al sochantre le placía verlo salir, al lucero, por sobre las colinas de Rochefort y del Ploermel; brillaba como Venus, y como Venus alumbraba, argentino. Fue a esta luz a la que se dio cuenta el sochantre de que todos sus compañeros de viaje eran ya amarillos esqueletos polvorientos. A la calavera de



madame De Saint-Vaast, con los saltos que daba la carroza por aquel camino no usado, le caía la peluca a cada momento. Sin embargo, el verdugo de Lorena seguía tomando y ofreciendo rapé. Despertó el fallecido de Quelven. Este, muerto de ayer, aún conservaba las carnes, pálidas, sí, y ya olía un poco.

—Yo no podía con mi propio olor —dijo el escribano de Dorne— y le quedé muy agradecido al difunto caballero De Combourg, que también me trajo aquí, al cementerio de Kernascléden, por echarme en la calera vieja. Cuando salí, limpio de la podredumbre, de un rosal que saltaba por encima del muro de la huerta de la rectoral arranqué una rosa y la puse entre los dientes, para limpiar también el magín del asco de aquel zumo que escupiera mi carne pecadora.

Queriendo reír, hizo una mueca el médico Sabat, cogiéndole a monsieur De Nancy una toma de rapé.

—El señor sochantre —dijo monsieur De Nancy—, tan pronto como cene, podrá acostarse en el arca del pan de los frailes de otrora. Excepto que prefiera quedarse en la rueda escuchando nuestras historias, mientras se desnuda en la calera el fallecido señor hidalgo de Quelven.

El sochantre ya estaba desfallecido de miedo, y ahora lo que lo traía fastidiado era no poder enviar aviso a madame Clementina para que le dejase allegada a la lumbre, en una trébede, una sopita de perejil con un huevo escalfado, ni disponer de un propio que fuese con un recado al Colegio Mayor para que le dispensase de coro, por andar raptado por una hueste del trasmundo. Se veían a lo lejos unas luces, que debían ser, por lo recorrido por la carroza, las de la villa de Kernascléden.

—Contar nuestras historias —dijo más para sí que para el sochantre el coronel Coulaincourt—; contar nuestras historias a nosotros mismos y a cada uno que va y viene, día tras día, mes tras mes, año tras año, ¿no es un castigo muy lento?

—A mí, lo que más me cuesta contar es cuando el verdugo de Rennes me hizo el nudo en la misma nuez. Era una cuerda áspera y fibrosa, de esparto de Tarragona. Me la apretó bien, y después tuvo que aflojar el lazo, para colocarme el nudo en la nuca, y me rozó la papada y todo el cuello. Medio ahogado, le dije: «¡Despacio, hombre, que todos somos cristianos!».

—¿Y él qué dijo? —preguntó el sochantre.

—Nada. Escupió en las manos y tiró del seguro de la trampa.

—¡Fácilmente ganan la vida los verdugos en este país! —comentó monsieur De Nancy—. En Lorena hay que hacer el nudo en el aire y meter el lazo por la cabeza del penado.

—Es que allí rige la ley de Bolonia —apostilló entendido el escribano de Dorne—. Viene en los textos: *Lotharingia reget lege romana*.

Ladraban los perros de los pastores. Mamers el Cojo hostigaba el tiro. La carroza pasó a rodar por piso enlosado. Estaban en las ruinas del monasterio de St.-Efflam-la-Terre. Cuando la carroza se detuvo en el viejo patín de honor, en el silencio de la noche se oyó tres veces la lechuza.

# **SEGUNDA PARTE**

## **LAS HISTORIAS**

## I

**L**A jarra de cerveza andaba de mano en mano y de boca en boca. El señor sochantre realizaba esfuerzos para poner sus labios en donde bebían los muertos, y quien partía el jamón era el médico Sabat, que por cierto cortaba los trozos con mucha habilidad con un gran cuchillo gascón. Muy impregnado de pimienta, no se le echaba en falta, al jamón, la sal. Los difuntos masticaban despacio, silenciosamente, unos de pie, otros sentados en el suelo, y madame De Saint-Vaast, muy envuelto el busto en su boca de plumas rojas, en el cabás de monsieur De Nancy. Le daba un tiento a la jarra el sochantre cuando en el atrio se sintieron pisadas de hombre que gastaba zuecos claveteados.

—Ya está ahí, señor hidalgo de Quelven, el capitán De Combourg. ¡Que no os corte la cal la digestión! —dijo el médico Sabat.

Entraba un alto esqueleto, de andar muy desenvuelto, arrastrando gran espada, y en el hombro izquierdo traía posada la osamenta de un pájaro. Levantó Mamers el farol de aceite a cuya luz estaban comiendo, y el sochantre vio con gran sorpresa que aquel señor capitán De Combourg vestía azules y amarillos del Regimiento Navarra, a donde hubiera ido él de cadete de a caballo si tuviese algunos alientos más en la juventud.

—¿Dónde está ese osado que quiso matar a su demonio? —preguntó con una gran risotada. La osamenta de pájaro que llevaba colgada del hombro voló como si tuviera plumas en las alas a las manos de madame De Saint-Vaast.

—Aquí estoy, capitán, que ya se me ve en las carnes.

—¿Y quién es este que parece de iglesia?

—Éste está vivo, señor capitán, y viene con nosotros con salvoconducto firmado. Se llama De Crozon y es sochantre bombardino de la Capilla de Pontivy, y está sentado justamente sobre la caja donde lleva su instrumento.

—Un De Crozon estaba afilando una hoz hace cuarenta años, cuando me derribaron de mi bayo al entrar en el castillo de Josselin. Pero vos no sois aquel De Crozon, que aquel de quien hablo era bizco de un ojo.

—Ese era mi padre —murmuró el sochantre.

El capitán del Regimiento Navarra clavó la mirada en el sochantre muy seriamente, la mano puesta en el puño de la espada, pero se le fue el genio con una gran risotada.

—¡Pues era mejor que fueseis hijo de puta! Rieron todos los presentes. El esqueleto volador era, según aprendió el sochantre, cuervo y muy amigo que había tenido el capitán De Combourg, y cuando mataron al capitán en Château-Josselin, mataron al cuervo y lo enterraron con él. La señora le daba hebras de jamón y el pájaro comía gustoso en los dedos de la hermosa. El capitán venía con prisa a buscar al hidalgo de Quelven y llevarlo a la calera vieja, para sacarle la carne antes de que se pudriese del todo. Se despidieron el hidalgo y el capitán de la compañía por unas

horas, y para terminar la barrica de cerveza dio dos vueltas más la jarra. El capitán había dejado el cuervo en las faldas de madame De Saint-Vaast echando una siesta, y Mamers el Cojo colgó el farol de una mano de la estatua de san Eflam, que parecía estar en la columna del medio del pórtico contemplando atentamente aquella gente nocturna. El sochantre se serenaba un tanto con el santo allí cerquita, y disculpándose con una corriente de aire, cambió de sitio y se fue a sentar debajo mismo de san Eflam, y se puso cómodo, y extendió el brazo sobre los pies desnudos del santo patrón, y apoyó la cabeza en el brazo. Con los dedos le parecía leer algo escrito en la piedra, y acariciaba una y otra vez las letras medio borradas por los años y los temporales, y era casi como rezar.

—Pues tenemos por pena pasar estas noches que andamos en hueste contando nuestras historias —dijo el coronel Coulaincourt mientras levantaba las solapas de la casaca militar—, veo que la cortesía ordena que le dejemos decir la suya a madame De Saint-Vaast. Y tú sosiégate, Guy Parbleu, que me marea verte volar de un lado a otro.

Se arrimó Coulaincourt al sepulcro de un viejo abad, reposó Guy Parbleu sobre un hierro que colgaba de la clave de un arco y que debía de haber sido el de la lámpara mayor, ofreció rapé monsieur de Nancy, y todos se pusieron a escuchar la historia de madame De Saint-Vaast. De cuando en vez cantaba la lechuza y se oían perros a lo lejos, por donde una lucecilla que el viento hacía oscilar, como una ramita decía que debía de estar Kernascléden.

## II

**N**ACÍ en la Torre de Audierne, viendo viajar en la noche el relámpago dorado del faro de Eckmühl. La torre de Audierne es muy venteada, y el mar rompe en ella. Yo fui la más joven de las hijas del cazador de Semplacat, y una cantiga de siete versos que le hicieron a mi madre en la romería de Pont-Croix —un verso por cada hija suya—, decía que yo era la más bella. Me habían puesto el nombre de Clarina, porque mi madre leyera una novela en la que había una señora enamorada de este mismo nombre, durante su preñez, y todos concordaron en que de la novela habían pasado a mis ojos las verdes luces de los de aquella doña Clarina, la cual murió, según estaba escrito muy sentidamente, de cólera morbo en Verona de Italia, consolada por un amante inglés que tenía, y que leía el porvenir en una copa de cuerno basilisco. Crecí muy gentil y regalada en aquella riqueza de Audierne, al lado de mis hermanas y de mi madre, que siempre estaba esperando el regreso de mi padre, el hidalgo cazador, que se había ido a las guerras de Hannover con sus primos Chateaubriand, y que de vez en cuando enviaba a buscar dos camisas de lino crudo, unas bragas de franela y dos torneses de oro. Un día llegó la noticia de que se había casado en la frontera con una cantinera flamenca, y que dejara el Real Normandía por atender al tinglado de la nueva joya, que había bautizado su vivac «Le Coq Breton». Un tío segundo nuestro, primo de mi padre, que era contador de la renta de la ballena en Brest, trajo la novedad, y con el pretexto de sanear los intereses de la que sin más pasó a llamarse la triste viuda de Semplacat, se aposentó en nuestra torre, tomó el mando —que mi madre, que no hacía más que llorar, le dejó sin pena ni recibo—, y en un año nos puso por puertas, y huyó en la diligencia de Vannes con la más vieja de las siete hermanas, dejando embarazada a una mediana, que se llamaba Ana Eloísa y tenía una mancha en una oreja. Mi madre, con el pretexto de obtener un arresto de la Corte de lo Criminal de Chateaulin, pasó primero a Quimper y luego a Rennes, y de la villa primada se acercó a Bagnoles-de-l'Orne a las aguas, a curarse de un pulso alterado que se le produjera con los disgustos, a gastos pagados de un tal capitán de Gaillon, que se hizo, sólo con verla en una posada, su punto fijo. Y no tuvimos más noticias de ella, salvo que había puesto en Etratat un taller de planchado inglés. Todas, pues, en los primeros años de mi juventud, novelas de puterío fueron las que me han ido educando.

Dijo esto entristeciéndosele un tanto la voz, y el sochantre se pasmaba de aquel decir cortés que tenía, y de su fino acento de la marina, y se olvidaba de que quien hablaba era aquel esqueleto de boa de pluma, y basta sentía que su corazón se iba acompasando a las fatigas de aquella niña.

—Mis hermanas se casaron todas pronto, excepto la que había resultado embarazada de nuestro señor tío, que quedó conmigo en la torre de Audierne, con el niño que había tenido, y que le salió muy gracioso y algo tartamudo. Gustábamos mucho en toda la marina de Quimper las señoritas de Semplacat, tanto por la casta

como por la piel blanca, por aquella fácil sonrisa que teníamos, con la que parecíamos decir que siempre estábamos queriendo... En la primera casa junto al puente de la torre, vivía un tejedor de chalecos llamado monsieur Labaule, a quien el día de San Emeterio, viniendo de la romería, se le produjo una parálisis a causa de la sidra caliente que había tomado. Como vivía solo en la casa, y él mismo se las arreglaba en la cocina y en las labores, mandó llamar a un sobrino suyo que era flautista en el castillo de Broglie, y era rubio de pelo. Mientras no llegaba el flautista, mi hermana y yo íbamos diariamente a cuidar a monsieur Labaule, a darle sopicaldos y frotaciones de agua de hinojo, hacerle la cama y mudarlo, y no me abochorna decir ahora, por lo mucho que anduvimos mi hermana Ana Eloísa y yo en lenguas de comadres y costureras de Audierne, que las primeras partes que yo vi de un hombre fueron las de monsieur Labaule cuando lo limpiaba, que todo lo hacía por sí, y no las de aquellos que las envidiosas me atribuían por amantes. ¡Asco de gente! Allá por Pascua llegó el sobrino, Pierre Labaule y tan pronto como llegó se convirtió en mi enamorado. Venía a sentarse en la puente de la torre por las noches, me daba serenatas. Tenía arte para imitar al mirlo y al malvis, y hacía que lo acompañase a la selva de Auremer y me dejaba en un lado y él iba por otro a despertar al ruiseñor cantando, y cuando lo despertaba volvía junto a mí, y abrazados escuchábamos al encantador de la noche. Monsieur Labaule veía con buenos ojos el noviazgo, y había mandado llamar a un escribano a Douarnenez y había puesto todos sus bienes a nombre del sobrino, si se casaba conmigo, y quedamos en que la feliz boda se celebraría después de la otoñada. ¡Mucho mimaba yo a mi flautista, que me gustaba pequeñito como era, tan rubito, el bigote sedoso, tan silencioso, y aquella su disposición a ponerse colorado por nada! Por el tiempo de la siega enfermó mi hermana de unas fiebres con sobresalto y en dos semanas se puso al borde de la muerte, y hubo que ir a buscar un médico a Kerity, que era muy famoso en fiebres secretas, y tan caro como famoso.

—Más afamado era —cortó el médico Sabat— por cabrón consentido.

—La fama, venga de donde venga, siempre hay que pagarla —dijo el escribano.

—Se le pagó puntualmente la consulta, con dinero del viejo Labaule, y se puso al descubierto que del parto le quedaron a mi hermana unas entrefibras de las madres pegadas, y que no había otras boticas para esto que un nuevo embarazo, y que con el nuevo alumbramiento desaparecerían todas aquellas sobras, quedando la cámara limpia. Tratamos mi hermana y yo de la forma de salir de aquella situación, pues si no ayudábamos pronto, moriría sin remedio la pobre. Pensamos en un constructor de zuecos que venía a hacerlos para los marineros del bacalao, y dimos también con un marinero que se llamaba Gateau-Surprise de mote y era muy guapo, y buscaba a mi hermana guiñándole un ojo. Pero por la honra del hijo, ese que os dije gracioso y tartamudo, que ya estaba a los cinco años apuntado en la Marina Real, buscamos el secreto, y en mala hora me vino a mientes prestarle a mi hermana mi Pierre flautista para que la preñase. Y mientras se hacía aquella siembra, por no querer actuar de

palangana, me fui en romería a Sainte-Anne-la-Palud.

Lloriqueó un poco madame De Saint-Vaast y preguntó si quedaba media jarrita de cerveza. Se la trajo Mamers el Cojo, escurriendo la barrica por la canilla, y madame bebió despaciosamente y se limpió con un pañuelito bordado.

—Cuando, finalizada la romería, volví a la torre, ya estaba aplicada la medicina. Y ya iban a leerse en las iglesias mis proclamas y las de Pierre Labaule, cuando le llegaron al mozo cartas anunciándole que tenía que ir al castillo de Broglie para testimoniar en un juicio de aquellos príncipes a causa de un collar de perlas que se había perdido o había robado un ama de llaves. Lloré copiosamente, y allá se fue Pierre con la promesa de estar de regreso en Audierne para Santos y Difuntos. Me enviaba desde Broglie por la posta real palabras de amor y cintas de seda, pero pasó casi un año, y quizás no hubiera venido todavía si no hubiese muerto su tío, el tejedor, ya que los duques de Broglie lo querían tener a mano para el juicio oral. Y fue el caso que cuando llegó Pierre a Audierne había ido yo a Quimper a hacerme un vestido de luto con encajes de sobrepaño, y al entrar mi enamorado en la torre lo primero que vio fue a mi hermana Ana Eloísa dándole el pecho al garzonillo que había parido de él, para curarse de las entrefibras mencionadas. Mi hermana tenía los pechos muy llenos y sueltos, y era muy callada y servicial, dueña de esa gracia humilde a la que muchos dan mérito. A Pierre le llegó al corazón el cuadro, tanto más que quizás conservaba recuerdos del trabajo de hacerlo, que aunque él lo hiciera por amor a mí, algún mimo y caricia tenía que haber mediado, y el pequeñín le sonrió, y en aquel momento se olvidó de mí y se afirmó en que Ana Eloísa tenía que ser su mujer, y cuando yo llegué a Quimper con toda mi galanura de entredoses y punto d'Alençon muy tejido, tocaban en la iglesia de Saint-Paulian porque salían los recién casados. Me cogió tan de sorpresa y tan inocente aquel paso, que no supe más que callar y llorar, y me iba a pasar la mayor parte del día a la selva de Auremer, a escuchar por la mañanita a la tórtola y por la noche al ruiñeñor, y en todo momento a mi corazón, que me parecía que se rompía en el pecho... Hallándome un día de mayo paseando por la selva, al lado del camino, cogiendo fresas silvestres, acertó a pasar jinete en un ruán el caballero De Saint-Vaast, que aún era algo pariente nuestro, y su casa y la mía pintan un halcón en gules. Venía a Audierne a tomar nueve ondas, pues se las había recetado el curandero Galván, al cual tenía como hipócrates de cámara, a fin de que se le curase una postura del espinazo. Le dije que pasase a nuestra torre de Audierne, donde, aunque pobres, y tristes, teníamos para honrar a pariente tan señalado. Pensé que le había gustado mi cara, la cortesía que en el hablar usé y mi talle, y así fue, que con gran contento de todos a los tres días de estar en la torre ya quería meterse en mi cama, pasando antes, eso sí, por la Santa Iglesia. Me casé, pues, sin amor, con aquel viejo, que me paseó por todas las casas de Bretaña y Normandía, llevándome de la mano muy gentil, como si llevase anillos preciosos y nunca vistos en los dedos. Pero yo no lograba apartar de mí a Pierre Labaule, y ni viéndome rica, señora y agasajada, lograba olvidarlo. Y determiné envenenar a mi hermana, yendo a

Audierne de visita a buscar un descanso. Galván, el curandero, me dio por una libra de oro cuatro granos del veneno que denominan *tanatos umbrae*, preparados para diluir en papillas de maíz, que era el desayuno de que más gustaba Ana Eloísa. Y coincidió que estaba mi hermana en la cama con un catarro, y yo me hice perdonadora de todo, y me puse a cuidarla. Y en unas papillas, disolví los cuatro granos, y es veneno que no deja rastro, y le fui a llevar el desayuno, y a las cuatro cucharadas miro para mí, lanzó un ay, cerró los ojos —y el mayor miedo que yo tenía era que me estuviera mirando mientras moría—, y murió. Y yo, loca de mí, con el miedo y la angustia llevé a la boca las manos, que no las había lavado desde que diluyera el veneno, y basta un aroma de este para matar. Y en el mismo lecho de mi hermana caí muerta.

Tapaba madame De Saint-Vaast el rostro con las manos, dos arbolillos de diez ramitas de marfil transparente, y sollozaba. El sochantre estuvo a punto de levantarse de donde estaba e ir a darle unas palmaditas en la espalda, para que se sosegase. Pero fue entonces cuando se dio cuenta de que el san Efflam de piedra le había puesto uno de sus pies encima del brazo. ¿Querría decirle con aquello el santo que no se moviese?

—Y desde aquella mañana, cada año, mientras Pierre flautista viva, yo tengo que ir a Audierne el día del aniversario, y entrar en la cámara de Pierre, que casi siempre está ensayando en la flauta y solo, ya que el bastardo de Audierne está en la Marina Real y el pequeño que salió de la medicina se halla en el seminario de Vannes, y él no quiso volverse a casar, y mi castigo es que no me conoce y me toma por su Ana Eloísa, y me acaricia con el nombre de ella y me besa, y me busca la mancha en la oreja para asegurarse de que soy su querida paloma, y con la ilusión que pone me la encuentra y yo tengo que pasar por otra aquel amor que pedí para mí, aun a través de muerte envenenada... Y todavía quedan dos años, que para entonces, el día de San Martín, Pierre morirá, que resbalará en los peñascos de Gulvinec el caballo en que viaje. Y entonces podré ir a mi tumba en el viejo cementerio de Audierne, tan vecino del mar, que en los temporales de marzo se suelen encontrar peces en los nichos. Y yo no quiero más que dormir, dormir, dormir...



### III

**Y**O nací cerca de aquí, en el lugar llamado Le Faoüet. Si ahora subiéramos a la torre, quizá viésemos alguna luz en un otero, por la banda del Sur. Hay buenos pastizales por allí, pero poca gente principal, y la justicia la pone en aquella villa el señor vizconde de Rostrenen, y el derecho que allí rige es la costumbre de Quimper, y casi todo se puede arreglar, ya sea con buenos padrinos, ya sea con dinero. Mi padre era asistente de Tasas Reales, poco querido si he de decir verdad, pues apretaba la mano sobre el paisano, tanto por la lana de las ovejas como por los cueros de vacuno, por el centeno, por el peaje de la puente nueva, por más de dos ventanas en cada pared de casa, por los cubiertos de los Estados, por la almohada del gobernador general, y por tanto y tanto de esto y de lo otro. Vino un cura nuevo a Le Faoüet y empezó a soliviantar al paisanaje, predicando un sermón *adversus publicanos*; publicano le quedó a mi padre de mote, y un año de sequía, el de aquella sequía llamada del fuego de San Yvet porque al mediodía del día del santo, que cae por el tres de agosto, ardieron los herbales de las landas de Blame sin que nadie las incendiase, yendo a cobrar la tasa del rey sobre los cueros a Mur-de-Bretagne, lo mataron unos que no fueron habidos, de un golpe de azada en la cabeza. Mi madre era una buena mujer, muy rezadora, cocinera celebrada, y había tenido un tío que había sido canónigo en Chartres, con lo que presumía mucho en las tertulias, contando cuando había ido allí de visita. Aun embolsara algo de las sobretasas de mi padre, y no había sido más porque en mi casa siempre se fue goloso de lo mejor, tanto en carne como en pescado, en quesos y vinos. ¡Ay, violetas del Médoc, no poder cataros ahora! Yo había estado colocado de acólito, la gramática francesa y latina y la *summula decretalis* como pago, en la clerecía de Hennebont, y cuando mataron a mi padre, mi madre pensó que era mejor llevarme a Dinan a estudiar la glosa boloñesa en el Cabildo de los Apelantes, visto lo bien que se me daba el latín de los decretos y que parecía dispuesto para orador en foro. Y ya había aprendido la *interdictio* y la *vinculatio*, que son las dos piernas del letrado en Bretaña, cuando quedó vacante la escribanía de Dorne, y vendiendo lo que teníamos en Le Faoüet y empeñándonos un poco, la compramos. Llegué a Dome con casaca rameada, tricornio de sobrecinta y puños de encaje, y en seguida me hice notar, tanto por la buena letra de mis instrumentos, cuanto porque cobraba poco, daba mucha conversación a cada uno sobre sus intereses, estaba soltero y le escribía cartas por conducto de la posta real al albacea de nuestro difunto canónigo de Chartres, para ver cómo iba el pleito de la herencia. Yo ya sabía que no me había dejado nada, pero era por figurar. Cuando me vi apreciado subí la tasa, y me dolí de no tener un retrato de mi padre, para que viese que sabía seguirle las mañas. «Tales tierras, tales nabos». Contar oro en la noche es la más hermosa cosa del mundo. No canta lo mismo un tornés inglés que un luis de Francia, ni un ángel de las ciudades marinas que un carolus de España. Encendía yo cuatro candeleros y colocaba cada uno en una esquina de la mesa del comedor, y me

dedicaba a contar lo ahorrado, que todo lo tenía en bolsitas de colores, con mi *signum* patentado bordado en hilo de oro. Hacía columnitas, hacía que empedraba la mesa como la plaza del Tremble en Angers, que lo está de piedrecillas redondas como monedas, y entonces, ya empedrada la mesa, con el dedo índice y el del medio de la mano derecha, fingía que era el duque de Laval que paseaba. Y hacía caras de gente perfilándolas con monedas, y un caballo de oro, que me gustaría tener, y por seguir soltero, y ya se sabe por Agustinus que la abstinencia engendra la fantasía y en la glosa da pie este texto para la llamada «atenuante de privación», caí en representar una mujer con las monedas, toda de oro, y le ponía unas aguas marinas que había comprado para los ojos, y dos rubíes por pezones: las partes, eso sí, se las tapaba con mi tabaquera, que por el anverso tenía pintada a Venus Afrodita saliendo de las olas del mar chipriota. Estas eran mis alegrías. ¡Años felices de Dorne, qué pronto os fuisteis río abajo!

El escribano, que era un esqueleto achaparrado y de osamenta muy dura y roja, sacó del bolsillo de la casaca un gran pañuelo de hierbas, no sé si para sonarse o secar los ojos, si es que lloraba, pero, no encontrando cara donde hacerlo, volvió a guardar el pañuelo.

—Una mañana de cierzo, esos cierzos del sudoeste que tanto pegan en Dorne por el mes de febrero y en la otoñada, llegaron a mi escribanía dos caballeros, ambos mozos y lucidos, hermanos que se llamaban los señores condes de Maintenon, venían a Dome a poner pleito al coronel De Sauvage, de los Guardias Montados, para ver quién de ellos tenía derecho a registrar un tesoro en el castillo de Flers, procediendo los tres del viejo Villiers de Flers el Negro, que había sido quien lo ocultara. Me personé por ellos en la Cámara y en tanto que estudiaba los derechos de los señores condes, que sería fácil probarlos si no fuese que había por medio un bastardo y que había ardido la sacristía de Ivry, donde estaba el libro con la partida, lo que daba pretexto al señor coronel De Sauvage para decir que no era tal bastardo, que era una monja que había sido su tía en noveno grado, línea segunda; mientras estudiaba los derechos, estudiaba el tesoro, aprendiendo por plano la disposición del castillo de Flers, e imaginando dónde servirlo, que no sería menos avaricioso y desconfiado que Villiers de Flers el Negro, escondería mi oro precioso si viniesen tiempos de guerra y levantamientos. Y caía en que lo escondería en un hueco que quedaba sobre la bóveda de las cuadras bajas, porque inicialmente se proponían hacer allí el cuerpo de guardia con chimenea y estaba dispuesto el hueco para adecuar el tiro; después cambiaron de idea, e hicieron el cuerpo de guardia en el atrio nuevo, taparon el hueco y utilizaron lo hecho para pocilga. Me eché a reír cuando hice el descubrimiento, como quien adivina qué pájaro picoteó la cereza. ¡Allí mismo tenía que estar el tesoro! Pero no sacaba de mi cabeza el asunto y mi descubrimiento, y no podía dormir e incluso repugné contar el oro en la noche, que la pasaba inclinado sobre el plano del castillo de Flers. Hasta que diciendo que iba a Chartres a cobrar lo heredado de mi señor tío el canónigo, que al fin ya se le habían visto las cuentas al albacea, salí

a caballo por la carretera de Argentan, llevando conmigo a un criadillo que había tomado ex profeso para aquella aventura y se llamaba Dieulebon, como todos los donados de la Cuna de Alençon. Al llegar a Sées le dije al paje que tenía que hacer una visita a Château d'Oo en busca de un documento, y que me esperase en la posada, en la que quedaba por una semana con todo pagado, y yo cogí caballo nuevo, y los de Le Faouët somos jinetes, y por los llanos de la Ferté-Marcé amanecí en Flers al segundo día, y entré en las ruinas, escondiéndome en el ábside de la capilla, que allí la gente no va por lo que se dice de los fantasmas de los Villiers de l'Isle-Adam. Y por la noche fui a registrar el tesoro y pronto encontré la piedra que tapaba el hueco, y caí en que se movería sobre un punto y di con el resorte, empujé fuerte, y descubrí el secreto de una gran caja de hierro. ¿Había acertado, o no había acertado? Me reía solo, a carcajadas. Tuve que sentarme en el suelo para seguir riendo. Y fue entonces cuando entraron los señores condes de Maintenon espada en mano. Yo tenía en la mía un pico, con el que iba a herir en la caja. ¡Ver cómo caía el oro, un río lleno y cantor de oro en el suelo! Y me defendí de ellos con el pico. Le di una patada a la linterna, y me lancé sobre los dos como una fúlgura. Me di cuenta de que yo veía en las tinieblas. Dicen que los febriles del oro ven durante la noche como de día, y es verdad. Dos golpes bastaron. Cayeron justamente al pie del hueco en donde estaba la caja de hierro. Para tirar de la caja tuve que pisarlos, apoyándome sobre la cara del más viejo, el del bigote. Tiré y tiré de la caja, y esta se vino hacia mí. No pesaba nada, estaba vacía, ¡vacía!... Salí como borracho de las cuadras. Llegaba, galopando a través de la lluvia, el coronel De Sauvage con un escuadrón de Guardias Montados. Allí mismo me hicieron preso. Me llevaron a Rennes metido en un saco y atravesado en la montura de un caballo, sólo con la cabeza fuera. La gente de las aldeas salía a las puertas de las casas, y cuando sabían que era Jean Pleven, el escribano de Dome, el que iba allí en aquel saco, me escupían en la cara. Y fui ahorcado en Rennes por ese verdugo que mencioné, con aquella cuerda de esparto de Tarragona tan recia y espinosa, que aún ahora parece que me roza. Y ando en esta función mientras que no termine en el Parlamento de Ruán el pleito del tesoro, en el que tanto enredé yo, falseé, argüí y testifiqué, y faltan aún una vista y una prueba pericial sellada, con lo que se invertirá un año cumplido. Y sigue el pleito porque se dice que la caja de hierro del hueco de las cuadras era una trampa del viejo Villiers de Flers el Negro, y que existe un tesoro verdadero en el castillo. Y los señores condes y el coronel De Sauvage supieron que yo iba a Flers a escondidas porque había dejado olvidado en mi cama el plano del castillo, con una crucecita en tinta verde marcando el hueco.

Se puso de pie el escribano y, desabrochándose la casaca, sacó de la faja con que sujetaba las bragas una monedita de oro, y la hizo sonar en el suelo.

—Esta la salvé —dijo—. Es una Carolina de cuatro escudos, del Imperio.

## IV

**E**L coronel De Sauvage de quien habláis, que mandó los Guardias Montados de Bretaña, debe de ser Gastón Febus de Sauvage Villiers de Flers, vizconde de Livarot, que estuvo conmigo en el Rhin con el señor de Turena, y es pequeño de cuerpo, gran nariz roja y cumplido bigotudo, y por más señas le estorba la erre.

—Es el mismo —repuso el escribano.

—Pues él estaba presente, y era entonces capitán bandera de los Reales Colorados de Flandes, cuando me fusilaron en el patio de Sedán porque había violado a aquella niña tan graciosa que acostumbraba estar mirándome, cuando picaba caballo, desde una ventana del pazo de los duques de Bouillon. La verdad de lo que pasó es que ella me dejaba, y si murió en mis brazos debió de ser de un síncope, y las magulladuras que le encontraron en el cuello no se produjeron a causa de que yo la ahogase, sino que por revivirla la sacudí, buscando que recuperase de nuevo el aliento. Tal vez me sintiese alterado y la hubiese sacudido un poco más de la cuenta. Lo que pasaba era que ya llovía sobre mojado, desde que con los fusileros del Principal de Normandía entré a saco en la villa de Brisach.

—Las coplas que cantaban en Audierne los soldados que venían de la armada del Rhin decían que vuestra merced, señor coronel, le había metido a la niña en la boca la lazada del chambergo, para que no gritase. Decían que la lazada era azul, de seda, y la niña una plumilla de doce años —aseveró madame De Saint-Vaast.

*Gardez-moi, mon Dieu, des vents,  
suis-je une rose, suis-je un oeillet.*

—Esto ponía en boca de la niña el ciego de Dorne —dijo el escribano.

—También yo he visto en Pontivy un cartel, en el mercado, y estaba el señor coronel saltando del caballo a la ventana —dijo el sochantre.

—Bien se ve que la gente no tiene de qué hablar en Bretaña —cortó el coronel Coulaincourt soberbio—. ¿Y quién es el señor sochantre con menores para entrar en disputas de muertos distinguidos?

El sochantre tartamudeó unas disculpas, tragando saliva.

—¿Entré o no entré en Brisach a punta de bayoneta? —prosiguió el coronel Coulaincourt de Bayeux—. Montaba mi La Garde, lucero. Antes de pasar la puente quemamos los molinos de viento. Volado el postigo, entramos cantando *Tonnerre, tonnerre de France* por las estrechas calles, quemando, matando. Cuando llegué a la plaza, al galope, mis soldados habían hecho una fila de imperiales muertos, la cabeza de uno en las suelas claveteadas del otro, para que yo marcase el paso por encima como funámbulo napolitano en el alambre. Los pífanos me daban el compás con la marcha coronela. Uno de los muertos tenía el morrión puesto, con las plumas de los

colores imperiales, y mi La Garde se lo arrancó de una dentellada. Los soldados gritaban que mi lucero tenía el diablo en el cuerpo. Entré en el castillo, que estaba vacío, pero haciendo saco en seguida descubrieron los míos de Normandía que en una cámara oculta estaban la mujer y las cuatro hijas del gobernador alemán, llorando la madre por el marido, que había muerto en el paso de la puente y las muchachas por sus noviazgos, muertos o huidos. La madre no sabía más que exclamar: «¿Y de quién pariremos hijos?». Aquello me indignó. «¿Y no hay aquí un príncipe de Bretaña?», grité yo. La madre fue la primera, y luego, por edades, las cuatro hijas. Y no se privaban. Cerraban la boca y se dejaban hacer. Estaban un poco sudadas en demasía, eso sí. Los soldados gritaban en torno, cantaban, nos echaban vino por encima, disparaban los fusiles, tocaban a rebato las campanas de Santa Brígida, y mi La Carde relinchaba y coceaba como en carga en campo abierto, por prados de mayo. Aquello fue el comienzo de una juerga que duró siete días. Cuando me serené tuve que diezmar el Principal en la plaza, pues estaban locos los normandos. El mariscal de Turena me ordenó salir para Sedán, de reemplazo. Y entonces sucedió lo de la muchachita de la ventana. Un equívoco.

Mientras hablaba el coronel, metía y sacaba la espada en la vaina. Cogió la jarra de la cerveza, pero no quedaba ni gota. La estrelló contra la cabeza de piedra del abad del sepulcro. Aquel desahogo pareció calmarlo.

—Yo dejaba en Bretaña, en el castillo de Caradeuc, capitulada y firmada a una hija del almirante De Erquy, y estaban las bodas dispuestas para el día de San Andrés, cuando bajaran a invernar a Alsacia las armadas del rey. Y todas mis ansias eran las de ir muerto o vivo a Caradeuc a cumplir lo escrito, además que siempre abrigué la idea de tener un hijo que me heredase en Bayeux en el mayorazgo. Y traté con el demonio, la víspera del fusilamiento. Era hombre tranquilo, se llamaba Ismael Florito, y pasaba de Polonia a Irlanda huyendo de la peste bubónica, que se decía que venía corriéndose. Quedamos en que yo vendría a Bretaña un día, después de muerto, que él arreglaría para que tuviese cama de pluma con mi dama, y que volvería a buscarme pasada una octava para llevarme a calentar allá abajo, en las cocinas del viejo dragón. Y así fue, y todo se preparó de la mejor manera, y mi dama, Catalina de Erquy, con los anhelos de verme que se le posaron en el corazón, me abrió de noche posada. Es necesario decir que los tratados con el demonio, igual que Satanás y sus estantiguos, no engendran al natural, sino que tienen que depositar en su sitio la simiente con los dedos. Al levantarme por la mañanita, cuidando de no ser visto en el castillo al salir, quiso mi dama Catalina, por tanto que me quería y yo le gustara, obsequiarme con un reloj de cebolla con las armas de Erquy, y me lo introdujo en lo que ella creyó que era el bolsillo de mi chaleco; pero no era otra cosa que el agujero que me había hecho una bala de fusil en el patio de Sedán. El reloj me entró por delante y me salió por junto al espinazo, deshaciéndose en el suelo. A la luz del alba me miró en el pecho Catalina los once agujeros de las once balas que me habían acertado, y yo tuve entonces valor para decirle que estaba muerto. Cayó sin sentido, y

huí, pues llegaba gente. Me fui hacia el crucero de Montmuran, donde había quedado citado con Ismael Florito, y transcurrió la octava y no venía, y yo de día era hombre y de noche carne podrida. Pasó uno a caballo en una noche ventosa si las hubo en este mundo, y preguntándome si era yo el difunto coronel de Coulaincourt de Bayeux, me dio el recado de que Ismael Florito tardaría doce años y un día en venir a buscarme, pues lo habían detenido en Liverpool por monedero falso, y estaba en la cárcel de Su Graciosa Majestad, con la bola de hierro al pie, y como la bola tenía grabada una cruz, no podía liberarse, pero que esperase paseando, y me enviaba por escrito lo que tenía que hacer y lo que no, para pasar fácilmente este vagabundaje. Y aquí ando de solaz, desempeñando el cargo de pagador de esta familia, que cuando se me agota un luis me amanece otro en la bolsa. Y estoy muy contento, porque la dama de Erquy parió a su tiempo un niño, que es conocido por el bastardo de Château-Caradeuc, y está apuntado en los cadetes del Rey para cuando tenga doce años cumplidos, y mi tía de Bayeux hizo al infante mayorazgo de Bayeux en la Cámara Noble, pues me aparecí a ella una mañana que iba a misa, y le conté toda esta novela. ¡Y lo qué es andar en coplas y carteles! Mi tía, para comprobar si era yo en verdad el violador de Coulaincourt, ¿no quería que la forzase?

## V

— **L**A historia que voy a contar —comenzó a decir monsieur De Nancy poniéndose de pie, y era él un esqueleto más bien esmirriado e inquieto—, no sería muy propia para que oyese algunos de sus pasajes madame De Saint-Vaast si estuviese viva, pero no importa estando muerta, pues ya no la estimulo con mis novedades ni es verdad que presuma en lo que voy a contar de mi primera juventud, de armas eróticas. Mi madre, que había venido a Dijon desde el Hospicio de Baune, colocada para reformar bragas en los capuchinos de Saint-Maximien, tras variados amores terminó de pupila en un tapadillo que en la villa ducal tenía un peinador marsellés, detrás del repeso de la carne. Nací yo; y no se supo de quién, pues entonces no tenía mi madre cortejo fijo, y el peinador marsellés decía que yo sería de cualquier pobre aliviador, pero ella insistía en que debería de ser de un viejo tabernero que se acercó por allí en una noche de lluvia e incluso había perdido una capota de doble ala, y argumentaba mi madre con que desde aquel día le había quedado, dispensando, un sofoco vespertino con mareos, que le hizo darse cuenta de que estaba grávida. El tabernero si fuese sólo bebedor de vino o joven, tal vez no creyese en los indicios que me lo señalaban por padre poco menos que escriturado, pero como gustaba de aguardientes y ratafías, ya era viejo carcamal, y la mujer que tuviera lo había dejado por un cabo dragón, alegando que no le cumplía el débito conyugal...

—Que en Lorena es causa remisoria —apuntó el escribano de Dorne—. Con permiso de la concurrencia, el texto romano dice: «*Nox plaena in hebdómada*», que se traduce por «una vez por semana» cuando menos.

—Al tabernero, digo —prosiguió el verdugo lorenés—, le pareció fácil creer en aquel mérito de hacerme en una tarde de otoño y con tan poca alarma, y dijo que sí, que sería, y hasta me reconocía el pelo que yo traía, tan negro y espeso, semejante en un todo al de un hermano que había tenido que detentaba desde hacía nueve años la plaza de monsieur De Nancy, por cuenta del Lecho de Lorena, y que era muy apreciado por ser festivo, pues siempre que ahorcaba a alguien en la plaza, desde el tablado que se levantaba hacía señas a los conocidos y alguna gracia a las señoras de la nobleza. Como a mi madre le había salido el partido de un ambulante alemán que andaba mostrando la novedad de una linterna sorda por las ciudades de Borgoña, me dejó en la taberna con el tabernero, que todavía no dije que se llamaba Colet, por mal nombre Caldero, quien me crió muy pronto, avivando mis biberones con un tercio de vino tinto y mis papillas con mediana copa de moscateles, y me ponía encima de la barrica de ratafia de Besançon, y me mostraba a la clientela, bajándome las bragas y gritando: «¿No está pistolero mi pitisú?». Esto era muy celebrado, y Colet, llamado Caldero, aprovechaba así para hacer presente, por intermedio de mis vergüenzas, que él no había sido tan castrado como la mujer dijera, pues allí estaba lo heredado, y de donde no hay no se quita. Y de este lance era de lo que antes dije que no se me

tomase por presumido.

Monsieur De Nancy buscó en la cajita una toma de rapé, y esta vez sin ofrecer, pues tal vez no le quedase, o estuviese tan embebido en los recuerdos que se le hubiera olvidado, sorbió en tres tiempos, y con el pañuelo en la mano atendió al estornudo. Le vino este muy cómodo y espaciado, y se limpió, pasando también el pañuelo por la cabeza, como si sudase: costumbres que quedan siempre de la vida.

—Tenía yo, contando a ojo, sobre diecisiete años, y me había puesto garboso, cuando una mañana amaneció en la taberna uno que parecía gran señor. Venía en la posta de Lyon con dos criados, y se presentó como sustituto en Lorena de mi tío, el hermano de mi padre Colet, a quien, en el entretanto, me había enseñado a llamarle putativo un sacristán de las terciarias clarisas de Santa Leocadia. El nuevo monsieur De Nancy le traía a mi padre Colet un reloj de plata, un bastón de estoque y la lámina con los nudos de las horcas reales, dibujo éste de mucho mérito, y con el que mi señor tío, que también digo sería putativo, había ganado el empleo, y que con un perro que se llamaba *Mistère*, y doce libras flamencas que estaban prestadas a una condesa sobre un aviso que le venía de Pondichéry de las Indias, era toda la herencia que quedaba libre de empeños. Lloró Colet, que siempre se llora más a gusto en las familias por los que llegaron alto, y no encontró reparo en que yo me fuese con el nuevo monsieur De Nancy, tanto por estar al lado de la condesa mencionada cuando le llegase dinero fresco, cuanto porque el señor verdugo, que era hombre muy cortesano, me colocaba como aprendiz remunerado. Pronto pudo descansar en mí, pues la mayor parte del día gustaba él de estar leyendo en el *Gil Blas* y calcetando medias, y le salían muy medidas, con gracias de flores y pajarillos bordados, y por aquel tiempo, y a causa de las sospechas de unos venenos hubo mucho trabajo, y yo aprendí el oficio muy ligero, y se admiraron desde el primer día de lo suelto que andaba para el público en el tablado, y se aplaudió mucho una invención que se me ocurrió, pues con una caña de Malaca ahumada que me había dado como obsequio la condesa del aviso del dinero, soltaba el hierro de la trampa mientras miraba para el cielo y sin quebrar cintura. Me fastidió algo mi amo, que me tildó de mentecato vanidoso. Yo iba por casa de la condesa de las doce libras flamencas, y viéndome tan feliz haciendo los nudos de la lámina de mi tío, y otros que yo inventaba, me pedía que se los ensayase en sus ropas menores, ya fuese enagua, corsé, justillo bomba y todo lo demás que va por debajo y se aprieta con cordón o cinta; ayudaba, pues, a vestir a la condesa, que era gorda y pechugona, muy blanca, y tenía muchas cosquillas, y empleado para vestirla, pronto pasé a ser empleado para desnudarla, pues para que tuviese que llamarme a altas horas preparaba yo unos nudos que nadie sabía deshacer. Enfermó entonces monsieur De Nancy de una tos escatimada, y no podía dejar el lecho, en el que pasaba grandes apuros de hipo y flema. Cuando se murió quedé titulado sin más en su puesto. ¡Cuando salí de la Cámara de recoger los testimoniales, di gracias a Dios que en tan poco tiempo, y tan solazadamente, me había hecho un hombre de provecho!



Quedó monsieur De Nancy un poco pensativo, y extendiendo la mano izquierda a la luz del farol, comentó:

—Del anillo de hierro con las armas lorenesas que me dieron, me quedó algo oxidado un huesecillo de este dedo. El escribano de Dorne fue el único que se interesó por aquella herrumbre, advirtiéndome que él no había llevado nunca en sus dedos cosa alguna que no fuese de oro contrastado.

—Yo, por mi oficio, señor escribano, estaba obligado. Pasé a vivir en una casita en la plaza de la Linterna, y no habiéndole llegado a la señora condesa en aquellos cuatro años últimos el aviso del dinero de Pondichéry de Indias, no vio inconveniente alguno en venirse conmigo de ama de llaves, y de casarme, como me pedía, no le quise oír nada, porque era muy dominante en el trato. ¡Vaya que si llego a presentarme en el tapadillo del peinador marsellés con el sobrenombre de conde, preguntando por la Blanca, que era mi madre, no habría poco alborozo! Pero todo el sosiego de que yo disfrutaba en mi casa, heredado, por más, del difunto Colet, llamado Caldero, se torció pronto. La cosa fue que cogieron en Bar-le-Duc a uno que decían que era el Judío Errante, lo que se supuso porque llevaba monedas de Nerón en la bolsa, pintado todo el cuerpo con letras de cábala, y en una gran caja traía cosas para empleos secretos: un espejo con el que se podía hablar en lengua hebrea por las noches, y esto lo atestiguó un prelado que vino de París en una muía sorda, muy placentera de paso y que se llamaba Catalina; una tijera con la que habría que cortar la perrera al último rey que hubiese en Francia, lo que era una gran traición presupuesta, porque con esto se decía que la Corona acababa, y tenía la tijera unas señas que decían «Fui de Judas Iscariote», y también traía candelas que se encendían solas, y bálsamos penetrantes para hacer oro ocultamente. Todo fue muy propalado. Cogieron, digo, al Judío Errante y pasó las pruebas del agua, del fuego y de la mancuerna, y declaró muy pintados sus crímenes, tal y tal, que pasaba años sin comer ni beber, que andaba veintisiete leguas en un día, y que poniendo el ojo del culo en una pared, bajadas las bragas, veía lo que pasaba en las casas. Esto, creo yo, fue lo que más enojó a los señores de Lorena, porque el acusado daba señas de todos ellos en paños menores, y si tenían piezas de quita y pon. La horca, pues, veníale como anillo al dedo, y después de ahorcarlo, por traición al rey había que partirlo en cuatro.

Pero esto último —añadió monsieur con asco—, no era cosa mía.

—Pues es oficio de patente real como otro cualquiera —dijo el escribano.

—En Ruán les silbaba a los caballos, cuando partían a alguno por tiro, el señor vizconde de Keqean, y la familia del muerto consideraba una fineza que este caballero acudiese. Siempre lo agasajaban —testificó Coulaincourt de Bayeux.

—Yo estaba en lo mío —prosiguió De Nancy—. Fue la cosa que cuatro días antes del ajusticiamiento vino una señora de visita a nuestra casa, tratando de salvar a Ashavero de aquel compromiso, pagando en oro contante el cambiarlo por otro, y ya había pensado en un bohemio que tenía un halcón, con el que andaba por Borgoña y Lorena ganando la vida, que lo soltaba para cazar palomas de trapo que colgaban en

veletas, y que dormía, borracho siempre, bajo la puente de Brille. Como a mi marquesa no le llegaban avisos de Pondichéry de Indias, y con la filosofía que entonces se hablaba ya se veía que se aproximaban años de escasez para mis artes, y ya se murmuraba de un médico que había inventado una gran cuchilla que caía con mucha pesadez sobre el cuello del penado, me dejé tentar por el saquito de oro, que me lo echaban como cantando en mi mesa.

—¿Y en qué venía? —preguntó curioso el escribano.

—En doblas de Hungría, que es moneda que no admite desprecio. Todo salió de la mejor manera: compré a un sargento de la policía, y una noche de juerga en la guardia del castillo, a cuenta de mi bolsillín, pusimos al bohemio donde estaba Ashavero, que después de las pruebas a que había sido sometido ya no se conocía, ni de carnes, ni de color, y llegó la mañana de la justicia y sacamos al bohemio a la plaza grande, con una caperuza cubriéndole la cara, y era de paño merino, y es privilegio que tienen en Lorena los que mueren en la horca, pagando, eso sí, por él al verdugo. Y ya colgaba muerto el bohemio, cuando se mostró volando en la plaza, que estaba menos que mediada de gente a causa de la lluvia, su halcón, del que nos habíamos olvidado, y se fue hacia donde se balanceaba su amo, y de un golpe de garra le quitó la caperuza y voló con ella. Otros bohemios estaban al pie de la horca para comprar en subasta las ropas del difunto, y conocieron a su connacional, y se echaron a gritar advirtiendo la trampa, y aunque a mí me guardaban los granaderos del Real Auvernia, me acertaron con un cuchillo en la nuca y caí de bruces en el suelo. Estaba muerto... Mi trabajo es que tengo que andar por ahí hasta que ese Ashavero pase a Roma, donde va a instalar una tienda de espejos, y él no es el propio Judío Errante, sino un primo suyo, que era afilador de hoces en Jericó y le había prestado unos cuartos, y anda tras el Judío Errante verdadero, y cada siete años descansa otros siete, más que con otro fin con el de echar cuentas del monto de capital y réditos, en los que es muy religioso. Cuando pase a Roma, que será para el año que viene, yo podré volver a mi tumba, pero por ahora tengo que servirle de testimonio con el Judío Errante de que este es el primo, y que no ha sido ahorcado en Nancy, que el verdadero Ashavero cree que sí, que lo ha sido, y que la deuda está ya cancelada. Mi afilador es un hombre muy cumplido. Me sale a los caminos y me da saquitos de rapé de Lyon. Yo siempre fui cortesano de trato, y ando ahora muy fastidiado, pues es sabido que los verdugos, cuando mueren, tienen vedado el reír. ¡Quién me lo iba a decir a mí, este *prohibitus*, con lo que me tentaba la risa en las otras alamedas de la vida!

## VI

—**M**I padre —comenzó a contar el médico Sabat, y tenía voz de mando, aunque hablaba cansado y como con disgusto—, vino de Inglaterra a Francia a comprarle a mister Franklin americano una caja de música que había inventado, y que le llamaban «la grande armónica». Al lado de ella el arístón no vale nada.

—El arístón es muy variado —apuntó el sochantre.

—«La grande armónica» funciona con rueda, y es como un órgano solemne, señor bombardino. ¡El señor Franklin, que inventó el pararrayos, no iba a inventar, haciéndose músico, un silbato de capador! Mi padre, digo, traía su capital en su bolsa y en una letra doblada para un banquero de Caen, y allí al lado, en Mezidon, estaba mister Franklin buscando con veletas y globillos el arte de atraer la chispa. Ocurrió que tan pronto como llegamos, mi padre y yo, servidor un mozalbete de catorce años, a la villa de Caen, enfermó mi padre de un tumor de hígado, y se le puso la bilis negra y melancólica, se le produjeron dos vómitos, y se murió. Estábamos en casa de un médico algo pariente, quien me aconsejó que con el dinero y la letra que traía mi padre era mejor que no comprase «la grande armónica», y ya que él tenía mucha clientela, que me hiciese médico en Montpellier, pasase a Roma a aprender la ciencia del láudano y cuando regresase a Caen, me prohijaba y traspasaba la clientela. Yo dije que sí a todo, me mostré agradecido, y salí hacia Montpellier muy recomendado. Me hice mucho de notar tanto porque pasaba por rico, como porque era inglés, y yo propalé que de la católica nobleza en destierro, lord John Sabat de Howe, y por la robusta planta y el vivo entendimiento. En cuatro años pasé el grado de médico, y aun seguí un semestre de flora medicinal, y dio que hablar una memoria que hice sobre el *Folium dictamini cretensis* como remedio contra las heridas de armas blancas, y fui el primero que expuso en tratado el *Electuarium quinae ferruginosum*. Yo anunciaba que iba a seguir a Roma para aprender la ciencia del láudano, pero dejaba entrever que allí me ocuparía de política, colocándome poco menos que como Pretendiente de Inglaterra. Hasta fingía que recibía cartas que traían por dirección «Al Caballero de San Jorge, en Montpellier».

—Todos los presumidos somos lo mismo —comentó el escribano.

—Depende eso de los humores de la imaginación. Recibido que fui en el Gremio de Montpellier, y el hilo de mi bonete era oro fino rizado, al despedirme de una viuda que me servía de acomodo a escondidas, me dijo esta que porque me consideraba su enamorado nunca me había pedido ni un chavo, que tampoco necesitaba, pues tenía un nepote romano que venía cada dos años a Rocamador en romería y la dejaba surtida, y que si quería que me daba unas letras de presentación para el tal nepote, que se llamaba don Juvenilio Caraffa, y era muy conocido en Roma. Y todo lo que me pedía mi viuda es que si algún día yo iba a reinar en Inglaterra, que la llevase de ama de llaves, y que se lo dejase escriturado. Le escrituré lo que quiso, y hasta le

señalé paga para aquellas calendas. Fui, pues, a Roma, y me encontré muy bien recibido por don Juvenilio, que era un viejo muy festejador y burlón, y su hábito consistía en hablar de niñas y estar con ellas. Empujar, digo yo que ya no empujaría nada. Me mostró don Juvenilio un libro que tenía muy antiguo, y que se lo había dejado a guardar César Valentino a un bisabuelo suyo de los Visconti de Modrone, y que era la ciencia de los venenos secretos áureos y térmicos, y porque se lo rogué mucho, me dejaba leerlo en su cámara y anotar en apuntes los compuestos. A escondidas envenenaba yo gatos, perros, palomas, conejos, árboles y raíces, y sólo vivía para los envenenamientos. Un día envenené a don Juvenilio Caraffa para quedarme con el libro del Valentino, y después, por diversión, a alguna gente de poca monta, de la que no fuese muy notada la falta. Pasaba yo también en Roma por un inglés rico y secreto, y calculo que un clérigo irlandés que vino a visitarme, venía de parte de la policía del papa para averiguar quién era tan destacado caballero de Inglaterra, cuál su política, y dónde nutría la bolsa, pues la tenía fácil y nunca se veía vacía.

—Yo soñaba con una bolsa como esa y mandé hacer una de piel de nutria, almohadillada de lana —intervino el escribano—. Puse en ella un peso de Acapulco y una lira de oro de Pisa, por si procreaban. El oro es el vecino más misterioso que tiene el hombre, ¿y quién sabía? Pero no debió de haber fornicación.

—¡Sería una famosa familia, señor escribano! Decía yo que los ensayos de los venenos no me dejaban ni dormir, y por hacerme conocer como inglés de tan alta sangre y mantener conmigo tantas secretas conversaciones políticas, llegué a darme crédito a mí mismo, y ya pensaba en salir para Inglaterra y dedicarme allí a envenenar, y con una gran fortuna que calculaba llevar de Roma, levantar partida en caminos y villas, y ya me veía ungido John Sabat, rey de Inglaterra. La fortuna iba a reunirla en Roma envenenando las fuentes una mañana, y entrando en las casas de los muertos ricos a recoger diamantes, perlas y oro. Para insacular este tesoro me puse al habla con un guarda que había en la iglesia de San Lorenzo extramuros, y que había sido un gran bandido y ahora hacía vida penitente, pero seguía, decían, siendo el patrón de los bolsilleros, ladronzuelos, *bidone*, y demás especialistas de la caquería romana. El guarda, que era un viejo cojo, muy áspero de condición, tardó en incorporarse a mis deseos, que eran los de que me pusiese por criados la mañana del envenenamiento a veinticuatro de los suyos más despiertos, que trabajasen a la parte para mí. Por prometer yo prometí que las partes se harían desde el púlpito mayor de San Juan Laterano, y la medida sería el ferrado de Lombardia, que es el único en Italia que no es al raso. Insistía tanto con el viejo para atraerlo, y le llevaba obsequios de bebida fina por la noche, y *fettucine* espumados de manteca, y *fritto misto* —que le hacían babearse de gula—, y le hablaba tanto de mis historias, cómo procedía de Ricardo Corazón de León, de cuyo rey había leído él una novela, y cómo haría una coronelía de brigantes en Inglaterra con el propósito de conquistar el mundo, que el cojo aquel, que se llamaba signor San Giuseppe, resolvió que metidos a envenenar las

fuentes de Roma lo mejor era envenenar también las vaticanas y quirinales, y principalmente una que hay en el Gianicolo, en el claustro de San Onofrio, de la que le llevaban cada mañana un porrón al papa para sus sedes. El viejo no decía nada, pero yo bien veía que iba corriendo a ensillarse en la gestatoria y ponerse de tiara. Al principio esto se me hizo cuesta arriba, pero yo estaba cegado con mis ensueños, ¿y qué me iba a mí, que había nacido en la Protesta de Inglaterra, que aquel calabrés llegase a papa? Y una noche en que me preguntó si yo, con mi ciencia y memoria de las historias romanas, sabía si había habido algún papa que fuese cojo y de cual pierna, ya se me declaró. Tenía el señor San Giuseppe por segundo en el mando de los cacos a un tal Nettuno, que trabajaba en la puente del castillo de Sant'Angelo, y por el verano en la Piscinula y en la isla tiberina, junto a la iglesia de San Bartolo, y este Nettuno había sido criado de un sastre de los rabinos de la sinagoga que está allí mismo al lado de sus cosechas de agosto, cabe puente Fabricio, y el sastre le contaba a su criado Nettuno que en un pozo que había donde fue el ninfeo de Nerón, estaba escondido un cirial de oro, y cuando hay nuevo papa, de noche va el clérigo más viejo que hay en Roma al pozo, y no lo disturban las aguas, y coge el cirial y viene con él encendido hasta el Vaticano, y si el papa nuevo lee a su luz en el *Nuevo Testamento*, ábrase por donde quiera, es que el papa es verdadero. Nunca hubiera contado Nettuno esta historia romana, pues se le antojó al viejo cojo que había que robar el cirial y cambiarle la vela, para que no fuese descubierto al llegar al papa. Estaba yo más loco que él cuando me ofrecí, siendo como era gran nadador, a bajar al pozo del ninfeo neroniano y coger el cirial. Y allí me fui una noche, con un barbero del mayor de los suizos, que también era de la cuadrilla y ojo pagado del embajador de Portugal, y conocía el pozo y sus entradas, pues una tía suya había vivido en aquel lugar, curtiendo pieles de gato del vecino Coliseo. Dimos pronto con el pozo; la noche era escogida de luna llena, y el agua un gran ojo en el fondo. Cuando la luna brilló en el agua, siendo las doce en punto, se vio muy bien el cirial, arrimado a la pared del pozo, menos de tres cuartas partes sumergido, y era un oro verde y luciente. Bajé despacio, agarrado a una cuerda; era algo corta, y tuve que soltarla cuando el agua me llegaba a la cintura. Ya dije que era gran nadador y que en el mar traía arena del fondo, de más de siete varas y pico. Buceaba en aquella agua, que estaba tibia, y el cirial se levantaba cuando yo me acercaba a él. En una vuelta lo cogí, y ya no pude soltarlo. El cirial tiraba de mí hacia el fondo, cada vez más hacia abajo. Mi lucha con el cirial debió de durar horas; al fin, el cirial me pegó con el regatón en el pecho, y se separó de mí. Lo vi subir, del mismo modo que sale el sol en los amaneceres claros de abril y mayo. Yo estaba en el fondo del pozo, derribado. Estaba ahogado. ¡Y lo que son las cosas! No bien me vi ahogado, un muerto enfangado en la cuba del pozo, todo se me volvía decir, como si pudiese gritar: «¡El rey de Inglaterra ahogado!». ¡Gran noticia para las gacetas!

El médico desabrochó la casaca y el chaleco, y mostró en la camisa una mancha de sangre, que ya estaba negra.

—Aquí fue donde me dio el cirial el golpe. A mi lado, en el fondo del pozo, estaba un joven sentado en una gran piedra de mármol, vestido a una usanza antigua. Apoyaba los codos en las rodillas, y descansaba el rostro entre las palmas de las manos. Debía de llevar allí muchos siglos. Clavó la vista en mí con una mirada muy grave. Poco a poco se fue levantando, como si le costase mucho trabajo, se arrimó a unas piedras latinas y columnas que allí estaban derribadas, y sin decir palabra, moviendo con el pie aquel montón de labra romana, descubrió una salida. Yo estaba todavía acostado en el fango, en el fondo del pozo, y al abrirse aquel túnel las aguas comenzaron a correr y me llevaron como lleva el río una hoja seca. Amanecí en las arenas de Mont Saint-Michel, estando la marea baja. Uno de gran sombrero de ala ancha me daba cachetes en las mejillas.

—¡Llevo un año esperándote, amigo! —me decía riendo a carcajadas.

—La voz me era conocida. Abri los ojos y quedé atónito. Era don Juvenilio Caraffa, el nepote romano.

—Estabas equivocado, Sabat —y se burlaba hablándome—. Yo era un demonio, ¡hombre!, y me fastidiaba que me pusieses los cuernos con la viuda de Montpellier. Ahora estate por ahí, que yo voy a llevar la imprenta a Cuba, en lo que invertiré un año, y cuando vuelva ya te encontraré en la encrucijada de Huelgoat, e irás conmigo para abajo, donde tendrás acomodo, que está aquello falto de sangradores, desde que murió Rufo de Segovia, que desde niño bajaba en vida a hacer sangrías al Infierno. Utilizaba lanceta toledana, que es muy dura. Tú estás más a la moda, y vas a ser muy apreciado. ¡Igual entras en la caballería del rabo, señor rey de Inglaterra!

—Por San Martín vuelve de Cuba don Juvenilio Caraffa, y yo paso a la cueva de su mano, y ando disgustado, porque conocí al difunto boticario de Metz en un campo vecino de Grenoble, que andaba buscando la *Cotula áurea linneana* variedad macho, y me dijo que abajo no valen titulados de Montpellier, y que por mucho birrete de hilo de oro que ponga, y siempre lo llevo en el cabás, nadie me evita examen de lanceta de Lyon y limonada purgante.

Se levantó el médico Sabat, y le pidió a madame De Saint-Vaast muy seco que le dejase su cabás, en el que madame se había sentado para hacer la tertulia, y lo abrió y sacó de él, muy envuelto en un pañuelo de seda blanca, su birrete de Montpellier enhilado de oro. Puso en la monda calavera aquella tan solemne cobertura y se ofreció en dos paseos a la admiración de los presentes. Y a fe que le caía bien.

## VII

**A**QUELLA pequeña luz que decían que era Guy Parbleu, comenzó a hablar muy sosegadamente, con una vocecilla atiplada, tras toser un poco, desde la cadena en que se balanceaba, pues también al criado del Demonio, silencioso todo el tiempo, fuera del castañeteo, le había llegado el turno de contar su historia. Todos estaban muy atentos, levantando las calaveras para verlo, y el coronel Coulaincourt de Bayeux ponía en el sobrecejo una mano de visera.

—Contaban que amanecí una mañana del mes de la siega a la puerta de un zuequero en Redón. Este, que se llamaba Levejean, no era mal hombre, sin despreciar a los presentes, y me crió como pudo, sin que le ayudase la mujer, a la que se le había metido en la cabeza que yo era el resultado de un tapujo que el zuequero había tenido no se sabe dónde. A otros el hambre les hace adelantar años en entendimiento, bien lo sé, pero a mí las privaciones y el frío que pasaba me habían atontado. Tenía nueve años y podía pasar por de cuatro a cumplir en el próximo enero. La tía Levejean me enseñó a salir a la diligencia de Nantes a pedir limosna, y nunca aprendí a guisar adecuadamente las pláticas que me enseñaba para ablandar cristianamente los bolsillos de los pasajeros ricos. Yo sólo sabía, decir: «¡Somos gente pobre! ¡Somos gente pobre!». Al llegar a casa tenía que darle a ella, sin que viera el marido, las limosnas conseguidas, y todavía me registraba y me ponía en cueros en la cocina. La verdad es que esto terminó un día en que percibió que ya me brotaban unos pelillos en el empeine. Le dio por reírse, y me dijo: «¡Vaya con mi gorrión, que ya va emplumando!». Desde entonces hasta me parece que me cobró algún afecto, me obsequió por Pascua con unos zuecos nuevos, y cuando había bebido algo me pedía que la besase detrás de las orejas, lo que no estorbaba para que si volvía sin nada de la diligencia, me pegase. Siempre pensé que aquella airada no regía. Poco cundía yo en mi crecimiento, pero iba espabilando, y me aficioné a ocultar entre mi pelo, que lo tenía largo y crespo, alguna que otra moneda, pegándolas con la pez de sacar brillo a las tiras de cuero de los zuecos, pues se me había metido en el magín el ansia de comprar una gaita. Por la noche, y cuando pasaba la diligencia, y yo corría hasta la puente tras ella, que me gustaba mucho verla perderse en las revueltas del Vilaine con el farolillo encendido en la trasera, iba a recibir lecciones del gaitero del Concejo, que me las daba gratis, y aunque era un gascón brusco, había salido compasivo. En estas estaba, y ya sabía promediar el fol y dejarlo aflojar con el codo sin ahogarlo, cuando llegó aquel ricachón Siete Chalecos a casa de Levejean preguntando por mí. Era un gran barrigudo, famoso colorado de mejillas y nariz, y pierna corta, y venía a buscarme, pues me había visto en la diligencia pidiendo limosna y le gustara para paje de recados, según decía. Indicó que vivía en Le Mans de rentas, que se llamaba monsieur Salomón Capitán, y que era conocido por Siete Chalecos por lo aficionado que era a ellos. El zuequero, que se había acostumbrado a que yo le calentase los pies, no me quería vender, pero el ama Levejean cuando vio los cuatro luses en la palma

de aquel rico señor de Le Mans, aceptó en seguida el trato y me expidió un recibo. Lo que no impidió que llorase todo el día.

—Si llego a estar yo allí —cortó el escribano—, le organizábamos un interdicto con la *Lex plaetoria de Circumscriptione Adolescentium*, que es tan notoria.

—El lino, señor escribano, nació para ser golpeado. Me compró monsieur Salomón Capitán, me proporcionó ropa nueva, y me ordenaba que anduviese siempre lavado con jabón de olor, que era tan aficionado a perfumes como a chalecos. Dijo que tardaríamos aún un año en llegar a Le Mans, y que ahora le era necesario pasar una temporada entre Dinan y Mur-en-Bretagne, y porque ya conocía mi ansia de ser gaitero, que no tuviese pena, que ya se preocuparía de que aprendiese por solfeo, y a cualquiera que me preguntase cómo me llamaba que le dijera que Bernardino. Poco tardé en saber que monsieur Salomón Capitán era un demonio de cuantía, y que el andar demorándose en la tierra de Bretaña era para averiguar dónde se escondería de él un tal mayoral Clamot, que le había robado una valija.

La lucecilla se dejó caer de la cadena, paseó un poco, y si fuese esqueleto seguro que no se vería más claramente que doblegaba la cabeza y llevaba los brazos cruzados sobre el pecho. Subió por las escaleras del púlpito, saltó al águila de piedra de san Juan, y prosiguió el relato.

—Lo que quería de mí Siete Chalecos era que me pusiese una capita corta, de sobremangas, que traía en su maletín, y con ella puesta que entrase en las casas a husmear y no dejase agujero alguno sin espiar, y esto podía hacerlo cómodamente, ya que con aquella capita me hacía invisible. A él, como había engordado tanto, sobre todo de barriga y espalda, no le servía. ¡A fe que le cobré gusto al trabajo! No hay en Bretaña quien pueda contar tantas historias como yo, si me pusiese a ello. Dos años podríamos demorar aquí, y entretenidos os tendría con mis noticias. En una casa, hallándome yo revolviendo en el desván, oí un día gran tumulto y levanté la trampa para ver qué era aquello, y era que llegaba de visita una señora que se llamaba madame Clamot; venía de Montmurán y traía de regalo un barrillito de aguardiente de manzana y unas tocas de lino para las muchachas de la casa, que eran tres y muy graciosas. Al comienzo de mi oficio yo frecuentaba mucho las visitas de las mujeres, viéndolas desnudarse y cómo dormían, y hasta osaba alguna caricia, aunque monsieur Salomón me lo prohibía, pero pronto terminé con eso, como terminan los aprendices de crema y pasta en las confiterías, por empalago, que se me perdía la ilusión. Corrí junto a mi Siete Chalecos, que estaba estudiando en los naipes las políticas del mundo, y le dije cómo había llegado madame Clamot, cómo le había preguntado por el marido, y cómo respondiera que el mosiú Clamot quedaba en Montmurán con reuma y que este mal le vino de andar tantos años en la diligencia, de Mortain, a la intemperie. Gritó mi amo: «¡Ese es don Caco!», y aquella misma noche, en caballos alquilados, salimos para Montmurán. Mi amo quedó en Caradeuc mientras yo me acercaba con mi capita maga a Montmurán, y en una casa de la calle de los Osterlines di con el mayoral Clamot, que no era verdad que tuviese reuma, al menos que se



viere, pues andaba ligero, y encima de la cama tenía la valija de mi Siete Chalecos, El encargo que yo tenía es que me pondría a la puerta de la casa y allí estaría sin moverme, en espera de que pasase monsieur Salomón Capitán y me viere. Vivía el mayoral Clamot encima de una taberna muy afamada, y la puerta de la taberna estaba muy lucida con cuatro enredaderas de lúpulo, que por ser septiembre, estaban floridas y exhalaban un olor precioso. Entré en la taberna a beber un poco de cerveza, y me senté sobre la capita en una banqueta, en donde se me viere desde la calle. De la cabalgata por la noche, yo no tenía costumbre de andar montado, tenía hambre y sueño. Para que me tirase por la cerveza comí unos arenques ahumados y un poco de queso de Fougères, y descabecé un sueñecito, del que desperté porque me apuraban aguas menores. Me levanté para hacerlas en un patio trasero, y ni me acordé de la capita corta, y cuando volví, un sastre que llevaba bebiendo seguido toda la mañana, estaba probándola, metiéndola por las mangas, e iba a hacerse poco menos que aire delante de los que llenaban la taberna, que eran más de diez, contando un clérigo viejo de antiparras y un caporal de los Provinciales de Rennes. «¡Es una obra de mérito, sí, señor!», decía el sastre. «¡Paño Lovaina de dos urdimbres, pasamán parisién!». Y en esto se tambaleó, hizo una ese, logró enmangar la capita, y en el mismo momento en que la enmangaba, se arrimó a la pared, y desapareció por ella. ¡No había más que ojos abiertos en la taberna! Yo quise huir, pero el caporal aquel de los Provinciales me metió el sable entre las piernas, y me hizo dar de hocicos contra el clérigo. Bajaba entonces el mayoral Clamot, y al oír el caso, se puso a gritar que yo sería sacristán del demonio Salomón Capitán que lo andaba persiguiendo hacía años, propalando que le había robado una valija. Me prendieron, y porque me consideraron domiciliado con mi amo en Le Mans, me pasaron certificado a la justicia de París.

—Ahí —dijo el escribano—, también se podría recurrir con la *Lex lunia de Peregrinis*.

—No conseguí letrado, conté todo lo sabido y lo hecho, trajeron a París al matrimonio Levejean, no fue hallado Siete Chalecos, y recayó sentencia sobre mí de ser quemado en el atrio de Saint-Germain como causante de la muerte del sastre, del que no se volvió a saber más, y de tregua con Satán. Cuando comenzó a arder la hoguera que hicieron, que era principalmente de ramas de roble secas, hasta me gustaba, y decía para mí que no era sin tiempo que pasase algún calor. En seguida me desmayé con el humo, y tal vez no despertase si no hubiese sentido que me cogían fuertemente de las orejas y me escupían en la cara. Era Salomón Capitán, que envuelto en humo, apartando las llamas como quien aparta en el bosque una enramada venía a salvarme, pero no había llegado a tiempo. «¡Sopla fuerte!», me gritó. Soplé, y bien soplado, pues sentí como si yo saliese de aquel cuerpo que allí ardía, y el cuerpo ya no era mío, ni dolía, ni me molestaba el humo. Estaba en manos de monsieur Salomón Capitán, que me decía: «¡Por un nada, mamalón, no llego a tiempo ni de cogerte el aliento!». Y menos mal, digo yo, que salvamos algo. Soy mi aliento, pues, y, castañeteo los dientes porque ya no me acostumbro al frío del mundo

después de aquel agosto tan lucido que pasé en la hoguera. Siete Chalecos estaba rabioso conmigo, y me mentaba la familia, lo que no me ofendía nada porque no la tenía conocida. «¡Merecías que te metiese en una lechuza!». Me metió, eso sí, en una caja de jabón de lima de Provenza, y salimos hacia Cahors, en donde iba a comprar dos dientes de uno que ahorcaban la víspera de San Andrés. ¿Y no resultó que el ahorcado no tenía ni un solo diente? No le salía una a derechas a monsieur Salomón Capitán. Se cagó en su suerte y en los avisos que le llegaban de abajo, para que se avisase, si quería seguir por este mundo, y tan irritado estaba y tan loco se puso, que me dejó olvidado al mismo pie de la horca. Salí como pude de la caja de jabón, y me puse en camino. Y doy gracias al señor médico Sabat que me recogió en las afueras de Chartres, y hasta escribió a conocidos suyos para ver si sabían por dónde anda Salomón Capitán, y si todavía soy su paje de recados o no.

Amanecía. La lucecita de Guy Parbleu se fue apagando poco a poco, y empezó a sentirse el castañeteo de los dientes. Seguía a caballo del águila de san Juan, y se oía en toda la arruinada iglesia de Saint-Efflam-la-Terre su continuo tactac, como un sermón extraño y monótono. Madame De Saint-Vaast se daba polvos de arroz en el escote, que las carnes volvían, y monsieur Coulaincourt de Bayeux encrespaba los negros bigotes, que le salían largos y espesos. De la calera llegaba el hidalgo de Quelven, y venía de muy buen humor.

—¡Señor sochantre, mi heredero! ¿Estas pieles nuevas no merecen una contradanza?

El san Efflam de piedra retiraba su pie de encima del brazo del sochantre. De Crozon se santiguó. Los murciélagos volvían a sus nidos en la torre. Cantaban los gallos en Kernascléden, y en el atrio del viejo monasterio en que había pasado la noche la hueste, relinchaba La Carde, el famoso lucero del señor coronel.

**TERCERA PARTE**

**VIAJES Y AVENTURAS**

*Cuando salieron de Saint-Efflam-la-Terre, muy de mañana, nuestro sochantre, que había pasado la noche sin cerrar ojo, sorprendido con tanta novedad, pero que estaba sin sueño gozando del sol que comenzaba a brillar y de ver a su alrededor gente tan cumplida dentro de sus desvaríos, ahora vuelta a la carne pecadora, solicitó permiso para tocar algo de bombardino, el que le concedieron complacidos, arguyendo De Crozon que los músicos de metal no pueden dejar que se les ablande la embocadura. El tableteo de Guy Parbleu ya le era tan familiar como el tictac de un viejo reloj de péndulo en la casa paterna, y los que de aquella hueste le despertaban mayor simpatía eran madame De Saint-Vaast, a la que ya tenía por la más dolorida señora del mundo, y el coronel Coulaincourt, que siendo adusto por naturaleza, era un caballero muy impuesto. Ya se le veía en el mando.*

*—Toque aunque sea una valentina, señor sochantre —dijo monsieur de Nancy.*

*—Que toque a ver si me olvido de la molestia que siento —dijo el hidalgo de Quelven—, pues estas carnes nuevas que me han salido esta mañana me resultan algo pesadas.*

*—Los primeros días parece que anda uno de casaca nueva y camisa de estopa sin ablandar —comentó el escribano.*

*—Venga esa valentina, mi amigo —animó madame. El sochantre tenía un estilo de tocar muy empastado, y hacía muy dulces las piezas. Tocó la valentina y un róndete italiano que estaba muy de moda, y se llamaba el róndete de Don Rossini, y tuvo que repetirlo a petición del médico Sabat.*

*—Si tuviese letra ese rondete —dijo madame De Saint-Vaast—, de seguro que yo ya estaría llorando.*

*La carroza corría por el camino de Rostrenen, que va por la ribera del río Scorff por entre prados en este enero medio cubiertos por las aguas. Cuando se vio el castillo de Rostrenen, la carroza dejó el camino real por uno de carro, algo en cuesta, que después de rodear unos pastizales entraba muy sabroso en la selva de Goulic, por entre alisos que se espejaban en las pequeñas lagunas. Paró en un lugar donde la selva clareaba un poco, y el camino aquel ya se veía que no era muy frecuentado, pues crecían en él tojos y zarzas. Había allí una fuente, y a su lado una cabaña vieja.*

*—Señor sochantre, el que no duerme de noche duerme de día —dijo*

Coulaincourt, dándole una gran palmada en la caja del bombardino—. Vamos a echar una siesta en esta cabaña.

—Y ¿no íbamos a visitar Bretaña? —preguntó el sochantre.

—Cuando se aproxime la noche, iremos a comer unas perdices con salsa de laurel a la huerta de la rectoral de Carhaix.

Libertó los caballos Mamers, que se pusieron a pastar seguido polios alrededores de la fuentecilla, y la hueste entró en la cabaña, que estaba alfombrada de paja de trigo, y cada difunto buscó acomodo y el sochantre se arregló al lado de madame, que se había puesto un abrigo morado.

—Hasta la noche —dijo Coulaincourt echando sobre su cara un pañuelo de seda negro, tras envolverse en el capote militar.

Madame De Saint-Vaast cruzó los brazos debajo de la cabeza, y le resbalaron las mangas pompelanas, y asomaba aquella suave albura en los propios ojos del sochantre. Al sochantre, de niño, la artillera le cortaba las pestañas para que le creciesen, y le crecieron en verdad muy lucidas y largas, y nuestro De Crozon se fue quedando ahora adormecido pensando que si levantaba un poco la cabeza podría hacerle a madame unas cosquillas casi en el mismo sobaquillo. La aventura le puso una sonrisa en los labios antes de adormecerse definitivamente. Soñó que madame vivía con él en el pomar de Quelven, y que le arrancaba las pestañas para tejer con ellas un cordón para el corsé. Y al sochantre le gustaba que se las sacase.

## I

**C**ORRÍA la carroza por la llanura de Huelgoat; el camino estaba enfangado, y el sochantre le había pedido a Mamers el Cojo que lo dejase subir al pescante, por el placer de ver cómo los caballos reventaban charcas. Le había tomado gusto a aquel libre vagar, y a gastar el día sin apremios. Sopló en el bombardino una marcha que había comenzado a solfear en su magín aquella mañana, y le parecía que los caballos ponían su trote a compás. Bajaban para pasar el vado del Aulne, que es una comente viva y clara, cuando sofrenando en la cuesta se emparejó con ellos un joven que montaba un percherón, se tocaba con sombrero militar nuevo, se envolvía en una capa vieja y descolorida, y llevaba descalzos los pies que apoyaba en los estribos: el caballo era buen normando, algo alterado por la mano dura y nerviosa del jinete, que le imponía mucho freno. En el arzón llevaba dos pistolas de recado. Era muy franco de cara, y no digamos de los ojos claros, e iba tan contento como si fuese aquel el primer viaje que hacía por el mundo.

Puso el percherón al estribo de la carroza, y metiendo la cabeza por la ventanilla, dio corteses buenos días en bretón bretonante, antes de preguntar en francés:

—¿Son Sus Señorías invitados a la boda de la señorita de Toul-Goulic?

—¿Y con quién se casa mi sobrina? —inquirió curioso el coronel Coulaincourt.

—¡Que Dios la conserve! ¡Se casa con un hacendado de Avon!

—¿Y no hay en Bretaña otros hidalgos a quien agasajar con una paloma?

—¡Ay, si la dieran! —se dolió el joven. Y cambiando una mirada con madame De Saint-Vaast, que le sonrió secretista, puso a galope el percheron para pasar el vado, y yendo el río promediado, levantaba mucha agua el caballo con el braceo.

—¡Ese va enamorado de vuestra sobrina, señor coronel! —le dijo monsieur De Nancy a Coulaincourt de Bayeux.

—¡Es que el virgo lo merece! ¡Ha de haber pavos rellenos de manzana y bechameles variados!

—Pues podíamos ir a picotear algo —propuso el escribano.

—Sería ir a echar agua al vino que hizo el Señor en Canaán, el que nosotros nos descolgásemos en Toul-Goulic —dijo dando seriedad al pleito el coronel—. ¿Vamos o no vamos a ver llegar a Dinan la guillotina?

El camino real de Carhaix a Guingamp, donde la hueste haría noche en una posada de la que se hablará, corre por entre espesos brezales y grandes charcos de agua blancuzca, y alguno de estos aun cortaba el camino, con gran contento del sochantre De Crozon, por lo amigo que era de estallarlos y espumarlos. Nunca había sido tan joven, nunca había tenido para él el mundo tan obsequiosa y fácil novedad. Indudablemente que todos aquellos que lo acompañaban eran muertos, o tenían cadena con bola al pie eternamente, pero con él se portaban como si fuesen leyendo el *brelant* de la galanura. Cuando supo que el sacarlo de casa no había sido más que para que el hidalgo de Quelven le oyera unas piezas mientras no entraba en la tumba,

se había irritado bastante, pero también es verdad que el señor hidalgo se había adelantado a legarle en testamento un soto de manzanos, adivinándole el deseo que de él tenía, y más en aquellas riberas que se alargan sobre el Blavet. Asimismo, la primera noticia de que la fama de su música pasara más allá de Bretaña, la tuvo por el médico Sabat, pues un abad de Falaise había comentado en una posada de Avignon, al lado de la puente, lo perfdados que salían los entierros en Bretaña de Francia desde que en Pontivy les ponía un sochantre con menores acompañamientos de música italiana. Y este sochantre era él. El coronel, que ya se veía que era hombre de mucho arranque y mando montado, tenía con él esa franqueza que es la cortesía del trato en sala de banderas, y porque supo de los deseos de la artillera que lo criara, ahora le llamaba el sochantre «señor oficial del Real Navarra», con saludo de mano abierta en el tricornio. Y madame De Saint-Vaast mostrábase obsequiosa y reidora, mantenía con él una charla muy graciosa y demorada, y posaba sus ojos en los del sochantre de cuando en cuando, le hacía muecas con la boca, y el sochantre la sostenía siempre de la mano cuando subía y bajaba de la carroza, y no encontraba que se corriese en la gentileza pasándole el brazo por el talle, para asegurar más la ayuda. Madame le lavaba los pañuelos, que con tanto rapé como ofrecía monsieur De Nancy los ponía perdidos: atados a una varita de avellano llevaba dos como quien lleva una bandera, secándose al viento. Las tocatas en el bombardino las lanzaba ahora alegres y prontas, como nunca antes había logrado, pues las cortesinas y contradanzas acostumbraban salirle música de iglesia y los rondós más parecían responsos floreados que otra cosa. El escribano, que era muy atento, raposo y apuntador, le decía después de cada serenata:

—¿No andaré en amores el mirlo?

Madame de Saint-Vaast se ponía colorada, y al señor sochantre se le apretaba algo en el corazón y se le apostaba un nudo en la garganta. ¿Estaría él enamorándose de una difunta? ¿Y quién diría que fuese una difunta tan tibia blancura, tan cariñoso mirar? Tenía ella un modo de sacar la puntita de la lengua y humedecer los labios, primero el de arriba y después el de abajo, y De Crozon, que miraba de lado, por no dar más que hablar al escribano, sin darse cuenta repetía el gesto, y ella entonces levantaba un poco más la cabeza y clavaba la vista en el sochantre muy serena, como dándose por aprisionada en un beso que ni siquiera osaba salir al aire. Al sochantre se le encendía la piel, y se requemaba en su rincón, a un tiempo asustado y feliz. Iban hacia Lanrivain, cortando por las landas de Carhaix, por el camino viejo, que nadie atravesaba hacía más de cincuenta años, desde que degollaran en él a un mendigo de Plouaret que iba a Sainte-Anne d'Auray a la romería, y a partir de entonces sale al camino el pobre con la cabeza en la mano a pedir limosna a los que pasan, y hay que ponerle la moneda en la boca.

—Si sale el pobre de Plouaret al camino —dijo el coronel Coulaincourt—, ya puede el señor escribano despedirse de su Carolina del Imperio...

—Los difuntos no dan limosna —contestó el escribano de Dorne—. Se prescribe

en la ley romana. *Lex Ciencia de Donis et Muneribus*.

Debía de saber el pobre de Plouaret que aquellos eran difuntos, pues no salió al camino en la puente de Boss, ni en el crucero de Saint-Martin, y debía de estar al tanto de la ley romana. Comenzó a anochecer pasando por Lanrivain, al lado del Calvario. Una vieja estaba encendiendo los faroles, y un soldado con gorro frigio, colgado a la espalda el fusil con bayoneta calada, grababa algo con una navaja en la barra del viejo portazgo de los antiguos vizcondes de la Toul-Goulic, pintada de blanco y verde, y ahora desmontada de sus machos.

La posada donde iban a hacer noche estaba en un altillo, a dos leguas de Guingamp, perdida en medio de los herbales de Moedac. La carroza dejó el camino viejo, y Mamers la metió detrás de unos abedules, y era notada por el señor sochantre la potencia que tenían los caballos en la noche, y cómo la carroza podía correr aun por donde no había caminos ni llanos, tan pronto como las sombras se ponían a cubrir el mundo. Se apeó la hueste, y el coronel iba delante —alumbrándose con Guy Parbleu, que lo llevaba posado, gusanillo de luz, entre las plumas de su tricornio—, guiando el camino de la posada. Madame Clarina de Saint-Vaast recogía las faldas hasta las rodillas con una mano, y con la otra se apoyaba en el hombro de monsieur De Nancy. Iban por el herbal, y la hierba les llegaba hasta la cintura. La posada era una torre medio derruida, y a cada lado tenía un gran cobertizo, y delante una era redonda, enlosada. De uno de los cobertizos salió uno que sería pastor por la piel de oveja que vestía, y se alumbraba con un farolillo. A su lado otro, envuelto en capa blanca, sostenía de una correa un perro lobo, que luchaba por lanzarse a los recién llegados, enseñando los dientes y roncando rabias.

—¿Quién vive en Bretaña? —preguntó el del farol. Tenía voz joven, aunque se la disimulaba el miedo.

—¡Mejor será preguntar quién muere! ¡Pasa el difunto coronel Coulaincourt de Bayeux, del Principal de Normandía! ¿Y quién se atreve a vigilar a los muertos en los herbales de Moedac?

El de la capa blanca pasó la correa del perro a la mano izquierda, y con la derecha tomó del que parecía pastor el farol, y se adelantó para echar una mirada a la visita. El coronel estaba plantado en medio de la era, con el sable desenvainado, y detrás de él, desatornillando su bastón estoque, el señor hidalgo de Quelven. Los demás quedaron un poco atrás, y el sochantre no veía que cayese deshonra sobre los De Crozon de Chateau-Josselin escondiéndose detrás de la higuera que se levantaba junto a la cancilla de la era.

—¡Buenas noches, señor pariente! ¡Se presenta el capitán de fragata Du Crann, de la Marina Real! ¿Acaso no había enterrador en Sedán?

—¡Tarda uno —dijo el coronel envainando el sable—, en perder la ira! Mi madre, que en paz descansa, era una Du Crann del pelo rubio. ¿Se perdió algún navío del rey de Francia en los herbales, señor capitán?

El capitán entregó el farol y el perro, que medio se había calmado, al pastor, y se



puso a hablar en voz baja con el coronel. El escribano de Dorne, que parecía conoedor de aquella posada, guió a la hueste al cobertizo de la izquierda, y allí se aposentaron en rueda, y visto que el coronel se demoraba, comenzaron a cenar arenques ahumados y sidra dulce, y un intermedio de huevos cocidos. El sochantre había comprado en Huelgoat una pieza de pan de centeno, y cortaba unas cortezas muy sabrosas, de espaldas al médico Sabat, que era muy aficionado a ellas. Había pasado media hora y el coronel no venía, y al sochantre las noches se le hacían muy duras, ya que puestos en rueda aquellos difuntos empezaban a contarse unos a otros sus historias, como si se tratase de novedades, y organizaban el más temeroso coro del mundo, pues cada uno hablaba por su lado, sin oír al otro. Ya llevaban promediadas sus vidas cuando entró el coronel Coulaincourt y se introdujo en la disputa. El coronel contaba deprisa, y con más brevedad que de costumbre, adelantándose al hablar de los otros con su carrera, y en un momento terminó aquella solfa.

Se levantó el coronel de la banqueta en que se había sentado, y apoyándose con ambas manos en la empuñadura del sable, habló con mucho sosiego, aun dejando brillar en la charla algunos puntos de alegre bambolla.

—En el cobertizo y en la cocina de la torre están ahora mismo —dijo— nueve señores chouans, bajo el mando de mi primo Du Crann, y se vinieron a apostar en esta soledad, porque a la hora del alba pasarán camino de Morlaix, por la carretera real de Saint-Brieuc, dos cañones republicanos, y los caballeros de Bretaña piensan tomarlos a pólvora y espada. Por ser el de más alta graduación presente en este campo, según las ordenanzas de la Royale Armée, tomaría el mando en la batalla, si no fuese que me veo difunto.

Dijo esto altivo y abombando el pecho. Con la punta de la vaina del largo sable en el suelo, que era de tierra, trazó una línea que figuraba la carretera real, y a la derecha de ella hizo un pequeño agujero, que era el bosque de Preml, y a la izquierda otro, que era donde estaban, la vieja torre de Mordeac, y aclaró cómo los chouans cargarían saliendo del bosque, mientras él, con el hidalgo de Quelven y monsieur De Nancy, galoparía contra la vanguardia, cerrando la emboscada, y el sochantre y el médico Sabat alarmarían ocultos en los herbales, el médico disparando una pistola de recado que le prestaría un señor chouan, y el sochantre tocando una marcha ligera en el bombardino, lo más parecida que le saliese al cornetín de órdenes. Madame De Saint-Vaast esperaría con los otros en el cobertizo la vuelta de la guerra.

—¿Y yo qué pinto? —preguntó dolido el escribano.

—¡No hay noticia de escribano en batalla, señor Pleven! —le gritó el hidalgo de Quelven, que al fin había conseguido desatornillar el bastón estoque, y hacía molinetes con la brillante hoja a la luz de Guy Parbleu.

Y fue entonces cuando se oyó la lechuza tres veces. Salió al campo el coronel con sus guerreros, y les señaló a Sabat y al sochantre un altozano en el que, retorcido, desmedraba un castaño. Los chouans montaban en sus caballos, y Du Crann llevaba

su perro lobo a la grupa. Con la luna llena se veía ahora como de día, y se había levantado viento terreno. Siempre ventea en Bretaña cuando hay luna. Los más dicen que es el aire que mueven los difuntos que pasan. Se hizo Sabat con su pistola y se echó a andar hacia el puesto, seguido del sochantre, por un camino de pastores. Vieron pasar a Coulaincourt y a los suyos galopando, herbales abajo; de los chouans, ni rastro. La señal era dos veces el canto de la lechuza y un silbido largo. Al llegar al alto, Sabat subió fácilmente al castaño, y De Crozon se escondió entre la hierba, sentado en la caja del bombardino.

—¡Ya están ahí! —le murmuró Sabat.

Cantó la lechuza en el bosque de Preml, y seguidamente atravesó la noche un silbido largo. Se oían tiros por donde corre la carretera real. Sabat disparaba al aire la pistola, como se le había ordenado, y De Crozon inició una marcha cazadora, que había oído cantar de niño cuando venía su padre de cazar el jabalí en Guéhenno. Sin darse cuenta, se había puesto de pie para tocarla. Una gran boca de fuego se abrió en la carretera, donde se reñía la batalla, y el estruendo que siguió fue enorme. Se hacían disparos sueltos más allá del bosque de Preml.

—Debió de estallar un armón —comentó el médico Sabat, bajando del castaño, que ya se le había agotado la pólvora.

Llegaba el hidalgo de Quelven, galopando en el esqueleto de uno de los caballos de la carroza, con el estoque en la mano.

—*Vive le roi!*

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sabat.

—Los chouans llevan los cañones por el camino viejo. También llegaban Coulaincourt y monsieur De Nancy, cada uno montado en su esqueleto caballar.

—¡Una hermosa escaramuza, señores! —gritó el coronel saludando, y riendo aseguró:

—¡El mérito hay que concedérselo, señor sochantre, a esa marcha cazadora! ¡Parecía que llegaba monsieur de Turena a pasar el Rhin!

—¿Y yo no hice algo? —preguntaba monsieur De Nancy.

Corriendo a la batalla había cortado la soga del pozo, y se había metido en lo más ardido, y haciendo un nudo en el aire había cogido por el cuello a un oficial de la República. Lo traía de botín, arrastrándolo por los herbales.

Esto indignó a Coulaincourt.

—¡No son ésas armas de guerra, verdugo de Lorena! Le metía el sable en la cara. El verdugo soltó la soga, y galopó solo hacia la torre de Mordeac. Todavía se escuchaba algún tiro por el crucero de Saint-Martin.

—¿Y mientras amanece, no podríamos oír otra vez esa marcha cazadora? —pidió el hidalgo de Quelven.

El sochantre se había acercado a mirar el muerto. Era aquel joven del sombrero militar nuevo que los había pasado a la hora del almuerzo en el vado del Aul. El cadáver era una masa sanguinolenta.

—Los muertos no podemos enterrar muertos, pero todo tiene arreglo —dijo el coronel apeándose del caballo. Entre él y el médico Sabat estibarón al muerto en el esqueleto de Le Garde, y lentamente, mientras comenzaba a despuntar el día, se aproximaron a la torre. Metieron el cadáver en un cobertizo. Madame De Saint-Vaast se había acercado a mirarlo.

—¡Y yo que pensé que iba de boda tal galán!

—¡Ir iba enamorado! —reafirmó el escribano.

—Se llevan los mismos ojos al amor que a la guerra —sentenció el hidalgo.

—¡Sochantre —ordenó con voz seca el coronel—, ponle fuego al cobertizo!

Obedeció De Crozon, y encendió con el chisquero, a fuerza de soplos, un manojo de paja. El cobertizo era de gruesos e informes trozos de madera, cubierto de paja y terreño, y mediado de hierba seca; ardió pronto y el viento animaba la gran hoguera.

—Venga un responso de bombardino, señor sochantre —pidió el coronel.

El racionero con menores de Pontivy tocó muy despaciosamente la marcha funeral que utilizaba para los colegiales de su Capilla. La hueste se retiraba hacia donde había dejado la carroza, pues ya clareaba alba. Cuando el bombardino tocaba el floreo final, el techo del cobertizo se vino abajo, con gran esparcimiento de chispas y trozos de madera ardiendo. Allí quedaba aquel mozo alegre. Fue a unirse el sochantre con sus compañeros, y a medio camino lo estaba esperando el hidalgo de Quelven, que le pasó un brazo amistosamente por el hombro. Ya le habían vuelto las carnes con el día.

—¡Sochantre, me gusta más oírte que fornicar!

## II

**A**L llegar a Dinan, se apearon detrás de la iglesia del Saint-Sauveur, y guiados por Mamers el Cojo entraron por la trasera en casa del tío Mezidon, que tenía una tienda de ropa vieja en la plaza del Mercado. La casa era de una planta y bajo, y en el frente tenía, además de un ventano, un balcón de hierro, redondo como un púlpito. Todo el haber que reuniera el viejo Mezidon era un catre desvencijado cubierto con una capota militar azul con ribetes amarillos, dos sillas de rejilla, y una mesa camilla con falda rota. Sobre la mesa tenía una botella de vino tinto mediada, y en un plato de barro verde, medio hendido, se veían restos de un guisado de pescado.

—No es muy de mi gusto esta visita, pero los pobres andan toda la vida a la ganancia —dijo estirando la capota military ofreciendo a madame De Saint-Vaast asiento muelle en el catre.

Era Mezidon un jorobeta movedizo, de brazos desmedidos, un ojo blanco, boca sin dientes, el acento bretón muy cerrado, y vestía calzones a rayas rojas y blancas, y zamarra de cuero, pelada y remendada.

—Sobre las once —aseguró dirigiéndose a monsieur De Nancy que echaba una mirada a la plaza por el ventano—, le sacan la funda a la guillotina. Hoy no hay más penado que un ciego de Guimiliau, al que oyeron en Saint-Malo cantar unas coplas realistas.

—¡Los ciegos siempre fueron sagrados en Bretaña!

—Madame, los nuevos tiempos no quitan la gorra a nadie.

—Este ciego que va a probar hoy la cuchilla del Gran Guillotin —dijo Mamers el Cojo, mientras le aceptaba a monsieur De Nancy una toma de rapé— digo yo que no será el ciego del milagro de Saint-Pol de Léon, que también era de Guimiliau, hijo de una tejedora que venía en los otoños a Quimper, a tejer ropas de abrigo por las casas. El padre parece que era un cobertorero de Châteaulin. Nació el niño bisojo, y en el ojo bizco se le fue poniendo una nube roja, de forma que al poco tiempo quedó ciego de él. Sabido es que los bizcos de ojo rojo aportan muy fácilmente la desgracia, y aquel de Guimiliau desde que empezó a andar sembraba en el país pérdidas a montones, males de ojo, extravíos de dinero y de gentes, pedrisco en el trigo cuando no tizón, o se quemaban almiares y pajares, se volvían rabiosos los perros, malparían las vacas y casadas que lo habían mirado, le venía fiebre postema al ganado lanar, y cualquiera que cayese donde había pisado el tuerto, o rompía por un nada brazo y pierna, o quedaba herniado; se alteraba el vino en las tabernas, y cuando lo llevaron en romería al convento de Mermuid, a las señoras monjas les salieron verrugas en el ombligo. Lo tenían por apestado, y lo corrían a pedradas del camino y de las calles y uno del lugar de Claouët, que ya había matado a un quesero en una fiesta, se había comprometido con un tío del niño para ahogarlo en el pozo de Caíantec el día de San Andrés Avelino, que se había empeñado en que fuera el tuertecillo quien le había maleficiado un toro que tenía, que quedó muerto de pie cuando iba a cubrir a la vaca

del cura de Rancy; una vaca negra que había venido de la Gran Cartuja. Se supo que el bizco había visto pasar la vaca desde un otero. El cura también estaba cabreado, pues por estar ya parada la vaca para ser cubierta y luego no serlo, se le puso el celo vario y no se logró de ella cría alguna.

De la sidra que había traído para animar la espera, echó Mamers, que nunca había hablado tanto ni tan seguido, dos tragos largos, con gran movimiento de nuez, la que tenía suelta desde que lo ahorcaron en Rennes. Se limpió en la sobremanga y muy esmeradamente.

—A consecuencia de una voz que corrió *de oculis* por Guimiliau supo la tejedora lo tramado contra el fruto de su vientre, y determinó llevarlo a Saint-Pol de Léon ofrecido, con una cabecita de cera en las manos y vestido de primer cristiano, el día en que celebraban allí la fiesta los cesteros de Kerjean.

»La madre se arrodilló delante del santo con el niño en el regazo, pues tendría sobre nueve años el bizquito, y le pedía a san Pol que se lo curase o lo llevase, pues aquella no era vida, y la manía que había en Guimiliau era la de ahogar al bizco o volarle la cabeza de una pedrada. Y estaba la madre llorando y demandando ayuda de santo tan estimado y hasta le prometía un ojo de plata, al propio tiempo que fuera hacían los cesteros la corrida de la pólvora, en la que son tan famosos, y aquel año se estrenaba una rueda que se llamaba *Le siege d'Arras*, y había una de regalo que mandara el Valenciano de Brest, que era el mejor fabricante de fuegos de artificio que había entonces en Bretaña, y se llamaba la rueda «La noya bomba», y fue quemándose esta cuando un petardo de luz con varilla de aumento, que era parte del quitasol de la figura, chocó contra la linterna del ábside, rompió dos vidrios, y vino a quebrar en la propia mitra del santo: una salva de chispas fue a caer sobre la madre y el hijo, con la oportunidad de que la mayor le quemó al bizco el ojo sano, pasando de tuerto a ciego. Los ciegos eran otrora, como decía madame, sagrados en Bretaña, por lo que se consideró aquello un milagro de saint-Pol, que había encontrado un camino tan sorprendente para salir de la demanda. La casa de la tejedora se llenó de limosnas, y hasta el dueño del toro vino de rodillas desde Clouët a Guimiliau con dos docenas de huevos en un cesto, y venía gente de la nobleza a tocar la cabeza del ciegucecito. Pero este crecía adusto y bizardo, y dio en escupir a la gente que venía a palparlo y en hacer la higa a las visitas, lo que fue una gran pérdida para la madre, que había calculado colocarlo de curandero en Huelgoat, y con la fama que tenía de milagroso sacaría una renta saneada. El caso es que hubo que mandarlo a Paimpol con el ciego de aquella villa, donde aprendió algo de violín, y en seguida se dedicó a frecuentar las romerías con canciones que inventaba, y dicen que iba a todas las fiestas de Bretaña excepto a la que hacen en Saint-Pol de Léon los cesteros de Kerjean. Me pregunto si el ciego penado será este de quien he hablado.

—El bando que pusieron no indicaba nombre —aseguró el viejo Mezidon.

Monsieur De Nancy no paraba de tomar rapé, ni apartaba su mirada de la guillotina, que estaba en un tablado de una vara de altura en medio y medio de la

plaza, cubierta con una bandera tricolor y guardada por un pelotón de fusileros, que mandaba uno a caballo que fumaba en una pipa larga de barro blanco. Cuando terminaban de dar las once en el reloj del castillo de la duquesa Ana, llegó uno de levita negra, que llevaba por faja la bandera de la República, y dijo Mezidon que era un parisién, llamado el sustituto Toulet, que venía a enseñar a monsieur de Bretaña la práctica de la guillotina; lo saludaron los de las milicias con poca atención, y el de a caballo ni le hizo caso. Se reunía alguna gente en la plaza, más bien chiquillería. El sustituto Toulet subió al tablado y desenfundó la guillotina, ayudado por un miliciano. Monsieur De Nancy desde el balcón estudiaba la máquina. Daba el sol en la gran cuchilla, que espejeaba, y el miliciano le sacaba más brillo con el gorro frigio.

El sustituto se había sentado en las escaleras del tablado, y se abanicaba con la chistera roja que usaba. El de a caballo se había acercado en un trote a la puerta del mesón de postas, y salió una joven a darle una jarrita de vino. Bebía despacio, y entre trago y trago charlaba con la moza, que no podía con la risa.

Monsieur De Nancy le preguntó al viejo Mezidon si conocía al sustituto Toulet, y el viejo dijo que sí, que incluso había venido de París sólo con lo puesto, y le había vendido unas calzas de lana, que Dinan en abril era demasiado húmedo, y Toulet regateó hasta que las obtuvo en medio franco, lo cual suponía algo de pérdida.

—¡Entonces podríamos ir a charlar con él! Este ingenio hay que mirarlo de cerca.

Y le puso en la mano a Mezidon una moneda de medio luis, con lo que le desaparecieron al ropavieja las dudas de hacer de guía.

Los difuntos miraban desde el balcón y el ventano en qué pararía aquel antojo de monsieur De Nancy, que atravesaba la plaza con el viejo Mezidon, y la mayor parte de la gente se detenía para mirarlo, porque lo veía con ropa tan rica y que ya no se llevaba. Les dio el alto un fusilero junto a las escaleras del tablado, y Mezidon salió del aprieto diciendo que aquel señor era un ciudadano de Cherburgo a quien habían robado viniendo por el camino de Dinan, y que le había vendido él aquellas prendas que usaba, y que siendo conocido del sustituto Toulet iba a darle un recado. El sustituto estaba entonces con el miliciano plegando en cuatro la bandera que cubriera la guillotina, y subieron al tablado. Monsieur De Nancy se daba por conocido del sustituto, apretándole la mano y poniéndole en ella una moneda de oro, que le había pedido prestada al coronel Coulaincourt.

—Aún no sé cómo pasó lo que pasó —contaba monsieur De Nancy cuando la noche de aquel día sorprendió a la hueste en los alrededores de Combours—. Me propasé al decirle quién había sido, verdugo de Lorena, ahora sede vacante desde que yo había dejado el país, y le mentí al decirle que fuera por cuestión de faldas, y que si había donde ganar, que era muy serio con los penados y legal. El sustituto Toulet era hombre grueso y de palabra frondosa, y me dijo que él nunca había trabajado en eso, que era oficial relojero del Parlamento de París, y que se había visto metido en la enseñanza de la guillotina por escapar de unas deudas y de la vergüenza de que la mujer que tenía, que era muy joven, se hubiese puesto con el cuerpo a reunir lo

necesario para pagarlas, y que en lo referente al nuevo oficio ni siquiera miraba para el penado, y aun cerraba los ojos cuando soltaba la cadena, tanto más que en Dinan, hasta entonces, sólo se habían cortado cabezas de gente baja. Le pedí, muy favorecido de tanta confianza, si me podía hacer una muestra, y primero probé yo la comodidad del lugar donde se pone la cabeza, y me ponía ladeado, y fue él y me dijo que no, que había que arrodillarse como en la iglesia, y poner el tablero escotado de babero, bajando la cabeza sin ladear, y aunque desde que llegó a Dinan no paraba de sofocos a causa de la humedad de la villa, quiso mostrarme la derecha figura, se arrodilló, estiró el cuello lo que pudo y se puso muy preparado en el embozo. Y yo, entonces, ¿qué pensaría, qué pasados días me vinieron a las mientes, puesto como estaba en un tablado, en medio y medio de una plaza y con la muerte en la mano? Con el meñique no más piqué en la cadena y bajó la cuchilla como un relámpago sobre el cuello del sustituto Toulet, y cortó como si hubiera manteca y no un hombre debajo. ¡Muy limpiamente cayó la cabeza! Me asqueó un poco tanta sangre como echaba. Fue entonces cuando salté sobre el caballo del oficial, que se había apeado y estaba encendiendo la pipa de barro al pie de la guillotina. Los gritos de la gente al darse cuenta de que había caído la cabeza del sustituto Toulet, ya se oyeron, y del modo cómo yo salí jinete, señor coronel, ya se me vio, que en Lorena también montamos.

—Me consuelo de esta aventura, y de la moneda de oro gastada, sólo por el ciego de Guimiliau, que quedó sin degollar —dijo el coronel.

—Yo no pensaba mirar cómo le cortaban la cabeza —aseveró madame De Saint-Vaast, la cual, ayudada por el sochantre, cogía flores de una mata de camomila que medraba en el medio del prado.

—Los ciegos no son de este mundo —dijo Sabat.

—La ley romana no les reconoce distinción —argumentó el escribano.

—Pues no deja de ser una cabronada —cortó el coronel.

Monsieur De Nancy ofreció rapé, y después que silbó aquellos estornudos que hacía tan variados, comentó:

—En puridad, para mucha gente la guillotina es un adelanto, máxime como está en Dinan, montada al pelo.

### III

**E** STABAN parados en el pasaje de Plemille, en aquel tan alegre suelo de Samble, en un escampado de alisos junto a un pantano, para que se bajase el señor sochantre a hacer aguas menores. Aquel llano de Samble antiguo es muy hermoso por los linares, y aquella mañana, después de la lluvia, hacía feliz contemplarlo.

—Pues me gustaría ir a esa función en el atrio de Comfront —dijo el coronel Coulaincourt—, que siempre me atrajo mucho el teatro.

—¿Y qué representan? —inquirió el médico Sabat.

—«Pasión y muerte de los leales amadores Romeo y Julieta en la hermosa ciudad de Verona de Italia» —dijo el escribano, que estaba leyendo el cartel en la barra del portazgo.

—Y los cómicos también son de Italia —dijo el sochantre, que llegaba atando las cintas de su calzón de delantal—. Si no todos parte, pues aquí viene una primadona que se llama Jacomini da Monza.

—Dicen —aseguró el hidalgo de Quelven— que la mayoría de las italianas cuando se levantan de la cama después de violentar el sexto, se ponen a cantar en las ventanas. Ya mentían con esto de la reina Catalina de Médicis.

—De aquellos embustes vinieron estas frondas y revueltas —comentó Coulaincourt, ordenando subir a todos.

Pasaron unos montados a caballo y saludaron, e hicieron algún comentario, y lo oyeron los de la carroza, sobre si serían los que en ella viajaban los cómicos que iban a Comfront a hacer una función. Poco esfuerzo fue necesario para que el coronel y madame, quien confesó que había leído en su juventud una novela de ese mismo Romeo, que era un joven muy dolorido, convencieran a la hueste para seguir a los de a caballo hasta el atrio de Comfront, donde por la hora que era ya debían de estar los cómicos levantando tablas y poniendo telones. Comfront está en un alcor, y es mercado de lana en tierra de buenos pastizales. Había sido otrora castillo famoso, pero modernamente era nombrada la villa por una lana torcida que se llama *dovinet*, y es buena para rellenar pelucas por lo liviana que es en el verano y lo que calienta en el invierno.

—Para cuando por la noche os desaparecen las pechugas —le dijo el hidalgo a madame De Saint-Vaast—, podríais comprar una almohadilla de *dovinet*, que en lo que me dais más pena es al ver cómo se os pegan de vacío los encajes sobre las costillas, y cómo desaparece ese cañoncito que mostráis, pequeño valle entre los dos pechos, cuando se aproxima la noche.

—¡No estamos para bailes, señor hidalgo! —dijo madame De Saint-Vaast, que agradeció el piropo.

Ya subían por la cuestecilla de Comfront y la chiquillería que debía de estar esperando alguna visita, y quizás a los cómicos de Italia, corría pegada a la carroza, y



delante, y por detrás querían encaramarse en el pescante. Y era verdad que los tomaban por los cómicos, que todavía no habían llegado, pues según se supo días después los hiciera presos el alcalde de Lanrivain, porque les imputaba el rapto de un niño en una posada.

—¡Vaya equívoco! —dijo el escribano, viéndose tomado por Capuleto padre.

—¡Mamers —gritó el coronel al cojo del pescante—, deprisa, arranca!

Pero en la misma curva estaba cerrada la carretera con un poste, pintado de rojo y amarillo, de la Señoría de Trémanle.

—¡Señores cómicos, no era sin tiempo! ¡Ya está la gente en el atrio! ¿Y dónde viene esa Julieta enamorada?

Este que hablaba alto y autoritario era el alcalde de Comfront, un jorobeta que parecía tener azogue en el cuerpo, solemne bigote, casaca verde, con la perrera que estaba poniendo de moda el ciudadano Saint-Just, banda tricolor por cinturón, y por bastón un fusil con bayoneta que le llevaba tres palmos y también muy encintado de tricolores. Los de la carroza se miraban. La gente acudía a saludar a la compañía Jacomini, y el alcalde le ordenaba a Mamers que metiese la carroza en el atrio, por detrás de la rectoral, que había camino de carro. Los de la carroza tuvieron que bajarse, y fue muy admirada madame De Saint-Vaast que se abanicaba con una punta del boá de plumas, refrescando el sofoco de verse tomada por la doncella Julieta. Y fue así como en el atrio de Comfront representó la función de Romeo y Julieta la hueste de los difuntos que andaba vagando por Bretaña.

El tablado para la función lo colocaron contra la pared de la iglesia vieja y lo habían posteoado con santos del Calvario, que entonces ya no se usaban respetos mayores en Francia. El atrio, en verdad, estaba lleno de gente, y el coronel Coulaincourt, que era de todos el que más teatro había visto, le dijo al señor sochantre que lo mejor era entrar tocando el bombardino, procurando él mientras duraba el concierto concordar la historia con los otros difuntos. El sochantre sopló muy medida una pavana, y después una cortesina, y hubo grandes aplausos. De Crozon se puso colorado, y pocas cosas le habían producido tanto contento en su vida. Si salía de esta aventura, era cuestión de pensar en conciertos. Le dijo al oído Coulaincourt que convenía que tocase una marcha mientras terminaban de argumentarse, y entretanto el sochantre tocaba, el hidalgo de Quelven iba colgando de unas cuerdas un tapiz que había prestado el alcalde y en el que estaba representada una plaza con arcos y, en una fuente que había en ella, un músico de laúd se había quedado adormecido, y el escribano, que se había puesto unas plumas en un casco de granadero, pues iba a hacer el papel de gonfaloniero, colocaba en rueda el tablado a algunas gentes de Comfront y el más alto de los hombres, que era un cordonero algo blasfemo, levantaba en un palo un cartel que en grandes letras rojas decía: «Este es el pueblo de Verona». El verdugo De Nancy se escurrió entre ellos para darles el apunte de los gritos y vista a la derecha. Hizo un solemne redoble de parada el tamborilero del Concejo y el sochantre gritó, como le habían ordenado:

—¡Función de Romeo y Julieta, famosos enamorados!  
Una mariposa que volase, se oiría en el atrio de Comfront.

## ROMEO Y JULIETA

### *Famosos enamorados*

*Entre los papeles del sochantre De Crozon estaba, puesto como pieza de teatro, el argumento que urdieran el coronel Coulaincourt de Bayeux y madame Clarina de Saint-Vaast, y lo demás que allí, terminando aquella función en el atrio de Comfront, había acontecido, y que se lo había contado a nuestro sochantre, ya en tiempos del Imperio, uno de la villa que lo reconoció en un paseo de Pontivy.*

*Aquí va, sin otros atavíos, el escrito del sochantre, que dice como sigue:*

### PASO ÚNICO

*La escena representa la plaza de Verona. Junto a la fuente está dormido un vagabundo tocador de laúd, que no despertará en toda la pieza.*

### ESCENA I

*La plaza se va llenando poco a poco de gente, que conversa animada. Cantan unos mozos. Un soldado avanza a primer término, tira las armas al suelo y se saca casco y coraza.*

SOLDADO ¡Once años sudándoos! Al fin, tras once años de sitio, esos tristes suizos levantaron el cerco de Verona. Fueron como niebla cenicienta pegada a las murallas de nuestra villa.

OTRO SOLDADO ¡Ya están abriendo las puertas!

PAISANO Estuve admirando desde la torre vieja cómo los arqueros montados pasaban el río. ¿No será engaño, señor soldado?

SOLDADO Aunque lo fuese. ¡Once años de hambre, de miedo! ¡Alguien tenía que cortar esa cinta negra!

*Los Veroneses —soldados, paisanos, mujeres, niños—, que están subidos a los caballetes de la muralla, dan noticias a los de abajo.*

UN PAISANO ¡Está ardiendo el campo de los suizos! ¡Queman lo que no se llevan!

VIEJA ¡Queman hasta las cortezas de pan que tiraban!

MERCADER Es que los suizos se baban por la miga.  
PAISANO Estaban hablando en los Cambistas de que mañana vendrá trigo de Mantua.  
SOLDADO Hacía falta saber si aún hay Mantua en el mundo.  
PAISANO ¿Entonces hay alguna noticia de que quemaran a Mantua?  
MUJER ¡Quemarán a Mantua y no vendrá trigo! ¡Los suizos no dejarán un grano de trigo en el mundo!  
PAISANO ¡Son lobos!  
MUJER Son malparidos.  
SOLDADO Los suizos nacen todos de cabeza, con el pie enroscado en torno al cuello.  
VIEJA ¡Nacieran ahorcados!  
SOLDADO ¡Dicen que viene un correo de Mantua, y que ya pasó el río!  
MUJER A Mantua dijo otro señor soldado que la habían quemado.  
PAISANO Pues entonces será correo de Venecia.  
MUJER Viene correo de Venecia a caballo. Ya lo vieron pasar el río.  
MERCADER De a caballo no podrá ser de Venecia. Ese vendría por el mar. Será de Siena, si es que quemaron Mantua.  
MUJER Yo tengo en Siena un primo, que es zapatero, al lado mismo de Porta Romana. Les hace las sandalias a los hijos de los Tolomei.  
MOZA ¿Es un hombre joven, con gorra de plumas?  
MERCADER Los correos se buscan en la nobleza.

*Unas trompetas dan una señal, lejos las primeras, cerca las segundas.*

SOLDADO Tocan a asamblea y plaza.  
PAISANO Viene ahí el gonfaloniero.  
VIEJA Los ricos están ahora tan flacos en Verona como los pobres.

## ESCENA II

*Entra el gonfaloniero seguido de cuatro senadores. Suben a un barandal con arcada debajo.*

GONFALONIERO Amigos todos, ciudadanos de Verona, gente pobre, señores soldados: se fueron al fin los suizos. Once años los tuvimos al cuello como cuerda de justicia. Once años de muerte, de hambre, de sed, de miedo. Más que gente libre de Verona somos una corte de fantasmas vagabunda por las plazas y calles, por los patios de armas... No hay una hierba en Verona, porque fue comida por las madres para amamantar a los niños. No hay un ruiseñor en la pineta, porque fue comido por las mozas para poder guardar para sus

enamorados algo más que el esqueleto. Y no había quien pudiese cantar en Verona, pues no había aire, porque nuestras puertas estuvieron cerradas once años. Se van los suizos, y nosotros aún estamos despertando poco a poco, como alba rosada después de una larga noche de invierno. Cuanto haya de verdad en esta marcha de los suizos, lo sabremos ahora, que nos anuncian un correo de Siena por los pasos del río.

MUJER ¿Traerá pan, Señoría?

PAISANO ¿Vendrá trigo de Mantua?

SOLDADO ¿Cuándo volverá a venderse en Verona buey de Venecia?

MUJER ¡Queremos pan! ¡Una cortecita, Señoría!

SOLDADO Mejor sería que dieran antes algo de comer, para poder escuchar con calma el correo de Siena.

GONFALONIERO Si el correo de Siena llega sin novedad, señal de que hay paso libre y vendrá trigo y comeréis bueyes de Venecia diariamente.

PAISANO ¿Y qué dices del vino?

SENADOR También vendrá vino. Esperemos el correo, sepamos qué noticias hay en el mundo, quién es amigo y quien es enemigo.

SOLDADO Ya llega a las puertas. ¡Trae una alforja de cartas!

*Se escucha una trompeta lejana, con seña al final.*

SOLDADO Es la guardia de Porta Favencia. Ya está en ella el correo.

*Se hace un gran silencio. Siéntense los cascos del caballo sobre las losas de la plaza. Entra galopando el correo. Es un mozo joven, con casco de plata y abrigo rojo. En el brazo derecho trae una cinta verde.*

### ESCENA III

GONFALONIERO ¿De dónde venís, señor correo?

CORREO De la ciudad de Siena, Señoría. Ya están libres los caminos. En el vado de Pratto Girgenti dos cuervos comían el vientre de un suizo ahogado.

GONFALONIERO ¿Traéis carta de la ciudad de Siena para esta pobre Verona de nuestros días?

CORREO Traigo sólo una carta en la alforja. Aquí viene la dirección, en esta cinta de seda que traigo en la manga de mi abrigo rojo.

GONFALONIERO [*Leyendo*]. «Para la muy dolorida infanta de Verona doña Julieta».

MUJER ¿Hay noticias del pan?

SOLDADO ¿Dónde quedan mis bueyes de Venecia?

PAISANO En el entretanto, y ya que no trae noticias, podríamos comer su caballo.

CORO ¡Que den por ración el caballo! ¡No hay pan de Mantua! ¡También quemaron Mantua! ¡Ya no queda nadie en el mundo! ¡Estamos solos en el mundo! ¡Ya no quedan más que los suizos y nosotros! ¡El caballo! ¡Matad el caballo!

GONFALONIERO ¡Silencio, silencio! Esta carta quizá trae noticias para todos, para la ciudad de Verona toda. Quien la escribe puede ser que no sepa de nadie más en esta villa que de doña Julieta. Vendrán tal vez noticias del trigo de Mantua, de los bueyes de Venecia, del vino y de cuantos amigos nos quedan.

CORO ¡Leed pronto la carta! ¿Qué dice la carta? ¿Quién es doña Julieta? Es de señores. Es una enamorada célebre. ¿Una de los Capuletos que parió de un herrero? No, esta no parió, esta es una de los Montescos de la plaza vieja. Pues también es una casta de gente amancebada. Esta es jovencita. Hicieron su capital mandando cebollas a Venecia. También enviaban hilo de seda. ¿Se lee o no se lee la carta? ¡Queremos noticias!

GONFALONIERO Van a llamar a doña Julieta. Tened calma. Ella leerá la carta, si sabe leer, y si no, será leída por uno de los señores senadores. Aquí está ya doña Julieta.

#### *Escena IV*

*Entra Julieta en la plaza. Gran silencio. Sube hasta donde se hallan el gonfaloniero y los senadores.*

GONFALONIERO Señora, un correo de Siena os trae una carta. La dirección viene en esta cinta que trae en la manga del gabán rojo: «Para la muy dolorida infanta de Verona doña Julieta».

CORREO [*Arrodillándose*]. Señora: quien firmó en esa carta con el pico de un pajarillo que este invierno se le murió en las manos, me dijo: sin dirección alguna también la encontrarías, porque, ¿quién no encontraría la luna en el cielo?

JULIETA ¿Romeo, acaso?

CORREO Sí, señora, Romeo.

JULIETA [*Lleva la carta a los labios, acaricia la cinta de seda en la manga del correo*]. Con mis manos recojo días en mi propio corazón, y los voy sembrando en la tierra. ¿Qué os quiere Amor?, les pregunto uno a uno, cada cual perfumado de su lágrima. Aunque de vosotros brotaran lirios, murmuro al oído de mis días antes de encerrarlos en la soledad de mi cuerpo, ¿podría el tiempo ser otra cosa? ¿Me envía sonrisas por el aire?, les preguntaba yo a los molinos de viento y a las veletas de la juventud. ¿Me manda sonrisas por el agua?, les demando a las barcas que se mecen en la ribera. ¿O es que también los reitres

gobiernan los palacios de los vientos y las ondas de los ríos? [*Va desenrollando la carta*]. ¿Y qué ha de decir aquí Romeo, sino palabras que puedan ponerse en las mejillas y pasar por lágrimas de amor? ¡Cuánto tiempo hace, Amor, que dejaste de ser alegre mayo!

*Desenrolla del todo la carta, y lee acercándose a una linterna que el gonfaloniero colgó de un poste.*

JULIETA «No perdí el hábito de hablarte, pues palomas hay, Julieta, tan vecinas mías en Siena. No perdí el hábito de oírte, tórtola de los ojos entreabiertos de la mañana, y pues ya por corazón, ordena ir y venir mi sangre un fatigado vaso de memorias... Aprieto lirios contra mi pecho, y digo: ¡Julieta! Entro soñando en tu cámara, y el polvo que me cubre, ceniza de rosas que de tu amor crecieron en mí, para morir tan pronto como dejaste de mirarlas, es una tierra negra y fría que hace de mí un muerto desenterrado. Fantasma soy de los días idos, y por eso no me ves, ni escuchas mi paso como una sombra por entre la hoguera de tus brazos, y me rompo de sed, entonces, y vuelvo en mí, aún más fatigado del trabajo de resucitar a través de un sueño mi carne y el alma tuya. Quien hace en lo oscuro tales vasos como nosotros, Julieta, debía de cuidarse mejor del vino con que los llena».

*Hay ahora, al margen, y en tinta roja, una nota del sochantre, que dice: «Aquí empezó a anochecer, y comenzaron a mostrarse los esqueletos».*

JULIETA [*Sigue leyendo*], «¿Podrías con tus pequeñas manos perfumar el aire en la noche y enviarme una memoria de canela en la brisa?».

*Las manos de Julieta, a la luz de la linterna, se ven descubiertas de carne. Julieta, horrorizada, deja caer la carta. El coro estalla en grandes gritos y lloros, que repite la gente que está en el atrio, mezclándose lo argumentado con la vida.*

CORO ¡Los suizos se fueron porque venía la peste! ¡No traía amor, que traía peste!  
¡La peste negra! ¡Vino la peste de Siena!

*Toda la compañía es ahora un haz de esqueletos contra el tapiz del fondo.*

CORO Y GENTE DE COMFRONT ¡La peste! ¡La trajeron los cómicos! ¡La peste negra de Italia! ¡El amor traía la peste en los huesos! ¡Mirad la muerte! ¡La peste! ¡La peste!

*Huyen el coro y la gente. El atrio queda desierto. El caballo en que había venido el Correo, es un esqueleto de caballo en medio del atrio. Es el Le Garde, del coronel Coulaincourt, quien de un salto, desde el tablado, se lanza a él, y sale galopando en*

*la noche, levantando chispas en los pedruscos del atrio. Siguen oyéndose gritos y se ven luces correr por los caminos.*

CORO Y GENTE    ¡La peste está en Verona! ¡La peste está en Comfront! ¡La peste en el mundo!

*Los difuntos ganan la carroza, y Mamers la hace salir por el atrio, al galope de los dos esqueletos de caballo que estaban entre varas. De un rincón del atrio, después que la carroza se perdió en la curva de la villa, sale una niña, una mendiga harapienta, que se acerca poco apoco al pie del poste de la linterna, coge el papel que dejó caer Julieta en el suelo y se pone a leer.*

NIÑA    No hay nada escrito, no están aquí los lirios apretados contra el pecho ni las memorias de canela de la brisa. ¡Ah, por este otro lado sí! [*Leyendo*]. «Alcaldía de Comfront en Landes. Licencia al guardarríos Chaillot, alias Braque, para casarse con la ciudadana Bonet, alias Fleur Tranquille, el seis de Floreal. Un franco por la licencia. Licencia a la Vieja Goman, para recoger los cagajones perdidos en los mercados de los jueves. Gratuito. Licencia al sastre Terne para poner botones nacionales en los culotes. Dos francos».

*Una vieja ciega se va aproximando a la niña, guiándose con el cayado por el suelo.*

VIEJA    Niña, niña, ¿vuelven a dar limosna de pan en Lanrival los sábados?

NIÑA    ¡Mi madre, mi madre, no había Romeo, ni memorias, ni lirios!

*Llora la niña abrazada a la vieja ciega. Un viento que pasa, abate el tapiz de fondo sobre el tablado.*

## IV

**S**E cumplía en enero el aniversario del señor hidalgo de Quelven, que todavía no se dijo que se llamaba Quay Pierre Le Bec-Hellouin, y en el aniversario ya tenía que estar el hidalgo en su tumba, en el cementerio viejo de Quelven, al que se le ven los cipreses subiendo desde Pontivy, y quería ir antes don Quay Pierre a Bagnoles de l'Orne a tomar un baño de barro, pues siempre había tenido esa costumbre de vivo por la época del otoño, y de paso se despediría de una señorita De Vitré, que había perdido la voz de un susto que le diera un perro rabioso, y también iba a Bagnoles a los vahos, y esta señorita era la más joven de las dos hijas que de arrimo había tenido el señor conde de Laval con una confitera de Le Mans. Y para hacer más dulce y sentida la despedida que tenía pensada, le diría el hidalgo a la señorita que se marchaba a la armada de los príncipes, pasando por Inglaterra, y que en la soledad de Quelven había aprendido el bombardino, para consolarse con música, y que a la noche le daría una serenata compuesta en el jardín de Mortagne. Y lo pensado era que el sochantre, en la sombra, tocara por él. En Bagnoles de l'Orne entrarían solos el hidalgo y el sochantre, que el resto de la compañía esperaría en las ruinas de La Ferté-Macé, ya que se consideraba seguro que pasaba aquel amo de Guy Parbleu, llamado Salomón Capitán, y a ver si respetaba o no el trato establecido con el tableteante.

En Bagnoles alquiló el sochantre una camareta en la posada de La Nueva Francia, y le gustó comer caliente y a sus horas, y dormir con sosiego dos días, cosa que no había hecho desde que perdiera las sábanas planchadas de madame Clementina. El hidalgo tenía buscado escondite en los baños viejos, y el sábado se haría presente, tanto para pasear por las calles como para saludar a la señorita De Vitré, que estaba muy retirada en la casa de una costurera por el temporal de los tiempos, y se había notado en Bretaña que la ira sansculotte se vertía más en los bastardos que en los legítimos de la nobleza, y esto era porque los bastardos siempre salen más tocados de la soberbia. El sochantre pasó de jueves a sábado floreando tocatas de Rossini en su camareta, modulando una serenata que se llamaba en el papel *Laura sourride*, e imitando al hidalgo en el continuo toser, para que la señorita De Vitré no dudase que era su galán quien le hacía aquel número de música. La camareta del sochantre, en La Nueva Francia, tenía una ventana sobre el patio de caballos de la casa de Postas, y siempre había por allí personal y viajeros, y algunos se demoraban oyendo el concierto de bombardino.

El sábado de mañana apareció en la posada de La Nueva Francia monsieur Quay Pierre, vestido de levita corta y adornado de encajes d'Alençon a bandeado, jugando bastón estoque, y para disimular el señorío, en el *chapeau* redondo llevaba plumas tricolores. El sochantre le hizo el ensayo de la serenata, y como era la hora de llegada del correo de París, se reunió mucha gente en el patio, y fastidió a De Crozon, que, cuando terminó de tocar *Laura sourride* y el público le dio un gran aplauso, fue el



hidalgo y le quitó de las manos el bombardino y se mostró en la ventana, como si hubiera sido él el célebre músico.

—¡No es más que por si llegan rumores a la señorita De Vitré, mi sochantre! — dijo el hidalgo, dándole una palmada en el hombro al racionero.

Se fue el hidalgo de Quelven a saludar a la señorita De Vitré a casa de la costurera, y la cita con el sochantre era que a las diez de la noche por el reloj del balneario, estaría De Crozon junto a una fuente que representa a Diana, en el jardín de Mortagne, que estaba situado precisamente detrás de la casa de la costurera, sólo separado de su pequeña terraza trasera por un seto de laurel bajo. Y mientras monsieur de Le Bec-Hellouin iba a hacer sus despedidas, el sochantre no vio que faltase a lo tratado dando un nuevo concierto en el comedor de la posada a unos señores oficiales de marina que venían de Marsella y se detenían a comer, camino de Avranches, y hasta resultó gracioso acuerdo, pues uno de los señores oficiales traía una canción nueva, que estaba muy en boga entre recién casadas con soldados, y que titulaba *Le coeur solitaire*, y en verdad que era triste. La varió un poco el sochantre para hacerla más moderada en el bombardino, y pensó cerrar con ella la serenata del hidalgo. Los señores oficiales eran muy pródigos en brindis y traían pagas frescas, y el sochantre aceptó muy complacido todas las invitaciones, con lo cual, cuando salió la diligencia de Avranches, estaba Charles Anne algo cargado de vino tinto y ron criollo.

Hizo merienda cena el racionero, pasó un peine por la barba, que la tenía espesa y crecida, y se frotó las mejillas con una gota de agua de rosas, pues había comprado allí mismo en la posada un pomito para llevárselo como obsequio a madame De Saint-Vaast, como recuerdo de aquella ausencia, y con la caja del bombardino debajo del brazo, sonando las diez, estaba junto a la Diana, que era una fuente muy graciosa, y un perro y una especie de ciervo vertían agua por la boca al lado de las piernas desnudas de la nemorosa. La seña que tenía que esperar el sochantre era que se encendiese una luz junto a la ventana de la planta baja de la casa de la costurera. Ya estaba el sochantre con el fresco del jardín pasado de los mareos del tinto y del ron, y regía tan fino como era, y cuando se encendió la luz de la seña, comenzó obsequioso por una tocata de Rossini, y pasó de ella a una cortesina de Lyon, y haciendo un pequeño descanso, interpretó luego *Laura sorride*, que le salió bordada. Mientras tocaba, el sochantre bien había visto que abrieran la ventana, y aunque el jardín de Mortagne es oscuro, y más en aquella parte, cerrado por la gran muralla de la huerta de los Capuchinos, distinguió que una figura de blanco se sentaba en el alféizar de la ventana. ¿Y no oía un sollozar continuo? El sochantre tosió cinco veces, para mejor parecerse a monsieur Quay Pierre, y ya que comenzaba a lloviznar, aunque más fuese niebla que lluvia, se puso a tocar *Le coeur solitaire* para poner un triste término a aquella despedida, que pues estaba difunto quien la ordenaba dar, no lo podía ser más. Aquella noche aparecía más que nunca humano y sumiso el bombardino, y le salía dolorido el canto, poniendo por sordina el final de la canción nueva. Terminó,

tosió nuevamente otras cinco veces y metiendo el bombardino en la caja ya se iba el sochantre para la posada cuando oyó que le chistaban desde la ventana; dudó, pues no estaba instruido para aquel paso, pero después del chisteo llegaron nuevos sollozos y lloriqueos muy ostensibles en la ventana, y pensó que quizás le resultase de algún consuelo a la señorita una palabra de adiós en la noche cerrada. Se arrimó al seto y vio que le echaban una mano desde la ventana, y poniéndose a caballo del laurel, la tomó con las suyas como quien cogiera un pájaro en una escudilla y le pareció que era de cortesía un beso demorado, y puso sus labios en aquella piel fina, que olía a clavo de Roma, y aún le dio vuelta a aquella manita para besarla en la palma. Esta caricia se la había enseñado madame Clarina de Saint-Vaast, cogiendo flores al alba en los prados de Combourg. Y ya se dejaba llevar a la ventana, y buscaba en las tinieblas de dónde salía aquel brazo redondo que florecía en aquella mano tan suave, cuando sintió toser detrás de sí al hidalgo de Quelven. Tosió él también, y dejando aquella prenda que no cesaba de chistar y sollozar, cogiendo la caja del bombardino corrió hacia la posada, a través del viejo jardín, por las desiertas calles, perseguido por el esqueleto del hidalgo de Quelven que pugnaba por desatornillar el bastón estoque.

## FINAL

**P**OR mucho que buscó la llave de la puerta no la encontró; debería haberla perdido en el largo viaje. Iba a llamar con los nudillos, como hacía muchas veces cuando se le olvidaba la llave en casa, pero se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Oyó que alguien se movía en la cocina, pero no quiso entrar por miedo de que llevase un susto madame Clementina, al no conocerlo con las barbas de tres años, pues mientras anduviera con la hueste no se había rasurado. Subió a su habitación, escurriéndose en silencio, y pidió al Señor que no rechinase la puerta, como acostumbraba hacerlo en verano. Entró en las puntas de los pies, y quedó suspenso y temeroso: allí al lado, a los pies de su cama, sentado en la manta bordelesa de viaje, estaba él mismo, Charles Anne Guenolé de Crozon, sochantre de Pontivy con menores y bombardino numerario.

—¡Pasa de una vez! —le sopló aquel otro—. ¡Ya estoy cansado de esperarte!

—¿Y quién eres?

—Soy el tío de Mamers el Cojo, que hice de interino por ti el coro y los entierros.

—Entonces, ¿no se supo que había faltado?

—Nadie sospechó nada, ni esa vieja bruja de las rizadoras. Es necesario que sepas que estás de clérigo juramentado, que ahora no te gusta la tortilla de hierbas, bebes vino blanco en vez de tinto, y vas con el zapatero de las hebillas a la casa de la Ruanesa a tomar caña caliente con miel, y gastas escarapela tricolor en la chistera.

—¡Me hiciste un perdido! —se indignó el sochantre.

—¡Las juergas no van contra el crédito! —respondió el otro, y sin más salió por la ventana, que estaba abierta y dejaba entrar la lluvia que traía loca el viento caliente que corría aquella mañana.

—¡Señor sochantre —gritaba madame Clementina—, aquí está el obrero que fue a podar la pomarada y cobra dos francos por día!

El sochantre sonrió. ¡La pomarada! ¡El soto de manzanos de la cuesta de Quelven! En el próximo mayo iría a tomar la sombra allí y por San Pedro ya habría manzanas. Y en vez de tortilla de hierbas llevaría truchas en escabeche. Mientras se enjabonaba las barbas, que mucho ablandamiento precisaban según estaban de duras, se inclinó sobre la barandilla de las escaleras y le gritó a madame Clementina que no reparase, y le pagase al ciudadano podador la podadura. Silbaba la Carmañola afeitándose.

Mondoñedo, por San Juan, 1956.

# APÉNDICES

# APÉNDICE PRIMERO

## DRAMATIS PERSONAE

ALLEN, EL RENTISTA DE: Iba a casarse con la señorita de Toul-Goulic. Los rentistas de Allen prestaron todo el dinero que andaba a crédito por Bretaña, en el siglo XVIII, con lo cual dieron en casarse con señoritas de la nobleza, que rescataban con la boda el ciento por tanto. Eran negros de pelo, y los más de ellos salían con seis dedos en cada mano. El dedo sobrante era rojo, y se aseguró en un pleito en Rennes que los de Allen leían de noche a oscuras, con la luz que aquel daba, los pagarés.

ANA ELOÍSA: La hermana mediana de madame De Saint-Vaast, que quedó embarazada de su tío, el contador de la renta de la ballena, monsieur De Dombaze. Madre del bastardo de Audierne. Tenía una mancha en una oreja.

ASHAVERO: El Judío Errante, que se empeñaba en que ya había sido ahorcado en Nancy su primo Elías Hebreo, por no pagarle una deuda y los réditos correspondientes. Cada siete años pasa por Ruán y escupe en el río, desde la Puente Matilde.

AUDIERNE, EL BASTARDO DE: Hijo de Ana Eloísa de Semplacat y del contador de la renta de la ballena. Les había salido muy gracioso y algo tartamudo. A los cinco años estaba apuntado para la Marina Real.

AULNE, EL MOZO DEL VADO DEL: Pasó muy alegre el vado del río Aulne una mañana. De cara era muy franco, y no digamos de los ojos claros. Ensayó con él un nudo el verdugo de Lorena la noche en que los chouans les robaron dos cañones a los republicanos.

BERIS: El cuervo del capitán De Combourg; muertos ambos, traía posado en el hombro el esqueleto del pájaro.

BLANCA: La madre de monsieur De Nancy, verdugo de Lorena. Lo parió en el tapadillo que un peinador marsellés tenía en Dijon, por detrás del reposo de la carne. Se aposentó de animadora con un alemán que andaba mostrando una linterna mágica por las vallas de Francia.

CARAFFA, DON JUVENILIO: Nepote romano, que cada dos años iba a Rocamador de romero. Dejaba surtida a una viuda en Montpellier. Lo envenenó en Roma el médico Sabat, para robarle el recetario de venenos de César Valentino. Posteriormente, resultó que era un demonio vacante.

CATALINA: Muía sorda que montó para venir de París a Nancy el prelado que investigó en el caso de Elías Hebreo. Tenía paso muy liberal.

CATALINA DE ERQUY: La muy enamorada señora, prometida esposa del coronel

Coulaincourt de Bayeux. Quedó embarazada de este después de muerto. El hijo, llamado Bastardo de Château-Caradeuc, fue para los cadetes de El Rey. Mademoiselle Catalina era como una dorada espiga de trigo turanés que el viento estival cimbrease.

CLAMOT, EL MAYORAL: Había robado una valija al demonio Salomón Capitán. Vivía *de occultis*. Murió sin haber podido abrir la valija, que tenía por cerradura un juego suizo de maña, que consistía en pasar siete bolitas de vario color de un solo golpe por una puente que representaba la de la ciudad de Ginebra.

CLARINA, DONNA: La sacaron en una novela. Moría en ella de cólera morbo en Italia, a donde había ido con un amante inglés que tenía y que leía el porvenir en una copa de cuerno basilisco. Era muy celebrada por sus ojos verdes.

COLEGIAL MAYOR, EL: Prior de la Santa Colegial Capilla de Pontivy. Era una viejecito etiquetero y tosedor. Innovó en el arte de captar los pavos turcos, y traía muy correspondida esta ciencia con monsieur Diderot. Hizo el primer capón de perdiz de que hay noticia, y ordenó poner en latín este triunfo en su sepultura.

COLET, llamado CALDERO: Tabernero de Dijon, que se consideró padre de monsieur De Nancy, por testimonio de la Blanca. La mujer que había tenido lo abandonó por un cabo de dragón de Metz, asegurando que no cumplía el débito conyugal. El tabernero se ufanaba del mérito de haber hecho a monsieur De Nancy en una tarde de otoño y con tan poca alarma.

COMBOURG, CAPITÁN RENÉ PIERRE PAULINUS DE: Rama octava de los señores De Chateaubriand de Combourg; fue muerto por De Crozon el Bizco en el asalto a Château-Josselin. Viajaba por los pastizales de Kernascléden con el cuervo Berís al hombro, ambos difuntos, hasta que el cuervo encontrase un anillo que el capitán De Combourg robara en una posada y la prenda fuese restituida. Era hombre muy abroncante y huraño, y hacía la higa por nada. Tenía plaza-lanza en el Real Navarra.

COMFRONT, ALCALDE CONSTITUCIONAL DE: Jorobeta con perrera a lo Saint-Just, que por educar al pueblo, llamó a Comfront a la Compañía de Comedia de Italia para representar en el atrio viejo la función de los famosos enamorados Romeo y Julieta.

CONDESA DE LOS PAGARÉS, LA: Apaño que tuvo en Nancy el verdugo de Lorena. Se llamaba Lisette Le Diamant-Vert, y el título de condesa lo traía, por parte de madre, de un desconocido que se hacía llamar de incógnito don Ignotus de Flandes, y que embarazaba con mucha facilidad en Lorena porque prometía dejar titulados los frutos y heredados en Pondichéry a noventa días vista.

COULAINCOURT DE BAYEUX, EL SEÑOR CORONEL PIERRE HENRI POL DE LÉON: Coronel propietario del Principal de Normandía. Era pariente de treinta y seis casas en Bretaña, y sólo una de ellas había decaído, a causa de un tío cura que gastara todo el capital en comprar un perro de Venecia que había sido intérprete del Gran Turco y hablaba variado. Fue fusilado en el patio de

armas de Sedán por orden del señor mariscal de Turena. Era un hidalgo serio y militar, muy impuesto en lo suyo, dentro de una condición amigable.

**CROZON, DE:** Linaje de Bretaña, que viene situado en tercera línea de los duques de Broglie, en el pago de la media annata. Por armas llevan, pintan y ponen, un cuerno de caza sinople en campo de plata. La línea mayorazga terminó en el pirata De Crozon de Kerity, y la cadete en el sochantre bombardino con menores, de quien tanto se trata en estos folios. Fue gente perezosa, y los más cazadores. Se les concedía el mérito de haber traído a Bretaña el níspero.

**CROZON, CHARLES ANNE GUENOLÉ MATHIEU DE:** Racionero con menores de Pontivy, de cuyas memorias se toma este relato. Los últimos años de su vida, muerta madame Clementina Marot, los pasó en Pontivy por las tertulias, contando de cuando había viajado con los difuntos. Fue a Audierne a visitar la tumba de madame De Saint-Vaast y poner en ella un vasito con flores. Cuando estaba a punto de morir, mandó que le trajeran una manzana de su pomarada y la olió, y después pidió el bombardino, para despedirse de amigo tan constante, un tres cuartos italiano tan humano de embocadura, y lo besó en ella, y al besarle se le fue el último aliento, y el bombardino, como si tuviese cristiana complexión, se quejó y dijo: «¡Miii!».

**DIEULEBON:** Donado que llevó por paje el escribano de Dorne cuando fue a investigar el tesoro. Sentó plaza en la caballería republicana.

**DOMBAZE, DE:** Cobrador de la renta de la ballena en Brest, tío de las señoritas de Semplacat. Embarazó a la mediana y huyó con la más joven, dejando a la familia por puertas. Toda esta labor la hizo en un año.

**DU CRANN, CAPITÁN DE FRAGATA:** Uno de los treinta y seis parientes anotados del coronel Coulaincourt de Bayeux. Mandó en la chouannerie. Pasado al Ejército de los Príncipes, murió de una bala de cañón en la batalla de Valmy. Era un joven valiente, que se enamoraba igual en las posadas que en los castillos o en el teatro. Abordo, mandaba tanto como un viento. Fue una pérdida.

**EFFLAM, SANTO:** Monje que hubo en otros tiempos, y después obispo. Hacía pájaros con hierbecillas que cogía aquí y allá, y les daba suelta en los campos. Leía a folio abierto en libros cerrados, y se impuso en la curación de las dolencias del bajo vientre. Una vez fue a Roma, y porque le llegó un olor a chamusco, supo que ardía su iglesia en Terre, y vino volando, y ordenó que lloviese. Y él estaba en una nubecilla dorada viendo cómo la lluvia apagaba el fuego. Dijo que moriría el día de la romería de la Palud, y los bretones cambiaron la fiesta de fecha para que no muriese, y la hicieron siempre variable. Así vivió ciento cincuenta y tres años.

**ELÍAS HEBREO:** Afilador de hoces en Jericó, primo de Ashavero, a quien le había prestado dinero. Se salvó de ser ahorcado en Nancy. Iba a poner en Roma una

tienda de espejos. Por cada siete años que viaja, descansa otros siete.

ERQUY, LOS SEÑORES ALMIRANTES CONDES DE: Era gente de mucho trajín y valentía, y competían los Erquy con los Treboul y los de l'Isle-Adam en ir a quemar Londres. El almirante viejo de Erquy había mandado hacer una carroza semejante al navío *Royal Furieux*, e iba en ella a los Estados, haciendo salvas, y en la Cámara Noble hablaba con anteojo de larga vista en la mano. Los almirantes jóvenes salieron a la casta, y el mayorazgo no quería engordar para poder seguir durmiendo dentro de un cañón de doce pulgadas. Bebían vino con pólvora.

FRANKLIN AMERICANO, DON: Inventor del pararrayos y de la «grande armónica». Era un chinchete opinante, y se mostraba muy jactancioso mandando novedades a las escuelas. Inventó también el gobierno filantrópico, y se lo fue a poner como contención a los criollos de Nueva Inglaterra. Podía hablar nueve horas sin remojar, y todo por la Enciclopedia. Decía que no había tal sexto mandamiento.

GAILLON, CAPITÁN DE: Punto fijo que se echó en una posada la triste viuda de Semplacat, y quien le pagó gastos en Bagnoles de l'Orne. Era de la Real Artillería Montada, Cuerpo Segundo, y apuntaba los cañones por tabla matemática.

GALVAN, EL CURANDERO DE: Hipócrates de cámara del caballero De Saint-Vaast. Estaba muy familiarizado con venenos y había puesto en píldoras el *tanatos umbrae*, lo que fue un gran adelanto. En lanceta, era de la escuela de París, que pide suspensión en las diez de últimas.

GUY PARBLEU: Criado que fue, o aún es, del demonio Salomón Capitán. De día es un tableteante que no se ve, y de noche una luz vagabunda. La ilusión que tuvo siempre, fue la de ser gaitero.

ISMAEL FLORITO: Demonio que vino de sastre a Cambray, y para quitarse unas molestias de espinazo que se le habían puesto en las alamedas de bajo tierra. Pasó en Polonia por portador de la peste bubónica. Compró el alma del coronel Coulaincourt de Bayeux en el patio de armas de Sedán, y cumplió siete años y un día de cárcel en Liverpool, por monedero falso. Quiere pasar de modisto a París, pues siempre fue muy aficionado a conversar con el mujerío.

IVES: El ciego de Guimiliau, en el que hizo milagro tan sorprendente Saint-Pol de Leon, y que iba a ser guillotinado en la villa de Dinan por haber cantado unas coplas realistas.

KERITY, EL MÉDICO DE: Era muy famoso en fiebres secretas, e incluso lo llamaban de París. También era muy famoso por cabrón consentido.

KERJEAN, EL VIZCONDE DE: También pariente de los Chateaubriand de



Combours y de los Coulaincourt de Bayeux. Venía a Ruán siempre que por la justicia se partía a alguno por medio de caballos, y lanzaba un silbido muy súbito para ellos. La familia del condenado lo consideraba una fineza, y siempre lo agasajaban. Andaba de pie en el lomo de un caballo alazán que tenía, y al entrar así a galope en Caen, para presumir, dio con la frente en la viga de la Puerta de los Frailes, y cayó redondo.

LABAULE, MONSIEUR: Tejedor de chalecos, junto al puente de Audierne. Viniendo del San Emeterio le dio una parálisis, pues bebió sidra caliente.

LABAULE, PIERRE: Sobrino del tejedor, novio de madame De Saint-Vaast y marido de Ana Eloísa. La más triste flauta de Bretaña.

«LA GARDE»: Caballo de guerra del coronel Coulaincourt de Bayeux. Sabía paso de trenza. Andaba en la hueste, y de noche, como cualquier difunto, se convertía en esqueleto. Era zaino lucero, y calzaba de ambas manos.

LE BECHELLOUIN, QUAY PIERFE: Hidalgo de Quelven. Gustaba de oír el bombardino. Le dejó como manda en el testamento una pomarada al sochantre de Pontivy. Por ir a tocar en su entierro, se vio el bombardino en la hueste.

LES PIEUX, LAS HIJAS DEL TABERNERO DE: Eran cuatro. Pusieron de moda en Bretaña las natillas de café. En verano y en invierno andaban remangadas. Fueron muy solicitadas de amores, porque eran muy lucidas de carnes. Se casaron en el país.

LEVEJEAN, EL TÍO: Zuequero de Redon, que recogió a Guy Parbleu.

LEVEJEAN, LATÍA: Una iracunda borracha, que de joven hacía plantos por difuntos en Carhaix. Registraba a Guy Parbleu para sacarle las limosnas que le daban en la diligencia. Desde que vio que emplumaba, ya le dio otro trato.

LISON: El percheron de alquiler en Pontivy, que llevaba al señor sochantre a los entierros. El sochantre le tenía aprecio, pues le había entrado la manía de que el capón gustaba de oír el bombardino.

LOUIS JOSEPH: Artillero de segunda, que después resultó que era una muchacha. Terminó de cocinera en Josselin, y tuvo de pupilo a nuestro sochantre. Porque este no tenía alientos para plaza montada en el Regimiento Navarra, y lo metieron los suyos de músico de iglesia, se cabreó y sentó plaza de suizo del papa.

MAINTENON, LOS SEÑORES CONDES DE: Parientes de Villiers de Flers el Negro, que pleiteaban por el tesoro secreto. Los mató con un azadón el escribano de Dome. Eran muy pulidos y aficionados al naipe.

MAMERS EL COJO: Mayoral de la carroza de la hueste. Había sido ahorcado en Nantes porque disfrazado de lobo les salía a las pastoras en las landas del Aule. Ya difunto, aprendió a leer, asegurando Ismael Florito que no se sabía de otro caso.

- MAMERS EL COJO, EL TÍO DE: Sacristán de los franciscanos de Quimper, era medio latino y notable exorcista. Le abrieron una vez la cabeza de una pedrada, y no se dolió ni sangró. Cuando murió, un inglés compró su cabeza, y la llevó a Edimburgo, muy salteada en aguardiente, y resultó que tenía dos calaveras, y entre ambas un poco de ceniza. Fue muy comentado.
- MAROT, MADAME CLEMENTINA: En su casa en Pontivy vivía nuestro sochantre. Era viuda de un ministro tambor de los Estados. Decía que hubiera podido casarse en segundas nupcias, y que las carnes blancas no pasan de moda. Sobresalía en la tortilla de hierbas.
- MERMUID, LAS SEÑORAS MONJAS DE: Probaban ocho apellidos para entrar y usaban mitra. Cuando les llevaron al ciego Ives de Guimiliau, que entonces aún era bizco, les salieron verrugas en el ombligo, lo que causó gran alarma.
- METZ, EL BOTICARIO DE: Lo encontró el médico Sabat, ya difunto, buscando en un campo vecino de Grenoble la *Cotula aurea linneana*, variedad macho. Aseguraba que los médicos de Montpellier tenían que examinarse en el infierno de lanceta de Lyon y limonada purgante.
- MEZIDON, EL VIEJO: Jorobeta movedizo. Tenía una tienda de ropa vieja en Dinan, en la plaza.
- NANCY, MONSIEUR DE: Hijo de la Blanca, y porque se inscribió en la partida de bautismo, de Colet, llamado Caldero. Verdugo titulado de Lorena, se cuenta de él largamente en el texto.
- NETTUNO: Caco romano, criado que había sido de los rabinos de la sinagoga, junto al puente Fabricio. Aprendiera el oficio de sastre, y se le daba muy bien el corte de la dulleta.
- NIÑA DEL ATRIO DE COMFRONT, LA: Era de unos mendigos. La entristeció que no hubiera ni Romeo, ni memorias, ni lirios.
- PLEVEN, JEAN: El escribano de Dome. Siempre testimoniaba con la ley romana. Los que lo vieron ahorcar dicen que iba algo decaído.
- POL, SANTO: Patrón muy correspondido en Léon de Bretaña. Había venido por el mar, y la mayor parte de su caridad la realizaba dando el mejor bien de la vista. Una vez que venían los piratas berberiscos hacia Quimper lo mandaron llamar, y puso un Quimper simulado en la ribera, donde no era; los piratas desembarcaron allí y se ahogaron. Tenía entre los pies desnudos un espejito, e iban a mirarse en él los casados, por si estaban coronados, pues el tal espejito era muy delator. El obispo de Vannes mandó quitarlo. Cuando murió lo llevaron a la tumba siete ciegos, y veían como de día.
- POLACO, EL SASTRE: Sastre muy entallador de casacas y muy famoso en ribetes de lazo, que vestía a toda la Satanía. El entalle de los demonios es arte mayor, porque cuando van vestidos traen el rabo de cinturón.

- PLOUARET, EL MENDIGO DE: Sale al camino con la cabeza en la mano y hay que ponerle la limosna en la boca.
- RANCY, EL SEÑOR CURA DE: Trajo una vaca de la Grande-Chartreuse y yendo a ser cubierta por un toro, este quedó muerto de pie, pues lo había mirado el bizco Ives, y a la vaca, hallándose puesta en lo Suyo, al no ser cubierta, se le puso el celo vario y no se logró cría alguna de ella. Esto traía al cura, que era muy eructador cuando se irritaba, más que cabreado.
- ROBIC, EL MÉDICO: Pariente del médico Sabat, y quien lo mandó a Montpellier a estudiar medicina, y a Roma la ciencia del láudano.
- ROSSINI, DON: Músico de Italia, que entre otras piezas compuso un rondete muy sentimental.
- RUANESA, LA: Dueña de la mancebía de Pontivy. Había aprendido inglés en Calais. Se casó con uno del lugar de Wemoël, al que le ardiera la casa con la familia dentro.
- RUFO DE SEGOVIA: Albeitar certificado, que baja al infierno a sangrar los años bisiestos. Utilizaba lanceta toledana.
- SABAT, JOHN: Médico por Montpellier, que yendo a Roma a aprender la ciencia del láudano, quiso envenenar las fuentes. Se cuenta de él muy demoradamente en las memorias del sochantre.
- SAI NT-VAAST, EL CABALLERO DE: Era amigo de Voltaire y escribió de terremotos. De viejo se casó con Clarina de Semplacat. Haciendo temblar la tierra en Guimiliau, pues era empírico, le cayó una pared encima, y murió. Hablaron de él las gacetas.
- SAINT-VAAST, MADAME CLARINA DE: El Autor pide que os acordéis de la verde vaguedad de sus ojos. Pasados años de su viaje, el sochantre se volvía súbitamente, pues le parecía que ella estaba detrás, sonriéndole en la sombra.
- SALOMÓN CAPITÁN: Demonio de negociado. Le había robado una valija el mayoral Clamot. Se supo por Ismael Florito que la prisa que tenía de encontrar la valija era grande, pues iban en ella las pruebas de que había sido castrado. Lo que era una merma. Tuvo por paje a Guy Parbleu. Bajó definitivamente, porque nada le salía a derechas, por súbito y bullanguero.
- SAN GIUSEPPE: Bandido calabrés, coronel mayor de la caquería de Roma, que puesto de guardia en San Lorenzo extramuros, se halla empeñado en que podía ser papa.
- SAUVAGE, GASTÓN FEBUS DE: Coronel de los Guardias Montados de Bretaña. Se le tenía por heredero del tesoro de Villiers de Flers el Negro. Al hablar le estorbaba la erre.
- SEMPLOCAT, EL CAZADOR DE: Padre de las señoritas de Semplacat. Pasó a la Armada de los Príncipes, y murió de una gran borrachera en el cerco de

Maguncia.

TOULET, EL SUSTITUTO: Vino a Dinan a enseñarle el manejo de la guillotina a monsieur de Bretaña. Padecía mucho de sofocos húmedos.

TREBOUL, SEÑORES ALMIRANTES, VIZCONDES Y ABANDERADOS DE: Parientes mayores de los De Crozon de Château-Josselin. Presentaron a Charles Anne para la ración de que eran patronos en el coro de la Colegial de Pontivy. Eran tan marineros estos señores, que estando en sus navíos, en la puente de mando, mirando para el mar despaciosamente y como quien no mira, les balanceaba los ojos el compás de las ondas, manteniendo ellos la cabeza quieta. Se alborotaban en seguida, con prontos de soberbia, y siempre andaban con la manía de quemar Londres y mear a la vista del rey de Inglaterra para probar su fe católica, pues es sabido que una prueba de la suya que tienen los ánglicos protestantes es que no pueden mear si su rey los ve, que se les corta la orina con graves posturas a continuación en el aparato. Los Treboul mearían a desprecio.

TURENA, EL SEÑOR MARISCAL DE FRANCIA, VIZCONDE DE: Se cita de pasada este señor príncipe de Sedán. Tenía un cocinero hugonote que se pasó a la verdadera Iglesia para que dejasen de cortársele las salsas, que en la protesta no lograba una.

VERDUGO DE RENNES, EL: Utilizaba cuerdas de esparto de Tarragona y liquidaba a los penados sin solemnidad.

VILLIERS DE FLERS EL NEGRO, EL MARQUÉS: Enterró un tesoro y lo dejó por cifra. Tenía un criado que andaba con la cabeza para abajo y los pies para arriba. Lo llevó a París para que lo viese el Rey, y de pies hacían sus orejas, que las tenía encallecidas.

VITRÉ, LAS SEÑORITAS DE: Eran hijas naturales del conde sordo de Laval, que las hizo en la confitera que iba a su palacio a comprar higos para poner en almíbar. De la más joven estaba enamorado el hidalgo de Quelven, que en paz descansa. Tuvo una famosa serenata de bombardino en Bagnoles de l'Orne.

## APÉNDICE SEGUNDO

### NOTICIA DE ISMAEL FLORITO

En una de las pequeñas libretas que dejó el señor sochantre de Crozon estaba esta noticia de Ismael Florito, y en atención a la novedad del caso, la dan aquí los editores.

**I**SMAEL Florito salió de soslayo del Infierno a través de una hucha vieja en la que el usurero de Lanrivan guardaba las escrituras de su dinero a rédito. Era de nación picarda, muy satisfecho de que se le conociese por el acento, y desde pequeño —y es sabido que allá abajo se crece todo lo que se da de sí en un año más o menos— ya se vio que iba para persona alta y desgarbada. Siendo las bóvedas inferiores más bien raquíticas, como está atestiguado en el Marcellinus, pues no hay arco que apique en la clave más de vara y media castellana, el Ismael Florito tenía que andar casi doblado por la cintura, como navaja cerrada por el remonte, por las calles y plazas de la sotierra, lo que representaba una gran molestia, le subía la sangre a la cabeza, le hacía doler los riñones y le quitaba todo placer a los viajes por aquella urbanización secreta. Se dolía de esto, porque era muy amigable y argumentante, sentía apetencia por las gacetas del mundo, siempre se ponía de manifiesto donde hubiera mujerío, y cuidaba la vestimenta, siendo la suya preferida los abrigos cortos a la moda antigua de Italia, de azul sobrehojados de oro. Era parlanchín y pinturero. A causa del andar doblegado por el poco alcance de las bóvedas y techos infernales que ya indicamos, se fue resintiendo del espinazo, a lo que ayudó un invierno que hubo allá, en los soterraños, en el que se demoraron tormentas seguidas, y llovía dentro como fuera. Dicen que fue cuando se perdió parte de un río de España, que le llaman el Guadiana, que escurrió encima mismo de las camaretas de la trasnería. Abollado por las doblegadas y por los temporales, quedó Ismael Florito con flojedad de voluntad para el trabajo, y de poco servicio para correo maligno. Por entonces se murió en la cueva de Satán Belcebú un sastre polaco que tenían por muy entallador de casacas y en ribetes de lazo muy famoso, lo que supuso gran tribulación en la hueste antigua, porque está visto que los demonios no quieren hacerse traje en los obradores de arriba, dicen los más que porque al tomárseles la medida, no se les descubra el rabo, que es sabido llevan desde el somonte del culo, donde les nace, enrollado como cinto. Como el gasto que hacen los trasnos de prendería fina es mucho, pues la mayoría anda de noche y prenden en cualquier parte, o se arriman a donde mancha, o se esconden donde hay polvo y telas de araña, ya se veían en el Infierno remiendos a voleo, remontes bicolors, zurcidos y sobrepuestos, y hasta calzas rotas. Había que acudir a aquel despiece de la gentileza demoníaca, y se le ocurrió a un secretario de alcabalas de Parma —el cual estaba principalmente en el Infierno para ayudar en suma y resta y

compraventas en Italia, y a quien le habían colocado en su oficina a Ismael Florito para llevar en el ábaco las bolas amarillas de las centenas, y le había tomado cariño —, para darle a este un avance en su carrera, tanto como para ver si pasando a campos soleados curaba del espinazo y de las quebradas del plegamiento, presentarlo para aprendiz de sastre en Cambray, a lo que Belcebú no puso inconveniente. Con este motivo vino Ismael a la tierra, y sólo se llamaba entonces Ismael, pero se le buscó que se apellidara Florito, porque dijo el secretario de alcabalas que así volvería de aprender en Cambray el oficio: florito regalado.

Aprendió pronto Ismael Florito, y venían junto a él habitantes de la sotierra, que aquello era una feria, a hacer vestidos a la moda, e Ismael Florito no podía volver al Infierno, donde lo esperaba el taller del polaco porque con la primavera de Flandes se había puesto nuevo y no cabía ya en la hucha del usurero de Lanrival, y es sabido que los demonios vuelven a su reino por el mismo agujero por donde salieron. Véase la razón en Cornelio Agripa von Netesheim. A Ismael Florito mucho lo fastidiaba estar de aguja en Cambray, cortando, probando, enhebrando y desenhebrando en vestes de los colegas. ¿No era hermoso correr mundo? Mucho trajinó consigo, hasta que un día, dejando por cortador a un aprendiz medio cojo que le habían mandado por adelantar en planchado, salió a ver lo que pasaba por las riberas de la tierra, que estaba entonces en un verano muy alegre. Se acercó a Polonia, primeramente, para saludar a la familia del sastre su antecesor abajo, y devolverle un alfiletero de oro que tenía unas señas de oficio. Y al llegar estalló la peste bubónica en el Ducado de Varsovia, y se buscó a quien echar la culpa, y cayeron los médicos en que sería un extranjero que tenía un brazo más largo que otro, y esta era seña que daba con Ismael Florito, quien tuvo que huir de los polacos, que andaban haciendo hogueras y emborrachándose por los caminos, y también de las bubas, que venían con mucha cargazón de materia, sin tener tiempo de enseñarles a los nietos del sastre polaco que había cosido en el Infierno las modas de París. Y pasando por Sedán camino de Inglaterra, donde le ofrecían unas velaciones con una mylady que vendía al demonio el alma y el cuerpo si le daban la ciencia de acertar en las carreras de caballos, fue cuando trató en la prisión militar de Sedán con el coronel Coulaincourt, como se ha dicho en otra parte de estas *Crónicas*. Abajo, en la Satanía, estaban algo enojados con Ismael Florito, pues por mucho que hubiera cosido aún había dejado a los más de los demonios con ropa vieja y alguno había, de los trasnos más jóvenes, que ya se proponía dar parte por escrito a don Lucifer Neftaniel I. El alcabalero de Parma, con la idea de que Ismael Florito volviese a la sastrería, dejó de enviarle dinero, amparándose en la incertidumbre de los tiempos, y esta fue la causa que llevó a Ismael Florito a amonedar en falso en Liverpool, donde, como es sabido, está en la cárcel. Cuando salga volverá a Cambray, a la costura, y quizá le concedan el esqueleto del coronel de Coulaincourt para probar ropa militar, por lo bien abombado que tiene el cuerpo. Aunque al Florito le gustaría seguir a París de Francia, por las mujeres. *Un y a bon bec que de Paris.*

# EPÍLOGO PARA BRETONES

**S**EPAN los bretones que lean este libro que el Autor no ha viajado por su tierra, y todo lo que aquí, en estas *Crónicas* se cuenta de ella, está tomado de mapas, de libros de viajes, de lecturas de Chateaubriand y de Le Goffic, de algunas historias de ciudades y de cartas ejecutorias de las nobles familias, esas cartas encuadernadas en piel de perro, y que vistas de lomo en la Cámara de Rennes, donde dicen que están ordenadas por apellidos mayores y menores, parecerá cada estirpe una jauría de manchados lebreles. El campo y las ciudades, los ríos y los vados, los caminos y las ruinas, los he pintado del natural de la tierra mía, Galicia, siendo ambos, el bretón y el galaico, reinos atlánticos, finisterres, parejos en flora y fauna, y provincias vagamente lejanas. Celebré amplia consulta con Felipe Leven, alias el *Francés de Rinlo*, que en este puertecillo de la marina de Lugo carpintea de ribera, y es de nación bretona, maluino propio, y se precia de hablar dos lenguas de allá, la de Saint-Maló y el bretón bretonante, y me dijo que encontraba a su patria en mis relatos tal y como él la dejara hace unos cuarenta años. Me objetó, eso sí, que en Dinan había dos plazas, la del Castillo y la del Mercado, y que la guillotina la levantaban primeramente en la plaza del Castillo, y sólo este siglo vio guillotinar en la plaza del Mercado; por ejemplo, a un tal Quesnay, cuyo voló con dinamita a un tío que tenía. La familia de Quesnay tuvo pleito en París con la revista *Les Grands Criminels du Siècle*, que querían los editores retratar en el semanario al guillotinado y la familia objetaba que Quesnay fuera cojo, huérfano de padre y que el tío cura le había negado setenta francos para comprarse un maletín, que lo necesitaba para meter dos mudas y la Farmacopea Oficial, que iba a Rennes a examinarse de mancebo de botica. Ganó el pleito la familia y hubo fiesta en algunos lugares de Bretaña.

Los linajes, como se observará por Rey de Armas que quede en Rennes o en Brest, vienen dichos muy puntualmente, y se atiende con gravedad a los empalmes y precedencias, cosa nada fácil por la gracia con que en los siglos XVII y XVIII trabajaron los veinticinco Apellidos Registrados en repoblar con bastardos y porque con la vinculación se alteraban los nombres que iban unidos a las llamadas tierras de patente. Los más de los pleitos bretones pendían en que cada parte se llamaba de siete maneras diferentes, y coincidían demandante y demandado en alguna de ellas o en todas. Uno que se llamaba Chateaubriand en Combourg, se llamaba Lambac en Vannes, por unas tierras de allí vecinas que demandaba en cognición, y el demandado, que se llamaba D'Aurevilly en Cardoec, se llamaba igualmente Lambac en Vannes, por el título de las tierras pleiteadas. Tierras que, a lo mejor, ya habían sido adjudicadas a un viajero, que ocultó su apellido, con el nombre de Campo del Zorro o Prados del Conejo Amarillo —el secreto era sagrado en Bretaña—, o adquiridas en pública subasta por un ánima del Purgatorio, la cual las cedía a la Iglesia... También solían pleitear antaño los señores bretones por las armas de poner, pintar y llevar, que en heráldica andaban tan varios, caprichosos e insurrectos como los príncipes alemanes e hidalgos gallegos, y quizá por haberme adiestrado de mocete en la confusión de las armas galaicas, no se me pone ahora difícil el decir los grandes



escudos de los pares de Bretaña, y ando cómodamente con sus cuarteles y sus lemas.

Lamento no poder contar las historias de estos difuntos conforme al uso de los bretones, esto es, acompañando cada relato de una vida con «muestras», con objetos que hayan pertenecido a ellos, a sus ascendientes o descendientes, y esto es así porque los difuntos que pasean por las páginas de esta historia son hijos de mi imaginación. Ya sé que en Bretaña se cree que es imposible decir un ser humano y una historia que no hayan tenido existencia real y que no hay creación sino memoria. En esto quizá penda la abundancia que hay en Bretaña de fantasmas y lo identificados que están los más. El refrán bretón que dice que «cada sueño reclama su hueso», aclara perfectamente lo que entre aquellos celtas se sospecha de los fantasmas y sus peripecias, y en pie queda la pregunta: ¿quién es el que sueña? La niebla que enredoma el distante país ayuda al misterio.

Quisiera que se viera en estas páginas el amor que le he ido tomando a Bretaña a lo largo de variadas y ocasionales lecturas: Chateaubriand, Renan, Villiers de l'Isle-Adam, Barbey, etc. Finalmente, yo digo de Bretaña aquello que Tertuliano cristiano decía de Séneca: *Saepe noster*. Para un gallego, las historias bretonas de fantasmas, brujas, mendigos, santos y héroes, tienen el sabor de lo suyo propio... Mirando me quedo en un espejo cómo pasan vientos y nieblas; igual puedo decir: «Ahora pasa, verde y silenciosa, Bretaña de Francia». Por lo fácil que me resulta considerar a Bretaña país de la imaginación y no tierra real, y no es ajeno a ello el que se llamara también Bretaña el país asombroso del rey Artús. En el fondo del espejo brilla una lucecilla azul y yo, en vez de averiguar si alguien detrás de mí ha encendido una lámpara, digo sin más que es un fuego fatuo en el claustro derruido de St.-Eflam-la-Terre, y escojo este lugar porque se llama la *Terre*, la Tierra, y lo encuentro tremendamente significativo. Como casi todo en Bretaña, en esta Bretaña que yo descubro en mí y en la que quizás un día se encuentren habitando los lectores bretones de estas *Crónicas*. No sería la primera vez que el sueño del poeta hace la isla.

# **LAS MOCEDADES DE ULISES**

*A Ignacio Agustí*

*Este libro no es una novela. Es la posible parte de sueños y de asombros de un largo aprendizaje —el aprendizaje del oficio del hombre—, sin duda difícil. Son las mocedades que uno hubiera querido para sí, vagancias de libre primogénito en una tierra antigua, y acaso fatigada. Un hadith islámico cuenta que la tierra dijo a Adán, al primer hombre, cuando fue creado:*

*—¡Oh, Adán, tú me vienes ahora que yo he perdido mi novedad y juventud!*

*Pero toda novedad y primavera penden del corazón del hombre, y es este quien elige las estaciones, las ardientes amistades, las canciones, los caminos, la esposa y la sepultura, y también las soledades, los naufragios y las derrotas.*

*Buscar el secreto profundo de la vida es el grande, nobilísimo ocio. Permitámosle al héroe Ulises que comience a vagar no más nacer, y a regresar no más partir. Démosle fecundos días, poblados de naves, palabras, fuego y sed. Y que él nos devuelva Ítaca, y con ella el rostro de la eterna nostalgia. Todo regreso de un hombre a Ítaca es otra creación del mundo.*

*No busco nada con este libro, ni siquiera la veracidad última de un gesto, aun cuando conozco el poder de revelación de la imaginación. Cuento como a mí me parece que sería hermoso nacer, madurar y navegar, y digo las palabras que amo, aquellas con las que pueden fabricarse selvas, ciudades, vasos decorados, erguidas cabezas de despejada frente, inquietos potros y lunas nuevas. Pasan por estas páginas vagos transeúntes, diversos los acentos, variados los enigmas. Canto, y acaso el mundo, la vida, los hombres, su cuerpo o sombra miden, durante un breve instante, con la flebe caña de mi hexámetro.*

A. C.

## PÓRTICO

*Estaban terminando de encapuchar con terrones recién arrancados —todavía en la hierba las gotas de rocío matinal—, y cada pila de carbas y de tojo, bien cubierta, era una montañuela redonda y verde. Laertes levantaba doce cada temporada en aquel alivio cerca de la cumbre rocosa del Panerón, al abrigo del vendaval. El padre del buen carbón del monte es el viento del norte. Algunas pilas ardían ya lentamente. Lanzando por el tiro una continua columna de humo negro. Todo el arte del carboneo en el monte consiste en el fogueo seguido y pausado de la pila, y en que no haya más humaza que la del hornillo; el carbonero, mientras el Bóreas poderoso aviva la bocana, escucha como dentro de la pila crepitan las leñas, y al ir naciendo, el carbón parece moverse en el oscuro y cálido vientre de la pila, en el que el fuego habla, incansable, en voz baja. Laertes, más que con los ojos vigilando el color de los humos, seguía la cochura con el oído, o mirando el agostado de las hierbas de la capucha, desde que el humo comienza a cocerlas, hasta que se deshacen en ceniza, blanca como harina de trigo. Laertes era un buen carbonero, y cada año bajaba a los pueblos de la marina veinte carros de noble carbón montañés, bien quebrado, que al encenderlo de nuevo en el hogar, en el brasero o en la plancha, embrasaba vivo, del color de los rubíes antiguos sin una sombra de humo. Carros cantores y bueyes dorados de amplia cuerna eran de su propiedad, y llevando un carro colmado desde la montaña al arenal de Ítaca, Laertes se sentía verdaderamente el príncipe de los boyeros. Se apoyaba en el labrado yugo de irreprochable madera de roble para tratar la carga, y discutía el precio a grandes voces.*

*Más abajo, ya en la falda del Panerón, Laertes veía quemar otras pilas. Eran de sus cuñados. ¿Cómo, en aquella familia de carboneros, ennegrecidos, quemados por el sol y las humazas generación tras generación, había podido amanecer Euriclea la pálida?*

*—¡Me haces daño! —le gritaba Euriclea.*

*Laertes se reía, pero retrocedió un paso y en el fondo de su corazón temía que su sombra pisase la breve y fina sombra de Euriclea, semejante a la sombra de una rama de almendro que menease la brisa vespertina. Se sentaba a sus pies a verla hilar. Euriclea, por toda caricia, cuando Laertes se levantaba para irse, a la hora de entre lusco y fusco, sin dejar de hilar, con el dorso de la mano que sostenía el huso le tocaba la barbada mejilla.*

—Puedes pedirme en matrimonio —le dijo una tarde cualquiera.

Laertes tomó entre sus grandes y trabajadas manos los delicados pies de la pálida hilandera sonriente, y los besó.

Jasón, el criado, se subió sobre la pila para sacar el tobe del tiro, al tiempo que Laertes lo hacía por el hornillo. Puso Laertes las piedras de chimenear a su alcance, basto granito en el que el sol hacía brillar las finas partículas de mica.

—¡Laertes! ¡Amo Laertes! —gritaba desde el camino.

El carbonero se encaramó a una roca.

—¿Qué dices?

—¡Amo Laertes, Euriclea ha parido! ¡Es un varón!

—¡Gracias, heraldo! ¡Te prometo un jarro de miel para que lleves siempre en la boca palabras tan dulces!

Se reía Laertes. Se acariciaba las barbas. Palmeaba sus rodillas.

—Jasón, encendamos esta pila por el hijo que acaba de nacer. Si en Ítaca hubiese oro en los ríos como antaño, sólo vendería este carbón por oro, aunque la moneda fuese del tamaño de una lenteja. Pero darán plata por el carbón, amigo, y con ella le haremos al niño una pulsera para el brazo izquierdo con letras formadas que digan:

«Soy hijo de Laertes».

Cogió uno de los porrones de vino que refrescaban a la sombra, cubiertos de helechos mojados, y echó un largo trago. Mandó el porrón por el aire al criado.

—¡A la salud del hijo, Laertes! ¡Larga vida y sepultura en la tierra natal!

Jasón era muy gutural y despacioso en el beber a morro, y Laertes lo burlaba.

—¡Rompe el porrón contra la chimenea, Jasón! Tal día como hoy tienen derecho a vino el fuego y la ceniza.

Llegaba el mensajero, un criado de la casa, que estaba puesto para cuidar las cabras y los carros, llamado Alpestor.

—Amo, parió sin novedad. Es un niño. La meada que echó no más nacer llegó a la calabaza dulce que cuelga encima de tu cama. Puse la rama de olivo en la puerta de la casa, y corrí a darte la noticia.

Laertes pasó el chisquero a Jasón para que encendiera el haz de paja en el hornillo de la última pila.

—Amigos, vivimos en una isla que llaman Ítaca. Los que pasan el mar en los grandes navíos ven sus montañas en el horizonte, coronadas siempre de quietas nubes blancas, y dicen: «Ahí queda la pequeña Ítaca». Cuando un avión vuela sobre nosotros, siempre hay un pasajero que dice a otro: «¡Mira, esa islilla verde ceñida de blancas espumas, es Ítaca!». ¡Ítaca! Un puñado de rocas con la arenosa frente deteniendo el mar. Pero entre el mar y las blancas nubes hay buena tierra labrantía, ricos pastos, fuentes abundosas que forman alegres regatos parleruelos, bosques espesos en los flancos de las montañas. Los hombres hemos construido cosas aquí y allá, a la orilla del mar y al pie de los montes, donde el marinero posa el remo y tiende a secar la red, y entre las viñas y las tierras de pan llevar. Ninguna tierra que

los hombres habitan es pequeña. Donde enterré a mi padre crece ahora un sauce y en la misma sepultura anidan los grillos y hace el topo su palacio de polvorientas cúpulas. El pasado otoño injerté almendros y fui a arar con mis bueyes la tierra cereal. Euriclea cernía harina, amasaba pan, y tejía. Subí al monte a carbonear y ella quedaba vareando lana para un pequeño colchón. Parecía un año igual a otro. Llovió a su tiempo y a su tiempo vinieron la tórtola y las calores. Como todos los junios nos dijimos: «¡Ya estarán en la marina los atuneros!». Como todos los junios se dijeron los atuneros:

—«¡Pronto se oirán cantar los carros de los carboneros!». Y a lo largo de los días, iguales siglo a siglo, se iba haciendo el niño en su vientre. Al principio será como una hierbecilla, como un grano de trigo cándido, una pupila, una uñita, pero pronto viene a ser como el mosto que bulle, espuma y fermenta. Euriclea me miraba en silencio. Los días se fueron haciendo desiguales en nuestro corazón. «Me parece que lo siento sonreír aquí dentro», me decía. Argos, el can, apoyaba sus patas delanteras en las rodillas de Euriclea, y yo decía, riendo: «¡Ya quiere el viejo labrador jugar con el mamoncete!».... Claro que Ítaca es pequeña, vista desde un gran navío o un rápido avión, pero medida con el paso de mis bueyes es un gran reino. Y le nace un hijo a Laertes, una noche cualquiera, y ese día para Laertes la pequeña Ítaca es inmensa, redonda como la Tierra, más ancha y rica que la Hélade toda, como seis Indias unidas unas a otras con puentes dobles de mil arcos gemelos.

Laertes se desciñó la faja roja que traía a la cintura, y ayudado por el Alpestor volvió a ceñirse, girando para apretarse.

—Amigos, ha llegado el gran desconocido. Mi hijo, ¿de quién amigo, de quién enemigo? Los primeros años es él quien va reconociéndonos poco a poco; más tarde, el resto de nuestra vida, lo pasaremos nosotros intentando reconocerlo a él. Me alegro del hijo varón. Puesta está la rama de olivo en la puerta de mi casa. He bebido a su salud, a su salud encendí fuego. Y sin embargo, ¿quién es él? Cumpliremos, criados, los ritos de la hospitalidad con ese príncipe extranjero que llegó nocturno a Ítaca, a través de la amada y trémula puerta que llamamos Euriclea.

—Las mujeres quedaban diciendo en el pasillo que lo amamantara la madre. A veces las de poco pecho son muy lecheras.

—Amo, ¿qué nombre le pondrá? —preguntó Jasón.

—Le prometí a la madre que el de ese santo peregrino, santo Ulises, que tiene ermita en el muelle. Vino por mar a morir a Ítaca.

—Más es nombre para marinero que para carbonero o boyero.

—La madre sintió por vez primera brincar al hijo en el seno yendo a poner un cirio en el velero que está labrado en piedra en la puerta de la ermita.

—Santo Ulises —se santiguó Jasón devoto— inventó el remo y el deseo de volver al lugar.

Laertes calzó las sandalias de esparto, que se ataban con tiras de piel de cabra.

*—No apures la quema —avisó a Jasón.*

*Y seguido de Alpestor echó a andar monte abajo, por el camino que va paralelo al torrente de las Palomas. Sería ya noche cuando pisase el portal de su casa. La luz del farol de aceite vería la rama de olivo en el dintel. Los atuneros tendrían encendidos fuegos en el arenal. Con la noche siempre corre hacia el mar tibio viento terral, y los marineros pueden oír los ladridos de los canes que guardan los rebaños en los montes. Argos, el fiel perro, saldrá a recibirlo. Le lamerá las manos. Ítaca será inmensa aquella noche, y se la oirá latir como un humano corazón.*



**PRIMERA PARTE**

**CASA REAL DE ÍTACA**

## I

**L**AERTES atravesó la plaza y entró en la taberna de Poliades. El boyero Belfas se acercó a Laertes y puso sus manos en los hombros del carbonero. Era alto, delgado, tuerto del ojo izquierdo y cerrado de barba, negra y rizada.

—Laertes, estás en la flor de la edad. Un varón cabal debe acertarla en las tres primeras noches. Eso decía mi padre.

Rodó dos tabales vacíos y se sentó en uno, ofreciendo el otro a Laertes. Poliades se acercaba con una jarra de vino.

—Es del año del eclipse, Laertes. Los racimos se asustaron de aquella hora sin sol, y su alma aterrorizada se convirtió en azúcar y canela. Aquel año pasaron muchas cosas extrañas en Ítaca. Le estalló la cabeza al sacristán Filipo, como si la tuviera llena de pólvora, y alguien le hubiese puesto fuego. Los cabreros vieron un centauro galopar por la cumbre del Panerón. Enmudecieron dos mujeres en la marina con el susto de ver salir un lobo negro del mar...

—Recobró el habla el tabernero Poliades, hijo del tabernero Poliades, nieto del tabernero Poliades —interrumpió Belfas.

Rieron los tres hombres y bebieron. Poliades era pequeño y graso, y dominaba su rostro moreno una roja nariz vinosa. Con la boca apenas sabía hacer más que una mueca, pero reía bien con los pequeños y brillantes ojos maliciosos. Al hablar, abría los brazos cortos. Grasa era su calva, y grasas las grandes, gordas manos. El mandilón de casera estopa manchaba en vino y en aceite: archipiélago de manchas, con las unas islas purpúreas del tinto Ítaco, y con las otras parduzcas y oleosas.

—Venía, Poliades, a darte la novedad yo mismo, aunque ya la hubieras oído a las comadres. Venía a decirte que parió Euriclea un varón.

—A los nueve meses y siete días, Laertes —interrumpió Belfas—. Eso es lo digno. La mujer está esperando, llega el hombre, y ¡pum!

Belfas mojaba el huesudo índice de la diestra en el vino y se limpiaba las legañas del ojo vacío. Poliades se sentó en una caja de barras de jabón.

—Te escucho, amigo Laertes. Te escucho como si fueras el Patriarca de Constantinopla.

Laertes acarició su recortada barba, suave como perejil rizado.

La gustaba dar solemnidad a sus actos. Levantó el brazo derecho, la mano bien abierta, dejando ver el hermoso anillo de oro.

—Poliades, tú conoces bien la historia de Ítaca. Te he oído recitar en verso batallas antiguas y la llegada de los primeros atuneros, cuando los monjes arrendaron las almadrabas. Sabes cuándo vino el turco y cuándo se fue, quiénes eran reyes verdaderos en esta isla y quiénes usurpadores. Distingues, ocho o diez generaciones atrás, remontándote río arriba, a los nativos de los forasteros. Sabes quién trajo a Ítaca el cerezo y el primer toro negro, puedes decir dónde estuvo Troya con su muro y su playa, y a quién hizo cornudo Ricardo Corazón de León en Ítaca cuando pasó

cruzado.

—A tu tatarabuelo, Apolonio el Cojo. Los laértidas vivíais donde es ahora la fuente de los Pelamios. Entonces aquello se llamaba la Aguda del Corzo. Era un espeso cañaveral, y de entre las rocas brotaba abundante el agua. De la niebla matinal salió Ricardo vestido de rojo. Salieron Ricardo y el sol. Tu tatarabuela había ido, temprano, a buscar sanguijuelas del alba para sangrarle el flemón a una vaca. Entonces las mujeres en Ítaca andaban en camisa. Era lo decente. Ricardo se quitó el guante, y cantó:

—*¡Oh, ninfa! ¡Diré a los ingleses  
que para agua dulce Ítaca, y sombra de cipreses!*

Cipreses, claro está, por fuerza del consonante. Fue allí mismo, en el cañaveral. Tu tatarabuela cayó de espaldas en los charcos. Cuando lo supo Apolonio el Cojo riñó a la mujer. ¿Es que no había tiempo de venir a casa, y llevar al cañaveral la concha amarilla que tiene bordado los tres pavos reales, y una lámpara de aceite perfumado? Tu tatarabuela se llamaba Amaltea.

—Nombre de cabra —sentenció Belfas.

—Poliades, amigo Poliades, tú sabes toda la historia de Ítaca. Yo tengo que pronunciar el discurso a la puerta de la iglesia, cuando llevemos el hijo a bautizar. Todos los míos han muerto, padres y hermanos. Tengo un primo segundo en Marsella, dedicado a negocios de tabaco. Es hombre importante. Se tutea con el alcalde. Pero no le voy a obligar a venir a Ítaca a bautizar el primogénito. No es que la ocasión no merezca el largo viaje, y rápidas son las naves de los forasteros, pero el niño ha de ser bautizado dentro de la semana. ¿Quieres, amigo Poliades, escribirme un discurso con la historia de mi familia, desde que el primer laértida puso pie en Ítaca?

Laertes apretaba la rodilla diestra de Poliades. Cuarenta y dos eran los años de Laertes. Las criadas le habían ungido con aceite de regaliz la crespá cabellera aquella mañana, y Alpestor le había recortado la barba. En el hermoso rostro, curtido por el aire y el sol de las cumbres, abrían sus ventanas dos ojos verdiclaros. Mostraba muy viril la aguileña nariz, y eran sus labios carnosos, el inferior abierto y caído en demasía. Andaba siempre muy ceñido de faja, y le gustaba usarla de vivos colores, o roja o azul.

—Te lo escribiré, Laertes.

—Haz buena letra.

—En mayúsculas te pondré todo el discurso, y con rayas rojas señalaré los acentos. El espíritu reside en ellos.

—¿Cuándo puedo venir por él?

—Ven a buscarlo mañana por la noche, así que hayas oído pasar a los atuneros en busca de su cama. Haremos un ensayo.

Laertes sacó una moneda para pagar el vino del año del eclipse, pero Poliades se la rechazó. De encima del mostrador cogió una libra de chocolate, envuelta en papel amarillo, con las efigies de los santos Cosme y Damián.

—Para Euriclea. El chocolate es muy propio para paridas.

Salieron los tres a la puerta de la taberna, que se abría bajo los porches del Consejo. Respiraron sol y aire marino. En la torre de la iglesia de san Ulises la cigüeña saludaba las mañanas de Ítaca. La plaza de los ítacos es un rectángulo formado por encaladas casas de una sola planta, levantadas sobre porches, y cubiertas con teja color burdeos, que esta es la gracia del barro del país. A través del Arco del Capitán, se ve mar azul, en cuyas ondas asoman aquí y allá, fugazmente, las crines blancas de los inquietos caballos de Poseidon. Sobre el Arco del Capitán se levanta la Atalaya, cuadrada torre de granito negro roído por los vientos marinos. Desde sus almacenes, en los claros días, cuando sopla el cristalino sur, se adivinan lejos, tierras verdes de extraños nombres. Oírseles a algunos marineros, al regreso de un largo viaje, es como oír una canción.

## II

**P**OLIADES mojaba la pluma de ganso en la tinta roja, e iba poniendo los acentos. Dibujaba aquí, sobre una frase, la doble ala curva, indicándole a Laertes que tendría que elevar la voz al llegar a tal pasaje, y más adelante subrayaba otra, indicando la caída del tono y la voz confidencial. Satisfecho de su obra, esperaba impaciente la llegada de Laertes. Ya se habían ido los marineros, y el último en marcharse, como siempre, fuera Foción, el piloto.

—Me gusta vagar por la ciudad, Poliades. Ya no me ladran los canes, por conocido de ellos que me hice en mis vacaciones nocturnas. De alguno pudiera decir que espera el ruido de mis pasos para, en sueños, menear la cola amistoso. ¿Prefieres a Ítaca con niebla o con luna llena? En la luna de septiembre, Ítaca huele a membrillo. Voy a hacer la última navegación, antes de que venga el invierno, y subo hasta el callejón de la Ciudadela a olfatear la ciudad, el enorme membrillo. Escucho roncar a Almeno, quien durmiendo imita el cuerno en la boca de un niño que se estuviera iniciando en el arte de los siete tonos, bebo agua en el canalillo de la Garita, y paso una mano por los cristales de la ventana de Viola, acariciando lo que haya podido quedar allí del hermoso rostro...

—La vieron en Esmirna o en Marsella, o en los dos lugares a la vez. Cantaba y después pasaba platillo. Unos pilletes, con cañas, le levantaban las faldas. Viola corría tras ellos, con los bordados zapatos en las manos, gritando. Vinieron los guardias y la prendieron por borracha.

—¡Date al príncipe, Viola! —gritaba, riendo, un guardia.

—¡Puercos, tened las manos! ¡Artemisa, testimonia mi honestidad!

—Sí. Y Viola aseguraría a los guardias que el único príncipe, Foción, el gran piloto, rico en naves, vendría a rescatarla en medio de una gran tempestad de hierro y fuego. Fue culpa mía llevarla al teatro, a ver *Otelo*... Pero esa, Poliades, será otra Viola. La mía es de cristal. Es una ventana. No puedo acostarme con ella, pero puedo apoyar mi frente en sus labios. Con la luna de septiembre en la mano, mi Viola me dice adiós cuando en el dulce otoño me voy al mar.

—Todos tenemos detrás de nosotros un pañuelo diciendo adiós, Foción, y aunque hay algún que otro cabrón que no mira por encima del hombro el pañuelo que agitan desde tierra, lo propio del hombre adulto y sobrio es sorber una lágrima.

—¡Poliades, nunca te tuve por romántico!

Foción pagó la última ginebra. Salió a la puerta el tabernero, secándose las manos en el mandilón. Miró hacia el estrellado cielo, y paseó la mirada por las brillantes luces que lo poblaban: las dos Osas, Lira, el Dragón y el Boyero, con la espléndida naranja que se llama Arturo.

—Si ahora mismo, Poliades, cayera la Corona Boreal, no habría en toda Grecia rey más ricamente cubierto. ¡Está a pique sobre tu calva! —le gritó Foción al marcharse.

Cuando llegó Laertes, Poliades cerró la puerta y encendió la lámpara de carburo que colgaba de la viga. Sirvió vino para ambos, y ofreció a Laertes asiento tras el mostrador.

—Ya está escrito tu discurso, y convenientemente acentuado. Te recomiendo que lo leas lentamente. Procura imitarme. En mi mocedad he representado *Alcestis* de Eurípides ante los estupefactos cirenaicos, que regoldaban silfión amargo. Yo hacía el papel de Admeto:

*Una malaventurada madre me dio a luz.  
A los muertos envidio, los amo,  
deseo habitar sus moradas.  
No disfruto viendo la luz  
ni pisando el suelo con mis pies.*

Y me tapaba el rostro con el brazo derecho, y con la mano izquierda, en el aire buscaba el picaporte de la puerta del Hades. Y discurría sosegadamente con mi ilustre huésped, el dios Hércules. La verdadera conversación humana se aprende en la tragedia. Peso una libra de garbanzos zamoranos que viene a comprarme la noble Hermías, hija de Milipos, y cuando echo cuatro o cinco garbanzos en el platillo para poner la balanza en su fiel, exclamo con voz ronca, y tan bajo que sólo ella me oye:

*En esta misma caja de cedro a mí mismo  
me pondré, y mi costado será pesado  
al mismo tiempo que el tuyo.*

Y Hermías se ruboriza y me dice:

—Eso lo oí yo con papá en Atenas, en el teatro.

—Es Admeto, señora, quien así habla, no Poliades, el tabernero. Es *Alcestis*, de Eurípides. Ella se dispone a morir por él.

—¿Tanto lo amaba? —pregunta la dama.

Yo inclino la cabeza, sin responder palabra. Hermías se ha olvidado de mi calva sudorosa, de mi sucio mandilón, de los garbanzos de Fuentesauco. Se retira turbada, apretando el cartucho contra el gracioso pecho. Dejó la moneda de plata en el mostrador y ni osó esperar a que yo contara la vuelta. No es que la doncella me vaya a ofrecer su cama, Laertes. Es otro sentimiento más profundo y espiritual el mío. Suponte que una noche cualquiera, llevada por esas palabras que dijo, Hermías sueñe conmigo. En su sueño yo puedo ser un héroe perfumado. Yo no lo sabré nunca, ni me importa no saberlo. ¡Y Foción no me tenía por romántico!

Le acercó a Laertes los dos pliegos de papel de barba en los que había escrito el discurso.

—Llegas con el discurso enrollado a la puerta de la iglesia. Te siguen dos criados.

Que pongan la damajuana con el vino lejos de tus rodillas, por si con la emoción te tiemblan las piernas no tropieces con ella. Al vino le conviene quietud. Lees el título con voz alta y clara, acaricias con amistosa mirada al auditorio. ¡Lee, amigo Laertes! ¡Estoy impaciente por oírte!

Laertes apartó las libras de chocolate apiladas en el mostrador, se aseguró de que ante él la tabla, blanca por los constantes fregoteos con lejía estaba limpia y seca, y desenrolló los pliegos. Hizo el gesto de quitarse el sombrero de paja ritualmente adornado con naranjas. Tosió, aclaró, y leyó con voz tranquila y coloreada.

## HISTORIA DE LA CASA REAL DE ÍTACA

—Que no os parezca, amigos, vanidad, el que yo me presente en esta solemne ocasión a decir las sangres que concurren en el recién nacido que la noble viuda Elices, hábil partera, acerca hoy a la pila bautismal. De mi rama no queda en Ítaca ningún varón a quien este honor pudiera ser concedido. Propio de las laértidas estirpes ha sido el navegar, y no hay isla en la Hélade en la que no hayamos encendido fuego y cavado una tumba. Hace varios siglos que a Ítaca llegó uno de los míos, apodado Hipobotes, criador de caballos, huyendo de la peste negra que diezmaba en Argos. Traía en su nave una hermosa yegua alazana. Los ítacos nunca habíais visto un equino. Dejasteis en la arena las huellas de vuestros veloces pies al huir cuando la yegua saltó de la nave, relinchando, sujeta del ronزال por el esbelto Hipobotes. Mi antepasado se estableció en el monte, en las habas mismas en que yo carboneo. Vivía de la caza, y cambiaba a vuestros abuelos perdices heridas de flecha, todavía palpitantes, por hogazas de pan y bollos de manteca. Pidió mujer entre vosotros y se la negasteis, pues decíais que era de raza centáurica y saldría cuadrúpeda la descendencia, y en vez de humano lenguaje poseería el don del relincho estrepitoso. Pero hay dioses más compasivos que los hombres, e Hipobotes comenzó a sentir carnal amor por su yegua, que con las primeras tinieblas nocturnas se mudaba en hermosa mujer, somnolienta como roja amapola. La mano de Hipobotes sobre la grupa de la yegua, acariciaba monótonos gruñidos agradecidos. Y de la misteriosa coyunda nacieron a la vez Hipobotes II y el alazán de claro lucero. A Hipobotes II le llamasteis Okímeros, el que muere mozo, porque recibido a los quince años en vuestras naves, murió defendiendo la bahía patria contra normandos. Arrepentidos de vuestra antropomórfica soberbia, disteis a Hipobotes vuestras propias mujeres, pero solamente una aceptó, a Circea, dueña de hermosas barbas rubias. De ella nació Alejos el Converso, padre de Apolonio el Cojo. Okímeros, antes de morir, dejó su precoz simiente en Eumea, madre de Apolonio el Cantor. Cuando el anciano Hipobotes se tumbó en el colchón de crin para morir, al lado de su lecho estaban cinco hijos y veintitrés nietos, entre varones, hembras, corceles, yeguas y

potros de su estirpe. Pidió a Circea que se acercase, y acarició por última vez su suave barba, ya canosa. Pidió un peine de plata y se la partió y peinó. Pidió esencia de zarzaparrilla y se la perfumó.

—Envejeciste a mi lado, pero más lentamente —dijo.

Dio gracias a Poseidon por tan larga vida como le había concedido, y con las libres y veraces manos recogió de su misma boca la propia alma inmortal, para entregarla al Bóreas, perpetuamente puro. Su humana familia inclinó en silencio la agobiada cabeza, mientras la hípica descendencia huía a los montes, galopando...



### III

**L**AERTES hizo una pausa, y miró hacia la damajuana que posaran a sus pies. Le daba el sol, y se calentaría el vino. Los tintos de Ítaca mejor se bebían frescos y en porrón. Escasamente habría un vaso para cada varón presente, pero la costumbre era no traer más que una damajuana. Bebas se abría paso entre las mujeres, en la cabeza una cesta que rebosaba de rosquillas de yema y citrones escarchados. Y Laertes carraspeó y leyó el último párrafo:

—Libres señores del monte Panerón, nos hicimos en él pastores y carboneros. Olvidamos las naves y las aves marinas por las chirriantes carretas y el águila dorada de las cumbres. Olvidamos los nombres de las velas y el cordaje para ser sabios en bueyes, decir su cuerna y su capa, y la edad por los dientes y los tendones. Mi abuelo trajo mujer de Sicilia, una morena delicada, pero mi madre casó en el país: todos recordáis a mi madre, la dulce Felisa, sobrina de dos obispos. ¡Que santa Marta, Patrona de las hilanderas, le haya regalado en la otra vida huso y rueca de oro!, y nació yo, Laertes, y casé con Euriclea, en la que hice a Ulises, a cuyo bautizo asistí. Si el nombre que lleva el primogénito laértida lo conduce al mar que antaño tanto aramos, no seré yo quien rechace en el patio de mi casa el timón y el remo. Amén.

Dejó caer el papel con el discurso escrito por Poliades. En el regazo de Elices el niño lloraba.

—Llévalo a la madre. Lloro porque tiene hambre.

Bebas repartía vino y dulces, ayudado por el sacristán. Laertes ofreció un vaso al cura.

—Es de mi cosecha, rosado.

—No eran de citar los dioses antiguos, Laertes, ni la fábula caballar de tu abuelo Hipobotes. Sois ilustres, pero no tanto.

—Hasta que vinieron los caballos de los turcos, y se extendió la bastardía, los caballos de Ítaca, descendientes de Hipobotes, nos saludaban a los laértidas como primos.

El cura sonrió. Era alto y magro, y se hundían sus ojos negros en la cara huesuda y alargada. Levantó el vaso de vino.

—¡Por el nuevo cristiano!

Laertes recibía enhorabuenas. Belías lo besó dos veces en la frente. Las muchachas se acercaban a Laertes y le tocaban la faja con ramitas de laurel.

—¡Si de verdad queréis hijos varones, id a preguntar a Euriclea! —gritó Foción, el piloto.

Las muchachas huyeron, riendo. Poliades tiraba monedas a la grey infantil, que las buscaba entre gritos en la arena. El cura tomó del brazo a Laertes y lo introdujo en la iglesia.

—Nunca te he visto por aquí. Ya que tu hijo lleva el nombre de este santo Ulises, ¿no quieres conocerlo mejor?

La iglesia era pequeña y blanca. Tenía un solo altar, en el que san Ulises peregrino, se apoyaba en un remo como en un bordón. San Ulises envolvía su blanco cuerpo en una capa azul celeste, y con los claros ojos admiraba los pequeños navíos que colgaban de la bóveda: olía a incienso e hinojo. Entraba el sol poniente por la puerta abierta, y las sombras del clérigo y de Laertes se alargaban hasta el pie del altar.

—En los meses en que madura la naranja —dijo el clérigo— me gusta venir a esta iglesia a rezar, a la hora meridiana, cuando el dulce sol entra por la claraboya. Las naranjas que cuelgan de la pared rezan con su aroma, y yo con mi humilde boca, en la que bailan mis dientes desiguales. ¿Sabes, Laertes, que es rezar? Estás en un rincón arrodillado, y vas dejando caer palabra tras palabra, y vanos pensamientos y vagas figuras te distraen, pero hay un hilo, un hilo que no se rompe, y que de pronto, cuando estás más alejado de la oración y olvidado de las palabras del libro, se pone a arder, y te calienta el corazón a ti, el pecador, al mismo tiempo que quema la mano de Dios y las manos de sus santos.

El cura se sentó en un banco, se secó el sudor con un pañuelo negro e invitó a Laertes a sentarse, pero el carbonero permaneció de pie.

—Dicen que san Ulises inventó el remo y el deseo de volver al hogar. Ya había remos en tiempos de san Ulises, pero es seguro que él inventó un remo. Muchas veces yo tengo nostalgia de mi país, Laertes. Me viene el mal al atardecer, en otoño porque se van las golondrinas, en enero porque florecen los almendros, en mayo porque canta la calandria, en julio porque el viento trae a la terraza de mi casa pétalos de amapolas. Y entonces siento el remo de san Ulises a mi costado. Si en ese instante alargase la mano, encontraría el remo sujeto con un estrobo de ilusiones al corazón.

Laertes miraba para el cura como si lo viese por vez primera. Se dio cuenta de que tenía una hermosa voz. Golondrina, almendro, calandria, amapola, fueron palabras que pronunció con embeleso, sensualmente. Pudo encargarle al cura y no a Poliades el discurso bautismal. Al salir, le daría al pobre clérigo de mendada sotana una moneda de plata.

—Ulises nació en una pequeña isla, una isla como Ítaca, cuyo nombre nadie sabe con certeza. Pero era país de griegos navegantes. Su padre era carpintero de ribera, y llamado siempre que había que esculpir famoso el mascarón de proa de una nave. Era hombre de mal carácter, agriado cada día porque perdía el gran bien de la vista. Se le ponían en los ojos unos nuberos rojos, y lo veía todo negro. Entonces se emborrachaba y le pegaba a Ulises. Le pegaba con una vara de abedul. Pero Ulises, si precoz en santidad, lo era también en astucia, y se quitaba la capa y la dejaba en el aire, colgando donde él suponía que estaba el dedo meñique de la mano izquierda de su Ángel Custodio; escondido tras la artesa esperaba a que llegase su padre, eructando vino de Argólida...

—¡Apesta a ajos!

—Sí, apesta a ajos, pero para los de Argólida es la sangre caliente de su tierra. Y

el padre golpeaba la capa mientras Ulises lloraba y gritaba, a salvo en su escondite. El Ángel Custodio soplabla, llenando la capa de aire, porque más semejase cuerpo humano... El padre de san Ulises fue llamado para labrar una sirena con destino a la nave capitana de unos ricos mercaderes, cretenses acaso, o genoveses. Ya había desbastado dos espléndidos troncos de roble, y machihembrado, y los armaba en la afilada proa, cuando le vinieron espesos los nuberos y quedó ciego del todo. Ulises estaba a su lado, con el martillo y la gubia, y atada al cuello y colgándole sobre la espalda, la saqueta de blanco lino con la merienda. Así lo representan en mi isla, en la catedral. La saqueta tiene un agujero, y por Pascua la llena el deán con higos pasos y cortezas de naranja confitadas, y las madres levantan los hijos hasta el hombro de Ulises, para que le roben parte de la merienda. El padre de Ulises se sentó en la arena a llorar su desgracia. ¡Y lo hermosa que pensaba poner a la sirena en la proa! En todos los puertos de la Levantía se alabaría el nombre del escultor Amintas, que así se llamaba... ¡Mejor sería no nacer, o en naciendo, morir! El pequeño Ulises acariciaba los pies de su padre. ¡Hay dolor! Adormecido el padre en la arena, recostado contra la quilla de la nave que había de llevar la sirena en la proa, el pequeño Ulises se apartó hacia unas rocas, en las que se arrodilló a orar, y orando no se dio cuenta de que subía poderosa la marea agustina, y las aguas lo rodeaban y cubrían. Peces jugaban alrededor de su boca, oyendo acaso las palabras que el Ángel dijo a María. Pero también las oía una sirena de la mar. Estaba allí mismo, sentada a su lado, una dorada luz su largo pelo. Ulises la tomó de la mano y la hizo nadar hacia el arenal. La sirena se dejaba ir, llevada por la mano inocente. Ulises despertó a su padre, y el escultor Amintas a tientas reconoció la hermosura incomparable de la sirena. Con las yemas de sus dedos aprendió la forma, desde la comba frente a la escamosa cola, y en una larga hora, con el trémulo modelo al alcance de sus manos, pasó toda la misteriosa gentileza de la carne marina al leño, y amaneció en la proa de la nave la sirena... Carpinteros de ribera y marineros pasmaron ante tanta belleza. Se hizo célebre la sirena. Amintas era citado por ella.

—¿Y habló la sirena con san Ulises niño? —preguntó Laertes.

—No. Por la gracia de Dios, Laertes, aquella sirena era muda. Solamente habló su cuerpo en las manos de Amintas, y las manos recordaban y alteraban en el hombre maduro las memorias, y lo sobresaltaban terribles deseos. Hablaba, como ebrio, de ir a los abismos marinos a recobrar aquella carne acariciada, y la luz. Ulises, triste, calentó al fuego una pelota de hierro, y cuando estuvo al rojo vivo, se la ofreció a Amintas.

—Padre, acaricia sin temor esta hermosísima manzana.

Y Amintas confiado la tomó en el cuenco de sus manos, y ardió la piel de las palmas, y la carne hasta los huesos, pero fue medicina feliz, que con la piel y la carne se le fueron a Amintas las añoranzas y los dolorosos deseos carnales. Los más de los milagros que obró san Ulises —concluyó el cura— fueron juegos con las soledades y los anhelos de los mortales.

Laertes sacó una moneda de plata, y acercándose al escalón de piedra del altar la dejó caer, alegremente sonante.

—Porque sean parleruelas todas las sirenas que encuentre tu hijo, buen Laertes.

—Por lo menos que encuentre sirenas, pidió el carbonero.

El cura se levantó, y apoyó su mano diestra en el hombro de Laertes. Aspiró el perfume que exhalaban sus ungidos cabellos.

—¡Regaliz! ¡En mi país son las mujeres las que se perfuman con regaliz, en las fiestas de la vendimia! Vuelve por aquí, Laertes. Te contaré historias de san Ulises. Era humilde y callado. Tenía la mirada infantil, a la que nada sorprende. En esta iglesia tenemos una reliquia suya, una sandalia vieja y rota, muchas veces remendada y solada. Alguna tarde la saco del relicario y la acaricio. ¿A qué huele? ¡Ay, acaso dependa de mí, soñador! Si algún día la acerco a mi oído, como en una caracola oiré en ella el mar. Huele al romero que pisó Ulises, a la madre selva que cuelga de los muros de las ciudades en las que no quiso entrar, a los campos de lirios de los feacios, a los glicinios de las posadas, de cuyas ramas colgó esclavina y sombrero en los largos atardeceres estivales... Me arrodillo ante la reliquia, y hago todos los caminos con la imaginación, y a veces el de mi casa, en mi isla natal: aquel camino hondo que va entre junqueras y viñedos desde la playa al llano que decimos el Campo, con sus higueras, y el poblado palomar...

Laertes se santiguó, y saliendo de la iglesia por el pasillo lateral, su cabeza iba por entre los navíos que los devotos marineros habían colgado en la encalada bóveda.

## IV

**L** OS cuñados se pasaban la jarra de vino. Pequeños y cetrinos, recién afeitados, vestían ropas de fiesta, y los cinco abotonaban el negro chaleco con gruesas piezas de plata.

—Se agradece el vino —dijo uno, y los otros asintieron. Laertes llenó otra jarra y gritó por Jasón.

—Corta más cecina y saca del aceite un queso.

—Laertes, eres generoso de tus bienes —dijo uno de los cuñados.

—Laertes, derramas amistad —dijo otro.

Parecidos de rostro, tenían la misma voz chillona y el decir aldeano. Se rascaban unánimes las perneras. Laertes los contemplaba con irónica curiosidad.

—Hemos oído tu discurso a la puerta de la iglesia.

—Fuiste muy mirado con tus antepasados.

—Los nuestros hubieran querido oír su nombre de tus labios.

A lo que uno decía, asentían los otros cuatro, inclinando la cabeza y golpeando en la mesa con los puños cerrados.

—Citar a nuestro abuelo Basilio parecía obligado. El que esto dijo se levantó y se santiguó. Se limpió los labios en la bocamanga de la camisa encarnada.

—Le había comido la mano izquierda un puerco, y su padre le había regalado una guitarra napolitana dos días antes. ¿Y qué decía Basilio mientras el físico le cosía la mano?

Se levantó otro de los cuñados. Vino a arrodillarse en el banco en que se sentaba Laertes.

—¡Eso, eso! ¿Qué decía Basilio?

—Cuántas veces no se lo hemos oído contar a nuestro padre y a nuestros tíos. Basilio no lloraba. Basilio no gritaba. Basilio contemplaba la guitarra napolitana puesta a los pies de la cama, el clavijero adornado con cintas de colores. ¡No llores, cariñoso padre mío!, exclamaba. Con la mano derecha pisaré las cuerdas en el traste y con los dedos del pie izquierdo las pulsaré y haré cantar. Y lo logró. Durante cinco años, día a día, ensayó las canciones de primavera.

—¡Las danzas de mayo!

—¡Durante cinco años, sin cesar: tiró, tiró tirolaina, tiró tiró!

—Nadie las tocó igual.

—Ni las cantó:

*¡Flor do melocotón, rosada  
mejilla del aire!*

*¡Ay, a las niñas en mayo  
les duele la cintura!*

—Lo llevaron a las fiestas de Creta. Querían que se quedase de salmista en el monasterio. Su Beatitud se abanicaba con la tiara y no se cansaba de oírle cantar. Bebían ratafía blanca por el mismo vaso, y Su Beatitud le decía: «¡Basilio, ahora que estamos solos, toca para mí esa canción de la mejilla del aire!».

Los cinco cuñados, de pie, pequeños, morenos, inquietos, con el chaleco desabotonado, con las blusas encarnadas fuera del pantalón, iban y venían por la cámara y se quitaban los unos a los otros las palabras de la boca.

—¡Eso! ¡Como cantaba! Tenía hermoso bigote, y la guía del lado derecho la llevaba a la oreja y la sujetaba allí con un prendedor de pedrería fina, regalo de una señora.

—De la viuda de Creta, sí señor. Una señora rica, dueña de naranjos. Pero Basilio quería casar en Ítaca. Era un carbonero de corazón. Músicas de lejos, sí, ¡pero el carbón...!

—Despertar en la noche, —interrumpió Laertes—, levantar la piel de cabra que cierra la entrada de la cabaña, y ver el ojo rojo de cada pila en la tiniebla.

—¡Eso, eso! Ver el ojo rojo, oír ¡cric, crac! dentro de la pila. Casó con la hija del piloto Temades. Nosotros nos llamamos los basilios en memoria suya. Su Beatitud de Creta le decía: «¡Basilito, no te vayas! ¡Imita el perdigón en celo, querido amigo!».

¡Ahora no hay de estos hombres!

Laertes bebió largo por la jarra.

—¡Basilios, cuñados, por muchos años!

—¡Amén!

Laertes ofreció a los cuñados las doradas tajadas de queso.

—Debí, señores parientes, decir que hice a Ulises en la hermosa Euriclea, de la ilustre familia de los basilios. Se me olvidó. Se le olvidó a Poliades. Yo no cesaba de pensar en el hijo.

—Ulises, un basilio por parte de madre —interrumpió uno de los cuñados, rebosándole queso de la boca.

—Sí, por parte de madre. Desde que conocí vuestra casa en el monte, para mí fue siempre la casa de Euriclea. Nunca dije que ya había llegado a la casa de los basilios. La genciana puesta a secar en sábanas de lino, el pan recién salido del horno y estibado en la panera de travesaños de nogal, las largas cintas de pimientos colorados colgados de la pared, las ollas llenas de agua de rosas..., todos los olores y todos los colores del portal de la casa de los basilios, para mí tenían solamente un nombre; Euriclea; y por habersele oído decir a las mujeres, yo decía siempre, Euriclea la pálida. ¡Es muy hermosa!

Laertes apartó la cortina que dejaba ver, al fondo del pasillo, la cámara nupcial. Se veían los labrados pies del amplio lecho matrimonial, y caía hasta el suelo de blancos azulejos el fleco de la colcha de rojo damasco.

—La primera vez que nombre a Euriclea en público, cuñados, diré que hablo de la basilia Euriclea.

Los cuñados rebañaban el aceitoso queso en los platos de barro.

A un tiempo, con la boca llena, se inclinaban para decir, solemnes:

—¡Por muchos años! ¡Larga vida!

—Si conserváis la guitarra napolitana de vuestro abuelo Basilio, os agradecería que un día, cuando Ulises sea doncel alegre, le permitáis aprender en ella las canciones de mayo.

Se fueron los cuñados, canturreando beodos, y Laertes salió a despedirlos al camino. Se sentó en el banco de piedra, cabe la puerta. El can Argos vino a sus rodillas, la larga lengua latiente. Se acercó Alpestor con una taza de requesón entre las manos. Sorbía en ella sonoro. Se sentó al lado del amo.

—¡Los basilios! ¡Unos puercos! ¿Sabes por qué salió Euriclea tan hermosa y tan pálida? ¿Tú sabes, amo y señor, por qué salen manchados los conejos que cuida Jasón? Porque el conejo padre es blanco. A Basilio el Manco la mujer le ponía los cuernos. Era hija, como sabes, del piloto Temades. Temades era un hombre pequeño, casi enano, con una gran verruga roja en el mentón. Casó en Alejandría y allá enviudó. Regresó con la hija. No hubo en su tiempo moza más hermosa en Ítaca. Temades ya no navegaba. Cobraba por dejarse tocar la verruga por los marineros. Daba buena suerte. Cleomenes tenía una vaca que no empuñaba. Le dio a Temades una moneda argiva de media onza, y este acarició con su mentón a la vaca, mismamente debajo del rabo. Nueve años seguidos trajo cría la vaca. Querían llevar a Temades para el campo caballar de los bizantinos, a asegurar la preñez de las yeguas. Temades dotó ricamente a la hija, y esta escogió a Basilio. Se casó con él por la música. Basilio, para tocar a su gusto, tenía que tumbarse en el suelo. Tenía el pie izquierdo tan suelto y fino como una mano. Cogía la púa con los dedos, y trinaba. Vino un amigo de Temades a la boda y por curarse de una tos. Era pariente de los que son príncipes entre los samios: alto, flaco, siempre vestido de verde y con esclavina púrpura, sin nada a la cabeza. Fue con ese. El primogénito, tu difunto suegro, fue del forastero. Le llamaban el Pálido. Euriclea salió a él. Siempre cortés, bebía en las tabernas con los boyeros y los marinos.

Se levantó Laertes, y cual si estuviera en el ágora, a la cabeza del banco de los señores carboneros, abriendo los brazos con afectada solemnidad, exclamó:

—Y habiendo casado Laertes con Euriclea, princesa samia de singular hermosura y piel más blanca que la leche de los higos verdiscos...

La antorcha que ardía ante el portalón se apagaba a la altura de la cinta de hierro del poste, pero antes de morir daba a la noche relámpagos rojos y amarillos. Alpestor miró a los ojos encendidos del amo, brillantes por el mucho vino embarcado, y con gesto sacro rompió la taza contra los guijos del camino. Las ranas que croaban en la charca de la fuente, asustadas, callaron.

## V

**L**A súbita tormenta había deshecho el mercado. En la taberna de Poliades se apretujaban pastores y atuneros, aldeanos del Panerón que bajaran a comprar hoces para la próxima siega, y tratantes en cerezas venidos de la vecina Cefalonia. El sudor los pegaba a unos con otros como cola de pez. El viento metía el agua bajo los porches, y el oscuro cielo se abría en grandes claras con los continuos relámpagos. En un rincón, entre dos barricas, un ciego mendigo tensaba las cuerdas de la zanfoña, que la humedad había aflojado. Unas mujeres intentaban llegar al mostrador con sus cestas de albaricoques y ciruelas; los hombres, remisos en apartarse, reían obscenas burlas, y los pastores intonsos golpeaban el suelo con la contera herrada de sus varas. Una moza de largas trenzas negrísimas, con un gallo en brazos, lograba salvarse de pellizcos y refugiarse tras el mostrador. Poliades servía vino, pasando los jarros por entre las cabezas de los concurrentes, y reclamando el pago a gritos, nombrando a los morosos por sus nombres.

Un rabadán silbó fuerte y seguido, y el zagal que estaba a su lado y se había atado a la rubia cabeza los cintajos verdes y colorados de la cuerna de los machos cabríos vendidos en el mercado, sacó del bolsillo de la blusa su caramillo de barro y reclamó como cuando el rabadán manda dar las buenas noches y boca callada.

—¿Quién ha visto el lobo? —gritó un pastor.

—¡Callaos! ¿No es Laertes ese que se sienta con las piernas abiertas en la escalera?

—¡Laertes, bautizaste un hijo! ¿No hay una jarra para los amigos?

—¡Laertes, vienes de reyes! ¡Una jarra de vino no empeña a nadie ni ofende la modestia!

Laertes se levantó. Tenía en las manos la hoz que había subido a comprar al mercado.

—Poliades, amigo, sirve vino tinto a los ítaeos y agua de membrillo a las mujeres.

—¡Di el nombre del hijo para que bebamos a su salud!, gritó un patrón de las almadrabas, quitándose el redondo gorro de lana verde.

—Ulises. Ese es el nombre del hijo.

El rabadán que había silbado levantó con las dos manos la jarra llena a la altura de su frente.

—¡A la salud de Ulises, hijo de Laertes!

Y respondieron todos, rituales. Laertes recibía sonriente las gracias que merecía su generosidad. La hoz brillaba en sus manos y el ciego de la zanfoña tocaba con su sombrero de vejiga de cerdo las rodillas del rico carbonero. «Laertes —se decía el varón a sí mismo—, eres rey. De verdad eres rey, y el primer hombre que haya tenido un hijo». No pudo evitar el decírselo a sí mismo en voz alta.

—¡Si fueras rey —clamaba el ciego— pondrías tu saliva en mis ojos y vería desde aquí las golondrinas jugar alrededor de la torre de los Mercados! ¡Triste cosa es



que no haya reyes antiguos! ¡No veo la puerta de mi casa!

La moza de las trenzas se dirigió a Laertes. Apretaba contra su pecho el gallo.

—¡Señor, te vendo el gallo! ¡Te lo vendo barato!

El rabadán más viejo se abrió paso hasta el mostrador. Entregó la jarra de vino a uno de los pastores, y quitándose la montera buscó en la badana una moneda de dos sueldos.

—Laertes, te regalamos este gallo. Los pastores lo pagamos a escote.

La moza avanzó lentamente hacia Laertes, subió dos escalones y depositó el gallo rojo, cuyas patas ataba una cinta negra, a los pies del rey. El zagal hizo cantar el caramillo.

—¿Quién paga —gritaba el ciego— en honor del señor Laertes, el canto de los desesperados amores de Tristán e Isolda? ¿O prefieren los caballeros la caída de Troya con los lamentos de Menelao cornudo? ¡Canto por la moda de Atenas!

Poliades recogió el manto alrededor de la cintura, y echó a andar delante de Laertes por la estrecha calleja que circundaba la antigua ciudadela, cuyos muros de ásperos sillares construyeron los cíclopes, asentando a brazo las enormes rocas negruzcas caídas del cielo. Se detuvo junto al portillo que dicen de los Mensajeros, y obligó a sentarse a Laertes en los rotos escalones, mármol devorado lentamente por las sandalias de los heraldos de antaño, y desconchado por la contera broncea de las lanzas de los reales centinelas. Abajo, muy abajo, como caídos en el abismo por la brecha abierta en el contrafuerte, se veían los tejados vinosos de Ítaca, y entre ellos las manchas verdioscuras de los huertos familiares. Caía la noche. Poliades tendió sus manos hacia adelante, como para recoger en su cuenco el último rayo de sol o el eterno y sonoro recomenzar del mar. Se oía despeñarse en ruidosa catarata el agua de las dos fuentes que antaño abastecieron la guarnición y el faro, y en el bosquecillo de mirtos que coronaba la colina militar, mirlos, felices formas negras entre las breves flores coloradas, decían adiós al día silbando.

—¿Cuáles son tus poderes reales, Laertes? Mira: ahí abajo está tu reino. Tu reino y el mar. ¿Qué es ser rey, Laertes?

Laertes acariciaba el gallo rojo que dormitaba en sus rodillas. Había bebido mucho en los últimos días, y si se inclinaba para ver allá, en lo hondo de la sima, los tejados de Ítaca, sentía vértigo. Apoyaba la ardiente frente en la fría piedra del muro.

—Yo soy un carbonero rico. ¡No me cuelgan ni por mil onzas!

—Un rey cuelga, no lo cuelgan. Mi padre decía que un rey es un lujo, pero un hombre más libre que los demás en un pueblo no es ningún lujo. Te acercas a él en la plaza y le pides consejo. El rey tiene la palabra libre. Me dice: Poliades, robas en el peso.

—¿Robas en el peso, Poliades?

—Sí, señor. Lo confieso, amo mío.

Laertes se rió, despertando al gallo. Poliades, confuso, hacía un nudo con la punta del manto.

—¿Ves? Te tomaba por un rey verdadero, Laertes.

Cantó vecina por vez primera la lechuza, y el gallo alborotó.

—¡Calla, príncipe de sanguínea cresta!

—Educa a tu hijo para rey, Laertes. En confianza, yo estoy por los héroes y por los dioses.

—No puedo contratar para educarle al centauro Quirón, maestro de Aquiles y de Jasón el Argonauta.

—¡Qué noblemente dices esos nombres antiguos! Estás borracho y conservas el tono. ¡La boca de los reyes ama los hexámetros! ¡Y también el silencio! En la mancebía de Siracusa yo conocí al Desterrado de Mantinea. Las mujeres están desnudas, sentadas cara a la pared, bajo un toldo de vivos colores. Por un sueldo te dejan entrar y sentarte a cinco varas de ellas. Pasa una criada derramando agua de lirio o espuma de Armenia. Hace calor, y estás sentado sobre tu manto, con la túnica abierta hasta la cintura. Yo soy un imaginativo, Laertes. Cuando entré, me dije: «He aquí a un hombre duramente probado por la fortuna». Las mujeres volvieron la cabeza. Las ojeras le comían al Desterrado medio rostro. Pasó su mano diestra, jugando, por el chorro del surtidor. No miró a nadie. Se asomó al balcón desde el que se ve el puerto con las naves, arrancó una ramilla de madreselva y se retiró tan callado como había venido. Al pasar junto a la criada que cobra en la puerta por dejar ver las mujeres, dejó caer en el suelo una moneda de oro. Rodó hasta tropezar con mi pie izquierdo. Tenía por seña una horca.

—¿Eso fue todo?

—Sí, todo. Imagínate a tu Ulises haciendo algo semejante en Alejandría o en Constantinopla. El Desterrado de Mantinea contaba en el muelle a los siracusanos de los navíos que vendrían a buscarlo, y cómo era su reino. Tres ríos, Laertes, tiene dos más que Ítaca. Pero Ítaca es una isla, y es mucho más difícil volver a Ítaca que a Mantinea. Las palabras del héroe Ulises en los muelles de Alejandría diciendo cómo es Ítaca, tendrán un tono más dramático, y usarán para volar las alas negras de la melancolía.

Poliades se levantó. Se acercó a la brecha, y agarrándose bien a las ramas de saúco, se inclinó sobre la polis dormida, y con el tono humano que forjan los espíritus graves en las ocasiones solemnes, declamó:

—Ítaca es mi patria, una isla perdida en el mar de los griegos. Aún faltan cinco días de navegación para que veas la espuma marina vestir las valientes rocas de su cintura, y ya puedes contemplar la cumbre del Panerón, tres meses al año visitada por la nieve... Es clásica la disputa entre los pilotos sobre cuál sea el camino más corto para ir de Troya a Ítaca. Cuando un ítaco sale a recorrer mundo, su madre toma del hogar un trozo de leño, lo apaga, y con su carbón escribe sobre los labios del hijo esta hermosísima palabra: regresar.

Poliades se volvió hacia Laertes, y continuó:

—Un río parte la isla mía en dos. Nace de las nieves montesías, y al principio es

solamente un conjunto de charcos en los que se mira la ginesta. De cada charco sale un hilo de agua, que trezándose con otro...

Laertes roncaba, la cabeza apoyada contra una jamba del portillo de los Mensajeros. Por segunda vez cantó la lechuza, y el gallo rojo, emblema del poder real, asustado, brincó del regazo del carbonero, y por la brecha del contrafuerte cayó aleteando sobre Ítaca, en la que aquí y allá brillaban antorchas de carbas, ricas en luz dorada, en los patios y a las puertas de las casas.

Los dos borrachos regresaron lentamente, y Poliades, viendo cómo levantaba la cabeza Laertes y caminaba recto, sin apartarse de las pozas formadas por la lluvia, en las que sumergía hasta el tobillo sus nobles pies, se quedó unos pasos más atrás, por cortesía, y en lo profundo del corazón comprendió que amaba la majestad de los laértidas, aquellos días honrada la dinastía con robusto primogénito, impaciente en mamar y fácil llorador.

**SEGUNDA PARTE**

**LOS DÍAS Y LAS FÁBULAS**

*Los años nacían y morían, y del grano de uno caído en la tierra que llamaban Ítaca nacía otro, y nadie veía el sembrador.*

*Los dorados cabellos en la cabeza del niño Ulises se fueron oscureciendo, y cada día parecía más blanca la mano de la madre Euriclea desliziéndose entre ellos.*

*El infante aprendió a oír, a hablar, a correr, a posar las febles manos sobre las cosas. Reconocía los pasos paternos en el patio antes de que llegase a su rostro la caricia de la mano áspera del carbonero, perfumada con el acre olor de las humazas. Laertes sacudía la rojiza cuna de abedul, y le gritaba al hijo:*

*—¡Es la hora de entre can y lobo! ¡Qué los dioses te den sueños que te hagan sonreír durmiendo!*

*El día en que cumplió cinco años sacaron la cuna del cuarto de la nodriza, y le hicieron cama en la habitación de Jasón. Allí dormía también, sobre una piel caprina negra y blanca, el can Argos. Alpestor puso una ramita de laurel en las sandalias nuevas del niño, las primeras que iba a atar en el tobillo. A pedido de Laertes vino el piloto Foción a enseñarle a Ulises el nudo púnico, y este lo aprendió a la tercera demostración, como en Troya Héctor, domador de caballos.*

*—Con este nudo, en las naves basta tirar con el pulgar y el índice del cabo más corto para abatir sobre el puente la vela maestra.*

*Ulises mostraba a los presentes la huella negruzca, en la palma de la mano, de los cordones embadurnados de pez.*

*Euriclea se sentaba a hilar, en verano en el patio, a la sombra de la higuera, y con los pies al sol, como dejó advertido Hesíodo, y en invierno, en la cocina, con los pies sobre un caneco de barro lleno de arena caliente. Los pies fríos entorpecen las manos de las hilanderas en la rueca y el huso; sólo unas hay que pueden hilar, veloces y silenciosas, con los pies helados: las Parcas. Euriclea era, verdaderamente, Euriclea la pálida. Tosía. La tos la despertaba a hora de alba, y Euriclea podía ver en el pañuelo que acercaba a su boca, un hilillo de roja sangre en la saliva. Euriclea era solamente una dulce voz y una tranquila mirada, que se derramaba desde sus ojos claros, alrededor de cuyo suave verdor marino las largas pestañas oscuras semejaban fatigadas filas de finos remos.*

*Los años nacían y morían, lentamente, seguramente, como arrastrado el carro del Tiempo por los cuatro bueyes laértidas, los dos berrendos en negro y los otros dos*

*ojo de perdiz. El río de Ítaca henchía en abril con el deshielo, y en septiembre era un hilo tan delgado y frágil, que ni Penélope, si en Ítaca viviese y ya tejiese esperando, sería capaz de figurar con él un poco de espuma en un tapiz que representase un país con fuente en primer término. Ulises medraba. Corría de aquí para allá, precedido del can Argos y seguido de la voz custodia de Jasón, saludando los caminos de la tierra natal. Distinguía el mirlo de la calandria por el canto, pero el ave que más amaba era la flecha que salía del arco paterno, silbadora, y con una pluma de gallo por timón. Lo llamaban por su nombre los atuneros. El piloto Foción lo llevaba hasta la punta del muelle, y si una ola rompía fuerte y mojaba el rostro del niño, Foción sonriendo le decía:*

*—¡Saca la lengua, Ulises, y prueba! ¡Es amarga! ¡Es agua del mar!*

## I

— **D**IJERON mi nombre y me tocó en el pecho la punta de la vara del heraldo.  
—¡Jasón, de Iolcos, buena dentadura, vendido por primera vez!

Me levanté rápidamente y me acerqué a la barandilla. Me habían dicho que convenía mostrarse resuelto y despierto. Uno que se levanta perezoso desmerece a los ojos de los compradores inteligentes, y queda para malos amos. El mío sería una cualquiera de aquellas bolsas de piel, llenas de monedas, que golpeaban una y otra vez la tabla del subastador.

—¡Veinticuatro!

—¡Veintiséis!

Yo miraba por encima de los sombreros de paja y de las capuchas pardas de los compradores, el césped del cercano hipódromo. Un bayo que bebía en blanco no se dejaba montar.

—No tiene varices ni está herniado. ¡Respira, Jasón! Y ahora enseña los sobacos a esta ilustre concurrencia.

El heraldo me ofreció una estaca, astillada en uno de los cabos. Era de fresno, sin un nudo. Verde, en el fuego, el fresno huele como cuando al hervir se derrama la leche por la plancha de hierro del hogar.

Que no se te olvide. Hace bonito entrar en una cocina y sin mirar el fuego, decir: «Vosotros, los que escogéis el fresno para los ilustres asados...».

—Muestra tu fuerza, Jasón, a tus impacientes compradores —me animó el heraldo.

Tiré con todas mis fuerzas y desgajé. Más que a mis manos mirarían los compradores la vena de mi cuello y la tensión de los tendones.

—¡Treinta y siete! ¡La edad de Patroclo!

—¿Tenía treinta y siete años Patroclo? —preguntó el pequeño Ulises cruzando sus brazos sobre las rodillas de Jasón.

—Treinta y siete cumplidos. Hasta los diecisiete le hizo su madre, cada año que cumplía, un nudo en la cabellera. A los diecisiete años comenzó Patroclo a hacerse él mismo nudos anuales en la barba cobriza. Cumplía los años en mayo, el día en que la codorniz regresa de Egipto. Viajera nocturna, aprovecha con habilidad los vientos y calcula las escalas.

—¿Hay codornices en Ítaca?

—En julio te llevaré a que las veas dormir la siesta.

Jasón bebió del porrón, no más que por mojar labios y lengua, y dejó caer del pitorro unas gotas sobre la cabeza de Ulises, quien esquivó el chorrillo riendo.

—Si tu madre Euriclea fuese tan previsoras como la madre de Patroclo, tendrías ahora mismo catorce nudos en tu suave cabellera, príncipe Ulises.

—¿Soy ya un hombre, Jasón?

—Nunca sabe uno si de verdad es un hombre. Los otros te mecén como cuando se

limpia un odre, y una vez bien mecido, y mediado de agua salada, miran a ver si te tienes o caes. Pero íbamos en que un anciano que se cubría con un sombrero de paja negra, levantando ala sobre la frente, ofreció treinta y siete por mí. El heraldo paseó su sabia mirada sobre la clientela. Nadie daba más. Con la punta de la vara tocó la tabla del subastador.

—Lo has comprado. Sé humano con él. Los tiempos cambian de perfume cada día en la mano de los dioses. Un día cualquiera, noble Eurimedeo, Jasón podrá comprarte a ti con un cobre horadado.

Estas son palabras rituales. Nacen de la boca de los hombres ya gastadas y oxidadas. El corazón ni se entera. La tierra, cuando como ahora en ese desmonte nacen delicadas violetas, está atenta, tiene los labios suyos húmedos en las raíces de la planta, y sopla, como el vidriador con su boca la ígnea pella, color y forma en el aire. Solamente una vez al año hay aquí violetas, Ulises. Los hombres están a veces diciendo flores, y tienen el sentir en otra parte.

Habían subido mucho más arriba de la última viña. Jasón quería mostrarle a Ulises la labor de los jornaleros llamados por su padre para sangrar los pinos. Llevaban merienda de pan blanco y sávido queso de cabra.

—Eurimedeo quiso, tan pronto como llegamos a su casa, que le contara mi vida. Vivía en las afueras de Tebas, en el camino que llevaba a la puerta de los Dos Hermanos. Era dueño de una casa de dos plantas con amplio patio, y tenía mediana labranza. Tebas es cereal. Eurimedeo me dijo que me había comprado por el nombre y la nación. La mujer, una vieja flaca y desdentada, preguntaba a gritos si el aquel fuerte Jasón no iba a comer una oveja cada día. Eurimedeo puso un gran jarro de vino sobre la mesa. Allá el vino es negro y el barro, blanco como la nieve. Sujetaba el jarro con su nudosa diestra. Yo tenía sed.

—Cuéntame tu historia, Jasón —ordenó.

—Nací en Iolcos, hijo de cardadores y nieto de cardadores. Cuando me di cuenta, yo era un cardador, y sabía cruzar las cardas, pasar, soltar y volver. Un año fui a cardar a casa del rico Antinos. Según la costumbre, como era el más joven de los cardadores, me sentaron en un rincón del patio, frente a los montones de la lana negra. El buen cardador se sienta con las piernas bien abiertas, tras haber aflojado el cordón de las bragas, y con la túnica tapaná el porrón del agua. Por muy estrecho que sea el pitorro, siempre entrarán polvo y pelusa. El agua para la sed del cardador se mezcla con vinagre. Por cama me dieron un haz de paja. Vecinos míos eran dos cardadores montañeses, calzados con pesados zuecos y alegres roncadores. Uno de ellos tenía una hija. Era muy hermosa. Volvía entre las cardas una mano de lana, y vi una sombra cruzar sobre mis manos. Era la sombra de su cabeza. Se apoyaba en la columna del porche, a mis espaldas, y me hablaba, se dirigía a mí, al joven Jasón. La sonrisa me hablaba. Le dije mi nombre, turbado, y ella puso su pie izquierdo sobre mi rodilla, y se inclinó para apretar la cinta verde de la zapatilla. Su negro cabello rozó mi frente. Me dijo que todas las mañanas, al amanecer, llevaba cuatro ovejas al



abrevadero. Rompí a sudar. Cumpliría yo entonces dieciséis años. ¡Oh!, mi madre me golpeaba cariñosamente, despertándome, con el rabo de la escoba, y me decía:

—¡Arriba, rey de los cardadores!

Hay muchas maneras de casas reales en los corazones de las madres, príncipe mío. La hija del montañés se llamaba Medea. Es un nombre muy dulce. Dilo haciendo larga la segunda e. Mi amo tebano interrumpía mi discurso con frecuencia; quería saberlo todo; quería saber lo que pensaba yo en cada instante, y lo que sospechaba yo que pensarían los otros, y las distancias, y la piel de Medea, ¿cómo era? Sí, era suave y caliente, pero no podía decir cómo. ¿Y veía los navíos en el mar cuando apoyaba mi mentón sobre la inquieta cabeza de Medea? No me dejaba adelantar en mi historia. Yo tenía sed, pero él no soltaba el jarro. Vino la vieja, a la que toda la tarde se la había oído reñir en el granero con las criadas, y puso un candil de aceite encima de la mesa. Mi amo soplabá en el vino, y caían ante mí gotas oscuras.

—Los dioses te concedieron una boca demasiado rápida, Jasón. ¿Cómo quieres contar una vida en una hora?

Me hacía volver al comienzo, cómo era mi casa, de qué hacíamos las púas de las cardas, cómo se llamaba mi abuelo. La cinta verde de la zapatilla de Medea, ¿le ceñía la pierna hasta la rodilla? ¡Oh, horas y horas! Yo me caía de sueño. Decía lo que él quería.

—Claro, la mataste y huiste. Te salió puta la niña. Siempre queda sangre en las uñas, me decía.

Yo miraba mis uñas y veía la sangre. Sudaba. Sudo por nada. Yo no maté a Medea, pero veía su sangre en mis uñas. Y la huida. Me hizo contar la huida paso a paso.

—¿Oías el mar a tu diestra?

—Sí, lo oía. Lo oí durante toda una larga noche. ¿Qué dije cuando los piratas me pusieron los hierros? ¡Tengo sed, amo!, imploraba.

—¿Mucha? —me pregunta sonriendo.

—Sí, mi amo. Mi lengua es ya una áspera ortigase reía de mí. Me preguntaba si yo había leído eso en Homero o en qué poeta. Yo no sé leer, Ulises, amigo mío. Se apagó el candil y el viejo se marchó con el vino. Lamí el que vertió sobre la mesa. Haber recordado la huida me hizo comprender que seguía huyendo. En Tebas no se oye el mar, ni a la derecha ni a la izquierda. Si alguna vez tienes que huir en Tebas, guíate por el viento: levante y norte dan montes, poniente y sur dan mar. No había comido ni bebido en todo el día. Salí al patio. Eurimedeo, teniendo de la cadena un enorme perro de oscura capa lobuna, y empuñando corto venablo, me miraba. Estaba loco. Como yo estaba huyendo, amigo Ulises, tenía miedo. Me preguntaba, aterrorizado, por lo largas que son las leguas, y cuántas habría entre Tebas y los bosques en que nace el viento del oeste, y si esa boca es grande o pequeña, si tiene colmillos afilados, y qué flauta sopla, y si uno de sus labios baja hasta el mar qué

habrá a la izquierda, como en Iolcos hay mar a la derecha, y si ese labio sería una playa visitada por lejanas naves... Eurimedeo se rió. Se le rió todo el rostro. Yo no se lo veía, pero sabía que se estaba riendo, riendo con los ojos miopes, con la barba rala, con la corva nariz. Y el perro también.

—Nuestro Argos no sabe reír, Jasón.

—Porque es un perro libre y cazador, tiene nombre de vela vagabunda, lame manos de hombres libres. Pero los perros esclavos, guardianes de esclavos, esos sí ríen. Reía el perro. Te lo juro, Ulises. En Iolcos juramos por Hércules Peregrino. El perro también estaría loco. El amo le habría hecho contar pelo a pelo su vida, hasta enloquecerlo. Me lancé contra el viejo con la cabeza baja. En Iolcos, en las fiestas, saltamos sobre pellejos llenos de viento y bien engrasados. No le di tiempo a adelantar el venablo. Cayó encima del perro, enredadas sus piernas en la cadena. Un confuso montón de gritos y de ladridos se revolcaba en la arena del patio. Subí a un plátano y salté el muro. Corrí. Pasaba al pie de murallas de ricas ciudades, de antorchas, de ladridos de canes, de leques en las que hombres que se ceñían la faja me gritaban:

—¡Espera, forastero! ¡Llevo tu mismo camino! ¡Me contarás tu vida!

¡Qué manía en Tebas de oír vidas! ¡Nadie puede contar su vida sin echarse a morir!... La ortiga de mi lengua bebió agua de muchas fuentes. Y un día oí el mar a mi izquierda. No, no era el corazón a punto de estallar: era el mar. Una nave de Ítaca cargaba aceite. Los ítacos regateaban desde la nave. Uno de los que compraban se llamaba Laertes. Tenía la voz redonda y noble como un anillo de oro.

—Laertes —grité—, ¿necesitas un criado?

En vez de una ortiga mi lengua era ahora un gajo de naranja lleno de dulce zumo.

Ulises tomó de las manos a Jasón y tiró de él, para que se incorporase. Bajaron hasta la polis brincando los siete setos de los siete prados comunales, y después, por entre floridos viñedos. Más allá de los cipreses, Ulises se adelantó a Jasón y fue arrancando hojas a las ortigas que nacían contra la muralla, y escondiéndolas en el bolsillo de su túnica. Argos meneaba la cola a la puerta de la casa paterna.

—¡Salud, orejudo compañero! ¡Que nunca aprendas a sonreír!

Por la noche, cuando roncaban unísonos Jasón y el can, Ulises buscó sobre su cama la túnica, y en el bolsillo las hojas urticarias. Sin vacilar las llevó a la boca. Quería hacerle aquel favor a Jasón. Quería ser leal a la larga huida y oscuras noches aterradas de Jasón. Huir con él, desde Tebas. La lengua se le hinchaba en la boca y le ardía el paladar.

—¡No, no gritaré!

Y aguantó en silencio durante toda la noche, como si tuviera en la boca la amarga mocedad de Jasón. Cantaban gallos la amanecida cuando Ulises se durmió. «La áspera ortiga de la lengua», si es que está en Homero o en otro poeta, allí solamente será un bello hexámetro.

## II

— **A** los que vivimos en el océano —dijo el piloto Foción— lo que más nos gusta de las navegaciones es llegar. Contemplas la ciudad al fondo de la bahía, arrías las velas y entras lentamente a remo en el puerto. Yo no soy presumido, pero nunca, aunque surgiese de entre violentos temporales, entré en puerto extraño sin haberme perfumado la barba y ceñido la cintura con bien trenzado y bien pulido cuero. Ya se ríen en Calcedonia, en los mercados, cuando me ven bajar.

—¡Ahí está Foción de Ítaca, rico en cinturones! ¡Nobles tiras del anca del jabalí!

Ulises ayudaba a Foción a asar un rodaballo en un hoyo excavado en la arena. El laértida había traído un haz de secos sarmientos y un manojo de ajos. Foción hacía girar el pez sobre las brasas, y de vez en cuando con un hisopo embadurnaba el rodaballo con aceite. Gota que caía en las brasas ardía azul.

—La tierra, Ulises, siempre está lejos, y el mar es en demasía ancho y profundo, y las estrellas, a las que conoces y nombras y por las que sabes el Norte, se esconden tras las negras nubes, o las pierdes en la niebla. A babor y a estribor siempre hay tierra, y a proa y a popa. Sabes los títulos de todos los reinos que tienes a derecha e izquierda. No cambies de rumbo, y tu nariz tropezará con la nariz de Argantonio, rey de Tartesos. Y sin embargo, pasan meses y meses, nunca llegas a Tartesos. El lomo del mar es inquieto y los vientos no oyen la voz del hombre. Las mismas naves tienen extrañas querencias. Yo nunca pude ir a Chipre con mi nave «La Tórtola». Ponía un hilo de diferente color cada jornada en la barra del timón. No faltaba más que una noche de mar, pero esa noche era suficiente para que yo, Foción, me perdiese en el océano de los griegos. Inquieto, no viendo Chipre en el horizonte, viraba a babor y a estribor, «La Tórtola» no obedecía, y horas después, en el tibio atardecer septembrino, me venía por popa, con el viento jonio, el aroma de azahar de Chipre. A «La Tórtola» le gustaba ir a Marsella, a Tarento, a las Pitiusas, a Tartesos. Las naves, como los corceles, tienen horas nerviosas. Yo acariciaba con mi mano el pico de «La Tórtola», y le cantaba canciones de amor. Me colgaba del foque para besarle las plumas de la airosa cabeza. Fuimos como dos amantes durante largos años. Envejeció, y la amaba más todavía. Se rompió para morir. ¡Malhaya el lebeche que salta matinal entre Creta y las Sirtes! Cíclope de rojo ojo, golpea con los dos puños a un tiempo las frágiles naves de los helenos.

Foción se pasó la mano diestra por los ojos.

—No es por el humo, Ulises, que son lágrimas. Las lágrimas están mal y aburren en los ojos de las mujeres, pero decoran noblemente un rostro varonil. Te lo dice Foción.

Le servían de almirez y mano a Foción para machacar los ajos una concha y un guijo.

—¡Cuéntame el viaje a Tartesos, Foción! —imploró Ulises.

—El mar, azul hasta entonces, comienza a palidecer; una hora más de navegación

y ya blanquea como agua en la que lavase las manos un alfarero. Es el río. Esperas, y entras en él con la punta de la marea. Un día entero río arriba. Nunca has visto tantas garzas juntas. El río describe una gran curva, y cuando sales de ella, ves un jinete que ha adentrado en el agua su caballo y que te hace una seña con una lanza embanderada. Tienes que anclar allí. Lo haces fuera de la corriente, en el pozo. Amarras a dos troncos de encina clavados en el lodo de la ribera, desembarcas y sigues al jinete. Te espera el rey, el rey Argantonio. Está sentado bajo un olivo, por todo vestido un pañuelo blanco tapándole el ombligo. El saludo de allí es aplaudir; tú aplaudes y él aplaude. Un piloto debe conocer bien los saludos de los países. En el Líbano el rey te escupe dentro de la oreja y después te la limpia. Dice que así irán más fáciles sus palabras a tu mente. En el Ponto, más allá de Troya, te cortan el cabello al rape, a la moda de ellos, para decirte que no te tienen por forastero. Lo que más le gusta a Argantonio es que le digan que es gran amigo de los griegos. Aplaudes, pide un mimbres, y golpea con él en las nalgas a su hijo menor porque no adelanta bastante en nuestras letras. Todo su pueblo está sentado en semicírculo, en la hierba, aplaudiendo. En un plato de oro te traen aceitunas aliñadas con romero. No puedes escupir el hueso, has de tragarlo. Pliomes de Atenas murió de eso. La recepción dura varias horas. Cuando Argantonio se levanta, tú te arrodillas y le haces un regalo. Argantonio aplaude una vez más, y ya eres libre de ir y venir, comprar y vender en Tartesos.

Foción hacía con su cuchillo finos cortes en el rodaballo, y con el mismo filo introducía en ellos los ajos machacados.

—¿Tienes catorce, quince años, Ulises? Te se puede hablar. Eres libre de ir por las calles de la ciudad de los tartesios. Las casas son de ladrillo rojo, encalado, y las cubren con cañas. Los hombres están en las riñas de gallos y las doncellas aprendiendo el bordado, en la plaza, en grandes corros. Están solas las casadas en las casas. Oyes llamar «¡Chiss, chiss!», y un suave batir de palmas. Los ojos negros brillan en la penumbra. Entras y cierras la puerta. Todas se quitan las flores del pelo antes de tumbarse. Te dan aceitunas y te dejan escupir el hueso en sus manos. Salen contigo a la puerta de la casa y te echan agua por los pies. Llega el marido y no aplaude. Te hace una seña y tienes que seguirlo. Te lleva al mercado y allí compra un saco de sal. Te hace cargar con él. Ni te ayuda a echárselo a espaldas. Cargas con el saco de sal y se lo llevas a su casa. Va detrás de ti. Tú sacas fuerza de flaqueza y apuras el paso. Te detienes para que el marido te alcance, y le hablas y sonrías. Ves cómo se va confiando. Llegas a su casa y te ayuda a posar el saco. Aplaudes y tú aplaudes. Escoge un mimbres y te lo ofrece. Escoge otro para sí, y los dos a un tiempo le pegáis a la mujer en las costillas. Lo vienen a llamar unos vecinos para otra riña de gallos, y se olvida de todo y se va, y te deja solo con la mujer... Son otras vidas. El rey es rico en toros y en oro. Le gusta estar siempre tocando oro. Si sale de paseo, ponen cestos a la vera del camino llenos de oro, y el rey, al pasar, distraídamente, lo acaricia... El mejor mes para ir a Tartesos es agosto, y te da tiempo a regresar cuando

ya de los abedules del Panerón caen las hojas secas, tan doradas como el oro de Argantonio. Según te vas acercando a Ítaca, parece que la madera de tu nave recuerda cuando era parte del bosque, y se desnudaba de hojas en otoño. Desea tocar la tierra nativa, y descansar. Tú también. Hay vino nuevo, y las mujeres ponen el oído atento a las canciones que traes de tan lejos.

Partió Foción el rodaballo, y en una rebanada de pan ofreció un trozo a Ulises.

—Tienes que aprender a reconocer las hojas secas, caídas en los caminos. Y come el rodaballo mientras está caliente. Lo hemos asado a la manera de los feacios. Si alguna vez naufragas y no sabes dónde estás, por el pescado asado de esta forma sabrás que estás entre feacios. Es la única costa griega en la que a los náufragos les llaman amigos, y no suplicantes. Tienen pintado en el techo de su leque el cielo, con todas las estrellas. Te preguntan cuáles ves desde la puerta de tu casa en el solsticio de invierno, y así saben de dónde vienes.

—Desde mi ventana, Foción, yo veo en el solsticio de invierno uno de los ojos de Orion, y a Aldebarán en el lomo del Toro. Mi madre me dice que mirar muchas horas a Aldebarán me hará violento.

—Los feacios, Ulises, tienen vasos con dos asas, y las mujeres los imitan, apoyando el dorso de sus manos en la cintura.

—¿Son morenas?

—Son doradas.

—¿Qué es más hermosa cosa, Foción, una nave o una mujer?

El piloto vertió en la arena el vaso de vino.

—La tierra es hermosa y el mar también lo es. Ser libre de ir y venir es grande cosa. ¿Qué es la más marinera de las naves sin un piloto? No hay respuesta a tu pregunta, joven Ulises. Acaso, al final de los días...

—¿De qué se hace la nave más ligera para ir a los feacios?

—De palabras, Ulises. Te sientas, apoyas el codo en la rodilla y el mentón en la palma de la mano, sueñas, y comienzas a hablar:

«Navegaba, alegremente empujada mi nave por Bóreas vivificador en demanda de la isla de los feacios felices, vestidos de púrpura desde que amanece hasta que anochece»... Pero para regresar, Ulises, la nave de las palabras no sirve. Hay que arrastrar la carne por el agua y la arena.

### III

**E**L joven Ulises pidió permiso a su madre para ir a la fiesta de las espigas. El padre estaba carboneando en el Panerón, y bajaría por la otra cara del monte, a vender el carbón a los cefalonios. Euriclea buscó en un arca una blusa roja que había sido de Laertes mozo, e hizo que Ulises la vistiera.

—Tu padre hacía dos nudos a la derecha, con la falda, y nunca olvidaba llevar ahí naranjas y manzanas.

Las manos de Euriclea pasearon el rostro de Ulises como una enamorada pareja de palomas torcaces un bosque de cipreses. Acarició los oscuros rizos que orlaban la redonda frente, y al pie de ella alisó las bien pobladas cejas. Le hubiera gustado acariciarle las niñas de los ojos, y sumergir sus manos en el mar verdoso del iris, pero Ulises cerró los párpados bajo las yemas de los dedos maternos. La nariz recta de Ulises era insólita entre los ítacos de nariz curva. Ulises no perfumaba el incipiente bigote todavía, ni la barba, que le brotaba en remolinos. Las lentas manos de Euriclea taparon por un instante la boca de largos y finos labios, la puerta de aquella voz rica y flexible, poblada de alas matinales y asombradas, antes de posarse en los amplios hombros del hijo.

—¡Santa Señora, Santa que bajo la tierra mueves tus alas de oro!... Yo también iba a la fiesta de las espigas, y cantaba.

Ulises colgó del cinturón un pequeño puñal de mango de plata y se asomó a la ventana a contemplar la mañana, no bien nacida ya embriagada de sol. Desde la ventana de su habitación, Laertes y Euriclea solamente veían tierra: viñedos y olivares, los bosquecillos de mirtos, los pinares, la corona altiva del Panerón, pero desde la ventana de Ulises se veía el mar, y una vela preñada de viento en el horizonte. Soplaban terral, que levantaba en las dunas ligeros torbellinos de arena.

Alpestor acompañaba a Ulises a la fiesta. Se apoyaba en nudoso cayado de pastor, y llevaba en bandolera repleto zurrón.

—El vino se lo compraremos a Poliades. Siempre lleva al campo de la fiesta dos o tres pellejos. Si luchas, Ulises, que sea antes de comer. Descálzate, y con los pies desnudos pisas una mata de manzanilla. Es como aceitarlos.

—He recibido los más sabios consejos, Alpestor. No he de luchar en la parte baja del campo porque el húmedo terreno cede bajo los talones, y no puedes girar fácilmente, ni he de luchar en la parte alta, porque se resbala en la pinaza del pinar vecino. Si mi contrincante es grueso, no he de buscar su cintura, y si es delgado evitaré presas que obliguen a pasar mis brazos bajo los suyos. No me han de distraer los gritos de las muchachas ni las voces de los hombres apostando, y no he de mirar a mi enemigo a los ojos, que me engañará.

—Así es, joven amo. Esos son los elementos. Y la cabeza siempre levantada. Cuando Belías vino de Asia sin el ojo izquierdo, contaba en la plaza que lo perdiera luchando. Al soltarse de una presa, vio tambalearse al contrario, y cabeza baja lo

embistió al estómago. Pero el otro, ágil como el viento, lo esquivó con la mano derecha en la nuca. El ojo de Belfas saltó en el mármol del gimnasio, rodó como una cuenta de vidrio.

—¿Y no fue así?

—Aprende la lección, pero no fue así. Le picó un tábano mientras dormía.

Adelantaban a grupos más madrugadores de celebrantes, vestidos con los trajes de fiesta.

—Hay tres naciones en Ítaca —consideró Alpestor—. Hay los morenos montañeses, de escasas carnes y rápidas piernas; los marineros de rubia cabellera, soleada piel y fértil lengua, y los campesinos de los llanos, gordos, taciturnos y prolíficos.

Cuando entraron en el campo, por entre las dos jónicas columnas abrazadas por la hiedra cuajada de azules flores, un grupo de muchachas les golpeó la cabeza con manojos de espigas verdes y tirsos adornados con blancos vellones de lana... Escaparon después, asustadas de las manos de Alpestor y sus ijujús, riendo.

—Los taciturnos labriegos, Alpestor, tienen hijas alegres. ¿Y quieres decirme por qué cuelga hoy de tu oreja izquierda un aro de plata?

Alpestor sonreía con su boca desdentada, que le hacía silbar las eses. Hizo girar entre las palmas de sus manos su barba de chivo, y colgando el zurrón de una herradura colgada en el muro, llamó a grandes voces por sus nombres a unos romeros que se dirigían al altar.

El altar estaba en un extremo del campo, y los campesinos se acercaban a él tras haber pagado al flautista. La Virgen con el Niño, labrados en oscura piedra y pintados con colores vivos e ingenuos, desaparecían bajo ramos de flores y haces de espigas. Los labriegos caminaban lentamente, con el ritmo procesional de la tonada de flauta, y posaban en el ara pequeños manojos de espigas de la cosecha anterior, atados con cintas encarnadas y verdes. Musitaban rezos de la piedad antigua y cereal, extrañamente cristianizados, de los que cada palabra era una llamada a una divinidad eterna y siempre fecunda.

—Cuando lo obligaste a que se arrodillara, creí que el montañés iba a girar sobre la punta de sus seguros pies, y a golpearte en la cara con las rodillas. Es el golpe troyano contra la presa aquea, el golpe del pesado buey contra el ligero potro. ¡Que nunca te se olvide! Pero díselo a tu amigo Poliades: has meado por mis muslos más de una vez, y el mandilón en que lo hiciste por vez primera, lo colgué en el armario y no permití que lo lavaran las criadas. Lo conservo como recuerdo. Dímelo, Ulises, ¿por quién luchaste? ¿A quién tiraste la manzana?

—Nadie la cogió; quedó en la hierba y todavía estará allí. La encontrarán dulce los afilados dientecillos de los nocturnos topos.

—¡Hablas casi en verso, Ulises! —dijo emocionado Alpestor.

—Espera a que se retiren todos, y entonces ella quizás ose venir a recogerla —

advirtió Poliades.

—Si fue una de las pupilas de la Siciliana —comentó Alpestor—, no se atrevería a ponerle el pie encima delante de tanta gente. Son muy recatadas. Allí todo es por usted, y qué tal la familia, y nada de borrachera, ni de magrear delante de los otros clientes. Son muy miradas, especialmente la rubia.

—¿Hay una rubia, Alpestor? —preguntó Ulises, habiendo bebido lentamente del porrón.

Alpestor se llevó la mano a la oreja izquierda. El agujereado lóbulo aparecía desnudo.

—Le fui a ofrecer mi aro de plata entre los pinos. No quería, porque la fiesta es santa, pero al fin lo aceptó. Tendré que comprar otro en las ferias de otoño. Una oveja da para un aro de plata, y un aro de plata para una hora larga con una mujer, en la hierba florida. La vida no es tan mala en Ítaca para los criados de casa de Laertes.

—Esa rubia de que hablas, ¿pasó a mi lado con trigo en el cuenco de las manos?

Alpestor miraba a su amo a los ojos. Estaban sentados en la hierba, cabe el carro de Poliades. Los romeros habían vaciado los pellejos de vino y las cuatro tinas de sangría. El campo estaba ya casi vacío, y las mujeres arrastraban a los maridos borrachos. Se oían canciones por todos los caminos. La noche subía lentamente desde el mar, y aunque era oscuro allá abajo, en la ribera todavía había una cinta de dorada luz en el pico del Panerón. Alpestor reunió lentamente, arrancándolas con cuidado, un puñado de vincas azuladas y las echó al viento.

—¡Amo, perdóname! ¡Y que esto no te haga asquear a las mujeres! Ella, ¿qué sabía de ti? Ahora ya no olerá a Alpestor. Se habrá bañado con agua de hierbas al llegar a casa. En la Siciliana hay cuatro baños para las pupilas.

Ulises apoyaba el codo diestro en la desnuda rodilla, y en el puño cerrado el mentón. Era un gesto muy suyo. Pasarían muchos, muchos años, hablarían de él muchos, muchos poetas, y cientos de veces estaría así Ulises en los versos, recogiendo el manto sobre los muslos, y descansando la rizada barba en el poderoso puño. —Felizmente, sí señor, felizmente. Yo me casé con una viuda. El difunto fuera herrador, y ella no olía más que a membrillo. A veces yo me acercaba, cabreado con el finado, escupiendo su sombra, pero tropezaban mis narices con aquel dulce aroma a membrillo maduro y me echaba a reír. ¡Que san Cornelio latino nos proteja! El mozo Ulises tenía lágrimas en los ojos cuando se puso en pie. Se sentía dueño de una gran soledad. Metía las manos en su propio corazón y las sacaba vacías.

—¡Mujer lavada, mujer estrenada! —comentaba Alpestor, experimentado.

Ulises echó a andar solo, salió del camino y atravesó el pinar, atajando. Vio la sombra del zorro saltando una paredilla divisoria, en una veranía.

—Conocerás si es el zorro el que salta en la noche, le había enseñado su padre, en que salta de lado; el can y el lobo, esos saltan de frente.

Pasó junto a la era del molino. En medio de un corro de segadores tocaba el flautista, y el niño ciego, sentado a sus pies en un fardo de lana, recitaba una historia.



La voz infantil obligaba a la flauta, y le imponía su peso, y si de pronto suspendía el recitado quedaban en el aire cuatro o cinco notas melancólicas, canto de un ave de oscuro plumaje en una playa remota.

*Los héroes pusieron la noche en sus rodillas  
como un tapiz hermosamente bordado con perlas.  
Los vientos se disputaban las frentes pensativas  
y cada uno decoraba su boca con nombres diferentes.*

Ulises posó todo su cuerpo contra el viento sur, que olía a heno recién segado. La frente le ardía de fuera a dentro, y las palabras del pequeño rapsoda eran brasas en sus oídos.

*Los héroes soñaron ver a sus esposas dormir solas  
en amplios lechos, cuyos perfumes traían los vientos,  
rápidos visitantes de las suaves cabelleras...*

La flauta se quejó larga y amargamente, acaso pretendiendo llevar ella a las añoradas esposas la voz de los héroes perdidos en el lejano mar hiperbóreo.

*El leal Amadís descubrió su soledad...*

Ulises abrazaba almohadas de lino en el viento que crecía en furia con la noche, y las primeras gotas de lluvia las mojaban, mezclándose con las amargas lágrimas. Desde el mar venía, como una burla fáunica, la bocina de las caracolas dando órdenes en el cerco de los atuneros, y el sonar del cuerno de las lanchas que regresaban, repletas de peces.

## IV

**P**OLIADES dejaba a su criado Mirto, un etíope siempre sonriente, al cuidado de la taberna, y salía a pasear con Ulises por los alrededores de Ítaca, por la ribera y por las estrechas y pinas calles de la polis antigua. Poliades se había concedido a sí mismo el título de preceptor del mozo. El joven laértida seguía inclinando la cabeza hacia delante, afectando melancolía, y era dueño de graves silencios.

—¡Ulises, olvidada vaya la rubia! Todos comenzamos con días amargos. Permíteme que te titule de príncipe en esta lección. ¡Conserva el virgo, príncipe Ulises, hasta que pises extranjera tierra! ¡Alegra con la expectativa de mujer de otra lengua el corazón!

El calvo Poliades medía el patio de armas de la ciudadela, desde la aspillera hasta el poste, forzando la pisada.

—¡Cuarenta y dos pasos! ¡La distancia propiamente militar! El que a esta distancia falla el blanco del tamaño de una cabeza humana, ese no sirve para arquero del Basileo de Bizancio.

Poliades imitaba el gesto del arquero, y silbaba fingiendo la flecha que partía hacia el blanco.

—¡Todo brazos, no abrir el codo hacia afuera! Yo he visto tender al egineta Coblianto. Era un gigante.

Cuentan los de Egina que su madre tardó doce días en parirlo. Cada día nacía un poco de Coblianto. Cuando sacó los pies friera del vientre materno, ya hablaba. Salió armado de arco y de flecha, y las manos enarenadas. Pasaba por allí un legado del papa de Roma, y quería llevarlo de suizo, con cinco pagas dobles adelantadas. Pero Coblianto había nacido iconoclasta.

Era ahora Ulises quien desde la aspillera, con su bastoncillo de junco, hacía el gesto del arquero. Silbó; mantuvo el silbo todo lo que permitieron sus pulmones.

—¡Esa flecha, Ulises, llegó al mar! No dudo que haya encontrado en su camino el sucio cuello de un pirata tuerto. ¡Que Poseidon juegue con sus naves a la pelota!

—¿Has visto alguna vez a Poseidon, Poliades?

El tabernero se descubrió lentamente. Entre el sombrero de paja y la grasienta calva traía un pañuelo de hierbas.

—No, pero he oído relinchar sus caballos.

—Poliades, ¿qué es lo que es mentira?

Poliades hacía girar el sombrero entre sus manos.

—Quizá todo lo que no se sueña, príncipe. Bajaban por el callejón de la brecha. Poliades le iba diciendo a Ulises los nombres de los habitantes de aquellas pequeñas casas blancas, colgadas en lo alto del acantilado.

—Ahí vive Cleón, el dueño de los molinos de viento cuyas aspas oyes en el patio de tu casa si sopla tramontana. El hijo navega con Foción. El próximo invierno, hazte amigo de él. Te enseñará a jugar a los bolos a la manera de los celtas. Aprende todas

las canciones de los países que visita... Esta es la casa de Admeto, el jorobado. Viniendo de Creta, de comprar corcho, la nave en que viajaba se detuvo a hacer aguada en una isla desconocida. Admeto subió desde la playa a cazar pájaros al bosque de tamarindos que se veía desde la nave. Admeto, desde mocito, siempre andaba con red, liga y caña para disparar duras balas de estopa. Su ilusión era cazar vivo el colibrí púrpura comiendo semilla de laurel. Se lo había prometido a una muchacha de Zante, que no se había reído de su joroba. Ya va viejo, y todavía anda preocupado con ello. Cree que en Zante está esperando la muchacha el obsequio. Será una vieja arrugada...

—No en sus sueños, Poliades.

—Sí, no en los sueños de Admeto. El jorobado subió hasta el bosque y vio a un cíclope que dormía con el ojo abierto. A una vara de la cabeza intonsa del cíclope, estaba el colibrí púrpura cantando alegre. Admeto huyó, y presurosa la nave abandonó la incógnita bahía antes de que despertara el cíclope. Admeto lloró aquella ocasión fallida, y el no haber osado despertar al cíclope para preguntarle si su nación vivía en aristocracia o en democracia. Los sastres siempre fueron políticos en Ítaca... Aquí vivió Viola...

La ventana izquierda colgaba sus hojas rotas y sin cristales de oxidadas visagras, y libres de falleba se batían al humor del viento, pero la ventana derecha tenía los cristales intactos y estaba recién pintada de vivo color verde.

—Foción la arregla siempre a su costa. Ulises posó su mano derecha en un cristal.

—¿Aquí?

—Sí, ahí mismo se veía la cara de Viola. Donde está tu dedo meñique partían las curvas cejas y lucían los negros ojos, y donde termina tu pulgar, ahí estaba la roja boca.

Poliades pasaba ante media docena de casas arruinadas, construidas al abrigo de la muralla de la ciudadela.

—¿Quién vive ahí?

—Nadie. Ya hace muchos años que no vive nadie.

—No, Poliades; ahí vive gente. Yo la conozco. Soy discípulo tuyo. Te digo ahora mismo, si quieres, su nombre y condición. Te señalo con mi mano esta casa que tiene en las jambas de su puerta labradas lechuzas de dos cabezas. Aquí vive Hierón, arquero tan noble como Coblianto. Nació con la mano izquierda de bronce. Todas las mañanas, cuando canta el gallo, baja a enseñarme a tender el arco. Tu lección llega tarde, Poliades. La agradezco lo mismo, pero llega tarde. Permíteme que me alabe de mis maestros invisibles. Aunque mi madre no esté en la ventana. Hierón hace respetuosa inclinación de cabeza. Me dice que hoy toca tirar como los dorios, y me vierte miera de los pinos en la mano derecha. Toca tirar como los galaicos, y me calza guantelete de lana con placas de hierro con la mano izquierda. Medimos el viento que hiere la flecha por dáctilos y espondeos. Portándole los arcos y la aljaba, viene con él una hija que tiene, quizás un año o dos más joven que yo. Todavía no le ciñeron los

pechos.

—¿Cómo se llama? El embustero tiene que tener halcones en la lengua.

—Se llama Leo.

—Has tenido mucho tiempo para pensarlo.

—Leo se descalza y pone su pie debajo de la punta de mi pie izquierdo, para enseñarme cuánto he de levantarla al disparar al modo medo. Mi talón se apoya en la losa fría, y mis dedos abiertos se agarran a su pie tibio. ¡Hermosísima caricia, Poliades! Disparo: catorce, quince, dieciséis versos, y al final del viaje de la flecha, al final del canto, la herrada punta encuentra la diana. La palabra reveladora toma por alas las plumas coloradas del timón.

Poliades abría los brazos, admirado.

—¡Que san Ulises bendiga tu boca con el rocío matinal!

—Y en esa otra casa, Poliades, vive Leda, madre de Helena. Abres la puerta y el aire que desplaza la madera de roble al girar sobre los goznes de hierro, aún mueve, en el oscuro portal, plumas perdidas del cisne. Los caballos solares piafan en el patio trasero. Luminosas herraduras de oro cuelgan de la pared, y Leda les da brillo con una franela roja. Yo me acerco a la puerta de la cámara en la que Helena se pinta de violeta las ojeras y de púrpura los tobillos, y se perfuma el vientre con estragón. No me atrevo a entrar, porque las palabras caen desde mi garganta al abismo de mi temor, como viajeras golondrinas a las que abate la tempestad. Veo solamente una delicada mano rosada, de largas y pulidas uñas adornada, tomar el pincel y frotar en las pastillas de pintura. Aprendí una vez, Poliades, lo que es tener ortigas en la boca. Me retiro en silencio, y al pasar junto a Leda esta me advierte que si he de montar los nerviosos corceles, no lo haga hasta que mis rodillas sean capaces de distinguir en las tinieblas si rozan vellón de lana o rama de lino. Leda siempre está ahí, distraída, soñando, con lirios en el regazo.

—¡Pruébalo, Ulises! ¡Muéstramela, con permiso del celoso Zeus!

Ulises se acercó sin vacilar a la casa, y con ágil pie empujó la desvencijada puerta. La hoja mayor se libró de goznes con el fuerte impulso, y cayó en el portal estruendosamente, levantando una nube de polvo. Voló asustada una lechuza, ciega a la dorada luz del sol poniente. Ulises logró alcanzarla y se la ofreció a Poliades.

—¡Oh, Leda, jacinto del atardecer, que guardas debajo de tu lengua la frambuesa del bosque!

—¡Es de mal agüero, Ulises! ¡Devuelve la lechuza a su noche!

Ulises reía. Soltó la lechuza en el portal oscuro, y tomó del brazo a Poliades. Reía el mozo por primera vez desde la fiesta de las espigas. Tenía la risa contagiosa y verde.

—He viajado mucho todas estas noches, maestro. Anochece en Ítaca, pero en mi lecho salía el sol, y levaban anclas mis naves, doce y más, y cada una su destino. Oía aplaudir a Argantonio remontando el río lechoso de Tartesos, y mucho más allá de donde se amaron Hero y Leandro, vi a Héctor domando en el trebolar florido el

violento potro negro. Mi mano comunicaba mi esperanza a la caña del timón. ¡A cuántos días estábamos de Ítaca! Pasaba nocturna la nave en que viajaba Amadís. Desde proa veía en el horizonte colinas coronadas de álamos negros. ¿Es el mismo sol, es la misma luna, son las mismas estrellas que contemplan nuestros padres, nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros criados? El viento de popa que derramaba sus rizadas barbas por el amplio y bien cosido velamen, silbaba en mis orejas canciones coronadas de espumas, como las ondas marinas. Yo ignoro si los cíclopes viven en democracia o en aristocracia; ya lo averiguaré algún día; pero los vientos, en el mar, viven en perpetua e irreprochable tiranía.

—¡Pronto maduraste, zagal! ¡Como el albérchigo en tierra solana!

—¿Soy un hombre, Poliades?

El tabernero se desasíó del brazo del laértida, y dejó caer al suelo su manto y su sombrero. Se acercó a la fuente que allí mismo vertía abundante por dos caños gemelos, y sumergió sus brazos hasta el codo en el pilón. Se enjuagó por dos veces la boca, y derramó agua ritualmente por la colorada calva.

—¡Señor mío! Voces fieles habrá siempre, siglo tras siglo, junto al vaso que conserve tus cenizas ociosas. Bocas humanas dirán de ti, como saboreando fuego del propio corazón: «Cuando el héroe Ulises, sabio ya en la temprana edad, inició alegre largas navegaciones...».

## V

**B**LEONTES acuñaba cuidadosamente el pandero triangular, apretándolo entre las rodillas. Cuña puesta, levantaba la cabeza y le sonreía a Ulises. Tenía los ojos negros y la barba canosa se le apelotonaba a ambos lados del mentón, en el que lucía gracioso hoyuelo; de mediana estatura, su amplio torso surgía peludo y moreno de la abierta blusa de blanca estopa.

Un pandero perfecto ha de estar compuesto de catorce piezas, entre piel, laterales, codos y cuñas. La mejor piel es la de oveja madre, curtida en leche de higos verdes.

Tenía el obrador en la misma ribera, junto al regato del delfín Hablador; represaba el riachuelo con cañas, y en el pozo ponía a remojo pieles y maderos. Protegido por la casa de los vientos marinos, en el patio trasero crecía un naranjo, y la mujer cuidaba unas matas de albahaca y menta, y unos surcos de cebollín.

—Yo soy natural de Zante, y me vine de allí cuando la Gran Discordia. Tenían al tirano en una jaula; estaba con la ropa de dormir, que lo prendieran en la cama. Fue cuando se supo que no tenía la cabellera de león, sino que gastaba peluca. Le hacían las pelucas en Chipre, y se las traían secretamente. Los más valientes de los revoltosos se paseaban con las pelucas del tirano por el ágora, y la tropa de desterrados se jugaba a la taba las mujeres de la morada real, todas gordas y con pañuelos sujetos al pelo con grandes alfileres de oro y plata. Los más pobres de la nación comían tajadas de cebón a cada hora, y en la bolsa que les colgaba del cinturón escribían con tiza el montante de su capital.

Bleontes puso la última cuña, la llamada albítara, que es a modo de clavija en un vértice, y la forzó un grado. Pulsó con la parte inferior de la palma, y tamborileó con la punta de los dedos.

—¿Te das cuenta de que tiene la voz humana y amistosa? Pones la tuya sobre el son de este pandero como en un cojín de lana recién acabada de espabilar. Un buen pandero es la posada de la voz, no su agujón.

Templó un hilo de grado, tarareó alegre melopea acompañándose de un suave repique de yemas. Bleontes tenía agradable voz, y el acento de Zante es claro y agudo.

—Fueron unos días memorables. Se instauró la democracia. Los oradores afirmaron que el pueblo iba a gobernar por turno, y que los ricos no tendrían privilegios. Los ministros del tirano fueron degollados.

—¿Y el tirano?

—En la jaula, atado. No podía ni sacudirse las moscas. Digan lo que quieran de él, era un hombre limpio. ¡Sí señor! Aguantaba en la jaula sin hacer aguas mayores. Muchos estaban esperando esto, y colgaban de noche faroles en el fondo de la jaula, para que no se les escapase el desahogo, si lo había. Pero nada. Durante siete días, nada. Ni un aire. Una mañana apareció muerto. Un amigo le había puesto una flecha corta en el corazón.

—Me gustaría haber sido ese amigo.

Ulises tenía prontos entusiasmados y heroicos. Tomó de las manos de Bleontes el pandero y pulsó un acompañamiento solemne y hexamétrico. Se subió a un montón de tablones de rojo abedul, y los rizos de su frente se mezclaron con las hojas verdes y las naranjas doradas.

*Ulises, alegre compañero suyo en la caza,  
fácil en el arco de cuerno, vio a la vez volar  
el alba de plácidas alas, la flecha súbita y el alma  
inmortal y sombría de su amigo, el tirano de Zante.*

Se volvió hacia Bleontes.

—¿Cómo se llamaba?

—Alejandro. Dicen algunos que su tiranía salió de su grande nombre. Hay que tener cuidado en los bautizos.

Bleontes ofrecía vino a Ulises, y echaba en cada vaso una aterciopelada hoja de menta piperita. El vino era grueso y colorado.

—¡Sangre de puerco! —dijo Ulises.

—Es el vino que os gusta a los carboneros. En Zante tenemos blancos finos; a mí me gusta sorber en la jarra que se acaba de llenar el collar de perlas de la espuma. ¡Se me acuerda mucho el vino de Zante! Las posadas tienen patios frescos, y el glicinio de racimos azules es su toldo. Una vez pasó un extranjero, y me senté con él en una posada. Se quitó el sombrero y dijo:

—¡Parece Francia!

En Zante van las muchachas a las tabernas. ¡Ay, los lindos cuellos! Los ciñes del todo con una mano. Gordas, sí, sin duda, pero cuellos no hay otros más finos. Duermen con emplastos de anís alrededor de él para que no engrase. ¡Oh, no me preguntes si mi esposa es de Zante y tiene el cuello fino! Escapaba en la misma nave que yo; me mandaron a la bodega con mi manta; me hizo sitio a su lado. Olía a pescado podrido, a letrina, a macho cabrío, y yo vomitaba. Ella me limpiaba, dejaba descansar mi cabeza en su regazo, me despiojaba, me remendó el sombrero, canturreaba canciones de mi país, y yo me dormía, como en una cuna. Cuando llegamos a Ítaca nos despedimos, pero volví a buscarla. No dormía si ella no me acunaba. No te rías, Ulises, de Bleontes, constructor de panderos.

Ulises no se reía. Masticaba lentamente la hoja de menta, y buscaba en el pandero recién terminado los matices, jugando dedos y palma sobre la tersa y dorada piel.

—Tuve que huir —continuaba Bleontes—, porque mi padre era sicofante. Ganaba la vida denunciando al tirano los sueños de los aristócratas. El tirano tenía sofistas que averiguaban lo que escondían los sueños. Los ricos, con el miedo, soñaban en voz alta. Soñar con fuego era tener intención de quemar el palacio, y soñar que uno era dueño de un águila, significaba apetito de sustituir al gran señor en la tiranía.

Caían hermosas cabezas. El tirano se asomaba con su cabellera de león y escupía a la plaza.

—¿Y soñar con naves?

—Quería decir que venían socorros extranjeros. Caía tu cabeza en unas arpilleras sucias, y allá arriba, por una centinela abierta en el labrado alero, asomaba la cabeza de león del tirano, la gran pelambre rizada. Tenía el salivazo gordo. Sonaba ¡plaf! en el mármol.

—Yo sueño con el mar y las naves, Bleontes de Zante, y si mi cabeza es cortada por el tirano y cae en las sucias arpilleras, quiero que tú la lleves al mar. Coge sin miedo por los rizados cabellos. Subes a una barca y te alejas como media hora de la orilla, y allí la dejas caer, en las aguas inquietas. Pero antes de soltarla de tu áspera mano, sumérgela dos o tres veces y contéplala limpia de sangre, hilos de agua corriéndole por las mejillas y goteando por el mentón.

—Vendrá con la marea a tierra, salvo que la pesque una banda de salmonetes.

—El que retorna muerto a tierra en el lomo de las olas, ese es sagrado. Permíteme que vierta vino por su alma en esta fina arena.

Yel laértida dejó caer un chorro de aquel vino gordo y colorado en el suelo de arena, medio cubierto de corteza de abedul y colorada viruta. A Ulises le gustaban aquellos extremos imaginativos, y pasaba en un santiamén de la amistad secreta con el tirano, que le permitía figurarse a sí mismo saliendo de la noche al alba dueño de rápida flecha en el ágora dos veces porticada de Zante, al amor por la rebeldía y a poderosa capitanía en el mar, viniendo en ligeras naves como señor de bárbaros mercenarios, cuyas negras banderas decoradas con hipogrifos y serpientes de vibrante lengua convocaban a los ávidos buitres en las playas.

Ysi entonces, diciendo o soñando, enamorado de la hermosa mentira, llevaba a la cabeza la mano diestra, era seguro que imaginaba despojarse en aquel instante del casco de triple cresta para que el noble rostro pudiera ser contemplado a sabor por una hilandera de rubio pelo, la cual, asustada, apretaba contra su pecho incipiente rueca y huso, disponiéndose a huir por entre las almenas, dientes militares mordiendo el sol del mediodía. Ahora, derramado el vino, Ulises inclinó la cabeza emocionado, grave y ritual.

—¡Hermosa cabeza de príncipe, en la florida edad segada!

Ulises acompañó a Bleontes al puerto. Este iba a entregarle el pandero a un ciego que tenía posada con los atuneros, en el arrabal que llaman de las Redes. Se ponía el sol de abril en un cielo cerúleo y limpio. El mar llegaba una y otra vez, perezosamente, con sus belfos a la tierra Ítaca. Las redondas cumbres oscuras de las islas vecinas se veían en el cristalino horizonte, y aquí y allá, en demanda de ellas y de la noche en seguro, velas helénicas abiertas al plácido sudeste. Poliades lo esperaba junto a la columna de la linterna antigua, un grave torso dórico manchado de saín y roído por el salitre.

—¡Ulises, tañedor de pandero! ¡Dispersarás los rebaños en el Panerón!



Ulises levantó por encima de la cabeza el pandero, y adelantando ceremonialmente la pierna derecha, se inclinó ante el tabernero Poliades.

—Otro cante, Poliades amigo, y sea yo solamente atento auditor, o si san Ulises es favorable compañero, sujeto del canto, y mi aventura el argumento.

—¡Mucho esperas de la vida, Ulises!

—¿Acaso es tan viejo el mundo? Llevamos este pandero a un cantor ciego. Antaño fue rey en Tebas. Por lo menos, allá reinó su nombre. En la mañana del día fatal todavía tenía los verdes de las colinas nativas posados en los claros ojos, pero al atardecer ya se habían aposentado en las vacías cuencas poderosas nubes rojas.

Dijo Ulises, y señaló con el pandero antiguo hacia Poniente, y en aquel mismo instante surgieron del mar amplias nubes encendidas, y quietas permanecieron sobre el abismo por donde el sol, con sus soberbios rayos, había rodado.

—Se llamaba Edipo —dijo Ulises, y golpeó por tres veces el pandero.

Poliades palmeaba en el basto granito de la columna.

—¡Ulises, te obedecen los meteoros! ¡Como en el teatro!

El ciego estaba sentado en una nasa de mimbre, y cuando Bleontes le entregó el pandero, sus largos y pilosos dedos lo acariciaron suavemente. Lo olió primero, y después pasó la lengua por la piel y por la madera.

—Cabra y abedul —dijo.

Probó variados ritmos, levantándolo hasta las orejas y haciéndolo vibrar ante la abierta boca. Después tocó ágil con palma, codo y rodilla.

—Hay que alegrarle el cuerpo al pandero —dijo.

—¿Fuiste rey en Tebas? —le preguntaba Ulises, arrodillándose ante él y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Por el tono de tu voz conozco que no te burlas. Las murallas de Tebas son muy altas cuando estás al pie de ellas. Parece que si subieras a las almenas, podrías desde allí agujerear con tu lanza el vientre gris de las nubes de otoño, rápidas como halcones peregrinos. Pero haces dos horas de camino, y las murallas de Tebas, a lo lejos, son como una estrecha cinta blanca ciñendo un alcor que cavaron las aguas torrenciales. Ciego yo, Tebas se sumerge en la noche oscura. Es igual que estemos cerca que lejos. Y poco a poco te vas olvidando de Tebas y de sus siete puertas, y las murallas se desmoronan a la vez en tu memoria y en la tierra oscura y zarzaleja. Si a destruir todo esto se llama ser rey, yo lo soy de Tebas. Olvidándola voy, y derruyéndola. ¿Quién sería tan verdaderamente sensato que matase a su padre y se casase con su madre? ¿Quién sería tan sabio que discurriese esconderse ahí?

Ulises tocó respetuosamente las rodillas del anciano.

—¿Quieres regalarnos el oído, noble cantor?

Los rodeaban los atuneros, medio desnudos, calzones y blusas con manchas de sangre, y en las piernas y en los peludos brazos llevaban pegadas escamas de peces, que brillaban en la piel tostada. Una mujer se balanceaba en la puerta, con una bacía

llena de cabezas de atún apoyada en el vientre enorme. La criada del ciego, una adolescente escuálida y morena, de pechos escurridos, picada de viruela, sin dejar de mirar a Ulises le sacaba brillo con su falda al platillo de cobre de las limosnas. A la luz de la lámpara de aceite, sus asombrados ojos eran dos almendras de oro. Se levantó Edipo de su trono de nasas langosteras, y reclamó vino. Ulises tuvo el pandero mientras el ciego bebía, sabrosa y pausadamente.

—Canta un viaje —sugirió Poliades—. Ya salen vespertinas las Pléyades.

El viejo comenzó a cantar. Tenía una voz que se extendía tranquila ante el auditorio. Como el mar. Oírle decir las palabras que contaban de la nave que se apresta a zarpar para larga navegación, era contemplar la propia nave balanceándose en la bahía. Se mecían los cuerpos como si estuviesen a bordo, y cuando la nave abandonó el refugio del puerto y cazaron vientos las velas en la mar mayor, todos sintieron el fresco aliento del noroeste en el rostro. Las islas, como pechos de mujeres dormidas, ofrecían delicias a la proa. ¡Nunca habían hecho los hombres navegaciones más hermosas! Aparecieron en un verso las golondrinas que regresaban al nido veraniego, y el verso se curvó como un ala. Dijo el cantor de una ciudad, y todos sintieron tierra bajo sus pies, vieron lámparas encendidas dentro de las casas, y escucharon voces de gracioso y extraño acento. Dioses sonreían, y dejaban caer sobre los nautas oro y sueño. Al más terrible de los alados demonios del mar, el piloto ofrecía, reverente, la barra del timón.

Cuando el cantor, tras breve pausa, quiso continuar el relato, no le dejaron los gritos que llegaban de la ribera. Corrieron todos. Algunos atuneros se detenían a encender antorchas. Desde la niebla matina venían estribillos funerales y desesperados gritos.

—¡Se perdió en la niebla!

—¡Ha naufragado «La Grulla», la nave de Loción!

—¡Se partió en la Peña Loca!

—¡Traen en una balsa el cadáver del piloto!

Una vez en tierra el cadáver, nadie podía tocarle hasta la mañana siguiente, era la costumbre. Arrastraron la balsa en que venía el cadáver y la amarraron a la columna de la linterna.

—Yo velaré toda la noche a Loción —dijo Ulises.

—Guarda los siete pasos rituales —advirtió un marinero.

—Los guardaré así que cubra el cuerpo de Poción con mi manto.

Loción tenía una gran herida en la cabeza, que le partía medio rostro. Contó Ulises los siete pasos y se sentó en la arena a velar el cadáver del piloto de Ítaca. Había muerto en su mar natal, envuelto en la espesa niebla cenicienta. Otros contaron los pasos también y se sentaron aquí y allá. El ciego y la moza acudieron guiados por la voz de Ulises, como por un farol.

—¡Con el barullo nadie pagó mi canto! —se quejó el cantor.

La moza tendía ante Ulises el platillo de cobre.

—Pondré mañana en él una moneda de plata.

El ciego y la moza se sentaron en la arena, al lado de Ulises.

La niebla venía hacia tierra en pesados paños. El joven laértida levantaba los ojos hacia el cielo y se preguntaba por dónde estarían las Pléyades, las estrellas que anuncian que ha llegado el tiempo favorable para que el hombre se haga al mar. Si asomaran, la mirada sombría de Ulises les haría estremecerse. Del mar tan próximo e invisible venía el cansado rumor de la marea baja. Un escalofrío hizo castañetear los dientes del héroe, pero un suave calor invadía ahora su cuerpo: la criada del ciego se apretaba contra su espalda, y dormía con la cabeza apoyada en su hombro. El viento marino ponía cabellos de la moza en las mejillas de Ulises. Roncaba Edipo, y dos o tres veces, por sueños, sin abrir los ojos, la criada tendió el platillo de cobre a desconocidos transeúntes.

## VI

**P**ARECÍA estar vivo, pese a la herida que le partía el rostro desde la frente al mentón. Esperábamos que se incorporase y nos hiciese aquel cálido y alegre saludo suyo. Queríamos oírle reírse de la niebla, como otras veces. Solía decir que la apartaba silbando. Padre, dejé ir sobre su cuerpo mi manto, y pagué a un cantor ciego para que relatase el naufragio. Como los ancianos en Argos ecuestre, terminó la triste narración con el viejo estribillo: «¡Ay, lino! ¡Ay, lino!». ¿Recuerdas, padre Laertes, que le apetecían las granadas, y siempre traía zumo de ellas en las barbas, y siempre en la boca una monda que escupir? Cuando sea la sazón, Alpestor plantará un granado en su tumba. No hay ningún granado en el camposanto de Ítaca.

Ulises había subido al Panerón a ayudar a su padre a carbonear, y el boyero convidaba al hijo, a la sombra de los robles en cuyas copas hojas nuevas ya se mezclaban a las secas que los vientos no lograran arrancar, con una parva de cecina de oveja y pan centeno. Jasón, de rodillas ante ellos, escanciaba vino. Laertes cortaba la cecina, abocándola, con afilado cuchillo, y el hijo aprendía el gesto paterno y bucólico.

—¡Corta de arriba abajo, o te llevarás la punta de la ilustre nariz!

De dientes a mano, tendía Ulises el trozo de cecina, y cortaba a flor de labio, hacia afuera, sabiamente.

—Al ciego cantor que se llama Edipo, le pregunté si era el famoso rey de Tebas. ¡Qué nombres ruedan entre nosotros, padre!

—Yo lo conocí antes de que cegase. Vendía espejos en los mercados isleños. — Alegre parlanchín, probaba a las mujeres que serían más hermosas si todas las mañanas se contemplaran en los bruñidos espejos áticos. A los mancebos les susurraba al oído: «Al que se mira seis veces en este espejo le nace barba rizada». El espejo redondo que tiene tu madre colgado en la contraventana, se lo compré a él. «Dame un espejo —le dije— que conceda a la que en él se mire sonrosadas mejillas».

—¿Y las concedió?

—No. La verdad es que pedí sin pensarlo.

—¿Sabes cómo cegó?

—Dicen que por mirar el sol en sus espejos. Otros aseguran que porque osó usar el nombre Edipo, antiguo y desdichado. Hay nombres que son señales. Los dioses antiguos no quieren que se recuerden sus trampas en el juego.

Mudaba el viento y arremolinaba el humo en la meseta en que quemaban lentamente seis pilas gemelas.

—¡No nos vamos hoy sin un par de chaparrones! —avisó Jasón.

Sin mirar para el cielo, se podía seguir por la sombra, en la falda de la montaña, el paso de las alígeras nubes de abril. Los carboneros se protegieron del humo tras unas rocas.

—Vine comiendo el bizcocho con pasas que sobró de la fiesta de Pascua de

Resurrección. Subí nombrando las hierbas, las llores y las zarzas. Conozco los varios helechos, y aún antes de que florezcan distingo la ginesta blanca de la dorada. En las soleadas laderas ya abrió el bonete rojo del mirto, y ya rompieron las doradas flores en el tojo. Cantaba la alondra en la fuente, y por los graves círculos que describían sobre los campos, supe que eran cuervos los que volaban. He visto la pezuña del jabalí en el lodo del vado, y reconocí la cama tibia de la liebre en la linde del tojal. Deja pelo del vientre en la herbicana del mullido. Es una hembra y va a parir. Por eso tuve del collar a Argos, viejo y entusiasta venador.

—Tienes en la boca, hijo, un noble canto. Se llama Ítaca. ¡Qué maravilloso libro! Poliades, burlón, secándose la calva con el pañuelo de hierbas, te diría: «¡No te canses de pasear tus ojos por sus páginas iluminadas! ¡Es tu reino!». Y tú, joven príncipe, como un can alegre que menea la cola bajo la caricia, con tu junquillo pedante y orgulloso golpeas y rompes la caperuza rosada del trifolio pratense.

Era lo que estaba haciendo Ulises, y rió. Reía también Laertes, maduro y generoso.

—En mi país —dijo Jasón— obligan a los príncipes a viajar en la edad moza. Les enseñan respetuosos saludos para los reyes y las ciudades de la ecumene, y en la mano derecha les ponen un sello rojo, para que abriendo la palma puedan dedique son de aquellos ilustres, jinetes y leñadores. Tendría yo doce o trece años cuando vi regresar a un príncipe nuestro de un largo viaje. Era un hombre alto, la rubia cabellera trenzada sobre la nuca y la barba recortada en hoja de acanto. Bajó descalzo de la nave, y sólo se vestía con una piel de oso a la cintura. Sesenta habría cumplido, pero era todavía una hermosa presencia aquella cruda senectud. Ya nadie, ni en las propias moradas reales, conservaba memoria de él. En la mano izquierda traía espada y casco, y las plumas de gallo de este ya no conservaban sino escasas hebras rojas y azules en el cañoto. Avanzó hasta el poste en el que se establece, con las piernas bien abiertas, el heraldo real cuando llega nave extranjera, y ante él abrió la palma de la mano derecha y mostró el sello rojo, ya muy borrado por el tiempo y los naufragios, pero en el que aún se reconocía el toro de su estirpe. Era, en verdad, un hijo de rey, y el heraldo le abrazó por tres veces las rodillas. Pero cuando le fue preguntado su nombre para proclamarlo en el pórtico, apoyada su cabeza ungida antaño en las patas del caballo de san Jorge, matador del dragón, aquel príncipe nuestro se había olvidado de él. Se había olvidado de su nombre, del nombre de la ciudad y de los padres, de sus viajes... Pasaron meses y no se despertaba su memoria. Paseaba entre los compatriotas compasivos, quienes lo alimentaban y vestían. Un día, muy de mañana, bajaba al puerto por una costanilla entre blancas paredes de huertos domésticos, y los que lo seguían vieron cómo se detenía y acariciaba con la mano una pared. Se volvió hacia su séquito, y dijo:

—Aquí colgaban dulces naranjas sobre el muro.

Fue lo único que recordó. Todavía vivía cuando yo huí del país. Nunca abandonaba el casco, en el que había puesto nuevas plumas de gallo variopinto.

Levantaba la cabeza y sonreía a los niños. Se le ofrecían mujeres, pero él las rechazaba amablemente.

Comenzó a llover y los carboneros se refugiaron en la cabaña. Colgaban a la entrada los arcos de Laertes y de dises, y las aljabas repletas de flechas. En lecho de paja, dormía Argos, fatigado.

—Padre, he de viajar.

—Sí, hijo.

Amanecía. La claridad solar borraba en el cielo las estrellas. El día bajaba desde las cumbres a la marina y al mar. Se oían lejanos ladridos, pero muy cerca, en las verdes veranías floridas de primulas, balsaminas y anémonas nemorosas, cantaba enamorada la perdiz.

—Convierto, padre Laertes, en recuerdos todas las miradas.

—Regresa cuando todavía haya memoria de tu voz.

Laertes se levantó y se echó a los ojos un puñado de agua de lluvia, recogida en una oquedad de la roca que había delante de la cabaña. No se secó, y dejó que el agua corriese por sus mejillas y le llenase de brilladores diamantes la barba despeinada.

—Son muy diferentes los caminos de ir y los de venir, y los hados son siempre más favorables al que parte que al que regresa. Ha acontecido a algunos que en el viaje de retorno han oído hablar de ellos mismos como si ya hubieran muerto hace mucho, mucho tiempo. Retorna para darme nietos. Si traes mujer extranjera, me gustará ver, cuando desembarques en Ítaca, que viene preñada. Tu madre pasará todo el tiempo de tu ausencia oyendo mares lejanos en las caracolas que le regaló Foción. Si he muerto cuando regreses, no dejes de ir a mi tumba, y golpea sin miedo en ella con el remo. No sé cuál es la doctrina cristiana a este respecto, pero quizás a los cuerpos muertos les sea permitida alguna especie de amor, mientras no llega la resurrección de la carne.

—¡Largos días en el mar, padre! Un hombre de Turios naufragó en la costa del país de los italiotas, quienes cumplieron con él los ritos de la hospitalidad. Me contaba esta historia Foción, y decía con generosa voz los nombres de aquellos extranjeros. ¡Ay, oigo siempre su decir vivaz! Allí guardan a las doncellas en jardines cercados de cañas entrelazadas, que a una vara del suelo tienen atados con mimbres tiestos de graciosas plantas siempre en flor. Cuando el viento sopla del Este, viene por entre los jardines, y entonces te es lícito acariciar las flores de los tiestos de la que amas. Cuando el viento sopla del Oeste, viene del mar, y roza contra las cañas las coloreadas flores; entonces le es lícito a la que te ama acariciarlas, y busca en ellas la huella de tu mano. El hombre de Turios de quien hablaba Foción, esperó cinco años en el país de los italiotas a que soprase viento del Este, y pudiese reconocer en los pétalos de la malva el calor de la pequeña mano de su amiga.

Ulises, con el pedernal y el eslabón paternos, hacía chispas en el aire.

—Padre, permíteme que si naufrago en el país de los italiotas, no regrese antes de

que haya soplado viento del Este.

*Y fue decidido que el mozo Ulises viajase. Le fue tejido un manto rojo. Cuando estaba colmada la alforja de nudo, todavía Euriclea logró meter en ella un membrillo del huerto familiar. Jasón ciñó el cinturón a su joven amo, una hermosa pieza de tiras de anca de potro trenzada de a tres. La madre le entregó al padre las sandalias nuevas, que todavía no conocían el inquieto pie del laértida, y el padre las ofreció al hijo, cuyo las colgó por los cordones del cinturón. Saldría descalzo de casa; era costumbre en Ítaca, y quizá lo fuese en la ecumene toda, donde los hombres respetan la tierra en que nacieron. La despedida fue silenciosa. Ahorro al oyente el canto. Ulises de Ítaca se dirigió a través del arenal hacia la lancha que había de conducirlo a la nave de Alción, piloto célebre por su impetuosa amistad con los vientos. En la blanca arena quedaban claramente escritas las huellas de los pies odiseicos. Cuando el hijo hubo partido, solo, bajó Laertes a la playa y paso a paso fue retrocediendo hasta la muralla de Ítaca, conforme la marea que subía borraba las profundas huellas del primogénito en la arena. La ola que borró la última, salpicó a Laertes hasta las rodillas, y el boyero la tomó por una caricia divina y feliz augurio.*

## **TERCERA PARTE**

### **LA NAVE Y LOS COMPAÑEROS**



Cuento ahora por boca del piloto Alción y de los marineros embarcados con el héroe Ulises en la goleta La joven Iris. El modo es más bajo, como corresponde a vidas más humildes, al ir y venir de la pobre gente, los más sin hogar, alguno sin memoria de la patria y sin nombre.

La goleta se llamaba La joven Iris, y Alción la había comprado en Candía, ya hacía cuatro otoños. Pintada en blanco y verde, y el mascarón de proa era el curvo arco de los siete colores. Había desembarcado nuestro piloto de una nave genovesa, por diferencias con el armador, que lo era una viuda muy rica llamada doña Pánfila de los Doria, domiciliada en Corfú en dos palacios, la cual siempre andaba paseando con bastón-estoque y antejo de larga vista por las terrazas, seguida de un enano negro que tenía y que tocaba el tambor, y doña Pánfila en los tratos se ponía sobre el último ochavo, y como no apareciese se irritaba, descendía de su altiva majestad, blasfemaba, desenvainaba el estoque, y los pilotos y abanderados tenían que poner en la tabla de marcos los dineros que la señora reclamaba. Entonces, la dama genovesa sonreía. Era alta, blanca, pechugona. Eso sí, cuentas hechas, convidaba a los señores oficiales de su firma a refrescar con sidra y agua de Ragusa con guindas, y como en Corfú en septiembre, cuando termina el trato del mar y amarran, para invernar, las naves en el muelle de la Cigüeña, hay cálidos atardeceres, en los que sube de los jardines el aroma del jazmín oriental, espeso y húmedo, doña Pánfila, sentada entre los suyos, levantaba las pesadas jaldas de paño de buró y de merino azul, adornadas con encajes, y mostraba las blancas piernas hasta más de medio muslo a la amigable concurrencia. El enano del tambor la abanicaba. Doña Pánfila metía las manos en la jarra de sidra, que traían fría los criados de la calera del pozo, y miraba a los pilotos, entornando los azules ojos.

—¡Vaya calor!

Alción se cansó de la vieja y de sus caprichos, y en entregando una carga de trigo siciliano al arcediano de las Blanquernas, en Constantinopla, que era un viejecito muy alegre que siempre estaba chupando anises estrellados, y andaba con la tiara debajo del brazo discutiendo la invención de la lupa y las probabilidades de bola en basto y malilla, dados los naipes de Nápoles, se despidió de doña Pánfila por carta, y pasó a Candía, buscando acomodarse en el trato del mármol para el nuevo hipódromo bizantino. Y en Candía conoció Alción a León Leonardo, dueño de La joven Iris. León había naufragado en Samos, y de las largas horas en el agua, agarrado a un madero, quedara paralítico. La hija lo sacaba a un pequeño terrado delante de la casa, a la sombra de la higuera, para que pudiese saludar a los forasteros.

—¡Tú eres Alción de Ítaca! ¿Hay allá algún dios benigno para los marineros?

—¡San Ulises! ¡Mándale un serón de naranjas en pago de una solemne liturgia!

Alción se sentaba a los pies del catre en que yacía León Leonardo y hablaban incansables. La hija de León se asomaba a la ventana y deshojaba sobre los charlatanes las pequeñas flores de la rosacresta que subía en enredadera hasta el

tejado. Estaba muy enferma; el herido corazón le ponía labios azules.

—Morirá como un membrillo —dijo León—. Tienes un membrillo en un armario, en la cámara de tu goleta. Algún día abres el armario, porque quieres ponerte camisa limpia, y te saluda el dulce olor. Pero ocho días después vuelves, y el membrillo ha dejado de oler de repente, y entonces dentro del armario, ya no huele más que la memoria del membrillo que conservan las camisas, los pañuelos, las bragas.

León Leonardo quería que la hija muriese antes que él, y a quien se lo pidió no lo sé, pero fue oído. Las mujeres lloraban, puestas en dos filas, a la puerta de la casa. Una anciana se echó el negro manto por encima de la cabeza, y se adelantó hasta el portal.

—¡Adiós, paloma, que no sabías volar!

Las otras mujeres, pasándose la palabra de boca en boca, como descubriendo un enorme misterio, repetían:

—¡Ay, paloma que no volaba! ¡Paloma!

Enterrada fue la paloma. Alción sostuvo al padre en sus brazos, asomado a la ventana, para que viera el entierro de la hija.

—Mandé labrar La joven Iris porque me parecía, Alción, que teniendo nave nueva en el puerto, el cuerpo tiraría de sí y una mañana yo despertaría ágil, dueño de mis remos, y podría bajar al muelle, gritando alegre:

—¿Quién quiere navegar con León Leonardo?

Pero el cuerpo es mucho más débil que el espíritu. Al cuerpo le gusta podreecer. Ya no volveré a la mar. Te vendo La joven Iris. Establécete por tu cuenta. Hay buenos tratos en el mar de los griegos, y más allá. Sal alguna vez con La joven Iris al gran mar, pasadas las Columnas. Págame nada más que una moneda de oro. Busca en las monedas de las repúblicas y las ciudades una que tenga una nave en el reverso, y págame con ella. La joven Iris es tuya. No le cambies el nombre. Y zarpa antes de que yo muera. Quiero gastar mis últimos días en imaginarme por dónde andarás, qué vientos saludan tu noble rostro en la proa, de qué isla ves las luces en la hora serótina. ¡Adiós, Alción! ¡Te regalo el mar!

Y así fue como el piloto Alción se hizo dueño de La joven Iris, navegó por su cuenta, tocada la airosa cabeza con gorro de piel de cerdo, bien embreada. Bajaba el ala por delante, porque se imaginaba que le favorecía la sombra que le caía, sobre los ojos, hasta la mitad de la aguileña nariz, propia de los ítacos naturales.

## I

**L**A goleta tenía por primera escala, en este viaje en el que pisaba su puente el mozo Ulises, la isla de los Sicómoros, a sotavento de Grecia. Alción quería tratar una aserrada de piedra serpentina, completando la carga con serones de higos pasos. Desde la isla, con sólo dos aguadas, una jónica y otra egea, pensaba ponerse en un mes en Constantinopla. Eran los largos días del favorable mayo, y los vientos venían, como las golondrinas y las codornices, del lejano Sur. La bahía de la isla abría al Noroeste, y estaba calmo el abrigo, el mar sin ondas, pero afuera, donde el Sur podía correr, se veía un océano alegre, rizado en amplias ondas seguidas, azul. Para un piloto como Alción, salir con estas brisas al mar, era ir de fiesta cantando, con una rama de limonero en las manos.

—*La joven Iris* —le decía a Ulises— tiene la proa afilada como no se acostumbra entre griegos. La construyó para León Leonardo un lusitano de nombre Damián, un hombre triste al que le faltaba la nariz, y tapaba aquella roedura con un tafetán colorado. Iba en Candía al convento, y le pedía prestados al abad los cuatro monaguillos, y los tenía todo el día meando por unos puntales sin descortezar; al siguiente pedía prestado para lo mismo el sacristán, al otro día los diáconos, al cuarto el exorcista, al quinto los monjes, al sexto el maestro de música, y al séptimo iba el propio abad. A este le ponía un biombo de laurel y mirto para que no lo viese el público. Daba una buena limosna al convento, que es de ortodoxos afeitados salvo los cantores capados, y no hay otro. Entonces empezaba a labrar el tajamar de *La joven Iris* en los puntales de roble, tan cristianamente orinados. A los que le preguntaban el porqué de aquellas ceremonias, mostraba un libro en su lengua, y comentaba que si alguien supiese leer portugués en Grecia, que allí estaba en filosofía el secreto, pero que él aquella ciencia la tenía empírica, de la escuela de Sagres. Por lámina se veía en el libro a un gran señor orinando, disimulándose con un sombrero con plumas. El dibujo era en tinta negra, pero las plumas lusitanas estaban puestas del rabo del papagayo brasileiro, multicolores.

Alción obligaba a Ulises a asomarse sobre el foque para estudiar la fina proa.

—Muchas veces la levanta nerviosa. Acaso necesitase bridas como un purasangre. Siente el látigo del viento en la popa, y se apresura la nave, loca. Parece que va a desencuadrarse, pero no, que tiene tendones elásticos. Se adelanta al hocico del viento. Vuela. Yo me encaro entonces con el viento y le grito:

—¿Quién está más noblemente alado, coronel?

El viento se ríe y con razón, porque sabe que él es el alma de los navíos, dueño irascible e infatigable de las singladuras. Hay velas porque hay viento. Es como tener un generoso padre loco. El viento, por juego, habiéndome oído la burla, de un manotazo arranca de mi cabeza el sombrero y lo tira a las aguas. Es un sombrero nuevo, embreado por mi hermana, pero yo no lo recojo. Ni me muevo. Flotando queda en la estela, como un pez negro de osadas aletas dorsales. Al viento le gusta el

diálogo con los marinos, pero señor rico, fantástico e inquieto, siempre quiere tener razón en el discurso.

Ulises aprendía la gracia del cordaje y las velas, y el más anciano de los marineros, el cojo Basílides, le enseñaba nudos y maniobra. Era un chipriota sonriente, que hablaba por la ese, y las más de las veces de teatro. Ulises se fatigaba en el mesana, subiendo un cabo a pulso o con el pie en el palo, y una vez arriba, siguiendo el consejo de Alción, se ponía a cantar a voz en grito, para que así, no oyendo latir apresurado el corazón, no le tomara el vértigo. Los otros marineros, Timeo, Antístenes y Gallos, con gente de la isla a jornal, metían a bordo la serpentina, cortada en piezas rectangulares. Los nativos canturreaban para darse ánimos en el duro trabajo, y al atardecer el más joven venía a saludar a Alción y cobrar la jornada. El pueblo estaba al pie de las canteras, y era una hilera de casas blancas a lo largo del empinado camino. Por encima de las canteras estaba el olivar, y más arriba cerraba espeso robledal, y de las canteras a la playa había viñedos en flor, naranjos e higueras, y algún que otro prado, en la caída de abundosa fuente. A la salida del pueblo estaba la iglesia, con su cúpula cebollina de ladrillos de colores. Junto a la fuente todavía se mantenían erguidas dos columnas del viejo templo venusino, y en ellas la hiedra ponía memorias de caricias de la devoción de antaño. Todo el país era ligeramente dorado, y sobre la fina niebla matinal, parecía estar colgado en el aire. Alción andaba tratando los serones de higos pasos por las casas. Regateaba despreciador, haciendo sonar las monedas contra la pared, escupiendo por ellas, tirándolas al suelo. Los labriegos lo miraban, sorprendidos e irónicos.

—¿Para quién creéis que son vuestros gordos higos insípidos, ahítos de semillas negras? ¿Para la Emperatriz Teodora? ¿No sabéis que se acaba de inventar en Bizancio el hojaldre? No se come otra cosa en toda la ciudad. Para el año no se va a vender ni un higo ni una pasa en Constantinopla, ni en toda Grecia. Cebad vuestros asnos con higos. ¿Qué es el hojaldre? Es el pan como el encaje de Adana a la estopa de vuestras camisas. Todo está en la porción de mantequilla que se añade a la masa. Y la propia emperatriz, cuando se cansa de la política, viene a la cocina y con una cañita sopla, por entre los entredoses y vainicas de aquel pan de hojas finas, natillas o dulce blanco. Temo llegar a Bizancio y que me diga el portero del mercado que hay doce naves con higos podridos, abandonadas en los estrechos.

Alción se despedía, consolador.

—Tendréis que cultivar lino en las vaguadas, y el resto de la tierra, plantadlo de olivos.

Sacaba el piloto de la bolsa otra vez las monedas. Eran siete coronados de plata. Los hacía sonar entre las dos manos.

—Me hubiera gustado dejar estas ilustres y bien pesadas monedas entre vosotros. En Ítaca se pagan por encima de la tasa. Que os lo confirme Ulises, hijo de Laertes, joven señor que viaja en mi nave por conocer mundo.

Ulises se quitaba respetuosamente la birreta negra, aquella misma mañana

adornada por el marinero Gallos con un amplio manojito de violetas recogidas en las canteras. La desabrochada camisa dejaba ver el pecho del laértida, en el que el sol y el mar desgarraban, encendiéndolo, la fina piel.

—Respetables padres, es verdad lo que dice el piloto y mercader Alción. Por encima de la tasa siete sueldos. Es moneda buscada para guardar en las casas en las que el padre dice a la madre, a la puerta de la cámara redonda en la que duermen los cinco o los nueve hijos varones: «El nombre de nuestra casa, con esta roncadora cosecha, va a durar siglos». No hay casas pobres que duren; el pedir limosna dispersa las estirpes. Duran en Ítaca las casas en las que señores previsores compraron coronados de plata para guardar en el arca, envueltos en un pañuelo de lino. También en Ítaca es moneda pedida para ponerla en la dote de la hija, y los maridos que se sienten morir, y no dejan descendencia, venden los coronados que ahorraron, de miedo que sabiéndose que su viuda posee media docena de tan argentinas monedas, sea buscada por elocuentes pretendientes para nuevas y más solazadas nupcias.

—Estuviste muy bien, Ulises —le decía Alción al laértida, bajando hacia la playa detrás de una larga fila de mujeres que llevaban a la goleta los serones de higos pasos—. Lo de las viudas fue un golpe maestro. Ya viste cómo en seguida se levantó aquella gorda y dijo que vendía a ojo. ¿Y la del sombrero de capirote? Pasó por delante de los solteros, la cabeza inclinada, contemplando la moneda puesta en la abierta palma de la mano. ¡Ay, cuánta suave nalga! ¡Algún día, Ulises, tendré que dejar la castidad del mar!

Era la última noche que pasaban en la bahía de la isla de los Sicómoros. Todavía los pilotos eran muy rituales en el mar de los helenos, y Alción dispuso que se encendiera fuego en tierra, al arrimo de peladas rocas, y con Ulises y los cuatro marineros, alrededor de la hoguera comieron y bebieron. Y Alción, posando el sombrero en las rodillas y cruzando los fuertes brazos desnudos sobre el pecho, como era costumbre, contó una historia.

—Pilotos de otros tiempos relataron con graves palabras al amor del fuego sus vidas, inclinando las roncadas voces a modestos tonos, para no despertar celos en las potestades que rigen en el mar, de turbulento talante. Eran ancianos encanecidos en el timón, y alguno de entre ellos ha dado nombre a una vela, a un golfo, a un remo, a una isla. A mí todavía puede apelárseme el joven Alción, y sería soberbio si contase mi vida, parca en hazañas, en la misma arena en que otros tuvieron por oyentes vientos coloreados de rojo, amistosos delfines, turbadoras sirenas y leños sacramentales traídos de lejos para esta célebre ceremonia, cuya antigüedad la santifica.

Alción hizo una pausa, buscando entre dos dientes una hebra de la dulzona carne del conejo casero asado en las brasas de secos sarmientos, bien adobado con laurel e hinojo. Ulises contemplaba el fuego, incansable fruto terrenal, y se lo imaginaba a él también atento a las palabras del piloto. El fuego embarca con los hombres en los navíos, y Ulises, entre los viajeros que podía ahora mismo imaginar su calurosa

imaginación, fértil en rostros, no encontraba otro más rico y generoso que el fuego. Le gustaría a él, en otra ocasión, contar la historia, tendiendo las manos hacia las llamas. Buscaría un héroe de lento paso, mozo y fatigado, vestido de vivos colores, la mano con frecuencia en la despejada frente, leal enamorado, señor en un remoto país con altas torres, Gaula acaso llena de banderas, y los infantes en el campo, galopando negros palafrenes, y en el guante el halcón, ásperamente quejoso bajo la caperuza. Se había quitado el laértida la birreta, y olía las violetas que la adornaban.

—Os voy a contar la historia del piloto León Leonardo, ciudadano de Candía y propietario que fue de *La joven Iris*. León era de nación siríaca, de una tercera tribu, en la que los varones nacen con seis dedos en la mano izquierda, doblándoseles en ella el meñique. El sobrante suyo León lo tenía muy suelto y gracioso, y me contó que en su mocedad, en Damasco, lo usaba para colgar en él, de un anillo, una campanilla de plata. La madre, que era una señora con peineta, de la que León Leonardo conservaba un retrato en una concha de almeja, murió al darlo a luz, y hubo de buscar nodriza, lo que no es fácil allá, porque las mujeres lo son todas de maridos celosos, y están encerradas en pequeñas huertas, por las que pasean con sus sombrillas, imitando el canto de los pájaros o jugando al aro, incluso las más ancianas. Al fin se encontró una en Sidón, esposa moza de un almirante viejo, y había que llevar el niño a su huerta y meterlo dentro por un torno. El crío, de resultas de esta crianza giratoria, cuando comenzó a hablar apareció tartamudo, y tardó en enderezar el andar, que lo sacara sinuoso, también de resultas del susodicho tomo. Cuento como León me contaba, llanamente, sin poner elogios en las pausas. Con el tiempo León fue mejorando, y a los doce años era un mozalbete espigado que iba todas las mañanas a estudiar atlas al muelle. El padre, don Aplecio, cónsul de su nación, tenía negocio de tortugas, que era entonces grande moda en Constantinopla, y en otras ciudades del Imperio y en la misma Atenas ducal, que las grandes señoras tuvieran piscina de mosaico con tortuga, y había dama que a la suya le tenía vestidos de tierra y agua, y ropa interior, y cada día su muda. El padre de León pintaba la concha de las tortugas con tinta rápida imborrable, y ganaba oro molido, y meditaba en que si su León Leonardo aprendía polar, mareas y escalas árabes, que podía ponerle una nave en que fuese a las tortugas al mar melgache, y así ahorrando intermediarios, la ganancia doblada le vendría perfumada a las manos. Y el negocio era seguro, porque aunque pasase la moda de jugar con tortugas, siempre quedaba el suministro de las cocinas de los estrategas imperiales, donde los viernes magros, con bula del patriarca, se saborea sopa de tortuga con leche, o a las finas hierbas. León se examinó y dio los nueve puntos que en aquella escuela dan el «*aprobatus*» al piloto, y don Aplecio le buscó una galera veneciana para las prácticas, que eran subir dos veces de Famagusta a Venecia, y pasar en primavera y en otoño entre Creta y las Sirtes, amén de entrar y salir con cuatro mareas diferentes en una bahía poco conocida. Se había hecho un mozo de gran franqueza y risueño, con la perrera damascena recortada sobre los ojos; me contaba sonriendo que se la perfumaba con

óleo de naranja, que es tan fresco. Salió de prácticas con enhorabuenas de los venecianos, que lo querían contratar para su armada, la más de ella de naves secretas que navegan por augurios, y confidencias de la policía de la Serenísima República, y regresó a Sidón a escoger nave para el paterno trato de las tortugas, y su puerto sería Acaba, en el mar Bermejo, donde está la sepultura de Eva, madre de todos los vivientes. Digo esto haciendo la salvedad de los ítaeos de nariz curva, que nos preciamos de autóctonos.

Sonrió Alción a Ulises y le ofreció vino de su propio jarro. Las llamas se iban quedando, y el borde del brasero lo cubría la blanca ceniza, lentamente.

—Hallar nave en venta entre árabes no era cosa tan fácil como don Aplecio imaginara, que todavía navegaba Sinbad, y pasó en recados un invierno, que León Leonardo gastó despreocupado en su ciudad, asomándose todos los días al muelle a saludar el mar, y paseando, con afectada solemnidad, por las estrechas callejas entre las amuralladas huertas. Componía en casa la figura ante el espejo, antes de salir a rondar, y había aprendido en Venecia la elegancia de las ceñidas ropas negras, el medio tacón y los guantes de ante en la mano derecha, con los que abanicarse. Un día, paseando, oyó tras una puerta reír a una mujer. La música aquella le trastornó el corazón. No vaciló. Pegó su boca a la madera de la puerta y preguntó con voz trémula a través de qué acacias venía aquella tarde tan cantora la brisa febrerilla. Cesó la risa y cayó la noche. Muchos hombres andan por el mundo heridos de crepúsculos semejantes. León perdió el sueño y perdía la vida. Averiguó de quién era la huerta, y supo al fin que la reidora era una viuda treintañera, morena del pelo y la piel albar. ¡Ay, las viudas en el medio del mundo, qué misterioso apetito! ¡Esto lo digo yo, Alción, soltero, mordiéndome las gordas uñas! León, prosigo, tomó la pluma y escribió en letra griega una floreada declaración de amor, y fue correspondido en seguida con extremos de cintas de seda y pastelillos de almendra. La risa había sido escuchada en buena hora. León se subía a un banco en un jardín vecino, que era de la escuela de gramática de la ciudad, y la viuda, poniendo un espejo en una caña, podía contemplar a su galán, que se estaba allí quieto, las horas muertas, con un alhelí en la mano. Fue amor, el viento de amor, el dueño del ardiente venablo, el inocente veneno. Y fue, en el medio de los días alegres e inquietos, cuando ya las cartas olían al romero de la boda, la funesta noticia: la amada viuda, la delicada señora del redondo talle, era la nodriza que amamantara graciosamente a León, por el turno. ¡Ay, remolino de los mundanales engaños! ¿Quién habla de los remolinos del mar? León creyó enloquecer. Su cabeza hacía viento por todas partes. Vagó día y noche por los naranjales. Se dejó caer en lo alto de las colinas olivares y en la arena húmeda de la playa, y destrozó con sus propias manos las ricas ropas vénetas. Se sentía súbdito de un enorme pecado, sucio, y se fue al mar. Se adentró en las aguas, a las que había dado las más hermosas horas de su mocedad guiado por las estrellas. Y cuando tuvo las olas en la cintura, en la hebilla de plata del cinturón, gritó, desesperado:

—¡Mar, mar! ¿Puedes lavarme el corazón?

—¿Le respondió el mar, Alción? ¿Poseidón, acaso, surgiendo con la cabeza adornada de algas fosforescentes? —preguntó Ulises.

—No, Poseidón, no. No habló el mar. Sería demasiado pedir que el mar hablase en todas las novelas de amor de los pilotos. Le contestó a León un borracho que caminaba torpemente arrastrando un saco por la playa. Le decía, haciendo bocina con una mano, que partía nave para Candía dentro de una hora, en la punta de la marea, y que se admitían marineros. León tomó la noticia como una respuesta y poderosa señal, y obedeció. La navegación fue larga y feliz, y todas las noches fueron vistas en el cielo las estrellas. León se quedó en Candía, y olvidó su nación y hasta su lengua, y nunca más reconoció en la brisa la voz risueña de la viuda de Sidón. Escuchó más de una vez sirenas, pero estas, misericordiosas, no le ofrecieron el escucho de antaño. Casó León entre candiotas, tuvo una hija, la paloma que no volaba, y enviudó. Navegó mucho, y naufragó. Y cuando paralítico sesteaba a la sombra de la higuera, a la puerta de su casa, ¡ah!, entonces volvió a oír la risa del huerto de Sidón.

Quizás haya construido *La joven Iris* para regresar. Y ahora no le dolía el amor perdido; era como un niño; había que vestirlo, moverlo, ponerle la cucharada de sopas de manteca en la boca; como un niño, como cuando lo ponían en el torno para que la joven señora del viejo almirante lo amamantase. Con estas memorias del torno y sus vueltas, volvía a tartamudear. Se reía de sí, y daba gracias al mar, porque era mejor este recuerdo en las diez de últimas, acaso, que la vida verdadera y sus goces.

—¿Daba gracias al mar? —preguntó el marinero Timeo, que era un sículo de negro pelo, perezoso.

—Sí, al borracho que arrastraba el saco por la playa. Decía que merecía ser el viejo y ronco mar.

Se apagaba el fuego, se consumían las últimas brasas. Los marineros vertieron vino sobre ellas, y Alción se levantó.

—Cualquier historia es buena para una comida en tierra. Y yo quería dedicarle un recuerdo a León Leonardo. Tú, Ulises, podías decir ahora mismo, con los pies en el borde del agua, unas palabras sonoras. Si levantas la cabeza, logras a Sirio vertical.

—Las palabras son inquietas mariposas que van y vienen. Por si valen algo, digo que los audaces, tras haber pisado la oscura noche en extranjera tierra, regresaron a la bien anclada nave, y acariciaron el cordaje y las velas, que sudaban sal marina golpeadas ritualmente por la amigable cabellera del tibio viento del sur. Alción enciende a proa su farol de señas, advirtiendo a los trasnochadores delfines que tendrán que madrugar si quieren hacer con él larga y feliz navegación.

Ya en la goleta, Alción, despidiendo a Ulises en el puente, señalaba al laértida las luces del lejano pueblo. —¡Las quietas vidas, los sosegados terrones! Alguna mujer tendrá que volverse loca en verano. Se volverá loca con los ojos posados en el mar, por donde nos vamos nosotros mañana, racimos que nunca seremos vendimiados. ¡Quietos terrones, inútil soledad!

—¡Eres carnal, Alción!



—Sí, mozo Ulises, un perro carnal y vagabundo. Pero como León Leonardo le pido al mar que me lave el corazón.

## II

**L**A goleta, con sus dos árboles abiertos, salía al ancho mar. Venía el viento racheado, y había que cogerlo amplio, y dejarse empopar con confianza. La isla de los Sicómoros se difuminaba en el horizonte, su montaña coronada de niebla. Con sur, en mayo, parece que se navegase por dentro de una redoma de cristal.

Basíldes pelaba cebollas sentado a la puerta de la cocina, y charlaba con Ulises, quien en una cuerda hacía un muestrario de nudos.

—Ese es el púnico —dijo Basíldes—. No me lo dejan ver bien las lágrimas que ponen en mis ojos estas negras cebollas egipcias, pero es el nudo púnico. Lo haces muy bien, y ya te lo había visto en las sandalias.

—Me lo enseñó el malogrado Foción.

—Un gran piloto y un perfecto caballero.

Ulises se santiguó, y Basíldes repitió el gesto con la mano en la que tenía el corto cuchillo calabrés.

—En Tarento, amigo Ulises, no lo usan. Los nudos andan por provincias en el mundo; el que se lleva aquí no gusta allá. En Tarento no lo usan porque es el obligado en las horcas, y el amarrote procura el verdugo que caiga en la nuca del penado; como desliza, aprieta, y hace sacar la lengua. En Tarento, ahorcado que no saca la lengua, no hace gracia. El púnico anda muy de moda entre los ingleses, en los tres palos del trigo. Le llaman el char, del nombre de un salmón, por lo escurridizo.

—¿Y este, de doble lazo flojo, que lo deshago con pasar la mano sobre él, en suave caricia, o lo fijo con sólo un tirón, para que sujete a un toro chorreado de Creta a una estaca, en la plaza que tiene forma de cuerno?

—Eso es el honesto italiota. Es un gran nudo. Para conjurar los males que traía un eclipse, por consejo de un sabio llamado Virgilio, izaron en Roma, a la torre de San Juan Laterano, que es la cabeza de las iglesias del mundo, según romanos, una muía blanca, y no había otra en la urbe más que aquella, que lo era del cardenal de San Lorenzo, quien le había enseñado paso por vihuela, y no había en Occidente quien hiciese viajes más descansados, todos por música, y el cardenal para permitir que izasen su muía, que había que hacerlo desde un bastidor en lo alto, y por fuera, exigió tres congregaciones que estudiasen nudos, y hallaron sólido el italiota. Se juntaron siete almirantes para hacer los nudos, y el gonfaloniero los probaba, y para dar confianza al prelado, que lloraba abrazado al cuello de la muía, se dejó izar en pruebas el sacristán mayor de Santangelo, que es un hombre gordo con bula de pavipollo diario, porque no se desmaye en las ceremonias. Yo lo conocí peregrino a Jerusalén, y en las postas imperiales, cuando lo veían tan rotundo, escondían los asnos de alquiler, y el pobre hacía el camino a pie, sosteniéndose la barriga con las manos y con una pieza de tela que se la ceñía por abajo, y le pasaba a la espalda, donde cruzaba, y terminaba atándola al pescuezo, con nudo franco, que es de

madamás.

—¿Y este otro de dos cabezas iguales, semejantes a infantiles puños golpeando el asta del paterno arco?

—Ese es bizantino propio; nudo de la memoria, le llaman en las escuelas justinianas, porque lo hacen los estudiantes en la borla de la faja, para recordar el número de los preceptos civiles. Los marineros lo usamos en los baldes, porque estriba sobre el aro.

A Ulises le gustaba la conversación con Basílides el Cojo, el más anciano de los marineros de Alción. Nacido en Chipre, tenía la gracia levantina de la s en el habla, y no había provincia del mundo que saliese a relucir en la que él no hubiera estado o de la que no tuviera puntual noticia. Como cristiano era muy polémico y ortodoxo, y hablaba de romanos siempre con retintín. Había estado de segundo de mareas en una galera imperial, con derecho a un hilo de oro en la capucha roja, y a pito cuando estaba franco el primero.

—El mar ha cambiado mucho en estos últimos siglos —decía, como si él estuviera siguiendo el cambio día a día—. ¿Dónde va toda aquella antigua población que todavía habla en los cantos paganos? Preguntabas ayer por Poseidon. Pues bien, ¿acaso ha muerto? Los de remotas islas, si tuvieseis los ojos abiertos, aún podríais ver grandes cosas. Si yo viviese en la lejana Ítaca, tendría amistad cotidiana con un delfín, y sabría a escala los reinos profundos. Lina vez, en Marsella, bebí vino de una viña submarina. Me lo vendió una vieja. Estuve borracho tres días, y todo era soñar que no era cojo. Bueno, que no se me notaba que era cojo, porque no andaba por el mundo, sino que nadaba; fácilmente braceaba, y jugaba con alegres doncellas a la caza de medusas amarillas. ¡Nunca tuvo el Cojo Basílides horas más felices!

—¿Naciste cojo, Basílides de Chipre?

—No, joven Ulises, no nací cojo. Tenía a los siete años finas piernas iguales. No eran tan hermosas como las de mi primo Focio, que hace de Orestes en el teatro, y las viste con calzas encarnadas, pero eran unas piernas iguales, esbeltas, y Basílides corría como cualquier otro niño en Chipre las alegres vagancias de su edad. Pero vino el del gran antejo. Era un napolitano alto, barbudo, moreno. Se sentaba en la plaza en un tablado, y comenzaba a tocar la mandolina. Recuerdo la canción, porque siempre estaba con ella una esclava partenopea que tenía nuestro vecino, el rico Nicias:

*Nun me chiammate cchiti donna Sabella,  
chiammateme Sabella sventurata!*

Como te decía, vino el napolitano y tocó la mandolina. Se reunió toda Nicosia en la plaza, que no sé si sabes es a la más remota usanza helénica, con pórtico, tribuna y altar. Antaño, según las crónicas literatas, había allí un gracioso Hermes, con alas de oro en los tobillos. Hermes era también santo, solamente que de otra calidad, y

agradecía la oración y la limosna. El napolitano, vista la multitud, sacó el gran anteojo. Miraba por él a una persona o a un animal, y esta tomaba la forma que el napolitano decía. Se llamaba messer Ferruccio Sorrentino, según el cartel. Anunció que iba a contemplar al vigilante Asmodeo jorobado, y Asmodeo, que estaba en primera fila, jorobó: se le puso jorobado delante, extremadamente picuda. Subió al tablado a mostrarla. Se reía y la golpeaba. Messer Ferruccio dejó de mirarlo por el anteojo, y Asmodeo volvió a su natural. Hizo, mirándola, el hábil napolitano gente de dos cabezas, mujeres de tres brazos, un perro de cien patas. Yo me acerqué al tablado y le grité, entusiasmado:

—Señor de Nápoles, ¡míreme cojo!

Y me miró, y se me puso la pierna izquierda escuálida, y del revés el pie. Yo levanté la túnica para que vieran la súbita mudanza los complacidos nicosios, y salté en el tablado, ensayando el nuevo remo. Pero con tan mala fortuna, joven Ulises, que caí contra messer Sorrentino, y lo derribé, y con el sabio cayó el anteojo, que fracasó sus vidrios en la noblemente empedrada ágora de Nicosia, y habiendo sido todo sin tiempo para que el ambulante de Nápoles quitase la mirada suya del anteojo, que la manda, según explicaron, enrollada todo a lo largo del tubo y por figuras geométricas, yo quedé cojo, tan cojo como él me miraba, y él quedó ciego...

Ulises golpeaba a Basílides, que se arrancaba pelos de la barba caprina y terrosa lamentándose, con la cuerda de la muestra de nudos.

—¿Fue así, de tan célebre modo, Basílides amigo?

—¡Por los altares de Santa María en Éfeso, ilustre laértida! ¿Cuándo se oyó mentir a un anciano en el mar? Messer Ferruccio quedó ciego. Cuando naveguemos a Esmirna en otoño, a cargar higueras machos para llevar a Sicilia, donde no sé si sabes que todas las higueras son hembras, en el séptimo escalón de la Basílica de San Juan Damasceno, te mostraré a un mendigo ciego que en una mandolina rota, con voz ronca, despintada por los grandes y perpetuos temporales, canta todavía aquello de «¡llámame Isabel desventurada!». Y yo quedé cojo, con la pierna izquierda travesera y flaca. Yo era de gente muy pobre, Ulises. Mi madre me decía desde detrás de una columna, en el pórtico del ágora, que aquel que pasaba, un caballero con dos sombreros a un tiempo en la cabeza y espadín de puño de oro, que era mi padre, y que corriese a pedirle para pan. Yo no servía para eso, Ulises. Y un día mi madre me echó de casa. Mis hermanos me insultaban desde la ventana:

—¡Cojo! ¡Cojo de la trampa!

Y como León Leonardo en Sidón, yo me acerqué al mar. Pensaba tumbarme en él a morir. Pero unos marineros me gritaron desde un patache si quería subir a mondarles las cebollas, que me darían estofado y un real. Subí, y puedo decirte, Ulises, que ya no he dormido en tierra nunca más, y cuando zarpamos de alguna escala, y todavía hay vaca o cordero fresco, y dice el patrón que se impone un estofado, entonces pido permiso, dejo la amistad de las velas y la cuarta de timón, y me vengo a la puerta de la cocina y me siento alegre a mondar cebollas que me hacen

llorar. Y hago todo esto en memoria de las cebollas que mondé en el patache de Nicosia, la primera vez que estuve en una nave sobre el mar.

—Eso se llama ser fiel —comentó Ulises.

—Es una costumbre como otra cualquiera. ¿Tú no tienes, ilustrado caballero, alguna costumbre hija de un grave recuerdo?

—La mocedad es fantástica, Basíledes, y desdeña la memoria. Pero me gustará, cuando llegue a la edad en la que todos los hombres con cabal juicio y generoso corazón son paternos, tener alguna.

—Estudia una costumbre muy nueva, un gesto inusitado, que permita decir, cuando se lo reconozca en algún imitante, que aquello es propiamente Ulises de Ítaca. Nada de escupir dos caguñas a un tiempo, una por la derecha y otra por la izquierda de la boca, como dicen que hace el Basileo que rige ahora, y que por eso lo conocen sus sujetos cuando va de incógnito a ver hacer borceguíes en el barrio de los zapateros, que aseguran que nada lo distrae más, y él mismo tiene zapatería en palacio. ¡Ni aún que fueran tres caguñas a un tiempo, dos por los lados y una de frente! No, un gran gesto, un elegante movimiento, una mano erguida. Algo así como sacar del jubón un objeto de plata...

—Sí, un peine de plata, y como si tuviera ante mí una cabecita femenina, pasarlo lentamente por la perfumada cabellera, y luego mirar si en los dientes del peine quedó, brillando a luz matinal, una hebra de oro.

Basíledes hacía con el cuchillo calabrés, ennegrecido del zumo cebollino, los gestos que soñaba el joven Ulises. El laértida se dirigió a Alción, quien, con firme mano en la rueda timonera, sujetaba la rápida y cabeceante goleta en el pecho insigne del heroico lebeche.

—¿Qué dice el viento esta mañana, gran Alción de Ítaca?

—¡Adelante, adelante!

Un ave marina, como caída del sol, abatió sus largas alas sobre cubierta. Gallos, el celta, le gritaba desde proa:

—¡Detente una hora, oh gris anátida, y recobra fuerzas para el largo viaje a mi dulce país!

La goleta y el mar eran, aquella mañana, alegres como una estampa de navíos, coloreada a mano, de Sevilla o de Amberes.

### III

—**P**ASAMOS ahora mismo —dijo Alción— entre Zacyntho y la Élide. Mañana haremos aguada en la desembocadura del Alfeo, donde hay ciudad de mixtos eolios y aqueos. Desembarcaremos, si quieres. Temprano cepillaré mi sombrero verde. Tocarse con sombrero verde es un derecho que tienen en muchas tierras griegas los pilotos forasteros. Hay que conservar los privilegios.

Y mediaba la mañana cuando Alción y Ulises desembarcaron, y desde el muelle subieron a la ciudad.

—Tú, del sombrero verde, ¿quién eres? —preguntaba un hombrecillo desde la puerta de la posada al rápido Alción.

Alción se dirigió a la posada y entró apartando al curioso. Se sentó en un escaño junto a la ventana. Alción era alto y delgado; vestía blusa de mahón y pantalón de pana, y aunque iba descalzo, llevaba sujetos del cinturón zuecos recién solados. Se quitó el sombrero verde y se abanicó con él.

—Me llamo Alción, y acompaño al joven Ulises, hijo de Laertes, de los príncipes de Ítaca.

—¿Están registrados en Bizancio?

—No, pero son antiguos y aceptados señores. He corrido más de medio mundo, y siempre que llegué a donde el Alfeo vierte sus lodanosas aguas, me sorprendí de lo curiosos que sois de vidas ajenas. Sois una nación auricular y mísera.

El rizado pelo le caía al piloto sobre la sudorosa frente. Con sus pequeños ojos azules, murinos, miraba irónico para el posadero. Rebuscó en el forro del sombrero, y sacó una moneda de plata.

—Quiero vino, pan y queso y un cuarterón de aceitunas. El vino que sea viejo, y las aceitunas aliñadas.

El posadero recogió la moneda de plata que Alción dejó caer, sonándola la buena ley cantarina en el granito del fogón, y la miró y remiró, anverso y reverso. Cuatro eolios sentados a una mesa de pino, levantaron la cabeza para echarle una ojeada a la moneda. Cada uno sujetaba su jarro de barro negro por las dos asas, con manos ávidas. Alción se reía por entre las espesas barbas rubias, que no las cortaba ni peinaba en el mar. Tenía los labios gruesos, y los humedecía con la lengua.

—¿Nunca viste otra igual? ¿En qué moneda le pagan a tu mujer las noches los forasteros?

—Es que no conozco al reinante que trae en la cara.

—¿Y qué te importa? Casi todos los reyes que vienen en las caras de las monedas hace muchos, muchos años que han muerto. Lo que importa es que el oro sea oro y la plata, plata. Los hombres corrientes y libres, como yo, resucitarán con los mismos cuerpos y almas que tuvieron, pero los reyes resucitarán en sus monedas de perfil, con la ley que amonedaron. Si hicieron moneda podrida, podres resucitarán. ¿Pensaste alguna vez, cochino avaro, miserable agrario, en el enorme misterio del

dinero? ¿Cómo es posible vender pan, fuego, aceite, sal, vino, amor, por oro y plata?

—¿Eso está escrito en alguna parte? —preguntó uno de los bebedores, que se había examinado una vez de escribano en Olimpia.

—Dudo que lo esté. Este es vago saber de perezosos soñadores.

Trajo el posadero el pan, el vino y el queso, y en un plato de barro rojo las aceitunas aliñadas con vinagre y romero. Sacó del bolsillo la moneda de plata. Era pequeño, rechoncho, y siendo pies planos, caminaba al bandear. Una mancha bermeja le cubría medio rostro, desde la oreja izquierda al mentón. Los ojos, la nariz, las manos, eran rapaces; la mirada alertante y móvil, la nariz venteadora, y las manos huesudas, nudosas y garrales, contrastando con las pacíficas mantecas que en el resto de su cuerpo mostraba.

—Tú sabrás quién fue este rey —dijo.

—Un cabrón.

—Nombre cristiano o antiguo, o al menos mote, tendría.

—¡Yo te lo diré! —gritó desde la puerta de la calle la voz fresca.

El mozo Ulises entraba mordiendo una manzana. Le dio los dos últimos bocados y arrojó el carozo en la ceniza del hogar. Se limpió la mano al largo y sedoso cabello.

—El barbado Alción, y el barbilampiño Ulises, hijo de Laertes, te aseguran que el rey que está retratado en esa moneda se llamó Menelao. Estoy aprendiendo a contar su historia. Pero necesito para contarla bien, tener muchos oyentes. Giro abriendo los brazos mientras digo del dilatado reino de Lacedemonia y sus riquezas entre almenas, y obligo al corro a abrirse, que al buen narrador no le gusta que los oyentes estén encima de él, cubriendo sus palabras con el aliento de sus bocas.

Ulises bebió del vino de Alción, y avanzó hasta la ventana de la cocina, que dejaba ver un huerto de cerezos floridos.

—Cuando comienzo a decir la historia de Menelao voy subiendo, grado a grado, despacio, una ancha escalera, como la que hay en el ágora de los flacos. Habiendo subido seis escalones, me detengo, me vuelvo, y hago el elogio de los reales palacios, cada palmo de pared iluminado por una lámpara de aceite perfumado. ¡Palacios de Menelao! Y de pronto digo:

—¡Leed en los tapices que cuelgan de los muros, a la luz de las vacilantes lámparas, cuyas llamas se asustan de los héroes y de sus corceles, las hazañas de Menelao!

Me quito la roja capa de los días de fiesta, tejida en las largas tardes del verano por mi madre Euriclea, y la tiendo en el aire, solamente un instante, para que el público pueda ver la sangre relampagueando en las batallas. Y la dejo caer en los escalones, detrás de mí, como si depositara una sombra terrible en el mármol. Callo un momento. Bajo dos escalones oblicuamente, con la cabeza inclinada; dejo a mi mano derecha jugar con mi pelo, apartándolo de la frente. Suspiro, quizás enamorado:

—Siervos de amor, mirándose a los ojos mientras beben, vacían de vino perfumado gemelos vasos de oro.

Así inicio el relato de las solemnes bodas de Menelao y Helena. Que este Menelao que patentiza esa moneda, posadero, fue casado con la más hermosa de las mujeres. Despacio, despacio, jugando con la cadena de bronce que llevo al cuello, me voy acercando a donde están las mujeres, y cuando estoy frente a ellas, como despertando sobresaltado de un sueño, con palabras apasionadas, como si me viera obligado a contar cómo es Helena antes de que huya para siempre a torres coronadas de tinieblas, digo cómo tenía el cabello, e inicio una tímida caricia a la cabecita perfumada más próxima a mi mano; alabo los ojos celestes, y busco con los míos, como el perdido en la oscuridad una luz amiga en lo lejos del bosque, los más hermosos entre los que me miran. Cuando digo del cuello, aprieto en el mío, tostado por el aire marino, la cadena de plata, y levanto soberbio la cabeza, como el macho de la garza cuando canta o muere. Aparto mi mirada honesta de las mujeres para elogiar los pechos de Helena, y me salen fáciles alegres comparaciones con manzanas, palomas, peces que saltan en el estanque y melocotones rojizos de septiembre, y cuando me vuelvo a dirigir a ellas, siempre encuentro a algunas de las más jóvenes con los brazos cruzados sobre el seno. Canto los tobillos de Helena, y se oye el tintineo de las ajorcas de plata en los de las hijas de ricas casas, como entrando al baile. Y finalmente busco el rostro de una mujer de madura edad que todavía sea hermosa, y mirándola fijamente me retiro poco a poco, subiendo dos o tres escalones, y pausadamente, y como hablando para mí, exclamo:

—Ese fuego que todavía no aprendió a morir y amor se llama, saben alimentarlo igualmente la rosa que nació esta mañana, y la seda antigua perfumada con membrillos en el armario doméstico. Y cuando Helena cumplió los cuarenta años, se dio cuenta de que todavía tenía en su corazón carbones que no habían sido encendidos nunca.

La hermosa señora desconocida se ruboriza bajo mi mirada, y yo me estremezco de placer y de orgullo.

Ulises se acercó a Alción y le golpeó cariñosamente la cabeza con el puño cerrado.

—¡Somos fecundas viñas, piloto!

—¡Por fin se oye retórica en este erial!

—Sé decir —continuó Ulises, apoyándose en la mesa de los atónitos bebedores—, sé decir, subiendo las escaleras, como alejándome de la gente, como llevando conmigo la historia que estaba contando, que en tal reino vivían en paz, y los basileos se amaban y tenían hijos, rebaños, naves, trigo y noticias de remotas naciones. Y de pronto, cuando más calmo e indiferente discurro, como ciervo descubierto en el bosque encharcado de las recientes lluvias por la ladradora jauría, raudo desciendo a brincos las escaleras, y hago que me refugio en el corro, entre los adultos paternas. Y cuchicheo entonces, con el miedo posado en el semblante:

—La peste llega a la Elida en ese navío. Nadie la ve. Es una sombra reptante y viscosa, escondida en el sudor de la mano de ese forastero que sube del muelle a la



posada de la ciudad, abanicándose con su sombrero verde, pide un jarro de vino fresco y entrega una moneda de plata con la efigie de un rey antiguo. Sale a escena la muerte. Puedo decir cómo cae el posadero cubierto de pústulas junto al brocal del pozo, intentando gritar que tiene sed. De la faja del posadero avaro han caído las monedas, todas las monedas del mundo, que ruedan por el piso de mosaico, y frente a sus ojos, repentinamente cubiertos de legañas amarillas, se detiene, mostrándole el perfil del coronado, la moneda fatídica. Menelao estará viendo cómo mueres, posadero.

Reían Alción y Ulises contemplando al posadero sorprendido y titubeante, con la moneda en la mano.

—Hablar de la peste por farra no es de mi gusto —dijo por fin.

Los bebedores eolios se pusieron de pie, y sin soltar los jarros se acercaban a la puerta.

—Anunciaré entonces que ha llegado Paris de Troya.

—Eso fue verdad —dijo uno de los bebedores—. Yo me llamo París. Ese lo hubo.

—Pía llegado Paris de Troya. Su alma es pura como fuego de roble. Pero le ha sido dicho: «Tuya será la hermosa entre las hermosas». Tiende Paris la mano en la penumbra como un mendigo. Las mujeres todas del mundo están en las terrazas, y se asoman para ver al forastero de alegres rodillas, de sombrero de encaje, de espuelas de oro, de ensortijadas manos, de caballo alazán que salta desde el velero de tres palos pintado de púrpura al mármol del muelle. En aquel mismo instante todos los maridos son cornudos. Helena deja caer un pañuelo, una mariposa. Yo lo recojo, como Paris de Troya lo recogió, y lo oculto en el pecho. Subo solemnemente las escaleras que conducen al salón del trono, y cuando voy a entrar en él, me vuelvo hacia el público atento, y anuncio:

—Mañana revelaré el secreto de los ardientes amadores, y cómo huyeron por el mar, en la noche.

Alción le ofreció vino a Ulises, quien bebió de golpe todo lo que quedaba en el jarro.

—París —dijo Alción disparando con el índice y el pulgar por la abierta ventana un hueso de aceituna— robó a Helena. Pero no la robó solamente a Menelao, que pasaba por ser su dueño. Me la robó a mí también, Alción, y a Ulises, hijo de Laertes.

—Sí —completó Ulises—. Así es. El polvoriento corazón, en las silenciosas horas nocturnas, despierta, y de la aljaba saca la flecha y tiende el arco. Ha comenzado, oyentes, la guerra de Troya.

—Hace años —dice uno de los bebedores—, pasó por aquí un anciano mendigo. Traía sujeto con fuerte cadena de hierro por el purulento hocico un toro viejo y esquelético, la piel llena de mataduras y llagas. Se puso a gritar en la plaza: «¿Queréis oír a uno que viene de Troya?».

—Nadie le hizo caso —comentó el tabernero—. Avisaron al estratega del bizantino, que estaba viendo cómo herraban los caballos de la brigada albanesa, y

mandó recado que lo echaran de la ciudad. Se despiojaba en el muelle, junto a la fuente. Días después apareció el toro muerto en la playa, traído por la marea, hinchado y putrefacto. Bajaron los buitres del monte al arenal, a devorarlo.

—El viejo le salía a la gente a los caminos, gritando:

—¿No me conocéis? ¡He regresado de Troya! ¿No es este el noble reino de Argos?

—Se confundía de provincia. Alguien lo mató de una pedrada. Dijeron que estaba leproso.

—Es una eximente —aclaró el eolio que se había examinado de escribano. Bebió paladeando y posó el jarro en el suelo.

—¿Tenía una gran cicatriz en el rostro, de mejilla a mejilla, por entre nariz y labio? —preguntó Ulises—. ¿Llevaba colgándole del brazo izquierdo un viejo casco militar de hierro? ¿Se golpeaba las rodillas al hablar?

—Tal como tú dices —confirmó el posadero—. ¿Lo conocías?

—Míralo en esta otra moneda. Míralo bien. Se llamaba Agamenón. Fue rey en Argos.

El posadero se acerca a la puerta para ver en la moneda el rostro de Agamenón. Es un perfil aquilino y barbado, y corona de nueve puntas le ciñe el rizado pelo. Los cuatro bebedores eolios y un niño que entró jugando con un gozquecillo, miran por encima de su hombro. Ulises acerca al fuego con el pie dos leños que, medio consumidos por las llamas, han rodado en la piedra del hogar. Entra la mujer del posadero, descalza, con una herrada llena de agua en la cabeza.

—¡Ave María!

Es una muchacha sonriente, con grandes aros de bronce en las menudas orejas. Ulises le ayuda a posar en un vano, al lado de la ventana. Con el blanco molido la mujer se seca el moreno rostro y las manos.

—¿Cómo te llamas, joven señora?

—Nombre de isla tengo: Citerea. ¿Eres marinero?

—Lo seré de corazón, amiga.

El posadero, guardando la moneda de Menelao en la faja, brusco y celoso, ordena a la mujer:

—¡Corre a darle de comer a las gallinas!

—Lástima que el discurso no fuera en la plaza, con mujeres —comentaba Alción—. Eso de buscar el rostro de una mujer madura en medio de la comedia, eso, Ulises, me gusta. ¿Quién te lo enseñó?

—Poliades. Lo tenía del teatro.

*La joven Iris* tomaba lentamente, a viento contrario, la salida del golfo de Ciparisia. La hoz de amarilla arena de las playas brillaba bajo los rayos del sol poniente. Acaso un gigantesco segador la posara en la ribera, aguardando julio y las mieses.

—¿Y cómo reconociste a Agamenón?

—Mis maestros me han puesto en el corazón el eco de los cantos antiguos. Alción, no hay tiempo ni lugar, solamente hay música. Si en la cítara salta la cuerda prima, yo sé que ha muerto en aquel mismo instante un joven heredero de pálido rostro, que corría el bosque entre rabricortos ladrones, y digo su nombre.

—¡Dilo, por favor!

—¡Ulises de Ítaca!

—¡Eso no, amigo, mozo mío, bandera nueva! Si quieres te lo digo abrazado a tus rodillas: ¡que los ángeles te guarden por muchos años con lanzas de oro!

## IV

**L**A goleta se quedaba sin viento, saliendo del golfo, bajando a doblar los cabos de Grecia. Los días se sucedían iguales, con meridiana visita de gaviotas. Al atardecer se levantaba brisa de Poniente, y entonces Alción, desplegadas todas las velas, conducía mansamente *La joven Iris* mar abajo. El cielo se encapotaba con blancas y algodonosas nubes, y alboreaba siempre con niebla baja y calma, madre de inmenso silencio. Pero en las primeras horas nocturnas se asomaban a sus ventanas las claras estrellas.

—Aún no dejamos Citerea al Nordeste —decía Basíledes.

—Tiene nombre de mujer —ensoñaba Ulises.

—Aún está ahí la isla. Si despertase ahora mismo el cuarto cuadrante, en una hora veríamos luces en la ribera.

—Antes de ver las luces, nos saludaría el aroma del azahar —comentó Alción.

—Cuando yo fui más allá de las Columnas —dijo Timeo—, estuvimos un mes sin brisa. El patrón, que era alejandrino, sacaba por dados el albur de los vientos, pero estos no acudían. Era negro, con la distracción de que cerraba los ojos de abajo arriba, que tenía mudada la colocación de los párpados. Ponía de testigos a sus oscuros dioses, y mandaba a la tripulación que cada uno rezase al suyo.

—¿Y tú, Timeo, a quién rezabas? —preguntó Ulises.

—A san Miguel Arcángel. Soy cristiano latino, y fui dado a criar por madre que no conocí en los Donados de San Miguel, en Palermo. Es una casa grande de dos huertos, el uno de verano y el otro de invierno, y todo anda allí por palmadas de preceptores. El que está junto al reloj da la primera, y los cabos repiten. Cuatro y luego dos, es fajina. Tres y tres, clase de remo. Nos ponían en grandes bancos, de cuatro en cuatro. Los mayores estudiaban náutica por Salamina y trirremes, pero cuando salían titulados no los quería nadie, que iban anticuados, habiéndose inventado ya en navegación el arte redonda. ¡Podía contaros mi pobre vida!

—Si te apetece confesar en voz alta a la oscura niebla, hazlo —dijo Alción—. Yo soy también muy devoto de san Miguel Arcángel. En Candía, cuando descansaba en casa de León Leonardo, solía subir al convento por oír música, y sobre todo a un monje tiple, un gordo de barba engomada que imitaba la flauta, y en la iglesia estaba pintado en la pared un enorme Miguel atravesando el dragón con larga lanza. El dragón tenía rostro humano, y por el ojo derecho vertía una gran lágrima azul.

—A lo mejor —comentó Basíledes— tenía familia y dejaba menores.

Timeo se sentó en la escalerilla de popa. Era pequeño y moreno, y tenía todo el aire del morisco. Perezoso y hambrón, al piloto Alción le hacían reír sus súbitas hambres; saciadas estas, Timeo dormía muchas horas seguidas con la lengua fuera, una lengua canina, suelta y colorada, que latía al ritmo del respiro.

—Mi joven perro Timeo, hablador —dijo una vez Alción.

—El piloto alejandrino de los párpados mudados meditaba asomarse a las

Afortunadas, para un trato de cochinilla, que el Basileo de Bizancio quería poner en rojo siete batallones en Aleppo, y no daban teñido en Constantinopla. La emperatriz quería vestir la tropa ligera de verdemar, pero el Basileo opinaba que el rojo es más castrense y da más posesión de la tierra frontera. Era el piloto un hombre muy alto, negro azulado, y atendía por Lisardo. Decían que matara dos mujeres, y que por eso no podía tocar en Génova. El mundo se había quedado aquel junio sin vientos. Se acabara el tocino, vermiceaba la galleta podre, y el agua andaba por ración. Un portugués pescaba corvinas y mascaba la carne cruda; yo lo imité. Era un agua dulce, sabrosa cuando te acostumbrabas; lo más parecido a ella, la horchata de chufas cuando no está fría. El señor Lisardo sacó una piel de cocodrilo y la regó con la poca agua dulce que quedaba en las pipas. Un maltés sediento, como todos los de esta nación, que dicen tienen los humores salobres, quiso impedir el despilfarro, pero el machete del alejandrino voló desde la vaina, en silencio. El señor Lisardo, tan tranquilo, se puso a regar la piel del cocodrilo con la sangre del maltés. Forzudo era, bien se vio. Lo cogió por los pies, lo izó y lo sacudió; la tajada había sido en el cuello, sobre la nuez.

Si no fuera que algo impone la muerte, da gusto un chirlazo así, de media cuarta, nacido de un relámpago.

Con el dedo índice de la diestra, Timeo señalaba en el cuello la herida mortal del maltés.

—¡Y qué abierta!

—Nada puede competir en hermosura con la boca triangular de una punta de flecha de brillante bronce. Si entre filo va suave y abierta la curva, esa punta no dejará salir más que dos o tres gotas de sangre. Grandes héroes de pasados tiempos han muerto así, honestamente. Y si pasadas meditabundas horas retiras dulcemente la flecha que se mece en el pecho del yacente varón, le quedan a la herida abiertos labios humanos, con los que si el alma quisiera, podría decir adiós a los vivos.

Esto dijo Ulises, algo pedante, pero Timeo seguía asombrado de la herida que acabó con el maltés.

—¡Chas! ¡Del revés! Todos callábamos, asustados. Siguió regando hasta que se acabó el agua. Dijo, con voz tranquila, con la misma voz con que contaba por los dedos la ganancia de la cochinilla, que al día siguiente habría viento por fuerza, y que lo mejor era que nos encerráramos en nuestro cuartel. Yo estaba reacio a bajar, pero el negro Lisardo dio dos palmadas, impaciente, y tendría yo en el espíritu la obediencia acostumbrada al palmo desde mi infancia en los Donados de San Miguel, que sin darme cuenta fui el primero en irme al rancho. Nos cerramos por dentro. Los griegos se pusieron a rezar letanías en un rincón, y el portugués se quejaba de que con tanto kirie no le dejaban escribir a la familia una dolorida despedida. Sacara de la maleta esbelta pluma de ganso, y mojaba en un calamar que tenía en un plato. Yo me tumbé a dormir. Soñé con machetes que volaban.

—Lo propio fuera abrir por el ojo de buey un paso, por si al fosco le daba por

quemar la nave. Ya se vieron otros.

Esto dijo el taciturno Antístenes, un cirenaico de larga trenza, que llevaba en aquella cuarta el timón.

—Me despertó el súbito temporal. Se oía la voz del viento, la voz ancha y clamante que tiene el oeste. El velero era un bergantín pesado, poco marinero, y se balanceaba, girando en un remolino, desnortado, y entre balances cabeceaba terco, que parecía irse a pique, ya de proa, ya de popa. Difícilmente logramos subir a cubierta. ¿Dónde está el señor Lisardo? Gritábamos por él en bizantino y en franqueza, pero nadie contestaba. Abatimos velas, y el portugués se fue al timón. Se pusiera mucha mar, y venía de fondo levantando montañas verdes que rompían estruendosas y baldeaban de babor a estribor. Una ola se llevó al griego más joven, y los otros se pusieron a llorar.

—¡Un caballo! ¡Traedme un caballo para galopar en seguimiento de ese doncel malogrado! —se dolía a gritos el griego más anciano, abrazado al mayor, atándose para no seguir el mismo camino en el regazo de la nueva ola.

Gracias al portugués, salvo la misericordia de Dios que está siempre con los pies sobre las tormentas y las calmas, enderezábamos y nos teníamos. Soltamos algo de trapo en el trinquete, y salimos de remolinos. Capeamos durante dos días aquella voz oscura y salvaje, con frío, hambre y sed.

—Chupen la solapa de la chaqueta —nos recomendaba el portugués—, que siempre hay ahí algo de manteca.

Al fin amainó, y según el portugués estábamos yendo sobre Cádiz. Osamos ir a la cámara del señor Lisardo. Hubo que hacer saltar la cerradura. Encima de la cama estaba la piel del cocodrilo, y en el suelo la cabeza del alejandrino, con los ojos abiertos. La cabeza nada más, nada de cuerpo; la cabeza cortada a cercén. El portugués aseguró que comiera al señor Lisardo el cocodrilo. Se acercó a la cabeza de la piel, que abría con todos los dientes, y de los caninos izquierdos sacó, con la punta de la navaja, un botón de plata de la camisa del señor Lisardo con un pedacito de tela. Estaba probado el horrible suceso. El portugués dijo que le tocaba a él el bergantín, por gastos de salvamento, y que nos despacharía a la vista de Cádiz, a partes iguales del numerario que se encontrase en la cámara del señor Lisardo. El portugués se llamaba Tristán, y tenía la navaja en la mano. Yo estaba hambriento y asustado, metido en un rincón. Nos liquidó a nueve monedas a cada uno, que resultaron ser ángeles marinos, ley mejorada, y uno de los griegos dijo que corrían en Medina del Campo, donde estuviera a vender unas piezas de púrpura de Tiro. Nos dimos por satisfechos, y viéndose Cádiz a proa, el señor Tristán, que ya usaba las pamelas del difunto Lisardo, nos metió en la lancha de a bordo y nos despidió con cariño, diciéndonos que no se paraba a más ceremonias porque quería llegar a Lisboa antes que la carta que escribiera la víspera del temporal, con tristes adioses a su señora esposa y a una sobrina carnal que tenía, menina Dorinda, muy celebrada por bailarina en la Corte.

—¿Y por quién mandara la carta? —preguntó Basílides el Cojo.

—No había caído en ello —dijo Timeo golpeándose el pecho—. ¡Fue burla del señor Tristán! Reían el piloto y los tripulantes de *La joven Iris*, pero no Timeo. El siciliano puso sus dos manos en los pies de Alción.

—Amo, me gusta que estés sosegado, esperando a que los vientos vengan de propia voluntad.

—Los vientos, Timeo, son gentes muy libres, fanfarrones señores, y alguna vez grandes, asombrosas justicias. Yo les pido humildemente que despierten y se levanten de sus secretas camas, y paseen por las alamedas y las marinas, charlando a grandes voces o soplando cañas de agudo silbo.

—En mi rostro —dijo Ulises— está tropezando ahora mismo la punta de la capa de uno de esos magníficos señores de que hablas. Es seda fresca.

Alción se levantó y mojando en la lengua el dedo índice de la mano diestra, ilustrado con tres anillos de oro y un sello de bronce, buscó el hilo de la brisa. Sonrió, y se santiguó.

—Está despertando Bóreas, gran parlanchín, fecundo padre, intonsa cabellera.

## V

**A**TRÁS quedó la rosada Citerea, y doblados fueron los tres osados cabos de Grecia. Cesó de soplar el norte, acaso porque se le desataron las sandalias y se detuvo en la carrera, pero acudió puntual el lebeche.

—Vamos por aguas fértiles en sirenas, y todo el que tiene orejas puede oír en la noche la bocina del tritón.

—En Mesina, a la puerta de la catedral, pide limosna aún hoy un anciano marinero al que le falta un brazo, el brazo derecho. Le salió una sirena en Matapán. Se acercaba en una lancha a tierra, desde un galeón del Bizantino, a decirle al guarda de la atalaya que tenía que poner con potasa y plomo azul la hoguera durante siete días a partir de la primera luna de abril, que pasaba una infanta de Constantinopla a aprender a colocar el sostén del pecho en casa de la señora duquesa de Amalfi. En aquella moda, en Constantinopla, todo era apretarse con lanas, ceñirse hasta el cuello, y se aplastaban los senos, por muy mozos que fueran, y los caballeros andaban retraídos de las damas nobles, y se iban a los arrabales, donde las tejedoras y las floristas andaban con las blusas abiertas y los pechos sueltos. Esto explicaba el manco, que era algo letrado, y anunciaba como ayudante de cámara noble los títulos de los dadivosos. Yo iba a la anochecida a echarle un parrafeo, una temporada que estuve allí vacante, porque a él no le gustaba la mortadela pimentada de las limosnas, y me la tenía aparte, envuelta en un papel.

Timeo, contando de la mortadela, acariciaba los labios uno contra el otro.

—Digo que me contaba que le saliera la sirena, y se puso a enamorarlo con dos cantos, el uno alegre y el otro triste, y con irle relatando de jardines de abajo, vino espumoso y besos. El marinero, señor Andrea, nunca tal oyera tan cerca, y ella desnuda. La sirena se encaramaba por la proa, y le pedía al señor Andrea que dejase el remo y que la rascase suavemente en una paletilla.

—Abajo —le decía la sirena mientras la rascaba—, me suelto de la cola y me hago tres hermosas bailarinas.

El señor Andrea seguía rascando, rascando, y le venía de las uñas al corazón un inquieto sofoco. La sirena juntaba las manos palma con palma, y apoyaba allí la carita redonda. Aparentaba catorce años, aunque el señor Andrea se fijó antes de entrar en calores, y vio que un lunar con hebra que tenía junto a la oreja, lo había cano. ¡Quizá pasaba de los noventa! Y el señor Andrea no sabía dejar de rascar, y ya se le iba olvidando el recado del imperante, que era de tanta prisa y ceremonia. La sirena, creyéndole en el saco, le dijo, melosa, que si no quería últimos tratos, que también lo apreciaba para rascador, y que lo ponía de oficio en su misma cámara, de por vida.

—¡Me basta con tu brazo y tu mano! —dijo la sirena.

Y fue entonces cuando al cristiano Andrea se le pasó polla vista la mujer con el hijo, un mamoncete terco, porque quería imaginar cómo mandarles los ahorros que



hiciese en la plantilla de la sirena, titulado de rascador; pero le pasaron por la vista la mujer y el hijo, y en el relámpago aquel de sonriente amistad que no pudo evitar, le salió de los labios un «¡Virgen María!» tan sentido, que la sirena sobresaltada cayó de la proa al mar. Eso sí, llevándose pegado a la paletilla por las uñas, el brazo del señor Andrea. Y fue suerte que salía el farolero de la atalaya, viendo cómo se demoraba y la lancha del señor Andrea al garete, y llegó a tiempo de vendarlo y que no se desangrase. Curó y regresó a su casa, con el dolor de aprender que la mujer y el hijo se quemaron en un incendio. Siempre que venía arzobispo nuevo a Mesina, se hablaba de poner de pensión al señor Andrea y de colocar un brazo de plata en el altar mayor.

—Yo quisiera escuchar sirenas más nobles, de las que solamente una palabra es la tempestad, dos la locura y tres la muerte —dijo Alción.

—En mi país —dijo el cirenaico Antístenes— las hay, en las costas bajas, que te engalanan con tus días infantiles. Te preguntan si te acuerdas cómo eras cuando tenías diez años, y te hacen ver tu figura corriendo, pellizcando un racimo de uvas. ¿Y cuándo tenías siete? ¿Y cuándo tenías tres? Y así hasta el día que naciste, y entonces curioso quieres ver, y oyes un gran lloro, y eres muerto. Los que encuentran tu cadáver, aunque tengas cincuenta años en la ocasión, comprueban que no te han atado el cordón y no tienes ombligo, que te cuelga la tripa gangrenada... Y se sabe así que has muerto de sirena memorante.

—Yo quisiera estar solo cuando oyese la sirena, y ver en sus palabras todo lo que está oculto. No me importaría perder la vida, y menos que la vida la mocedad —dijo Ulises.

—Eres tan orador —comentó Basíledes—, que te haces vanidoso.

—Basíledes, amigo y maestro de nudos, humildemente te declaro que amo la gloria. Quisiera regresar a Ítaca y que se oyesen entrechocar colgadas de mi nombre preciosas medallas con altivas leyendas, pero podrían regresar mi nombre y las medallas sin mi joven y tan poco usado cuerpo, y también sería hermosa cosa. ¡Volver en un canto! No temo las sirenas, amigos, y ando con pies de lana, atento oído.

—En Irlanda —dijo el celta Gallos sacudiendo las largas medias negras que usaba y que había estado espulgando a sotavento— estarán a estas horas cinco o seis reyes caminando la selva, esperando oír al ruiseñor.

—Si gastaras medias blancas —comentó Antístenes—, espulgaras más fácilmente. ¿Y qué se les pierde a cinco o seis señores reyes con un ruiseñor en una selva?

—Para poner en hora el reloj de verano de la isla. El rey que primero escucha el ruiseñor pone la hora una, y todos han de conformarse con ella, y el verano lleva el nombre de aquel rey, Fion, Piasta o Arturo, y el rey de la hora es sagrado mientras no se vaya el dulce visitante que ablanda las noches. Nadie le mueve la guerra, y anda desarmado con sus arpistas por los valles. Si el verano fue de nieblas y cayó pedrisco,

entonces el rey va a juicio. Yo vi degollar en Tara al rey Achy, acusado de sequía. Se había muerto el trébol en las colinas. Lo más de mi país son trebolares y junqueras, y no hay montes. En el trebolar canta la oropéndola, en las junqueras vuela el faisán, y en el monte despierta el alba la roja perdiz. El país es verde y tiene la forma de una hoja de manzano. Hay muchos jóvenes príncipes en mi país, Ulises, que te hubiera gustado conocer. ¡Algún día te contaré la vida de Amadís!

—Lo oí citar en Ítaca a un pequeño cantor ciego.

—¿Estaba solo Amadís?

—No, iba en una nave con fatigados compañeros.

—¡Quizá viniese de Avalón, de inventar colores de banderas! Cuando desembarca se quita la gorra, se vuelve hacia el mar, y lo saluda, respetuoso.

—¿Qué le dice?

—¡Adiós, robusto tejedor!

—En mi lejano país —prosiguió el celta— vivimos en aristocracia, cubiertos con redondos gorros de piel de nutria en la cabeza cuando estamos en casa bebiendo cerveza, pero no salimos al campo sin tocarnos con casco de bronce adornado con plumas gallináceas y sin empuñar la lanza de fresno. Vamos por familias a las batallas, con cornamusa y atambor, y cada reino lleva a la guerra las campanas de sus iglesias, y los libros santos, encuadernados en labrada plata. Cada siete años, a lo menos, hay una batalla. Los ciervos nos contemplan con ojos tristes, y no se asustan si vamos a beber a sus fuentes. Mi padre, el rey del bosque de Firín, fue una gran lanza. Nuestro dominio era un prado a dos manos de un río y un castañar subido a una colina. En lo alto de la colina, en otoño, hilaban hadas, Ulises. Se sabía porque en invierno siempre hallaban los pastores hebras entre las rocas. Pero lo más de nuestro reino era el camino que lo atravesaba y pasaba el río por el vado del Tejón Albino. Mis anteriores pusieran allí pasos de piedra, grandes y redondos, doce en memoria de los doce apóstoles. No cobrábamos portazgo ni peaje. La gente pobre pasaba libremente y aun podía meter la mano en un saco de castañas asadas que estaban en la puerta del reino, pero los señores tenían que entrar en nuestra casa. Tenemos ceremonias, quizás no tan antiguas como las de los helenos, pero sin duda tan respetables. El pasajero tenía que llamar por tres veces a la puerta antes de que se le preguntara quién era y qué quería, y conocido, se le pasaba a una cámara en la que había una palangana, y se le lavaban los pies con jabón de nuez, que es el gran amolecedor de callos, y descalzo pasaba a saludar a nuestra señora tía, doña Viviana, que fue por quien le vino a mis abuelos el reino, y la anciana dama daba media hora de conversación sobre genealogías y como iba de lluvias el año, que no se comparaba con otro. El ir descalzo el visitante era porque mi señora tía no soportaba el rinchar de los zapatones de tres suelas que usan allá los gentileshombres, que se le ponía dentera con el crujido. Muchos grandes de Tara, el Denegal y el Derry murmuraban de aquel retraso, y se quejaban de que dama Viviana no muriese, y hablaban de hacer a escote un camino que no pasase por el bosque de Firín, y buscarse el mar dos leguas más

abajo, aunque hubiese que hacer un puente, cosa esta última nunca vista en Irlanda. El primer puente que yo vine a ver fue el de París, e iba en lancha, y metí la cabeza entre las piernas, no la estrellase contra el redondo arco.

—Los griegos antiguos fueron reacios a construir puentes porque creían que los ríos eran dioses —advirtió Alción.

—En Irlanda a los ríos, en las canciones, se les llama perezosos hijos de las fuentes, y los niños, con varas de avellano, intentamos apresurar su paso en los vados. Pasó que los grandes viendo que doña Viviana cumplía los ciento y más años y seguía pidiendo saludos de transeúntes, llenaron un caldero con monedas variadas y pagaron a quienes abrieron un camino por la banda derecha de nuestro reino. Mi padre iba, por no ser sentido, saltando de rama en rama por el bosque de Firín a ver los zapadores, y por distraerlos que no siguiesen cavando, imitaba con su flauta aves exóticas que representaban una comedia; había marido y mujer, un elegante mancebo con sombrero de paja y una vieja coja que llevaba recados. Los zapadores se sentaban a la sombra de un castaño y escuchaban complacidos. Porque no se cansasen de la representación los jornaleros, mi señor padre introducía novedades, como soltar un gallo que se le escapaba a la mujer cuando ya lo tenía muerto y lo iba a desplumar para asarlo, y los oyentes corrían tras el gallo y lo cogían, y cocinaban y comían ellos, y porque mi padre oyó a uno de los zapadores que le gustaría ver al mancebo de los requiebros, me mandó llamar, que fuese por las ramas más altas, y llevase puesto un vestido de cazador que me habían comprado en Cork, con jubón con capucha, todo verde a no ser las bocamangas que eran carmesíes. Y llegando a donde estaba mi padre oculto, me dijo que de mañana, porque no fuesen los obreros al tajo, que yo saldría en columpio, con la birreta en la mano, y haciendo que miraba por donde andaría doña Ginebra. Para figurar más caballero, me haría un bigote de crines rubias. Y así fue, y salí columpiado, y con la ayuda de una cuerda, subía el columpio por encima de las altas copas, y yo gritaba alegre, en fa natural, que me daba mi padre con la flauta la nota, preguntando por dónde andaría con sus enaguas blancas buscando tréboles de cuatro hojas doña Ginebra. Y en estos vuelos andaba cuando de la banda del mar de Gaula se oyó respuesta de enternecido acento.

—¡Aquí, amigo, con el corazón entreabierto! —dijo la voz.

Y yo no sé qué viento tiró de mí, que me solté del columpio y me fui volando, volando, hasta el mar. La voz aquella me arrastró con sus gentiles manos. Caí en el mar, con tan mala suerte que llegaban unos piratas a robar potros. El primer potrillo que cayó en sus redes, fui yo, el locuelo Gallos de Firín. Y fue así como salí de mi patria y rodé mundos. Y el error de mi padre fue buscar el nombre de una dama que había, doña Ginebra, y que por un casual estaba a ocho leguas buscando los tréboles de cuatro hojas de septiembre, que son tan afortunados. Si hubiera dicho en mi papel nombre de otra que no hubiera, Gardenia o Colombófila, quizás estuviese de columpio todavía el pequeño cazador, divirtiendo a los vagos zapadores de Irlanda.

Gallos se ponía lentamente las calzas, cuidando de que la costura le cayese

derecha en las pantorrillas, y sorbía, suspirando, dos gruesas lágrimas.

—¿Habrán hecho el camino nuevo? ¿Vivirá mi señor padre y estará en el bosque por si viene vespertino el ruiseñor? ¡Me gustaría estar oyendo desde la puerta de la cámara de doña Viviana cómo mi señora tía le dice, con su vocecita temblorosa y tan muerta de frío que dan ganas de abrigársela con una pelerina de Florencia, al lord de Balbordo, don Faustino O'Donnell, que salvo el día de la Encarnación del Señor, que fue soleado, no paró de llover desde Año Nuevo! Don Faustino tiene un gran juanete en el empeine del pie izquierdo, siempre morado, y al sentarse lo esconde tras los flecos de la butaca, que no se lo vea mi tía, de la que siempre anduvo algo enamorado, pese a los tantos años...

Gallos rompió a llorar, al fin, desconsoladamente. Ulises le daba palmadas en la cabeza.

—¡Buscaremos en Constantinopla nave que vaya al ámbar, y te dejaré en tu país, donde tu río natal encuentra el mar! ¡Me gustará oír en la noche el rumor de las grandes ramas del bosque de tu reino!

—¡Ay, yo aquí, y quizás el verano que se acerca va a llamarse en Irlanda verano del rey Lanzarote de Firín!

## VI

**C**ORRIÓ *La joven Iris* un fuerte temporal, avanzando por levante de Creta vientos del segundo cuadrante, que racheaban violentos, con la voz oscura. Espumeantes olas visitaban la cubierta, y Alción temía que entrara agua en la bodega en que iban correctamente estibados los serones de higos. Crecían a la vez el viento y el mar, y no se sabía quién empujaba a quién.

—¡Es la bestia loca! —gritaba el cirenaico Antístenes al mozo Ulises, haciendo lugar entre dos rachas a su ronca voz, mientras lo ayudaba a izar media vela en el mayor.

—¿Cómo se llama la bestia?

—¡Leviatán! ¡Dios nos asista!

La noche vino decorada de rayos. Alción intentaba llevar la goleta al socaire del cabo Maleo, en el condado de los graves laconios, y cuando se abría una pausa en el desigual combate, se dejaban empopar por aquel aire caliente. Al alba, por entre cortinas de gruesa lluvia, se encontraron resguardados en la bahía malea. Alción, oyendo caer el ancla, sonreía.

—El hombre ama posar la cabeza en el amplio regazo de la tierra. ¿Qué has aprendido, fatigado laértida?

—¡Cuán ricos y valerosos son los hombres, Alción! ¡Permíteme que con mis manos húmedas puestas en tus rodillas, agradezca las voces tuyas que llegaron a mis oídos en el fragor de la tempestad! El piloto Foción me decía que el mar no es de los osados, sino de los tranquilos resueltos.

—Yo acostumbro a pensar en otra cosa. Ya sabes, laértida, que no vengo de los más ricos de Ítaca. Nunca tuvimos bueyes propios, y nuestro prado más fecundo lo teníamos en arriendo de un soberbio señor que nunca había subido a él a ver nacer la manzanilla en primavera. Yo amaba aquel prado más que amo ahora el mar. Mi padre decía, quitándose el sombrero de paja y limpiándose el sudor con un pañuelo de hierbas:

—¿Segaremos algún día prado propio con guadañas propias, Alción? ¿Tendremos en propiedad alguna tierra más que los siete palmos de sepultura en el rincón del camposanto?

Ante mí desplegaba el prado el mapa de las gramíneas: las setarias con sus altivos panizos, el antoxanthos perfumado, el milio que abre en julio hermosas sombrillas para los grillos cantores, la inquieta cola de gato del fleo y el pompóm de cola de liebre de la dulce lagura. Y la avena fatua, y el holco, que si niño haces por juego un jardín en la ribera de un canalillo, y lo plantas con varias hierbas y florecillas, se te ocurre, viéndolo en junio con las pequeñas flores rojas por entre la espesura foleal de las ramillas, que puedes poner un naranjo cabe el portillo. Distinguía los bromos de las festucas, y tumbado en lo alto del prado, se asomaban sobre mi frente las colgantes espiguillas del bromo estéril, que nacen verdes y mueren dulcemente

azules... Dijeron que los griegos siempre se hicieron ricos en el mar. Venía Foción de Levante, y traía una pipa de malvasía para los banquetes de Pascua, y se gastaba el valor de un buey en pintar la ventana de Viola y clausurarla honestamente con limpios cristales venecianos. Traía para los prados y los pastizales paternos hierbas de países pastoriles, y yo fui a ver cómo nacía en el campo suyo, allí donde acaba en el alegre regato de las Dos Fuentes, la glicería acuática que trajo de Galias, y cuyas hojas recuerdan las cortas espadas con que salen armados los guerreros en los cantos escolares. Cerró sus campos con la senecio jacobea, suavemente dorada, y el cirsio lanceolado, que si es un rubor pálido en las tierras de Poniente, en las islas helenas es rojo como sangre. Le pedí a mi padre que me diese al mar.

—¡Canta la tórtola en los centenos, terrenal y solar! —me decía.

—¡Padre, entrégame al mar!

Y fui del mar. Alquiló mis catorce años un levantino sirio. Era brusco y avaro, pero conoció mi corazón y puso el arte de navegar en mis oídos y en mis ojos. Hombre libre, levanto la cabeza sorteando los vientos. Pero en confianza, Ulises, nunca seré del todo del mar. Fustigo a los quietos terrones, a los lentos agrarios aferrados a un naranjo y a un surco de cebollín rosado, que no osan dejar las rocas que tan sobriamente apagan su sed, pero muchas veces, en las mañanas neblinosas, cuando me asomo a proa a dar los buenos días con amables palabras en las que todavía posa su ala el sueño nocturno, al océano tranquilo, bajo la brétema en vez de agua imagino un enorme prado sembrado de airas y mélicas en el que pacen mil corderos iguales, de blanco lomo. He comprado para mi hermano primogénito dos bueyes retintos y mogones en la ubérrima Sicilia, y en el próximo otoño desembarcaré en Ítaca con dineros para hacer un pastizal en el monte, en las abas donde desde que nace pasea sus rayos el sol. ¡Me encomiendo a san Jorge, que siendo caballero tiene nombre de labrador!

Ulises contemplaba el rostro de Alción, los ojos ratoneros, los gruesos labios, la barba confusa, como si lo viera por primera vez. De reírse con los ojos más que con la boca, tenía media radiante estrella de finas arrugas en el vértice del ojo, desde el frontal a la mejilla.

—Este callo de dentro del meñique —dijo Alción mostrándole a Ulises la mano izquierda— es de cavador de viñas, pero los de las palmas, son de timonel.

Había que reparar *La joven Iris*, asegurar el timón y remendar dos velas desgarradas. Fuera seguía el temporal, y aun en lo más abrigado de la bahía, la goleta hubo de reforzar amarras. Basílides fue a contratar dos carpinteros de ribera laconios, que llegaron ante Foción vestidos con bragas ovejunas, pidiendo media paga por adelantado.

—Es para las mujeres y los hijos, que esperan en la playa.

—¿Permitís que les lleve las cuatro monedas de cobre el señor Ulises de Ítaca, noble viajero, que se dispone a desembarcar para pasar el mediodía en tierra?

Los laconios asintieron.

—¿Vendéis en vuestro oscuro país corderos recientes? —preguntó Ulises.

—Hay un rico pastor, un tuerto llamado Eusebio, que los vende a pares para la mesa del gobernador bizantino. Haz como el ilustre señor del bastón, y escoge uno de los que pacen sama en las estrechas playas.

—¡Basíledes, pela negras cebollas egipcias, si aún quedan en la cocina, y vierte lágrimas fieles!

—¿Habrá estofado, mi rey?

—¡Habrá!

Ulises había vestido aquella mañana oscuras ropas. Saludó con la montera nueva, en la que brillaban verdes abalorios. Había cesado la lluvia, y abrían en el cielo grandes vanos azules. El ágil laértida saltó de la nave al rocoso muelle desierto. Su corta esclavina tenía rojo forro de seda, y la abrió en dos alas gemelas, por lucirlo. Se dirigió a las mujeres que esperaban en la playa, sentadas en las rojizas rocas. La más joven daba de mamar de blanquísimo y lleno pecho a un hijo oscuro y piloso.

—Os traigo, de parte de vuestros honestos maridos, estas monedas nuevas.

La más anciana de las mujeres, morena y desgreñada, pero dueña de blancos dientes iguales que asomaban por entre los nerviosos labios, hizo cuenco con las manos. Ulises dejó caer en él las cuatro monedas.

—¿No añades nada de tu parte? —preguntó apretando los cobres entre las palmas, y con rápido movimiento escondiendo las manos bajo el delantal de esparto.

—Sí, añadido un real de plata.

Se lo dio a la joven. La fecunda laconia lo miró y besó. Dio las gracias con voz queda, y acarició las mejillas del hijo con el gastado canto del real de Venecia. La pequeña polis de los laconios maleos estaba en el otro extremo de la bahía. Ulises subió desde la playa a un camino carretero que bordeaba derruida fortificación antigua, en cuyas paredes, como en la ciudadela de Ítaca, crecía la valeriana.

El camino iba por entre un bosque largo rato. Cantaba el mirlo y se oía trabajar, impaciente, el pájaro carpintero. Por veces la brisa, abanicando las ramas, hacía caer sobre Ulises gruesas gotas de la pasada lluvia.

—¡Una caricia perfecta para la cabeza de un hombre feliz! —se dijo el laértida, destocándose.

Pisaba la mañana del bosque, pura y rumorosa. Pisaba una gran infancia terrenal y libre, sobre la que bajaban, desde el alegre sol, verdes coronas de ramas. Quería saludar a alguien, pájaro o flor, varón o doncella, caballo o serpiente. Saludaba en su corazón el orden matinal del mundo. De un ciruelo silvestre salió gozoso un petirrojo chillador.

—¡Tenemos la esclavina los dos con el mismo forro! —le gritó Ulises al avecilla, tirándole la montera.

Pero el pájaro, lacónico al fin, huyó sin responder al saludo... Pocas cosas existen en las que el hombre se reconozca tan libre, rico y fabulante como en un viaje en la mañana, en el tiempo nuevo, a través de un bosque. Y si se oyen aquí y allá fuentes

ocultas y una canción lejana de un leñador, entonces los portadores de soledades, por adustos que sean, sienten en los labios mecer una sonrisa, y adivinan que en el principio de los tiempos fueron el bosque y un vago pasajero haciendo senderos entre los claros.

El camino dejaba el bosque sobre unas canteras, y bajaba rápido y sinuoso otra vez al borde del mar. En las colinas abrigadas del Norte florecían las viñas, y en la bien curvada meseta se extendían ondeantes centeneras.

—¿Eres forastero, joven señor?

La femenina voz venía de lo alto, de entre ramas de mirto. La muchacha se había subido a un pequeño muro. Asomaba la cabeza, inclinándose sobre el camino, sujetándose con ambos brazos a las ramas. Tenía rizos negros sobre la frente y largo y delicado cuello. Cuando Ulises levantó la cabeza, le pareció que podía acariciar con sus pestañas el cuello del cisne moreno.

—Soy de nación franca, dulce señora. Paso a Constantinopla en una goleta de Ítaca con un recado sellado.

—¿Quieres entrar en mi casa y contar tu historia a una hermanilla que tengo, parálitica entre almohadones?

Ulises tiró la montera a lo alto. La muchacha quiso cogerla en su vuelo, y soltándose de las ramas en que se sostenía, vino a caer a los brazos del astuto, riendo.

—¡No me beses!

—¡Una sola vez!

Se separó y corrió, pero al llegar a donde el camino se parte en dos, uno hacia la polis y otro hacia la torre militar, se detuvo. Tenía el rostro encendido. No era hermosa, pero era alegre y tenía aquel fino cuello, largo, largo...

—¿Contarás tu historia, joven señor?

—La contaré.

Ulises limpiaba con la bocamanga de su jubón la montera, manchada de polvo del camino al caer.

—Pero, honesta dama, mi historia, que es una larga peregrinación, pese a mi parva edad, ¿no le hará daño al corazón de quien no puede moverse del lecho?

—Le gustará verte entrar en su cámara. Se llama Helena.

—Contaré brevemente, y haré que mis desdichas sean en sus oídos tan livianas como alas de mariposas blancas.

La muchacha caminaba delante de Ulises con ligero paso, apoyándose graciosa y danzarina en las puntas de los pies, calzados con abiertas sandalias sin cintas. Vestía amplia falda plisada, y de la celeste blusa sin mangas brotaban morenas las dos palmas iguales de los redondos brazos.

La casa estaba a la entrada de la aldea, y se subía a ella por una docena de escaleras excavadas en las rocas. Las enredaderas, podadas en invierno, y dormidas, comenzaban de nuevo sus circulares viajes alrededor de los postes pintados de rojo de la pérgola.



—¡Un joven forastero, Helena!

Y volviéndose a Ulises, apoyando una de sus delicadas manos en el hombro del laértida, pidió:

—Joven y cortés mancebo, ¡entra hablando!

Ulises apartó la pesada cortina de lana forrada de plumas. Compuso triste figura y fatigado ademán, con esa facilidad que tienen las mocedades para las inmensas pesadumbres, lujo poético de la juventud, y subió lentamente los dos escalones de blanco mármol. Rápida visitó su lengua húmeda los labios. Tenía la seguridad del tono. La habitación era amplia, y de más allá de la pequeña celosía en la que abiertos alhelíes sustituían bordados visillos, llenando de oro la penumbra, lo saludaban unos ojos curiosos y claros.

—Los que engendrados por reyes destronados, cabalgando los padres en la huida oscuras selvas invernales, nacen en un claro, en lecho de hojas secas, en un alto entre los relinchos de los infatigables caballos de los obstinados persecutores, ¿pueden decir que tiene tal patria? Acaso no. Yo declaro mi nación de prontos francos, en memoria de donde la paterna torre enseñaba geometría a cuatro colinas desiguales, pero las cuatro cereales en la cintura y con esbeltos alisos en la venteada corona. Silenciosa señora, me llamo Amadís. Si supiera que iba a serme concedida tan extraordinaria audiencia, hubiera pedido al mirlo en el bosque de tu país que anidase en la copa de mi montera esta mañana, para que cuando yo callase, porque quizás las lágrimas, fruto de mis desventuras, puedan ahogar mi voz, trinase él mejores esperanzas con la coloreada flauta que acostumbra en primavera su amarillo pico. Me llamo Amadís, don Amadís de Gaula, y mis armas son la pluma negra del ala del cuervo en campo de sínople.

Ulises dejó caer la montera en el suelo, y se desciñó la esclavina, soltando la cadena que se la sujetaba al cuello. La dobló en el brazo ocultando el rojo forro, y todo él en negro, apoyándose en la blanca pared, contó su vida. La vida del señor don Amadís de Gaula.

—Disponían en la cámara más noble de la torre paterna una cuna que balancearía en pesadas medias lunas de plata. Hábiles bordadoras ponían en el pesado ropón que llevaría el recién nacido al bautismo, lisos y milanos. Al campanero de Gaula, que siempre es un infante rubio que se llama don Galván sin Tierra, le entregaban dos libras de tocino viejo para que engrasase los ejes de las bronceas anunciadoras. Los estrelleros reales dilucidaban agüeros en los planetas. Graves letrados vestidos con felpudas lobas rojas estudiaban en los onomásticos un trisílabo noble, gracioso al oído y significativo. El duque de Mantua salía a los lagos de la marina, arco en la mano, buscando herir en vuelo la prolífica tadorna, con cuya pluma más larga sería escrito el nombre en los anales. Se acercaba el día. La señora reina se sentaba a tres varas del fuego con las piernas separadas, y posaba las marfileñas manos, cuyos dedos cubrían hasta las uñas sortijas con piedras preciosas, en el medrado vientre, buscando transmitir al heredero las mágicas y probadas virtudes de las gemas.

Músicos traídos de Cremona de Italia enseñaban canciones a las nodrizas, escogidas campesinas sonrientes, de plácido humor igual y buen aliento. Era el final del otoño, en Gaula. Había en los largos y encharcados caminos hojas secas; cruzaban por el cielo enormes nubes grises, llovía y acaso la lluvia era fría. Ya hacía dos lunas que se fueran a sus terrazas invernales el ruiseñor y el malvís oriental, y sin embargo, quien se detuviese en la plaza y en las calles, en las naves y en los caminos, a contemplar los rostros de los habitantes de Gaula, reconocería en la alegre expectación que los iluminaba, misteriosas vísperas de primavera. La gente rica daba pan fácilmente a los mendigos, que aprendían a sonreír bajo mendadas capuchas, y el vino del país siempre pobre, se había vestido en secreto con el color del jengibre y el perfume de la canela.

Ulises suspende su relato porque silenciosamente, en las puntas de los pies, entran seis muchachas. Se sientan, apoyando las espaldas en la pared, en la alfombra que hay a los pies del lecho. Una, vestida de verde, se acerca a donde están los ojos de Helena, una suave claridad húmeda. Otra, una niña, recoge del suelo la montera de Ulises, y calza con ella una desnuda rodilla cuando se sienta. Ulises busca sonrisas, pero en la penumbra solamente encuentra reflejos de la luz de la celosía en los cabellos negros, peinados bien tirantes y alisados con aceite de rosas. Piensa, ante el nuevo auditorio, dejar el modo heroico y levantado que traía, y busca en la imaginación un contar humano, libre de los temas y los tropos de las escuelas. Acaso mejor que la historia de Amadís, hubiera sido contar la de un joven señor de Venecia que viaja buscando esposa entre los griegos; hijo de Otelo y de Desdémona, salió a la madre en el color de la piel. Ulises cuando cuenta, está más seguro cuanto más cerca discurre del teatro que le recitaba Poliades. Eurípides había dejado su huella en el gesto y en el lamento. También tenía Ulises, contando, prontos fantásticos heredados de Foción. El difunto piloto, acabando de contar una extraña historia que dejaba incrédulos a los oyentes ítacos, se desnudaba lentamente en medio y medio del ágora, y ya desnudo, juraba.

—¡Un hombre que se presenta ante vuestros ojos desnudo como su madre lo parió, ha de ser creído! Ulises adelantó hacia la cortina y la movió. Entró el sol hasta los pequeños pies de las atentas espectadoras; los acarició y se fue.

—Quien nacía en Gaula, tan hermosamente esperado, era yo. Pero en la semana que precedió a mi nacimiento, vinieron armados ásperos extranjeros que codiciaban nuestras colinas y nuestra selva, y avanzaron en medio de incendios hasta la torre real. El agua que corría por los empinados caminos, en pequeños regatuelos, se asustó de la sangre derramada y se apartó, y había en los caminos de Gaula regato de agua a la derecha y regato de sangre a la izquierda. Traidores entregaron el puente levadizo con señas con faroles e imitando el mochuelo. Murieron los siete paladines dentro de sus labradas armaduras, y mi padre salvó la vida llevando de las riendas una yegua alazana en la que en un colchón de plumas iba recostada mi señora reina. La selva natal abrió para la huida de mis progenitores secretos caminos, en los que el corzo y

la liebre tímida se saludaban. Oíamos lejanos los caballos y los perros de los enemigos.

—¡Señor, es la hora! —dijo mi madre.

Y nací en un montón de hojas secas. Me han recordado más de una vez fieles escuderos allí presentes que las hojas eran de roble, que difícilmente mueren, y se quiebran antes de podreecer; se quejaron como si las pisase un potro cuando recibieron mi cuerpo. Fui bañado en una pequeña laguna de agua de lluvia y envuelto en una manta militar. La reina murió antes de que los presurosos palafrenes salieran de la selva para campos de reyes amigos, y el rey, dejándome en las manos de leales criados y en la ubre dulcísima de una cierva, bajó la visera de su casco de Milán, adornado con la piel del áspid y su diente, y regresó a la batalla, lentamente, silenciosamente, lanza en ristre y roto el corazón. Puñales mercenarios escondidos entre los helechos y las zarzas alcanzaron el vientre de su caballo; derribado, llegaron por el borde de la coraza a su cuello.

Desenvolvió calmoso Ulises la esclavina, dejó ver el rojo forro, se la vistió, echó las alas hacia atrás con sólo levantar los largos brazos, se puso de perfil, dando un paso o dos, allí donde en la pared había más claridad, y continuó:

—¡La leche de cierva apresura el crecimiento de los príncipes en Gaula y en Bretaña! Permitidme que recuerde la lengua caliente que acariciaba mi rostro, prefiriéndolo al hocico mojado de los cervatillos. Supieron mis criados tutores que se marchaban los extranjeros por donde habían venido, custodiando grandes y chirriantes carretas cargadas de botín, y que un tío mío, don Guarinos, se coronaba en Gaula. Salimos de la selva para la torre real, y amanecimos en dos años bajo ella, a la hora en que izaban en lo más alto mil bandas diferentes. ¡No hay lugar en el mundo tan embanderado como Gaula! Los donceles nobles tienen en palacio escuela de invención de banderas y estandartes, y de los más remotos lugares del mundo nos mandan pedir colores y figuras para las gloriosas enseñas de los reinos. Yo inventé para mí una bandera toda verde, que al llegar el otoño da en todo su campo, cepillándola yo mismo a contrapelo, verde más oscuro y hojas secas.

¡Cuánto no hubiera dado Ulises en aquel momento por tener una hoja seca en el bolsillo del corto jubón, y sacarla lentamente y dejarla caer! Para que volase no podría ser de plátano ni de castaño; la de roble haría el crujido que él quisiese, pisándola no más caer; coge fácilmente las corrientes de aire, porque se curva sobre la mitad y tiene las telas muy finas y los nervios huecos. Sí, una hoja de abedul, amarilla como el oro de los preciosos luises de Francia. Es pequeña, parece una moneda, es un trocito de seda, una mariposa con polvo amarillo en las alas. Le gustaría a Basílides el Cojo verle el gesto: meter la mano en el bolsillo sobre el corazón y dejar caer una hoja seca. ¡El gesto de Ulises!

—Hace de esto cuatro años. Tenía yo doce cuando besé la mano de mi tío Guarinos. Me entretenía en políticas conversaciones. Cuando estábamos solos, me sentaba en el sillón que tiene labradas cabezas de león en los brazos, y él se

arrodillaba y abrazaba a mis rodillas.

—En confianza te lo digo, el reino es tuyo. Pero están revueltas las casas. Si lo dejo en tu pequeña mano, seremos destruidos desde dentro como ya lo fuimos desde fuera. Hazte caballero, aprende gramática, banderas y caza, y en ocasión favorable, caídas las cabezas rebeldes, te paso la corona. Mientras no llega el día, te haces ricos vestidos, juegas a barra, bebes sorbetes de frambuesa y escoges en ese libro, en el que están todas las infantas del mundo con sus sonrisas y sus provincias, la que pueda ser tu querida esposa.

Yo confiaba, y pasé los años apreciado, cambiando de sastre y cada semana, una gorra nueva en la cabeza. Dejaba dormir en el escaño junto al trono el libro de las infantas. Las dejaba dormir, las amables sonrisas, y jugaba a barra a la puerta de la torre. Llegó la noticia a la Corte de que regresaba de unos baños que había ido a tomar a país de romanos la señora esposa de mi tío, que sería la reina Tudela, con el hijo y la hija que tenía, la niña de tres años y medio y el varón de siete, y según cartas venía hablando los martes en latín y escribiendo con mayúsculas cursivas; como en la Gran Cancillería de Occidente. Yo estaba alegre, porque creía que me venía compañía fraternal. Y aconteció que me mandaron llamar muy en secreto a la cabecera de la cama de un consejero de emblemas, que se moría, y el tal señor, con su voz más baja, me contó que la guerra que dio muerte a mi padre la moviera mi tío Guarinos con dineros robados, y que el usurpador, ahora que venía el hijo tan literato, con la espuela de doña Tudela que es mujer triste y amarga de corazón y soberbia y avara, determinaba de darme muerte y asegurar para su calígrafo la herencia, y añadió que me anduviese con ojo, y que lo mejor sería que inventase un viaje, y que desde lejos, tan pronto como aprendiese a leer y escribir seguido, que lo tenía algo descuidado este arte por el amor de los caballos y el airear banderas al mediodía, que me pusiese en tratos con los herederos de los paladines, que crecían disimulados pero altivos, y con los gritos de la pobre gente, que andaba contando, vistiéndolos de oros milagrosos y pan fresco, los reinados antiguos, y las jóvenes lanzas sedientas, se posaría la gentil corona de Gaula, tan adornada de espinelas, en mi cabeza. ¡Días doloridos, llenos de sospechas! ¡Largos insomnios! Por distraerme, y viniendo un marzo de nieves, bajo el que blanqueó Gaula y se heló el río en el que yo hacía una barquichuela de álamo y junco brizo, me senté en el salón a hojear el libro de las infantas. Están allí por grupos de seis, juntas las cabezas. Si os diera el sol en el rostro a vosotras, pareceríais la miniada lámina. Y entre todas hallé una, un gracioso rostro, y sobre los labios disponía silencio un pequeño dedo rosado. Permitidme que calle su nombre y nación, los años que tiene y el número que gasta en chapines bordados. Los cinturones se los hace atando cuatro plumas de guía de las alas del jilguero. Me enamoré, y haciéndome el anhelante y sofocado, el arrebatado de los jardines, el amaratado de ojeras, el loco que deletreaba canciones —y poco tenía que fingir, que amor veraz me quemaba—, le pedí a mi tío permiso para bodas, e ir a buscar la alondra a su chopera. Se sonrió, se acarició la trigueña barba haciendo sonar las

campanillas de plata que colgaban de las hebras más largas, y me dijo que me embarcaría en una nave de Ítaca que estaba en el río de los focenses, y que me pondría a bordo en seis días de caballo, y que la mano de la infanta que yo quería, había que pedírsela al Basileo de Constantinopla, para quien me daba un recado sellado, en el que amén de mi deseo, iban noticias ocultas de las partes imperiales y aviso de una revuelta de verdes en el Hipódromo la víspera de San Juan Bautista, y que me rogaba con palabra de gentilhomme que no abriese el pliego. Me equipó con trajes de verano, pues iba hacia el Sur y Levante, y me ofreció dos bolsas de oro. Se dolía de que yo no estuviese en Gaula cuando se celebrase el recibimiento de doña Tudela y de los principillos, pero la señora venía probando aguas medicinales por país de suizos, y el primogénito se detuviera una semana a escoger plumas de escribir en San Galo... Cabalgué, atentas señoras, hasta el río de los focenses, y allí estaba, en la niebla vespertina, la goleta *La joven Iris*, cuyo timón gobierna Alción de Ítaca, amigo de los vientos y osado contradictor. Juré no abrir el pliego, pero en los puertos donde tocamos y en las islas en las que hacemos trato o aguada, voces nocturnas se acercan a mis oídos con avisos, apartando cautelosamente mi rizado cabello. Me aseguran las sombras que en el recado sellado va pedido al Basileo que en oscura mazmorra, y por los servicios que don Guarinos le prestó en fronteras contra tercios medas de anchas espaldas, me degüelle. ¿Lo he de creer, el mal? ¿Pedís una sonrisa, amigas? El joven forastero no sabe si es alegre mocedad que va a bodas, o cándida víctima ofrecida a la soberbia embozada de los poderes. Por veces se me ocurre que pudiera tomar de mi cuello, con ambas manos, como quien sujeta una copa, mi cabeza, y regalarla a alguien que me sonriera amistosamente al pasar. No os canso más, silenciosas señoras, y regreso a mi nave. ¡Tengo prisa por saber si soy vivo o muerto! ¡Os dice adiós don Amadís!

Ulises apartó violentamente la cortina, y entró en la cámara de Helena la luz del mediodía. Las muchachas, dándoles el sol en el rostro, se taparon los ojos con las manos, sorprendidas por la luz se levantaron y huyeron. Solamente quedó, arrodillada junto a Helena, la hermana.

—Se fueron porque ninguna de ellas ha sido todavía mostrada a los varones del país. Es costumbre.

—¡Adiós! —dijo Ulises desde la puerta.

Pero con rápido paso se acercó al lecho de Helena. Descansaba sobre una pequeña almohada. Era una hermosa cabeza de mujer, de pelo rubio, la frente redonda, la nariz breve, la boca larga y fina, el mentón graciosamente picudo. Helena sonrió a Ulises. Era la sonrisa de una mujer madura y ensoñadora. Por entre la sonrisa asomaba, húmeda, la punta de la roja lengua. Del minúsculo cuerpecillo, tamaño una muñeca de Florencia, se levantó un bracito escuálido, infantil, que terminaba en una mano sin dedos. Helena le decía adiós a Ulises. De la hermosa boca brotó una babilla blanca y espumosa, que la hermana, atenta, recogió en un pañuelo. El joven Amadís, dolorido y misericordioso, desdichado pero verazmente fiel, arrancando de la maceta

de la celosía un alhelí, dijo confidencial, mirándose en los claros ojos de la enferma:

—Acaso la del dedo en los labios se llame con el más hermoso y turbador de los femeninos nombres: ¡Helena! El laértida salió con la cabeza inclinada, la mano diestra en el mentón. Bajó las escaleras que conducían al camino. Abriendo paso a través de un seto de laurel, y asustando a una bandada piadosa de gorriones, surgieron una carita infantil y un moreno brazo.

—¡Tu montera, Amadís!

—¡Adiós, encantadora!

—¡Ay, no comeré una naranja sin llorar!

Ulises preguntó en la posada por el pastor Eusebio. Trató con él un cordero que todavía no destetado, ya pastaba sama en la marina.

—¡Llevas manteca perfumada! Ásalo en sarmientos, y cuando le des la última vuelta, quema sobre él cuatro hojas de laurel.

—¡Basíledes el Cojo, cocinero de todos los almirantes levantinos, hará un estofado con negras cebollas egipcias!

—¡Ese Basíledes no será cristiano! ¡Esa manteca es para asar! Si te oye el gobernador bizantino, te manda prender.

Ulises alquiló una lancha, con dos taciturnos remeros, para regresar a *La joven Iris*. Se sentó en popa, con el cordero entre las piernas. Por juego, le ponía la montera al lanar, y le decía, acercando la mejilla a la caricia de su vellón:

—¡Serás tristemente degollado, en lo oscuro, don Amadís de Gaula, amigo mío!  
¡No abras el recado sellado!

## VII

— **E**L pastor Eusebio, maestro Basíledes, reprueba tus estofados. Dice que si le mandase un correo montado al gobernador de los laconios, que es un duque vestido de levita amarilla, con la noticia de la vil muerte del famoso corderino, que es seguro que vendría sobre esta desarmada goleta ensuciando tu nombre, en medio de una tempestad de fuego griego y sarcasmos.

—Un estofado es un llenapanzas —comentó Antístenes—. Lo más irreprochable que hay en culinaria es el asado. En Cirenaica andan muchachos por los caminos, en este tiempo, vendiendo codornices asadas. Llevan doce ensartadas en una caña, cada codorniz con su hebrita de silfión dentro, por aromarla, y en la punta de la caña ponen un bizcocho con miel para atraer a las moscas, que en Cirenaica son tempranas. ¡En lo conocido, no hay gente más limpia que los cirenaicos!

—Orináis en cuclillas —observó Timeo.

—Por consejo de médico —arguyó Antístenes— que no por vanidad. Somos gente pobre pero higiénica. Vivimos en monarquía y celebramos nueve procesiones al año. La más sonada, la de san Milito, que fue bombero en Trípoli y sin embargo murió a manos de paganos, acusado de incendiario.

—Apenas conocí marineros cirenaicos —dijo Alción. Los laconios habían asegurado el timón, herrándolo entre cepos, y clavado en popa, sobre obra, dos tablones de refuerzo sobre otros que rompiera el temporal con su puño. Mientras tanto, la tripulación había amarrado más fuertemente la piedra serpentina y estibado la carga de higos. Alción y Basíledes cosían, con curvas agujas y bramante tarraconense, las velas desgarradas del mesana. Gallos cortaba a la puerta de la cocina grandes rebanadas de pan centeno para la sopa de perejil de la cena, y Antístenes adobaba, para asarlos, los menudos del cordero. La sangre cocía lentamente, con cebolla e higos, en el pequeño fogón. Caía lentamente la tarde, y allá lejos, donde se cobijan bajo planos techos los laconios, se encendían luces.

—Son lámparas de aceite aquellas pupilas doradas, y pabilos de cerda embreada en velas de cera virgen las rojas naranjas.

—¿A quién conociste en Laconia, meditabundo laértida? —preguntó Basíledes.

—¿Me creerías, Alción amigo, si te dijese que verdaderamente he visto sonreír a Helena, la esposa de Menelao? La misma sonrisa, ñaco autóctono, que vieron los ancianos de Troya en lo alto de las puertas Esceas, y dijeron que era bueno, decente y conveniente que los hombres murieran por ella.

—Eso pasó en Cirenaica —dijo Antístenes higiénico limpiándose las manos a la trenza primera, y soltándola después, cosa que hacía todas las noches; luego recogía en rollo el largo pelo, para que le sirviera de media almohada. Solía comentar que en Cirenaica las mujeres desprecian al que tiene la cabeza aplastada por detrás, de yacer decúbito supino. Se sentó apoyado contra la rueda del timón.

—Sí, eso pasó en Cirenaica. Yo era mozo. Los vigilantes del peso en el mercado

encontraron en un serón de remolacha dulce de Dalmacia una muchacha. Se escondiera allí por escapar de un tío sombrerero que tenía, viejo que a los setenta años se apasionara de aquel virgo de quince. El tío era muy considerado en Ragusa, porque sólo él trabajaba el terciopelo planchado para bonetes y siempre tenía la pluma que se pedía, tanto para lutos como para bailes, o salir al campo en verano, y además era dueño de un palomar que surtía de pichones la mesa de los escribientes de la República, y a todos los tenía de su mano, con sólo hacer las docenas de palominos de trece, o de catorce, si urgía el resguardo. La niña se veía casada con el viejo, y en sueños apretaba tanto las piernas, que estuvo a pique de quebrarse. Supo que había un patache que cargaba remolacha para la guarnición de Trípoli y pagándole a un marinero, se metió en un serón con dos quesos y tres panes y una damajuana con agua de lima. Todo esto se propaló en Cirenaica, porque uno que se llamaba Antifón y había ido a estudiar en Atenas con los neoplatónicos, escribió una novela que se leía por las tardes de los días festivos en los jardines del monarca. La muchacha se llamaba Lucrecia. El intendente mayor del mercado dijo que la muchacha era carga y saldría a subasta entre asentadores, con obligación por parte de estos de ponerla en su puesto quien más pujara, y el precio de venta al público con el recargo legal. Se reunió toda la mocedad a contemplarla. Era morenilla y enflaqueciera algo en el transporte.

—Di algún elogio, Antístenes, saboreando las palabras —pidió Ulises.

—Es que a mí me gustan gordas, y si no hay piel blanca, renuncio. No era fea, y a los jóvenes, porque a la hermosura que para ellos tuviera habrá que añadir el adorno de fábula con que venía de tan lejos, les pareció que era lo debido asombrarse. Se discutían los ojos, la cintura, los pequeños pies. El día de la subasta hubo sangre, que tres asentadores sospechosos de estar apoyados por ricos mercaderes, fueron asesinados junto al peso. A uno de ellos, Urco, el campeón de lucha, le metió la pesa mayor, que son seis libras tunecinas, en la caja de la cabeza. Por entre la pelambre sobresalía enhiesta la arandela. El intendente se acogió al monarca, y Lucrecia fue escondida en palacio. Pensó el monarca que lo mejor era llevarla a un oasis y venderla a un príncipe de los camelleros. Antifón andaba diciendo por las plazas que al fin había sucesos espirituales entre cirenaicos. ¡Lo que es el estudio! Salió en la noche la caravana hasta el oasis mayor, que está en una hondonada y tiene dos albercas y una noria en la salida, que vuelve las aguas a los canales, pero algún soplo hubo, que los donceles la asaltaron, y tenían acordado jugarla a los dados, a la moza Lucrecia.

—Debieran haber acordado que ella pasara revista a la mocedad y dijese, señalando con el dedo un apresurado corazón, que elegía a aquel galán —dijo Alción.

—Allá son muy amigos de dados. Fue una grande matanza. Cayó una novena de primogénitos y segundones, y fue dispersada la guardia real. Cuando los supervivientes buscaron a Lucrecia, no la encontraron. Se veía que tenía arte para esconderse. Otra matanza, que los valerosos desconfiaban unos de otros. Fue célebre



la llegada de los cadáveres a Trípoli, con un techo de buitres. Antifón tenía ensayado al padraastro de uno llamado Tadeo, que era tartamudo y pequeño y murió en el primer encuentro, y el anciano, con un velo negro por la cabeza y un cayado de pastor adornado con limones, subió a la puerta nuestra que llaman de las Golondrinas, e hizo un planto solemne, y eso repetía que tú dijiste de Helena y los ancianos de Troya:

—¡Ay, dulce cosa morir por tanta hermosura y gentileza, venida de tan lejos!

El país quedó triste. Pasados algunos años llegaron noticias de Lucrecia: se había vuelto a su Ragusa, en el mismo patache que la trajera, y a los que le preguntaban decía que se había vuelto con su tío, el viejo sombrerero, porque no se acostumbraba en las noches sin los sustos que este le metía. No llegaron a casar, porque el viejo cayó por las escaleras y se desnucó, pero ya andaban las proclamas por las parroquias de los santos Abdón y Justino.

Al viento lebeche le pasara la ira, y remontaba ahora, refrescado, los altos de Creta, antes de adentrarse en las rutas de los egeos. *La joven Iris* abandonó su refugio y volvió al ancho mar. Proa al Este, corría, sabiamente inclinada, a tomar altura en Melos. El mar de Mirto se entregaba tranquilo y azul al afilado tajamar. Ulises estudiaba las estrellas. Una mañana vio Timeo flotar en las olas una corona de flores. *La joven Iris* fue llevada hacia ella. Izada la corona a bordo, Ulises leyó en una tabla que venía en su centro gruesas letras encarnadas: «Teatro de Paros. Ultima parte de la tragedia del rey Lear».

—La función será por el tiempo de los ritos de mayo —dijo Basíledes, muy al tanto de los teatros griegos.

—Entonces —dijo Alción—, dentro de dos semanas.

—Me gustaría ver al viejo rey caminando hacia el mar —comentó el laértida.

—Esa tercera parte no la conozco. Debe ser cuando regresa con la hija perdonada. ¡Los vientos rachean en el cuerpo de los señores reyes de la tragedia como en las velas de las naves!

—Si el tiempo es favorable —aseguró Alción— podremos saludar al gran ciego en Paros.

Gallos se pasaba las horas muertas en popa, saludando con su pañuelo a las bandadas de codornices, que regresaban al Norte. Creía, acaso, que algunas de aquellas viajeras llevaría su dolorida mirada a la lejana Irlanda.

## VIII

**U**LISES se hacía marinero. Alción lo examinaba de Pléyades, llamadas hermosamente en el viejo Hesíodo las Atlántidas, porque las hubo la desconocida Pleone fecunda del más gigantesco varón de los siglos, Adas, el que sostiene el mundo en sus amplios hombros. Estudiaba el laértida el, a los humanos ojos, corto viaje primaveral de las parpadeantes amigas de la navegación —brotar, lucir y morir, como la rosa—, y Alción le enseñaba que su nombre quiso decir, para los antiguos e imaginativos contempladores del cielo, las Pléyades, las palomas.

—Debían volar muy bajo entonces —dice Alción—. ¿Dónde las nombra Homero, vástago sonoro de los retóricos? ¡A ver si sabes responderme! A esta lección asistí yo, en un amanecer de marzo, en el muelle de los perezosos tarentinos. Un astrónomo ponía cátedra de estrellas en cuatro espejos de aumento en una mesa. Inclinábamos las atentas cabezas para ver salir matutinas las Pléyades. Cuando surgieron, recitó solemnemente. Dice Homero de las rocas errantes...

—Sí. Es en la Odisea, en el nostos de mi ilustre homónimo, el héroe de las batallas y de los discursos. Se canta así: «No pasan por allí las naves sin peligro, ni aún las palomas tímidas que la ambrosía llevan a Zeus soberano. Siempre la afilada roca arrebatada alguna, y el padre ha de enviar otra a completar el bando». Sí, volarían bajas, como el mergo en estío, con la cola en el agua. Parece que vaya a quebrar las alas contra los juncos ribereños.

Ulises aprendía vientos y maniobras, aves marinas, estrellas, corrientes egeas, sombras de montañosas islas en los horizontes y lo arduo y hermoso de la libertad del hombre en el mar. Conversaba con los tripulantes, quienes le mostraban la variedad coloreada del mundo y las gentes. Era todavía un fruto verde que no convenía descolgar de la rama, pero ya los azúcares de la madurez se hacían bajo su piel. En el último mes le había sombreado el bozo con trigueño y suave, y en el mentón barbado en dos cobrizas islas separadas.

—Esas cúpricas manchas, varón Ulises, parecen Paros y Naxos, mar blanco en medio, viniendo de los —rió Basílides viendo al laértida acariciar sus pilosas provincias.

*La joven Iris* avanzaba hacia Paros viento en popa, corriendo el mar que tiene suelo de mármol. Basílides le explicaba a Ulises el teatro nuevo.

—Ahora no salen los dioses parciales y caprichosos, decidiendo. Ahora le basta al hombre consigo mismo. Compra y paga. Como el hombre tarda en saber lo que quiere, por eso hay comedia. En Paros no hay velo para las actrices, y en los descansos puede pedirse la palabra al coreuta, y poner otro reconocimiento al final de la peripecia. Tiene el orador que atar todos los cabos, si no quiere que busquen su cabeza los ruidosos espectadores para blanco de naranjas podridas. En Trípoli de Siria pasa otro tanto. Gobernaba por el Basileo un tal don Ioanes Melancólicos, que era un estratega retirado de la caballería pesada por el reuma, y representándose en

aquel teatro una comedia de crímenes, parece que le tomó afecto al más joven de los asesinos, un soberbio que decía que se echara a la mala vida por culpa de una tal Estefanía, que sólo quería sedas y el pachulí había de ser de Malabar, y después asqueara las mujeres y las ponía a todas de cuatro letras. Y cuando en el tercer acto quitaban de tablas dos columnas que representaban el palacio del podestá de Corfú, para poner un telón con árboles, que era el bosque antiguo en el que prendían al airado bandolero, y en Trípoli hacen muy bien los bosques, que un zapatero que se llama Micino presta dos mirlos amaestrados que tiene, que se posan en una de las ramas pintadas y cantan variado y el himno de los verdes; digo que cuando ponían el bosque, pidió la palabra desde su palco el gobernador y ya no gustó que no se quitase la mitra colorada, y le dieron voz y con la suya adusta, todavía no desacostumbrada del ronco mando de dragones y caballos corazas, gritó:

—¡Le pongo a Crispino un caballo de mi cuadra, y que salve por el camino viejo!

—¡Tú no eres Apolo! —le gritaron.

—¡Crispino me cayó simpático! —explicaba el gobernador.

Lo sepultaron bajo montañas de naranjas podridas. Algunos dentro de mondas de naranjas metían piedras. Se perdió un zueco y yo lo encontré. Se lo puse en la frente al orador. Murió allí mismo, en el palco, de un ataque de apoplejía. Y la gente, de miedo a que Crispino se escapase, lo buscó por el bosque, bueno, por detrás del telón; lo colgaron de la viga maestra del decorado. Resultó que era una muchacha que salía vestida de hombre porque su hermano, al que tocaba el papel, estaba con anginas. Lo más curioso es que los mirlos de Micino ni se movieron de su rama, dale que dale con el himno de los verdes. ¡Cómo amaestraba aquel zapatero!

—¡Acaso pida yo la palabra en Paros! —dijo Ulises, imaginativo.

—A la gente le gusta llaneza y lealtad.

La goleta llevaba compañía de delfines, amistosos odres juguetones, y parecía estar en alta mar toda la república gritadora de las gaviotas. Era continuo y cordial el diálogo del viento con el velamen, y se adentra en el corazón de los marinos una cálida confianza. «Este es el camino y el Mediodía», se decían. La pequeña goleta se hacía tierra segura bajo los pies de los nautas, y si alguno, distraído en las faenas, tarareaba una canción del país natal, se sorprendía a sí mismo volviendo añorante la cabeza para contemplar los campos propios, olvidado de que iba tan lejos y embarcado.

—Mañana anocheceremos en Paros. Nos quedaremos al paio fuera de la corriente cretense, y pasado entraremos con el alba. Si vendo los higos nos detendremos dos días —dijo Alción.

—Tomas el mar con mucha vagancia —comentó Antístenes—. Los pilotos de mi país son arrendados con horario, y sólo es fuerza mayor para el retraso el viento que llega a Cirenaica; si no llega a Cirenaica, como si no lo hubiese habido. Tenemos cónsules con reloj de sol en las escalas más notorias, y al llegar las naves examinan a los capitanes, y en cada tripulación hay algún oficial secreto del gremio de

mercaderes que por detrás de la cortina le apunta al cónsul cómo fue la travesía. Antiguamente esto no se hacía sin riesgo. Cuentan en la lonja de mi polis de un gran piloto de antaño, que ahora está en los altares de griegos y latinos. San Teógenes Mártir, que predicó al cierzo para que no abatiera sobre el huerto de un pobre anciano, en el que por vez primera había florecido el níspero. Predicó el santo durante siete días, y al final del septenario misó en cubierta, que además de ser piloto era clérigo tonsurado por la iglesia de Hipona, tan famosa. Y de ahí vino cierta amistad del santo con los locuelos vientos adriáticos, tan variables. Alguno de estos temporales tomaba figura humana y venía a la galera de Teógenes a jugar a la taba, y los otros sopladores asistían desde las nubes a la partida, callados mirones imparciales. Y Teógenes se retrasaba sobre el horario previsto y no llegaba a Candía a las ferias de Pascua, ni a Samos a las de San Conón. Un cónsul cirenaico examinaba a Teógenes de etapas y el santo no sabía disculparse, puesto que su santidad no le permitía mentir y bajaba la cabeza, mientras tras la cortina el espía de turno en su tripulación chivaba al cónsul, que estaba al pie del reloj de sol y tenía calendario recién pintado en la pared, que Teógenes había retenido por tres días el viento que llevaría su nave navegando a papahígos, por no decidirse en una jugada de tres y salto, y que el nortenordeste, que se acercara con capucha de nubes coloradas, tirara tres veces sacando alfa, y fue empate, y quizás hubiera trampa. Y el nortenordeste aquel debía de estar cerca, deslizándose con sus bien atadas sandalias, y debió oír que lo motejaban de tafur, y levantó la cabeza con grande ira, entró por ventanas, y se llevó volando al espía, y del reloj de sol arrancó el gnomon de bronce que figuraba un gallo, y la pieza cayó en la cabeza del cónsul, que perdió la cuenta de los meses, y todo era decirle a san Teógenes que había llegado pronto y lo proponía para una medalla.

—¿Y el espía? —preguntaba Alción, complacido con la historia del viento tabaísta.

—Cuando la nave de san Teógenes regresó a Cirenaica, salió la esposa, que era moza, con grandes lloros preguntando por el volador. San Teógenes, compadecido, se arrodilló, oró, mandó traer el tablero, puso los huesos en suerte, y aseguran que se le vio jugar con invisible contrincante. Puso dos deltas en vez con un punto de nueve, y ganó la partida. Al instante, cayó sobre la esposa desde el cielo el perdido marido, y hubo que dejarlos allí, de cómo se abrazaban.

—No sabía —dijo Alción— que hubiera habido un santo tan humano entre los pilotos.

—Tiene iglesia en Lataquia, entre olivos —aseguró Basíledes.

Les anocheció, como Alción había anunciado, sobre la redonda Paros. El piloto puso la nave fuera de la corriente de Creta, que es un estrecho río de aguas tibias que sube hasta donde los blancos acantilados de la Grecia continental se llaman Ática, y allí se dispersa, en remolinos fértiles en peces. Se le veía pasar, rápida y añil, por

veces con espuma en los bordes. Desde la tierra hicieron tres señas con un farol, y el propio Alción, abriendo y cerrando el suyo, respondió a la pregunta que hacían los isleños con seis parpadeos iguales:

—Pacíficos helenos —contestó.

—Viéndote estirar la aceitosa mecha cuando te disponías a encender tu farol, se me ocurrió que hubiera sido gozosa cosa responder con las voces de luz que están ordenadas para el caso, algo así como «inquietos extranjeros» o «temerarios piratas». ¡Poner curiosidad o miedo en la noche isleña! Eso, poner miedo. ¡Puertas atrancadas, soldados que corren, una muela que afila los cuchillos en un portal, madres que mojan la cabeza de sus hijos con saladas lágrimas, ricos que esconden tesoros, vírgenes aterradas, el guerrero fanfarrón enarenando los pies mientras blande la lanza!... Pero cuando se ha puesto a hablar tu farol, y con seis sílabas iguales ha dicho sobriamente «¡pacíficos helenos!», se me ha ido de la imaginación hasta la sombra de la loca aventura, y he comprendido que no puede dar a los que están en su isla habituales el que viene por el mar, más noble y humana respuesta. ¡Pacíficos helenos! ¿Quieres volver a decírselo, maestro, almirante Alción? ¡Soseguémoslos generosamente! ¡Soseguémonos también!

Alción volvió a encender el farol. Hirió el eslabón el pedernal y brotó la chispa; ardió la yesca bajo el suave soplo de la boca del ítaco, y pasó su llamada a la mecha. Seis veces abrió Alción la puerta de la luz.

—¡Pacíficos helenos!

*Esa corona con el anuncio de la función del rey Lear la arrancó el viento travesero una noche del poste en que colgaba en el muelle para aviso de pasajeros.*

—¿Fue ya la función? —preguntó Ulises.

—No. Todavía no lloró el gran rey. Vendrá para Pascua.

—Me quedaré en Samos hasta entonces.

*Alción vendió los higos y cargó lana recién esquilada. Se sentó con Ulises a la puerta de la taberna, en el banco de piedra rosada.*

*El laértida tenía su diestra mano apoyada en el saco de esparto en el que la madre había puesto, bien plegadas, las variadas ropas.*

—Alción, desembarco de tu goleta. Me quedo en Paros. Conoceré la isla y el lunes de Pascua bajaré al teatro a ver llorar al rey del mar. Después viajaré por mi cuenta. ¿Dónde me esperarás, en la luna llena de septiembre, la que preside las alegres vendimias?

—Te esperaré en la bahía de Melos. Trae contigo nuevas historias y alguna canción. El que primero llegue a Melos, que en la columna de la linterna ponga una cinta blanca. Si al atracar la veo, me quitaré el embreado sombrero y gritaré con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Salud, presuroso Ulises! ¡Te tira Ítaca!

—La llevo aquí, en el zurrón, en forma de membrillo.

*Buscó Ulises en el zurrón de piel de cabra y sacó el membrillo, que había*

amarilleado suavemente. Se levantó, lo posó en el suelo, a siete pasos del banco en que se sentaban. Regresó al lado de Alción y le golpeó, como tantas otras veces solía, la redonda cabeza.

—Más o menos, desde lo alto, a la hora meridiana, será así. De la cumbre brotarán ahora generosas columnas de humo, hijo de carbonero. Mi prado lo haré un poco más abajo. Compraré semillas de hierbas anatolias, que aman tierras parcas y agradecen las más insignificantes lluvias.

Ulises se despidió de los compañeros, posando las manos en los hombros de ellos y diciendo por tres veces sus nombres y países.

—¡Basílides de Chipre! ¡Antístenes de Cirenaica! ¡Timeo de Sicilia! ¡Gallos de Irlanda!

Ellos repitieron el suyo y lo mojaron con lágrimas.

—¡Hasta la luna de las vendimias!

Ulises avanzó hacia la punta de la escollera. La joven Iris tomaba la brisa terrenal y salía resuelta, vistiéndola con espuma la afilada proa. Callosas manos amigas decían adiós. Ulises levantó en su mano izquierda el membrillo glauco y perfumado. Lo ofrecía a la mirada amorosa de Alción, a la parcela terrenal de su mirada.

Le dolía el brazo, erguido durante casi una hora, sosteniendo el membrillo, pero no lo bajó hasta que la joven Iris dejó de verse en la neblina matinal que se disipaba en el horizonte azul.

—¿Es el retrato de tu isla chapado en oro? —le preguntó un viejo mendigo que lo había seguido desde la taberna, y esperaba a prudente distancia a que terminase la despedida, a la que asistía respetuoso.

—Es mi isla de oro, amigo —respondió Ulises.

Y con la segura violencia de su brazo y la sabia flebe presión de su mano, como lanzando bola en campo, mandó por el aire el membrillo al mar. Se lo veía, entre las suaves ondas, mecerse lentamente.

—El membrillo —dijo el viejo— no flota. Mira un instante para él y echa a andar. Yo te sigo. El membrillo se empapa y se hunde. Te quemaba las manos de la memoria. Eso acontece muchas veces. Míralo por última vez. ¡Tu patria debe ser muy soleada! ¡Mira cómo reluce! Y no la mires más.

Ulises obedeció al mendigo. Apartó su mirada de la isla natal y apresuró el paso por la semiderruida escollera.

—Rico señor, no me digas el nombre de tu patria. Acaso conozca yo tu país, y se me quite la ilusión que llevo en la vista. ¡Una tierra soleada! Si me invitas a comer, no hace falta que compres pan. ¡Soy muy apreciado en las tahonas y siempre tengo miga fresca! ¡Es una lástima que no flote el membrillo! Estaríamos ahora sentados amigablemente en la escollera contemplándolo, y creeríamos que íbamos en rico navío diciéndole adiós a tu ducado. Pero la física dice que no debe flotar el membrillo.

El viejo se quedaba atrás, golpeando los grandes bloques de mármol de la

escollera con su bastón, intentando correr, y para que lo oyera el laértida de rápido paso, gritaba:

—¡Es una irregularidad que no flote el membrillo! Pasan años y no te das cuenta de ello, pero un día viene alegre o sombrío el corazón, y te das cuenta de que es un solemne abuso el que el membrillo se empape de agua salada y se hunda. ¡Un abuso, capitán!

Ulises se sentó en el petril del muelle, aguardando a que llegase el viejo.

—¿Qué vinos hay en Paros?

—¡Te saludan los vinos de Paros, rico señor! El blanco es dulce y ensoñador, y en tintos hay dos calidades, el de la derecha y el de la izquierda. Yo soy zurdo en vinos. Me gusta el de la izquierda porque es más ligero y más fresco. El de la derecha es un vino de otoño, y su ancho cuerpo pasa con dificultad por mi boca. ¿Vas o vienes, señor duque?

—Voy, anciano.

—Entonces, vino alegre y nuevo, mi amo. ¡Tal es echarle al cuerpo golondrinas!

Ulises sonrió y osó otra vez mirar el mar.

## **CUARTA PARTE**

### **ENCUENTROS, DISCURSOS Y RETRATOS IMAGINARIOS**



## I

**S** ENTADOS en los helechos, en la linde del pinar, comían Ulises y el mendigo Zenón. De su zurrón, envuelta en tres grandes hojas de higuera bréveda, sacara el anciano media hogaza de pan trigo, y rebanaba todo a lo largo con un cuchillo mocho.

—Los cuchillos de los mendigos, en Paros, no pueden tener punta. Lo puso en bando el rey de Constantinopla. Apelamos con un escrito razonado, exponiendo que en cien años solamente diéramos muerte a un soldado y a una vieja, y no nos valió de nada. La vieja tenía un sobrino en las boticas del Basileo, empleado para mezclar el maná y la asafética en las cucharadas astringentes, y no habiendo encontrado dinero alguno cuando vino a los funerales de su tía, sacó por recomendación leyes contra nosotros, las más de las cuales van en desuso, pero la del cuchillo dice el gobernador que hay ahora, que es gran cazador de pájaros con liga, que no la deja caer, que el pensamiento de ella ya lo tenía en sus días de juez el nombrado Justiniano.

En otras hojas de higuera había puesto Zenón las aceitunas y el tasajo de cabra.

—Primeramente come dos aceitunas. Después, frota tu tasajo con esta rodaja de limón. El adobo obliga a las sustancias a declararse. Y no pases directamente del tasajo al vino. Haces una escala en esta blanca miga, la masticas bien, la ensalivas, la aprietas con la lengua contra el paladar, y la pasas. Entonces puedes beber. Este vino ligero hay que beberlo a buches espaciados, para que vaya conociendo la boca y asentándose en ella. ¡Ofrécele un amplio y mullido lecho entre los labios y las amígdalas! La primera botella la bebemos con la temperatura con que salió de la bodega, pero la segunda y la tercera estarán al sol, como tú y como yo, en dulce ocio. Los vinos son raza humana mejorada.

El pan de Paros era grato a Ulises, tras mes y medio de galleta seca y centeno ázimo. Habían subido a aquella colina, que por el Norte caía en alto y calcáreo acantilado blanco sobre el mar, desde la taberna del muelle, rodeando la ciudad, que estaba bien amurallada. Desde donde asentaron, veían parte de la polis, la que se extiende por la ribera, y el arrabal de los pescadores, extramuros. Las casas se aprietan unas contra otras, y por entre las blancas terrazas nadie podría decir, desde lo alto, si hay calles y por dónde discurren. En algunas terrazas medra el limonero, y pocas casas tejan. Eso sí, las que lo hacen, muestran un vivo color rojo.

—¿Eres de Paros, Zenón?

—No, señor capitán. Soy de los. Mi isla está a tres días de mar con viento propicio. Los más de sus campos son de lavanda. Lo que priva allí es el negocio de perfumista.

—La lavanda tiene la flor azul —comentó Ulises.

—Y el aroma.

Zenón bebió en dos tragos el vino que quedaba en la primera botella, y se limpió la boca en la manga de su sayo de estopa. En los codos tenía alegres remiendos

verdes.

—Limpio mi boca, capitán, para poder decir tu nombre en voz alta. Estamos comiendo del mismo pan.

—Llámame Ulises.

—Nombre sonado en la Antigüedad.

—Puedes descorchar la segunda botella, anciano Zenón de los.

—Gracias. Paréceme como si el oír tu nombre me diese algo de sed. ¿Vienes de almirantes?

—No. En mi isla veneramos a san Ulises, inventor del remo.

—En los veneramos a san Zenón. Era de allí. Su padre era conocido en todas las ferias de los romanos orientales y de los helenos propios. Andaba por el alambre y bailaba en la cuerda floja, equilibrándose con un quitasol. Le traían una almohada y se tumbaba en la cuerda, a hacer siesta mecida. Cuando el padre se bajaba, el pequeño Zenón, que tendría unos siete años y salía muy vestido con una túnica de flores, hacía su número del gato y el ratón. El ratón corría por la cuerda y el gato detrás, y cuando llegaban a los extremos, el ratón viraba y se colaba por entre las patas del gato, poniéndose a salvo, de un salto, en el bonete de Zenón. El gato se levantaba sobre las patas de atrás y fingía aplaudir con las delanteras. Llenaban dos veces el platillo, aun entre beocios. Cumplía diez años Zenón e invernaba con sus padres en los, y el hábil progenitor pasaba los días estudiando un salto mortal en el alambre, que debutaría con él en Melos, por San Juan Bautista. Bien ensayado el salto, decidió el funámbulo hacer el brinco al natural, y en la plazoleta que había delante de su casa montó en dos bastidores aspeados el alambre, muy alto para impresionar más a los públicos. Saltó limpio la primera vez, pero a la segunda se le fue la zapatilla izquierda y vino contra el empedrado, que era a uña de perro. Gritó la esposa, que estaba en la ventana, corrió Zenón a recoger en sus brazos el cuerpo del padre antes de que llegara al suelo, y con sólo tocarlo con las puntas de los dedos lo logró y el cuerpo estaba tendido en el aire, a vara del picudo piso.

—¡Oh, Dios, misericordia! ¡Me arrepiento!

Esto dijo el funámbulo sostenido en el aire por los dedos del lloroso Zenón, y con la última sílaba se desprendió del leve apoyo y cayó. Cayó con tanta violencia como si viniera directo del alambre, y rompió la cabeza en los guijos. Se tuvo este suceso por milagroso en los, y un monje que estaba sentado a mujeriegas en su asno comiendo un emparedado de citrón que le diera de limosna un sastre, dijo que con aquella escala en el aire, se había librado el funámbulo del infierno. Se sabía que tenía amigas en dos o tres islas y que era siempre muy bien recibido por las mujeres de la vida en toda parte, por lo rumboso. Zenón se fue a un convento y terminó de obispo, y había conseguido de los cielos la gracia de que el gato y el ratón de su número le hiciesen compañía hasta la muerte. Si algún día vas a los, entra en la Basílica, y verás junto al reclinatorio de san Zenón, que está entre rejas, otros dos, el uno de alto cuarta y media, que era del gato, y otro de cuatro dedos, el del ratón, y

ambos forrados en carmesí. A los niños se les permite tocarlos con hojas de palma el día en que se celebra la fiesta del santo.

Zenón era pequeño y rechoncho, piernas cortas. Tenía ojos claros, legañosos, y gran nariz rubicunda, y barbada en todo el rostro ralo y menudo. Frecuentaba el gesto de rascarse el cogote con el pulgar diestro, y suspendía el discurso para sorber ruidoso las humedades nasales. Comía goloso, pasándose el tasajo por los molares con grande calma, y el buen beber lo hacía jocundo.

—¿Cuál es tu isla, señor Ulises? Muchos desterrados no quieren decir su patria con gusto.

—No soy un desterrado, Zenón. Mi isla es Ítaca.

—¡Ah, la lejana Ítaca! Quizás esté cerca, pero yo siempre la oí nombrar así. Somos muy apelativos los helenos. ¿Andan por allí los antiguos?

—¿A qué llamas tú los antiguos?

—A Apolo, Hércules, Hermes, Afrodita... No temo nombrarlos.

—Me gustaría encontrar en algún camino a tan nobles transeúntes.

—Hay que apartarse y tender las manos, palmas hacia arriba. Yo salí de los para hacerme hombre de provecho. Mi padre me pidió que me fuese cuanto antes de casa, que tenía comprometida para segundas nupcias a una que traía de dote un melonar, y la novia decía que le tenía miedo a mis pedradas, que bien viera cómo andaba yo a las palomas, y a una boba que había en la aldea levantarle la falda, y en fin, que quería la casa sin estorbos. Salí una tarde con mi hatillo, confiado en mis catorce años y en que daba injertados cien limoneros en un día, y bajando al puerto por entre los campos de lavanda y los viñedos, encontré a Apolo. Igual que te veo lo vi. Estaba sentado en un mojón, anudando la tercera cuerda de la cítara. Estaba desnudo sentado en un mojón. Yo me detuve. Ni me miraba, atento al nudo.

—¿Qué nudo? —interrogó curioso el laértida.

—¡Ah, marinero! Nudo italiota, dejando puntas. Anudó y probó. Sonreía del encanto de su propia música. Las tórtolas escucharon el saludo y respondieron unánimes. Sin saber lo que hacía, vacié a los pies del extranjero mi zurrón repleto de pan, uvas pasas y maduros albérchigos. Me preguntó, con voz humilde y distraída, si lo conocía. ¡Pocas veces debían darle la respuesta correcta! Me vinieron a la boca impacientes las palabras.

—¡Serás Apolo!

Y entonces me miró. Se le avivaron en los ojos luces doradas, se inclinó para coger un albérchigo, lo tiró a lo alto y cuando caía lo cogió con la boca. Se veía que lo encontraba succulento. Se levantó y me tomó de la mano.

—¿Hacia dónde vas? —me preguntó, confianzudo.

—A Paros —le respondí—, a injertar naranjos. Esperaré nave en la ribera.

—Yo tengo nave secreta —dijo Apolo.

Con su mano izquierda cogía la mía derecha, y con la suya diestra sostenía sobre el hombro la cítara. Pasaba el viento y hacía música, jugando. El camino ancheaba

ante nosotros. Yo conocía el polvoriento sendero que lleva a la estrada real, pero otro camino era el que usábamos. Cuando me di cuenta, e iba embriagado de música y calor, y el sueño se avecinaba en mis párpados con lengua sudorosa, pisaba la cubierta de una trirreme. ¿Has visto pintadas trirremes? ¡Aaah, cháss! La voz y el golpe en las ondas. Yo no tuve cuna mecida. Los labriegos en los no la usan para los hijos. La costumbre es meterlos en un saco con dos aberturas para echar las piernas; el saco se cuelga de la pared de la cocina. Me dormí con la cabeza en los pies de Apolo. El benévolo señor me despertó cuando la nave tocó arena de Paros. Era alto, hermoso, dorado, soberbiamente genital. Me dijo que saltaba conmigo a la playa para decirme adiós. Me entró en el cuerpo un viento de orgullo, y se me ocurrió decir en voz alta:

—Alado amo mío, si alguien nos viera ahora mismo en la playa, a ti tan bello y luminoso, y a mí en mi parva edad tan fornido y el desnudo brazo diestro tan musculado, por poca memoria que tuviera de la pasada generación, exclamaría asombrado: ¡Ahí quedan en la playa de Paros el cantor Apolo y Hércules, invencible campeón!...

¿Y qué pasó, Ulises de Ítaca? Un espléndido puñetazo en mi nuca. Caí y ni tiempo tuve de poner las manos. Enterré la cabeza en la arena, y dentro de ella alguien jugaba a los dados con mis huesos. Apolo me ayudó a sentarme, y haciendo cuenco con sus manos cogió agua del mar y me la vertió por la cara.

—Perdona el genio pronto del indomable Hércules, que casualmente pasaba por ahí, amigo Zenón —me dijo, y no sé cómo Apolo se fue, que me volví a dormir.

—He oído —dijo el laértida levantándose y envolviéndose en su capa roja— muchas historias desde que abandoné mi patria hace dos lunas, pero ninguna me gustó tanto como la tuya. Guíame hacia la ciudad, que he de buscar posada, y si reconoces a Apolo otra vez, avísame.

Tuvo que esperar Ulises a que Zenón de los diera fin, bebiendo a breves sorbos iguales, a la tercera botella. Se levantó con dificultad. Se paraba apoyándose con las dos manos en el bastón.

—Hoy dormirás en la posada del Galápagos Verde, pero mañana te llevaré a casa de la señora Alicia, que alquila un palomar. Así podré hacerte compañía por las noches. La posada del Galápagos Verde tiene limpias camas. En toda su vida, un hombre solamente encuentra una cama buena. ¡Ah, cómo dormirías en el corazón del membrillo! ¡Ah, la física con sus setenta leyes!

## II

**L**A habitación que le alquilaron a Ulises en la posada del Galápagos Verde, tenía una ventana que daba al huerto. El laértida oía, después de tantas noches en el mar, ruidos terrenales. Sabía que había higueras por la oscura voz, que pesa sobre los hombros de la brisa y esta ha de dejarla caer, somnolienta y redonda, y se la oye rodar por tierra, apagándose lentamente al envolverse en polvo. Cantó la lechuza al despertar, y después calló: estaría en una higuera esperando que subieran a los higos los voraces ratoncillos camperos, de afilado hocico. Cerca de la posada había una fuente; se oían los caños, dos, porque estarían a desigual altura, acaso el uno para agua de beber y el otro para pilón de lavanderas o abrevadero de ganado. Un bastón de herrada contera golpeó los guijos de la calle, y ladraron canes. Cerraron con fuerza una ventana, muy cerca. En el desván, comenzó su trabajo nocturno una rata; afilaba rítmicamente sus dientes en una viga, se lanzaba a veloz galopada, y volvía otra vez a su oficio. Canes lejanos alertaron. Desde su cama Ulises veía colgada muy cerca del cielo —sería la de una casa en lo más alto del monte— una luz, cuyo rostro borraban de vez en cuando ramas azotadas por el viento. La habitación estaba orientada al Este, y Ulises, echando la cabeza fuera de la almohada, podía ver, espléndida lámpara, a Vega de Lira acariciando con su halo la oscura cumbre.

—Cuando en agosto está Lira en el cénit, se trilla en Ítaca. Ulises se descubría nostálgico geórgico, subiendo hasta los labios la sábana de lino perfumada con lavanda. Y se durmió oyendo ladrar al can Argos, a la puerta de la casa paterna, en la lejana Ítaca. No tuvo tiempo de escuchar si a Argos le respondían los perros que guardaban los huertos en los que, en septiembre, maduran los melocotones colorados.

Durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando despertó, a los pies de la cama estaba Zenón de los con un jarro de oscuro barro en las rodillas. En Grecia cada isla tiene su barro, y los mercaderes que las visitan podían decir dónde se encuentran, por el color y la forma. El barro de Paros es verdioscuro y solamente lo vidrian en el cuello con plombagina tracia; allí el verde es más claro y parece apetecerle al labio.

—Leche, leche de vaca, señor Ulises. ¡Acabada de ordeñar! Los de Paros son ganaderos, aunque no se sepa cómo comenzaron. Escapó un toro de Creta una vez, corniveleto, chorreado en verdugo. Anduvo abanto por las veranías. En Paros no había vaca alguna, solamente cabras negras. Vinieron seguidas tres buenas cosechas, y los pariotas las agradecieron al toro cretense. El toro visitaba las casas y era obsequiado con rebosantes cuencos de cebada. Comenzaron a verse retozones ternerillos en los pastos de las colinas. ¿Oíste hablar de Pasifae? ¡Oh, locas, locas!

Ulises bebió despacio la leche todavía tibia. Podía, tan bien como Alción, decir las hierbas. Sí, bromos y festuca, pero también las potillas de la ginesta blanca, que regalan tan suave amargor. Sonrió paladeando la leche. Zenón comprendía.

—¿Has encontrado una hierba de tu país?

—Encontré la ginesta en flor, la blanca. En mi isla viene más tarde a decorar las

cumbres. La perdiz lleva en vuelo a los ginestales la pollada, pero antes va tres veces cantando y se posa, por si en la espesura duerme la mañana el zorro. También va a la ginesta la paloma torcaz, si hay agua cerca.

—¿No eras marinero? —interrogaba curioso Zenón.

Ulises, sin contestarle, comenzó a lavarse. Se echaba agua dulce a los abiertos ojos.

—Vístete más que decente. La señora Alicia es huérfana de un contador de la renta de sal. Su educación es por Constan tinopla.

—¿Es soltera?

—¿Había de casar con un marmolista o un pastor? El primero es un picapedrero y el segundo huele a cuajo cabrío. Vive de enseñar el bordado a las doncellas ricas y de alquilar el palomar a ilustres forasteros.

Ulises vistió ceñidas calzas rojas, y desnudo el torso, se envolvió en corto manto blanco. No olvidó el cinturón con el recto puñal, la bolsa de ante y la birreta, en la que todavía se marchitaban violetas de la isla de los Sicómoros. Las dejó ir, desmayadas, en la cinta.

Mientras Ulises pagaba al posadero, que era un patriota cenceño que hacía las cuentas con tiza roja en el blanco mostrador, salió a la puerta Zenón y con su cayado golpeó en la tabla que anunciaba «Posada del Galápagos Verde».

—¡Epiro! ¡Ofelia! —gritaba.

Aparecieron los nombrados. Epiro era un enano graso y desdentado, cincuentón. Calvo, le restaba un mechón en el frontal que le caía sobre los ojos. Habiendo dormido en un pajar, traía en la pelambre enredadas doradas briznas. Su vestido era un mandilón reforzado con piel de oveja sobre las nalgas. Ofelia era alta, flaca, morena. Alisaba el pelo con manteca, que le cuajaba en islas amarillas aquí y allá, en la brillante negrura. Sobre el ojo izquierdo traía un tafetán de bayeta, sujeto con un cordón, pero el derecho era un animal movedizo, luminoso, inteligente, soñador; un ojo redondo, espléndido, insólitamente negro, alternativamente despierto, inquieto y dulcemente entornado, dormilón. Tenía leporino el labio superior, y mostraba al sonreír verdiscos y raídos dientes desiguales. Vestía con remiendos de colores extrañas piezas, con volantes en los codos y en el borde de la falda. Caminaba descalza con los brazos enjarra, detrás de Epiro, dueño de zuecos claveteados. Zenón dispuso, autoritario.

—Tú, Epiro, el saco de viaje, y tú, Ofelia, el zurrón.

—Sí, mayordomo —dijo Epiro llevándose la mano al mechón. Allí tropezó con las pajas, y se peinó con los cinco dedos.

El posadero sumaba cena, cama, la leche y un jarro de vino de Zenón madrugador. Hecha la suma con tiza en el mostrador, la comprobó por dedos.

—Redondeando, te paso por cuarto bizantino —le dijo a Ulises, quien pagó en reales.

—Sobran dos sueldos —dijo el posadero.

—Señor duque —intervino Zenón—, que los beba Epiro de vino blanco. Es de los sedientos matinales.

Epiro siguió al posadero hasta el pellejo y le arrebató de las manos, sonriente, el jarro. Pasó la lengua sorbiendo la espuma, y después bebió seguido, cerrando los ojos.

La comitiva se puso en marcha hacia la casa de la señora Alicia. Delante iba Zenón, seguido de Ulises, y nueve pasos más atrás, según orden dada por aquel, marchaban Epiro y Ofelia. El camino que llevaban seguía la ribera hasta donde comienzan las viñas de la izquierda, y desde allí ascendía, dando cómodas vueltas, a un rellano de pastizales y tierra labradía, en la que ya estaba el trigo flor. Se agradecía la caricia del sol en la espalda, y a donde aún no llegara el astro con su lengua tibia, blanqueaba la helada en la hierba corta y grasa. Si volvías el rostro, veías allá abajo el mar azul.

—Zenón —dijo Ulises—, te agradezco que me hayas buscado tan ilustre séquito.

—¡Nada, nada, señoría! Con la misma prontitud te puedo buscar una noble esposa entre pariotas o un pacífico caballo para excursiones a las aldeas vecinas. Una vez vino a Paros un hombre de Melos. Le recetaron viajes para curarle una melancolía agorafóbica que tenía. Se sentaba conmigo en el muelle y yo tenía que sostener con mi mano sobre su cabeza un ladrillo, para que él estuviera tranquilo, sintiéndose bajo techado. Íbamos de paseo, y alquilábamos un tablón y lo portábamos en nuestras cabezas. Yo lo burlaba: «¡Llevamos encima el artesanado del palacio nuevo de Minos!».

Se iba curando, y ahora le diera por gastar. Estaba indeciso entre comprar una taberna y ponerme al frente, y él entraría a beber y pagaría como si fuera ajeno, y yo le cobraría siempre doble y tendríamos grandes discusiones, y cada cuatro liortas de estas, yo tenía que dejarme pagar una, o correr con los gastos de divorcio de todos los matrimonios que quisieran deshacerse en Paros. Decía que la mujer que mejor le conviene a uno siempre está entre las casadas. Terminó comprándole a un buhonero alejandrino que venía a ferias pascuales todo el surtido de narices postizas de cartón que traía, y bigotes variados de lana y crin, y marchándose a Melos a sorprender a sus vecinos con aquellas curiosidades.

Ulises le iba tomando gusto al contar de Zenón, variado y burlón, y acompañado de tanto juego de cayado, y con este dibujaba el perfil del personaje en el aire. Ulises se imaginaba, cuando pasados años, contase de él, cómo haría la frente redonda y la recta nariz, y las piernas largas. ¡Quedaba retratado en una feliz memoria, irónica y sentimental!

—Esa es la casa de la señora Alicia —dijo Zenón señalando un encalado pabellón en cada una de cuyas cuatro esquinas se alzaba un ciprés.

—¡Y aquel de más arriba, entre cerezos, es el palomar! —dijo desde atrás Ofelia, soprano.

Ulises se volvió, sorprendido por la hermosura y limpieza de la voz. Ofelia lo

miraba con el brillante ojo, en aquel instante tranquilo y amistoso contemplador.

—Nosotros —dijo Zenón— nos sentamos aquí, esperando tus órdenes. Tocas la campanilla cuya cadena cuelga en la puerta. Siempre sale Alicia a abrir. La puerta está a la derecha. Te pedirá dos reales por semana, y tú le ofreces tres reales por cada dos semanas. Háblale lenguaje elevado, y mete en el dictado alguna cita literaria. ¡La gente quiere ser apreciada!

Ulises caminó sin prisa por el sendero que atravesando el prado llevaba a la casa. Se detuvo para arrancar una cañabeja, y ligueteó el tallo. Todavía estaba demasiado verde, pero en los labios del laértida dio notas agrias.

El pabellón tenía una terraza delante, cubierta de cañas, y en las abiertas ventanas el viento hacía revolotear cortinas blancas. Toda la terraza estaba llena de tiestos floridos, y de cestillas de barro que colgaban de gruesos cordones del techo, caían verdes enredaderas de menudas hojas, entre las que lucían florecillas amarillas y azules. La puerta estaba abierta, pero Ulises tiró de la cadena. Sonó, lejos, una alegre campanilla, y al instante, cerca, una voz amable:

—¡Ave María! ¡La puerta está abierta!

Subió Ulises los escalones de madera, la cabeza erguida y en las dos manos posada, como nave en las de santo en icono, la birreta de cinta. La señora Alicia, escondiendo las suyas en un manguito de piel de nutria, le hacía tres reverencias. Miró al mozo con confiados ojos, que los tenía claros, levemente azulados por la sombra que le hacían las largas pestañas pintadas de suave morado.

—¿Puedo llamarte de alguna manera, joven forastero?

Tenía una voz melosa y mansa, no libre de cansancio, que le salía sibilante por entre los gordezuelos labios. Era más bien pequeña, y Ulises se fijó en los altos tacones redondos de sus chapines de brocado. Sorprendía la blancura de la piel, tan igual desde la frente hasta el pecho, que aparecía generoso entre rizados encajes. Era blanda y tranquila, y la única nota enérgica en su rostro la daba la levantada nariz, finamente huesuda, estrecha, y sin embargo ampliamente horadada. Vestía dos piezas de delicado color malva, la blusa muy escotada y la falda ceñida. Al sonreír mostraba menudos dientes redondos.

—¡Señora, no te puedo mentir! ¡Puedes llamarme el Bastardo de Albania!

—¿Tienes nombre cristiano?

—Sí, Dionís.

—¿Puedo servirte en algo?

—Pese a mi poca edad, estoy acostumbrado a dormir en el campo, al sereno y al nublado, vistiendo pesadas ropas militares, y por almohada el yelmo de negra cimera. Me lo quitaba en la noche, e imaginaba que libraba a mi cabeza de la fuente de los horribles pensamientos posándolo en los tréboles. Pero ya dijeron los poetas, señora Alicia, usando para ello un solo endecasílabo, aquello de «¡desesperado, la tiniebla es tuya!».

—¿Cómo sigue?



—«¡Moribundo a la noche, muerto al alba!».

Sacó la señora Alicia del manguito una mano y la llevó a los ojos, sin posarla en ellos, acaso por temor a emborronar con el morado de las pestañas.

—Pasa y sentémonos. ¡La casa está como la dejó el pobre papá! En ese escaño se sentaba el gobernador cuando venía de visita. Siempre pedía una hoja de menta en la manzanilla. ¡Prosigue, mozo Dionís!

El tono no era fácil. Alicia pasaba ya de los cuarenta, y vacilaba entre entregarse a los infantiles recuerdos, poco a poco vestidos, en los horizontes de la memoria, con encantadores resplandores, o en acudir presurosa con la final dosis de aceite a la lámpara desasosegada de los deseos, por últimos alocados y vehementes. La fatiga que se posaba sobre su voz brotaría del no saber osar, ni cómo ni cuándo. Se sentó en un pequeño taburete, y por un instante vio Ulises que todo aquel cuerpo y aquella alma tímida cubiertos de encajes, despertaban aguardando el mediodía de su voz. Sí, el mediodía. Ahí estaba el tono.

—Digo que acostumbrado estoy a dormir con techo de estrellas, sin puertas que guardar. Albania es un llano, con una montañuela en el centro, redondo pecho que alimenta rápidos corceles. Los caminos rodean la colina en círculos concéntricos y para pasar de uno a otro, hay que hacerlo por el radio de la vereda real, con chopos en ambas cunetas. Solamente se puede labrar tierra en la meda central, o en los campos que testan con la marina, que el resto es pastizal hípico. Mi madre era ribereña, y por ende morena. En Albania son rubias las montañesas; un cabello trigueño y ondulado como el tuyo, sería cantado en mi país como una flor bella y extraña. Pasó el gran duque desde el mar a la montaña, regresando de besarle la sandalia al bizantino, y una virgen tenía que perfumarle la barba con hinojo. Fue escogida mi madre porque cumplía aquel mismo día del desembarco los quince años. Hacía dos trenzas con su negro pelo, una pequeña, sobre la frente, y otra larga, adornada con seis lazadas, que la caía por la espalda. Salió con el pocillo de agua de hinojo y el hisopo al arenal. Es costumbre que el duque baje de la galera por el remo timonel, que es ancho allá tres cuartas, tendido desde la borda a las rodillas de los notables como si fuera un puente, y nadie puede darle la mano. Si cae, es muerto allí mismo, a golpes de remo. Somos bárbaros, pero con pretexto y solemnidad. Mi madre se acercó ritual al duque, quien descendiera por el remo girando como peonza, por mostrarse juvenil y resuelto, y le hisopó la barba, rubia entrecana, que la traía a la moda de Siracusa, que es redonda en el mentón y viene cabría de las mejillas. Por tres veces hisopó mi madre, y con el tercer hisopazo comienza, señora Alicia, el secreto de mi vida, amargo como ruda.

Ulises, digo Dionís de Albania, bajó la cabeza y apoyó las manos en las rodillas. Se había limpiado las uñas aquella mañana, viniendo de camino, con una espina de ulex, y barrido los negros arcos. Las manos del laértida se mostraban hermosas, vivas, sobre el rojo encendido de las calzas. Supo que los ojos de la señora Alicia hacían posada en aquella gran palabra de sus manos, diez sílabas concertadas, crispó lentamente los dedos, fingiendo terror y desesperación; le divertía angustiar a aquella

manzana madura de la que venía tan cálido perfume de claveles.

—El hisopazo tercero le salió a mi madre, teniendo tan cerca a tan espléndido varón y tan vestido de corinto y oro, un poco enérgico, y bajando la cabeza el gran duque con exceso, acaso por ver países en los ojos verdes de la virgen monaguilla, el hisopo tan vivazmente manejado tropezó en la barba ducal, y vio con espanto mi madre que se le caían aquellos nobles y adornados pelos a su rico soberano. El gran duque llevó la mano rápidamente a sostener el peinado bosque de su rostro, y por entre dedos, mientras aseguraba la barba, le susurró a mi madre que guardase el secreto, y que a la noche saliese al campo por donde oyese cantar un jilguero. Y el gran duque, allí mismo silbó, imitándose, y la gente tomó la demostración como prueba de lo alegre que venía el señor de Constantinopla, y que acaso, habiéndole perdonado dos o tres rentas el Basileo, hubiese rebaja de impuestos, y nadie, ni aun los secretarios de avisos griegos, que están siempre a dos pasos, muy fonéticos, se dieron cuenta del incidente. Pasó mi madre la tarde con el corazón alerta, inquieto potro. El gran duque le pediría que guardase el enorme secreto, y ella cumpliría la promesa que diese. ¡Oh, gran señor de recta nariz! ¡Ella, Ifigenia, sola en el campo con el león de Albania! El hinojo, cuando está destilado con miel y zumo de enebro, es turbador y somnífero como un pañuelo empapado en beleño. La noche crecía en la imaginación de mi madre, y se hacía profunda como un pozo a cuya agua tardase un siglo en llegar la piedra que el niño tira por juego. Tuvo a la vez miedo y valor, pero cuando llegó la noche verdadera, e hizo real la que imaginara, salió a escondidas por el huerto paterno y buscó en el campo el canto del jilguero, siempre inaudito a aquella hora. Le vino envuelto en el perfume de las últimas madre selvas, acompañado de una brisa tibia que le obligó a desabrochar el corpiño para respirar mejor, que se sofocaba. Junto al ciprés estaba el gran duque. Tomó a mi madre de las manos y la sentó a su lado en hierba. Con amables palabras le pedía que guardase el secreto, y en trágico añadía:

—¡Si me saben sin barbas, me ahorcan, palomita! ¡Estoy en tus manos!

Y mi madre, la doncella Ifigenia, lloraba sobre las manos de monseñor, quien, ya confiado, le contaba a la niña cómo fuera la pérdida en Constantinopla, visitando una bodega en la que destilaban aguardiente de manzana. El gran duque se acercara con exceso a la alquitara, cuando uno vaciaba una cesta de bagazo seco de uva en el fogón, y para avivar abrió las tres embocaduras, y vino por la más pequeña un chorro de llama que se llevó la barba de nuestro príncipe. El gran duque se lamentaba. Por tres veces una lágrima suya, grande, redonda, cayó en el cuello de mi madre, la cual seguía a su vez llorando sobre las manos ducales, vestidas de ricas esmeraldas. Y lo peor fue que buscando barba postiza, ninguna era suave como la perdida, ni tenía los remolinos suyos, por costumbre buscados por los distraídos dedos, ni aquel mechón áspero que le encanecía en la lobilla izquierda, y que el gran duque, en los momentos en que se poblaba su cabeza de graves asuntos de gobierno y estrategia, se entretenía en trenzar y destrenzar. Por fin, y por más disimular, el señor se decidió por aquella

postiza siracusana. El Basileo le dio a nuestro duque muestras de grande aprecio, mandando decapitar a todos los que estaban presentes cuando le ardió la florida suya a don Galaor —que este es el nombre—, y aun ni su cabeza salvó el dueño de la barba que ahora decoraba el rostro del gran duque de Albania.

—¡Fue muy humano el Basileo! Si puedo, he de ponerme al corriente en el pago. Al de Siracusa se la sacaron los barberos del emperador por pegamento, que es invento romano. Gritaba, pero en sacando el bigote, que ha de hacerse en vivo, lo abreviaron, que era un hombre flaco y se dolía mucho. Los barberos creían que las barbas eran para una imagen nueva de san Gregorio Nacianceno, y por su cuenta le pusieron en el revés del mostacho unas plaquitas de plata con sus nombres. ¡Míralas!

Y el gran duque se quitó la barba y le permitió a mi madre que viese las plaquitas y que la acariciase, y era como acariciar, aquella virgen, por vez primera, una hermosa barba de varón, y el hinojo regalaba ese aroma que te dije, que de lejos parece beleño. Aunque la caricia de Ifigenia en la barba fuese en postizo de barbero constantinopolitano, para ella era una caricia carnal, entregarse a luminoso varón a través de un sueño. Y se entregó. Soy hijo de esa noche y de esa caricia, el Bastardo de Albania, el secreto Bastardo de Albania.

La novela asombraba a la señora Alicia, que la cogía con sus propios labios y parecía irla repitiendo. Ulises, atento a la perdiz que viene al reclamo, refuerza el tono:

—Con una espuela, en el juego, desgarró el conde Galaor en el tobillo izquierdo de la niña. Una vez sorprendí yo a mi madre sentada cerca de una ventana; descalza de pie y pierna, contemplaba nostálgica la borrosa y poco profunda cicatriz, y me pareció que una suave sonrisa poblaba sus finos labios. Engendrado en la noche, señora Alicia, fui parido en la oscuridad. Mi madre, expulsada del hogar paterno, que era de nobles capitanes de navíos de guerra, decorado desde la puerta al giratorio capuz de la alta chimenea, que figuraba un heroico albatros, con banderas y estandartes tomados a paganos, francos, turcos y musulimes, y la primera escalera del salón de respeto hecha con dientes arrancados a los más osados de los enemigos; mi señora madre, digo, expulsada, fue recogida en donde dicen Rocanegra por una tía carnal. Allí pasó mi madre por viuda precoz de un cabo de alarmas, que se cayera desde el pasamanos de una atalaya a las rocas una noche de temporal, llegando a la batería las olas más osadas y sonoras. Nací y me bautizaron Dionís, nombre de un doncel lejano que pasa por las novelas con una vara de avellano pintada de verde en la mano. No hubo junto a mi cuna hada más impaciente que la de la melancolía, velada de gris. Mi padre, don Galaor, estaba casado con una señora de Italia llamada Florentina, que le había dado tres hijos, los cuales salieron sordomudos, y el primogénito, para colmo, con un bulbo en la cabeza, sobre la oreja derecha, que obligaba a hacer una gran escotadura en la corona de infante, y para adorno y disimularle la cebolla, también le coronaban esta de conde, con puntas de botón, y doña Florentina de Italia sospechaba que el marido andaba a escondidas prolongando

la familia ducal por darse descendencia que pudiera llamarse militar, y que supiera presentarse altiva ante los albaneses, todos guerreros amigos de insurrecciones, y para convencerse de sus sospechas tenía policía propia, que andaba el país con cascos secretos. Por si alguien había oído una noche extraño jilguero en el campo, yo estaba oculto, y crecía pálido en Rocanegra, vestido de harapos por más engañar a las visitas. Eso de día, que por las noches mi señora madre y mi doña tía me vestían ricas ropas de colores salteados y me enseñaban los andares corteses, que allá son como deslizarse y sin taconeo.

Se levantó Ulises y paseó por la sala demostrando los andares corteses de Albania, los más de ellos tomados de aves, y los dos mayores de riachuelos remansados. La señora Alicia asistía a los ejercicios con la boca entreabierta y el espíritu suspirante, y el aire que desplazaba el laértida con sus giros, hacía aletear las largas pestañas moradas de la blanda soltera. Ulises de regreso a su escaño amistó con la patética.

—¡Me vestían las ricas ropas bordadas con caballos y rosas! Y de mi cinturón colgaban pequeñas espadas afiladas que don Galaor me enviaba por un enano de avisos orientales que tenía, y las noticias que este me traía de palacio y las memorias que mi madre conservaba de la figura noble del paterno paladín, me levantaban torres en el corazón. Me hacía soberbio sin saberlo, y prefería estar desnudo en el campo, con una breve braga, que no vestir los harapos del disimulo. Mi corazón se burlaba de los infantiles compañeros de juegos, hijos de labriegos y herreros. ¡Yo era, aunque escondido en temerosa cueva, un ciervo de estirpe real! Tuve que aprender equitación en las noches sin luna o de horrible temporal, en las que parecía que el viento contra el cual galopaba me derribaba del caballo. A los nueve años pedía quedarme solo junto al fuego, y en aquella compañía imaginaba estar con el rey mi padre. Lo dejaba amortiguar, y cuando solamente era brasero, en la gran trébede de hervir el agua con que en la matanza se escalda el puerco, me sentaba sobre él, y aún a veces llegó a quemarme, porque me distraía soñando que estaba en el trono de Albania, y decía palabras nobles, aunque fueran impertinentes, a una fanfarrona banda de héroes bien armados, o hacía justicia con maneras solemnes. Como príncipe soy autodidacta, pero heredados gérmenes viajan por mis sueños. Adolescente, ¿cómo ocultar la tempestad? ¿Acaso puede esconderse un incendio? Un veneno que venía para mí en una naranja confitada, mató a mi madre. Una flecha disparada desde detrás de unos haces de heno, entró mortal por un ojo de mi caballo, equivocando el camino que llevaba a mi cuello. Fueron muertos mis perros y robadas mis espadas infantiles. Doña Florentina de Italia me había descubierto, y peligraba mi vida. Por aterrarme, dejaban sogas a los pies de mi cama, y las encontraba cuando iba a un lecho que ya solamente me conocía insomne. Mi señora tía enloqueció, hallando por toda parte, en el suelo, charcos de sangre fresca, y no sabiendo si de verdad era aquella la mía, en la temprana edad y a traición derramada. Se despertó en mí el viento de las grandezas reales. Ya me vestía de rico a cada hora, le mandaba correos a don Galaor reclamando

bolsas de oro y largas espadas milanesas, un halcón para altanería y un nuevo caballo, calzado de la mano de la lanza, y que para el mayo siguiente me pusiese una nave en la ribera, que quería educarme en artes marinas, y amanecer una mañana frente a la casa en que mi madre nació, reclamando a mis tíos la herencia, pisando con mis propios pies el botín de banderas que alegraba aquella rica casa. Me imponía en Rocanegra, y cada tarde venía a la cámara mía una clara y honesta dama de la ciudad a lavarme los pies, y con ella venían sus hijas que me cepillaban la ropa y me bordaban pañuelos. Cobraba impuestos echando al campo mi apellido, gozaba, en fin, de la impetuosa libertad de los príncipes soberanos, tan célebre, señora Alicia, desde las tragedias históricas del poeta de Inglaterra. Y en esto, y en arriesgada mocedad madurando, estaba, cuando vino la nueva de que los sordomudos mataran a don Galaor, y venía contra mí un ejército desmandado, y que hasta doña Florentina se disfrazaba por venir en él y estar a mi segura muerte. Yo la di con mi propia mano a mi halcón y a mi caballo, a mis esbeltos galgos manchados. Los que se habían puesto por mis súbditos, especialmente las damas y doncellas que cité, amables lavadoras de mis fatigados pies, dulces bordadoras de pañuelos para mis nocturnas, escondidas lágrimas, pedían muerte misericorde de mi mano. Me la exigían, pero no se la di. Les regalé mi nave y todo el oro para que huyeran con la marea vespertina, y yo quedé en tierra, con la desnuda, larga, brillante, bien empuñada espada. Caminé mi tierra, mi heredad, en la noche, en dirección al ejército de los legítimos. Me despedía con versos antiguos de las estrellas siempre nuevas. Me detenía para cortar con mi espada la flor de la malva. Olían los campos a genciana y a manzanilla, y si la luna hacía centellear el filo de la espada, una liebre asustada corría el sendero ante mí. Amanecí en el vado de un río que no sabía. Vi que los patos revoloteaban tranquilos y se posaban sin temor en ambas riberas: no había, pues, humanos en las cercanías. Pasé el río con el agua por encima de los tobillos, y se me recordaron las damas que me lavaban los pies, oyéndome romances mientras me los secaban con paños de lino calentados en sus senos:

*¡Si los pastores han amores,  
qué harán los gentileshombres!*

Y con la mañana y el sol, y el agua mansa, y las aves que cantan y mirarme mozo en la onda más quieta en una orilla, me entró el sabor de la vida, y la amarga raíz de la venganza la sentí debajo de la lengua. Le dije adiós a Albania, y por el viaje del sol supe dónde estaba Levante, y me hice peregrino. Todavía me andan buscando los sordomudos en Rocanegra, por la mañana dándose partes de pared a pared con silbidos y por la noche con linternas, y doña Florentina entrega mi cuello al verdugo todos los días, y los más me dan por muerto de hambre y sed en un desierto, escapando, y algunos, entre los más jóvenes, sueñan con que vuelvo y me mandan con agitada respiración la caricia de su alegría guerrera. Mientras, yo ando mundo.

Calzo ese casco que te dije y duermo, haciéndome sufridor de trabajos militares, al aire libre. Estudio la filosofía de la venganza, y me educó libremente en el ejemplo de los coronados de la Antigüedad. Me quedaré en Paros para ver representar en vuestro teatro la tercera parte de *La tragedia del rey Lear*. La serpiente y el dragón, en invierno, duermen y descansan. Pose yo bajo una piedra mis recuerdos y mis ansias, la pesada gloria de mi estirpe, el apetito desahogado de mi venganza y los colores de los estandartes que me saludarán un día gran duque en una Albania feliz, y descansen en tu palomar. Cerrando los ojos donde volaron palomas, todavía se oirá rumor de alas.

La señora Alicia contemplaba al doncel en silencio. Admiraba la redonda frente, los francos ojos, la recta nariz, la boca fresca, el cobrizo mentón, el largo cuello tostado en los días marineros, que surgía esbelto de la doble vuelta del manto blanco, las finas manos todavía crispadas en las rodillas. La mirada de la señora Alicia buscó los pies del Bastardo de Albania.

—¡Dionís, te lavaré los pies!

—¡Señora, dama mía! ¡Esta sombra fugitiva te agradece la limosna! ¡Eres benéfica!

Posó la señora Alicia en un escaño su manguito de piel de nutria y corrió hacia el interior de la casa dando voces.

—¡Herminia! ¡Violante!

Regresó con un barreñón decorado con flores azules y pájaros dorados, y con ella entraron dos doncellas portando jarros con agua caliente y fría. Eran niñas, pequeñas y rubias, y contemplaban asombradas al forastero. Ulises se descalzó, y soltó el botón de la sotacalza; se remangó las calzas rojas cuidadosamente hasta media pantorrilla, y metió los pies en el barreñón, dos corderos conducidos por las delicadas manos de la huésped. Las doncellas vertieron desde lo alto el agua de los jarros. La señora Alicia se arrodilló y comenzó a lavar los fatigados pies del albanés. Los enjabonó, frotó, rascó y acarició. Sacó del seno un paño de lino que había entibiado allí, y apartando el barreñón se dispuso a secar los pies del héroe. Ulises, digo Dionís de Albania, recordando la costumbre que tenía en su Rocanegra, recitaba un romancillo de galanes:

*Dícenme que tengo amiga  
y no lo sé.  
¡Por saberlo moriré!  
Dícenme que el amor no hiere,  
¡mas a mí muerto me tiene!*

La señora Alicia, secando y oyendo, ensoñando y despertando, ni se daba cuenta de que se le volcaban, inclinándose en la faena, los frescos, albos, redondos pechos fuera de los encajes, y casi rozaban en los pulgares abiertos y osados de don Dionís,

el muy secreto, dolorido, fugitivo príncipe. Las niñas, arrodilladas junto a la señora Alicia, con los jarros vacíos apoyados en los muslos, se miraron y enrojecieron.

Ulises dejó caer, en el umbral, el ramillete de violetas marchitas que llevaba en la birreta de cintas.

Alquilado el palomar se retiró a él el laértida, precedido de Zenón, y seguido de Epiro y de Ofelia. El palomar era redondo y estaba en una pequeña elevación del terreno, entre cerezos, a un cuarto de legua del pabellón de la señora Alicia. El camino pasaba por un soto de higueras y atravesaba un olivar.

—¡El parrafeo fue largo! ¡La dejás camelada, capitán!

—Es una gran dama.

El graso Epiro posaba el saco de viaje y reía. Se alisaba el mechón, y secaba el sudor con un roto y sucio pañuelo rojo.

—¡Gran dama! ¡Adiós, gran dama! ¿No fue eso, Ofelia, lo que te dijo el sátiro Bliofernes dejándote tumbada en la viña?

El ojo de Ofelia relampagueó iracundo.

—¡Era un caballero y con mucha conversación! Entre los suyos estaba aprobado de solfeo.

—¿Nunca más volvió? —preguntó curioso Ulises.

—¡Ni fue en las viñas! Yo todavía estaba acostada en la hierba, cuando oímos ladrar canes cercanos. Cazadores eran, que pasaban hacia los trigos, a cazar la codorniz en su siesta. Se asustó. Era un macho joven; en su nación son adultos a los diez años, y él, gentileza de abril, andaba en los ocho. Me metió una de las pezuñas de su parte cabría en el ojo izquierdo, y me lo vació. ¡Adiós, grande dama!, me gritó. Huyó empavorecido, alarmado por los canes y entristecido por la herida mía. ¡Y no tenía poiqué huir! Los perdigueros son mansos, y los detendría hasta que llegaran los amos, que serían amigos, gente de comercio que sale a paseo. Yo la herida ni la sentía viéndolo huir a brincos. ¡Daba el ojo por él! ¡Amante, dulce, impetuoso amante! Esto gritaba por su asistente una viuda en el teatro. Lo gritaba yo. ¡Diera mis dos ojos por aquel Bliofernes tan súbito y variado roncador!

Ofelia levantaba la voz y abría los largos brazos. La voz la tenía clara, brillante, abierta. Le salían fáciles limpios agudos. Parecía desmayarse, abrazándose al zurrón de Ulises. Zenón se acercó a ella compasivo. —¡Buscaré quien te cubra esta primavera, querida Ofelia! ¡Come de estas uvas pasas! ¡Si quieres que sea militar, dalo por hecho! ¿O prefieres un forastero, tortolita?

—¡Nunca haré cornudo al joven Bliofernes! —exclamó la tuerta en fe natural, mandando la luz de su único y divino ojo al brezal de la cumbre, hacia la selva amada de las nieblas, a la que huyera, asustado, el sátiro amoroso de antaño.

### III

**Z**ENÓN medía el palomar con su cayado, a palo posado. Era torre redonda, con doce filas de nidadas de las que llaman bolsilleras, y la cúpula tenía linterna de cristal, por donde entraba abundante luz. Pisaba de chapacuña, y dentro del palomar había una fuentecilla, que fue en días más antiguos el bebedero de las zuritas. Frente a la puerta, y con techo de caña y palma, había un catre de doble cruz, en el que hacían cama seis anchas tiras de trenzados cordones de esparto. Mientras Ulises comía en el olivar con los mendigos, los criados de la señora Alicia habían barrido y quitado las telarañas: una sola dejaron en la puerta, entre el dintel y la jamba izquierda, porque porta fortuna. Era una araña leonada quien la tejía, con seguros viajes. Dos mantas rojas estaban dobladas al pie del catre, y en dos nidos de la cabecera los criados dejaron un jarro vacío y una taza con sal.

—Cabén cómodamente cinco personas en esta cámara, tendidas en el suelo como cuerdas de arco —decía Zenón—. Estos palomares son gran abrigo aun para el que ha de dormir en su suelo, sobre un poco de paja. El aire que entra por los zureles redondos, se desliza por las paredes y va llenando los nidos como quien llena copas. Cuando llega a la última hilera de nidos, poco más es que una humana respiración.

—Es verdad —afirmó Ulises—. En el palomar de casa de mi madre, jugábamos a plumas. También está vacío como este, que hubo que dejar la cría de palomas cuando los halcones enanos llegaron a la isla.

—¿Qué es jugar a plumas?

—Nos encaramábamos hasta los zureles, y poníamos plumas de palomas en los nidos. Son noventa y seis nidos en ruedas de doce en cada semicírculo. Cuando en cada nido habíamos puesto su pluma, abríamos los cuatro vientos, que son rectángulos enrejados, y nos sentábamos cabe la puerta. Era a última hora de la tarde, y esperábamos el vendaval vespertino. Venía y entraba en la trampa de nuestro juego, y según entraba iba haciendo volar y echaba fuera de los nidos las plumas que pusiéramos, al primer envite las de los nidos superiores, y poco a poco, por filas, y cada vez con más trabajo y pausa, las de las filas inferiores. Más de una vez el viento tenía que declararse vencido, que no llegaba su aliento a las pequeñas plumas blancas de los nidos de la última serie. Si por un casual nos encontraba allí el norte, entonces sí, Zenón, entonces el juego era hermosísimo. Entraba con el manto desplegado y a su voz volaban a un tiempo todas las plumas. Si las habíamos pintado de colores, volaba dentro del palomar un arco iris partido en menudos trozos.

Sonrió Ulises, acaso para que lo viese su propio corazón, a aquella memoria de infancia.

—Este es un amplio palomar. ¡Y qué limpieza! Oirás en la noche el mochuelo del olivar y el del cerezo. Cada uno da su nota. Sí, cabemos cinco. Ando preocupado, amo, por mis amigos Cimón y Dionisio.

Se les aficionó un cabrito del sacristán, brincaba con ellos. Cimón es infantil y



Dionisio goloso. ¡Pudieron caer en la tentación! El cabrito desapareció. Lo iban a destetar al día siguiente. Pudo, con su instinto, darse cuenta de que se le acababa la prima de leche y marcharse irritado. Pudo aficionarse a un forastero, así como se había aficionado a Cimón y Dionisio, Los echaron ayer de la cárcel y durmieron al sereno, a sotavento. Pero las heladas caen igual a sotavento que a barlovento, y después vienen las reumas y calambres y la flema de las mañanas. Me preguntaban hoy al amanecer si habría trabajo en tu casa para ellos.

—¿En Ítaca? Dentro de un mes andarán preocupados mis criados Jasón y Alpestor buscando segadores. Y después de la siega viene la trilla, y después la cavada de los prados bajos, y luego la vendimia. ¡Hay trabajo en mi casa, Zenón!

—¡Oh, ellos son pariotas naturales, enemigos de la emigración! Decían en tu casa aquí, mientras esperas la función de teatro.

—Ni para ti tengo trabajo, Zenón. Cuando veas encendido el farol de la puerta, puedes venir, y entonces te doy vino y compañía. Pero los más de los días vagaré esta isla. Ofelia me lavará la ropa y vendrá a barrer.

—¡Sí, señor!

—¡Les voy a dar un disgusto a Cimón y Dionisio cuando vengan al anochecer! Amo, permíteme que mande a Epiro por un garrafón de vino. Si los convidas al despedirlos, quizá les duela menos la negativa. ¿Tienes cambiado? Por cuarto miguelino de plata trae Epiro el garrafón lleno de vino de la izquierda. Tenemos pan y cordero. ¿Quieres añadir dos sueldos para aceitunas? ¡Eres una mano generosa! ¡Vete, Epiro, corre! ¡Que no noten en tu semblante Cimón y Dionisio la triste noticia que les espera en este alto palomar!

Zenón se golpeaba con el cayado la rotunda frente. Se sentó junto a la puerta, en un apoyo de piedra que habría servido en su día para posar los sacos de alpiste y cañamón.

—¡Hay reyes de mendigos! —comentaba para sí, en voz alta.

Tiró el cayado al suelo y puso sus pies sobre él.

—¡Un mozo elegante que no quiere ser amo! ¡Los pobres tenemos derecho a amo! ¡Yo siempre fui partidario de la aristocracia, y ahora se me da este pago! ¡Lo siento especialmente por Cimón, tan tierno, tan calladito, tímido pajarillo que picotea en las veredas!

—¡Es peleador! —afirmó Ofelia.

—¡Se adelanta! Es el miedo, capitán, que lo obliga. Teme que lo maten y se adelanta. Además es zurdo, pero con la especialidad que no lo sabe: apunta con el ojo derecho y golpea con el puño izquierdo, y no mide, y parece mucho más violento de lo que es. ¡Pobrecito! ¡Un conejillo de corral!

Se volvía a Ofelia el irritado Zenón, admonitor.

—¡Y tú debías de respetar los zurdos! ¡Todos los sátiros son zurdos!

—¡No se lo noté a mi Bliofernes!

—¡Andabas salida! Son zurdos, sí señor. Gente carnal y espantadiza, como el

pobre Cimón. ¿No trataron los de los al ciego Jacinto? Jacinto era un sátiro que cegó de una helada, y sus connacionales lo trajeron a los, que venía recetado de Anatolia a baños de lavanda, y la más aromada es la nuestra. Hizo promesa de continencia ante el gobernador y el abad, que aceptaron su palabra sin poner reparo. Y era zurdo. Vivía en el monte, con una criada vieja que dejaban pagada los suyos. La criada lo guiaba hasta el juego de bolos, en la marina. Jacinto tiraba con la izquierda y tenía tomada la medida. ¡Barría en cada bolada! Se le puso en seguida el acento de los, y aún salió más melífico que nosotros. Hubo discusiones sobre si valía para testigo, y el gobernador dijo que lo preguntaba a Constantinopla. Daba como prueba de que no era sátiro rescatado, que los hay, especialmente de siríacos del desierto, el que era noblemente zurdo. Cuando le vino de Constantinopla el título de testificante, solicitó que le levantaran la continencia, a lo que accedió el Gobierno, eso sí, poniéndole donde decía continencia, moderación. No le sirvió de nada la bula, que cuando empezaba a ensayarse, vino un bergantín de Malta y traía la peste, que se corrió súbita, y en el camino halló a Jacinto.

En estas divagaciones y suasorios experimentos estaba Zenón, cuando tras Epiro y su garrafón asomaron por la puerta del palomar los aspirantes Cimón y Dionisio. Se quitaban lentamente los sombreros de cuero, de ancha ala, y mostraban las hirsutas pelambres, en ambos rojas e intonsas. Cimón era pequeño y graso como Epiro, pero Dionisio era alto y delgado, aunque fornido y musculado. Su rostro cetrino asomaba por encima del cuello del garrafón lleno de vino que portaba Epiro en la cabeza.

—¡Tendréis que dormir al sereno, hermanos! —les gritaba Zenón, lamentándose—. ¡Lo dice el extranjero! ¡Palomas mías sin palomar!

Dionisio apartó a Epiro y se adelantó hacia dises. Tendía las manos implorantes, pero el laértida vio en los desnudos brazos la tensión de los músculos del mendigo. Zenón se recostaba contra la pared, y seguía quejándose irónico.

—¡Hay grandes señores sin corazón! ¡Hay reyes de conejos!

Dionisio echó hacia atrás los brazos y se lanzó contra el pecho de dises, la cabeza baja. El mozo saltó, esquivándolo, y lo zancadilleó. Un grito de Ofelia le hizo volverse; con llave gálica, mano al antebrazo y puño al estómago, volteó a Cimón. Otra vez ofrecía Dionisio pelea. Por entre las tinieblas de un negro puño que se abatió sobre su rostro, vio Ulises la sonrisa de Dionisio y un mentón lleno de baba y sangre, y ciego acertó allí con sus dos puños; se dio cuenta de que el anillo paterno, que figuraba la cuerna de un buey, rasgaba carne y que por entre sus dedos corría sangre caliente. Oyó el lamento de Dionisio y se arrimó a la pared. Sentía el borde de los nidos de las palomas, abiertos como un filo de pizarra, clavarse en su desnuda espalda. Se acordó de todas las lecciones de Jasón, y respiró profundo. Veía las cabezas de los tres mendigos asomarse lentamente, como saliendo de un pozo. Sentía su asqueroso aliento sobre su nariz. Oía a Zenón.

—¡Seca con tu mano la herida del hermano Dionisio, amo mío!

Cimón era torpe y se adelantó en el ataque. Caído, Ulises lo pisó, y las poderosas

y ágiles manos ítaicas golpearon una y otra vez el rostro y el hígado de Dionisio. Ulises, como ciego, sacaba lentamente sus puños de la violencia y de la sangre del mendigo. Dionisio huyó, tambaleándose, seguido de Cimón. Zenón se acurrucaba cabe la puerta.

—¡Oh, malvada gente de Paros! ¡Así se explica que el Basileo no les permita puñal con punta!

Ofelia ofreció agua al laértida, quien mantuvo el grato frescor durante largo rato en el rostro. El puño de Dionisio le había roto por dentro el labio contra los dientes, y lo sentía hinchar, dolorido.

—De todas formas, Ulises, fuiste cruel con esos pobrecitos. ¡Por un poco de cobijo esa gran pelea! Señor, bebe algo.

Ulises sacó de su bolsa una moneda y se la tiró a Epiro.

—¡Vete! ¡No te necesito!

—¡Reduces tu casa a la mitad! —comentaba Zenón meneando la cabeza—. ¡Se abaten los reinos! Yo estoy viejo en demasía para ir a la polis a buscar el garrafón, y Ofelia es una dama.

Ulises posó su mano diestra sobre la mano de Zenón que descansaba en el puño del cayado. Apretó, y la contera de hierro se clavó en la arena, entre dos losas. Apretó hasta que Zenón se dolió.

—Dormirás fuera, Zenón, junto a la puerta. Yacerás sin vino y sin conversación, sobre la hierba.

—¡Gran duque, misericordia! A los exiliados en todas partes se les permite beber lo que quieran en la noche de la expulsión. ¡Regálame dos jarros, amo mío! Cuando expulsaron de Samos a Tadeo, un médico que quería resucitar las antiguas demagogias griegas, lo emborracharon sus secuaces, y cayó en la arena y durmió, y todo el tiempo que estuvo dormido regaron su cuerpo con finos vinos. Cuando partió dijo que nunca se quitaría aquellas vestiduras. Paros lo recibió, que venía a curarle las verrugas a la amiga de un gobernador, que se le ponían como setas en las mejillas porque desde Constantinopla, con dos espejos, aojaba la esposa, que estaba en lágrimas, abandonada, y el gran Tadeo olía todavía a vino, y los catadores se acercaban a él, aspiraban en su túnica y en su manto, y reconocían los vinos de precio que los habían empapado, diciendo en voz alta los hermosos nombres. Un cabo de mar retirado olió, y pidió a Tadeo que le permitiese chupar la parte del manto que había olido, que era un trocito teñido del color de la violeta por un vino que llaman de la reina mora, y el cabo lo bebía en Samos cuando andaba enamorando. Tadeo, considerado, permitió que chupase por tres veces.

—¡Vete, Zenón! ¡Vete sin vino, y si pasa Tadeo en la noche, chupa su manto!

—¡Eres soberbio! ¡Reconozco en el tuyo el puño invisible de Hércules! —dijo Zenón levantándose.

Salió con la cabeza baja, y Ulises cerró la puerta y atrancó. Encendió el farol de aceite. Ofelia estaba arrodillada junto a la fuentecilla, apoyada en el bebedero.

—Cena y bebe, Ofelia, y acuéstate donde quieras. Toda esa paja es para ti.

Miraba a Ulises el ojo hermoso y húmedo, agradecido; llenaba al laértida de luz dorada, acariciándolo con las largas pestañas. Ulises se turbaba, y se volvió de espaldas, poniéndose a doblar cuidadosamente el manto sobre el catre. Vino desde el agua de la fuentecilla, mezclada con el canto ágil del chorrillo, la voz plena y musical de Ofelia.

—¡Señor amo, átame con esta cuerda! ¡Átame por encima y por debajo de las rodillas! ¡Soy una mujer honesta!

—Respeto tu castidad, Ofelia, pero no es necesario.

—Sí, amo. ¡Te lo pido! ¡Átame por encima y por debajo de las rodillas! Haces tres nudos, y aprietas. Ulises sonreía. Se acercó a Ofelia y tomó de sus manos la áspera cuerda. Ofelia se había sentado en el suelo y mostraba las largas piernas desnudas. Ulises se arrodilló. Ofelia tenía blanquísimas las carnes. El laértida ató por encima y por abajo de las rodillas, haciendo nudos lacónicos de dos vueltas. La piel suave y fresca de los muslos de Ofelia se deslizaba bajo las yemas de los dedos de Ulises mientras ataba. Se levantó y ofreció vino a Ofelia.

—¡Por la castidad! —brindó Ulises.

—¡Es por si viene Bliofernes, amo! ¡Es tan celoso!

La voz de la mendiga alcanzaba notas que sorprendían los pequeños y cuadrados vidrios del farol de aceite, dos blancos y dos azules, y los hacían vibrar.

—¡Que sea también, Ofelia del hermoso ojo, por los vientos locos que pudieran levantarse en el océano de los sueños del mozo Ulises!

Ofelia se ruborizó y cruzó los brazos sobre el pecho. Mientras Ulises cenaba, sentado en el catre, Ofelia bebía a pequeños sorbos el fresco vino. Acarició con sus manos los gruesos nudos que hiciera en sus muslos Ulises, y lentamente entornó y cerró el ojo único, inventando en el palomar de la señora Alicia la más oscura noche.

## IV

**U**LISES posó las manos en el borde de la pared recién encalada, y respondió cortésmente a la muchacha.

—Viajo en busca de hierbas y plantas medicinales, y de raíces. En tu país es muy olorosa la genciana, y ¡no he visto en parte alguna vestidas de rojo más solemne las caperuzas de la digital! ¡Míralas en ese prado!

—Ese prado es de mi padre. Me dijo que si tenía alguna vez un pretendiente honesto, que gustase de ir al atardecer a abrirle el agua al prado, y de estar apoyado en el mango del ligón viendo cómo se llenaban los canalillos, que lo pondría en mi dote, juntamente con aquel alto trebolar. Me llamo Penélope. Cuando era niña venían de las aldeas vecinas, y aun de otras islas, a verme los ojos verdes. Como soy la menor de las siete hermanas, aprendí a tejer.

Ulises se había levantado muy temprano, y dejara a Ofelia al cuidado del palomar y guarda del equipaje. Zenón había desaparecido. Ulises buscó el camino de los pastos verdes que veía a lo lejos, junto a la cabeza rocosa de los oscuros montes. Cruzó cuatro riachuelos cantores y espumosos, y en los cuatro mojó los labios y los pies. Le gustaba poner en uso en aquella tierra extraña los ritos benéficos de la suya. Mediaba la mañana cuando en un breve llano resguardado del Norte, vio la casa, grande, cuadrada, emparedada de basto granito, y la huerta, redonda, cercada de muro bajo, con algún trozo encalado. Subida a la pared, junto a la puerta del camino carretero, estaba la muchacha. Parecían coronarla las ramas floridas en blanco de los perales. Se peinaba despacio con peine de boj de tres púas iguales. Se asombraba, sin sonrojarse, de la presencia del forastero, manteniendo en el aire la mano que sostenía el peine. El pie descalzo que colgaba sobre la pared, buscó refugio bajo la acampanada falda. Ulises se acercó a Penélope, tomó entre las suyas la mano izquierda de la muchacha, y contempló la blanca palma, que se abría sumisa.

—Tienes en la palma la señal del estribo del telar cretense, que ya viene en hermosísimas manos en alados versos antiguos. Eres verdaderamente una tejedora. Mi madre, que es hilandera, tiene en las yemas de los dedos índice y pulgar de su mano derecha un canalillo, más fino que los de tu prado, que ha ido abriendo la lana que enhila el huso girador.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Si estuvieras sentada ante el telar, y tuvieses entre las madejas de blanco lino un ovillo de hilo rojo, te diría mi nombre para que lo fueras tejiendo letra a letra. Te diría que tejieses una U. Mientras tejías, iríamos diciendo nombres que comenzasen por u.

—¡No sé leer! —dijo Penélope ruborizándose.

Ulises le mostraba cómo era la U, dibujándosela en la mano, imitándola con dos dedos.

—Me llamo Ulises, y soy nativo de Ítaca, una isla lejana. Es una isla pequeña, tan

pequeña que hace tres lunas mis pies la cubrían toda y las uñas de mis dedos arañaban el mar.

—¿Eres soltero?

—Además de hierbas medicinales, escucho el canto de pájaros extraños y busco esposa. Mis padres me autorizaron a regresar casado.

—Mi madre murió. Solía decir que muchas veces una bella esposa, traída a una isla desde otra remota, es el más hermoso final de una novela.

—No te podré llevar a Ítaca, dulce Penélope, si no como. ¿Me vendes un cuenco de leche y un codo de pan?

Rió la muchacha saltando de la pared e invitando a Ulises a entrar en la huerta. Penélope se dirigía hacia la casa con rápido paso, seguida del laértida. Volvía hacia el forastero el sonriente rostro, y mientras caminaba se peinaba el corto cabello oscuro. La casa tenía amplio porche en la fachada, y bajo él había cuatro bancos de piedra. Las ventanas eran pequeñas, como suelen serlo por los vientos en los países montañosos, y abrían a desigual altura en la pared de granito sin labrar, por la que trepaba el lúpulo hasta el tejado. En el banco más próximo a la puerta sentaba un anciano, vestido según una moda antigua y rica, con blusa y pantalones blancos adornados con encajes y puntillas, por las que pasaban cintas de rojo terciopelo. Se cubría la cabeza con una birreta redonda adornada con flores de tela y plumas de perdiz. Rascaba uno contra otro los pies descalzos.

—¡Abuelo, recibimos un joven forastero!

Penélope era alta. La blusa que por delante cerraba al pie de su largo cuello, por detrás abría hasta la cintura, dejando ver la desnuda espalda. La falda almidonada le volaba por encima de las redondas rodillas. Tenía la voz aguda, y sorprendida a veces de oírse en aquel tono suyo tan vecino del grito, la dejaba caer en acariciantes murmullos confidenciales. Posó en Ulises los serenos ojos verdes.

—¡Es el abuelo Leónidas! ¡Espera!

El abuelo contemplaba con curiosidad al forastero. Impaciente, acaso por el silencio de este, golpeó las rodillas con las rugosas manos.

—Mi padre fue una vez forastero en Candía. Se puso el sombrero y dijo que quería salir a ver mundo. Se vistió como yo estoy vestido ahora. Mi madre le recomendó que se abrochase. Una ropa de fiesta no luce desabrochada. Llevaba pompones de repuesto para los zapatos, amarillos, verdes, blancos. Llegó a Candía y se rieron de él. Gritaba que viajaba vestido de fiesta, pero no le hacían caso. Le tiraban de las cintas, le desgarraban los encajes. Le hablaban con voz femenina. Mi padre tenía bigote, un bigote negro, tieso al frotarlo con sebo y miel. Era muy varonil; en su mocedad tuvo que librarse de ir a Constantinopla de lancero de a pie pagando doce ángeles de plata. Mi abuelo los había dejado caer, uno a uno, en la bota derecha del almirante, en la única bota que tenía, porque era de la izquierda pata de palo. Toda la vida oyó mi abuelo, en sueños, caer el río de monedas dentro de la bota. Mi padre era un hombre hermoso, y los candiotas, viéndolo de encajes y puntillas, lo tildaban

de marica manifiesto. Toda la riqueza de nuestra casa estaba en ropas de fiestas. Vendíamos el aceite y comprábamos puntillas, vendíamos dos terneros y comprábamos terciopelo rojo. Decían en todo este país de los montes que éramos los más ricos, porque teníamos en las arcas setenta trajes de fiesta. ¡Setenta y dos! Nuevos, completos, con sus botonaduras de nácar y de plata. ¡Y en Candía riéndose de mi padre, que llevaba encima catorce varas de encaje franco! Regresó mi padre y dispuso que se usara por los varones a diario el traje de fiesta. Abotonábamos, e íbamos a cavar la roza llenos de encajes, y a recoger el lúpulo. Los vecinos lloraban viendo maltratar tanta riqueza, y algunos, ofendidos, nos vendieron sus tierras y se fueron. Ya no nos quedan más que cuatro trajes nuevos. Yo gasto este y mi hijo, el padre de Penélope, gasta otro. El que se case con Penélope gastará uno de los que están vacantes, si así lo desea.

El viejo Leónidas miraba a Ulises, cazurro, con sus ojillos claros. Vino Penélope con un tazón de barro lleno de leche, y Ulises, echando hacia atrás sus manos, bebió de las de la muchacha. Un criado trajo en un plato rebanadas de pan con miel y esperó a que Ulises terminase de beber para ofrecérselo. Penélope se sentó en las escaleras al lado del laértida, quien comió pausadamente y en silencio. Los ojos verdes de Penélope eran dos aguas quietas. La muchacha tenía la frente estrecha, y la nariz recta y corta, levemente empinada en la punta. La boca la tenía carnal y redonda, sangrienta, y en el mentón el río de una vena azul que descendía de la rosada mejilla, se partía en hilos tortuosos. Mostraba altos y separados pechos.

—¡Nunca más fuimos forasteros en parte alguna! —decía el abuelo Leónidas retomando el hilo de su historia.

Penélope tenía la piel blanca, aunque sonrojaba manzanera en las mejillas, y comenzaba a solear con la vida al aire libre en el alegre tiempo que había venido con las golondrinas. En el invierno montañés, en los breves días en los que la niebla pasea a tientas los brezales, y en las largas noches de viento aullador y lluvia, sería tan pálida, sentada al telar, como Euriclea. Se inclinaba hacia Ulises, inocente y sensual.

—¡Cómo lucirías con nuestro traje de fiesta!

—¡Los extranjeros no saben abotonarse! —criticaba el viejo Leónidas mesándose la barba—. ¡Diecisiete botones, alternando nácar y plata!

Se oían carros en el ancho camino veraniego. Ulises creyó estar en Ítaca al oír la voz agria y seguida. Se contaban todavía con los dedos de las manos las semanas que hacía que faltaba de Ítaca, y sin embargo, cuando algo se la recordaba, humo, sabores, viento, carros que cantan por caminos hondos, se le ponía un inquieto peso en el corazón.

—¡Te tira Ítaca! —le gritará Alción si lo halla en la bahía laconia cuando brote la luna nueva de las vendimias.

Entre todas las melancolías del mundo, una habrá propia de los isleños naturales. ¡El pequeño y lejano nido! Otra melancolía será la de las grandes llanas continentales, y habrá la melancolía de los fluviales, ribereños de un río que no saben

dónde nace ni a dónde va a morir, y lleva sus rostros y las luces de sus casas.

—¡Es mi padre! ¡Regresa con los criados de segar el heno! Penélope se levantó al mismo tiempo que Ulises. Estaba dos escaleras más arriba, y para ver mejor por dónde venían los carros, se empinó en la punta de los pies, apoyándose con ambas manos en los hombros del laértida. Ulises sintió un suave calor desparramándosele, por la garganta. Lo puso en palabras, casi sin pensar lo que decía.

—¡Cuando llegue tu padre, puedes presentarme como un honesto pretendiente!

—¡Ya verás, forastero, a Icario, padre de Penélope! ¡Los diecisiete botones asomando por su ojal cada uno! Y en el bolsillo del calzón, aguja e hilo, por si algún botón se tambalea, pegarlo seguro.

Icario venía en el carro delantero, recostado en los haces de heno. Los carros subían lentamente hasta la casa, diciendo la fatiga del viaje con el sostenido canto. El heno venía atado en grandes haces, que rebosaban del varal, y por delante caían hasta acariciar el lomo de los pardos bueyes mogones. El heno temprano de las veranías no perfuma hasta que lleva muchos días en el henar; ya seco y cuando se cree muerto, despiertan en él dulzones aromas, y si metes la mano en aquella espesura, encuentras un grato y profundo frescor.

Al entrar el primer carro por puertas, Icario saltó, agarrándose a una cuerda, y vino hacia la casa, en una mano el largo aguijón de fresno y en la otra el sombrero festivo. Pénélope salió a su encuentro, y le puso las manos en el sudoroso pecho.

—¡Padre, ha llegado un forastero!

Icario era pequeño, gordo, moreno, la nariz grande; la boca pequeña, redonda, los labios carnosos, recordaba la de Penélope. Recortaba la barba en dos puntas, pero dejaba los bigotes largos y caídos. Era inquieto, lo que contrastaba con su físico, y los ojos negros lo mostraban impaciente, girando inquisidores, diciendo extrañas alertas y sobresaltos. Entregó a Penélope el aguijón, se puso el sombrero, se sacudió encajes y puntillas de polvo del camino y hierba, y estiró la blusa, abotonándola en el sudoroso cuello.

—¿Es mozo?

Tenía la voz ronca, y tartamudeaba al iniciar el párrafo, que después decía seguido. Saludó Icario a su padre Leónidas levantando una mano, y se dirigió a Ulises. El laértida estaba arrimado a una columna del porche. Aquella mañana se vistiera el jubón amarillo, que solía usar desatado, colgando los cordones que remataban en dos pequeñas monedas de cobre, y calzas negras cortas. Se abanicaba lentamente con la montera de cintas. Los ojos los tenía en Penélope; se arrastraban hasta los finos tobillos, reconocían las redondas rodillas, giraban con su cintura, saltaban con sus pechos y descansaban en la boca, a medias entre el aire de la sonrisa y los labios carnales. Temía que si levantaba los ojos y encontraba los de ella, se enredaría en aquella profunda selva y ya no hallaría camino libre nunca más. El verdor de los ojos de Penélope estaba hecho de lianas mojadas, de herbáceas



gigantes, de acuáticas junqueras; y por debajo de toda esa flora corría un río verde y cálido, rico en rápidos, en espumas, en peces plateados. Penélope era ese río secreto, esa selva enorme, y carne. A Ulises le ardía la frente. Recordó la fiesta de las espigas en Ítaca, la pupila rubia de la Siciliana, el pequeño cantor ciego, las esposas de los héroes solas en sus lechos, los héroes apoyando la frente en los vientos para más presurosamente conducir las naves a puerto. Buscaba palabras y él, fértil en el vario discurso, imprevisto embustero, sabidor de historias y pasos famosos, jonio en fin de suelta lengua, se hallaba mudo.

—¡Bienvenido, forastero! Yo soy Icario y esta es mi casa y la casa de mi padre.

La tartamudez imprevista de Icario hizo, de pronto, real la escena en el espíritu de Ulises.

—Yo soy Ulises, hijo de Laertes, boyero y carbonero en Ítaca. Viajo por ver mundo.

El canto de los carros había atraído una grey de pequeños infantes de dorado pelo que corrían hacia los lentos vehículos, reclamando de los criados que los izasen a los haces más altos.

—Son los hijos de mi hija mayor —dijo Icario—. Está casada en la casa y la heredará.

Ulises halló la ocasión de hacerse dueño de su propio discurso, de referirse a sí mismo y a su presencia, de llevarla, como solía, a la curiosa atención de los circunstantes. Se inclinó ante el gordo Icario, cuyas mantecas amenazaban derretirse bajo los encajes y puntillas, y que incómodo por el cuello abotonado, hacía girar una y otra vez la cabeza, intentando salir de la prisión del terciopelo rojo; se inclinó, digo, el laértida, y con la voz de Amadís, o de Menelao mozo, o de Romeo, con la voz clara y estremecida de los que se gustan heridos de amor y el venablo profundo, voz de la segunda en el cello, anunció:

—Yo soy, Icario, un honesto pretendiente de amor. Pénélope se tapaba el rostro con ambas manos, pero Ulises pensaba que bajo las suaves palmas estaba sonriendo. Icario lo miraba confiándose, golpeándolo con los ojos negros vivaces, queriendo seguir con ellos por el aire las palabras de Ulises, como para asegurarse de que habían sido dichas. Sonrió, se volvió hacia su padre que seguía rascándose los pies, pacífico y gruñón; golpeó en el hombro a Ulises con el aguijón. El laértida medía una distancia entre Icario y él que lo pusiese por dueño en el encuentro.

—Futuro suegro, pues la jornada se anuncia tan feliz, desabróchate los dos botones del cuello.

—¡Ah, los malditos botones! ¡Todo porque a mi bisabuela se le ocurrió que el traje de fiesta desabrochado no luce!

Se desabrochó alegre y se volvió a Penélope.

—¡Quita las manos de la cara! Todos sabemos que estás muy bien educada. ¿Qué se responde?

Penélope hacía verde con sus ojos la luz del día. Contempló a Ulises con una

mirada tranquila, afectuosa, habitual; con la misma mirada con que lo contemplaría después de cinco, diez años de casados, y padre de sus hijos. No, no debió sonreír cuando se tapó el rostro con las manos; estaba, en la sombra, haciendo una larga mirada respetuosa y matrimonial, esa con la que ahora acariciaba a Ulises, desde los rizos insumisos hasta las sandalias caprinas. Esa misma que de pronto reventaba, como corteza de higo maduro en exceso, y dejaba asomar un asombro de llameante amor, deseos locos y felices miedos. Apenas, tan súbitamente rota, pudo responder lo que era obligado en Paros, en hijas de labriegos montañeses.

—¡La voluntad de mi señor padre!

Y corrió hacia la puerta de la casa, perdiéndose en el oscuro pasillo.

—¡Desabrochase delante de un yerno! ¡Te perderán el respeto, Icario! ¡Te comerán las orejas!

Icario vio burla en la sonrisa de Ulises, y se abrochó rápido el cuello. Ulises tiró de los cordones de su jubón y lo cerró.

—Entremos —dijo Icario—. Mi hija mayor ya habrá puesto el pan en la mesa. Mezclamos trigo y centeno, y hacemos hogazas grandes, familiares.

Ulises cedió paso al anciano Leónidas, y se dejó empujar por Icario. Nunca había visto sudar tanto a nadie como a su futuro suegro. Quizá como montañés autóctono, descendiese de cíclopes sudorosos, peludos y tambaleantes palacios habitados por las ciegas garrapatas.

La hermana mayor de Penélope escanció vino. Era un agrillo suave y perfumado, rosado de color.

—Llamaremos a Pretextos y te explicará la función. Cuando hay teatro en Paros, baja siempre a la ciudad. Lleva en el zurrón pan y cecina para una semana.

—Padre —interrumpió la hermana mayor—, el mozo Ulises aún no terminó de contar de su casa.

—¡Ah, sí! ¿Tenéis viñas?

—Tenemos dos. Allí todo es tinto. Después de la vendimia paseamos la imagen de san Glicerio por los lagares. A muchos les cae dulzón nuestro tinto, pero los forasteros se acostumbran en seguida y en la taberna de Poliades reclaman a gritos el vino del país. Mi casa vende el vino que consumen los atuneros. Dicen que es más graduado que otros.

—¿Tienes ya cama matrimonial? —preguntó el viejo Leónidas.

—Siendo primogénito era obligado. Es de nogal.

—¡Penélope, como cene carne, no hace más que darse vueltas en la cama toda la noche! —dijo la hermana.

Penélope estaba sentada al lado de Ulises, en una silla baja, los brazos cruzados sobre el pecho. El pretendiente contemplaba la redonda cabecita, y admiraba el suave cabello recortado y el fino cuello, tan dulcemente hundido en la nuca.

—¡Ya se ve que es gente rica! ¿Tenéis algún tío clérigo?

—No.

—Es lo mismo. Sin duda que es lo mismo en Ítaca, pero aquí nos gusta, invitando parientes a las fiestas, mostrar a los vecinos un primo o un tío con órdenes mayores.

Fueron a llamar a Pretextos. Entró apretándose la faja. Era de mediana talla y muy flaco, muy aguileño de nariz, y el labio inferior lo tenía roto y caído. Calzaba claveteados zuecos sonoros.

—Este es Pretextos. ¡No pierde función!

Pretextos se sentó en el escaño que le indicó Icario. Tenía desmesuradas manos, nudosas y peludas, y entre ellas desaparecía el cuenco con vino que le ofreciera la hermana mayor.

—A veces también trabajo en la función. Me avisan cuando ha de rugir el león o gangar el búho. Ahora estoy ensayando el búho para el bosque de *La tragedia del rey Lear*. Ha de chillar lejano, primero, y cuando pase por entre los árboles la mitra del rey, y diga el bastardo loco desde las almenas aquello de «las ramas no me dejan ver su corazón», entonces gango mismo encima, agorero, y el rey levanta la cabeza. Me ponen en el aire, atado por la cintura con una cuerda. Cuando tengo que imitar el búho procuro pescar un gran catarro antes de la función, y entonces me sale el chillo rascado, y no queda paloma que no se asuste y huya en una legua a la redonda.

Llegó el marido de la hermana mayor, Sergio, un cretense alto y desgarrado. Se sentó en silencio, y contempló curioso al hijo de Laertes.

—Eres de Ítaca, ¿no?

—Sí, aunque no autóctono.

—Conocí a un piloto ítaco, a un tal Foción.

—Murió en un naufragio. Está enterrado con mi manto. Fue quien me enseñó a mirar el mar.

—¿Hay escuela de eso en Ítaca? —preguntó Icario. Ulises quería que entendiera Penélope que estaba respondiendo para ella, que estaba haciéndola saber quién era él, el forastero que la pedía en matrimonio.

—Sí —respondió el laértida—. Desde niños nos enseñan a mirar las cosechas y las estrellas, el mar, los bueyes, los mirlos, las armas, las mujeres, las palabras...

—¿Las palabras?

—Sí, las palabras. Ítaca tiene la forma de su nombre: el alto monte lo dice la I, la T con su palito transversal figura las abas montesías donde reinamos libres los carboneros, y la C y las dos A que siguen a la T, los llanos son que llamamos las marinas, las riberas abiertas, los plácidos arenales. Es otro leer verdadero.

Penélope levantaba hacia Ulises los ojos verdes.

—En una piedra blanda, joven esposa, grabaré para ti con la punta de mi puñal el nombre de la isla. Podrás acariciar así mi país cuando estés sola, mientras yo no te lleve a él en trotadora nave.

—¡Eso parece hablar de teatro, sí, señor! —aseguró admirativo Pretextos.

Le entregaban Pénélope a Ulises, se la ponían en las manos. Les era más fácil

entregársela a aquel desconocido de rica y flexible voz que a un labriego o pastor vecino, de trato cotidiano. Ulises no había hablado de dote, no iba a llevarse a Ítaca los prados ni el trebolar. Se le darían a Penélope ropas de lino y en un pañuelo unas monedas. Icario, Leónidas y Sergio se miraron entre ellos; estaban pensando en lo mismo, en cuántas monedas. El viejo llevó la mano diestra al cinturón. Seguramente que en un bolsillo interior tenía guardadas piezas de oro. El yerno cretense siguió con la mirada la mano del abuelo y sonrió de la caricia que le vio hacer sobre el cuero.

—Cuando los amores de la vida se parecen a los del teatro —comentaba Pretextos—, yo me alegro y me siento en primera fila. —Llenó una vez más el cuenco de aquel vino ácido y suelto, y brindó amistoso—: ¡Porque empreñes tan aína como las damas en la tragedia!

Penélope ponía delante de los ojos de Ulises la roja boca entreabierta.

Acordaron los hombres ayudar a los criados a extender el heno en la era, tras la casa, y Ulises concertó con Pretextos bajar juntos hasta el palomar de la señora Alicia, donde harían noche, y al día siguiente Pretextos le presentaría al mozo el cómico Pericles y su elenco.

—La boda —dijo Icario— puede ser para la víspera de San Juan.

—Pongo mi palabra en tus manos —declaró Ulises.

Tenía en su espalda la mano abierta de Penélope. La pequeña y dulce mano estaría oyendo latir su corazón, mirando con las yemas las letras, una a una, de las palabras locas, enamoradas, ardientes, que el mozo estaba inventando. Palabras que al pasar, por el camino de esa mano, del sueño de él a la inmensa expectación de ella, se detenían un instante en la señal que el estribo del telar antiguo había hecho, día a día, en la palma de la paciente tejedora. Y el amor se hizo en aquel mismo instante profundo y puro, y eterno.

## V

**B**AJARON sin prisa desde los montes a la vallina. Antes de iniciar la bajada, en lo más alto de los pastizales, por donde va el camino real, Ulises se detuvo a contemplar la casa y las tierras de Penélope. Las miró como parte corporal de esta, con amor, y se prometió recorrerlas paso a paso para poder poner estampas a las palabras de Penélope cuando en Ítaca le contase memorias, acaso añorante. Quería saber de qué fuente bebía, y en qué cerezo las cerezas más dulces.

—¿La conociste hace mucho tiempo? —preguntó Pretextos.

—No. Fue hoy la mirada primera.

—¡Ah, un pronto de asombro! ¡Me gusta a mí eso! En Esmirna estuve en una comedia en la que una muchacha llamada Felisa veía desembarcar a un corredor de media legua vallas, que traía una cinta azul por la frente, y a la hermosa se le caía de las manos un florero que estaba limpiando. El atleta, sorprendido, levantaba la cabeza y dejaba allí el corazón. Ya se pone en los papeles de la comedia, al margen: «Un pronto de asombro». A ella querían casarla con un pregonero de edictos imperiales, que era viudo, pero sacaba un sobresuelo con una parada que tenía, con garañón calabrés, y siempre estaba en la farsa alabando el garañón, que si era muy humano, y muchos maridos debían tomar apuntes de miramientos, y que no se mareara desde Catania a Famagusta de Chipre, que era donde pasaba la pieza. Cuando se representó por segunda vez, entrando el viudo a tratar las bodas, y ponía en la mesa una bolsa con dinero, y la Felisa estaba dentro de un armario abrazando a su corredor, y el armario estaba abierto por detrás con arte, para que el público viera las caricias, yo me levanté e imité el cuco. Fui muy aplaudido y el teniente veneciano que presidía me mandó vino y pastelillos de nuez.

Pretextos humedecía con la gorda lengua el labio roto, e imitaba el cuclillo de mayo.

—¡Cu-cóo! ¡Cu-cóo!

Con ellos, con el frío hocico pegado a sus espaldas, bajó desde la montaña la niebla, pisando lentamente los pastizales y los trebolares, y deshilándose en las retorcidas ramas de los olivos. Allá abajo, en un abierto, estaba la polis, dorada por el sol poniente: el mar era una verdiclara túnica ondeante. Ulises le señaló a Pretextos aquel hermosísimo campo de luz.

—Alguna vez, en mi isla, he bajado del alto Panerón con la niebla en los tobillos, can sumiso y silencioso, y cuando comenzaba a temer la noche en los caminos, entre dos espesos paños de niebla, veía, abajo, el último rayo de sol en la arena y en el blanco muro amante de mi ciudad, y entonces se me ocurría cantar, y corría hasta entrar en el corral de mi casa cantando, y soñaba yo que mientras cantase, la niebla no me envolvería del todo y vería el camino con mi voz, y con ella mostraría mi rostro al criado que acudiera a esperarme con una antorcha de carbas retorcidas, y a la madre que salía a la solana, inquieta, preguntando si había llegado el hijo vagabundo.

La niebla se iba como un río por entre las colinas que veían el mar, y dejaba en la claridad vespertina los cerezos y el palomar. A la puerta de este encontraron a Ofelia zurciendo en los volantes de sus faldas. A su lado, tendido boca abajo, dormitaba Zenón.

—¡Oh, amo! —dijo Ofelia con la amplísima voz. Despertaba Zenón frotándose los ojos. Mientras dormía se había babado, y la baba era de tinto de la izquierda, una gran mancha redonda en la camisa remendada.

—¡Ah, duque! ¿Traes contigo un dios que encuentre perdido en la niebla? ¿Aumentas tu casa con bárbaro hondero montañés?

—Este es Pretextos, Zenón, que baja a Paros a imitar el búho en la función del rey Lear.

—Ayer llegaron los cómicos. Esta mañana he bebido con maese Juan Pericles en la plaza. Trae una bailarina nueva. Amo, le hablé de ti a la bailarina y a Juan Pericles. Les dije que eras de la familia del rey Lear, un príncipe de britones, y que querías saber por el teatro cuán tristemente fue cortado aquel ciprés real.

—¿Eres de esa sangre, señor Ulises? —preguntaba Pretextos quitándose el redondo sombrero de paja—. ¿Eres de esos mortales sagrados?

El amor a Penélope le imponía a Ulises una natural veracidad en todo lo que ahora había de decir de sí. En casa de Icarío, contando de la suya, había sido modesto, y solamente exagerara afirmando de su ánimo vagabundo, porque en algo tenía que ser heroico ante los ojos verdes; con eso, y con dejar como misterio parte de los motivos de su viaje, podía incluso fingirse melancólico o ponerse triste en alguna ocasión, y pasear distraído como ensoñando, sin que nadie viniese a interrumpir su soledad. Tenía que ser verdadero, a pesar suyo y por amor. Pero la ocasión de pecar estaba allí, en la asombrada mirada de Pretextos, en aquel sombrero de paja que dejaba descubierta la monda cabeza, en el temblor de la voz del imitador de leones y de búhos.

Y tras la brillante calva rosada de Pretextos, el ojo único, admirable y admirado, polvo de oro en el aire de Ofelia, esperaba.

—Sí, de esos soy, por una abuela mía que parió de Ricardo Corazón de León.

—¡A la tierra le gusta pesar sobre los pechos de los héroes! —dijo Pretextos sentencioso, y se santiguó—. ¡No mueras mozo!

—La bailarina puede venir esta noche, amo. ¿Sabes lo que cenan las bailarinas? Las bailarinas cenan pichones con higos y anguilas con cebollas dulces. ¡No es que se le antoje hoy a Zenón de los, amigo de Apolo, este menú aristocrático! En Atenas tenía yo un amigo llamado Cristóbal, un rico alfarero. Todo lo que ganaba con sus jarros pintados, que los hacía muy alegres en forma de gallo para los conventos, donde sabes que ni aun de barro puede entrar una gallina, todo lo gastaba en bailarinas. Siempre había en su casa una bailarina, y todo el gusto de Cristóbal era emborracharla y subirla a la rodela de su rueda más grande, y mientras la muchacha bailaba puntas, Cristóbal la hacía girar y entre sus pies se ponía a formar un jarro

gallo, y la cresta, en vez de ponérsela de cinco puntas, se la ponía de una, fúlica, y la alargaba riendo hasta las rodillas de la danzante, o más arriba. ¡Qué reír tenía el señor Cristóbal! Pues todas las bailarinas de escuela están contextes en estos alimentos: pichón frito con higos moles y anguila picada con cebollas dulces. Mi amigo Cristóbal compraba al por mayor en el Pireo las cebollas. ¿No oíste hablar de Cristóbal, Pretextos? ¡Salió en una comedia, en Bizancio! Pasaba doña Zoé, que era emperatriz casada de terceras, y viendo uno de los gallos de Cristóbal, que quedara en una ventana después de una juerga del alfarero, entró irritada, preguntando quién osaba recordarle el marido segundo ahora que estaba de bodas nuevas, y Cristóbal se disculpaba, colorado, y tuvo que hacerle a doña Zoé una demostración de que la insólita cresta aquella la sacara de sus partes. La emperatriz lo dejaba apuntado ante escribano por pretendiente preferido, si se le iba el tercer marido, que era poeta.

—La bailarina no vendrá esta noche, Zenón. Pretextos trae en el zurrón pan y cecina de vaca.

—¡Nadie le tocó al vino, amo! —aseguró Ofelia.

—¡La bailarina es tracia, duque! —insistía Zenón, y con el cayado dibujaba rápidas curvas en el aire.

—Olvidas, Zenón, que en este palomar pasa sus noches la casta Ofelia, a quien honestos mancebos atan las hermosas rodillas.

La niebla apresuró la noche. Cenaron en silencio a la luz del farol de aceite. Ofelia echó el manto blanco de Ulises sobre los hombros del mozo y le descalzó las sandalias. Se oía caer amistoso el vino desde el jarro a los cuencos, y en estos espumaba, inquietas pupilas las burbujas de invisibles compañeros. Cantó la lechuza en el olivar.

—¡Aún no se oyó este año la zumaya! —dijo Ofelia, y le salió la voz como el canto del ave.

Pretextos admiraba en Ulises sentado en el catre militar bizantino a los héroes inmortales de la tragedia, insomnes y duramente probados por el destino. Veía cómo levantaba su cuenco de madera para beber y lo sostenía unos instantes en el aire antes de acercarlo a los labios, y le parecía que aquella era la manera más noble de beber, y que acaso ponía entre los labios secos y el vino maduro, la memoria de una gran hazaña o la palabra que alguien dijo en momentos de terrible desventura. Ofelia, con su único ojo encendido, sentada a los pies del laértida, era semejante a una sibila que acudía con anuncios de horror escondidos tras confusos versos, o con la voz de la zumaya. La zumaya que canta en el árbol, nocturna, cambia de voz cuando hay muerto cercano.

Ulises hacía su silencio con miradas de Penélope que había traído, sin saberlo, delante del rostro y en la boca. Sonrisas de la muchacha se le posaban en las mejillas y le obligaban a cerrar los párpados con su luz. La mano de Penélope se movía en su espalda. Se asombraba el temeroso corazón del mozo de tanto amor súbito, venido a pies juntillas, embriagador. Lo sentía indecible y no obstante sonoro. ¡Qué enorme

distancia la que pone entre dos amantes la noche que cae! Rehacía en su mente, como quien al despertar reconstruye un sueño, el encuentro con Penélope. ¡Aquel pie descalzo que huyó bajo la falda acaso ruborizándose! Sí, el pie reconoció la ávida mirada sensual. Quizás este sueño ya lo había tenido alguna vez, y era la forma que tomaban los deseos camales en su moza lujuria. Tenía sed, y bebió por el jarro. Se sentía profundamente solitario y lúcido, despojado del mundo entero voluntariamente, de los feraces reinos y las naves; fugitivo señor, arrojaba al polvo del camino las coronas de oro, y entregaba su cabeza al regazo de Penélope. Veía las manos de la paciente tejedora dentro de sus ojos, y la lanzadera que corría era la boca roja y fresca. Sonrió porque creyó verla sonreír.

—¡Amo, voy a buscar a Juan Pericles!

La mañana era del color de la ceniza, vestida de lluvia mansa, como suelen ser con luna nueva las primeras mañanas del verano en las islas. Ulises se mojaba bajo los cerezos, que habían dejado caer su flor en la tierra rojiza y suelta, y por entre las verdes hojas que nacían en las altas ramas, saltaban saludándose herrerillos de amarillo vientre. Dos reyezuelos de gorrilla roja perseguían en la hierba el primer saltamontes veraniego de leonada coraza. Se oía relinchar de caballos, lejanos, y más lejos todavía un carro.

—Se sabe que un carro sube o baja por un camino —le había enseñado Alpestor a Ulises niño— porque cuando el carro baja, el canto es unido y uniforme, una tonada continua e igual; pero cuando el carro sube, el canto se llena de varios gritos, se altera, se detiene y ambas ruedas chillan a destiempo. Para un boyero es conocimiento necesario, a causa de los cruces. —Y Alpestor le hacía escuchar al discípulo en la hora vespertina el tráfico por los caminos que vienen tortuosos del Panerón al mar.

Ulises pasó la mañana paseando por el olivar. No le incomodaba la lluvia y su mirada acariciaba el mundo renacido. Más de una vez, en el vago paseo, imaginó tomar el camino de casa de Penélope. Llegaría con el mediodía, y acaso en la montaña brillase el sol. Pero sería mejor que lloviese, como en el palomar de la señora Alicia, y que hubiese gotas de lluvia en el cabello y en el rostro de Penélope. Veía el viaje de una gota desde la hebra oscura que se curvaba sobre la frente hasta la boca, deslizándose por el país coloreado de la suave mejilla, veía pies descalzos en la hierba mojada, y se ofrecía de todo corazón para secarlos con sus labios. ¡Inquietas, brincadoras nevatillas! En la imagen de Penélope que tan amada, tan graciosa y súbitamente reconocida en toda cosa, flor, agua que corre, ave o nube, llevaba con él, y no obstante tan confusa, variable y sorprendentemente perdida aquí para volver a hallarla allá; en la tan vaga y próxima imagen de ella, no sabía decir de un perfume, y le parecía imprescindible tener memoria olfativa de Penélope, decir a qué olían la carne y la sonrisa, y el aire que se apartaba a su paso, o se dejaba pisar. Acaso no hubieran todavía inventado el perfume los montañeses, y entonces Ulises podría



escoger el aroma de la esposa, envolverla en nardo o acariciarla con claveles. En los últimos días del otoño, en su casa, en la lejana Ítaca, en el aparador donde lucía la loza helénica, su madre ponía en dos grandes jarrones los últimos jazmines, y Ulises gustaba de aquel feble y tibio aroma que, en las prontas horas vespertinas, cuando ya ardía el fuego en el hogar y las manos de los que llegaban del campo buscaban su caricia, llenaba el pequeño comedor de diario. Que Penélope no usase ningún perfume, que no la hubiese tocado ningún unguento aromático venido de ultramar, era para Ulises como regalarse con una extraña y admirable virginidad. Sí, la sumergiría en aquel aroma del jazmín, en aquel aliento casero, dulzón y tranquilo... Ulises tenía el don de sonreírse de sus imaginaciones, levantando la hermosa cabeza; pero no sonreía por vanidad de imaginativo fecundo, como sospechaba Basílides el Cojo, sino porque hallaba, de pronto, que el mundo era inmensamente rico y vario, y que eran innumerables los reinos desconocidos a los que una mirada asombrada y una voz fresca podían acercarse a levantar la punta del velo de encendido color que los cubría. Ulises, pues, sonrióse, y se halló emocionado y feliz.

Zenón había cocinado una sopa de guisantes, a la que añadiera rotundos trozos de la cecina que para sus ayunos traía Pretextos —cecina prieta, ahumada, sávida—, y esperaba por Ulises para almorzar. Tenía escondido a Epiro, que ya había hecho dos viajes en busca de vino y de requesón, y esperaba la ocasión de restablecer su mayordomía en la casa de Ulises, tan comprometida por la desatinada pelea por él provocada. Ya sabía que Dionisio estaba borracho, y que lo irritaban sus bromas: Salía de la cárcel hambriento, y Zenón le había prometido buena cena y cama abrigada, y servicio pagado junto a un joven señor insolente que no miraba al pagar cuántas monedas le quedaban en la bolsa.

—Ofelia va en la ciudad, amo. Hoy es día de limosna en casa del juez Teotiscos. Es el hombre más rico de Paros, mucho más rico que el más rico de los marmolistas. Da limosna de pan y aceite, y a las viudas pobres les pone en el cesto el añadido de un limón confitado.

—¿Qué pretende de las viudas?

—Acaso que sueñen un poco. Es una amabilidad.

Con Pretextos llegaba maese Juan Pericles, ateniense de nación, primer actor. Era un hombre alto y cejijunto, manos afeminadas y cuidadas, y la voz barítona y voluble. Se quitó el pequeño gorro bizantino, de media ala, y mostró la cabeza calva, salvo rizosos mechones laterales, rubicanos. Tenía espléndida nariz, bien curvada, y larga boca de delgados labios, suavizados con manteca de gallina. Bien afeitado, en las partes pilosas del rostro le quedaba una tenue sombra que contrastaba con la rubicundez de las mejillas, acaso coloreadas con rojo papel de olor.

—Príncipe —dijo dirigiéndose a Ulises—, domino especialmente la escena de la muerte del rey, tu ilustre antepasado. Doy siete pasos en dirección al público antes de caer y digo los versos apagando lentamente el cirio de mi voz. Ya en el suelo, pincho la vejiga que llena de sangre de puerco llevo escondida bajo la camisa, y me

incorporo para decir aquello de

*¡Reino, reino, reino, perdida paz  
para siempre, siempre, siempre!...*

Y caigo definitivamente, y golpeo con la frente en las tablas. Bajo la peluca llevo una chapa de hierro. Golpeo fuerte: ¡pum! Y con la sangre salpico las sandalias de los nobles insurrectos y el horrible bastardo, y a veces, si logro caer junto a las candilejas, los mantos y el rostro de los que se sientan atónitos en la primera fila de butacas.

—¿Siempre usas sangre de cerdo, actor?

—Es muy lavable. La de perro, que es más barata, es pastosa y deja vetas moradas.

La lluvia había cesado, y soplaba ahora un cansino sur tibio que se llevaba la niebla y levantaba las nubes. Es sabroso, en el monte, cuando cambia de norte a sureste, ver cómo se extienden, suben, aclaran las negras nubes, y los grandes paños cenicientos se tornan cándidas pelotas de algodón, que fácilmente, si media la tarde o cae, se ruborizan. El sol se abría paso desde lo alto, con los claros rayos de que se arma en mayo. Venía de donde espera Penélope, en el dulce país del trébol, bajo porches de áspero granito.

Se sentaron Ulises y los huéspedes en el banco de piedra y en el gran haz de leña que mandara la señora Alicia de regalo para su noble inquilino. Era leña de roble, y aún estallaban en las ramas las hojas secas del pasado otoño.

—El rey Lear, dice el coro en la función que vi en Samos, venía del mar, era del mar. En las barbas del que hacía de rey habían puesto conchas marinas y estrellas de mar. Por eso, por ser marítimo, al llegar a la ancianidad repartió tan fácilmente las tierras entre las hijas. Un rey de labranzas no lo hubiera hecho.

Esto comentó Pretextos. El cómico contemplaba irónico al imitador del búho.

—¿Sabes tú si quiso parar el golpe? ¿Cómo le habían salido las hijas mayores? ¿No tendría servicio secreto como los venecianos? Las hijas eran poco disimuladas. ¡Ah, meretrices nocturnas desvistiéndose ropas de precio en camas de adulterio!

Juan Pericles declamaba con voz de teatro, y se dirigía especialmente a Ulises.

—¡No ofendo a tu parentela, rico señor! Donde menos se piensa salta la liebre. Ahí está el ejemplo de Helena, y la comedia de Luscinda y el Boticario. Luscinda adormecía al farmacéutico con beleño de su propio ojo, y después vestía al amante con las ropas de doctorado del padre, que se le hacía más aperitivo. Podía casar, y la botica era célebre en Constantinopla, con la enseña de los santos anárgiros, y había dinero, y sobraban pretendientes, pero ella quería aquellas juergas secretas, y el resto del tiempo era una calladita, con los ojos bajos, las manos escondidas en las bocamangas. El día que el padre despertó, que el beleño ingerido estaba pasado y era de una remesa antigua, se encontró a la Luscinda en brazos del galán, y a este, vestido

de muceta y de borlas de oro, por más lujuria le había puesto bigotes rizados semejantes a los de su padre. ¡Se impuso la muerte cruel! ¡Tres cadáveres! Es una comedia que gusta mucho a públicos instruidos, porque el boticario antes de morir explica los soporíferos y que debe excluirse la química de la educación de las doncellas, y en Constantinopla saben que está sacada de un suceso verdadero. ¡Las mujeres!

Juan Pericles escupió en la palma de la mano derecha, asqueado, y se limpió el salivazo en la hierba.

—Ese Ricardo Corazón de León de que hablaste, ¿venía del rey Lear por la leal Cordelia? —preguntó Pretextos.

—No, que venía de la impaciente y lujuriosa Gonerila y del bastardo loco.

—En mi texto —contradijo Pericles— no llega a parir.

—Pero en la vida, sí. Y de aquel hijo vino, siete generaciones después, Ricardo, el que engendró en mi abuela Amaltea. Está en la historia de mi casa en nobles versos. Surgió Ricardo del mar envuelto en niebla, pero salió el sol para contemplarlo mientras sembraba.

Ulises, en su imaginación, se veía salir del mar, como los reyes Lear y Ricardo. Sus pies pisaban la fina arena y ya en tierra firme buscaban el camino de la casa de Penélope. Se sentía venir, extraño encantador, del mar más profundo y lejano, vestido de algas, y en los ojos traía misteriosas seducciones, hijas de su terrible condición de perpetuo exiliado y fugitivo. Un siglo de aventuras le colgaba del hombro, como un manto rico, pero desgarrado por las rocas y decolorado por las espumas; Se coronaba en su imaginación y era sincero y romántico consigo mismo.

—Una vez, en el mar, viajando en la goleta *La joven Iris*, cuyo remo lleva el piloto Alción de Ítaca, tan conocido de los vientos, vi tan próximo como estás de mí, actor Juan Pericles, a mi abuelo Lear. Nos sobrecogía un horrible temporal. La valerosa nave se hundía en espantoso mar de fondo, del que salía con el rostro espumeante y herido. Venía a romper sobre babor, e íbamos desgobernados contra afiladas rocas laconianas, una ola inmensa, oscura, mugiente, cuya voz se adelantaba aterradora a su galope. Era el final. Y en el centro de la ola venía Lear, el rey. Me miró con sus ojos tenebrosos y me reconoció, partecilla perdida e indefensa de su semen. La ola era su poderoso caballo babeando en el ancho freno de hierro. Me reconoció el rey, Lear el de la espléndida barba, y a dos brazas de la goleta detuvo el palafrén. Me habló. La voz vino de su boca, y detuvo la del viento, porque era más sonora y era una voz humana ungida y coronada. Gritó: ¡Nieto, estás en tu prado!

Ulises se había puesto en pie, y levantando el brazo derecho saludaba los reinos inmensurables del mar.

—¡Nieto, estás en tu prado! Y nos asombró la calma profunda, el silencio súbito, la mar sin una onda, a nuestro alrededor, mientras se perdía en el horizonte el rey Lear, cabalgando la gigantesca ola negra, su caballo favorito acaso.

—¡Hay que poner más confianza en el grito, príncipe! Lo dices como si sólo te

diera permiso para correr el campo, y lo que dijo fue que tomabas posesión del mar. ¡Ese prado es tuyo!

Juan Pericles se levantaba, enarcaba las piernas como montando caballo, con ambas manos retenía con las riendas dobles tracias su casi divinal violencia; miraba lejos, mayestático.

—¡Figúrate que estamos en el teatro! La espantosa ola se acerca a la ligera nave Ítaca, y del noble y franco rostro sale una amistosa sonrisa y una generosa voz.

—¡No le vi sonreír!

—¡Pero en el teatro tendría que ser así! ¡La donación tendría que venir con sonrisa! ¡No me enseñes mi oficio! Sale la amistosa sonrisa y se escucha la generosa voz: ¡Nieto, estás en tu prado!

Carraspeó, que no le había salido el tono. La cabeza levantada, las manos tensando las riendas, que el caballo real se impacientaba. Repitió, ahora mucho más solemne, y sin duda veraz:

—¡Nieto, estás en tu prado!

Y cayó. El cuchillo que salió de detrás del zarzal le acertó en la garganta cuando iniciaba el galope, grave, señorial, rey Lear de regreso a sus palacios en la serena hora vespertina. Pretextos, ganado por la emoción del relato del laértida y el ejemplo de Juan Pericles, se subiera al banco para imitar el búho, y gangaba el agüero encima, como estaba puesto en el margen del libreto, para cuando el bastardo loco desde las almenas diga:

—¡Las ramas no me dejan ver el corazón!

Las ramas de Juan Pericles no dejaron ver el corazón de Ulises al cuchillo, puntiagudo contra ley de Justiniano, de Dionisio el ladrón. En el camino estaba la garganta del actor. Los presentes tardaron en darse cuenta de que el cómico había muerto, y por vez primera tenía sangre humana, y no de puerco o de perro, mezclada con las últimas palabras, las fatales, que declama el protagonista en la tragedia.

Comparecieron testimoniales Ulises, Pretextos y Zenón ante el juez Teotiscos.

—¡Que esperen en el patio mientras me afeitan! —gritaba el juez, asomado por un ventanuco el redondo rostro, pomposamente enjabonado.

Los jurados se sentaban en los escaños de piedra. Eran nueve, todos barbados y mercaderes, con los amplios sombreros de paja y lona en las rodillas. El ujier, un jorobado de birrete rojo, cerraba el paso con su larga vara a los curiosos que se arracimaban a la puerta del patio. Los más de ellos eran mujeres, y no quitaban sus ojos del laértida, que paseaba pensativo, con ese gesto tan suyo de apretar contra el pecho, con ambas manos, la montera.

Bajó el juez, pequeño, regordete, calmoso. Venía poniéndose la camisa blanca, ayudado por una criada vieja y por Ofelia monócula. Se pusieron de pie los jurados y el ujier gritó por tres veces, pidiendo silencio al pueblo. Zenón, como mendigo público, se arrodilló. Era lo ritual. El juez esperó a que la criada espabilase el cojín bermejo de su silla.

—¿Quién vio huir a Dionisio? —preguntó el juez—. ¿Quién, eh?

—¡Yo, señoría! —respondió Zenón—. ¡Yo, Zenón de los! ¡Lo juro por san Efrén de los Sirios, patrón de testigos veraces y de la república de las lechuzas agoreras!

—¡Ah, Zenón! Estabas borracho, ¿eh? ¡Tráeme testimonio de que no estabas borracho!

Juez de Paros, yo presento libremente testimonio de que Zenón no estaba borracho.

—¿Eh? ¿Quién eres tú que hablas sin que te hayan dado palabra? ¿Eh?

—Ulises, hijo de Laertes, natural de Ítaca, hombre libre.

—¡Ah, el forastero! ¡Ah, Ulises!

La boca redonda y desdentada de Teotiscos hacía fácilmente exclamaciones. Sometía la camisa en las bragas negras que se ponía para dar limosna a las viudas. Miraba y remiraba la punta de los engrasados borceguíes, y volviendo rápidamente la cabeza hacia el testigo disparaba la pregunta, con voz que rompía en jóvenes gallos desiguales.

—Era a ti a quien iba el cuchillo, ¿eh? ¿Al corazón?

—Sí, a mí. Pero en el instante mismo en que Dionisio lanzó el cuchillo, Juan Pericles iniciaba un majestuoso galope, imitando al gran rey Lear, que regresaba a lomos de una ola cuadrúpeda a sus palacios de Britania.

—¿En qué parte de la tragedia, eh? ¿Eh? ¿En qué versos?

—En una parte, juez, que todavía no ha sido representada en Paros.

—¡Yo vi teatro en Constantinopla! ¡Ah, Dafnis y Cloe! ¡Cloe con una faldita plisada! ¡Ah! ¿Y vio Zenón a Dionisio?

—¡Sí, señoría! ¡Lo juro también por san Miguel, que tiene la balanza!

—¿Crees a Zenón, Ulises de Ítaca?

—Sí, juez; lo creo.

—¿Eres nieto del rey Lear como dicen? ¿Sí?

—Lo soy. Un súbdito fiel de la majestad bizantina, a quien mi casa de Ítaca paga tributo en moneda legal y cuero vacuno, pero nieto de Lear, príncipe acaso del mar.

—¿Sí? ¡Pues quedas libre con la condición de que pasado mañana subas al tablado y cuentes la vida de tu abuelo! ¡La sabrás al dedillo! ¡Un honesto nieto! ¿Eh? ¡Podías hacerme el prólogo mientras cuece el menudo mijo de mi desayuno! ¿Eh?

Ulises entregó la montera a Pretextos y se adelantó hacia el centro del patio. Incluyó la cabeza ante el juez, y con grave voz, advirtió:

—Demasiado pequeño es este patio de justicia para que pueda encerrar en él el mar, o traer a que galopen por sus pulidos guijos, en negros caballos, los príncipes de las antiguas generaciones. Quiero estar más alto que los oyentes cuando cuento de mi sangre real, y las propias hazañas y aventuras. Teotiscos, te pido permiso para hablar en el teatro con el arco que heredé de mi padre en las manos, y para aludir libremente a mi condición de príncipe. ¡No pido rentas al océano, pero quiero en solemnes ocasiones decirle palabras majestuosas y contemplarlo como un gran perro manso y

amistoso a mis pies! ¡Tampoco impongo tributos al bosque de los humanos, pero reclamo el derecho a decirles a las más levantadas cabezas quién es el vagabundo Ulises! ¿Sabes, Teotiscos, que nací en el mar, que bajo el agua me fue cortado el cordón, y que la partera me sostuvo sobre las olas hasta que llegó mi padre traído por ligeros remos, como quien en una fiesta imperial sostiene en alto el jarro de oro lleno de vino perfumado mientras duran los encendidos brindis?

Ulises se retiraba hacia la puerta, seguido de Pretextos. Zenón continuaba arrodillado, y se golpeaba el pecho, penitente.

—Desciendo de Lear por su hija Generila, y de esta por Ricardo Corazón de León —dijo Ulises, y tiró el guante en las piedras.

Pretextos, asombrado y parcial como un coro antiguo, encontró la hora hermosa del rugido leonino. Hizo tubo con las dos manos sobre la boca, y rugió como el león hambriento en la función que llaman *Los mártires*. Ojos atemorizados buscaron el león en el patio y hubo terror en el público. El ujier enristró la vara, valeroso, como suelen los chepas.

—¿Qué dicen los jurados? ¿Eh? —interrogaba Teotiscos, pacífico y sonriente.

Los jurados se levantaron, unánimes, y esperaban las preguntas rituales.

—¿Eh? ¿Son leales al Basileo los príncipes vagabundos? ¡Ah! Tiene este mozo la hermosura que conviene a un insurrecto. ¡Los de Paros amamos la paz! ¿Amamos la paz, jurados?

—¡Sí, señoría! ¡Amamos la paz! ¡Dios guarde al Basileo!

—¡Ah, la paz!

Teotiscos hizo seña a los jurados de que se cubrieran; la audiencia había terminado. Ayudado por la criada se quitaba la camisa, y mostraba el pecho tetudo y piloso. A Teotiscos le acometían sofocos con las calores. Y entró en la casa reclamando a gritos, con la voz chillona y gallinácea, una nueva pasada de navaja de manos del barbero candiota.

Ulises salió a la calle, y seguido de Pretextos y Zenón tomó el camino del palomar. El pueblo se apartaba respetuoso. Cuando el laértida pasó bajo el Arco de la Medusa, que es la puerta mayor de la polis, Pretextos se volvió hacia el público reunido en el ágora y rugió por segunda vez. Zenón, por mandato de Ulises, con su fornido brazo lanzó, lejos, dos docenas de reales de plata, en cuyo reverso jugaban delfines con trirremes.

*Manos amigas sacudieron a Ulises, despertándolo. A la pobre luz de una yesca de lino aceitado vio sobre él el ojo de Ofelia. Una mano de Pretextos se posaba asustada sobre las suyas.*

—¡Señor, quieren prenderte!

—¡Teotiscos va a acusarte en el teatro de la muerte de Juan Pendes y de que te levantas por rey de piratas! ¡Es por el rescate!

*Recogieron en el saco la ropa de Ulises y ataron el zurrón. Ofelia le ofreció una*

naranja al mozo, y Ulises la tomó emocionado de las manos de la mendiga. Le recordó el membrillo escondido en el zurrón por su madre Euriclea el día en que salió de Ítaca para el mar. Le parecía que guardaba en la blusa la isla de Paros, la isla de Pénélope, pegada a su carne.

—Bajaremos a la rada del delfín —dijo Pretextos—, donde hace noche una nave de Salónica. El piloto es amigo. Zarpará tan pronto estés a bordo, querido señor. Le haré una seña anunciando que llegamos sin ser seguidos.

—¿Qué señal?

—Ladraré, príncipe, imitando un perrillo joven que se asusta de nocturnos caminantes, y abandona el pajar en que dormía para brincar a la pared del huerto.

El camino que llevaba a la rada del delfín era una estrecha torrentera rodada por las avenidas invernales. Los pies del laértida se herían en los guijos de cuarzo y resbalaban en los tormos musgosos. Contenían la luz del alba que asomaba negras nubes y bajas, con sus enormes manos.

—¡Penélope! —exclamó Ulises en voz alta.

Se le rompía la voz. Llevó al rostro las manos. Pretextos volvió la cabeza.

—¡La tendrás en Ítaca para la vendimia! ¡Te la llevará tu siervo Pretextos!

Ulises se agarraba para no caer, pues bajaba con pies de ebrio, al saúco que ya florecía en los bordes del camino. En la playa, ladró Pretextos, rabiosillo can de pajar, y desde el mar le respondió la gaviota. Poco después se oyeron remos. Chapoteaban rítmicamente. Pretextos ladró por segunda vez, como cuando el can terminada la alarma regresa al cobijo, tranquilo pero todavía admonitor.

—¡Amo, llevaré a tu casa la esposa, en segura nave! Abrazaba sollozando las rodillas de Ulises.

—Paga el viaje de Penélope y el tuyo con estas cuatro monedas de oro. ¡Quiero, Pretextos, ver asomar sobre el hombro de ella, cuando la nave arribe a Ítaca, tu labio roto!

Se volvió al ojo que sollozaba, un sol diminuto colgado de la neblina matinal y marina.

—¡Adiós, Ofelia! ¡Que vuelva alguna vez el celoso Bliofernes!

—¡Ulises, que vuelvas tú!

Y el hermoso ojo huyó manando lágrimas. —Dile a Penélope que llevo mordido el corazón.

Cuando la nave abandonó la rada, amablemente empujada por delgados vientos del sur, sobre la silenciosa Paros, se desplegaron, en el borde de las nubes negras, rosados paños. La más coloreada de las nubecillas aurales tomó la forma redonda y carnal de la boca de Penélope.

**FINAL**



**E**L laértida cumplió largas jornadas en el mar. En nave de ajena nación, en cuyo puente se oían extraños y oscuros acentos levantinos, navegó toda la vuelta de Fenicia y las Sirtes. La luna de las vendimias lo halló en el mar de Siria. Alfa del Cisne presidía serena e impasible las noches. El invierno lo retuvo cirenaico, como a las golondrinas. Naufragó en nave cefalónica que subía hacia el mar de los jonios, y cabalgando un tablón violentamente arrancado a la nave por las rocas, vio las Pléyades matutinas. Las olas del mar lo llevaron a desconocido país, rico en ágoras, en las que contó notables vidas, todas diferentes y todas suyas. Muchos fuegos se consumieron delante de su voz. Asistió a solemnes batallas en las que cayeron grandes reyes de los bien ensillados caballos, quienes conocieron con los rostros ensangrentados la monarquía irrefutable del polvo terrenal. Príncipes adultos le cedieron paso, aceptando su arco infalible y la moral de sus discursos. Oyó voces misteriosas en la tierra y en el mar, y le fueron ofrecidas sidras perfumadas que daban al que bebiese eterna juventud, perpetua vida. Enamoradas bocas femeninas florecían junto a sus rodillas, y los días eran todos de sol, y el mundo un gran palacio que se le ofrecía con todas las puertas abiertas, y en los jardines el dulce verano.

Al fin, como ladrón que viene nocturno, en barca propia y único remador, asaltó el inquieto camino que conduce a Ítaca. Rogó a los vientos que le fueran propicios y ataran sus sandalias con nudos perfectos. Todas las mañanas veía a Ítaca en el horizonte, y coronaban el Panerón nubes blancas y humo carbonero. Vio pasar las golondrinas y las codornices, los malvises y la zumaya. Confiaba encontrar a Penélope en el paterno hogar. Estaría sentada al telar en que tejiera su abuela, la madre de Laertes, racimos azules en linos cándidos. Penélope saldría vespertina a la ventana con la madre Euriclea, posando el inquieto oído en la nueva y solitaria noche. Laertes bajaría al muelle, en los labios el amado nombre. ¿Quién derramaba como el más preciado de los vinos, noticias de Ulises? El más banal suceso se convertiría en agüero, y nada ni nadie podía evitar que los progenitores y la esposa soñaran con los terribles naufragios, las estrepitosas batallas, las pestes locas y la muerte. El telar se llenaba de ovillos de hilo negro.

Pero Ulises, adulto fatigado, regresaba. Sus pies se hundían en la playa de Ítaca, y del roce de los pies con la arena nacía una oscura canción. El héroe se vestía con burdos paños remendados, y la barba le poblaba el pecho. Hubiera podido anudar en ella cien años.

Fue reconocido difícilmente, aun cuando le daban su nombre y derramaban laudes y lágrimas. El perro Argos murió, del corazón acaso, cuando sintió sus pasos, y sin poder ladrar. La madre que hilaba en silencio, dejó caer el huso, y el padre tuvo la mano diestra delante de la boca hasta que supo que ya podía decir con la voz habitual y ronca:

—¡Ulises, llegas para la siega!

Ulises llegaba para la siega, pero Penélope no llegaba para el amor.

—¿Quién es Penélope? —pregunta Euriclea, y no necesita respuesta.

¡Ay, lejana isla de Paros! ¿Cuántas veces había la luna vendimiado? Las rocas que al Sur de Ítaca se adentran en el mar conocieron los pies osados del laértida, y aclaró la mirada de sus ojos la sal marina.

—Padre, si para la vendimia no llega, volveré al mar.

—Llevarás nave propia, hijo.

El Cisne se adentraba en el cielo lentamente, viajando desde el Nordeste. Acortaban los días, y terminada la trilla, regresaban a las islas vecinas los segadores con sus canciones. Alguno había casado en Ítaca, y a su lado iba la mujer, los ojos entusiasmados. La espera le pesaba a Ulises en el corazón. Se le ponía la impaciencia a temblar en la boca, y decía palabras vanas y en la soledad lamentos. El mar que rodea la tierra era cada vez más ancho y más profundo.

No quiero decir cuánto esperó Ulises, los años o los siglos, acaso. Cuando hablaban de él los compañeros y los cantores, parecían hablar de alguien muerto hacía mucho tiempo. Pero quiero decir simplemente que esperó, y ya se sentía más que maduro, y se le antojaba podredumbre la madurez, de tan cansado, solo, y no más que un vago sueño por amigo cotidiano, cuando la voz, aquella tan fácilmente vecina al grito, dijo lentamente su nombre. Vinieron a sus oídos las sílabas rodando, como a la quilla de la nave arrastrada en invierno a la arena, llegan tres olas ya vencidas y solamente espuma, cuando sube el mar. Los dedos reconocieron los ojos y la boca antes de que pudieran hacerlo los ojos y la boca. Penélope, la tan amada, era amarga. En la memoria de Ulises surgió Foción, mojándole el rostro.

—¡Toma, prueba! ¡Es amarga! ¡Es el agua del mar! Nacieron en un instante abriles en el aire, y la harina de los días se hizo pan. El héroe pulsaba a Penélope como quien tiende un noble arco, y lanzaba la flecha de la sonrisa recobrada contra las tinieblas, reinventando la luz. Nacieron hierbas otra vez, y las cosas tuvieron nombre. Reemprendieron su curso el sol, la luna y las estrellas.

Pretextos, el labio roto alegre, imitó el perro que en la ribera guarda una barca pescadora, y saluda al amo que se acerca y le trae en la mano un hueso que rebosa dulce tuétano.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

**ABAD DE IOS, SU GRACIA ILUSTRÍSIMA EL:** Viudo de una quiromántica, entró en religión. Cuando murió en los el sátiro Jacinto, mandó curtir la piel de patas de este para hacerse una cartera de fuelle, y de la pezuña derecha le fabricaron el mango de una lupa. Hablaba por la erre, con lo que le salía un griego muy gracioso. Trajo a la isla el juego de bolos, y sabía cuentos verdes en dialecto veneciano.

**ACHY, EL REY:** Majestad de la sequía en Irlanda. Su nombre se declara por «nuca roja». Fue decapitado en Tara al final del verano que llevó su nombre. Murieron de sed a la vez el trébol y la tórtola. Cabalgaba al mismo tiempo su caballo bayo y la sombra de este, que en la noche era blanca. Quedó triste memoria de él. Si en los bosques gaélicos alguien dice su nombre y repite su grito de guerra, los árboles dejan caer sus hojas, súbitamente secas, quemadas por el fuego de las terribles sílabas estivales.

**ADMETO:** Sastre de Ítaca y jorobado de ambas tablas. Quería coger con red o liga el colibrí púrpura, precisamente cuando estuviere comiendo semilla de laurel, para regalárselo a una muchacha de Zante. Político doctrinario, murió curioso sin saber si los cíclopes vivían en democracia o en aristocracia.

**AGAMENÓN:** Fue rey en Argos. Lo mataron su mujer y un tal Egisto, que era rubio y cortés, y se sonaba con pañuelos aromáticos, aunque para mejor sujetar a la soda, que saliera muy variable en amores, no veía inconveniente en perfumarse con el sudor de luchadores y cargadores del muelle. En este libro se cuenta que murió de una pedrada en tierra eolia, y un nativo que estudiara en Bizancio para escribano, dijo que si este Agamenón, regresando de Troya, se mostraba leproso, que había eximente.

**AGORAFOBO DE MELOS, EL:** Tenía que tener siempre techo encima de la cabeza, fuese simplemente un ladrillo.

**ALBANIA, REINO DE:** Lo figuró Ulises en la historia suya que contó a la señora Alicia. Está al Norte de las selvas de Grecia, y tiene el tamaño de Cataluña, por más señas. Es reino hípico. Lo parten en contiendas los hijos legítimos del difunto don Galaor y la soberbia y ávida doña Florencia de Italia, rubia que tiene un lunar en la mejilla. Son famosos los prados de Albania con las primulas febrerillas; allí saluda la alondra matinal a la liebre que se despierta sedienta y

busca abrevadero. Los guerreros de Albania fueron los primeros del mundo en aceptar para sus batallas la escopeta.

ALCIÓN DE ÍTACA: Célebre piloto. Con él salió Ulises al mar. En las lejanas escalas soñaba con los paternos campos.

ALICIA, LA SEÑORA: Huérfana bizantina, apetitosa cuarentona. Tenía en Paros escuela de bordado y de danza. Le alquiló a Ulises, cuando se presentó como el Bastardo de Albania, un redondo y blanco palomar. Le lavó los fatigados pies al laértida, y suspiró.

ALPESTOR: Criado en casa de Laertes. Cuidaba las cuadras y los carros. Le enseñó a Ulises hierbas y primera parte de estrellas, y a llevar unánimes los bueyes tirando de la enmimbrada carreta carbonera. Era pagano y devoto, y como los antiguos jugadores olímpicos, se sentaba para beber.

AMADÍS DE GAULA: Figura de Ulises en la cámara de Helena, la niña paralítica de Laconia. No sabía el doncel si iba para alegres bodas o para triste y oscura muerte, pero llevaba violetas en la birreta.

AMALFI, LA SEÑORA DUQUESA DE: Según un romance antiguo inventó el sostén, y enseñó a usarlo a la elegante, femenina mocedad del «reame» de Nápoles.

AMALTEA: Nombre de cabra y de una abuela de Ulises, morena, casada con Apolonio el Cojo. La sorprendió en camisa en una fuente el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León, que iba cruzado, vestido de bermejo.

AMINTAS: Escultor. Padre de san Ulises. Labró famosa sirena para la proa de una nave.

ANDREA: Mendigo manco que pedía a la puerta de la catedral de Palermo. Le llevara el brazo, mientras le rascaba la espalda, una sirena tentadora. Le ofrecían pensiones y raciones los Altavilla d'Aragona, pero nunca cumplían. Asqueara la mortadela. Al fin de sus años le vino la manía de que le naciera el brazo perdido, y entraba en las tabernas y pedía vino, y extendía el brazo que no era para coger el vaso con la mano que no tenía.

ANTIFÓN: Novelista cirenaico, más neoplatónico que Calisto, el enamorado de Melibea. Véase en el texto la novela de Lucrecia, la tentadora sobrina del sombrerero de Dalmacia. Antifón escribió la famosa *Historia del Músico de Oriente*, en la que una tal doña Camila, que viajaba siempre con peluquero de rizos y rellenos, y fue la primera dama bizantina que se dio con borla polvos de arroz, se apasionaba de un músico etrusco que fue a mostrarle el violín al Basileo, y era un enano muy gracioso, que sorprendió a Constantinopla con el tacón alto que usaba. La novela se hizo célebre, por los párrafos ardientes de doña Camila, y los más de los enanos de Italia aprendieron violín y emigraron a Bizancio, creyendo que en cada puerta estaba una Camila haciendo señas de amor.

ANTÍSTENES DE CIRENAICA: Marinero. Compañero de dises a bordo de *La joven*

*Iris*. Era taciturno, pero amistoso. Contó la historia de san Teógenes y el viento.

**APLECIO, DON:** Padre de León Leonardo, piloto de Siria. Tenía el negocio de las tortugas para los estanques de las damas constantinopolitanas, y para la sopa de vigilia con abstinencia de los estrategas que eran plaza montada. Quiso comprar nave para el hijo, y ponerlo al trato de tortugas en los océanos arábigos, pero no encontró en venta ninguna, ni en Basora ni en Acaba, que todavía navegaba el señor Sinbad el Marino.

**APOLONIO EL COJO:** Antepasado putativo de Ulises. Cuando Ricardo de Inglaterra usó de su esposa Amaltea, reconvino a esta por no haberle dado más solemnidad al trámite. ¿Es que no había en casa hermoso tapiz y plateada lámpara?

**APOLONIO EL MÚSICO:** Antepasado de Ulises, padre de Apolonio el Cojo. Sobresalía en el tambor.

**ARCEDIANO DE LAS BLANQUERNAS, EL:** Era un viejecito muy alegre, que siempre estaba chupando anises escarchados. Tenía la ciencia de la lupa, aunque empírica, y en armario de cedro guardaba los más de los libros de caballerías. Si echaba siesta, soñaba que entraba en Bretaña cabalgando, y que veía tirando barra al rey Artús.

**ARGANTONIO:** Rey del país y del río que llaman Tartesos. Helenóilo.

**ARGOS:** El can. Vivió edades humanas. Libre, pero fiel, esperó a la puerta de la casa de Laertes a que regresara Ulises. Oyó sus pasos y se incorporó, y temiendo oír de los labios del laértida su nombre, que lo era también de reino y de navío, detuvo el viejo corazón y se dejó morir, voluntario.

**ARTURO, EL REY:** La flor de las coronas del mundo. Fue rey en Bretaña; dio su nombre a los más alegres veranos. No debe haber libro en el que por lo menos una vez no se diga su nombre.

**ASMODO:** Vigilante del ágora de Famagusta, en Chipre. Lo había colocado don Otelo, que le cayera simpático. Jorobó mirando por el antejo de Ferruccio Sorrentino, y volvió a su natural. Le quedó la pesadilla, en sueños, de jorobar, y despertaba alarmado, dando voces. Se le agrió el carácter, y daba partes por escrito de todos los vecinos. Cuando don Otelo mató a la señora Desdémona, y vino nuevo alcaide veneciano, lo echaron del oficio. Asmodeo se ahorcó, pero antes de colgarse, con un palito y un cordón armó la higa con los tres dedos del medio de la mano izquierda, para seguir dándola, después de muerto, a los pacíficos transeúntes.

**ATREO:** Rey de la antigua generación griega, ejemplo de grandes criminales. Medía tres varas castellanas de alto. Lo mencionaban a gritos los aristócratas partenopeos desde sus ventanas, defendiendo al sobrino de donna Sabella Sventurata, quien había echado del trono a su tía con trampa.

**BALBORDO, EL SEÑOR LORD DE:** Llamado don Faustino O'Donnell. Visitaba a lady Viviana en el palacio del bosque de Firín. Era de los platónicos continentes,

y uno de los gentileshombres por los que se vino a saber, en los palacios cortesés de antaño, que era dulce y hermosa cosa vivir del aroma de un vaso vacío.

**BASILEOS DE CONSTANTINOPLA:** También conocidos por Emperadores de Oriente. Unos nacían en la púrpura y eran llamados Porfirogenetas, y otros en las cuadras, y entonces los motejaban de Coprónimos y Caballinos. Mataron mucho búlgaro, y los más de ellos estuvieron sometidos al gobierno de sus mujeres. Lucían mucho en las procesiones, con cuatro mitras en la cabeza. Duraron hasta el turco. Fue el suyo un gobierno literato, con comedias, y toda la administración era por etiqueta y ceremonias. Cismáticos y dialécticos, prohibían por ley el azafrán en el asado, engrasar los ejes en el Hipódromo con manteca de papel, y pintarle barbas a san Jorge. En sus escuelas, la Ornitología comenzaba por los ángeles. Se citan muchas veces en el texto, pues la isla y el mar de Ulises caen dentro de los límites de su Imperio.

**BASÍLIDES EL COJO:** Marinero. Compañero de Ulises a bordo de *La joven Iris*. Cojeó en el antejo de Ferruccio Sorrentino. Era de los helenos que gustan del teatro.

**BASILIO DE ÍTACA:** Abuelo famoso de Euriclea, madre de Ulises. Le comió la mano izquierda un puerco, pero aprendió a tocar en una guitarra napolitana con el pie del mismo lado.

**BEATITUD DE CRETA, SU GRACIA REVERENDA LA:** Abad de San Conón, en aquella isla. Rogaba a Basilio de Ítaca que se quedase de salmista en su monasterio. Bebían ratafía por el mismo vaso, y Su Beatitud le pedía a Basilio que le cantase al oído las canciones de mayo.

**BELÍAS:** Boyero tuerto. Sostenía que un varón cabal debe acertarla en las tres primeras noches. Exponía esta filosofía a gritos y después bebía tinto.

**BIZANCIO:** También llamada Constantinopla e Istanbul. Casa de los emperadores de Oriente. Se cita varias veces en el texto. Es una de las mayores ciudades del mundo, decorada con mosaicos y los jardines de cipreses enanos reflejándose en las aguas quietas de su mar, según aseguró mi señor tío don Ramón María del Valle-Inclán, que los vio en un espejismo.

**BLEONTES:** Constructor de panderos. Huyó cuando cayó el Tirano, y se produjo la gran discordia. No se sabe de reino alguno en el que haya florecido el arte de construir panderos en tiempos de disputas civiles.

**BLIOFERNES:** Sátiro, adulto a los siete años de edad, y zurdo como todos los de su nación. Sale en los amores de Ofelia, espantadizo y celoso.

**CIMÓN:** Mendigo de Paros. Pequeño, gordo y ebrio, nunca pudo aprender el arte de la zancadilla en las peleas. Esto lo traía muy desanimado.

**CITEREA:** Esposa del posadero eolio. Entra con una herrada llena de agua en la cabeza cuando Ulises está contando de Menelao y Agamenón. Tenía la enorme seducción de las mujeres que llevan nombre de isla. En el viaje en *La joven bis*,

más de una vez hizo aletear la memoria de su suave voz las orejas del laértida. Tenía una gracia humilde y una sonrisa confiada.

**COBLIANTO:** Arquero egineta. Su madre tardó once días en parirlo. Cuando pisó tierra era ya un gigante, armado de arco y de flecha.

**CÓNSUL DEL CALENDARIO, EL:** Oficial cirenaico, sale en la historia de san Teógenes y el viento. Cayéndole el gnomon en la cabeza quedó amnésico. Era alto, magro, piloso; como el idioma cirenaico no cabe en alfabeto conocido, tenía que escribir a su gobierno cartas jeroglíficas, y las hacía graciosas, y los más de los símbolos eranavecillas, muy coloreadas. Especializado en fringílicas, páridos y sílvicos,apuró tanto la simbólica, que hubo que crear en el Marco de Cirenaica una Oficina de Pájaros varios en el Gabinete de Cifra, que leyese sus avisos, que los mandaba en verso, para facilitar por la consonancia la lectura.

**CORREDOR DE MEDIA LEGUA VALLAS, EL:** Saltaba de una nave en una comedia que se representó en Esmirna. La joven Felisa se enamoraba de él, porque al margen de su papel había puesto el autor la nota que mandaba «un pronto de asombro». Era callado, como suelen serlo los atletas, y cuando hablaba era para explicar que tomaba la valla con un quinto de ladeo, según el arte olímpico antiguo, preferido por Apolo y el centauro Quirón, maestro de Aquiles, aunque este último haya sobresalido solamente en la legua militar con obstáculos, pese a la alta escuela. Le birló la Felisa a un pregonero de edictos imperiales llamado don Silvino, viudo que sacaba un sobresueldo con una parada que tenía, con garañón calabrés, Patroclo por buen nombre.

**CRIADA DEL CIEGO EDIPO, LA:** Querría el autor que la fiel se llamase Antígona. Era casi una niña; escuálida y morena, los pechos le nacían ya escurridos. La picó la viruela en Sicilia. Cuando Ulises veló a Foción, la criada del ciego durmió con la cabeza apoyada en el hombro del laértida. Venía el viento y ponía cabellos de la muchacha en las mejillas de Ulises. Fue la primera vez que el mozo conoció caricias carnales, si pueden llamarse así a las que hace un pelo en un rostro imberbe, viento en medio. La criada del ciego, en sueños, sin abrir los ojos, dos o tres veces tendió en la noche aquella el platillo de cobre, reluciente, a invisibles transeúntes.

**CRISPINO:** Joven asesino que salía en una comedia que se representó en Trípoli de Siria. Se dio a la mala vida por culpa de una tal Estefanía, bailarina. Crispino le cayó simpático al gobernador, el cual quería que en el tercer acto le pusieran un caballo, y Crispino salvase. El pueblo subió a las tablas, y para que no se escapase Crispino a la selva, lo ahorcaron. Resultó que era una muchacha, la hermana del primer actor, que estaba en su camerino con anginas.

**DAMIÁN LUSITANO:** Un hombre triste al que le faltaba la nariz. Construyó en Candía la goleta *La joven Iris* para el piloto de Siria, León Leonardo. Tenía un



libro con la ciencia de Sagres en lengua portuguesa, y se quejaba de que nadie supiese este habla en aquella Grecia antigua.

**DESCONOCIDO DE IOLCOS, EL:** Era un príncipe y regresaba de un largo viaje. La barba la tenía recortada en hoja de acanto. Nadie en Iolcos se recordaba de él, y el príncipe se había olvidado de su nombre, y del nombre de sus padres. Una mañana, bajando al puerto a ver las naves, se recordó de que por encima de una blanca pared colgaba la rama de un naranjo, plena de fruto. Sonreía a los niños, y rechazaba amablemente las mujeres, que se le ofrecían en secreto.

**DESTERRADO DE MANTINEA, EL:** Lo vio el tabernero Poliades en la mancebía de Siracusa: Las orejas le comían la mitad del rostro. Pasó por entre las mujeres sin mirarlas. Con la mano diestra jugó con el chorro del surtidor. Aunque no se dice en el texto, se llamaba Héctor. Nunca volvió a su reino. El águila perfil se fue haciendo sombra sobre las velas de las naves, en los puertos helénicos, y sobre las herradas puertas de las murallas urbanas.

**DIONISIO DE PAROS:** Mendigo y ladrón. Luchó con Ulises, y desde un zarzal disparó, vengativo y borracho, un cuchillo al corazón del laértida. El acero encontró en su camino la garganta de Juan Pericles, cómico. Dionisio era alto, fornido, iracundo. Cuando Ulises huyó de Paros, el gobernador Teotiscos lo mandó ahorcar. Dionisio pidió permiso para hablar al pueblo. Manifestó que era culpable, y que su maldad venía de una memoria de su niñez, que estaba su madre calcetando unas medias encarnadas y Dionisio, que cumplía siete años, las quería estrenar por Pascua, pero las medias eran para Aristóteles, el hijo del talabartero, cuya era la lana y pagaba el calcetado. La madre le decía a Dionisio que los pobres no pueden escoger medias; se le ensombreció al infante el corazón, y se hizo áspero, blasfemo y peleador. El pueblo de Paros se conmovió con el sermón, y Teotiscos aplazó por dos horas la ejecución para que se buscasen en la ciudad medias coloradas que le conviniesen a Dionisio. Fueron halladas y Dionisio sonrió al calzárselas. Dio las gracias a Teotiscos por el gesto, y se dejó ahorcar.

**DONADOS DE SAN MIGUEL, LOS:** Inclusa de Palermo. Allí fue criado el marinero Timeo. En aquella casa hay escuela de marina por los libros antiguos, y el catálogo de las naves se estudia cantando por Homero. Está el asilo vecino del mar, y hay un dormitorio bajo que sale al agua con dos ventanas por unas peñas; cuando hay grandes mareas, bajan a dormir a aquella sala los alumnos de timón, para hacer, si el agua entra por las ventanas, maniobras de naufragio y salvamento. Los ahogados nunca pasaron de tres, salvo en una marea agustina que coincidió con un maremoto, y entonces se perdió todo el curso.

**DORIA, LOS:** Genoveses. Aquí se citan por la rica viuda doña Pánfila, que se nombraba Doria, viniéndole este apellido por un tío segundo suyo, que la prohibió, y el tal era eunuco de la Orden de San Juan de Jerusalén, puesto para enjabonar al gran maestro, y prisionero de los Doria legítimos en una batalla

naval, vestido como estaba de señora ama de llaves maltesa, lo pusieron ellos de ama seca. Los príncipes genoveses, agradecidos a sus cuidados, lo libertaron con su apellido. En Cuaresma se vestía de hombre.

**DORINDA, A MENINA:** Sobrina de Tristón, marinero portugués. Era bailarina en Lisboa.

**DRAGÓN PINTADO DEL CONVENTO DE CANDÍA, EL:** Tenía rostro humano, y herido mortalmente por la lanza de san Miguel Arcángel, por el ojo derecho vertía una lágrima azul. El marinero Basíledes comentó que a lo mejor tenía familia y dejaba menores.

**EDIPO:** Ciego cantor, para quien construyó Bleontes un pandero. Lo acarició, lo olió, pasó la lengua por la piel y la madera, y dijo en voz alta: «¡Cabra y abedul!». Ulises le preguntó si fuera rey en Tebas. En su mocedad, Edipo había vendido espejos a las mujeres en los mercados isleños. Cuando perdió la vista, se le puso en la cabeza esa imaginación sentenciosa de los ciegos, que supera a la de los grandes reyes antiguos, y se asombraba de su nombre fatídico. En su canto los versos tomaban la forma de lo que decían, navíos, islas, dioses, caballos, puertas pintadas de rojo.

**ENRIQUE EL NAVEGANTE, DON:** Gran señor lusitano. En el libro de carpintería de ribera de Damián Lusitano, aparece orinando, en lámina, disimulándose con un sombrero de plumas. El dibujo era en tinta negra, pero las plumas lusíadas estaban puestas del rabo del papagayo brasileiro, multicolores. Este don Enrique fue quien puso a los portugueses en el mar, por mapa, y pasó la mayor parte de su vida en una roca que llaman Sagres, guardando el sexto y con el dedo índice de la mano derecha señalando el Gran Océano. Así lo ponen ahora en estatua.

**EOLIOS, LOS ADULTOS:** Estaban en la taberna cuando Ulises contó de Menelao y Agamenón. Reconocieron la voz homérica, pero se asustaron de la peste. Bebían el oscuro vino a pequeños sorbos. Uno de ellos, que se examinara para escribano, dijo que había eximente para el que asesinó a Agamenón que venía de Troya, considerando que el rey de Argos parecía leproso. Gente avara y taciturna.

**EPIRO:** Mendigo de Paros. Estuvo puesto para el acarreo de vino en la casa que allí tuvo el noble Ulises. Era de los sedientos matinales. La madre lo vendiera a una rica dama, que quería hacerlo pasar por propio al marido cuando este regresase de un viaje. El marido murió ahogado en un naufragio, a la vista del público, en Esmirna, y la dama abandonó a Epiro, quien medraba poco y boberas. Se crió en la calle, babeante y piojoso, pero le quedara un dulcísimo recuerdo de mamá, tan vestida de seda y perfumada de nardo. En un tubo de latón guardaba desde los cinco años, como preciado tesoro secreto, restos del camisolín que vestía el día del abandono, lino crudo con adornos de hilo de oro figurando helechos. A veces hablaba de vender ese oro que guardaba y dedicarse al comercio.

**ESTEFANÍA:** Bailarina por quien se dio a la mala vida el joven asesino Crispino, según una comedia nueva que se representó en Trípoli de Siria. Toda la ilusión de Estefanía era vestirse con sedas y el pachulí lo quería de Malabar. Era coja, pero no se le notaba bailando, y las visitas las recibía sentada, y paseaba en silla de manos. Fue de las primeras invenciones femeninas de la comedia que salió a tablas con abanico de plegar.

**EURICLEA:** Esta es la pálida madre del noble Ulises. Quien hila las vidas la dejó envejecer en el hogar, rodeada de nietos y de los hijos de los nietos. Cuando contemplaba toda la familia sentada al amor del fuego, cada cual con su taza de leche en las manos, esperando que ella bebiese la primera, Euriclea creía sentir en el vientre un dolor que la llenaba de felicidad. ¡Fecundo olivo secular! Se olvidaba de los nombres de la honesta descendencia, y así a todos los varones les llamaba igual, Ulises, hijo de Laertes. Unos nietos eran agrarios, e iban y venían con las cosechas; otros eran carboneros, e iban y venían con los grandes carros y los pacíficos bueyes; otros, en fin, eran marineros, e iban y venían con las olas. Cuando murió, los presentes vieron salir de su boca una calandria.

**EURIMEDEO:** Tebano rico. Compró a Jasón de Iolcos. Gozaba enloqueciendo de hambre, sed y memoria de la vida pasada, a los esclavos que compraba. Era avaro y loco.

**EUSEBIO:** Dueño de rebaños en Laconia. Criaba los corderos marismeños para el gobernador bizantino del condado, quien hacía irrefutables asados, adobando el recental con ajo, laurel, vinagre de Tracia y menta piperita. De la escuela sicónica en cocina, rechazaba el limón. Eusebio reprobó gravemente el estofado que pensaba hacer Basílides, y amenazó con enviar un correo urgente al gobernador, el cual, al saber la noticia, quizás viniera sobre *La joven Iris* con una tempestad de fuego griego y sarcasmos.

**FAMAGUSTA:** Ciudad de Chipre, y su cabeza en días venecianos. Famosa por sus murallas y sus rosales, aún lo es más porque en su castillo el moro Otelo dio muerte a la señora Desdémona, engañado con un pañuelo rojo por un tal lago, al que muchos ponen por invertido.

**FELISA:** Muchacha que en una comedia griega sale a la ventana con un florero, y viendo saltar de una nave a un corredor de media legua vallas, deja caer la pieza en un pronto de asombro. El corredor era basto y callado, pero ella, doñeadora, lo metía en un armario y lo besaba.

**FILIPO:** Era sacristán en Ítaca el Año del Eclipse. En la máxima le estalló la cabeza como si se la hubiesen llenado con pólvora negra marca «Las tres FFF».

**FION:** Rey de celtas de Irlanda del que quedó gran memoria. Rigió los más hermosos veranos del país. Llovía al atardecer. Fion pasaba cantando.

**FIRÍN:** Bosque de Irlanda que era un reino con vado.

**FOCIO:** Primo de Basílides de Chipre. En el teatro hacía de Orestes, simulando muy

bien los dolores del vástago. Cuando salía con la espada tinta en sangre materna, le añadía horror a la tragedia, mojando la lengua en ella. A los que se lo reprochaban, respondía que como huérfano de nacimiento no opinaba de la maternidad.

**FOCIÓN:** Piloto el más famoso entre los ítacos. Murió en el mar que tanto había arado, vencido al timón de su nave por niebla contraria. Le enseñó a Ulises a mirar el mar. Amó y cantó. Hay islas que existen porque en sus bahías echó al ancla Foción, y reinos porque pisó sus enlosados patios aquel valeroso corazón. El mundo habitado, la ecumene toda, iba y venía con él, con sus relatos, las lenguas extrañas y las canciones, y el infantil amor por las lejanas descubiertas. Sus claros ojos lo llevaban como de la mano, por todos los caminos.

**GALAOR, DON:** Rey de Albania, padre de Dionís el Bastardo, figura que tomó Ulises en la historia de su vida que contó a la señora Alicia, en Paros. Le ardiera la barba en Constantinopla, por acercarse en demasía a una alquitara. Imitaba muy bien el jilguero.

**GALENOS:** Boticario de Constantinopla. Salía en una comedia, con una hija lujuriosa. El padre se enteraba en el último acto de los devaneos, que lo más de su tiempo lo pasaba entre retortas, experimentando flora varia para sinapismos.

**GALLOS:** Marinero. Compañero de Ulises a bordo de *La joven Iris*. Fue en Irlanda príncipe real de Firín, y el primer gaélico que vio un puente.

**GALVÁN SIN TIERRA:** Infante rubio, perpetuamente joven, que siempre es campanero en el Reino de Gaula. Le dan, por señas de banderas desde las provincias, la orden de toque. Cuando se anuncian grandes acontecimientos, le entregan dos libras de tocino para que engrase los ejes de las campanas. En algún libro de caballerías es hermosa estampa la que hace Galván en el alto campanario, a caballo del balcón de hierro, en una mano la cuerda que hace voltear la «Prima», y en la otra un pañuelo de colores, con el que saluda a doña Oriana, que va a bodas.

**GAULA:** Reino. Allí es muy hermoso el otoño.

**GINEBRA:** La señora infanta, más tarde reina de Bretaña. La llamó por su nombre Gallos, desde el alto columpio, sin saber que la había, y ella contestó con la voz que tenía entonces, que era de encanto. Era rubia, y paseaba con un dedo índice en la barbilla. Ya madura se enamoró de don Lanzarote del Lago, que siempre decía que venía cansado de las batallas.

**GOBERNADOR DE LACONIA, EL:** Sus vacaciones eran el asado de cordero lechal, de rebaños marismeños, raza anatolia. Tenía el punto de la menta.

**GOBERNADOR DE PAROS, EL:** Calígrafo militar bizantino, retirado. Cazaba pájaros con liga. Era muy venéreo.

**GRIEGOS DEL BERGANTÍN DEL PILOTO LISARDO, LOS:** Eran tío y sobrino, naturales de Lesbos. Rapaban la cabeza mientras estaban en el mar, por respeto a

Poséidon, de quien eran creyentes. En la tempestad que sorprendió al bergantín al N.N.E. de las Islas Afortunadas, una ola se llevó al sobrino. El tío, amigo de los llantos de antaño, sujetándose al mesana con un cabo, gritaba pidiendo un caballo para acudir al salvamento del mozo.

**GUARINOS:** Rey, usurpador de Gaula. Estaba casado con doña Tudela, que venía de baños Etruria.

**HELENA:** Esposa de Menelao, y la más hermosa de las damas antiguas. Paris se la llevó a Troya, de donde vino que los aqueos movieran guerra larga, de la que pocos regresaron. Cumplía cincuenta años, y los ancianos troyanos que estaban en las Puertas Esceas contemplando el campo y el arenal donde morían sus hijos y se perdía su ciudad, se confesaban que era recta y juiciosa cosa que los hombres se mataran por aquella sonrisa. La verdad sea dicha que ella era tontivana, y la mayor parte de su belleza consistía en afeites y en balanceos estudiados. Hay opiniones de que fue estéril, y es la única célebre enamorada de la que no queda ni una frase en la memoria de las gentes.

**HELENA:** La niña paralítica de la pequeña polis Laconia, ante quien Ulises se figuró como Amadís de Gaula. Pasaron muchos años y el laértida, recordando aquella escala, veía en la sombra abrirse los grandes y quietos ojos.

**HÉRCULES:** Poderoso transeúnte antiguo. Su puño se abatió sobre la nuca del irrespetuoso Zenón de los.

**HERMIAS:** Hija de Milipos. El tabernero Poliades le recitaba versos trágicos mirándola a los ojos, y la joven señora desazonaba y ruborizaba, y no se fijaba en el peso de los garbanzos castellanos ni en la vuelta del pago.

**HERMINIA:** Doncella de la señora Alicia. Aprendía canto y bordado. Trajo en un jarro agua caliente cuando la huérfana bizantina le lavó los pies al fatigado don Dionís, Bastardo de Albania. Era morena, y enredaba sobre la frente un rizo con las plumas más coloreadas del jilguero.

**HIERÓN:** Arquero antiguo inventado por Ulises. Nació con la mano izquierda de bronce. Todos los días, al amanecer, bajaba a enseñarle al laértida a tender el arco.

**HIPOBOTES I:** El antepasado de los laértidas que llegó con yegua a Ítaca. De la cuadrúpeda hubo descendencia. Eran tiempos paganos, y el prodigio no fue excesivo.

**HIPOBOTES II:** Llamado Okímoros en la poesía hexamétrica, lo que se declara «el que muere mozo». El alazán de claro lucero y Okímoros fueron de un vientre, hijos de Hipobotes I y la hípica esposa. Murió luchando contra piratas del Norte.

**ICARIO:** Padre de Penélope. Pequeño, gordo, moreno, se pone por ejemplo de sudorosos. Cuando Ulises huyó de Paros, quiso casar la hija con un sastre, que hacía falta reponer el vestuario familiar, pero no pudo separar a Penélope de la

ventana, en cuyos cristales, silenciosa, posaba implorantes miradas verdes.

**IFIGENIA:** Doncella que fue de Albania, madre de Dionís. Se puso violenta con el hisopo y le levantó la barba postiza a don Galaor, que volvía de Bizancio.

**IOANES MELANCOLICEIS, DON ILUSTRÍSIMA:** Gobernador de Trípoli de Siria, redrado de la caballería por reumático. La mujer se le fuera con un trompeta. En la pieza de los asesinos que se representó en su presencia, se le hizo simpático un tal Crispino y lo quería salvar. El pueblo se alborotó, y don Ioanes murió en el palco, de apoplejía. Cuando la esposa fugitiva se enteró del óbito del estratega, se puso lutos, y el trompeta, que se iba cansando de aquella tórtola, que le saliera impaciente, se entusiasmó de nuevo, que le parecía otra con los velos negros y el suspirar por el finado.

**IOLCOS:** El país de Jasón. Allí se oye el mar de los griegos a la diestra.

**ÍTACA:** La isla de Ulises. La tierra carnal. El país al que se sueña regresar. Todos los humanos tenemos una isla semejante en la nostalgia, que cuando en ella llueve, llueve en nuestro corazón.

**JACINTO:** Sátiro. Cegó y fue llevado a los, que tenía recetados baños de lavanda en los ojos. El abad de los se hizo una cartera con la piel de sus patas, y un mango de lupa con una pezuña. Murió porque era muy higiénico, cuando vino la peste.

**JASÓN DE IOLCOS:** Criado de Laertes. Cardador en su patria, fue raptado por piratas cuando esperaba a Medea en una playa. Vendido como esclavo en Tebas, huyó. Le enseñó venatoria a Ulises, y amistad.

**JUAN PERICLES:** Primer actor. Estaba anunciado que representaría en Paros la tragedia del rey Lear. Tenía la voz barítónica y voluble, y dominaba especialmente la muerte del rey del mar. Murió alcanzado en la garganta por el cuchillo loco del ladrón Dionisio, cuando le enseñaba a Ulises a decir como en el teatro, y más verazmente que en la vida, las palabras de Lear desde el enorme caballo marino: ¡Nieta, estás en tu prado!

**LAERTES:** Permítaseme titularlo rey de Ítaca. En la moneda de oro en la que va su perfil, los que amamos las grandes monarquías paternales y geórgicas, leemos sin dificultad alguna, en famosas mayúsculas, REY Y TRIGO POR LA GRACIA DE DIOS: Y nos sentimos civiles y fieles. Conoció nietos y los izó sobre sus bueyes. Al final de su vida se emocionaba por nada, y derramaba vino en el suelo, creyendo que la ocasión lo pedía. Subió al Panerón a carbonear, y encendió las pilas. Vino puntual el viento del norte, y Laertes saludó al incansable y vivificante Bóreas con amistosa voz. Soñó, durmiendo la siesta, que bajaba a la ciudad al frente de sus carros, y oía en las bocas de los criados los nombres de los bueyes. Murió soñando que se inclinaba sobre el caño de una fuente, desde cuya pila lo miraban, por entre ramas colmadas de rojas cerezas, los amados rostros de Euriclea y Ulises. Ladraron unísonos los perros de los

carboneros, y el sol sosegó con sus majestuosas manos, en la inmensa tarde, los mares de las mieses que comenzaban a pintar. Cantó la tórtola.

**LEGÍTIMOS DE ALBANIA, LOS:** Ulises los figuró iracundos, gozquecillos irritados por la madre, doña Florentina de Italia, buscándolo por la feliz Albania. Salieron memos y mamaron hasta tarde. Quieren repartirse el reino que fue de don Galaor, pero primero quieren encontrar a don Dionís el Bastardo, y poner sus huesos mondos por mojonos.

**LEÓN LEONARDO:** El piloto de Siria, hijo de don Aplecio. Iba a salir a los mares arábigos a la tortuga, pero su padre no pudo comprarle nave, que todavía navegaba Sinbad. Se enamoró de una voz que cantaba en un huerto. Resultó que era, viudica y me quiero casar, la dama que lo amamantara.

**LEÓNIDAS:** Padre de Icarío y abuelo de Penélope. Sale en el porche con el traje de fiesta y cuenta la historia del guardarropa familiar.

**LISARDO:** Piloto alejandrino, negro de color. Tenía los párpados mudados y cerraba de abajo arriba. Quería asomarse a las Afortunadas, por el trato de la cochinilla. Fue verdad que mató dos mujeres en Génova; a la más moza con unas tijeras, y a la vieja metiéndole un calendario milanés de rito ambrosiano por la boca, con la ayuda de un palo. Cuando iba a meterle Adviento, ya la vieja diera el alma. Trajo por encanto un temporal y lluvia. Decía que tenía un palmeral Nilo arriba, y que pensaba retirarse allá con un cortejo gaditano, si le salían dos o tres tratos. No era cristiano.

**LUCRECIA:** Sobrina carnal de un sombrerero dálmata, que la quería forzar. Su historia, que contó Antístenes de Cirenaica a bordo de *La joven Iris*, pone de manifiesto la veleidad de ciertas prójimas.

**LUMBRE:** Hija de León Leonardo. Parálitica de un soplo, estaba asomada a la ventana.

**LUSCINDA:** Hija lujuriosa de Galenos, boticario de Constantinopla. Vestía a su amante de doctor, con muceta y borlas, que lo hallaba así más aperitivo, y para más goce le ponía bigotes gemelos de los paternos. Moría en escena, de una cuchillada en el cuello. Sacaron su figura en la comedia dramática de un suceso verdadero, con la mudanza de que en la vida la Luscinda fuera una mozona alta y gorda, muy apechugada, y en el teatro sacaban a una damisela tímida y callada, que no salía de casa hasta que un niño que vivía frente a la botica terminaba de hacer pis en la calle.

**MALTÉS, EL:** Marinero a bordo del bergantín del señor Lisardo. Era pequeño y pelo rizo y siempre estaba cantando tonadas tristes, acompañándose con dos hierrillos. Sediento, quiso impedir que el piloto regase la piel del cocodrilo con la poca agua dulce que quedaba en las pipas. Fue muerto allí mismo por el alejandrino. En su saco tenía el retrato de una mujer desnuda, que era una miniatura de mérito. El señor Tristán, portugués, dijo que por el peinado parecía

francesa.

**MANCEBÍA DE SIRACUSA, LA:** Es una casa grande, muy encalada, con patio de verano y patio de invierno, y los balcones de ambos dan sobre el puerto, y se ven las naves que entran y salen. Las mujeres en los patios están sentadas de cara a la pared. Por dos sueldos puede entrar quien quiera y sentarse en el suelo a cinco varas de ellas. De vez en cuando pasan criadas derramando agua de lirio o espuma de Armenia. Hay lector de poesía y músicos vespertinos. El pago es por anticipado, y las pupilas cuentan todas la misma historia de la vida a los forasteros, para que no haya romanticismo.

**MANTUA, EL SEÑOR DUQUE DE:** El más famoso cazador de Bretaña y de Gaula. Cuando estaba para nacer Amadís, salía a los lagos de la marina, arco en la mano, buscando herir en vuelo la anátida que llaman *Tadorna tadorna*, con cuya pluma más larga sería escrito el nombre del infante en los Anales. Está el señor duque en los romances, en lo alto de una torre, un enano le peina la barba y un cuervo le trae recados en latín.

**MEDEA:** Hija de un cardador de Iolcos. Puso su pie sobre la rodilla de Jasón para atarse una zapatilla. Jasón se enamoró. Para que se vea cuán dulcemente suena este nombre bárbaro, alarguen la segunda e. Era menuda e inquieta, y tenía golosos prontos. Jasón quería olvidarla, pero no podía. Respiraba con la boca abierta hasta que se le secaban lengua y paladar, y entonces bebía un pequeño sorbo de agua, y era besar, quizás, o algo más aún, la memoria del beso.

**MENELAO:** El más cornudo de todos los maridos. Durante la guerra de Troya no le nació ni una cana. Contra lo que se opina en las pinturas, era pequeño y gordo, y aunque guardaba dos días de acelgas a la semana, según se lee en Ateneo, no perdía peso. Cuando bebía era confianzudo, dises contó muy heroicamente de él a los eolios, pero era un tipo poco simpático, y más bien intransigente de derechas.

**MICINO:** Sastre de Trípoli de Siria. Tenía el corte por geometría, sacando el entalle de los tabardos por el problema arquimédico máximo, o sea inserción de un pentágono en un círculo. Amaestraba mirlos. De él eran los que se ponían en las comedias de su polis cuando la escena figuraba un bosque.

**MIRTO:** Etíope siempre sonriente, criado de Poliades. Se lo compró el tabernero a un lego franciscano que venía del Preste Juan.

**MUCHACHA QUE ASOMA ENTRE LOS MIRTOS, LA:** Se pone aquí a esta dulce flor de Laconia pues fueron sus labios los primeros que dises besó. De alguna novela, lo que queda en la memoria, es la imagen de una sonrisa como esta, que se abre paso entre verdes ramas, imprevistamente.

**OESTE:** El gran viento con que entran al mar de latinos y griegos los atlánticos. Con él entraron Gallos, Amadís, Damián Lusitano... Con él entró, para decorar la estirpe laértida, Ricardo Corazón de León. Es el viento del rey Lear. En Shelley



se le canta «salvaje viento del Oeste».

OFELIA: Mendiga de Paros. Ojo que va y viene entre polvaredas de oro. Se cuenta su vida en el Apéndice ii.

OTELLO: El moro de Venecia. Almirante de los venecianos, casó con la señora Desdémona. Era generoso, arbitrario y orador. Colocó de vigilante en Famagusta a Asmodeo porque le cayó simpático. Se enamoró de él un tal Iago, y con engaños llevó al Moro a dar muerte a su casta esposa. Tenía la veleidad de los negros y era muy dado a ropas de colores y adornos de oro.

PÁNFILO DE LOS DORIA, DOÑA: Viuda rica genovesa. Tenía su casa en Corfú y amarraba sus naves en el muelle de la Cigüeña. También tenía tienda de efectos navales. Los dos primeros maridos se le perdieron en naufragios en las Sirtes, y el tercero se le escapó con una contorsionista napolitana y una goleta cargada de cebada croata. Le gustaba encandilar a sus pilotos enseñándoles las piernas. Finalmente se apasionó de su enano negro un día que lo vio en el baño.

PARÍS: Ciudad de Galias donde vio el puente el infante Galos. Dijo Juliano el Apóstata que allí, en la Luteda de los Parisinos, era dulce vivir. Modernamente mucha gente ha opinado lo mismo.

PARIS DE TROYA: Príncipe antiguo, el que raptó a Helena, esposa de Menelao.

PATROCLO: Héroe de la Edad del Bronce, y no obstante sentimental. Fue amado por Aquiles. Cumplía años en mayo, el día en que la codorniz regresa de Egipto.

PATROCLO: Garañón calabrés, del que era dueño el señor Silvino, pregonero de edictos imperiales, viudo enamorado de Felisa en una comedia que se representó en Esmirna. No se mareó en el viaje por mar. Los garañones calabreses son de raza catalana gótica, y temperamento nervioso, contrariamente a los garañones del Poitou, que son linfáticos.

PEDRO CRISTÓBAL: Alfarero de Atenas, muy farrista, dado a bailarinas. Salió en una comedia en Constantinopla y tuvo una conversación con la emperatriz doña Zoé.

PLASTA: Señor rey de dos veranos gaélicos. Piasta se traduce por «serpiente». No bien nació ya se puso a escribir runas con un palito de roble. Tenía los ojos azules. Cabalgaba una vez hacia Gwirmoan, para adentrarse en la selva buscando oír el primero en Irlanda el ruiseñor, cuando vio las hadas esquilando rebaños de oro en la colina. Habló con ellas en verso endecasílabo, y las amables le dijeron que el ruiseñor estaría al día siguiente en un olmo que había en Cork. En la madura edad, Piasta quiso viajar a Tirnanoge, la Florida, tierra de la perpetua juventud, nunca visitada de la Muerte. Pero las hadas que habían hablado con él en Gwirmoan le salieron al camino y le hicieron estas graves preguntas: «¿Te gustará seguir viviendo cuando ya hayan muerto tus caballos y tus canes, los hijos y los nietos reales, los armados compañeros de las batallas? ¿Te gustará vivir en un mundo en el que no tendrás a nadie con quien compartir

un recuerdo de infancia y mocedad?». Piasta se sentó a meditar a la orilla de un río, y decidió no ir a Tirnanoge, y morir cuando su hora le llegase.

**POLIADES:** El tabernero de Ítaca, compañero de Laertes y de Ulises.

**POSADERO EOLIO, EL:** Estaba empeñado en saber quién era el coronado que venía en la moneda con que el piloto Alción le pagaba la merienda. No le gustaba que se hablase de la peste por farra. Estaba siempre alarmado, que siendo viejo casara con moza.

**POSEIDON:** En la antigua generación dios del mar. Como hípico era temperamental y espantadizo. Muchas veces asomó su barbado rostro entre las olas y sonrió generosamente a las ligeras naves de los griegos. Un gran loco, en fin, como lo fueron los más de aquellos divinales, y lo son todavía los vientos.

**PRETEXTOS:** Montañés de Paros, familiar de la casa de Icarío. Imitaba en la tragedia griega el rugido del león y el catarro del búho. Reconoció en Ulises la misma mocedad heroica que amaba contemplar el teatro, y se quitó respetuosamente el sombrero. Ayudó a huir al laértida de las sospechas políticas bizantinas del juez Teotiscos, y un día, como el ítaco quería, apareció su roto labio tras la cabeza inclinada de Penélope. Ladró entonces imitando el perro que en el arenal guarda una barca y ve venir al amo que en la mano trae un hueso vacuno rebosando dulce tuétano. Vivió en casa de Ulises y fue ayo de los infantes de Ítaca. Fue un noble, paciente y respetuoso compañero.

**PÚNICONUDO, EL:** El más noble de los nudos en las naves y en las sandalias antiguas. Se lo enseñó Foción a Ulises cuando el laértida cumplió cinco años de edad. Ulises lo aprendió a la séptima demostración, como en Troya Héctor, domador de caballos. El niño Ulises mostraba a los presentes la huella negruzca, en las palmas de sus manos, de los cordones embadurnados de pez.

**RICARDO CORAZÓN DE LEÓN:** El rey de Inglaterra. Pasando cruzado hizo aguada en Ítaca. En la fuente halló a Amaltea, esposa de Apolonio el Cojo, y la usó.

**SABELLA, DONNA:** Reina de Nápoles. Cantaba de ella el ambulante del antejo, Ferruccio Sorrentino, aquello de *chiammateme Sabella sventurata*. La echó con calumnias del trono un sobrino que tenía.

**SACRISTÁN DE SANTANGELO, EL:** Hombre gordo, que en las viñas famosas...

**SERGIO:** Cuñado cretense de Penélope.

**SICILIANA, LA:** Ama mayor autorizada de la mancebía de Ítaca. Tenía la casa con mucho respeto, trato de usted y pronto pago. Todas sus pupilas eran griegas. De una rubia se enamoró Ulises en la fiesta de las espigas.

**SILVINA:** Cierva que amamantó a Amadís de Gaula, en la historia que representó Ulises para la niña Helena.

**SILVINO:** Pregonero de edictos imperiales en una comedia de Esmirna. Era dueño

del garañón Patroclo. Le birlaba la voluble Felisa un corredor de media legua vallas. Silvino, que era viudo, creía que todo se lograba de las mujeres con hablarles en griego literario.

SOMBRETERO DÁLMATA, EL: Tío de la moza Lucrecia, muy apreciado en la República de Mar, Tierra y Torre de Ragusa.

SORRENTINO, FERRUCCIO: Ambulante napolitano que llegó con su antejo mágico a Famagusta. Ciego cuando Basílides quedó cojo, no hacía más que lloriquear «torna a sorrento». Aunque cristiano latino, terminó su vida como ventrílocuo de cámara del señor abad de la Panagia, que lo era un cojo terco y pleiteante, que con las varias voces que sacaba Ferruccio, ponía testigos falsos y ganaba los interdictos.

SURESTE: Viento de septiembre, cuando las Pléyades salen vespertinas. Es el viento de la luna llena de las vendimias. Viento para regresar. Lo perfuman los olores del otoño.

SUROESTE: Viento de mayo, cuando las Pléyades salen matutinas. Las grandes navegaciones de los griegos se hicieron en generosa amistad con él.

TADEO: Médico de Samos, desterrado porque quiso resucitar en la isla suya las demagogias antiguas. Fue muy bien recibido por los exiliados de su secta, quienes en su manto, regado con los vinos samios, reconocían los caldos de las viñas favoritas. Quitaba las verrugas por arte suavioria.

TARENTO: Ciudad de la Magna Grecia. Escuela de Medicina con doctrina sobre sanguijuelas y catálogo propio de simples. Tiene jardines y tirano. Cuando ahorcan a alguno en la plaza, si no saca la lengua, no le dan mérito y silban al verdugo.

TARTESOS: El reino de Argantonio, al Oeste. Está a caballo de un río, al que sale un jinete con una bandera diciendo dónde han de anclar las naves helenas.

TEMADES: Piloto de Ítaca que tenía una gran verruga roja en el mentón. Cobraba por dejársela tocar por los marineros. Tocando con el mentón a las vacas estériles debajo del rabo, las hacía fecundas. Era casi enano y muy polémico.

TEODORA: Emperatriz de Constantinopla muy célebre. Inventó el hojaldre. Casó de segundas con el ministro de Hacienda de su difunto esposo, y lo hizo coronar Basileo. Caso único en las historias mundiales.

TEÓGENES, SAN: Santo cirenaico y piloto. Jugó con los vientos a la taba greco-latina.

TEOTISCOS: Juez de Paros. Sospechaba si Ulises no andaba levantando desterrados contra el Basileo, además de que le cayera mal la vanidad aristocrática del laértida. Si lo pesca, lo cuelga con arreglo a la *Lex Aemilia de sumptibus et libertinorum sufragiis*, por exceso de guardarropa, y de acuerdo con la *Lex Antonia de Dictadura inperpetuum tollmda*, por las supuestas opiniones políticas. Era gordo y sentimental, y no se quería casar mientras no terminase de

ensayar un libro de coquetería e ilusiones de amor que comprara en Constantinopla y que se titulaba «Cómo festejar la vida».

TRISTÁN: Marinero portugués a bordo del bergantín del negro Lisardo. Tenía una sobrina bailarina, menina Dorinda, que era la gran novedad en Lisboa.

TUDELA: Doña Reina de Gaula. Venía de baños de Etruria y hacía posadas suizas. Quería la cabeza de Amadís.

TURTOS: Ciudad famosa porque un día que venía sobre ella una armada enemiga, surgió poderoso el viento del norte y la dispersó; entonces los de Turios hicieron al viento polites, conciudadano suyo, y le dieron casa y tierras de labor. Un hombre de Turios naufragó en la costa del país de los italiotas.

ULISES: El hijo de Laertes. Lo había aprendido todo, menos esperar.

ULISES, SAN: Inventó el remo y el deseo de regresar al hogar. Tiene ermita en Ítaca.

VIOLA: La amó Foción. Su casa tenía dos ventanas. Abandonó Ítaca, pero volvía siempre a la isla en la boca de los marinos.

VIOLANTE: Doncella de la señora Alicia. Traía el jarro de agua fría cuando la huérfana compasiva quería lavarle los pies al señor Ulises. No osó levantar los ojos del suelo, y le quedó para siempre la pena de no haber visto el rostro del extranjero.

VIRGILIO: Sabio romano, mandó subir a Saturna, la muía blanca del cardenal de San Lorenzo, a la alta torre de Letrán, para conjurar los males que se anunciaban con eclipse y cometa.

VIUDA DE SIDÓN, LA: Véase la triste historia de amor.

VIUDAS DE LOS SICOMOROS, LAS: Cuando habló Ulises de que las monedas de plata, coronados bizantinos, que mostraba Alción eran apreciadas para dotes matrimoniales, la viuda gorda y la del sombrero de capirote vendieron sus higos al precio que pusiera el piloto de Ítaca.

ZENÓN, SAN: Santo Patrón de los.

ZENÓN DE IOS: Mendigo de Paros. Bebía vino de la izquierda. Contando historias, con su cayado ponía en el aire los perfiles de los personajes. Tenía un decir coloreado. Era de los sedientos vespertinos.

ZOÉ, DOÑA: Emperatriz de Constantinopla. Pasa por la calle en una comedia, en viaje de novios con su tercer marido, que le saliera poeta. Dejó apuntado a Pedro Cristóbal, alfarero de Atenas, por pretendiente si volvía a haber vacante.

# **CUANDO EL VIEJO SINBAD VUELVA A LAS ISLAS**

*A Emilio Álvarez Blázquez*

*... ser  
bueno, grande y alegre, hermoso y libre;  
solo eso es Vida, Alegría, Poderío y Victoria.*

P. B. SHELLEY

# **PRIMERA PARTE**

## **RETRATO DEL DICHO SINBAD EL MARINO**



*Tiró las mondas de naranja al mar. Le goteaba el zumo por las espesas barbas. Le gritó al rapaz, que estaba haciendo unos estrobos en la lancha.*

*—¡Sari! ¡Mira para esas mondas que tiré al agua! ¿Ves lo amarillas que son? Pues así son clareando al alba, las islas de las Cotonías. Solamente falta la del medio, la que tiene la montaña verde.*

*—¡No hay tales islas, Sinbad! Dijo Adalí que al Sur no había nada.*

*—¡Hay, hay! ¡Están las islas de las Cotonías como siete naranjas!*

*Con el remo separó Sinbad las dos mondas mayores, para hacer por entre ellas el estrecho de Miraquienviene, y después empujó un pequeño leño por él, queriendo imitar la nave del sultán de Melinde cuando toma vientos por aquella puerta, procurando las ondas del mar mayor, más allá de los angostos.*

*—¡Sari, escúchame, hombre! ¡Te lo pido por favor!*

*—¡No hay Cotonías, Sinbad!*

*Sari se volvía para Sinbad, riendo.*

*—¡No hay nada! ¡No hay nada! —gritaba.*

*El viejo piloto, que estaba sentado en una pipa de miel de Chipre, le mostraba sus manos al pequeño Sari, el cual, habiendo terminado los estrobos, brincaba, tan ágil como un negro, de lancha en lancha, hasta caer, en el último salto, al lado de Sinbad. Se arrodilló delante de él y le palmeó en los muslos.*

*—¡Sinbad, mi señor amigo, no hay nada! Te beso las rodillas, pero no hay nada más que agua, y después agua, y finalmente todo el mar corre por entre las patas espinosas del Dragón, que papa barcos como tú cerezas, y escupe la clavazón como tú los huesos.*

*—Sari amigo mío, según estoy viendo ahora mismo las manos mías que tantas veces acariciaron el timón, tan claramente vi en el Sur las islas de las Cotonías. Llevábamos diecinueve días de mar y dije para mí: ¡Qué bien vendrían ahora unas islas y una sed de agua fresca! Y cata las islas de las Cotonías, anaranjadas, balanceándose como naves. En los muelles de la mayor, a la que aproábamos, había gente paseando, con grandes quitasoles. Le dije al segundo que me estribase bien el turbante nuevo, un damasco que comprara hacía poco, salmonete veteado, y eché por los hombros una toquilla verde que se sujeta con hebillas de plata. Había que poner pie con señorío, que yo navegaba por el sultán de Melinde, que no es un*

cualquiera.

—¿Vive todavía?

—¡Siempre hay sultán en Melinde, amigo! ¡Siempre hay sultanes en el mundo! Ninguno de los cotovianos miraba para nosotros, Sari. Estaba mi nave ancorada a doce brazas del farol de los muelles, y nadie nos miraba. Toda aquella familia de los quitasoles seguía paseando, hablando entre ella y con unos perritos que corrían, muy famosos, con dos rabos... Sí, Sari querido, tienes que creerme: tenían un rabo en cada nalquita, los dos muy rizados, muy saludadores. Ni la gente ni los perros se enteraban de que estábamos allí. Les gritábamos y no nos oían. Parecían nación de linterna sorda. Entramos en aquella tierra algo desconfiados, no fuese burla, como en Cipango, que allí el Sogún, cuando se anuncia gente forastera que llega por la banda del mar, manda tender una grande tela pintada en la que están puestas al natural suyo playas solaces y bahías abrigadas, y un gigante que tiene de cámara está con un puntero invitando y diciendo los nombres de la costa, como en lección de geografía, y se acercan las naves, pero allí están, al pie de la tela pintada, unos bajos que llaman de las Arañas, y aquellas se pierden y los remolinos devoran la gente. Entramos en la isla, Sari, como te iba diciendo, y no nos veían ni oían. Pasábamos por entre ellos y no se apercibían. Sari, tienes que creerme. ¿Qué te cuesta, hombre? Te digo que los pasábamos de través y eran como nubes. Avisé a la gente para llenar de agua las barricas, y la apuré, que me entraba miedo de la noche en aquella isla. No se veían casas. No había más que arena amarilla, fuentes e higueras, y allá lejos la cumbre verde, brillante como una esmeralda. La gente, que es negra, hombres muy altos, con grandes blusas coloradas y cada quisque con su quitasol de fleco, hablaba ronco y con mucha franqueza, y había un fulano que tenía que ser terco y más bien impulsivo, que al hablar con los otros, poniendo razones, el cabezudo pegaba en los quitasoles de los contertulios con el suyo, gritando iracundo: ¡ajá, ajá, tujá! Solamente había uno del que pudiera decirse que fuese pequeño, y este andaba aparte, saltando a la cuerda con su perro. No se vieron mujeres ni niños. Aquella isla es muy hermosa, Sari. Coges arena, y es como si cogieras lana de Siria, y corre agua por doquier, según brota de las fuentes, que son todas altas y nada apozadas, y sale como nieve de fría, se va calentando por regatos orillados de hierba en aquellas arenas, y vienen de las otras islas, en las que no debe haber fuente, pájaros en bandos a beber, y lo hacen por naciones de golondrinas, alondras, tórtolas y jilgueros, y los pájaros de allí al silbar lo hacen perfumado. ¡Parece que en vez de venir de una isla vinieran de un frasco de aroma!... Como se dejaba caer la noche, y los más de los cotovianos se retiraban por un camino que subía al pie de un cercado de higueras, metimos las barricas de agua en la nave, y determinamos de alejarnos algo, al abrigo de la isla tercera, y todo el botín que sacamos de las Cotonías fue el agua fresca y una gran cesta de higos moles, unos higos abridores que vertían miel por las heridas, amén de la novedad de ver las islas famosas. Un marinero quiso robar un perro, pero no había modo de cogerlo, que era como agarrar humo, y lo

pasaban las manos, y lo sujetaban por las orejas, y no apretaban más que un poco de áspero y color, que es como no apretar nada.

Sari callaba atento, con el encanto del relato. Sinbad hizo que se cacheaba.

—Si tuviese aquí mi bolsa de cuero atrezado verías arenas de las islas de las Cotovías. Hay polvo de oro en los batihojas del bazar que brilla bien menos. Como te iba diciendo, nos pusimos al reparo de la isla tercera, que es redonda y tiene alrededor canales de mucho sosiego. Entre las islas cae un paso que se llama el estrecho de Miraquienviene, y por él sale para Indias el sultán de Melinde cuando va a buscar mujer nueva, que le avisan sus estrelleros que va a haber planeta, y entonces él muda de parienta. Y el sultán tiene la enemistad de un viento nomoroeste que nace a la derecha del Preste Juan, en la Cueva Cachimba, que se llama así porque siempre está humeando, y el sultán se viene callandito a Miraquienviene, haciendo noches reposadas, y está avizor, y cuando el viento enemigo se va a su cueva a almorzar, o a peinarse, oponerse capa nueva, mi sultán se mete de perfil por el estrecho, toma corrientes y el viento del sureste, y se pone en Trapobana muy fácil, tocando la flauta, que es muy músico.

Sinbad silbó unas escalas: ¡piolipí, piró, pirolipí!

—Esta la sacó el sultán para mí cuando dejé Melinde, viniéndome para mi casa.

—¿Por qué volviste, mi señor Sinbad? —preguntó Sari levantándose, y de la blusa sacando un envuelto de pasas y convidando al piloto.

—¡Por el vecino, hombre! ¿No sembró lechugas y calabazo en mi salido, aprovechando que yo estaba fuera? ¿No puede un hombre andar por el mundo sin que le metan gallinas los vecinos en su huerto? ¡Yo viendo volar veletas con linterna en Catay y otros comiéndome la propiedad! ¡Una tierra regadía!

Sinbad se irritaba. Comió un puñado de pasas y escupió uno a uno los rabos y la semilla. También se levantó, y hablaba ahora bajo y tranquilo.

—Sari, además que el timón va haciendo callo en tus manos, pero no en el corazón. Son melosos los higos de las huertas de lejos, pero tienes una higuera tuya en la tierra que naciste, y vas navegando por Badrubaldury ves pasar los malvises de abril y te preguntas: ¿cuántos higos míos no picarán hogaño?... Lo peor, Sari amigo, fue que yo me vine de las naves de Melinde cuando la gente comenzó a descreer de los países que traíamos en conversación los que andábamos por el mar, altaneros. Ahora todas las novedades son por mapa y aguja, y los pilotos no salen de cuarta levantada, que es como andar con bastón por las calles de Basara, y no encontrarás entre los pilotos del califa de Bagdad uno que sepa navegar por sueños y memorias, y así no logran ver nada de lo que hay, de lo que es milagro y hermosura de los mares. ¡Fácil es decir que no hay Cotonías!

Sacudió una babucha Sinbad, en la que se le metiera una arena, y se despidió del pequeño Sari.

—Tengo que ir a remojar, imitando que llueve, el perejil que traje de la Costa de los Dos Estandartes. Cuando sopla este allí, se levanta polvo en el aire, y en la

*polvareda, como dure tres días, nace y crece este perejil, que andaba volando la semilla de aquí para allá, a la altura de los tejados. En Cochin, para adobar los estofados, pagan onza de oro por onza de perejil. ¡No estoy tan pobre, Sari! ¡El perejil del aire!*

*Y el viejo piloto, remangando la chilaba, se fue por la cuesta de la Puerta de los Perdones, silbando para que lo oyese Sari el sonsolinete de flauta que sacara para él el sultán de Melinde, pirolipó, piró, pirilipó, cuando dejó Sinbad las naves y el mar Mayor.*

## CAPÍTULO I

**E**L país de Bolanda es una lengua de tierra que baja hasta el Golfo, y está ordenado en mirandas y oteros muy redondos, y entre estas medas van las aguas del Iadid, que quiere decir este nombre, en la algarabía de los naturales, «el frescor», río que se parte, cayendo de lejanos montes, en dos docenas de mangas, y se sabe por donde van las aguas porque en sus riberillas crecen palmeras que muestran el verde de la cabeza suya, tan abierta y movediza, sobre las espaldas bermejas de la tierra, y son las copas de las palmeras vistas de lejos, como si en un paseo de verano hubieran dejado caer unas damas sus abanicos verdes. Y cuando ya no falta una legua para que las aguas del río lleguen al mar, se buscan, se juntan en un abierto, y hacen una vega de prados y huertecillos muy regados, y con dos cañeros para que represen molinos; una vega verde, verde, lindante por toda parte con las arenas coloradas y las barrancas negras y apicadas que llaman al desierto; sandía hay que tiene la raíz y bebe en la tierra de la vega, mansa y oscura, y ella posa y crece en el calor de la arena. En la vega hay lugares acasarados, aquí y allá, muy encalados, tejados a cuatro aguas, rodeados de pajares y cuadras, y todo lugar con huerta cerrada, de altas paredes, para excusar en ella las mujeres. Y no da un paso el Iadid sin que lo sangren y va la tierra como si la tejiesen con hilos de plata, con el agua de los dos mil y ciento canales. Pejigos y cerezos crecen al lado de las casas, y en las tierras encostadas hay naranjos y limoneros y algunas viñas emparradas. Sale de la vega al fin el Iadid, recoge las aguas suyas que quedaron de las regadas y molinadas, y se va por una empedrada rodada de las avenidas suyas hasta el mar, en el que entra calmo y ancho, haciendo un estuario vicioso de junqueras y esceripos, y bosquecillos de cañas. Allí es un revolear seguido y chillador de gaviotas.

La villa llega al río en la cuenca del estuario por un cantón sobre un ancho muro, y por una rambla se baja al muelle. La villa es un puñado de casas blancas, unas a caballo de otras, cercada de un contén de ladrillo rojo en el que se cortan tres puertas muy bien arqueadas, y del curuto de la morena de terrados y tejados sale una torre bermeja que es el alminar de la mezquita. En una y otra parte de la villa se abren higueras sobre las paredes y echan a las calles estrechas sus ramas de grandes hojas. El mercado es en el muelle, saliendo por la Puerta de los Perdones, delante de la fuente que llaman del Malik, que es el rey.

El mar está tranquilo todos los días en el Golfo, y en la noche callada no se escucha su ir y venir, sino el brincar del Iadid en la tormera, antes de echarse a siestas en el estuario. Si yo, Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, que pone en latino castellano estas memorias, fuese villano allí, en las tardecitas de verano bajaría a las riberas del Iadid, y estaría, hasta que cayese el paño de la noche sobre la tierra, viendo correr la espumeante frescura, los pies en la corriente, y echando al agua, que allí tan encantadora pasa, una hierba, o una flor, o una nave de papel de Alejandría, y el huelgo del mirar de los ojos míos también. Tener un río como el Iadid en la sequedad

de las solanas de la tierra, tal es encontrar en la flor de la madurez, cuando ya va uno con el saco suyo de vagabundo más que promediado de canseras y horas secretas y vientos perdidos, junto a las manos y a las mejillas, una sonrisa confiada, moza y amante: una mariposa juguetona que saliese con viento fresco de un descuidado ensueño. Un río así es medio vivir; fugitivo compañero, se lleva del alma los gérmenes de la melancolía. Para ciertos vagos espíritus, un río es como un amado hogar.

La casa del piloto Sinbad está colgada sobre el muelle, en una curva del contén, que allí se abaja hasta dejar salir una cuarta de tierra rozada, que es el huerto de la casa, y delante tiene un salido, en lo abierto de una fuentecilla que rompe tarde y está temprano, pero el agua se recoge en un aljibe y en dos pilas, y de la más alta de estas riega Sinbad. La casa es de una planta, y en la fachada tiene a la derecha de la puerta un balcon enrejado de hierro, casi cubierta la reja con flores que crecen en las macetas, y con enredaderas de Indias, y con jaulas de mimbre pintado, en las que vuelan pájaros enanos traídos de Catay y de Kafirite, de los grandes viajes lejanos que hizo Sinbad; pájaros que nunca se vieron en el Califato hasta que los trajo el marinero nuestro, y son tan pequeños que huirían de las jaulas si el viejo almirante no les hubiera puesto, cruzada, una tarabilla en el rabo, de madera muy fina. Un pájaro hay que no vuela para adelante, sino siempre para atrás, y es el nostálgico de Zamor, y otro, el pájaro-grillo, que canta cuando ve encender fuego. Por la parte de atrás, por donde mira al muelle, la casa tiene medio desván asolanado, con corredor de caña, y en la cámara aquella guarda el dueño en cajas herradas memorias de por dónde anduvo, que nadie logró ver, ni se sabe con certeza qué sean, y del techo cuelga y llega al suelo de azulejos moriscos una gran pluma de ave, verde y rizada. Por la ventana acostumbra Sinbad asomarse con su antejo de larga vista a contemplar el Golfo, pero las más de las veces se enoja, si ve salir nave, porque no le gusta cómo los pilotos jóvenes toman la barra.

Sinbad es alto, robusto, y tiene andar de mucha gravedad, aunque tenga la pierna derecha un poco más corta que la izquierda; tiene barba blanca muy espesa, sin partir, y casi todos los jueves con la navaja de pulso le hace un redondeo, y para que se le vuelva en la punta pone por las noches rizadores de palosanto. Gasta siempre turbante de dril tirando a marrón, y es cejijunto, y por debajo de la selva pilosa muestra el alma por los grandes ojos negros. Digo que muestra el alma por la inocencia y el entusiasmo de su mirar, que los ojos suyos no callan nada, ni burlas ni veras, y se adelantan, cuando Sinbad habla, a las palabras suyas, alertando, sonriendo, entristando. A veces se pudieran ver países en fiesta en sus ojos. Tiene un hablar muy súbito, y va diciendo seguido y rápido, y se detiene y mete un silencio que puede ser de un cuarto de hora. Una vez contaba de un viaje a Malaca, al grano pimienta, y estaba diciendo por donde son las vagancias de los estrechos, y en esto calló, y pasó tiempo y seguía callado, y le preguntaron por qué no seguía y no contestó, y pasó otro rato, y todos los presentes miraban para él, que estaba de pie y con las manos

palpando el aire, y le vieron inclinar el cuerpo a la izquierda y finalmente enderezarse y sonreír, y siguió contando, pidiendo antes de retomar el hilo de la historia, que perdonasen el suspenso, pero que estaba la marea subiendo en aquel mismo momento en aquel Saopang de que estaba hablando, y tuviera que hacer unas viradas en medio de las corrientes, y salvara la nave metiendo todo a estribor. Sentado, Sinbad nunca está quieto, y todo es mecer el culo en el asiento, y poner el pulgar en la nariz y aspirar olores; adivina así muchas veces de qué país viene la gente que encuentra en el patio de la fonda, o en el muelle, o en una calle. Siendo tan marinero como es, no por eso deja de ser hortelano, y se levanta temprano para regar en el huerto y arrancar la hierba mercurial, y es muy hábil con el sacho, y poda e injerta, y siempre tiene muy buenos repollos y alcachofas sevillanas.

Una vez vino alquilado para una casa vecina de la suya uno que decía que fuera piloto mayor sustituto del califa de Bagdad, y hablaba de que traía un descanso hasta que se le pasase un reuma humedado que se le pusiera en ambas caderas, y como parecía traer capital y mudaba de ropa cada día, lo escuchaban mucho, en la fonda y en el muelle, en la fuente y en la lonja, y Sinbad no hacía más que callar y oler al huésped, que era un hombre pequeño y muy serio, y todos sus viajes remataban con grandes amistades de señores a los que trajera encargos preciosos. No hacía más que ofrecer cartas de recomendación y respeto, y un día le dijo a uno que lo recomendaba para criado de linterna del emir de Kafirite, estando mirándole el pulso que tenía en verter miel por un cañito sin derramar gota, y que él, el piloto, en Kafirite era como de casa. Sinbad calló. Al otro día salió vestido con una capa morada y en la cabeza una pabela blanca, y se sentó en su huerto en medio de los repollos, en una gran cesta de mimbre amarillo, y por Sari mandó llamar al piloto del califa y al mayordomo de la fonda, al cabo de la lonja y a los pilotos retirados, y vinieron todos y además muchos marineros que hacían pascuas en tierra, y entonces Sinbad, cuando tuvo a toda aquella familia atenta en el salido, le preguntó al piloto del califa:

—Señor piloto, ¿a qué isla me parezco?

El piloto pidió permiso para acercarse a Sinbad a estudiarlo, lo que le fue dado a condición de que no pisase los repollos ni los pepinos, y dio dos vueltas, se alejó algo, puso la mano de visera, oteó, tomó una cuarta de sol a la izquierda, murmuró algo, caló la mano derecha en la barba, y dijo muy manso:

—Parecerás la isla del Clavo, viniendo Sursuroeste de Calicuta.

Sonrió Sinbad con disimulo y le preguntó a un marinero que llaman Adalí, y que es un viejo que anda apoyado en un báculo:

—¿Qué isla parezco, mi Adalí, mi viejo camarero?

—Señoría —dijo Adalí, torciendo la cabeza un poco a la izquierda, y sonriendo a Sinbad, quien sonreía también de que lo titulasen—; señoría del mar, pareces mismamente la isla de Kafirite levantada en la mañana, y los repollos tuyos hacen el mar de las corrientes que son verdes, y el mimbre amarillo los soleados arenales, la capa tuya morada la montaña, y la pabela blanca, el humo del volcán.

—¡Estás muy imitante! —dijo Ruz el Oscuro.

Con lo cual quedó probado que el piloto aquel del califa, tan fabulante, no estuviera en Kafirote. Sinbad se levantó con calma, se quitó la pamela, y no tuvo inconveniente en mostrar la cabeza calva, monda y lironda, y salió Sari trayéndole un turbante de seda colorada que Sinbad se ciñó con mucho cuidado, y volvió Sari a la casa y regresó con la pluma verde, larga dos varas y media, y Sinbad con hilo de plata la aseguró por la canota al turbante, y habiendo terminado el aderezo salió muy fachendoso del huerto, dio las gracias a los amigos por la visita, y seguido de los más salió a pasear al muelle.

—¿Quién va ahí? —preguntaba una vieja desde un ventanuco, tapando media cara con una mano huesuda y negra.

—¡Alégrate, Lalaía —le contestó Sinbad sin mirar para ella—, que ves gratis la pluma del Ave Roe!

Desde entonces Sinbad volvió a ser escuchado en las tertulias, y el piloto sustituto fue a hacer verano a otra ribera.

En Bolanda el cielo es siempre azul. El monzón llega con el último día de mayo, y echa sobre la tierra unos alegres puñados de agua. La gente sale a mojarse, cantando. Pero en aquella provincia del Golfo se vive porque todos los días del Señor Misericordioso corren las limpias aguas del Iadid.



## CAPÍTULO II

**L**A fonda está de puertas adentro, que manda el rey que ningún forastero duerma fuera de la muralla, y lo más de lo que llaman la fonda es un gran patio rodeado de arcadas, y en el medio hay fuente para la gente y pilón para las bestias. La casa poco más es que una cocina, y en país de moros manda el Libro que se hagan de tres fuegos las de las posadas, y que siempre haya agua sazónada con un poco de sal hirviendo en una caldereta, y esta fonda de Bolanda está con toda religión. Desde la cocina, por una escalera de mano, se sube a la terraza, y hay allí cuatro cámaras para los huéspedes, y para las mujeres hay una tienda en un salido de la cocina. La terraza está más alta que las almenas de la Puerta de los Perdones, y se ven desde ella el muelle y las naves, y allí acostumbran hacer tertulia los pilotos que están de vacación con el dueño de la fonda, que es un manco muy risueño que responde por Mansur, y el caíd de la villa, cuando se alquiló de nuevas la fonda, que es renta del malik, lo escogió por eso, que dijo que en igualdad de saber de cuentas y de arroz blanco y cordero frito, la plaza era para una cara palaciega y alegre, que una careta triste en amo de fonda le quita a los forasteros el placer de la posada. Si hay gente de atavío en la fonda, entonces Mansur avisa cuando va a echar la pimienta al arroz, y los cominos y el clavo al cordero, lo que hace posando la taza de las especias en el muñón del brazo manco, que es el derecho, y con la mano izquierda remueve en la olla, y manda el condimento por soplo, y no hay otro que soplando eche la pimienta en grano, y él sí, muy fácil.

La tertulia de Mansur es al atardecer, y tienden los criados toldo listado, y traen cojines y almohadas, y van sirviendo el té con menta. Los contertulios son los dichos pilotos que no andan en la ocasión en el mar, y los forasteros que se acerquen, que casi siempre son gente marinera. A Sinbad no le gusta nada que suban a la tertulia los compradores persas de cueros y sebo, que le huelen mal, y no saben hablar de otra cosa que del arte de la castración, que siguen por Avicena, y de que bajó la ley de la moneda, y de mujeres, y no creen nada de lo que se cuenta, y están entre ellos haciendo higas a escondidas al que relata, y si sale una historia de un viaje por mar, escupen en la mano y dicen que una vez que fueron en una nao vomitaron. Cuando todos los de la tertulia son marineros, entonces Sinbad está contento, manda que levanten un poco el toldo para mejor contemplar los navíos amarrados en el muelle, y llama a los presentes por sus motes, o se los pone nuevos, sacados de un hecho de su vida, o alabándoles el puerto en que nacieron al mar, o la nave más sonada que mandaron, y si está presente el viejo Monsaide lo trata de almirante y le pasa la primera taza de té, y ablanda en su boca con saliva y polvo de canela las piedras de azúcar indio con que convida al anciano.

En la tertulia se pone Sinbad en dos almohadas, en el medio y medio de la rueda, y deja que los otros vayan sacando novedades de la memoria, y si hablan de tierras que estén cerca, a diez días o veinte de mar, o de sucesos de la villa o del propio país

de Bolanda, entonces no dice nada; pero tan pronto como se asoma a los labios de cualquiera de los presentes el nombre de un país o de isla o nación de más allá de Columbo a Canbetún, entonces Sinbad aprieta las rodillas con las manos, y repite en voz alta el nombre lejano, y ya saben todos que va a hablar el piloto de un viaje suyo, de una descubierta famosa, de una rara aventura, de costumbres no usadas.

—A la isla de Java, el primero que llego fue Mustafá el Ormuzí —dice Arfe el Viejo, posando la taza en la que estuvo lamiendo el azúcar del fondo.

Nuestro Sinbad deja que testifique Monsaide, que Al Garí, que es un piloto de Doncala que aprendió de los hindustaníes a dormir de pie, y es un pequeñajo flaco que siempre está tosiendo, diga que así que le pase el catarro ha de ir allá y traer sobrado para renovar el caimán y las hierbas de la botica de La Meca, que quiere hacer aquella obra por su alma fiel, y entonces toma Sinbad el sermón y saca una historia de cuando llevó a Cainám al malik de Sostar.

—Íbamos en tres naos, y saliendo de Sostar bajamos a coger el viento zamor, que esta facilidad no la sabe nadie, y la tenía yo de un viaje antiguo, y el zamor es un viento que está partido en sopladas y da sus ráfagas y se detiene un poco, y vuelve y da otras seis, y cada una es más fuerte que la anterior, y todas van como silbadas, cual música de dulzaina, de re mi a la si. Cogido el viento se va a su golpe muy solazadamente, pero hay que entrar en él a tono, con la soplada que le vaya al resonar de la nave, que no todas las naves roncan lo mismo, y hay naves que están en re y otras en fa, y conviene respetarles el afino. Digo que, cogido el zamor, se va suelto en él hasta que se da por pasado Malabar, y entonces os soltáis del zamor y vais con las brisas bengalies a estribor, y hay que arrendarlas antes de tomarlas al rey que llaman Calibo, un emir gordo y colorado que vive de este trato, y que se compromete a dar las brisas cada día, aunque no soplen de suyo, que las hace surtidas cuando quiere con una mano de molinos de viento que levantó en las cumbres de los montes que llaman Baldasín, y en otros molinos aspeados que tiene, de resorte, y suelta el freno cuando quiere, como en juguete de Constantinopla. Y se sabe que son las brisas de Calibo las que se toman y no otras, porque las marca en el lomo, como los vendedores de potros sus greyes en las ferias de Samarcanda.

—Pasé al lado de esas brisas y nunca tal oí —dice Arfe el Mozo, llevando la mano a la frente.

—¡Lo que se aprende! —dice Mansur, frotando el muñón colorado con la mano que tiene.

—¿Y qué se le perdía en Cainám al malik de Sostar? —pregunta Ruz el Oscuro, etíope crespo, craso y regoldador.

Sinbad enjuaga la boca con el té ya frío que resta en la taza, hace dos o tres aspiraciones de nariz de las que tiene por costumbre, escupe en el índice de la mano y lo levanta por encima de la cabeza para ver qué viento corre hoy.

—Se puede contar, porque aunque vive el señor Zafir, ¡gloria a Dios!, donde está retirado, con el viento que hoy sopla, no le llegará ni letra de lo que estoy relatando.

Reinaba Zafir soltero en Sostar, y lo más de su tiempo lo pasaba en el ajedrez y tenía innovado el movimiento de los elefantes, y la familia suya quería que se casase, y dos tías solteras que tenía propalaban a su alrededor la hermosura de las doncellas del país, y si fulana tenía un lunar aquí, y que si mengana era una preciosidad de teticas levantadas, y si zutana sabía baile y cantaba sostenido, y de los ojos de aquella, del andar de la otra, y de lo callada que era una rubita de doce, que ya parecía que jugase para princesita mandada. Pero Zafir no quería boda, y en los descansos del ajedrez andaba leyendo en un libro curtubí que enseña que amor no es más que una mirada sorprendida y una palabra que no se sabe decir, no, añadiendo que amor siempre está lejos aunque lo tengas a tu lado, y que no es cosa de buscar, sino palomo que cuando le apetece viene él a la mano, amargo a dulce, enemigo o amigo, veneno o caramelo de licor, y daba Zafir por cierta esta doctrina, a la que apoyaba con algún que otro suspiro y con mandar hacer música en la noche. Pero tanto le apretaban las tías, que eran dos solteronas holgadas y tercas, y venían los jeques de las tribus a llorarle a la puerta de su tienda cada día, que Zafir determinó, aprovechando que yo estaba allí licenciado del califa, hacer un viaje, y el disanto en la mezquita habló, y dijo que quizá regresase con esposa de aquel verano que iba a pasar en el mar. Navegamos con la ciencia que dije hasta la isla Java, y yo quedaba en la nave almirante sentado de respeto, con el bastón en la mano, y Zafir iba de particular por las grandes ciudades, y pasamos a Cainám, y a los tres días de estar allí, en el puerto de la Nuez Moscada, llegó mi ama de su ronda muy alegre, refrescándose con un *paypay*, y me dijo que convenía volver a Sostar lo antes posible, y a mis preguntas respondió que quizás encontrara lo que le hacía falta, en cuerpo y alma, pero quería estar en todo a la doctrina de su libro, y probarse con ausencias y ensañamientos, fatigar el corazón en no dormir, y el habla suya en poesía secreta... Y siendo hora de marea baja, tome el canal de Malaca deslizado, y de una virada fui a caer contra Columbo, ayudado del monzón antevíspera y, con los terrales torcí para Sostar, y por apurar obré lo que hasta entonces nunca hizo ningún piloto mayor, y fue poner dobles las velas, como si fueran sacos, y llenarlas de humo, quemando sobre cubierta maderas finas, y así mi nave iba por el aire, y dejamos a las otras seis meses atrás, y eso que no hubo día que no tuvieran el viento de popa.

—¿Eso hiciste, Sinbad mío? —preguntaba Mostazám, un piloto de Trípoli al que le falta una oreja, y no tiene cicatriz ni señal en el sitio, y asegura que nació con ella y la tuvo hasta la edad de veintiséis años, y que no se la arrancaron ni cortaron, sino que se la robaron una noche que durmió al sereno, en el puerto de Calicuta, y no se dio cuenta.

—¡Eso no es nada! Zafir desembarcó en Sostar y dijo a los que vinieron a besarle el fleco de la capa, que encontrara lo que le convenía, y que iba a estar en espera un año, por ver si andaba en lo cierto, y si no andaba, que entonces les prometía tomar mujer en el país y hacer el heredero pedido sin perder noche. Y corría el año y Zafir adelgazaba, y no dormía ni comía, y pasaba con un poco de pichón con miel, y hasta

tenía que echarle yo el orégano que diera con el punto de su gusto, y mi príncipe andaba solo por el desierto y determinaba pasar unas semanas con los pastores, y aburriera el ajedrez, y hablaba para sí versos con estribillos secretos, y se quejaba. Fue entonces cuando los ulemas le dijeron en consulta escrita en pergamino de Medina, que por mucha que fuese la doctrina que leía en los cordobeses, que se ponía a punto de morir y esto era contra ley probada. Todo el país gritaba que se casase, y ni le dejaban dormir y golpeando en su puerta los mozos con cadenas hechas con ajorcas de los tobillos de las muchachas, y con femeninas ropas perfumadas por si encelaba. Me mandó llamar Zafir, que me tuviera todo aquel tiempo a bordo, pagado y preste, y mantenido de lo mejor con riñones a la moda y arroz con leche, y dispuso que saliese por el zamor y con velas de humo a Cainám, sin pararme con nadie, y trajese lo más pronto que pudiese la prenda que en aquella tierra dejara, y me daba cartas con doble sello y triple lacre para un tal Pizao, que vivía en la calle de los Cesteros. Fue un viaje de lo mejor, y me salía el temporal que pedía, y daba carreras sin desatar el timón ni recoger trapo, y llegué a Cainám en un mes y nueve días, y fui al Pizao y aquí empieza la novedad de esta historia. Si no os la contara yo, señores capitanes, amigo Mansur, no era para creerla.

Hubo otra ronda de té, y los que fumaban encendieron las largas y trabajadas pipas, y los hornillos eran bermejas mariposas en la hora serótina, posadas en la terraza del *fondak*.

—El Pizao nombrado —prosiguió Sinbad— no era un príncipe como yo pensara, ni un ricacho, ni un piloto, que era un cestero, y además de cestos hacía veletas volantes, con cola y sin ella, para los muchachuelos de Cainám, y mi malik, Mohamed Ibn Zafir al Sostarí, ¡el Señor contemple su espada!, le dejara pagada con tres doblas de Cochin, una grande, de papel chinés azul, y la cola un trenzado de tres vueltas, verde, y la armada de la veleta volante era de bambú rebajado por dentro que es el mayor mérito de estos artilugios, y esta veleta volante, este pájaro, era la prenda querida, la sonrisa del alma, que me mandaba buscar... ¡Y para eso llevaba yo, en secreto, un colchón de pluma de alondra y un barrilito de agua de rosas!

—¿No había mujer? ¿No descubriera nada a los suyos? —preguntaba Mansur.

—Nada de nada. Lo que ocurría era que mi señor no había visto veletas volantes, ni siquiera supiera de ellas, y pasmó cuando vio una tomando aires en los oteros de Cainám. Y lo que determinara Zafir era retirarse a una montaña con aquel alegre invento, y dejar el asiento real a un sobrino segundo que tenía. Y dejó todas las mujeres del mundo por una veleta de papel, pero con todo el encanto que tuviese la veleta para su corazón, sin la ciencia aquella amatoria del libro *curtubí*, en el que vienen las diecisiete figuras tristes que hacen los enamorados y cuanto se goza suspirando, quizás hubiese casado... Eso sí, la veleta iba muy bien enseñada, que por el camino de regreso, y como tenía recibido mandato de tratarla como si fuese la persona misma de Su Alteza Zafir, mi señor, todas las mañanas me arrodillaba delante, como si tuviera audiencia en Sostar, en la tienda emiral, y le contaba a la

veleta como eran los vientos de Arabia, y como cambiaban súbitamente, y de las capas calientes y frías, y de cuándo traen arena y cuándo no, e lúcele discurso de las tormentas y catálogo de las aves que conocería en aquel cielo, y también del temperamento de Zafir y de su doctrina exquisita, y me parecía que la veleta volante me estaba oyendo, e incluso, durante algunos días, llegué a pensar si no sería una forma encantada de una doncella hermosa, pero no: era veleta y nada más.

—¿Piensas que un atado de caña y papel chinés entiende? —preguntó un poco airado, quizá dándose por burlado con la historia, Arfe el Mozo.

Anocheía. La tetera estaba en la trébede y ardía bajo ella, calma y dorada, una braserita de junquiza. Mansur le echó unas hojas de laurel, que chisporrotearon pronto, para espantar los mosquitos. Comenzaba a oírse, en el silencio de la hora, el alegre Iadid, y en los palos maestros de los navíos, en los muelles, manos hábiles encendían farol. El guarda de la Puerta de los Perdones daba el «cierre, forastero adentro y noche serena». Sinbad se levantó y le brillaban los ojos entre lusco y fusco.

—Dicho está que no hay palabra que no encuentre su oído, aun en tierra de sordos. Un hilo ahora es blanco y ahora es negro, pero la voz del que enseña al que no sabe es como una oveja preñada.

—¡Salam! —añadió el viejo Monsaide—. Y es seguro que haya mujeres más sordas que la veleta de Cainám. ¡Algún día me dirás, Sinbad, los discursos que le hiciste a la prenda del señor Zafir!

Los murciélagos surgían subitáneos en la noche, y pasaban en revuelos por entre los turbantes de los pilotos arábigos en la terraza del servidor Mansur.

## CAPÍTULO III

**S**E levantó Sinbad temprano aquella mañanita de mediados de febrero y al salir a la puerta de su casa quedó un rato arrimado a la reja de la ventana, mirando para los almendros floridos del huerto de la viuda Alba, y diciéndose que estaría vigilante, por ver si la viuda salía a baños calientes, y entonces hacerse el encontradizo y echarle un parrafeo, y beber algo de aquellos ojos negros, y cuando llegaran al portal quizás hubiese algo de suerte y le pudiese coger una mano. Esto ya pasara una vez, y el portal de la viuda está de la otra parte de la plaza, encima de la fuente, y cuando Sinbad le apretaba la mano regordecha y suavizada con enjundia de gallina a doña Alba, como si los pájaros chinos del piloto estuvieran amaestrados, echaron unas cantatas rizadas y tan alegres, que ambos se pusieron en un pasmo, y se dejaron estar en aquella maravillosa caricia por un instante. Cuando le pasó la sorpresa, la viuda corrió a encerrarse en su casa, y Sinbad desde entonces tenía puntos en los que se quedaba medio adormilado, ensoñando. Añádase a esto que vivía solo y era algo sanguíneo.

Cuando llegó Sinbad al muelle, que iba a recomendar al piloto Mostazá —ese de quien conté que le robaron una oreja cuando estaba durmiendo al sereno en Calicuta —, una carta para Calicuta, que había allí un médico conocido suyo que entendía mucho de vistas nubladas, y la de Sinbad con los años iba perdiendo los resplandores del mundo, y muchos colores se le mezclaban con sombras, y un hilo de plata que se le ponía movedizo en la visión por veces le hacía tordear como si estuviese borracho, y siempre había vecinos alarmantes y fariseos que corrían famas y echaban comentarios, y Sinbad no podía contar nada sin mirar lo que contaba, y pasaba los ojos suyos por la memoria propia, alineando en ella las figuras como si tuviera delante un espejo, y tenía la mirada de los imaginativos, que la mitad es para fuera, para la variedad del mundo, y la otra mitad es para dentro, para el gusto del invento, y el calorcillo que da al espíritu sacar una historia de nada, de donde están las palabras calladas y confusas, que es como no estar. Digo que cuando llegó Sinbad al muelle con la carta para Cochin, estaba preguntando por la villa y si había puerta obligada para los esquilinos, un forastero alto nueve cuartas romanas, muy embozado de barba negra y la piel muy pálida, los ojos claros entornados como doliéndose de la luz matinal, y todo el equipaje que portaba eran dos lanzas etiópicas de hierro crudo y la hoja laurética. Sinbad pasó a su lado y lo olió por dos veces, y se fijó en un escapulario que el otro traía, amarillo y verde, que es la señal de los proscriptos de Madagascar, y acercándose entonces a él le preguntó en melgacha cortesano por su nombre y de donde venía. El forastero le contestó muy fino en arábigo que le agradecía el saludo, que quería ser en la lengua de su escapulario y casi le salía, si no fuese que pronunciaba Sinbad el melgacha por la i, y aquella s que cae al final de cada palabra en Madagascar, esa los nativos la silban. Pero no dijo su nombre ni contó de sus escalas.

Sinbad le anunció quién era él, y quedó algo cortado cuando el otro le respondió que nunca oyerá hablar de aquella señoría, y eso que podía decirse que lo suyo propio era vivir en los muelles del mundo entero. Se habían acercado marineros y tratantes, y bien vieron que Sinbad iró, colorado, de no verse famoso, ¡y tanto que se decía! Pero nuestro piloto levantó la cabeza, le gritó a Mostazán —quien estaba a caballo del foque haciendo que pescaba un mújel— que no se olvidase de sus letras y se ofreció cortés al forastero a enseñarle la fonda y en lo tocante a que no hubiese oído hablar de Sinbad el Marino hasta aquel momento, que bien se daba él cuenta de que un hombre que anda por el mundo con su corazón propio por toda patria y almohada, no va a estar con la oreja pegada a las gacetas de los muelles, y que además ya hacía nueve años que no navegaba, y sus últimos viajes fueron por partes ocultas e islas que todavía se disputa si las hay o no, y no por los tráficos usados de los arábigos, y que vienen tan apuntados en los atlas del Islam, que ya no tiene gracia salir. Sinbad navegara últimamente por hacer mapas de vientos y descubrir más allá de Malaca la hora tormentina.

—¿Qué hora es esa? —preguntó el forastero.

—Es la hora de la velocidad de los temporales, que están empozados en los mares, sin saber qué rumbo tomar, y quizás, estando alerta, se les pudiera agarrar cuando comienzan a mostrar el pelo, y tornarlas así de las partes habitadas. El mar está por estudiar.

Sinbad llevó el forastero a casa de Mansur, quien lo aposentó en una de las cámaras de la terraza y pidiéndole que le perdonase, que no era contra él respeto ni falta de caridad, le dijo el huésped al nuevo inquilino que era costumbre pedirles a los que viajaban sin valija una semana de adelanto, y que no miraba mal la Ley esto en lugar poblado. El forastero le agradeció a Sinbad que le tuviese las dos lanzas, y de debajo del escapulario sacó una bolsa, y en la bolsa tenía unas pinzas de concha de tortuga, y con ellas tomó muy delicado una moneda de oro y la dejó caer en la arena roja de la terraza.

—Perdona —le dijo a Mansur— que use contigo esta moda, y que no te pague en la mano, risueño fondista, pero es uso de los míos no tocar dinero ni darlo a tocar. Ahora tú coges la moneda de la arena y es como si ella te pagase por su cuenta mi derecho a estar aquí, contemplando el país de Bolanda y el Golfo, y a comer de tu pan, beber de tu agua, y echar un sueño en esa camareta.

—¡Sólo Dios es Dios! —dijo Mansur bajándose a recoger la moneda, que era un bizantino de media onza.

El forastero se despidió para su retiro, y quedaba convidado a la tertulia de la tarde, pero dándose cuenta de que Sinbad marchaba serio e incómodo porque no le dijera su nombre y viajes, cuando ya el piloto ponía pie en el tercer travesaño de la escala que bajaba a la cocina —que, como dije antes, era escalera de mano erguida— tuvo aquel hombre atristado una voluntad súbita y graciosa, y dijo:

—Señor Sinbad el Marino, antes de retirarme a leer unos recibos quiero darme

por obligado tuyo, y para que sepas a quién mandas, yo soy aquella alteza Gamal Bardasí de las Sospechas, que perdió el Reino Doncel.

Sinbad, que era muy mirado en etiquetas, se sintió de que puesto como estaba en la estrecha escalera empinada, no podía saludar con la pleitesía debida, pero sabiendo a Mansur debajo mismo de él, curioso siempre que no quería perder palabra de las grandes conversaciones, le dijo en voz baja que aguantase, y dejándose sentar en la cabeza del fondista, le quedaron los dos brazos libres, como muñeco de títeres griegos, e hizo las ceremonias, aunque muy prudente en reverencias, que no estaba muy seguro en la escalera pese al apoyo, y llevó la mano derecha a la frente, a los labios y al corazón, y la izquierda la abrió en el pecho bajo, y hasta fuera suerte que aquel día, con los deseos de timarse con la viuda, pusiera Sinbad dos anillos que tenía, con aguasmarinas soleadas.

—¡Los caminos los derrama la mano del Señor! —dijo Sinbad.

El príncipe juntó palma con palma de las manos suyas, y movió la levantada y melancólica cabeza afirmativamente, y Sinbad bajó con gran pausa, cruzado de brazos, y con las nalgas en el turbante blanco de Mansur, muy asentadas.

—Ya oíste que tienes en casa un príncipe.

—¿Dónde cae Reino Doncel?

—No cae para parte alguna. ¿No oíste a tu inquilino que la perdiera? Hay tierras que sólo son memoriales. ¿No te conté ya del rey Borzasares, que por mejor guardar de los usurpadores sus siete ciudades cuando vino a La Meca, hizo trato con un mago y este se las puso en una sortija, como siete piedras y, jugando Borzasares con la pieza le cayó al mar, y fue perdido así su rico realme? Yo mismo vi a Borzasares pedir por puertas en Damasco, y como en sortija iba toda la familia de sus sujetos, estuvo el mar en Adem un año echando cadáveres. ¡Muchos se hicieron ricos con los rescates de ropas y joyas! Algo parecido le pudo pasar a este Gamal Bardasí con su Reino Doncel.

Sinbad iba a hacerse su almuerzo, pero antes olió por dos o tres veces la pepitoria de gallina que estaba cocinando Mansur.

—¿Era aquella gallina de la media polaina, las alas doradas, tan voladora? —preguntó ya en la puerta, y se lamía los labios con la punta de la lengua.

—Ni me acuerdo —dijo Mansur, que no era nada dado a propasarse en convidadas.

Estaban en ruedo en sus cojines los pilotos, y Mansur mandara subir una alfombra nueva y una mecedora de mimbre que tenía, muy de respeto, con funda de otomán colorado, por si quería sentarse en ella Su Alteza Gamal. Ninguno de los navegantes presentes oyera hablar de Reino Doncel, y las opiniones estaban encontradas en lo tocante en a qué viento caería ese emirato, diciendo uno que en el sureste y otro que en tramontana. Monsaide opinaba que andaría más allá de Lisboa, y Arfe el Mozo que en tierra adentro, para la parte de las fuentes del Nilo, donde había aguas movedizas. Sinbad callaba, haciendo musiquetas con la cuchara en la taza del té, y



por veces silbando, vaciando en el silbo todo cuanto aire le cabía en el pecho. Y ya se iba el día rosicleando horizontes por mar y tierra, cuando salió Gamal Bardasí de las Sospechas de su retrete, con el manto recogido en la cintura, y en cada mano su lanza, y era mismo la erguida figura que todos aguardaban ver, seria y señora, y cuando Mansur le ofreció la mecedora se sentó en ella con mucha pausa y gravedad, posó las lanzas en el suelo, puso los pies encima de ellas tras quitarse las babuchas, miró muy calmoso a todos los contertulios, uno por uno, y no dijo palabra.

—Señor —dijo el viejo Monsaide—, aquí en Bolanda hay paz sobrada para propios y extraños. Los viejos marineros gustamos de poner mares por debajo de nuestras conversaciones, navíos en las brisas que pasan. Dicho está que los corazones solamente se miden por el brillo de las estelas gloriosas. ¡Dios te guarde! ¿De qué banda cae Reino Doncel, príncipe real?

Gamal posara las abiertas manos en sus rodillas y miró por encima de las cabezas de los pilotos la franquía lejana del Golfo, que se perdía en un claro de oro, y siempre entornando los ojos, como parecía su natural.

—Reino Doncel caía todavía más allá de Trapobana, quizá por donde anduvo Sinbad en busca de la hora tormentina. La señoría era de un tío mío que al llegar a los veinte años de edad se le puso en la espina un punto con inflamo, y jorobó ladeado, y no quiso ya nunca más salir de su palacio, y dio en gobernar el reino por medio de espejos y de agujeros, y ponía las leyes por adivinanza, y tenía también pájaros oidores, que son unos mirlos de por allá que repiten todo lo que escuchan, y en cada casa de rico tenía mi tío cuatro o cinco, y por lunas los traía a la cámara secreta suya a examinarlos, y no le importaba nada lo que oían los mirlos suyos salvo que fuese política, aunque a veces se entretuviese en alguna curiosidad, verbigracia, si un viejo matrimoniaba con moza, cómo fuera la primera noche, o si había cuernos en casa de algún altivo, si le pegaba la mujer más joven al señor sargento mayor, y cuántas veces contaba el tendero Leartes, que fue famoso avaro y comía la carne por sombra por encima de cortezas reseca, las monedas de plata; digo que de esto era curioso por chiste. Pasó que comenzaron a echar los pájaros, cuando los examinaba, palabras nunca oídas, que no estaban en la *Perfecta Compilación* ni el *Tesaurus*, ni en las modas de teatro que venían de China, y mi tío se hizo sospechante, y un día en que un pájaro trajo toda una conversación en esa parla secreta, al dueño de la casa en que estuviera el chivato, mandó a mi tío que le cortasen la cabeza. Usábase allá que el penado era convidado a una fiesta en palacio, y el visir de mi tío le decía que se asomase a una ventana para que viese el pavo real que llegara la víspera de Siam, y el otro echaba la cabeza bien afuera, buscando en el patio dónde se habría escondido el pavo famoso, y en esto le caía un hachazo en el pescuezo. Mi tío pedía que le trajesen el tambor mediano, y echaba muy redoblado toque de muerto, con seña de hombre principal, o cabo primero, o forastero.

—¿Dónde se ponía el verdugo? —preguntó Mansur que como todos los pacíficos risueños gustaba mucho de cuentos de miedo y de no poder dormir hasta que no

metiese la cabeza a sudar debajo de la almohada.

—Estaba por fuera, colgado de una cuerda por la cintura, y cuando el visir asomaba su mano, diciéndole al penado por dónde andaría el pavo real, el verdugo se soltaba de una aguada de hierro, y venía columpiado, rápido como un rayo.

—¡Mucho se inventa! ¿Y había pavo?

—Al principio sí, pero al que había no le iba el clima, y murió en tres semanas, de las anginas. Después ponían las plumas de la cola en una cesta y se hacían las justicias al anochecer, que mal se veía el pavo. Siguiendo con el cuento, digo que huyeron muchos notorios para Catay y Fusango y la isla de Joló, y andaban por aquellos encuentros juntándose y tratando de venir con una armada a echar a mi tío jorobeta de la corona y a ponerme a mí en su lugar, y que me avisarían por dos sierpes verdes. Mi tío andaba soliviantado, se cagaba en su monumento, y ya tenía callo de los redobles que echaba cuando mandaba matar rebeldes, y un día me llamó para decirme que iba a echar fuera toda la nación y a esconder Reino Doncel para que ningún cabrón se lo quitase, y que me pasaba a mí este secreto porque era el único de la familia de quien no desconfiaba. Yo era un sobrino dado a leer de plantas, y el más de mi tiempo lo pasaba injertando limoneros en un jardín y estudiando hierbas de adorno, a las que variaba forma y color, y ya lograra en otoño un prado blanco, y como dijeran de mí, desde que me vieron rapacete, que era muy tímido para las mujeres, me dejaba estar metido en mí, y corriendo aquella fama mía yo callaba, y mejor estaba solo por si me venían con lágrimas las horas de la soledad, que las hay, y desde que me tocaran en la espalda avisos de que los escapados me querían por emir, yo, la verdad sea dicha, no hacía más que soñar con tener doncellas hermosas en mi palacio, una en cada cámara, y yo paseando de una a otra, y siempre hablando variado con ellas églogas y comedias... Y me duele ahora que el jorobado aquel mandase mis sueños a la ceniza. Le pregunté si era fácil esconder un reino como el nuestro, que eran bosques y campos abiertos, y una vegada de almendros y una ciudad amurallada, y él me dijo que sí, que tenía una capa negra y que la ponía en el aire con palabras sopladas, y con un guiño de ojo se quitaba la capa, y todo lo que estaba debajo desapareciera, y en tres golpes podía esconder todo el Reino Doncel. Como doliéndome de mis hierbas y de los almendros que iban para flor, le pregunté si donde se escondería nuestro reino no se pudriría todo, no se oxidase o cubriese de musgo, y él me dijo que no, que abajo del todo, donde metería el país, había una selva soleada, y allí estaría muy asentado el reino, como colada de francos a secar en una ribera, y tan cómodo todo y respirante, que él no se movería del palacio y no le faltaría agua fresca ni luz del día, aunque esta le viniese por pasos de escalera de espejos. Le dije que yo era su sobrino obligado y halagado súbdito, y que me mandaba, y él quedó en avisarme, y cuando estaba un servidor de regreso en su jardín, perdido en imaginaciones, apaciguando la voluntad que con el anhelo del emirato me hiciera aquellos días algo soberbio, llegaron las dos sierpes con el anuncio de que los escapados embarcaran para llegar con la lluvia del día siguiente,

que en Reino Doncel llovía siempre por las tardes, y a esa lluvia le llamábamos el baño, ¡y qué bien la bebían mis hierbas de ensayo! Me dije que tenía que ir a ver a mi tío y distraerlo, y si podía había de hacerle mirar un árbol que dejaría en el jardín, y que era un limonero que yo inventara y que no más tenía que dos ramas, y cuando estaban cargadas de fruto eran tan livianos los limones, y pesaban menos que el aire caliente, que entonces el limonero, si no estaba bien agarrado a la tierra, volaba a saltitos de aquí para allá, como mariposa en los brezales de mayo; dije que buscaría que mi tío se asomase a ver el árbol, y como el verdugo real siempre estaba colgado por fuera, sin meter yo mano en el asunto, caería desde el quinto piso la cabeza del emir, tan solazada siempre en su turbante relleno de plumón de perdiz. Iba yo para el palacio emiral al trote de mi Polisandes, que era un caballo que comprara a uno que lo traía en estampas, sacado de una novela griega, y se mezclaban entonces en mi corazón la alegría de coronarme rey con el temor de la aventura en que me ponía, y el limonero célebre lo llevaban delante de mí cuatro pajes corredores míos, dentro de una tienda morisca de lienzo crudo porque no volase.

Gamal pasó el dorso de la mano derecha por los delgados labios y acarició la barba antes de proseguir el relato, y pareció que se le mudara la voz, y bajando de tono se hacía más confidente.

—Llegué al palacio, y no más llegar ya vi que andaban encendiendo luces, y me dijeron que mi tío estaba armado en la torre descubierta, y subí junto a él y en cuanto me vio me dijo que llegaban los escapados, y que ya metieran en el reino avisos, y que no había tiempo para nada, ni para una que tenía determinada, de desvirgar entre él y yo todas las hijas de los rebeldes, lo que por otra parte no venía mal como medicina preventiva, ya que abajo había de todo menos cópula. ¡Estaba rojo como pimiento morrón! Me gritó que bajase para la solana, y que me estuviese allí quedo a la escucha, y no tuviese miedo por viento que sintiese abanar el mundo, que iba a echar la capa maga, y del primer golpe borraría el mar, del segundo los campos, y del tercero el palacio en que estábamos. Bajé a la solana y me senté en un serón de zuecos Chineses, y no sabía a qué atenerme, y bien veía las sierpes escurrirse por entre los rosales y hacerme señas levantando la cola, y en esto cayó noche oscura, relampagueó, tronó, volaron piedras encendidas, y yo salté de la solana al jardín con el último estampido, y caí en el mar, en un mar que antes no había, y era una mañana soleada, y a dos varas de mí navegaba el serón de zuecas, isla bendita a la que me subí. ¡Alguna quebradura tuviera el arte de mi tío! ¡Y para esto tanto capar cuervos y mirar agujeros en los testes! ¿Qué más os contaré? ¿He de llorar ahora mismo aquí mi jardín florido, mi limonero volador, mi palafrén de novela, mis hierbas de colores, las damas con las que imaginaba conversar letrado poético, las lluvias de la tarde sobre almendros en flor, y hasta el gusto que se me fuera poniendo de ser un rey solemne, sentado en el medio de la plaza, haciendo a las varias gentes justicia y caridad? No me veréis llorar, no. A los nueve días, y ya moría de hambre y de sed, me encontraron unos de Madagascar que volvían de la canela verde, y me trajeron a su isla famosa,

donde fui curado de las fiebres del ayuno en el mar, y me tomó amistad el intérprete de foráneos, un tuerto muy político a quien le enseñé a jugar a chapas a la raya, y porque pudiera yo pasar tierras y mares con franqueza, me apuntó como si fuera proscrito de allí, y así tendría derechos, ya que era expulsado de una tierra que hay, que es Madagascar, y no de una que no se sabe de cierto si la hay o no, que es Reino Doncel. Y lo que son los hombres: ese intérprete que tanto me quería, y tanto me ayudaba, anhelaba que yo saliese de Madagascar, para ser él campeón de chapas a la raya, que él ganaba a todos los malgaches y a los pasajeros menos a mí. Y el Gran Cazador de los Malgaches, que así titulan allí al coronado, y es hombre de mucha ciencia y médico...

—Le llaman Bambarino y lee por cristal de aumento —comentó Sinbad, quien estaba muy curioso del relato y también del juego que se traía el señor Gamal Bardasí de acariciar con los pies, como si los acunara, las dos lanzas suyas.

—Es ese mismo —confirmó Gamal—. Y cuando se aburre hace que vengan sus guerreros ante el trono, y a todos les quita el cerote de dentro de las orejas soplándoles agua de una vejiga de perro. Y fue él quien me dijo que me llamase siempre con el mote de Sospechas, porque si volvía a Reino Doncel siempre estaría bien que tuviera una posesión con el apellido de mi tío el jorobado, quien tendría su partido, y también me aconsejó que no dejase de tener a mano las dos sierpes que me mandaban con avisos los escapados, para que testimoniaran en la ocasión que yo era Gamal, el blando injertador, y que el aviso llegara retrasado...

—Y vuestras sierpes son esas lanzas de hierro crudo que tenéis a vuestros pies —dijo Sinbad, haciendo la higa tres veces seguidas por si eran venenosas.

—¡Son y despiertan con la noche! —gritó más que dijo Gamal Bardasí, y se inclinó a cogerlas tras escupir en las palmas, y cuando las levantó eran dos grandes culebras de ojo hostil, erguida cada una en su mano. El príncipe, abandonando la mecedora, sin decir otra palabra caminó hacia su cámara, y daba miedo verlo. Respiraron todos cuando oyeron como se cerraba por dentro.

Los pilotos y Mansur, sorprendidos, miraban para Sinbad, quien muy tranquilo se aprovechaba para servirse otra taza de té.

—Otros casos conocí de más novedad, amigos, y los saqué con bien menos señas. Y este Gamal tenía mucho andado para el oficio de exiliado, que es figura que pide melancolía, por tener tanta parte de su vida sin toque de mujer. Y para que veáis que ya estaba oyendo de esa boca real lo que ya sabía, ¡mirad!

Y mostró Sinbad el Marino, sacándolo de un pliegue del turbante, un limón dorado.

—¡Mirad! ¡Un limón volador de Reino Doncel!

Yjugando a tirarlo y a cogerlo con las dos manos, y palmada entre vuelo y vuelo, en una de estas vino una brisa del Golfo y se llevó el limón por el aire, por encima de los tejados y de las terrazas, por el claro de luna, hasta dónde no se sabe.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntaba el viejo Monsaide a nuestro Sinbad,

subiendo juntos por la cuesta de la Mezquita—. ¡Puedo ser tu padre, Sinbad bienamado! ¡Por las barbas del Profeta, hombre! ¿Cómo hiciste, mi califita?

Sinbad reía, y echó a correr. Se subió a un canto de cargar harina que había a la salida del almacén del horno de la villa, y ya en el pegó dos brincos.

—¡Han de decir que estás borracho, mi Sinbad! ¿Cómo hiciste, alegría del mar?

—Era nada más que la piel de un limón, Monsaide amigo, con una golondrina dentro.

—¿Y cómo sabías que vendría al caso?

—Lo hice por si al perderse Reino Doncel salía que fuese por el aire, poner este verbigracia volador de punto final.

—¡Quién sueña, sueña! —comentaba para sí Monsaide, golpeándose el pecho y la frente.

## CAPÍTULO IV

**S**INBAD nunca fuera casado, y no se sabía si por falta de tiempo entre sus famosos viajes, o porque no encontrara aderezo de gusto, o porque no se les acae de todo la vida de familia a los imaginativos perezosos, o por filosofía, como él enseñó una vez a los pilotos de Calicut, alabando la hermosa castidad que piden las descubiertas del mar y el andar con la amistad de los grandes vientos, a aquellos carnales que no piensan más que en meter mozas en las naves y en remojarlas en calderos que echan por la popa, desnudas como su madre las parió, y si pueden zarpar sin pagar. Otras veces decía Sinbad que comiendo como él lo hacía cuando estaba desembarcado, por países y días festivos, que precisaría diez años para poner media docena de mujeres al tanto de las escuelas de cocina, y dos por lo menos tenían que saber calendario, y no habría renta ni soldada que llegase, y también los piques entre ellas, y no iba a cumplir con las seis, que no juntaba él alegría para tanto, y viniendo del mar, el cuerpo lo que pide es cama quieta y callada. Cocina Sinbad para sí, y cuando llega a la tertulia le echa el aliento a Mansur o a Ruz el Oscuro, y les pide que adivinen, y los otros cantan respuestas, y Sinbad les permite que acierten una que otra vez, para que no pierdan el gusto del juego, pero las más de las veces no pueden atinar que nuestro amigo trae el almuerzo de muy lejos, con trompa de elefante mechada, o sopa de nieve con molleja de pavo, o ajos rellenos de sangre de pichón, a un revuelto chino de huevos con claveles, y así otras suculencias, y también conservas de las Molucas en barrilitos de palma. Mansur lo que más acierta es si el estofado llevaba carnero. Sinbad se echa a reír, y dice frotando las manos:

—El carnero en el estómago me venía diciendo: ¡Vamos a saludar a mi primo Mansur!

Y regüelda y ríen todos, y Mansur dice que no le parece mal la burla, pero se pone colorado.

Volviendo con Sinbad y por qué no se casó, lo que más le gustaba al almirante cuando llegaba a una ciudad extranjera, era salir anochecido a pasear solo por las calles, y todo era atender si salía una mujer por puerta a ventana, y si le chistaría o llamase, y sólo de pensarlo se ruborizaba, y entonces apuraba el paso; también le gustaba ponerse a andar detrás de una que iba calle arriba, y cuando creía que esta ya se diera cuenta de que la seguía aquel señor de tanta apariencia, Sinbad hacía por adelantarla en diez pasos, y se arrimaba a la pared de un huerto, y miraba para ella haciéndose el sorprendido de tanta hermosura —aunque fuera muy mediana lindeza, o muy madura—, porque había un punto en que el caso dejaba de ser verdad para ser hechura gozosa de la imaginación, y sorprenderse era parte del juego, y si no había sorpresa, después no podía haber inquieta memoria cuando Sinbad iba por el mar y en la noche subía al puente, sin otra compañía que el farol de borda. Y Sinbad le añadía a estas rondas y encuentros fantasías muy suyas, como ver llegar la dama y sacar con calma de la bolsa un frasco de perfume a un puñado de rosas deshojadas y claveles, y

derramar el perfume, o dejar caer, abriendo la mano lentamente, las suaves flores. Y tenía inventado que albergando en sus pulmones todo el aire que podía, lo libraba silbado, y las rosas y los rizados pétalos de los claveles iban como volando en rueda a posarse a los pies de la hermosa. En un atardecer, en Cochin, una que llevaba en la mano una linterna de papel encendida, se metió en un patio, después de una de estas muestras de amor de Sinbad, y le hizo una seña al piloto y este acudió, y cuando tembloroso le bajaba el velo con una mano para besarla, y con la otra levantaba la de ella que tenía la linterna de papel para averiguar si de cierto encontrara un jazmín del Paraíso, la fulana, que era una cuarentona regordeta, comenzó a gritar que la forzaba un marinero. Sinbad casi lloraba con la vergüenza, y echó sobre el rostro la pelerina bermeja por no ser conocido de la gente que se reuniera. Un zapatero pequeño y jaro, y picado de las viruelas, muy armado de lezna gritaba a la puerta de su tienda:

—¡Estos califatos creen que no hay más que llegar y llenar!

Sinbad vive, pues, solo, y tiene a Sari para algún que otro mandado, y a mediodía se cierra en casa y cocina para sí algo de frito y aliña una ensalada, y las más de las veces pasa con una sopa de manteca y cebolla. Vive pobre, recontando los pocos cuartos que tiene, y cuando le pagan la renta de una huerta que heredó en la Vega, entonces compra siempre una pieza de cuero, ya sea bolsa, cinturón o babucha, y estrena en día festivo, y nunca dice que estrena, sino que ya tenía aquella prenda en casa va para doce a trece años. Guarda cuatro cajas herradas llenas de variedades, pero nunca las abre, y digo yo que será para no desencantarse a sí mismo hallándolas vacías, o si lo que guardan son espejos rotos, conchas y trapos viejos. Cuando termina de comer sale a sentarse a la sombra de la higuera suya, y debruzándose en una rama baja echa una siesta muy roncada. Y fuera de la tertulia sentada de Mansur, todo el otro tiempo suyo lo pasa en hacer algo en el huerto, mudarle el agua a los pájaros de China, y pasear solo por el muelle y la ribera. También pasa mucho tiempo en zurcir y remendar ropa, y en el planchado, y cuando plancha cree que el hierro es una nave, y le hace dar vueltas, y toma costuras de bragas como cuando tomaba en Malaca las corrientes. Si alguien llama a la puerta de su casa, siempre sale a abrir en una mano un mapa y en la otra el anteojito de larga vista. Y sacude el mapa, del que no cae nada, pero Sinbad dice al visitante:

—Estaba repasando la vuelta de Chipre, que la hice cuando fui a comprar para el califa, ¡la larga vida la da Dios!, mondadientes griegos, que allá son de caña de pluma y no gajan, y desembarcamos para ver el entierro de una señora que la matara un marido negro que tenía, y además una pieza de teatro en la que salen unos que roban un gallo, y el gallo es un filósofo, y les echa un sermón a los ladrones, que se van a entregar al juez, y antes de embarcar de regreso les hice en la playa, con mapa, una composición de mares arábigos a los pilotos latinos, y posé el mapa en la arena, y me parece que se le metió alguna al enrollarlo, y es arena roja y aristada, y un grano de ella ya me rayó un cabo de Siria.

Y Sinbad mueve la cabeza, y se ve en los ojos suyos que él no tuvo culpa de que

por aquel grano de arena que rasgó su mapa, Siria verdadera perdiera un cabo, y a lo mejor había familia sentada en unas peñas, o andaban marineros a la púrpura, o se le cortó la leche con el susto a una señora que paseaba orillamar, o ahogó un rebaño.

De las cosas que Sinbad más se preciaba era de saber de las etiquetas todas de los señores reales del Oriente, tanto por libro como por experiencia, y cuando llegaban a la villa forasteros principales y quedaban entre nosotros cuatro a cinco días convidados por el jalifa del malik y el caid, lo llamaban a palacio, y entonces Sinbad se ponía una camisa blanca de maestresala y un gorro verde, y estaba allí al tanto de todas las ceremonias y de la cocina, y donde se sentaba cada jerarquía, y si era antes lo frito o lo asado, y cuando entraban las bailarinas, y si el convidado tenía toque de bombo o no. Y le salieron grandes aciertos en ceremonial que fueron comentados en Bagdad y le valieron buenas propinas; de una de ellas vivió todo el año de la escasez, cuando cayó la langosta antes y después del monzón y abortó la burra de la Inclusa, y fue esta propina porque Sinbad advirtió al caid que el duque somalí que pasaba para La Meca, ese comía con tenedor de tres puntas, y no se sabía en Bolanda ni en todo el Califato qué fuese tal cosa, y Sinbad dibujó el tenedor y el caid mandó hacer media docena de plata; vinieron a la villa gentes de otras que estaban a veinte leguas para ver al duque hacer su almuerzo, y para más comodidades del público salió a la terraza de la alcazaba, y era muy graciosa cosa verle pinchar los riñones de oveja con la horquillita aquella rizada y llevar la tajada a la boca; el caid le regaló al somalí los tenedores en una caja damasquinada metidos, y el califa puso por decreto que por respeto a tan noble visitante, en cien años en el Imperio nadie osase usar aquel invento en sus yantares. Se decía que algunos lo hacían a escondidas en su casa. Siempre hubo exquisitos de imitación.

Otra de las acertadas de Sinbad fue cuando pasó camino de Samarcanda una princesita de Badrubaldur que iba casada con un rey esteparario, y nuestro piloto dijo que la princesa, como todas las de aquella costa lejana, acostumbraban beber por paja la naranjada que estaba en el vaso, y como se propalase, fue una romería aún mayor que la del tenedor, y la princesita era muy alegre y pequeña, y tenía en una jaula unos ratoncitos blancos muy felices con collares de flores al cuello y todos con sus zapatitos colorados y era verdad que la princesa sorbía por paja, y las mujeres que vinieron a verla beber no se tenían con la risa, y una ricacha de la vega del Iadid, que traía a vender remolacha de mesa, por tener de la cesta, que se le caía con las carcajadas que echaba, se le fue la memoria de que estaba ya fuera de cuentas, y parió en el medio y medio de la plaza. Y la princesita tan sentada seguía sorbiendo naranjada y agua de membrillo. Con la princesita aquella pasó de séquito un piloto de venecianas que le llaman messer Marco Polo, muy notorio, y tuvo con él conversas nuestro Sinbad, mapa de Catay por delante.

Sinbad cuando conocía a algún forastero tomaba muy fácilmente alguna moda que aquel pasajero llevase: así, después que pasó sidi Gamal Bardasí de las Sospechas, anduvo más de un mes muy envuelto en chilabas oscuras, las ojeras



teñidas con tinta de ciprés y en cada mano suya un venablo viejo, de cuando pasaron los griegos de Alejandro, y subía a la alcazaba vieja y se sentaba en una almena, los ojos entornados. Otra vez, cuando pasó un gran señor de Cachemira, que era muy curioso del Preste Juan de las Indias, fue Sinbad a contarle de aquel famoso reino, y el cachemirán mandó poner por escrito a un escribano que traía todo lo contado por Sinbad, y cuando este remató el relato, le propinó y regaló con pañuelos para las narices, que fueron los primeros que se vieron en Bolanda y fue moda franca que no tuvo éxito entre musulimes, y el de Cachemira dijo que era tan de su gusto el contar de Sinbad, quien tenía un historiar muy vivo, que si algún día pasaba por Cachemira, que lo había de llevar a un barrio que hay allí de ciegos de nacimiento, para que les contase cómo es la luz del mundo, que aún no encontrara nunca quien la supiera decir. Y desde entonces, cuando Sinbad baja al muelle y encuentra pidiendo limosna a un ciego que hace las santas peregrinaciones, se aparta con él, le paga un refresco de menta o de granadina, lo examina y cuando sabe cuál es la mayor curiosidad que tiene de entre todas las diversiones de la vida, Sinbad le cuenta como es, y los ejemplos los pone de bulto y no de colores, para que el pobre ciego no se ponga a profundizar más dolorido en su pérdida.

Por si llega a oídos de la viuda Alba, Sinbad en la fuente, a la que se acerca con Sari por mostrarle a este cómo se mide con dos caracolas el fondo que hay en el estrecho Calibante, dice en voz alta:

—Tras el monzón, cuando regrese de Cochin una nave en la que llevo parte del trato de la pimienta, he de mejorar este arte por álgebra y logaritmos, conforme a los persas, y la arrendaré a los pilotos mayores, y con la renta le añado dos cámaras a la casa, Sari amigo, y quizá me case, si es que sigo en no volver al mar. Eso sí, una sola mujer, muy señora en lo suyo y bien mantenida. Todos los lunes, pongo por ejemplo, gallina con almendras.

—¿Y los martes, señor Sinbad?

—Si hay mujel, mujel, y de lo contrario, ya miraría en el mapa qué viento toca en Sanga-Sanga, y si es corriente fría o caliente en la sazón, y se manda traer el pez que esté en su punto.

—¡Tengo el vicio de los escachos con perejil! —se dolió Sari.

—Entonces, criado mío, vendrías a comer los disantos.

Sinbad se retira seguido de Sari, tras saludar con leve inclinación de cabeza a las mujeres que están con los cántaros vidriados al agua fresca, y Sari lleva el cabo con las caracolas, y movido quizá por el andar pomposo de su amo, lleva una a la boca y sopla fuerte, y sale la bocinada estridente, y a Sinbad le gusta, que le recuerda, según él dice, la seña de cortesía que le hacía la guardia de Melinde cuando entraba en el palacio del Sultán a decir la marea del día. Un enano con un plumero le quitaba el polvo de los borceguíes.

*Encendió el candil de aceite y lo colgó de un clavo en la viga de acacia, que*

estaba muy curvada y si no la hubiese posteado en el medio podía venirse abajo todo el tejado, y fuese desnudando con grande calma, y pasando el cepillo a cada prenda. Sacó de tras el biombo un maniquí que le comprara a un sastre en Columbo y lo vistió con lo que él se sacaba, turbante y todo, y cuando quedó en camisolo y bragas le dio dos o tres viradas al maniquí, que era giratorio, y comentó entre dientes, que eran tres no más y vacilantes, que no había queja, que paseara aquel día bastante lucido, y para meterse en la cama se dispuso a enmangar un camisón lleno de zurcidos y remiendos, y le pareció que alguien andaba en la puerta, y estuvo atento, y no era nadie, sino una rata que roía en el desván, y siguió poniéndose el camisón, y se fijó en un remiendo nuevo amarillento que tenía poco más arriba de salvas partes, y sonrió.

—Si entrara alguien súbitamente y mirara esta vieja prenda, le diría que llegaba a tiempo de ver lo que nunca yo enseñara a nadie, y fue que este retalillo amarillo me lo mandó para fondo del entredós de una pechera una dama de Ormuz, y yo tenía precisión de un camisón, y me parecía que si ella lo supiese, que le gustaría que lo hubiese metido en prenda de más intimidad, y así partiendo del retal fui añadiendo telas hasta lograr el camisón famoso, aquí presente, y las otras telas se gastan, pero el remiendo amarillo, que es satinado levantisco, ni se roza, ni pierde...

—¡Satinado levantisco! —repetíase a sí mismo Sinbad—. ¡Mira que dan tan pronto con unas palabras tan bien puestas! Hay adjetivos que dichos de una cosa, en el instante mismo la aumentan de precio, y la ponen delante de los ojos como si encendiesen a su lado una lámpara, o la acabasen de pintar... ¡Satinado levantisco! Y si fuese Mansur quien llegase, por pasmarlo de saber de amores y cortesánías, le diría que se fijase, que el regalo de la dama de Ormuz, cuando decidió hacer el camisón, no lo pusiera para delante, en la barriga, donde podía haber alguna deshonestidad, sino para atrás y alto, fuera de la salida natural de vientos, aunque estos están permitidos por el Libro en Matrimonio, seis de máximo cada noche. ¡Benditas sean las plumas que escribieron las letras!

Sinbad mató el candil, se metió en el lecho, y buscó en las memorias suyas un viaje para adormecer con él, y gustaba de buscarlos muy largos y detallados y no sabía dejar cabo suelto desde que salía a la solana suya haciendo visera con la mano, por ver cómo se levantara el mar aquella mañana, y qué viento lo peinaba, y por veces tenía que pararse, que no situaba en el cuento unos compañeros o una despedida, o de qué parte ancoraría la nave, o un fardo estaba puesto en cubierta que no dejaba pasar cómodo a proa, y estaba media hora dándole vueltas a aquel tropiezo, y cuando lo burlaba, entonces la nave y el sueño suyo encontraban franca vía, y adormecía en un repente, quedado y roncador, y si soñaba, lo que no acostumbraba, le subían los sueños en palabras a los labios, a pasearse. Si pudiéramos verlas, seguramente que eran palabras muy vestidas de colores, espuma de la memoria que Sinbad gustaba cada día, nueva y eterna espuma del mar Mayor,

*rota en perlas relucientes por los vientos amigos que pasan cantando.*

# **SEGUNDA PARTE**

## **VÍSPERAS DE VIAJE**

Sinbad mostró a Sari una estampa en la que venían muy pintadas dos naves, y la letra del pie decía que las estaban clavando en Basora por cuenta de un señor del Farfistán que quería tener tratos con Especiería, y el príncipe buscaba pilotos sabidores, que metía en el mercado del mar todo cuanto tenía, y uno de los pilotos con quien quería apalabrarse era con Sinbad, si lo había, y por eso preguntaba si vivía el verdadero Sinbad el Marino, que no fuera a haber otro, a lo mejor un sobrino heredado o un camarero que usase el nombre célebre para aprovecharse de la fama, que ya pasara en Catay con un tal Li, el que puso la aguja al Norte, y murió en una caída en Malabar, en una cucaña, y después andaban por todas partes marineros chinos enseñando la aguja, y todos decían que eran el Li, y muchas de las agujas de estos no norteaban propiamente, y hubo grandes naufragios y se perdieron navíos en el laberinto del mar, y por poco no se descubre entonces el Brasil o la isla de Cuba. Y el príncipe del Farfistán pedía testimonio de cuatro viajes a la pimienta, y quería saber si el quiñón de Sinbad era libre o acostumbraba parte por suerte, y si la oveja salpresa que adelantaría el armador iba con hueso o no. En las caravanas de Asia va con hueso, para que no les metan cabrón, que es más correoso.

—Le voy a escribir de mi mano, letra bermeja medinesa alta, que es muy de escribanos reales y vale en todo el Califato. Ya te enseñaré la plana, y aunque no sabes leer, te ha de gustar el rasgueado, que yo innovo en adornos, y lo mío propio es hacer imitante la palabra escrita a la cosa; verbigracia, que la palabra nao parezca una nao, extendiendo la taza de la a, y entonces paso a ponerle por la parte del rabicho una banderita verde, y cosas parecidas hago con pájaro, granada, viento, fuego... La palabra fuego siempre la escribo con tinta roja, aunque todo lo demás vaya en negro, y le pongo muy vagante encima un espíritu ahumado, azuleado. En una carta que le escribí a un piloto de Moara contándole cómo llegué a las nieves marinas llevado por el zaratán, puse «fuego» como acostumbro, y hacía tanto frío en aquella mi osada navegación, y tan bien lo contaba yo, que mi amigo, leyendo el párrafo, arrimaba las manos suyas al escrito «fuego», por calentarlas.

¡Cosas famosas que pasan entre almirantes, Sari querido!

Llegó el viejo Monsaide y se sentó junto al níspero a estudiar la lámina de las naos, y se decidía por la más pequeña.

—¡Mismo sale hecha! ¡Esta nació! ¡Y por algo le pusieron ese tocador de rabel

*sentado en la popa!*

*Sinbad medía con un hilo, y sacó que de eslora por ahí se iban, pero que en manga y en puntal desaparejaban, y la que parecía la mayor levantaba mucho de popa.*

*—¡Les sale como las de los bizantinos, colipava! —dijo.*

*Y aunque no contestara al armador del Farfistán, ya se dio Sinbad por apalabrado, con quiñón libre, y en lo que respecta a la carne salpresa, que mejor era sin hueso, que ocuparía menos, y que la carne de cabrón era comestible si se tenía la precaución de caparlo dos días antes de matarlo. Y sacó Sinbad pincel y tinta, y en un cartón escribió muy solemne:*

AVISO

SINBAD TENDRÁ

NAVE

PARA ESPECIERÍA

DESPUÉS DEL MONZÓN

*Y dejó lugar abajo y al margen para que se apuntasen los marineros vacantes y que quisiesen salir con él.*

*—Siento no saber el nombre de la nave —comentó.*

*El cartel fue colocado en el muelle, en el soportal que llaman del Congrio. El primero en apuntarse fue Sari, y el propio Sinbad con un carbón puso de derecha a izquierda, en la primera columna:*

SARI, CRIADO DE MAREAS Y REFRESCOS DE SINBAD

*—No puse que también harás guardia a mi remo y tendrás que estar al tanto del cepillado de turbantes, que ocuparía mucho espacio y no quedaría lugar para el apunto de los otros marineros, que no saben poner su nombre si no es con letras de fardo. Y que no quepa toda la nómina en el cartel de aviso, es de mal agüero.*

*—¡Dicen que te vas, mi Sinbad, señoría! —le gritaba el ciego Abdalá, que pedía siempre delante de la taberna del Cangrejo de Oro.*

*—¡Vuelvo al mar, amigo Abdalá Ibn Ismael al Malaquí! ¡Hazme un encargo! ¡Los pedidos de los ciegos traen suerte!*

*—¡Llévame de vigía, Sinbad! ¡No te lo digo por burla! A tientas lo conozco todo, hasta si el vino tiene agua, y por el oído sé dónde rompe el mar. ¡Aún sirvo para algo, Sinbad!*

*Sinbad escuchaba en la voz del ciego que no era burla el pedido. ¿No despertara él con la carta del señor farfistaní? ¿Uno que despierta no despertará a todos<sup>1</sup>? ¿No vendría una nueva primavera al mundo?*

*—¡Digo la derecha y la izquierda de las barras, Sinbad! Llévame dando vueltas, ponme donde escuche, y te digo qué ribera es. ¿En qué piensas que gasto esta oscuridad? ¿No hay caridad en el mundo, mi señor, mi amigo, mi conversador?*

*Sinbad vio que la ocasión era como otra nunca hubiera. Todo el muelle, marineros, pescantinas, forasteros, mercaderes de Calicuta y de Bagdad, peregrinas de La Meca, estaban allí oyendo, mirando. Y además, las palabras de Abdalá le golpeaban a Sinbad en el corazón.*

*—¡Sinbad, llévame al mar! ¡No se lo niegues a un pobre ciego, majestad de las corrientes! ¡Seré tu dedo pulgar!*

*Sinbad le pidió a Sari el carbón, y con la mejor letra que pudo hacer, que acaso fuese damascena torneada, escribió en el aviso, a la cabeza de la tercera columna del rol:*

#### ABDALÁ EL CIEGO, VIGÍA Y DEDO PULGAR DE SINBAD

*Sari acercó el ciego a donde estaba el aviso colgado.*

*—¡Ahí estás puesto, señor vigía!*

*Y el ciego acertó, y posó, llorando, su mano derecha sobre su nombre y la palabra «vigía»; esa la escribiera Sinbad con mucho tiento, y parecía un ojo, y el espíritu, metido dentro de las letras, figuraba una negra pupila vigilante.*

## CAPÍTULO I

**S**INBAD metió la mano en el agua, inclinándose sobre la borda, y salpicó las barbas suyas, en las que quedaron brillando unas gotas alegres.

—Abdalá, vamos por la salida de Goa, rodeando a sotavento de Indias, y aquí corre el mar para arriba, y si uno se tira a él, y pone el ojo a nivel, se ve muy bien la cuesta que hace.

—¿Tan afuera salimos, capitán?

—¡No, hombre, no! ¡Esta es una lección!

El piloto abrió la caja de la aguja y midió cuarta y dos dedos en el aire, y le dijo a Sari que llevase la proa puesta a un molino de viento que batía en un alto, en una descampada entre cabos, y que quería ver si mudara el canal del Golfo para cuando saliese con su nave, que habían de estar mirando desde el muelle, y si podía empopar con el terral de la marea baja, y estando él en el mando con un vaso lleno de limonada hasta los bordes, no vertería ni gota al pasar la barra.

—El mar es una vida, y como todo animal cambia de pastos y de huelgas, y a veces parece que se rasque enrabiado las espaldas contra las rocas del fondo, y otras aguarda la mano y rosma callada, igual que un lebrél de Persia que hace la digestión, tumbado en una alfombra rica, del vientre de una hermosa gacela. El mar a veces me tiene dicho, o a mí me lo pareció, que le gusta que lo naveguen los terrenales.

Abdalá remaba acompasado, y como atara los zuecos entre sí y los llevaba colgados del cuello, y cuando en la bogada se echaba hacia delante, golpeaban las suelas claveteadas una contra otra, pam, pam. Sinbad sonrió, que le vendría algún recuerdo de pasadas navegaciones.

—Dado que vamos por la salida de Goa, como iba diciendo, si levantaran unas nubes que hay al Nornoroeste, veríamos Moara, que tan famosa ciudad no es más que una torre en una laguna. Esta laguna fue medrando y cubrió las casas, y la gente se metió en la torre; el señor de la ciudad dejó poner vigas en las almenas, y sobre estas vigas los vecinos hicieron casas, que fue como ponerle a la torre un sombrero de alas, y todavía encima de estas casas arbolaron otras y otra, y todo esto en el aire, no hay calles, sino escaleras de caña, los pasamanos muy adornados con macetas con rosales, y mucha menta y hierbaluisa, y como no era decente que el príncipe tuviese sus cámaras debajo de las del paisanaje, en la cima hizo un pequeño palacio, y en la terraza cosecha té. Y lo peor de aquel mundo es subir el agua a las casas, que se hace por cuerda y caldero, como si se trajese de pozo. Si pasas al atardecer a siete leguas de Moara, escuchas que viene de aquella banda el ruido que hacen las mil roldanas de los moareses subiendo el agua. La robaliza se fue de aquellas costas a causa de este estruendo.

—¿Lo adivinaste tú, mi amo? —preguntaba Abdalá dejando de remar, y mirando con los ojos suyos sin luz para donde nacía la voz novelante del piloto.

—Y se lo dije al mirán, que es como se llama al rey de allí, cuando le fui a vender



el pez papagayo, que nunca otro se pescó más que aquel.

Sari dejaba el timón, y se arrodillaba, que era una costumbre que tenía, delante de Sinbad.

—¿Hay ese pez, patrón? ¡Di que no lo hay, señoría! ¿Cuánto valdría en Damasco? ¿Fue a red?

—¡Sari, la barra no se deja nunca! ¡Un hombre es algo en el mar porque es un timón! ¡Enfila el molino de viento!

Volvió Sari a su oficio y Abdalá al remo. Venía de la boca un aire fresco y húmedo, que rizaba gozoso en el mar, y lejos, en lo abierto, parecía caer del cielo polvo de oro. Sinbad decidió que parase de remar Abdalá e izó vela, y con la misma le mandó virar a Sari y tomaron la barra de través, de vuelta para casa.

—Ya pasamos el islote de los Buzardos —dijo Abdalá—. ¡Pronto comenzaremos a oír el río!

Sinbad, viendo tan humilde y callado a Sari, que llevaba el timón sin osar quitar ojo del farol del muelle, que es la remontada correcta de la ría cuando baja la marea, no vio inconveniente en seguir con la historia de cuando fue a Moara a decirle al miran el porqué de la escampada de la robaliza, y de paso a venderle el rico pez papagayo.

—En el mar no hay que admirarse de nada, después del milagro que es que se pueda andar por él en un alado de maderas, y que se puedan tomar los vientos señoriales en unas lonas recortadas. El pez papagayo lo pesqué yo mismo a diecisiete leguas de Columbo. Es pez de fondos, pero las hembras salen mudas, y a los más de ellos no les hace gracia procrear en silencio allá abajo, y dejan ese trabajo a los machos que salen mudos, o tartamudos, o táticos, que hay de todo como en las familias, y los bien parlantes suben a la nata del mar, y andan cerca de las naos; no se pescan porque escuchan todo lo que hablan los marineros. El hablar de ellos es la cosa más graciosa que hay, porque hacen con su boca, que tiene pequeños labios encarnados, unas vejigas de aire, y las mandan fuera del agua: al salir estallan y vierten la palabra que llevan dentro, y en cada vejiga no caben más de dos sílabas, y así, si la palabra tiene tres o cuatro, hay que adivinar lo que falta. Dicen *golon* por golondrina, e *higue* por higuera, y su lengua siempre es arábigo letrado.

—¿De verdad dicen *golon* e *higue*, mi señor? —preguntaba Abdalá echándose por encima de la cabeza la falda de la chilaba, que comenzaba a llover mansamente, y el ciego era muy mirado en no coger catarros, que lo ensordaban y lo dejaban tirado por el mundo.

—Y *abda* en vez de Abdalá. El mirán de Moara aprecia mucho al pez papagayo porque juega con sus mujeres a ver quién adivine y siga de corrido el hablar vejigado.

—¿Cómo lo pescaste, gran señor? —inquiría Sari.

—Era una tarde regalada, de cuando se va el verano, y todo el mar es de cristal y parece que pasaran espejos con el viento. Yo estaba de bruces a babor de la *Preciosa*, probando un corcho con plumas para medir la corriente maldiva, y vi que salían

alrededor del corcho las vejiguitas de las palabras de dos peces papagayos, que estarían por allí mismo muy conversadores, y hablaban de mi corcho emplumado, y uno decía si no sería gente de teatro chino, que todavía le oyera la antevíspera un relato a un marinero cantonés, y el otro pez no sabía lo que fuese teatro.

—¡Tampoco lo sé yo, así Dios me salve! —dijo Abdalá.

—Ya lo sabrás, que te he de llevar en China. Digo que hablaban de eso, y entonces al magín me vino una luz, y me dije que era la gran ocasión del mundo para pescar el pez papagayo, y me puse a contar en voz alta una pieza que viera en Cantón —el teatro, Abdalá, es como una novela, sólo que no pasa en el papel, sino en figuras vestidas de lujo en un tablado, en un patio—, y que se llama dicha pieza *La Dama que engañada por un Demonio elegante quiso comprarle al Viento la Perdiz que hablaba, o Verdadera Historia de un Mandarín que por no gastar quedó cornudo*, que es muy famosa cosa, con baile y todo, y la mujer se desmaya dos veces, y al demonio, cuando la pieza se remata, lo envuelve el viento y lo deja en escena, gira que gira, como rueda de molino. Me puse, digo, a recitar, y los peces papagayos, curiosos, callaron a flor de agua, y yo por lenguaje de dedos le pedí a mi segundo una caña hueca, de dos varas de largo, que quedara en mi cámara de cuando llevé a Melinde la quinta suegra del Sultán, que tenía que darse un baño de luna llena en un punto que tenía en la rabadilla, y para que bajase la luna concentrada se tomaban los rayos suyos con aquella caña, y hablando por ella, que la metí en la boca, y mismo me salía voz de viento de comedia china, y en las manos el colador de la manzanilla, que hasta coincidió que era de bayeta verde, como es el mar allí, esmeraldino oscuro, me echaron mis marineros al agua, atado por la cintura con dos cuerdas, y yo seguía hablando desde abajo, y rápido metí el colador donde creía que estaban los famosos peces, y salí con uno cuando me izaron, y todo pasó en menos tiempo que tardé en contároslo. Y el pez papagayo pescado, que fue el que no sabía lo que era teatro, ni se movió cuando lo echamos en una palangana, sino que todo apurado hacía vejiguitas que decían:

—¡Prosi con tan su señó del demo ele enamó!

—¡Prosiga contando su señoría del demonio elegante enamorado! Tuvimos muchas conversaciones hasta llegar a Moara, y me despedí de él con pena, y lo que le hacía reír mucho era que las mujeres en Bolanda les cortasen las uñas de los pies a los hombres en las tardes de los jueves.

—¡Si volvi abá —me dijo—, ya tenía fiesta con mi suegra! ¡Si volvi abá!

Me parece que le estoy oyendo, que siempre estaba con eso: ¡Si volvi abá! Se lo vendí al mirán, y este tiene encima del turbante un bombo que se afina con trezado de cerda, y habla por él con sus súbditos, porque no hay plaza en Moara para que salga pregonero, y cuando me compró el pez papagayo, sus ministros estuvieron una hora larga ¡bom, bom, bom! diciéndoles a los moareses la nueva riqueza de su señor emir.

Y en estas conversaciones llegaron al muelle, llevados por el viento de posta, y ya

pasara la llovizna, y estaban esperando a Sinbad el Marino el señor Arfe el Viejo y Ruz el Oscuro, y lo primero que nuestro piloto les dijo fue que en lo que respecta al canal, que mudara diecinueve varas al Este en lo abanto del Golfo, y que no las midiera propiamente, pero las sacaba por el oído de Abdalá y por donde salseaban los bajíos de arena.

—¡Ya veréis cuando yo salga, qué retorneos!

Y con la mano imitaba una culebra deslizándose por una junquera.

## CAPÍTULO II

**B**AJA Sinbad todas las tardes al muelle cuando termina la tertulia en la fonda, y mira en el cartel cuántos marineros se apuntaron ya, y no son muchos, y se sienta con Sari a la puerta del estancado de la sal, o entra en la taberna del Cangrejo de Oro, refresca con agua de canela azucarada agasajado por el patrón, y trata con este de víveres que comprará, y manda pesar cuatro o cinco tabales de caballa seca, y mide los rollos de cuerda, y dice que quizá precise tantas varas de la de pulgada y otras tantas de cabo morisco, que después de cocido este es el mejor que hay para las navegaciones al Sureste, que no suda sal, y aunque se moje en una tormenta al secar no entiesa. Y los presentes, que llevan toda la vida tratando en cabo morisco y lo van a comprar hasta Túnez, pasman de tanta ciencia, y pasados dos días, si vais por el bazar, veis que el cordelero Mustafá ya anuncia en su tenderete: «Cabo morisco cocido. La mejor para el mar y para pozos».

Sinbad cuenta que está esperando a un estrellero de Adem, que le llaman Ornar Pequeño, y que es un hombre que sería famoso si no fuese por la humildad con que anda por el mundo, y porque sabiendo toda cosa de astronomía y eclipses por álgebra, y poner el cero en las cifras, le da por insistir en lo único que no sabe, que es el ajedrez y quiere aprender el gambito de Federico Siciliano, y lleva en esto siete u ocho años, y no adelanta nada.

—Pasaréis cuando le veáis, que es alto de nueve cuartas, y lo que son las burlas: cuando era muchachuelo de ocho años, más o menos, en la feria de Medina lo pusieron delante de un espejo que hacía a la gente que en él se miraba pequeña como grano de arroz, y tomó una rabia tan grande mi amigo Ornar, que se puso consigo mismo en que había de crecer y lograrse tan alto que no lo pudiera empequeñecer ningún espejo de feria. Y a pulso de pensamiento creció, y se puso en las nueve cuartas dichas, y fue a Medina y se plantó delante del espejo, y este tuvo que darse, que no lo pudo resumir, porque excedía Omar de la medida humana. Pasa con estos espejos que empequeñecen a la gente que cabe cómoda en ellos, pero no hacen nada con los que son más altos y sobresalen de los marcos. La gente aplaudió y Omar se puso colorado. Y ya me decía que fuera la talla suya la que lo llevara para estrellero, y se reía diciendo que eran los de las estrellas los ojos que tenía más cerca. ¡Los engañadores! Pero con mi Ornar que no haya temor, que además de mirar las partes celestes por número, tiene un paraguas que no hay otro, y cae la noche y canta de popa el que guarda que está la noche nublada, y sale mi estrellero y ve que no hay ni una estrella descubierta, y a lo mejor pasmó la aguja, que la cogió la piedra imán del sultán de Calangora, que se distrae perdiendo naves, y va Ornar Pequeño y abre su paraguas, y por dentro de la tela lleva el mapa del cielo. El paraguas está orientado y él sólo muévase y da el cielo natural, y entonces Omar Pequeño canta el punto, y va toda la oscura noche dando rumbos por aquellos mares, y gusta de gritar ¡noche serena!, y los viajeros que van en el puente piensan que es broma de estrellero

borracho, pero yo, en mi cámara, en mi camita, con la barba mía bien derramada por el embozo de seda, duermo sonriendo, confiado en las estrellas de Omar, y no hay nada más hermoso que adormitarse en el mar, oyendo ya en sueños la voz de la guarda, que se la lleva el viento...

—¡Ya me tarda el ver ese estrellero! —decía Sari—. ¡Nueve cuartas!

—¿Y es bien figurado? —preguntaba el Cangrejo.

—¿Bien figurado? Algo de anchos quizá le falten, pero anda muy erguido y calmoso, y todo va en la proporción. ¡Hombre, no tiene la gracia de un mediano! Eso sí, tiene una disconformidad en un pie, y ahora mismo no recuerdo si es en el derecho o en el izquierdo. Para crecer como os dije, que era todo de espiritual voluntad, mandaba fuerzas de la imaginación a todas las partes de su cuerpo, por horas, y en la que las estaba mandando a los pies, no se dio cuenta que sobre uno de ellos —ya dije que no me acuerdo si es el derecho o el izquierdo—, le cayó un pañuelo de seda, que lo tapó y no lo veía, y como las fuerzas las mandaba por mirada, aquel pie no creció y el otro creció el doble, yéndose para uno lo que había de ser repartido en dos. Tiene, pues, un pie largo, doble que el otro, y muy empeinado, y el dedo gordo le salió ladeado, y trabajando en él para ponerlo natural lo dislocó, pero con esta falta ganó una gracia nueva, que pasmaréis si os la cuento.

—¡Cuenta, amigo! ¡Refresca con este trago! —animaba el Cangrejo a Sinbad. Al Cangrejo le llaman así por la enseña de su taberna, que lo trae de oro en sínople; es un pequeño gordo, calvo de todo, y en la grande cabeza huesuda y nudosa, trae posado un fez colorado, desteñado por el craso sudor. Toda la vida la pasó llorándose de que por marearse no pudiera ser marinero. Tiene ojos quietos de buey, pero es listo en el trato. Dormita muchas veces en un tabal de caballa, y entonces le cae un hilo de baba desde la boca; parece que duerma profundo, por lo que ronca, pero si alguien se acerca a la caja de los dineros, por muy pies de lana que traiga, cuando ya está a dos varas el Cangrejo abre el ojo izquierdo y escupe el hilo de baba.

—Pues la gracia —contó Sinbad— es que se descalza la babucha y pone el pie de lado, de Levante a Poniente, en la postura natural de los relojes de sol, y echando hacia delante el dedo gordo dislocado que os dije, da en la palma del pie la hora con la sombra de él, y para más comodidad pintó los números de las horas, cuadrados por equinoccios, y así es su hora la más puntual, verano e invierno, que haya en el Califato.

Sinbad sonrío, pasa una tranquila mirada por los ojos de todos los atentos presentes, refresca con el trago de canela, y se despide hasta el siguiente día. Cada hora trae Sinbad una novedad, descubre un país, cuenta de cartas que le vienen de lejos pidiendo puestos en su nave famosa, y dice que si quisiera que podía llevar una tripulación toda de pilotos, cobrándoles encima la escuela. Y ya en su casa, saca el viejo atlas del Islam que tiene metido en un tubo de hierro, lo tiende en el suelo, y con un bastón de ébano se da a sí mismo clase de rumbos. Sari, sentado junto a la carta, pone piedrecitas de colores, rodadas del río Iadid, en las escalas que el señor

almirante va haciendo.

—Por donde vamos, ya se debe ver la punta de Borneo. Nunca llegué allí que no fuera bajo grandes lluvias. Piensa que yo estoy en la cama, que ya amaneció, y llegas tú a ponerme la ropa del día en el maniquí, para que me eche una ojeada antes de vestirme con ella, y me traes también una taza de arroz dulce y unas alcachofas salteadas, y yo te pido que te asomes al ojo por ver si llueve y he de llevar sobretodo de damasco o capadril.

Sari tiene en la mano una piedra verde, redonda y pulida, y va a posarla allí donde dice Borneo, cuando su amo diga que anclaron en la bahía y le están haciendo salvas, como muy conocido.

—¡Mira a ver si llueve, Sari amigo!

Y Sari deja la piedra a media cuarta de Borneo y va hacia la ventana, y entonces Sinbad de una copa que tiene con agua en el brazo del sillón, le echa con la mano una ráfaga de gotas en la cara, y Sari se vuelve sonriendo, y con malicia y con inocencia a un tiempo, con alegría del juego, le dice al patrón.

—¡Nostramo, llueve menudo!

Sinbad le da vuelta a la capa corta que viste aquel día, porque no se le moje, si resulta que sin darse cuenta lleva damasco, una prenda de mérito, y le dice a su Sari, criado paje de mareas y refrescos a bordo:

—¡Ya puedes decir en cualquier juzgado que llegaste a Borneo!

Sari se seca el rostro y pone la piedra verde en su lugar.

Cuando se va a meter en cama Sinbad se acuerda de que todavía no le escribió respuesta alguna al señor del Farfistán, y que ya va siendo hora de hacerlo. Pero ¿no le respondió? ¡Si ya hace más de un mes que recibió la carta del armador, con la figura de las naves! Sí, seguramente que ya la he contestado, en letra bermeja medinesa alta, o en letra París que es en la que Saladino le escribía a los francos, o en minúscula damascena rasgueada... ¿En qué letra, señor Alá? Y no logra dormir hasta que no se le viene poniendo patente ante los dos ojos cerrados el sobrescrito de la carta suya, en letra propia, en una que es de él, de Sinbad y de sus ensueños, en unas letras de todos los colores, y hay palabras nuevas que nacen por el gusto de verse en aquellas líneas tan bien formadas, que brincan unas sobre otras, y se vuelven para sorprenderse de la sílaba que viene detrás. Habría que hacer un vocabulario de estas palabras nuevecitas, que sólo Sinbad las comprende, y al oído, por el canto que traen, y viene luego a haber la cosa porque antes fue la palabra. Y el sobrescrito vuela en la imaginación de Sinbad, que se duerme:

AL SEÑOR DEL FARFIS TÁN MAN  
QUE DA  
CLAVADOS NA EN BA  
VAR VES SO RA

## CAPÍTULO III

**S**UPO Sinbad que llegara a Bolanda de paso para un sultanato de la banda del Estrecho un mercader del Farfistán que trataba en almireces de boj, y bajó al muelle a tener una confidencia con él, por saber quién sería aquel señor farfistaní que le escribiera tan cumplido, y si viniendo de Basora, como venía, supiera de las dos nuevas naves que debían de estar haciendo en los astilleros de la Boca Vieja. El mercader, que se llamaba sidi Muza y era hombre muy cortesano, de obra de sesenta años y muy salivador, y la barba muy trenzada la lleva por la punta con una cadenita de oro a un botón de lo mismo en la oreja izquierda, le dijo, después de hacerse mucho de rogar, que él tenía en su país una vecindad muy pacífica y no quería poner en cuentos de ribera a las gentes de allá, que luego siempre se sabía lo qué y quién dijera, y aumentado; le dijo, digo, que en el Farfistán solamente había dos ricos que tuvieran dinero sobrado para hacer dos naves, y uno sería Al Jach Malini, quien tiene una parada famosa, con camellos padres emparentados con el camello Jalil del gran mogol, que anda en las historias por corredor y porque trayéndole el gran visir una hembra de sus cuabras para que la cubriera no la cubrió, que no era de familia conocida sino cogida salvaje en las estepas y la piel áspera, y como el gran visir insistiera e incluso llegó a leerle a Jalil con dos escribanos presentes una ley del mogol que le mandaba que sobrepusiera a sus escrúpulos y cubriera, va el aristócrata y se autocapó de una dentellada. El propio gran mogol, admirado, lo curó, e iba todos los días de Alá a ponerle paños calientes con ceniza de concha de caracol en las heridas partes, y lo llevó de veraneo a las montañas para que con el viento seco de las cumbres y hierba de maceta de los conventos se repusiese. Pero este Al Jach Malini no será el armador, que no sale del patio grande de su casa atendiendo a la parada y cobrando contante los saltos, cosa que solamente puede hacer él, que tiene igualados a todos los camelleros del Asia Central, y conoce todo ramo familiar de camello, y cuando toca que un tío preñe a una sobrina, que ahí está toda la ciencia del criador, y el resto es música de Borodin. Además sabe toda la diversidad de moneda de todos los países en que haya camellos.

Uno de los ricos, pues, era este Al Jach Malini, y el otro era sidi Raxel al Gazuli, es decir, el Rubio, y quizá, a seguro, que fuera este el que discurriera hacerse armador y tratar en la pimienta.

—Sidi Raxel —comentó sidi Muza— siempre tuvo caravanas que hacían escalas desde Damasco a Samarcanda y desde Samarcanda a la ciudad de Kublai Jan, que ya es China propia, y yo fui en una que él mismo mandaba, hasta el reino de los kitanos, en trata de martas cebellinas, y sidi Raxel es un media talla, de ancho pecho, muy peleón, siempre con el sombrero de pico de Karakorum, y toda la caravana la lleva por toque de trompeta, y cuando se rematan los tratos y vienen las cuentas, por un nada clava el puñal suyo en la tabla de cambios, y como una vez un cambista indio murió del susto, y se le pondría un grumo en el corazón, sidi Raxel cobró fama de que



mataba con la mirada, y no hay en todos los bazares del mundo quien se quiera enfrentar con él. Y ya le tengo oído que le gustaría tratar en el mar, y en gran parte estar con miedo de que los navíos en los que va tanta riqueza suya se pierdan en una tempestad, y que él gozaba mucho con estos miedos de quedar pobre, y el trato aventurero era para él lo que para otros jugar cuatro cargas a que sale tercera de la bolsa la bola verde. Y me río ahora, porque me acuerdo de que cuando me estaba diciendo lo que gozaba con los miedos y con soñarse sin casa ni moneda, y que venían los alcabaleros del mogol a embargarle los veintinueve sombreros que tenía, y que no podían ser treinta porque entonces tendría tantos como el Sanichá de Persia, quiso refrescar y pidió una granadina, y no había ni vaso ni zumo, se acercó a él un pitisú que tiene, un tal flautista de trece años y los ojos verdes, que lo compró en Damasco en una juerga, y habla siempre en tiple y echa el té por encima del hombro, a preguntarle qué le gustaban más, si aquellos miedos de que hablaba o sus caricias. Sidi Raxel le metió una patada en el culo, que en tertulia de comercio es hombre serio.

—¿Y a dónde se le pueden mandar cartas a sidi Raxel al Gazuli? —preguntó el señor Sinbad.

—A la estafeta del gran mogol, en la puente Balacrán. ¡Una puente famosa! Primero va el río y se pasa en un vado, y cuando ya estás en la arena de la orilla, comienza la puente, que cruza tierra firme. Capricho de una murciana que tenía Jarún al Rachís, que siempre despertaba gritando que había inundación.

Ya tenía cinco marineros apuntados Sinbad en su «Aviso», sin contar a Sari ni Abdalá y de los cinco dos eran mozos que aún no salieran nunca del Golfo, y de segundo pondría Sinbad a Ornar Pequeño, el estrellero, cuando llegase, y mal sería que hasta que pasase el monzón no se apuntasen otros cinco o seis, y ya le dijera el almirante Monsaide que le pasaría, si le hacían falta, cuatro que a él le sobraban en una nave que llegaba de Malaca. Lo que traía a Sinbad pensativo era que no le venían noticias del Farfistán, y hablando con los que llegaban de Basora, que le daban señas de las naves que se estaban haciendo en la Boca Vieja y en la Boca Nueva, no se ponía de acuerdo para saber cuál era la suya, y si iba muy adelantada.

—¡Una que tiene un tocador de rabel en la popa, hombre!

—¡Lo retratarían para una estampa! —dijo uno.

—Debe de andar por allí un señor de sombrero de pico —contestó Sinbad por más señas.

—Ese lo hay, que lo vi yo —aseveró un marinero de Borsabad, que venía a pretenderse de cocinero.

—¿Cuántas clases de arroz hay? —le preguntaba Sinbad, examinándolo en la fonda, delante de Mansur.

—Tres: cocido, levantado y dulce.

—¿Cuándo se le echa el azafrán al levantado? —preguntábale Mansur.

—¿Cuándo se lo echas tú? —repreguntaba el borsabadí.

—¿Yo? ¡Tan pronto como hierve!

—¡Bah! ¡Así cualquiera! Yo saco un poco de caldo para un pocilio y echo allí el azafrán, y cuando desuñó, con un cuentagotas de caña voy lloviznando en el arroz, y así sale lo amarillo que yo quiero. En verano, como hay sol en el mundo, un poco más blanco, que refresca la vista, y en el monzón y en invierno, más doradito. ¡No se come sólo con la boca!

—¿Y en dulces? ¿Qué sabes de dulces? —preguntaba Sinbad.

El aspirante era un hombrecillo delgado, muy arrugado de cara, con el turbante metido hasta las cejas, y lo más propio de él era parpadear seguido. Para contestar daba paso atrás y antes de soltar respuesta ponía el dedo en la boca un instante. Vestía un chaleco blanco bordado de hoja de limonero, y las bombachas, que las enfajaba en la cintura en colorado, eran anchas y remendadas en las rodillas. No se sabía si gastaba camisa, que la gran barba roja le cubría el pecho.

—¿En dulces? Toda la almendra, leche frita, huevos hilados, miel enharinada, huevos de naranja, almíbar de higos, caramelo de lechuga y tarta de boda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sinbad.

—Muley Casimiro, Señoría.

—La tarta de bodas, ¿cómo la sacas?

—Hago bizcocho de pasas y monto capa de bizcocho, capa de miel caramela, capa de almendra rallada, capa de bizcocho, todo en forma de bola del mundo, y envuelvo todo en merengada de frutas, y en el Polo Norte pongo un clavel.

¡En el Polo Norte un clavel! Si la viuda Alba supiese que había tal tarta de boda, tal clavel allá arriba, quizá quisiese. La boda podría hacerse en la nao, bien alfombrada la popa con hinojo y junquiza y rosas deshojadas, y un asiento de dos almohadas para la viuda, metido en una tienda montada, y él, Sinbad, diciendo las palabras de presente en árabe literario, y el caid leyendo donde dice el Libro que la mujer no le puede negar al hombre ni la sombra de un pelo, y que si le duelen las muelas que le ha de traer piel de la espalda de la rana para poner en lo inflamado, y si le duele la cabeza que le ha de poner en la nuca paños mojados en manzanilla, y esto hasta siete veces siete, y que si al marido se le antoja mirarle las piernas, con tal de que sea a la luz del candil dentro de casa, ella tiene que mostrárselas, desnudas y lavadas. Y se acordaba Sinbad de que tenía en una de sus cajas herradas un candil que comprara en Bengala, que tenía una bola que se calentaba en la llama y bien caliente subía y el candil daba toda su luz, pero al enfriar la bolita caía y parte de la llama se metía en ella, y entonces era como un crepúsculo vespertino, una rosada lucecita hasta que la bola volvía a calentarse y a subir. Y con aquel juego de luces decirle a Alba querida que levantara el faldellín, y después la sobresaia, y después la saya, y luego poco a poco la camisa... Sinbad sintió que le subía toda la sangre a la cara, caliente como la bolita del candil bengali, y pasó una saliva blanda que se le hizo en la boca y se dejó caer en un medio sueño de felicidad.

Mansur seguía examinando a Muley Casimiro.

—¡Ah! ¿Y cómo haces con la barba? ¿No dice el Libro que el cocinero ha de afeitarse en luna nueva?

—Cuando cocino la meto en este saquito que llevo siempre en el bolsillo del chaleco, y es de lino albar pérsico, y así no hay miedo de que caiga pelo en el almíbar, que es donde más sucio hace, que en el arroz se le echa la culpa a quien peló el cordero o la gallina.

—¿Las gallinas en Borsabad tienen pelo?

—¡Vaya! ¡Es un decir! Y para cumplir con el Corán, ¡cada letra tiene su correspondiente estrella en los cielos!, en las lunas nuevas me afeito debajo del mentón diecinueve pelos. Dicho está también: una barba ha de tener por lo menos diecinueve pelos de dos pulgadas para poder pedir enjuicio por daños contra ella.

Mansur encontró a Muley Casimiro muy competente y variado, y Sinbad le pidió al cocinero que bajase al muelle y se apuntase de su mano si sabía escribir, y si no sabía, que no sabía, entonces que el Cangrejo lo nombrase en el «Aviso», con el añadido de «señor repostero de Sinbad». Y el fondista Mansur quiso que mientras no venía noticia de Basora de que tenía que salir Sinbad con la tripulación a hacerse cargo de la nave, que ya estaría botada, que Muley Casimiro quedase en la fonda por sustituto de cocina.

Sinbad dijo que no se oponía, aunque le parecía que era guardar miramientos en que él, el almirante del mar, si Muley hacía algún plato no usado en el país, que podría venir a catarlo, así como probar el caramelo de lechuga, del que nunca oyera, y que sería cristiano de Jerusalén de los reyes Lusiñán, que están casados con una hija de Merlin que se llama Merlusina.

—Sólo una condición pongo: que no haga ni enseñe a hacer a nadie la tarta de boda.

Sonrió malicioso Mansur, que sabía las ensoñadas del viejo piloto.

—¡Vuelan carnes blancas! —dijo guiñando el ojo.

Sinbad se puso serio, sonrió tres aires por ambas narices, y con voz grave y solemne aclaró:

—Digo que no se haga pastel de boda sin estar yo presente, por cuanto hay que fijar el Polo Norte para poner en él el clavel colorado. Hay que tirar un radio de la Polar a la merengada de frutas, y después por triángulos se da con el punto.

Le puso Sinbad la mano derecha en el hombro a Mansur, amistosamente.

—¡Las malicias son los gusanos del malicioso! Figúrate que va Muley con la tarta de bodas por la ribera, que se la mando yo a un piloto amigo que trae mujer nueva de Calicuta o de Manila, y pasa un almirante forastero que entró por agua antes de salir a la mar Mayor, y viendo el clavel en el Polo Norte toma la altura por él, que le parece gracioso, y después resulta que estaba desviado, y va el almirante y embarranca en Irlanda, o se sale del mar en el *Finis Maris*, que lo hay. ¡Vaya fama de burros que nos echarían a los señores pilotos de Bolanda! ¡Hay que estar en todo, amigo Mansur!

Y Mansur baja la cabeza, y su respeto para Sinbad crece una cuarta. ¡Sinbad está en todo! Y Mansur tiene un pronto de salir corriendo para el muelle y apuntarse en el «Aviso» de Sinbad, que ya sabe que serán muy tristes los días en Bolanda cuando el viejo piloto ande lejos. ¡Ay, todos seremos algo más pobres! Pero Mansur no es dado a melancolías, y ya se alegra imaginando el regreso de Sinbad, rico, cargado de plumas, de capas cortas chinasas, de quitasoles de Malaca, de frutas raras para la merengada de la tarta de bodas...

## CAPÍTULO IV

**E**L que esto escribe, vuestro criado Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, seguía por la villa las idas y vueltas de Sinbad en las vísperas de su viaje. Dejara de ir el señor piloto alguna tarde que otra a la tertulia de Mansur, en parte porque acercándose el monzón con ligeras lluvias no había naves, y por ende forasteros, y en parte mayor porque se le pusiera a Sinbad el Marino un súbito gusto de mirar para el mar, pero no para el mar en calma del Golfo, sino para la abierta figura de la alta mar. Y le alquilaba a un tal Firí una burra de leche que tenía, y el viejo Monsaide le adelantara espontáneamente y con lindo gusto unos dineros a Sinbad para compras de apuro en vísperas de embarque, y de estos pagaba el usufructo de la burra, y montando bien trasero en ella por no engordarle la leche al animal, y con la capadril doblada delante de sí, prevenido de ella por si había llovizna, en una mano el ronزال y en la otra el catalejo, paseaba dos leguas por la mañana Sinbad hasta el cabo del Este, que es una punta acantilada a derecha e izquierda que se adentra en el mar, y a su pie hay alternos bajíos y oquedad, y el mar ronca y golpea allí, levanta salsa, y en baja ronca y hace corrientes que se cornean entre ellas y se deshacen en espumas blanquísimas. Sinbad no bien llega a lo alto ordeña la burra para el desayuno, y moja en la leche una migada de pan seco, que deja ablandar, y le pone al pacífico animal una suelta de cuero y lo deja que paste en un curro de media pared que hay allí, de cuando el emir de Bolanda tenía en aquella camposa los criaderos de caballos para la guardia montada; desayuna Sinbad con grande calma, y limpia más de tres veces labios y comisuras con la yema del pulgar derecho, y se pone a la sombra de una roca que hace tienda sobre otras dos, y primero contempla el mar con los ojos suyos, el brillo y el horizonte, y el impulso del viento en la flor conduciendo las ondas que blanquean en la frente antes de romper en los escollos. Mira si hay velas en el horizonte y visto que no, se distrae contemplando el ir y venir de las gaviotas y ve pasar los cormoranes desde las peñas donde duermen a sus comederos del Golfo, al mújel y a la faneca. Le sopla el polvo a los cristales del catalejo e inquiere en la línea más lejana del mar hasta que se le ponen manchas oscuras en la visión, y entonces se tumba en la hierba, y cierra los ojos, poniendo al través sobre ellos, como si fuese un paño que los tapase, el antejo, que, nunca pasó pero lo tiene él en la imaginación, si sucediese algo en el mar, corriese una nave, se mostrase una ballena, se levantara un espejismo, abriese canal en él la luz de modo que se viese una isla que está siete días a estribor, el antejo, avisando, se le pondría de suyo en el ristre natural para que el gran Sinbad no perdiese el ir de las velas o aquel milagro de luz. Y se dormía el piloto oyendo el mar, confiado en que ya lo despertaría el catalejo.

Para el almuerzo llevaba un poco de pan y algo de vaca u oveja salada, y bebía de una fuentecilla que surtía al pie del cierre del curro, o un poco de leche de burra que le hubiese sobrado del ordeño de por la mañana, y después de correr paseaba por donde diese bien el viento, para que le consumiese bien las grasas el noreste a el

sureste que fuese —y estos son los vientos que traen el monzón. Y cuando creía que ya tenía hecha la digestión, volvía a su atalaya de las rocas, se sentaba, y aseguran que era entonces cuando hablaba con el mar...

Anocheciendo regresaba montado en la burra, con mucha pausa, saludando a los que estaban mondando el trigo o recogiendo los dátiles, y en el patio del Firí volvía a ordeñar la burra, bebía la tibia leche, y lavaba los ojos con una poca que echaba en un plato, y despidiéndose hasta el siguiente día, bajaba a la villa sacudiendo de vez en cuando la capadril, y junto al níspero de su salido lo estaban esperando el viejo Monsaide y Arfe el Viejo, distraídos escuchando la parla de los pájaros chinos.

—¿Qué dice hoy el mar? —le preguntaba Monsaide.

—¡Que los tiempos pasados eran gloria!

Y cuenta Sinbad que ahora, a su parecer, el mar no llena ni la mitad, ni hay vientos que de un mochiquete de pulgar derriben un mayor en una tempestad, y que es verdad lo que decía el difunto piloto sich Abdelkarím al Ormuzí, que el poder del mar lo hace la temeridad de los pilotos.

—¡El mar de ahora, un paseo! —afirmaba Monsaide.

—Te digo, Sinbad amigo, que no sé si me caparían en secreto. Esto me lo dijo el mar a mí, en confianza. ¡Y yo bien comprendo que está esperando para brincar conmigo cuatro tifones levantados!

—Hay que poner la navegación en su mérito —comentó Arfe el Viejo—. Quizá, mi Sinbad, me vaya contigo hasta Calicuta, ¡y te ayudaré a herrar ese potro!

Y los tres pilotos sonreían, y como entonces surgía Venus vespertina por detrás de los limoneros del otero del malik, los señores del mar se levantaban y llevaban la mano al pecho, y en su corazón sentían que la tierra toda era una nave bien marinera que bajaba solemne al Golfo, golpeada del mar...

—¡Sólo Dios es Dios!

Comenzaron a hacerse cotidianas las lluvias, y en la noche crecía el viento. Por todas partes nacían hierbas, y al amanecer se oían en los jardines los malvises, que seguían viaje. Venía lleno el monzón, como todos los años, y la gente de la villa andaba atareada limpiando los aljibes en los que se guardaría el agua, preciosa en los días de sequedad, que son los más en el país de Bolanda. El correr de un hilo de agua por el cristal de una ventana entretiene a un hombre imaginativo una larga hora. Nuestro Sinbad trajo un obrero para que añadiendo tablas hiciera una cama de diez cuartas de largo para el estrellero Ornar Pequeño, que ya estaría al llegar, y a Sari lo tenía la mayor parte del día ocupado en limpiar los faroles de popa, que Sinbad llevaría los suyos, porque según él era ley antigua del mar que los dichos faroles eran en la nave de propiedad particular del capitán. Los de nuestro piloto eran dos faroles de cobre imitando la cabeza de un delfín, y en la misma boca iba el cristal cubriendo las dos mechas.

—Estas cabezas de delfín, Sari amigo, están sacadas del natural por un batihoja

del bazar de Aden, muy amigo mío, quien dejó de trabajar unos puños de espada, de oro, para un sobrino de Saladino, por agasajarme con esta obra. Y te fijarás en que no son delfines como los otros, que estos tienen orejas, y no es capricho del artista. Fue que había en Doncala un viejo piloto que amistara, en la carrera del Preste Juan, con un delfín muy humano que andaba tras él como un perrillo, y el delfín quedara viudo y le decía por señas al piloto —cuales fueran no sé, o de rabo, o de salto, o de bufido—, que no tenía otro arrimo amistoso que el de él. Se entendían muy bien el piloto y el delfín, y el marinero llevaba con él en un viaje un nieto que tenía, de cinco a seis años, muy gracioso y feliz con la novedad de ir por el mar adelante tocando una campanilla de plata. A veces el abuelo tenía, en la proa, al nieto en el regazo, y el delfín saltaba hasta llegar con el hocico suyo a las del mascarón, que era un gigante monóculo. ¿Y querrás creer que al delfín le entraron antojos de que también a él lo tomaran en el regazo? Y el piloto doncalés se dejó bajar atado por la cintura por cumplirle el gusto al delfín, pero el bicho lo que quería era que lo subiesen a él a popa y lo tuviesen allí, acunado. Rieron todos, y por la novedad dos marineros se prestaron a izarlo, pero les resbalaba y no lograban subirlo.

—¡Si tuvieras orejas por donde cogerte! —dijo el doncalés, que se llamaba mestre Biruní.

—¡Ya ves que estoy triste, amigo! —contestaba el delfín.

—¡Si tuvieras orejas! —repetía mestre Biruní.

Y pasó entonces que se fue el delfín y en un año no lo volvió a encontrar el piloto de Doncala en su carrera, y lo echaba de menos, aburriéndose en aquel viaje, que es tan solaz, siempre a Oeste de los remolinos, y por las noches llegan a la nave y se posan en el puente y en los mástiles docenas de loritos reales, que los echan sus dueños para que aprendan de nosotros palabras arábigas, *salam, lála, jolocha, cuzcuz, amjí amjí, ascut*, y otras semejantes, que después se pagan más caros los que las saben en las ferias de los negros, y por la mañana los asustan los grumetes y regresan volando a sus jaulas. Andaba mestre Bimní callado, escrutando por dónde asomaría el delfín, y una mañana le pareció que lo oía o veía, y era verdad que volviera, y el delfín traía orejas. ¡No digas que no, Sari! Traía unas orejas como las de esos delfines de cobre que estás limpiando ahora con salpestre, y mestre Biruní bajó a la flor del agua sentado en una tabla de embrear, y agarró a su amigo por las orejas y lo izó, en el regazo puesto, a la proa, y allí estuvo una hora larga meciendo en él, hasta que el delfín dijo que precisaba un respiro de agua y brincó al mar. Y un pintor bizantino que iba a bordo llamado para dorar unos iconos por el Preste Juan, tomó un apunte con carbón mojado en un pergamino, y de ese retrato sacó mi amigo, el batihoja del bazar de Aden, esos dos delfines de mis faroles...

—¿Y de dónde le vinieran las orejas, mi señor? —preguntaba el carpintero que hacía la cama para Ornar Pequeño.

Sinbad se encogió de hombros.

—Nunca me lo dijeron, pero por lo que se hablaba en Doncala por los marineros

que navegaron con mestre Biruní, parece que fue cosa de sastre. Un corte y un relleno de lana merina, que no se pudre con el agua del mar. O sería obra de un sombrerero, por lo bien aplicadas.

Abatió la hora mayor del monzón sobre todo el país de Bolanda. El agua corría por las estrechas calles, que eran todas ellas ríos de barro amarillo, y abajo llenaba, como de costumbre, el Iadid, y las claras aguas de otrora eran lodaneras y parduscas. Sinbad le escribiera en letra París al rico señor del Farfistán, y mientras le escribía, el paje Sari con una mano sostuvo la linterna de papel y con la otra le pasaba al señor piloto las pastillas de tinta según el color que este pedía, y antes de pasarlas escupía en ellas, para que Sinbad mojase sin más los pinceles de pelo de tejón. Por no salir con la lluvia en la noche, Sari comía una corteza de pan en las escaleras de Sinbad, y después se tumbaba a dormir en el portal en un haz de paja. Del otro lado de la puerta tenía la compañía de un sapo enamorado que llamaba a la hembra con su flauta: ¡mi do!, ¡mi do!, ¡mi do! En su cámara paseaba Sinbad, y crujían las viejas maderas del piso. Con aquel calor húmedo despertaron todos los ratones del desván. ¡Muchos ruidos te acarician en la noche en una casa vieja y propia! Nuestro piloto asomaba por la ventana la calva cabeza y la dejaba mojar un poco, y cuando ya dentro se secaba, olía la toalla tres o cuatro veces, y se reía. Quien estuviese a su lado le oiría decir:

—¡También si me saliese el pelo rubio! ¡Agua membrillera de Joló!...

Porque para Sinbad en la tierra era como en el mar: nada estaba quieto, todo iba y venía, y los grandes reyes alentadores, los vientos ventoleros. Se golpeaba la barba antes de acostarse y permitía que saliera de ella una ráfaga del sureste de Joló que se colara allí, y la ráfaga iba, muy mansa y bien criada, a matar en el candil la amarilla, vaga luz.



## CAPÍTULO V

**S**INBAD, aprovechando que estaban desembarcados los más de los pilotos de Bolanda, como acontecía todos los años por el monzón, los mandaba llamar por turno para saber de ellos cómo andaba ahora el trato de la pimienta, y si seguía rigiendo de Malaca para acá la libra de Calicut, y de Malaca para allá la libra cantonesa, y si había derecho a cedazo en las Molucas, donde los indígenas echan unas arenas que da cierto árbol y que pasan por pimienta colorada en grano, y había, cuando Sinbad era mozo, marineros que quitaban las tales arenas por cernido, sin hacer caso de los gritos que daban los molucos, y los perros, que allá no tienen ladrido, de oír gritar a sus amos de tal manera, se volvían locos, y se subían a los techos de paja hueca de las cabañas, poniéndose a mear todos a una, creyendo que había fuego y ardía la aldea. De estos perros fue de quienes aprendieron los bandeirantes lusitanos el arte de bombero, en el que llegaron los portugueses a ser tan famosos.

Los más de los pilotos le explican a Sinbad que el trato es con pago sobre barril, que se llena a la vista, y que a las Molucas no se acerca nadie más que al clavo, y que este trato da poco y en aquel mar hay el riesgo de grandes vientos levante, o si no quedadas de más de un mes, chichas calladas y calientes que ablandan la carne de los marineros y se cargan todos de forúnculos. Sinbad dice que él irá a las Molucas sin temor del mar, y que de las calmas chichas se sale por las corrientes, que lo que hay es que saberlas.

—¡Las Molucas son famosas! Y hay mucho señorío chino en el comercio, y las nativas siempre están saliendo del baño y pidiéndoles a los arábigos que las sequen.

Sinbad saca mapa y Sari lo extiende en el suelo, y con la contera de su bastón dice el piloto por dónde caen las Molucas, y se agacha Arfe el Mozo y mismo donde está la Moluca Mayor encuentra un cabello largo y dorado y se lo muestra a Sinbad.

—¿Parece que es rubia del pelo?

Sinbad se pone colorado, cierra los ojos, y afirma tres o cuatro veces con la cabeza. Posa el bastón, y con ambas manos coge el cabello que le ofrece Arfe el Mozo, roza la mejilla en él, suspira, envuelve la hebra de oro en un dedo figurando un anillo, besa allí y cuenta:

—¡Ay, Venadita, Venadita! Pues cómo nunca llegué en todo este tiempo repasando mares a dónde cae la Moluca Mayor, no me di cuenta de que ella me dejara esta memoria de seda. Una sirena de mar llamada Venadita, amigo mío. Se sentaba a mi lado y quería que le enseñase por mapa adonde me vendría a ver. ¡Mira que si llega a venir a darme serenata desde el Iadid! Pequeñita, no había otra, y toda vestida de su cabello dorado, y se sentaba en la arena de la playa —eso si, manteniendo algo de cola en el mar; las sirenas pueden estar en tierra firme a condición de mantener algo de su parte de pez tocando agua—; se sentaba, digo, y todo era probar mi ropa, la pamea mía, mi capa corta de damasco, mi chilaba de lino

albar, mi camisola de verano... Todo le estaba sobrado, claro es, que fue el encuentro conmigo por cuando yo andaba en las doscientas libras nuestras, que me pesé para ver cuánto pudiera con las patas tuyas el Ave Roe. Pero la niña gozaba con esto y no sabía ser engañadora, y cuando se ponía a cantar, con la cabecita apoyada en mis rodillas y acariciándome los pies, barriendo de ellos las arenas con el suave pelo, de pronto se detenía y me decía:

—¡Ay, Sinbad, no creas nada!

—Y la preciosa me estaba hablando de una isla que hay abajo, donde el que llega, y mientras allí esté, ha de escoger una figura de pájaro o de ave mayor, y yo podría andar de pavo real; en todo es uno el pájaro o ave que elija, y se le da compañera en la familia, y la cocina según el apetito natural, y cuando te cansas y vuelves a la superficie del mar, puedes traer contigo un saco de piedras preciosas ayudado por la sirena... Mi sirena Venadita a veces se echaba a llorar, que decía que no sabía inventar nada más que eso, y que ya tenían dicho las otras que como no sacase otra gracia de países y de canto que no ganaría para un peine de oro. ¿Y qué es una sirena sin peine de oro? Fue habiendo entre nosotros más intimidad, y mucho cariño, y entre las rocas de las Molucas estábamos escondidos al atardecer, pasándonos a besos y otras gracias, y ella siempre probando la ropa mía, y cada día tenía que llevar ropas nuevas de lo mejor, e incluso quiso probar mis bragas, que cabrían tres como ella en cada pernera, y se las metió en la cabeza por la petrina, que entonces se llevaban bragas de meada pronta, que no sé por qué pasó esa moda...

—¡Era una gran comodidad! —dice Mansur—. ¡Yo aún gasto alguna!

—Pues iba diciendo que probó mis bragas, y como por el calor de las Molucas yo andaba con una camiseta que era un medio jubón de seda, quedé con la barriga al aire, y fue cuando Venadita se dio cuenta de que yo tenía ombligo. ¡Mucho se rió! Todos los días tenía que dejarle mirarlo, y metía en él un dedo, ¡y hasta una vez se propasó y me dio un beso allí! Cuando nos despedimos, que vino delante de la nave silbando para enseñarme una corriente que va tres cuartas por debajo de la flor del agua, y yo metiera en los camarotes a toda la tripulación porque no la vieses, a la señora Venadita, me gritaba desde el mar que mucho iba a echar en falta los juegos con mi ombliguito...

—¿Cómo no la trajiste, Sinbad?

—Le regalé un peine de oro, y ya sabes cómo son las mujeres: porque vieses las otras que ya sabía ganarse la vida, quiso quedarse una temporada en aquellas playas. ¡Que no sé qué gracia le tendrá a doña Venadita el ahogar molucos!

Desenvolvió de su dedo Sinbad el dorado cabello y lo posó donde apareciera en el mapa, junto a la Moluca Mayor.

—Aunque no hubiera clavo en las Molucas, Arfe amigo, iría allá. ¡Todos los corazones tienen su gacela!

Se despiden los pilotos, cubren la cabeza con el pañodril, remangan la chilaba, y se van a sus casas corriendo bajo la lluvia, poniendo los pies en los pasos que hay

contra las paredes. Mansur se retarda atando en su dril, y toma a Sinbad del brazo, llevándolo aparte, que no oiga Sari, y le dice al piloto si puede hacerle un pedido de confianza.

—¡Un verdadero amigo es como un espejo, Mansur!

—La cosa es, mi señor Sinbad, que la segunda mía, que es la preferida, siempre me anda diciendo si no sé más novedades en juegos de cama, y que tengo que aprender toda la tabla, que la hay escrita, y que pregunte; pero yo soy comedido y no oso... Pero ¡esto del ombligo, señoría! ¡Ya podrías decirme cómo se juega con el ombligo! ¡Y si quisieras mirarme el mío y decirme con verdad si está bien hecho y lo puedo mostrar a mi segunda!

Sinbad le da unas palmadas a Mansur en la espalda, y le dice que no hay propiamente juegos de ombligo, que para Venadita fuera novedad porque las sirenas no lo tienen, y que en lo que respecta a los pedidos de la segunda esposa, que la ponga a fregar calderos, de rodillas y en una corriente de aire.

Seguía lloviendo y alternaban chaparrones recios con menudas lloviznas. La tierra labrantía bebía hasta que no podía más. Estábamos en la máxima del monzón, y los ojos de las gentes ya comenzaban a levantarse para los cielos, buscando esos claros que aparecen a la hora meridiana anunciando que la fuerza del monzón decae y que el sol quiere ya echarle una ojeada a la tierra, al hermoso país de Bolanda que sale de bajo la lluvia verde y florido.

En casa de Sinbad está Ruz el Oscuro que trae noticia de que se perdieron dos naves de Ormuz saliendo de Goa, y que no se salvó nadie, y traían las naves una carga de seda y bultos de canela, y en una de las naves venía el piloto Al Amim, que era conocido.

—¡Y yo que quería preguntarle dónde se toma la ballena para pasar Puisang! ¡El Señor tenga misericordia!

Ruz el Oscuro nunca oyera hablar de la ballena ni de Puisang.

—Puisang es una orilla de China, donde está el mejor puesto para la piedra jade, si no fuera que no quieren intérpretes porque Kublai Jan les tiene prohibido a sus sujetos que hablen o escuchen lengua extranjera, y el comercio se hace por señas, y te digo que es sin duda más legal. Y para llegar a Puisang hay que tomar una nortada muy larga desde Manila y después entras en un mar que está siempre de fondo y lleva las naves contra la derecha, donde hay unos escollos, y no habría nave que pasase si no fuese por la ballena.

—¿Aquel tu famoso zaratán que parecía una isla, Sinbad?

—¡No, amigo, no! Una ballena cualquiera. Ahora que murió Al Amim, ¡goce el piadoso del Paraíso!, te puedo decir que yo sabía dónde se tomaba la ballena pero no quería usar del arte sin que él me lo dijese, ya que fue el primer árabe que pasó a Puisang, y aunque yo sea Sinbad el Marino y viaje por un príncipe del Farfistán, el respeto es el respeto. En aquel mar de fondo del que te contaba anda mucha ballena al

camarón, y entonces haces dos redadas de este y lo metes en tinas en agua de beleño, que es adormecedora, de familia somnífera, y lo dejas un día o dos, y cuando ya está bien remojado y adormecido, te vas acercando a donde está una ballena grande paciendo, y las ballenas allí no se asustan, que no hay vecinos que las cacen, y cuando estás a su lado echas al mar los camarones, y a las ballenas les gusta el olor dulce del beleño; viene la ballena tuya y come aquellas calderadas y al cuarto de hora está dormida; entonces bajan a ella cuatro o seis marineros, la atan a estribor, das el trapo todo y te lanzas adelante, y aunque el mar te eche a los escollos, no le es tan fácil, con el peso de la ballena, y si llegas a los escollos la ballena te sirve de almohada, y siendo hábil, la metes en una aguja de piedra que hay a la salida del paso y la ballena muere: le das remolque hasta Puisang y le vendes la cabeza a los nativos, que hay allí mucha moda de corsés entre las mujeres.

Se levanta Sinbad de su sillón y rebusca en un saco en el que se lee en letras coloradas «Secretos», y viene con un frasco en el que se guarda un polvo negro, y mostrándolo a Ruz el Oscuro, le dice:

—He aquí el beleño. ¡El mar es muy malicioso y hay que sabérselas todas! No te empequeñezco, Ruz amigo, pero hay navegantes y navegantes. El mar a mí la mayoría de las trampas me las hace por juego, por ver dónde salgo, y a ti te lo digo en confianza: el mar no me dejará morir en sus ondas. ¡No es que me lo hubiese dicho así claramente o que me hubiese puesto un oficio! Pero si oyeras la voz solemne y cumplidora que pone cuando a veces me dice, mirándome la barba: ¡Que te conserves, mi Sinbad! Se va a reír cuando me vea otra vez en el trato.

Sinbad lleva a Ruz hasta la ventana, y a través de la mansa lluvia le muestra el Golfo, y están los dos pilotos contemplando el mar, acariciados por los vientos calientes; Sinbad, misterioso, le dice a su compañero:

—¡Ay, Ruz, Ruz, si supieras qué viejo es el mar!

Aún el eco de la alcazaba vieja repetía las palabras del almuédano meridiano cuando se vio un claro de cielo sobre Bolanda. Un rayo de sol bajó hasta la higuera de Sinbad. Ya comenzaba a decaer el monzón, y una gallina calzada bermeja osaba salir a buscar lombrices en el campo de la fuente. Sinbad aprovechó aquella escampada para decirle a Sari que convenía dar un paseo alrededor de la plaza y mirar de paso cómo estaban las canales y las regadas suyas. Salieron amo y paje, y Sinbad iba paseando con gran calma y hablando a media voz con Sari, con largo mondadientes en la boca, y en llegando a delante de la casa de la viuda Alba, Sinbad se detuvo y apoyándose en la blanca pared con la mano derecha suspiró, y poniendo los labios suyos en un hierro de la reja, en la que despertaban dos macetas de claveles; digo que poniendo los labios en el hierro, tras quitar, eso sí, el mondadientes de la boca, casi gritó como plañidera de entierro:

—¡Tristes son los días de las despedidas!

El viento movió las cortinas tras la reja, o quizá no fuese el viento, y Sinbad se puso colorado y apuró el paso hacia su casa, llevando de la mano al paje Sari. Volvía

a llover. Ya en la puerta se volvió y estuvo contemplando largo rato la casa de la viuda.

—Sari, la víspera de embarcar, has de ir a aquella casa y en el portal vacías media libra de agua de rosas.

—Sí, mi amo. ¡Media libra!

Sari, mientras el piloto mayor contempla la casa de la viuda en silencio, se sienta en un saco de lona que está de pie en el portal, y en el que el señor Sinbad, con tinta china verde, ha escrito con letra redonda: REGALOS QUE TRAE PARA DOÑA ALBA VINIENDO DE LAS MOLUCAS EL CASTO SINBAD. Y el saco estaba lleno.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Sinbad a Sari, leyéndole el letrero—. Y además que así no hay miedo de que se rompan los regalos o se pierdan en un naufragio, y a las Molucas no se llega tan fácilmente. ¡Ni aun yo, Sari querido!

# TERCERA PARTE

## NAVEGACIONES Y NAUFRAGIOS

*... out of the murderous innocence of the sea.*

W. B. YEATS

Ya venía la alegre claridad, la gran riqueza de sol y de vientos noroeste del país de Bolanda. Venían el verano y el estío, tiempos alegres y hartos, días agrarios vestidos de canciones. Se veía crecer la hierba en los oteros, y por nada la gente vertía agua a jarros y a cántaros, que había abundancia de este bien de Dios. Aclaraban las aguas del Iadid y en el muelle estaban al fuego las calderas de brea, porque ya llegara el tiempo de ataviar las naves para que los marineros se hiciesen al mar. El mundo era el mismo y era una novedad. ¡Salir por la fresca matinal! Yo, Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, cuando hacía examen en Toledo de traductor, y pasaba por cartapacio lengua latino-romana, acariciaba en aquel duro banco mi corazón de ribereño del mar con el último verso de una oda de Horacio, en la que un gran almirante de antaño, que se llamó don Ulises de Ítaca, hablando con sus marineros les dice, y se le ve una mano alegre en el aire, «Cras iterabimus aequor», que se anuestrapor: «Nosotros mañana navegaremos al largo»...

Sólo nuestro Sinbad estaba triste en Bolanda, que no lo llamaban de Basora para que se hiciese cargo de la nave escogida, ni le venían cartas del Farfistán.

—¡Ahora están todos allá en la cosecha de las rosas! ¡Quién piensa en cartas!

Esto dijo un persa que venía a comprar un cabrón por cambiar de simiente.

Ni le venían cartas del Farfistán ni aparecía Ornar Pequeño. ¿Fe escribiera a Ornar llamándolo? ¿Y a dónde? ¿Y cuándo conociera él a aquel Ornar? ¡Mira que si no lo hubiese! ¡También si llega a haberlo!

Y ya tenía hecha la cama de diez cuartas. Algún retraso porque los caminos todavía serían lodazales pudiera haber, y no venía a nada el estar tan desasosegado, que quizás al otro día, mañanita temprano, ya estuviesen llamando a la puerta el cartero del Farfistán, que reventara un mulo de la posta, y un mandadero de Basora que llegaba diciendo que aquel mismo día botaban la nao, y también Omar Pequeño, los tres a un tiempo, y Sinbad no les daba atendido y Sari hervía el agua para el té, y nuestro piloto les pediría a los tres que oliesen con calma aquel té de verano que le trajeran la víspera de Cantón...

Y con estas promesas de la imaginación, y con ponerse a reflexionar en que si todos los caminos fuesen en cuesta estarían siempre enjutos y no habría retardos ni tropiezos, ni iría una carroza de respeto a una cuneta apoyada, Sinbad se calmaba y se sentaba a echar cuenta de las cuartas que podría tirar a la derecha para tomar la barra de lado y virar a sotavento en ella cuando saliese al mar. Se echaba un pañuelo sobre la cara y dormía una siestecita de refresco, y a pesar del paño siempre lo despertaba una mosca en los labios, que los tenía muy cosquillosos, y entonces se levantaba y salía con antejo al corredor, y cata ahí que mirando por encima de los tejados veía moverse los mástiles de una nave, y por la bandera que iba en el mesana, blanca y roja, sabía que era Arfe el Mozo quien desatraca y se ponía río abajo en los caminos del mar... Y entonces Sinbad dejaba de ver, porque se le llenaban los ojos de lágrimas, unas lágrimas calientes y brillantes con las que pagaba, y bien amargamente, el derecho a guardar para él solo un tesoro de piedras

*fantásticas, todas ellas con una lucecita dentro, una lucecita perdida en una selva oscura.*



## CAPÍTULO I

**L**A más de la gente es burlona sin caridad. Pero nuestro Sinbad echó una mirada por encima del mundo, y mandó llamar al ciego Abdalá y le dijo que le comenzaba a contar desde aquella misma hora el cargo de vigía, y que por la mañanita siguiente, tan pronto como abriesen puertas, saldrían para Basora a ver cómo estaba la nave, si ya estaba labrada del todo y entonces por qué no la botaban, o si faltaba qué carpintado, y que irían los dos con Sari. Aunque es muy sano andar, llevarían la burra de leche del Firí, con lo cual tendrían desayuno ensopado, y fría, con la rosada de la noche, y con una monda de naranja, la leche de burra es un refresco principal, y se puede convidar a cualquiera que se acerque al fuego. De vez en cuando, a hora meridiana, Sinbad cabalgaría algo. Y la paga en mares árabes a los marineros es por semanas, sacando una muesca por cada una en un palo redondo, y las semanas son adelantadas. Sinbad le dio un palito de acacia al ciego Abdalá, quien con su navaja ya abrió la primera suerte.

Como fue dicho fue hecho, y por la mañana temprano, tan pronto como abrieron la Puerta de Tierra, que tiene puente levadizo y cadenas cruzadas, y la guardia la ponen los tenderos del bazar, salió Sinbad con su vigía y su paje camino de Basora, y montó en la burra para subir la cuesta que hay hasta donde dicen Pozos Altos, que es un agua salobre que solo se bebe cuando secan las fuentes de la villa y se agotan los aljibes, y cuando llegaron a lo alto se apeó Sinbad y contempló la villa natal.

—¡Salam! ¡Si pudiera, país mío, meterte en una nave, te llevaría a donde son las aguas floridas!

—¡Más de siete hijos de puta aún estarán durmiendo! —comentó Sari, quien anduviera aquellos días muy abromado por los graciosos de la villa, que le preguntaban si ya regresara de las Molucas.

—¡La paz es de quien la da! —dijo Abdalá, que hablaba mucho por el Libro.

Y los tres se pusieron a caminar por aquellos llanos vecinos del desierto, una campiña de espartaría y avenas locas que aprovechan antes de la seca estival rebaños de ovejas parduzcas guardados por taciturnos pastores yemeníes. Los perros de los pastores los saludaron con ladridos que a Sinbad se le antojaban alegres.

El camino de Bolanda a Basora es largo, y da vueltas alrededor de cumbres rocosas y barrancales, y se mete hacia el mar, que está a la derecha según se va, y cuando ya parece que lo vas a ver, y reconoces en el aire la gaviota, tuerce para tierra adentro por mor de un pozo de agua fresca y un caravanserrallo, y antes de llegar a las huertas de Basora hay que pasar tres días de desierto, y se ven volar buitres. Una noche llegó Sinbad con los suyos a un caravanserrallo que llaman Mistar y es renta del emir de La Meca, y porque ya llevaba seis días que no hablaba más que con sus asistentes, quiso tomar posada dentro, sabido que había dos caravanas de lejos, y también porque quería algo de estofado caliente. Y otro motivo, en verdad, era porque veía que Sari lo miraba desconfiado y por veces se adelantaba en el camino

canturreando, poniéndole de estribillo a las canciones algo así como «somos tres perdidos y en Basora no hay nada»; el paje se volvía irrespetuoso y hablaba de pasar a otro amo y que él le hacía la higa al mar. Imaginaba Sinbad que en la posada habría algún señor, y él se acercaba a tener tertulia, daría noticias que nadie esperaba y sería acogido con gran respeto, porque no dejaría de haber allí quien oyera de Sinbad el Marino, la historia del Ave Roe o el viaje, llevado por la ballena, a las nieves marinas. Ya se dolía Sinbad de haberle dado tantas confianzas a su paje, al fin hijo de una pescantina negra. Y antes de entrar en el caravanserrallo Sinbad montó en la burra, sacó el antejo de la funda y lo metió debajo del brazo izquierdo, y se puso en la boca un mondadientes de cañota de pluma de faisán, largo una cuarta.

Sari fue a atar la burra en la cuadra, que quedaría cerrada, no fuese algún goloso a ordeñarla, y aguardaría a que parase de sudar para darle de beber y un alfojín de cebada. Abdalá salió a lavarse los pies en un pilón en la trasera del serrallo, y, mientras, el señor Sinbad, muy solemne, entró a pedir cámara; se la dieron en el corredor, con alfombra y palangana, y preguntando por una buena cena había oveja con fideo y albondiguillas picantes de gallina, y como aquella era posada de mucho turco y persas, e incluso se veían bizantinos de la seda, también había vino de Nisapur.

—¡Oh, el vino de las noches de mi amigo Ornar Jayam! —dijo Sinbad en voz alta, para que no dejasen de oírlo aunque no quisieran unos señores con espadas que estaban sentados comiendo naranjas. Dos esclavos se las mondaban y ofrecían los gajos en un plato, espolvoreados con azúcar terciado. Otro esclavo tenía en una lanza un farol, que la brisa del véspero meneaba.

Uno de los señores echó ambas manos a su nuca, inclinando la cabeza hacia atrás, y con voz hermosa y clara recitó:

*Hoy triunfo, oro y gloria,  
mañana derrota, miseria y confusión.  
¡Bebe, pues no sabes de dónde vienes ni a qué!  
¡Bebe, pues no sabes a dónde vas, ni a qué!*

Nuestro Sinbad pidió permiso para acercarse, el cual le fue dado por el recitador, y también a él le pasaron el plato con la naranja; con la punta de los dedos cogió el piloto dos gajos y los comió con delicadeza, y guardando el mondadientes dijo quién era, y por como levantaron todos las cabezas y miraron para él se complació en ver que era conocido su nombre, y resultó que los de espada eran perfumistas de Gingiz que iban al aceite de rosas al Farfistán.

—¿Entonces —preguntó Sinbad— por qué llevan espada?

—Llevamos espada —le respondió el más viejo— por permiso del Chanichá de Persia, que como entramos en las grandes casas a vender perfumes de precio para las mujeres, los eunucos nos meten en un corredor y nos roban, y no hay protesta que

valga, que en seguida dicen que queríamos pasar a las mujeres, y así clavamos la espada en la arena del patio y vendemos al pie de ella, y los eunucos no pueden nada, y andan mansos pidiéndonos unas gotitas de lirio secante para las rozaduras de entrepierna.

Les preguntó también Sinbad si conocían a un tal sidi Raxel al Gazuli, caravanero de Asia, que gastaba sombrero picudo, y se dieron todos por muy amigos de él, que aún muchas veces era su fiador y tenía una fonda de verano al lado de una laguna para los huéspedes de confianza. Les contó entonces Sinbad cómo sidi Raxel se hiciera su armador, y que iba a Basora a hacerse cargo de una nave que ya debía de estar botada, y andarían en el embreo y en el cordaje, y también les explicó que llevaba con él a su vigía, que era un ciego, explicándoles cómo fuera el tomarlo, y todos convinieron en que sólo un gran almirante da esos pasos. Y porque Sinbad no recibiera carta de sidi Raxel, aunque le escribiera a la estafeta de la puente Balacrán, les dijo a los perfumistas si querían llevar con ellos a su paje Sari, que era muy obediente y ganaba sobradamente la comida que se le daba, y gustaba de todo excepto vinagretas. El Sari traería una firma de sidi Raxel para pasar a los tratos, sabido también de qué color quería el farfistaní el gallardete, y que si no le parecía mal que la nave iba a llamarse *Venadita*. Los perfumistas conocieron a Sari, lo encontraron educado y sano, preguntándole a Sinbad, no obstante, si había bubas en el país de Bolanda, y Sinbad les juró que no, que desde la peste del trece, que era tan lejana fecha que ya nadie sabía qué trece fuese, no las hubiera. Entonces dijeron que lo llevaban y que lo tratarían como a pariente, y si ayudaba en los mercados que tendría soldada, y que era cosa de un mes que se lo devolviesen en Basora con las respuestas.

Los perfumistas ya cenaran y no quisieron aceptar la convidada de Sinbad, excepto unas albondiguillas frías. El piloto le dio consejos a Sari, quien volvió a la obediencia muy humilde, porque veía que las mentiras se hacían verdad, y que había armador y que habría nave y trato. De la balsa sacó Sinbad un soberano de plata y le obsequio con él, pidiéndole que no lo tomara como adelanto sino como regalo, y Sari se echó a llorar y golpeó con la frente por tres veces las rodillas del señor Sinbad.

Hizo el piloto mayor en lo excusado de su cámara las abluciones nocturnas, y dejando la puerta que daba al corredor en pabellón se acostó en la alfombra que figuraba, y todos eran agujeros que le salían a favor de su imaginación, una batalla naval de cristianos y moros, y las naves de los del turbante pasaban por ojo las naves de los de casco, y entre la morería había uno que de verdad se le parecía, muy arrogante con la cimitarra levantada. Se oía el ir y el venir de la gente en el patio, el correr del agua en los caños de los pilones, bramar el camello y relinchar el caballo, ladrar lejos un perro, llamar un príncipe por su criado, reír unas mujeres y gritar una vieja que callasen... Poco a poco fue quedando en paz y silencio el caravanserrallo, hasta que sólo se oía el agua, y debió de despertar el ruiñón en la enramada de cinamomo, y asustado quizá de la mudez del mundo se puso a cantar movido y

variado, pero pronto, oyéndose, se serenó, como acostumbra, y entonces cantó medido rondas de amor con estribillos trinados.

—¡Todos somos ruiseñores! —se dijo Sinbad, y adormeció.

Aquella vuelta del camino era el fin de la subida. Desde allí se veían Basora y el mar. Primero había, en la falda del monte, emparrados e higueras, y después comenzaban las huertas, que llegaban hasta la ribera, y corriéndose frente al arenal, estaba la ciudad amurallada. El verde hortelano cesaba al pie de los ladrillos rojos de las murallas, y dentro de estas todo era blanco hasta llegar al mar azul. Se apeó Sinbad de la burra y le explicó a Abdalá lo que se veía desde allí, y que a la derecha estaban las llamadas Bocas, la Vieja primero y la Nueva más hacia lo abierto, y que allí eran los astilleros y las atarazanas del malik, que bien se señalaban por la torre almenada. Los muelles estaban para arriba y para abajo de ambas Bocas. Sacó el anteojo Sinbad, miró y dijo que se veían mástiles.

—¡Mira que si ya estuviese nuestra nave encordada!

Bajaron despacio, que no tenía prisa Sinbad.

—Falta media hora para el cañón serótino, y si apuramos quizá lleguemos antes de que cerrasen todas las puertas, pero mejor es que durmamos hoy fuera, en un bosquecillo de higueras que tenga fuente, y mañana temprano, vestidos de lo mejor, la barba redondeada, bañada la burra, entremos por la Puerta Mayor y la Calle Mediana y nos acercamos a los astilleros, sin prisa, como ricos confiados. Y a los que pregunten por la burra se les dice que yo venía en yegua ruana, pero que le dio un torzón y la dejamos en casa del albéitar, y que la burra no es montura mía, sino obligación de una dieta que traigo, motivada a que las aguas calizas del camino me descomponen.

—¿Y si está la nave, mi Sinbad?

—Alquilamos dos marineros pobres para llevarla a Bolanda.

—Cuando lleguemos allá —dijo Abdalá con una voz cálida y soberbia, desusada en un ciego de pedir como él—, cuando lleguemos allá, tienes que dejarme darle con la mano a *Venadita* en la espalda y decirle llorando: ¡Ahí tienen el Iadid!

Y Abdalá pasó de la voz de mando a una larga lloriquera con hipadas, que digo yo que sería alegría y no dolor.

## CAPÍTULO II

**D**ELANTE iba Sinbad el Marino, y cogido a una punta de su capadril, que fuera el tapado que le pareciera más de piloto, iba Abdalá llevando del roncal la burra de leche. Sinbad iba de anteojito de larga vista y mondadientes, y la chilaba recogida por las rodillas, para que se le vieran las vendas de cuero de Ubrique en las piernas. Del cinto le caía un puñal damasquinado, que en la punta de la vaina tenía una aguja de marear, en una cajita de cristal. Caminaban por el medio y medio de la calle, y si alguien los miraba, aunque fuese un desharrapado, Sinbad lo saludaba inclinando la cabeza o moviendo el anteojito. Dieron la vuelta por la salida del bazar y bajaron al muelle de las atarazanas del malik, donde los paró un guardia de lanza que hacía su té al abrigo de un castillo de madera de roble.

—Si quieres decirme a quién buscas, ilustre forastero, puedo darte las señas, y si no me lo dices no puedo dejarte pasar. Yo no lo dispuse, que soy criado mandado.

—Yo, señor lancero real, soy el que fue piloto mayor del califa de Bagdad, conocido por Sinbad el Marino, y tú eres muy joven y de tierra adentro para que mi nombre famoso te diga algo. Busco un astillero donde por encargo de un rico señor del Farfistán, mi armador ahora, estarán haciendo dos naves y una que llamo *Venadita* la voy a llevar al mar.

—¿Dónde estarán haciendo dos naves? —se preguntaba el lancero, que era alto, bigotudo, abierto de piernas y algo tartamudo.

—¿No lo sabes, señor soldado?

—Señor piloto, no lo sé. Y no sabiéndolo, no puedo dejarte pasar.

—¿Y qué puede hacer un hombre en este caso?

—Si quieres —le dijo el soldado a Sinbad—, subes a ese castillo de tablas y, pam, pam, me vas diciendo lo que ves y yo te digo cómo se llama, y si aciertas con el astillero, vemos tus papeles, y el próximo viernes te dejo ir al cabo de guardia.

¡Hasta el viernes faltaban cuatro días! Sinbad se quitó la capadril, y posó en las manos de Abdalá el anteojito y el mondadientes, y se dispuso a subir al castillo de tablas, que no era fácil, que estaban igualadas al trinquete. Le estorbaba a Sinbad la barriga, pero calzando allí e impulsándose allá, sin más daño que un chichón en la frente y un rasgado en la blusa, llegó a la cumbre, y cuando estuvo allí se dio cuenta de que dejara el anteojito abajo, y tuvo que desenfajarse para que el soldado lo atase en la punta de la faja roja y así izarlo. Alcanzando el anteojito, Sinbad se enfajó, que le caían bragas y zaragüelles, y sopladitos los cristales se puso a mirar. Y en un nada estuvo que llorase, que delante de él, y por encima de los muelles, iba una muralla, torreada cada veinte pasos, y sólo por la banda del Sur se veía un trozo de ribera y el mar, y en la ribera carpinteaban en unas lanchas, y de navíos solamente se veían palos más allá de la cerca de las atarazanas. ¡Dios sabe dónde estarían las naves que mandara labrar el señor del Farfistán!

Bajó Sinbad más entristecido que irritado, y pensando si tendría en Basora algún

conocido, o en ir al caid, que quizá tuviese memoria leída u oída de él.

—Señor Sinbad —le dijo el soldado—, sabrás que ahora vinieron pilotos nuevos a Basora que están poniendo el timón por rueda, y el gobernador del califa manda que nadie entre en los astilleros.

El soldado abría su mano derecha ante Sinbad y con la izquierda rascaba la nariz. Sinbad entendió la seña y buscó en la bolsa, sin que hiciesen mucho ruido los diecisiete soberanos que le quedarían del préstamo de Monsaide, que no hay que alarmar con dineros en país extranjero, y mientras encontraba una media pieza de plata, se decía a sí mismo cuantas leguas no hay de distancia entre él, que viene soñando, y aquel lanza de bigotes, que más que cuartos, ¡Alá es el guardador de los pobres!, le roba la alegría, la alegre facilidad de llegar con Abdalá y con la burra de leche a los astilleros, y subir a la nave, y andarla toda, y escupir desde popa a sotavento como si ya estuviese en el mar Mayor. Aunque no hubiese sotavento. Dio la media pieza Sinbad, la chinchó el soldado, y después de guardarla dentro de la polaina, se sentó y pidió a los otros que se sentaran con él y tomaron un poco de té, y que en el suyo le dejaran ordeñar algo de leche de burra. Se sentaron Sinbad y Abdalá en unos grandes troncos de nogal, y el guarda les preguntó si traían colador para la leche, que no fueran a ir pelos. Sinbad le dijo que él no colaba, que le gustaba la espuma, y al otro la espuma le daba asco. Sinbad apretaba las rodillas con las trémulas manos, y tenía una bola seca en la garganta que no le dejaba hablar ni tragar saliva. El soldado ordeñó la burra en su taza de té, sopló la espuma, probó, encontró la mixtura dulce, echó más té y bebió goloso.

—¡Una leche muy sumisa! —comentó, y le pasó la taza a Sinbad, quien dijo que a aquella hora no le apetecía nada.

El soldado cogió la lanza y arrimándose a la garita le dijo a Sinbad que la media pieza no la diera en balde, que lo mejor era que estuviesen escondidos un poco más abajo, donde había más pilas de madera, y que reposaran hasta el anochecer, que al cañón vendría una mujer suya a traerle la merienda, y él dejaría a la mujer de puesto y los pasaba a donde estaban los astilleros que no eran del califa, y había allí un guardallaves que era turco, y sin embargo muy imparcial, y ese, con una pieza entera de propina, les dejaría entrar; si había tal nave *Venadita* también podían subir, y probado que Sinbad era el piloto esperado, salir al mar callandito, y los marineros que precisase, esos los había media legua afuera, en las almadrabas.

Abdalá durmió, pero el señor Sinbad no pudo. Aquella tarde no se acababa nunca, y parecía que el sol fuera cogido en una calma chicha. No tenía el piloto hambre ni sed, y por dentro del magín estaba vacío de todo, sin nombres, sin fábulas, sin vientos, sin recuerdos. No podía sacar ni dos palabras juntas del porrón suyo, otrora tan fácil vertedor. ¡Ay, mi Sinbad, qué bajo caíste! Lloró callado y sorbió las lágrimas amargas. Y menos mal si había nao, que Abdalá no diría nada de aquel sofoco, de aquella siesta triste de Basora. Si había nao daría todo por bien sufrido, y se pondría a

la sombra de la popa suya en el astillero y no se movería de allí hasta que llegase Sari con la patente del rico señor del Farfistán, en pergamino perfumado; carta de ese farfistaní de cuyo nombre ya no hacía ahora memoria, de ese señor que ya no sabía si era o no del Farfistán. Debía tener fiebre, y sentía cómo le engordaba la sangre en las venas, y le faltaba aire, aunque por entre las pilas de madera pasaba alegre el nordeste silbador. ¡Quién encontrara este viento en el mar, pies ligeros! Se mareaba a bordo de aquel sopor que le entrara, y comprendía que de un momento a otro le podía estallar la cabeza, que le subían a ella grumos calientes que le privaban de la vista, y quiso gritar por Abdalá, que dormitaba a su lado, y no pudo, y entonces sonó el cañón... ¡El cañón! Y salió Sinbad a la vida. Le entró una gran risa a nuestro señor, se levantó de un brinco, se puso la capadril, miró el Norte en la aguja que llevaba en el puñal. También se levantó Abdalá. La burra de leche seguía paciando arenarias, y ni alzó las orejas a la seña vespertina. Sinbad velaba por entre las pilas de madera la llegada del lanza. Pasó casi un cuarto de hora antes de que llegase.

—¡Vamos pronto, señor piloto, que hasta la mujer mía no puede estar hoy más de media hora en mi puesto, que una cabra que tenemos está pariendo!

Sinbad tomó de la mano a su vigía Abdalá y siguieron al lanza por una calle ancha entre murallas, muy bien calzada de chapacaña, y lo que más le extrañaba a Sinbad era que no encontraban a nadie en ella, y la calle era larga, larga, larga... Torció el soldado a la izquierda, por un atrio cubierto, y dieron con un portillo, en el que golpeó con la seña acordada, primero tres golpes y después dos.

Tardaban en contestar.

—¡Ese turco siempre está regando el cebollín!

Y estaría, porque aún tardó otro rato en asomarse; abriendo la puerta, apareció con una regadera en la mano.

—¡Un piloto bien gordo! —comentó al ver a Sinbad—. ¿Traes la seña?

Sinbad ya traía el soberano en la mano y se lo tiró sin respeto ninguno dentro de la regadera. Cantó alegre en el latón.

—¿Por qué naves preguntas?

El turco era un jorobeta barbudo, los ojos rojos, limpio de cejas, los brazos largos, y algo tenía torcido, fuera de sitio, en el rostro suyo afilado, que al pronto no se sabía lo que era, y después se veía que tenía la nariz calcada hacia la izquierda.

—Por unas —dijo Sinbad muy solemne— que traigo en esta carta pintadas. Las mandó labrar un rico señor del Farfistán.

El turco miraba y remiraba las figuras de las naves que venían pintadas en una esquina de la carta. Les midió la escala con el pulgar derecho.

—¿Y qué hace este en la popa?

—Es un tocador de rabel —respondió Sinbad.

—Esperad, que voy a ver si hay estas palomas.

—¡Date prisa, mi turco, que me está pariendo una cabra! —lo animó el lanza.

Sinbad pasó un brazo por los hombros de Abdalá. Temblaba como una vara

verde. ¿Qué dice el Libro, señor Alá, profeta Mahoma, de los sueños que se escurren cada día del corazón del hombre? ¿Entraremos en el Paraíso con nuestros sueños? ¿Para qué se nos dan si no son vida? ¿No podremos siquiera dormir en el Paraíso, vacíos, la alforja vacía, la boca vacía? Aquellos grumos calientes volvían a la cabeza de Sinbad, y golpeaban en ella por dentro, como si alguien estuviese jugando al cuarenta y tres con dados y tirado presto.

Volvía el turco, que no soltaba la regadera, y traía en la mano izquierda unos hilos de alambre trenzado, amarillos.

—Esa nave del tocador de rabel la hubo. ¡Aún estaban estos trozos de segunda cantante entre las virutas! Por cierto que al cogerlas me manché en una cagada de ratón. ¡Ya me podías dar algo más para jabón crudo!

El turco le metía a Abdalá en las manos los trozos de cuerda segunda.

—¿Dónde va *Venadita*, mi nave? —preguntaba llorando Sinbad.

—¡Y yo qué sé! ¡La hubo!

—¿Quién la llevó? ¿Por qué no me esperó? —gritaba Sinbad, loco.

—¡Quién lo sabe! ¡Eres bien terco, coño!

Dijo el turco, y cerró la puerta en las narices de nuestro señor Sinbad, piloto mayor que fuera del príncipe califa de Bagdad.

Y Sinbad cayó. Cayó al suelo. Ahora sí que le estallara de verdad la cabeza. Le estallara por la parte más débil: por los ojos, por las rendijas que año tras año le fueran abriendo en los ojos los resplandores del mar.

—¡Vaya compromiso! —dijo el lancero—. ¡Haz lo que puedas, buen ciego! Yo te echaría una mano, pero tiene que irse la mujer mía. Tú que tienes una burra de leche ya sabes lo que es el parto de un animal en una casa de pobre.

Y se iba, pero cuando ya llevaba andados diez pasos contados, se volvió y en la mano de Abdalá puso la media pieza de plata que le diera Sinbad.

—¡Un hombre no es un perro! —dijo, y echó a correr.

Horas pasaron y pasaron. Abdalá oía el ronquido sordo de Sinbad, que no daba a pie ni a mano. Pasó así la noche, y ya contra el claror del día el alentar del piloto se fue haciendo a más, y suspiró tres veces seguidas. El ciego le palmeó en la cara, para que despertase. Sinbad salía llorando de aquellas tinieblas tristes.

—¡No hay *Venadita*, mi vigía!

Prendía algo en el habla y le salían las palabras envueltas en saliva.

—¡Ay, nostramo, vámonos para Bolanda!

—¡No veo nada, Abdalá!

—¡Yo tampoco, señoría del mar!

Abdalá le ayudó a Sinbad a levantarse, y juntando fuerzas pudo izarlo y sentarlo en la burra.

La bestia rebuznó inquieta y Abdalá se bajó y le tocó las tetas.

—¿Quién va a ordeñar sin ver? —preguntó el ciego.



—¡Habrá que mamar!  Estr bame bien atrás, no le vaya a engordar en demasía la leche a la pobre!

La burra supo salir de las atarazanas y tomar el camino de Bolanda.

— Despacio, prenda! —le gritaba Abdalá, cogido del rabo.

*El ciego Abdalá guía al ciego Sinbad desde la casa del señor piloto hasta la fonda. Porque Sinbad no sabe subir, cegato, por la escalera de mano, la tertul a se hace ahora abajo, en la solana de las mujeres, hasta que Mansur termine una escalera puesta de grados iguales que lleve cómodo desde el patio a la terraza. Sinbad se olvidó de las voces y de los nombres de los pilotos amigos suyos, y para él todos son forasteros que vienen a hacerle una visita. Se habla del mar delante de él por ver cómo va de memoria y si vuelve del p rulis que deb  tener en la cabeza, y Sinbad no dice nada. Lo que más le distrae es que le traigan telas variadas y las pongan a su lado, y las va acariciando y dice las calidades sin equivocarse: si pana, si sarga, si satinado, si seda cruda, si popel n... Tamb n le distrae mucho el oír pájaros. A veces, cuando parece que est  más tranquilo, se levanta y pregunta a gritos si oyeron el ca n n.*

*Bolanda sigue siendo la ribera del cantor ludid. Digo yo, el relator, que en Bolanda había tres aguas que agradecer a Dios: el río, las lluvias calientes del monzón y las palabras fantásticas del señor Sinbad el Marino. Estas aún las escucho verter de jarro a vaso, de fuente a jarro, en la memoria mía. En el muelle, en el soportal del Congrio, nadie os  quitar el aviso de Sinbad. Cuelga de un clavo de cabeza doble, y lo abanicen los vientos, los del monzón y los de después del monzón.*

*Arfe el Mozo compr  una nave en Ormuz y le puso «Venadita». Iba a decirle a Sinbad que había una nave Venadita en el mar, pero el viejo Monsaide no se lo permitió.*

— Quieres hacer fuego con ceniza, oh Arfe amigo? Arfe el Mozo avivó con el hierro en las brasas de la estufa, y mir  para ellas, flores rojas de las que salían pequeñas llamas azules.

— Tienes razón!  Que tenga paz!

FIN

# APÉNDICES

## PLÁTICA DE MARES ARÁBIGOS QUE HIZO SINBAD EL MARINO EN CHIPRE A LOS PILOTOS GRIEGOS, SEGÚN FUE RECOGIDA POR TEOTIKES PAPADÓPULOS DE ESMIRMA

**S** EÑORES:

Los mares arábigos tienen forma de higo verdeal, y el rabo del higo lo simula el Golfo, y el higo está acostado con el eje N.N.W. a S.S.E., que es la isla de Java. La isla de Java no se encontró antes de los arábigos, porque juntándose en sus riberas el culo de los mares árabes índicos con la cabeza de los mares de los chinos, se hace allí mismo una gran barra que en las llenas —que es cuando se puede pasar la barra con las corrientes del Norte— meten mucho mar por debajo de tierra, buscando por capas unas aguas someter a las otras, y con este levantan entre las dos mareas a Java en el aire, y muchos pasaron por debajo creyendo que era una nube negra y era Java. Hasta que llegó Mustafá al Ormuzí y estudió el fenómeno por anteojo, y por empírico amarró en una roca del cabo oeste de Java y esperó a que vinieran las mareas agustinas, que son las que más fácilmente ponen la isla de Java en el aire, y la isla se levantó y la nave de Mustafá estuvo colgada de ella casi una hora, y pudo ver cómo es por debajo, que son unas peñas coloradas llenas de cangrejos, y quedan paredes de casas que hubo allí, que no se sabe quién las haría. Ahora se opina en Bolanda que pudieron ser los antípodos, que los habrá.

El Sur propio de los mares arábigos es el mar de Melinde, más allá de las Cotovías. Todos estos lugares están en polémica, si los hay o no los hay, que la ciencia dice que estando cuesta abajo como deben estar, caerían en las cataratas del finismaris. Yo soy del bando de los que sostienen que existen las Cotovías y Melinde, y aunque me tengan probado que estuve en las primeras por espejismo, y la figura luminosa pueda corresponder no con país que hay, sino que podía estar leyendo con lupa un cualquiera libro con láminas, y dar la lámina en la luz mayor de la lupa, y esta desviarla a una punta del arco-iris, por ejemplo, y como si la bebiese por paja, subir la imagen por todo el arco y caer otra vez en el mar; digo que aunque esto fuese, la lámina correspondería a unas islas verdaderas. Todo lo que se puede decir de las Cotovías es que no se sabe dónde posan, pero haber las hay. Melinde es un reino en lo bajo del mar, y está puesto cuesta arriba mismo delante de la caída del mar, y las naves de Melinde salen del país dejándose caer por un canal de madera de roble, muy engrasado, y con el impulso remontan la cuesta marina; entrar en Melinde es más fácil y todo depende de la puntería en tomar el canal dicho. Los griegos podrían comprar en Melinde oro en papel, chirimoyas muy sabrosas, ojos de cristal y enanos negros, para el teñido. Estos enanos, echados en una colada, tiñen de negro toda la ropa que se moje con ellos; estos enanos van aclarando poco a poco, pero se trae otro negro y se cuece con ellos, y toman de nuevo la tinta. En Melinde hay estudios de

náutica por geometría, y allí cuadra el círculo y duplica el cubo, y en ninguna otra escuela tan aproximado.

Gutor, Babarón y Trapobana son tres islas que no hay, y están entre Bengala y la isla de Java. Gutor nunca se vio, y no se sabe quién lo bautizó, pero a ochenta leguas de Canbetún hay que dar una virada a Sureste para pasarla, y los que se ríen de nosotros, los señores pilotos de Arabia, por hacer esta reverencia, no se dan cuenta de que no habrá isla, pero hay el nombre y la erre en que remata este es rasgueada, y podría uno no chocar contra la isla, pero puede embestir contra el nombre, que eso nadie lo niega.

Babarón es como si no la hubiese que es una isla que está escondida. Se escondió por gusto en una bahía bengali, por jugar con el primer piloto de los árabes, sidi Abdalá Altanabi, y cayó su escondite en la salida de un río vicioso de algas y herbazas, y crecieron alrededor de la isla hiedras y junqueras, hasta ceñirla del todo, y ahora está allí presa y no puede volver a su asiento. Bastarían diez hombres con hoces para soltarla, con sólo segar una mañana, pero nadie osa hacerlo, que bajando la isla a Malaca haría reverter el mar, y muchas ciudades y villas que ahora hay quedarían bajo las aguas. Pero, eso sí, a Babarón también se le respeta el nombre en el mapa, y cada siete años, para interrumpir la posesión, los pilotos tenemos que ensayar que llegamos a Babarón y traficamos. Se hace una feria en el mar y se tiran cohetes por los chinos.

Trapobana no es que verdaderamente no la haya; lo que pasa es que es navegante, y hoy está aquí y mañana allá, y si vas con tu nave y ella está fuera de su sitio de mapa, se aparta, tan presto que las más de las veces ni se alcanza a verla, excepto que sea por la noche, que da luces. No incomoda nada en el mar la isla Trapobana. Pero si vas con tu nave y te metes donde dice el mapa que cae, viene ella y se pone en su sitio, y entonces embarrancas, y ya se han dado casos de naves que iban tan metidas en el asiento de Trapobana, y la isla no las viera porque, verbigracia, había bruma temprana, que viniendo Trapobana a sentarse rápidamente al darse cuenta, aparecieron las naves en las cumbres de los montes, o en la plaza de una ciudad, o en un arrozal, y entonces el rey de Trapobana se queda con todo lo que lleva la nave y manda azotar al piloto. Así que hay que navegar entre Columbo y Malaca como si la isla Trapobana estuviese en lo suyo con un farol encendido.

Otro país que no hay es la isla Novena, que cae en el mar de China, al naciente. Dicen que fue una nube que iba baja y mojó en el mar, y mojando, cargada de agua salada, no pudo remontar. Entonces, mientras quedó deshumedándose, le fueron naciendo corales en la panza, y ahora por lo pesada no iza, y sólo se abana un poco. Alguna semilla que voló y polvo de las llanuras chinas cayeron en ella, y hay ahora alguna hierba, y lúpulo como en tejado holandés, y musgo mucho, que hace prados. Yendo al trato moluco se la pasa por el Sur, y es muy hermosa, blancuzca, con las manos verdes de las musganzas, y cuando al amanecer o anocheciendo le da el sol escorado, entonces arrubia.

Y se cuenta que más de uno que no fue a escuelas arábicas, donde se enseña que no es tierra la isla Novena, pensó haber dado, en el alba de un día de fortuna, con la isla Rubí —que tampoco la hay, dicho sea de paso—, y saltó a la tierra que no era y ahondó en la nube, y por la nubada cayó al agua y no se volvió a saber de él. Cada año se mueve la isla Novena un sexto de legua de su sitio. Siguiendo así, y no tropezando con tierra, el año dos mil ciento treinta y seis estará delante de Tarragona.

Los mares arábicos piden conversación, y les es igual cualquier lengua. ¡Ni que tuviesen diccionarios! En las más de las naves arábicas hay en el mayor un cesto, en el que uno va leyendo historias en voz alta durante todo el viaje, y hay que tener mucho cuidado que en la historia que se lee no salga un mar del que se diga una broma, o un mote, o que por levantar caprichoso una oleada perdió una galera en la que iba un mozo muy apreciado, que entonces los otros mares comienzan a darle con los codos al aludido, y se arman grandes batallas entre ellos, y se sueltan los vientos, que son como los perros lebreles de los mares, y más de una nave se tiene perdida por leerse en su cesto algo que no se debiera, y si salva siempre le queda la enemiga de aquel mar. Lo mejor es leer de religión, de capadura de camellos, de cocina de gallina y de clases de maderas, y de modas de sombreros y de eunucos. ¡Mucha gracia le hacen al mar los eunucos!

El mejor tiempo de andar en el mar es tras el monzón, cuando las aguas tiran a verde y vienen del Oeste las aves que huyeron de las lluvias. Los mares están tumbados al sol, cantando bajito. Reconocen los turbantes de los gloriosos pilotos de Alá y les mandan una ola espumosa de saludo a los valerosos que vuelven a las atrevidas navegaciones. Yo siempre llevo algún regalo al mar, ya sea una fruta, o una pamea de paja rizada, o la pechuga de un faisán, o un clavillo de plata con el nombre de mi nave en la cabeza... Lo que no le gusta nada al mar es que lave en él sus pies el piloto. Le parece demasiada intimidad. En el mar siempre hay que estar como en visita.

**ESCENAS SEGUNDA Y VIGÉSIMOQUINTA DE LA  
PIEZA DE TEATRO CHINO LLAMADA «LA DAMA  
QUE ENGAÑADA POR UN DEMONIO ELEGANTE  
QUISO COMPRARLE AL VIENTO LA PERDIZ QUE  
HABLABA  
O  
LA VERDADERA HISTORIA DE UN MANDARÍN  
QUE POR NO GASTAR QUEDÓ CORNUDO»**

(Anónimo cantonés del siglo XIV)

*ESCENA SEGUNDA*

El Demonio Elegante, Dama Flor de Durazno

*La escena se desarrolla en el patio de las esposas, en la casa del mandarín Tu Fu. Hay un jardín de trampa con rocas y bambúes, y un naranjo enano con tres naranjas.*

DEMONIO ¡Ya me tardaba quitarme las ropas de mujer!

DAMA ¡Te sentaba muy bien la camisa verde! ¡Creí que venías en cueros debajo!

DEMONIO ¡Eso sería propasarme! Ya sabía que me tenía que mudar delante de ti.

DAMA Un demonio no es un hombre.

DEMONIO ¡Piensa que yo soy un demonio enamorado! ¡Sueño contigo!

DAMA ¿Soñáis los demonios?

DEMONIO ¡Ay, si te lo dijese!

DAMA ¡No me calles nada!

DEMONIO Mira, si sólo soñamos siete veces con algo, esto nunca se cumple; pero si pasamos de siete y llegamos a doce, entonces todo pasa como fue soñado.

DAMA ¡Yo soy la casta esposa de Tu Fu! Una conversación o un baile, eso no corona a un marido.

DEMONIO Si sueño doce veces que me meto en tu cama, caíste.

DAMA Pon una vela encendida entre ti y tu sueño. Es lo que hace la gente educada.

DEMONIO Con nosotros no rige.

DAMA Por mucho que sueñes, yo no te dejo levantarme el faldellín.

DEMONIO ¡Ay, las caricias de un demonio son parecidas a pasar volando por entre ramas de cerezos en flor! ¡Aún me has de pedir un segundo repaso!

DAMA ¡Quiero ser fiel a Tu Fu!

DEMONIO ¡Como sueña yo doce veces, no hay quien te libre!

DAMA ¿No hay?

DEMONIO ¡Como no haber! Para eso tenía que comprarle al viento tu marido la perdiz que habla.

DAMA La compro yo.

DEMONIO No vale. Tiene que ser tu marido, con dineros suyos. Amén de librarlo de los cuernos, es una distracción muy grande, que la perdiz es letrada. Pones la perdiz en la cama, y yo no puedo entrar, que me denuncia a gritos. Y yo aburrido me voy y paso a otra casa, y allí me pongo a soñar con otra.

DAMA Pero yo pierdo estas conversaciones contigo.

DEMONIO Mis conversaciones ya sabes en lo que acaban.

DAMA ¡Ay, matrimonial castidad, qué cara me cuestras!

DEMONIO ¡Ya podías apearte de tanta virtud!

DAMA ¡Ay, quiero mortificarme! Mi temperamento agradece las espinas.

DEMONIO Yo soy muy blando para los dolores. Y para todo. No duermo bien si se me arruga la sábana de abajo. Soy un delicado crisantemo del final del verano. ¿Podré ponerme en tu boca a esperar el rocío de la mañana?

DAMA ¡Qué bien hablas!

DEMONIO Perfumaré con palabras de amor tus desmayos. ¡No le digas a Tu Fu que compre la perdiz! ¡Déjame ser tu gallito cantonés!

DAMA ¡No y mil veces no! Quiero llegar a ser una viuda meritísima, con título escrito. ¡La parlanchína perdiz guardará mi lecho nupcial! ¡Vete, encantador! Ya que no sabes ser continente, me apartaré de ti. ¡Ay, ay!, ¿dónde encontraré un amor cortés que se contente con ver que lloro?

*Se va, tapándose la cara con la punta del mantón. El demonio se viste con ropas de mujer.*

DEMONIO ¡Cien pesos cuesta la perdiz del viento! ¡O perdiz o cuernos, sabio Tu Fu!

TELÓN

*ESCENA VICÉSIMOQUINTA*

El sabio Tu Fu, solo

*La escena pasa en la cámara de té del mandarín. El sabio erudito habla con los doscientos volúmenes de moral de su biblioteca.*

TU FU      Porque, amigos míos, ¿qué es un rico? La riqueza es una calidad del espíritu, un estado de ánimo. ¿Rico yo? ¿Puedo gastar cien pesos en una perdiz? Para comerla, aunque fuese frita y rellena de semilla de melón, sería un inmenso despilfarro. Habla, dicen. Tripas incultas, que vienen del monte, ¿de qué podrían hablar con un letrado que aprobó los exámenes? Grita si la mujer te va a poner los cuernos. ¡Ah, qué guardián que dice a todos tu deshonra! Si yo compro la perdiz, teniendo dos mujeres jóvenes y siendo yo viejo, todos dirán que la compré por quitarme de cornamentas. ¿Y ya eso no son cuernos, ilustres compañeros? ¡Humana fragilidad, que se hace cristal en la mujer! ¡Quedo sin cien pesos y paso igual por cornudo! ¡Cien pesos! Al veinte por ciento son doscientos pesos en cinco años. ¡Cuatrocientos pesos en diez años! Y en diez años ya envejecieron las esposas, ya nadie viene a turbar los ocios de un hombre sabio. ¡Así suelta uno cien pesos! ¿Y qué es un cornudo? ¿Hay una definición legal? Y van viejas las esposas, y ya canco el demonio, y ya no hay temor de deshonra, ¿y qué se hace con la perdiz? ¿Se la vendo a un amigo? ¿No será tanto como llamarle lo que yo no quise ser? ¿Comerla? ¡Correosa perdiz de diez años, que no cuece ni toma las finas hierbas! [*Abre una caja y saca de ella un saquito, y cuenta cien pesos, que pone en una pila*].  
¡Cien pesos! ¡Cien redondos pesos contantes! ¡Tirarlos en una perdiz por un escrúpulo de mujer!

TELÓN



# RETRATO DE LA VIUDA ALBA

**L**A viuda Alba lo era del que fue cantor del difunto malik Jach Hussein al Islam, en su retiro de Bolanda. Este Hussein era muy amigo de conciertos vocales y dormía mal si antes no sentía un poco de canto. Se le murió el tiple que tenía en Basora, que era un cojo en sol sostenido, y hubo que hacer otro, para lo cual, y por mejorar de sueldo, se ofreció el marido de Alba, un quwaimí llamado Salam Sabal, que era barítono primero y laúd de serenatas en jardín. Salam Sabal exigió capador de Bagdad que fuese titulado y que supiese hacer la obra a dedo limpio, que se le ponía la carne de gallina sólo con pensar en el raspado con la cuchara de plomo. Vino el bagdalí y lo castró felizmente, pero Salam Sabal no logró pasar a tiple como esperaba. Con la pérdida habida, las burlas que le hacían, el enojo de que Alba no fuera avisada, y el disgusto por no salir mezzosoprano, entristó, se le aburrió el estómago, comenzó a sentarle mal la escarola, y finalmente se murió de una fiebre matutina. El malik, cuando supo el sacrificio de Salam Sabal por su capilla de música, le regaló a la viuda una casa en la plaza de la fuente, en Bolanda, y le apuntó una renta de por vida sobre el trato de la cebolla para las naves.

Veinte años tenía Alba cuando quedó viuda del castrado Salam Sabal, y se retiró a la casa llorando. Alba no era del país, que viniera de Kuzmirí con un mercader de requesones. Salam Sabal la conoció despachando los viernes delante de la Mezquita, y se enamoró de aquellos grandes ojos y de los blancos brazos desnudos desde el codo, y de las finas manos, que salaban el requesón tan graciosamente o derramaban la miel. Salam hizo la declaración por música y pequeñas monedas de oro, y metiendo empeños con el requesonero, que era un viejo arisco y quería la moza para un sobrino suyo que tenía tienda de alfileres y hebillas en Basora. Al fin, con la promesa del monopolio del requesón en Bolanda, accedió a que Alba se casase con Salam Sabal. El matrimonio fue muy feliz y el marido nunca pasaba a trato con la esposa sin antes salir al patio a tocar dos piezas. Alba se asomaba a la ventana, sin velo, y rociaba a Salam con agua de rosas. A veces soltaba una paloma. Salam quería tener luces en la cámara, por ver tanta belleza y la espléndida blancura, pero nunca consiguió que Alba se quitase la toca y extendiese el negro cabello sobre la almohada. Salam con Alba desnuda al lado, tocaba el laúd y leía los poetas antiguos. Después le besaba a ella los pies.

Alba, viuda, echó mucho de menos las fiestas de su Salam, y por consolarse aprendió a trinar en el laúd del difunto. La verdad es que le gustaría volver a casar, y cuando el piloto Sinbad empezó a mirarla en la fuente y a hablar en voz alta de que acaso casase, por ser oído de ella, Alba sintió en su corazón el frío de la soledad y comenzó a considerar que una mujer necesita amor y compañía, y el piloto parecía muy serio y generoso, muy delicado regando las plantas de su salido, y tenía amistad con la grandeza. Se contaban de él famosas navegaciones. Pero el señor Sinbad nunca osaba dirigirle la palabra y solamente una vez, cuando la viuda Alba salió a baños calientes antes del monzón, osó acercársele Sinbad y la cogió de una mano. Pero no hubo más que aquella caricia y el piloto no dijo ni palabra. La viuda, con aquel toque

de mano, tuvo fiebre y se le rompieron los labios. Cuando le llegaron noticias de que Sinbad iba a Especiería, comenzó a soñar que el piloto se ahogaba y no volvía más, y lloraba. Vinieron después las horas tristes de Sinbad y al principio Alba pensó que sería buena cosa cuidar al piloto, y cuando mejorase, pasar a bodas. Le mandó un billete a Arfe el Mozo y este fue a visitarla. No más verse se enamoraron. Ella se arrió a la pared y Arfe, que estaba en la flor de la juventud y venía de un semestre en el mar, la tomó. Ella estaba tan nerviosa y azorada que a Arfe le llamaba Sinbad unas veces y otras Salam querido. Arfe le regaló un rubí. Alba quedó preñada y Arfe el Mozo la llevó para su casa, como primera mujer y única, y la pasaba de una habitación a otra sentada en un almohadón, no abortase.

Alba tiene los ojos negros y la piel blanca. Tiene el suave acento kuzmirí, que no lo perdió en Bolanda. Arfe el Mozo ya no navega, que vive de rentas, desde que su nave *Venadita* se perdió frente a Cochin, en una tempestad de verano. Se sientan en el patio, bajo el naranjo, a ver llegar el niño, o pasean por la terraza cogidos de la mano. Arfe, a veces, asusta a Alba diciéndole que vuelve al mar. Entonces ella, entre lágrimas, le obliga a ponerse el chaleco salvavidas de corcho del Jorasán y lo perfuma con corteza de ciprés, cuyo aroma ahuyenta el tiburón. Arfe se deja hacer sonriente. Alba siempre le pide lo mismo:

—Mirarás la luna a la misma hora que yo. Arfe dice que sí y la besa en la boca. Alba se desmaya y Arfe tiene que llamar a la nodriza, que viene corriendo y le pone seis sanguijuelas al ama en salva sea la parte.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

**ABDALÁIBN ISMAEL AL MALAQI:** Ciego de nacimiento. Era malagueño de nación. Sinbad lo apuntó para su nave *Venadita* como vigía y dedo pulgar. Recordaba cantares de su Málaga natal y era muy aficionado a chupar el níspero.

**ABDELKARIM AL ORMUZÍ:** Uno de aquellos pilotos antiguos del califa de Bagdad que retaban por escrito al mar.

**ADALI:** Marinero pobre. Fue el que adivinó, una vez, que Sinbad se había disfrazado de isla de Kafirete. Sostenía que no hay Cotovías al Sur. Era de los que iban a navegar con Sinbad en la *Venadita*, si la hubiese.

**AL AMIN:** Piloto. Sabía dónde se cogía la ballena por estribor para pasar a Puisang. Murió en el mar.

**ALBA:** Señora viuda algo romántica. Se habla de este amor de Sinbad en capítulo aparte.

**AL FARISIBNIAQIM AL GALIZÍ:** Nombre arábigo de Álvaro Cunqueiro, hijo de Joaquín y de nación gallega, y autor de esta historia de Sinbad Marinero. Se hace pasar en el texto por traductor de arábigo al latino en la imperial ciudad de Toledo, en los días de la famosa escuela alfonsí.

**AL GARÍ:** Piloto de Doncala que aprendió de los hindustanis a dormir de pie y también a levitar por la raja-yoga. Siempre estaba diciendo que quería ir a la isla de Java a buscar un caimán para la botica de La Meca.

**ALJACH MALINI:** Uno de los dos ricos del Farfistán, con parada de camellos padres del país emparentados con el célebre camello *Jalil del Gran Mogol*. Tiene igualados a los camelleros de las estepas y sabe la ciencia genética antigua empírica, que impide que un tío preñe a una sobrina para que no decaigan las estirpes. Varias familias reales arábicas pusieron también esta condición entre humanos; entre ellas los hachemitas, custodios de los Lugares del Islam.

**ARFE EL MOZO:** Famoso piloto del país de Bolanda. Compró una nave en Ormuz y la bautizó *Venadita* para que hubiese un sueño de Sinbad en el mar.

**ARFE EL VIEJO:** Piloto que fue del califa de Bagdad. Navegó a Cipango, donde compró dos mujeres en un saldo de un tintorero. Resultó que estaban teñidas de verde manzana y le mancharon las sábanas al piloto. Las vendió en Cochín para la casa de té. Perdió una libra de incienso en el trato.

**BADRUBALDUR, PRINCESA DE:** Una rosada hermosura que iba casada desde su isla de Levante a la corte de un rey estepario. Bebía por paja la naranjada, lo que fue una gran novedad en Bolanda. Las gentes que vinieron a ver aquella moda se reían, y con la risa una labradora del Iadid parió en el medio de la plaza.

**BAMBARINO:** Gran cazador de los melgaches. Lee con cristal de aumento. Es hombre de mucha ciencia y curandero. Quedó viudo a los siete años y no se volvió a casar, por respeto a la memoria de la difunta, que tenía quince semanas cuando pasó a mejor vida, y era rubia con un lunar. Allá se estilan esas bodas infantiles.

**BIRUNI, MESTRE:** Piloto de Doncala que amistó en la carrera del Preste Juan

con un delfín muy humano.

**BORZASARES:** Rey de los moros en Sumatra, que puso sus siete ciudades por encanto en una sortija, como siete piedras, y la sortija le cayó al mar en Adén. Quedó pobre y pedía por las puertas de Damasco, con la cabeza tapada. Alguna gente que sabía que era rey le lavaba los pies al darle limosna.

**CALCUTA o CALICUTA:** Gran ciudad, a mano derecha del viento zamor. Puerto célebre de malos pilotos. Tiene tres barrios de mujeres, y el precio lo pone el gran mogol por edicto. Tiene buenos higos y la correspondencia mercantil se hace allá por hilos de colores. Cuando llegaron los portugueses, los del país nunca habían oído una campana. Después estuvieron los ingleses, que de cabo de infantería para arriba se sonaban con algodón en rama.

**CALIBO:** Un emir gordo y colorado dueño de las brisas bengalies. Vive de alquilarlas y las marca en la grupa. Las fabrica con molinos de viento en los montes Baldasín, cuando no las hay del natural.

**CANGREJO, EL:** Tabernero de Bolanda, pequeño, gordo y calvo. Por marearse no pudo ser nunca marinero.

**COCHÍN:** Ciudad y reino de Oriente, en la sumisión del gran mogol, con una torre que cuando vienen forasteros y no se quiere que vean desde donde defiende la plaza, la meten bajo las aguas. Tiene puente de quita y pon y un reloj de agua en el patio del gobernador. Las mujeres andan con un zapato sí y otro no, que es moda allá el cojeo. Hay tres clases de vino de palma y dos de arroz, y cuando un cochínés encuentra a otro meando, y allá por sus vinos son todos muy diuréticos, le da la enhorabuena y evita tocarle con su sombra.

**DAMA DE ORMUZ, LA:** Señora de la que solamente se sabe que le regaló a Sinbad un retal amarillo de satinado levantisco para una pechera. Sinbad lo utilizó en un camisón.

**DUQUE SOMALÍ, EL:** Pasó por Bolanda camino de La Meca y traía la novedad de comer con tenedor, cosa que nunca había sido vista entre arábigos.

**FARFISTÁN:** Reino donde hay cosecha de rosas. Allí nació la primera rosa colorada, porque un príncipe se desnudó delante de una rosa blanca y esta se ruborizó.

**FIRÍ:** Un vecino de Bolanda dueño de una burra de leche que le alquiló a Sinbad. La burra era muy humilde y atendía a la tercera palmada. El Firí era tuerto y por eso no quería ordeñar su propia burra, de miedo a que se cortase la leche.

**GAMAL BARDASÍ DE LAS SOSPECHAS:** Príncipe del perdido Reino Doncel. Era dado a leer de plantas y a injertar limoneros, y muy tímido para las mujeres.

**INTÉRPRETE DE FORÁNEOS, EL:** Oficial mayor del gobierno de Madagascar,

que quería ser campeón mundial del juego de chapas a raya.

**KAFIRETE:** Isla al Sur Suroeste, que tiene volcán. Sinbad se disfrazó imitándola para confundir a un piloto reumático que decía que él en aquella isla era como de casa, y nunca había estado en ella.

**LALAÍA:** Una vieja de Bolanda, que se asomó una vez por una ventana y vio gratis pasar a Sinbad, y su turbante adornado con la pluma del Ave Roe.

**LANCERO DE BASORA, EL:** Guardaba los astilleros y ayudó a Sinbad a averiguar si había o no *Venadita*. No pudo echarle una mano cuando el piloto cayó conmocionado porque tenía una cabra pariendo en casa.

**Ll:** El chino que puso la aguja al Norte.

**MANSUR:** El fondista de Bolanda. Era manco y echaba la pimienta en grano por soplo.

**MARCO POLO:** Piloto de venecianos, que pasó por Bolanda con la princesa de Badrubaldur que iba casada con un rey estepario. Trató con los pilotos árabes del monzón y de la isla Ceilán.

**MIRÁN DE MOARA:** Rey de esta torre y laguna. Le compró a Sinbad el pez papagayo.

**MONSAID:** Piloto del califa de Bagdad. Rico, ingenuo y compasivo. Navegó a la Trapobana.

**MOSTAZÁN:** Piloto a quien robaron una oreja los hindúes cuando estaba durmiendo al sereno, en Calicut.

**MULEY CASIMIRO:** Cocinero que vino a apuntarse en la *Venadita*. Hacía tarta de boda, y en el Polo Norte ponía un clavel en la blanca merengada.

**MUSTAFÁ:** Cordelero de Bolanda. Por habérselo oído a Sinbad, vendía cordaje morisco cocido.

**MUSTAFÁ AL ORMUZÍ:** El primero de los pilotos árabes que llegó a la isla de Java.

**OMAR PEQUEÑO:** Estrellero de Sinbad. Alto nueve cuartas, tiene un pie mayor que el otro, y teniendo el dedo gordo suelto y habiendo pintado números en la planta, hace el reloj de sol con gran comodidad.

**PINZAO:** Cestero que hacía veletas en Cainám.

**RUZ EL NEGRO:** Piloto etíope del califa de Bagdad. Crespo, craso y regoldador.

**SARI:** Criado de mareas y refrescos de Sinbad. Creía y no creía que había Cotovías al Sur y nave *Venadita*. Nunca más volvió del Farfistán.

**SIDI MUZA:** Mercader del Farfistán, muy salvador. Llevaba la punta de la barba

a la oreja izquierda, sujeta con una cadena de oro.

**SIDI RAXEL AL GAZULI:** Mercader del Farfistán, que quizá fuese el que le escribió a Sinbad preguntándole si era el tal Sinbad y quería ser su piloto.

**SOGUN DE CIPANGO:** El que manda en el Japón. Duerme dentro de una caja encerrada en otras siete, por miedo a los usurpadores. Un día a la semana come ancas de rana con polvo de oro. Fornica con su careta puesta a las forasteras, haciéndose pasar por su amor lejano.

**SUEGRA QUINTA DE SULTÁN DE MELINDE, LA:** Tenía que darse un baño de luna llena en un punto que tenía en la cadera, y para bajarse de la luna concentrada, se tomaba el lunar con una caña.

**SULTÁN DE MELINDE, EL:** Sale a buscar mujer nueva cuando va a haber planeta. Tiene la enemistad de un viento nornoroeste que no quiere dejarle pasar por el estrecho de Miraquienviene.

**TÍO DE GAMAL BARDASÍ, EL:** Jorobeta tiránico que por magia metió Reino Doncel bajo las aguas.

**TURCO DE BASORA, EL:** No tuvo caridad con Sinbad.

**ULISES DE ÍTACA:** Se cita de pasada por Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, por una oda de Horacio que se traducía en Toledo, en la Escuela. En un libro que trata de navegaciones no debe faltar la sombra de este señor del mar.

**VENADITA:** Sirena moluca, inocente. Jugaba con el ombligo de Sinbad.

**VENADITA:** Nave de Sinbad, que no se sabe si la hubo o no.

**VENDEDORES DE PERFUME, LOS:** Señores mercaderes del Farfistán con derecho a espada, que recitaban en la noche, al amor del fuego, Rubaiyat de Ornar Jayam de Nisapur.



# FLORES DEL AÑO MIL Y PICO DE AVE

*En este volumen se recogen pequeñas obras del autor, escritas allá por los años cuarenta. Una de ellas, especialmente, Balada de las damas del tiempo pasado, es un divertimento y una glosa sumaria de los doce nombres femeninos que vienen en el famoso poema de Villon. San Gonzalo es una invención sobre la vida de un santo obispo del año mil, que derrotó normandos rezando avemarías. El caballero, la muerte y el diablo, es la primera parte de unas historias que llevarían por título El descanso del barquero, y que nunca fueron escritas. Son, en realidad, páginas de aprendizaje. Algunos de sus personajes aparecerán más tarde en otros libros míos, y el fondo del cuadro es el que en otras ocasiones será evocado: las colinas célticas, los ríos bretones, los héroes artúricos, el camino que peregrina a Santiago, fantasmas, pasajeros de Oriente, santos taumaturgos, y doradas amantes... Al releerlas ahora, en días otoñales, estas páginas de juventud, debo confesar que he sentido una extraña emoción, y que me he visto a mí mismo sopesando en la mano derecha las semillas de las que nacen las plantas secretas de los sueños, de anchas hojas oscuras entre las que por veces, asoma una florecilla roja.*

A. C.  
Mondoñedo, otoño, 1968

# **EL CABALLERO, LA MUERTE Y EL DIABLO**

*Antes de llegar a las ruinas del puente viejo, el río se parte en dos brazos: uno angosto y profundo y otro ancho y lodanero. Entre ambos, una lengua de arena negruzca y piedra rodada hace de isla. Cabe el pilar del puente que se asienta en ella vegeta un tejo, un solitario antiguo y rugoso, en cuyo tronco retorcido se abren grietas negras y húmedas. En abril le brotan hojas verdinegras, y en los meses de estío, bajo el entramado de su corona puntiaguda, se goza de una sombra fresca. Paréceme que el tejo pasa ya de los mil años, a juzgar por la guinda que presenta. Entre sus raíces medran herbazas y pan del diablo, que forman, con los mazorros de espadaña colorada y las matas de cardosa, toda la flora de la isla. En invierno, cuando el río va creciendo, visitan la isla los busardos, que gustan de grandes y pausados vuelos y que por veces recuerdan los mascatos atlánticos, cuando se dejan caer desde las grises nubes a las oscuras aguas del Osar para tronzar con su pico de hierro la presa apetecida. A la isla le llaman la Salgueira. El puente lo quebraron los años, que se llevaron los arcos, ayudados de las riadas. Sólo quedaban, siendo yo rapaz, dos en extraño equilibrio y tres o cuatro muñones depilares. Los viajeros que no querían bajar hasta Candás, cruzaban el río en la barca: una chalana remendada, despintada, sin nombre y que, no obstante, por ser la primera barca que vi sobre el agua, me parecía una hermosura. El barquero se pasaba las horas en la taberna de la Cruz; esperando viajes, la mano en el vaso, dormitaba siempre. Era un hombre a la vez melancólico y fantástico. Le llamaban Felipe de Amanda. De sus labios supe estas historias que hoy cuento. Hacíamos siesta juntos en la Salgueira, por los calores de agosto, a la sombra del tejo y al acuno del cantar del río.*

# EL CABALLERO

## I

—¡**A**H de la barca!  
Caía agua a Dios dar. En la orilla opuesta se veía un viajero, jinete en un jaco que me pareció en demasía nervioso. Venía el río crecido y costaba lo suyo mantener la barca fuera de los remolinos de la Salgueira. Cuando atraqué, sudaba. El jinete no dio señales de apearse cuando salté a tierra. Parecía como si quisiera entrar cabalgando en la chalana. Gastaba capa de cuatremuz, y la ancha ala del sombrero, amolecida por la lluvia, le caía sobre la frente. Miraba con extraña atención el río y la orilla izquierda.

—Habrás de apearse y ayudarme a entrar la bestia —le dije.

—¿Este es el paso de la Salgueira? —preguntó.

Tenía la voz ronca, y recuerdo que me miró con unos ojos que parecían llevar claridad de fiebre, aunque después vi que no, que eran ellos por sí como luces.

—El mismo. Ese es el puente viejo —díjele.

Se apeó. Me sorprendió su alta estatura. Sin trabajo metió el caballo en la barca.

—¡Vamos! ¡Deprisa!

Me puse a la pértiga. El caballo, cuando empecé a navegar, se inquietó. El hombre, de pie a su lado, lo refrenaba con mano dura.

—¡Se oyen otra vez los canes! —murmuró.

Y miraba hacia el río, hacia el puente viejo, como buscando algo que sin duda lo aterraba.

Sin novedad llegamos a la orilla de Pacios, y atraqué más abajo del padrón, porque el río llevaba mucha agua y el caballo no podía brincar. Me pagó el viajero con tres monedas, que le agradecí, que pocos pasan tan generosos.

Amarré fuerte, y porque me lo pidió lo guié a la posada de Cruz. Arrendó el caballo en el cobertizo y entró en la taberna. Parecía como hombre que husmea peligro. Sin decir palabra ni quitarse la capa de cuatremuz, que regaba el suelo de tan calada que estaba, se acercó a la ventana y miró si venía gente por el camino de Candás, y aun torció la cabeza poniendo el oído, digo yo que para ver si se oían los perros que le espantaban el jaco.

Le ayudé a quitarse capa y sombrero, que colgué al amor del fuego para que se

enjugaran, y se sentó entre la puerta y la escalera, al pie del reloj.

Ya dije que era muy alto. Ahora he de decir que era muy hermoso mancebo. Tenía el cabello dorado y tan largo como no se ha visto pelo de hombre en el país. Los ojos eran claros y ardía en ellos una luz extraña, húmeda y amorosa. Lo que más me cautivó, con toda su galanura, fueron sus manos, blancas, largas y cuidadas. Con ellas cubrió por unos instantes el rostro cuando Juan de Cruz se le acercó, preguntándole si le servía algo caliente, que la tarde lo pedía; las separó lentamente de la cara y pudimos ver lágrimas de sus ojos rodar por sus mejillas. Bebió un vasito de aguardiente a pequeños sorbos. Las campanadas de las cinco en el reloj lo sobresaltaron. Yo no hacía otra cosa que mirarlo y me sentía encantar por él como la sierpe por la flauta. De buena gana escucharía su secreto, porque sin duda grande y temeroso lo llevaba en el corazón. La hija de Juan, Madanela, la que se ahogó en Fondán, se sentó en la escalera a desgranar una cesta de mazorcas. También ella, como yo, se dejaba encantar. Por veces, él levantaba la cabeza para mirarla y hasta pareceme que le sonrió con divina dulzura. Con sus manos pálidas desenredó la cabellera dorada, que le llegaba, ondulada hasta los hombros. Sospechaba yo que sus finos labios temblaban. Anochecía y la lluvia seguía cayendo fría y gruesa.

—¿Tendréis cama por esta noche? —preguntó a Juan de Cruz.

—Mala noche para caminantes —respondió Juan—. El río no cesa de medrar. Dicen que hay lobos en el Pontigo. Pláceme que os quedéis, tanto por vos como por el gasto.

Mientras Juan fue a guardar el jaco y echarle pienso, pensé que para seguir una conversación con el desconocido sería bueno invitarle a otro chope de aguardiente. Además, que viendo a Madanela moverse con aquel genio que tenía y con aquel donaire, aquella sonrisa y los brazos blancos y torneados, no dudé que se contentaría. Agradeció mi invitación y Madanela dejó el maíz para bajar a escanciar a él aguardiente y a mí ribeiro, que yo por complexión caliente soy dado al vino tinto. Madanela se quedó a mi lado, apoyando en mis hombros, como muchas veces solía, sus manos regordetas.

—Gustar, gustaríame el oficio de barquero —dijo—. En mi país es oficio de rey.

—¿De dónde sois? —preguntó Madanela ruborizándose.

—De lejos, más allá de cien días de caballo —respondió—. Si queréis oír mi historia habéis de atrancar la puerta, y vos —dijo dirigiéndose a mí— habéis de amarrar la barca por esta noche.

—Dadla por amarrada. ¡Nadie del país pasará por aquí con semejante temporal!

—No temo la gente del país —dijo con tristeza en la voz.

—¿Teméis los canes que espantaban vuestro caballo?

—Ese es el final de la historia.

Sin duda aquel mozo llevaba un gran secreto con él. Entró Juan y atrancó. Madanela avivó el fuego y volvió a su tarea a la escalera. Sólo se oía la lluvia, el chispar de la hoguera y el graznido del maíz. Entonces el desconocido, mirando

delante de él sin ver, mirando quizás a sus sueños, quizás a sus recuerdos, comenzó la historia.

## II

— **S**OY mensajero de un señor, casi un rey que vive más allá en los mares, en un huerto que corren tres ríos de agua mansa y donde florecen seis clases de palmeras y limoneros y naranjos. Se llama mi país Narahio. Mi amo es un gran caballero, viudo de una dama llamada doña Beatriz, que era una señora de mucho ver, con el pelo tejido de oro y perlas y una carne de cristalería; toda ella era como una estatua de vidrio, frágil y transparente. Os miraba y os encendía el alma con la luz de sus ojos. Mi señor la conoció en Italia, en la tienda de un orfebre, que la guardaba dormida en una caja de plata y espejos, embalsamada con esencia de membrillo. Mi caballero se enamoró y no paró hasta conseguirla, teniendo que empeñar parte de su hacienda para el pago. En un velero la trajo a Narahio, y hasta que se vieron las torres doradas del castillo no la despertó. Ella le amó mucho, y, cuando murió, se murmuró en nuestra tierra que la muerte fue porque tropezó y cayó y se quebró como lo que era: cristal fino. Mi caballero recogió hasta el último pedazo de aquel destrozo y todo lo encerró en una urna de oro. Mi señor quedó triste, el cabello se le tornó blanco en un día y dicen que cegó, pero esto no se sabe fijo. No se pudo comprobar. Nadie volvió a verlo en el huerto ni se hacen ahora músicas en el palmeral.

Pregunté yo si no les había quedado hijo, siendo así menos la desgracia.

—Dicen unos que sí y otros que no. Los que dicen que sí aseguran que le quedó una hija a mi señor. Igual que la madre, de cristal, pero en moreno y camelia. Nadie la vio, aunque hay quien asegura haberla oído cantar talmente como la sirena, con voz que siempre parece triste y lejana. Yo no la oí, y doy gracias a Dios por ello, que los que dicen haberla oído andan llorosos y alocados, enfermos de melancolía, sin sueño ni apetito. Un mi hermano la oyó viniendo una noche de cazar la nutria en una fuente, y desde aquella anda trastornado y como mudo, doliente de amor.

—¿Enamoróse sólo de la voz? —preguntó Madanela, que tenía la suya tan alegre como un verano.

—Hay que tener oído alguna vez la voz de la sirena para entenderlo. En los mares que rondan mi país hay desde muy antiguo sirenas engañadoras que sólo con la voz, sin contar los encantos del cuerpo, tienen destruidos muchos mozos.

Volviendo a mi señor, y hablando de mí, os diré que soy su correo, no tengo mujer ni hijos y vivo en un palomar, enseñando palomas mensajeras y canes guardadores. Ya mi padre tuvo el oficio y del suyo lo heredé, siendo pues verdadero que viene de casta el tener encanto para los animales, saber sus voces secretas, hablar al arrullo con las palomas y al ronquido con los canes y entenderlos cuando entre ellos se conciertan. A una legua oigo un ladrido siendo mediodía, que oírlo al alba o la noche, con el silencio del mundo, no fuera mérito. Mi oficio de correo es hermoso porque me lleva a todos los países, al trato con diversas gentes, a aventuras y conocimientos. Cuando llega el invierno, en la cocina de mi caballero, en un escaño cabe el fuego, cuento historias tales que ningún otro de mi país puede contar. Esto me hace gracioso



a los ojos de las mujeres.

Lo dijo mirando a los de Madanela que se ruborizaba por nada y los entrecerraba melindrosa.

—Un día del verano pasado recibí una orden de mi señor. Quería que me pusiera en viaje a la busca de la verdad de una historia antigua, que a él le tocaba por un tío suyo del que ahora tiene en un castillo un nieto de seis años cumplidos por san Lucas, muy medrado y gentil, vestido como anda a la napolitana, con una gorrilla verde que le mercaron en París, una gorrilla verde con dos plumas coloradas. Es un lindo rapaz, muy reidor, que por el genio y terquedad que presenta ha de ser un buen caballero. Yo le regalé una paloma blanca colipava, de las que usan los donceles en las ciudades para enviar mensajes a sus damas, que para otra cosa no sirven, teniendo como tienen el vuelo corto, y por el regalo me tomó amor, que con amor le pago. Por eso, aunque sabía yo que averiguar esa historia pasada podía traerme, como me trajo, males, duelos y peligros, no dudé salir de viaje un día de agosto, diciéndome que quizá nunca más volvería a ver en el horizonte las torres de Narahio, que son del color naranja de su nombre. De esto va para dos años y aún estoy lejos del final de esta mensajería.

Al llegar a este punto pidió otro vaso de aguardiente que Madanela le sirvió. Seguía la lluvia y parecía haberse desatado el viento nordés que aquí en Pacios es tan recio. Aproveché la pausa para arrimarme más al hogar, donde ardía, con ese canto tan amoroso que tiene, un chopo de castaño, bien entrecuñado por Juan de Cruz, que sabía armarlo como nadie. Blancas, rojas, azules, las llamas bailaban royendo el leño, y daba gozo verlas. Pocas cosas son más hermosas de ver que un buen fuego. El viajero bebió su aguardiente y pasó otra vez, con un ademán que era muy suyo, la mano derecha por el pelo, repeinándose con los cinco dedos.

—Me llamo Leonís de Soage y estoy titulado caballero, que allá en mi país se conocen porque pueden vestir de terciopelo y llevar en la oreja izquierda un pendiente de oro con las armas. Las mías son una paloma que lleva en el pico una flecha.

Y descubrió de pelo la oreja izquierda, en la que, como dijo, llevaba un pendiente de oro con sus armas.

—Todos los primogénitos de mi casa se llaman Leonís en memoria de mi abuelo que fue de la caballería de los Doce Pares y viene en las historias de mi país como Leonís de Arantes. Sobre este de mi abuelo hay romances que cantan cómo se enamoró de una princesa bizantina que era muy delicada de salud y le recetaron los médicos hierbas de javaleño, que no las hay sino en las Indias. A ellas fue mi abuelo y peleó con un gigante y una serpiente y halló la hierba y la trajo a Constantinopla, pero cuando entraba por la puerta de las Abejas, uno que lo conoció por las armas, le dijo que la princesa había muerto hacía dos años de una alferecía trasudada. Tal que si no fuera por la honra de buen enamorado que cobró hiciera don Leonis en balde su gran viaje. Mi madre me acunó de niño con los romances de mi abuelo.

Calló como ensoñando algo. Pienso yo que hallándose uno lejos de su tierra, la mayor nostalgia que haya será la de los días de infancia y mocedad, por ser, generalmente, eras alegres, en las que el alma vive sin cuidado. Yo me recuerdo niño en Belesar, en el molino de mi abuelo, con un codo de pan en la mano, viendo girar las ruedas, y viénenseme las lágrimas a los ojos.

—Pero esas son otras historias. Vayamos con mi mensajería —dijo don Leonís rematando su aguardiente.

Parecióme que ya no estaba temeroso. Quizás el encontrarse al abrigo, al calor de un hermoso fuego, contando su vida y aventuras a gente sencilla como nosotros que lo mirábamos bien, debió tranquilizarle. Golpeaba la lluvia en las ventanas y eran como silbos soplados por el viento los álamos y abedules de la ribera. Se oía por veces el mugir del río en los caneiros. El temporal hacía más amigo el fuego y el techado.

### III

—**M**I mensajería es cosa de secreto mayor, pero hallándome tan lejos de mi país, siendo de vosotros tan desconocidos sus sujetos y tan extraordinaria la historia, no pecho al contarla, al tiempo que descanso mi corazón de los peligros pasados. Hace una hora que crucé el río en vuestra barca y me senté a este fuego, y ya paréceme que entre el mundo y yo he puesto una cortina de años, alejado el sobresalto de mi viaje y olvidado la prisa que me arrastra, como viento vendaval las hojas secas. Paréceme como si mi viaje, mi encargo y mis aventuras fuesen hijos de mi magín y no hechos verdaderos, y hasta me burlo de mi amedrentamiento.

Madanela habíase sentado en la piedra del lar, a los pies de Juan de Cruz y abría los ojos al encanto del extranjero, que de vez en vez la miraba como si sólo contase para ella sus historias. El soleo del fuego la arrebolaba y era talmente una manzana caramona.

—Un tío de mi caballero, conocido por don Lanzarote, tuvo dos hijos en una princesa levantina cuyo padre tenía isla y navíos y gastaba mitra de oro. Fue un buen rey, y en la vidriera de la iglesia de su reino está, arrodillado, entre San Juan y San Basilio con su mitra y su barba y en las manos un bergantín-goleta de tres palos que ofrece a Nuestra Señora. Eran los hijos de don Lanzarote, niño y niña, los dos de un vientre, y cuando nacieron echáronle a don Lanzarote la profecía de que serían Tamar y Anión, porque al nacer era Géminis el signo, había cruzado un cometa a trasmano, y la madre soñó que un gavilán devoraba a una paloma. Contristóse la princesa porque don Lanzarote no creía en agüeros y reía del profeta, que era un médico lombardo titulado en Montpellier, que es la Roma de la medicina y el jardín de las hierbas salutíferas. Don Lanzarote, para aliviar la melancolía de su esposa, doña Teodora, llevó el niño a Soage, mi lugar, para que lo educaran en las armas y en la cortesía, separándolo de su hermana, que fue llevada a Constantinopla a casa de una tía abuela a aprender el bordado de perlas y el hojaldre, cosas ambas que nadie sabe en el mundo mejor que las princesas bizantinas, que en aprender esto y la lista de los oficios palatinos con sus nombres completos, pasan de ocho a diez años sujetas. Pensaron don Lanzarote y doña Teodora que no se viesen los hijos hasta mayores y casados ambos, y en esto estuvo la causa de la tragedia y el que la profecía fuese cumplida, que paréceme a mí que si de niños hubiesen jugado juntos en su palacio de Anca y se hubieran tratado de hermanos cada día, no hubiese llegado el mal a sus corazones... Pasaron dieciséis años, en los que no hubo, en lo que toca a esta historia, novedad mayor, salvo la muerte de don Lanzarote en las guerras que hubimos en Oriente. Doña Teodora, pasado el cabo de año de su esposo, que fue muy sentido, acercóse a Constantinopla a ver a la hija y la encontró tan medrada y compuesta que se asombró de que aún estuviese soltera, y como tenía posibles hizo un torneo, que se predicó en los Siete Reinos, ofreciendo al vencedor la mano de Sibila, que así la

nombraban. Acudieron a él diecisiete príncipes y muchos caballeros, y a todos excedió en juegos y maneras un caballero vestido de galas negras, al que llamaron el Doncel Desconocido. Este caballero, que no se descubrió ante las damas, cosa que permiten las leyes de la caballería andante, ganó el torneo, que fue muy lucido, montado en un caballo de bonanza y acompañado de dos pajes, uno con quitasol y otro con flauta. Ya habréis dado en que el Desconocido era don Silván, el hermano de la novia.

Hizo una pausa. Iba calmando fuera el viento y escampando la lluvia. Oíase ahora el río, que iba lleno y poderoso.

—Cuando doña Sibila le dio al desconocido el premio del pañuelo colorado, que tal es la costumbre, como mi princesa era tierna y tenía diecisiete cumplidos, edad a la que todas las bizantinas ya son madres, susurró al oído del caballero que tenía un cenador en su huerto, rodeado de granados y adornado con cojines y alfombras. El Doncel Desconocido no vio inconveniente en tocar a vísperas, máxime que al día siguiente ante doña Teodora y el Patriarca, había de ser casado, después de declarar su nación y nombre, que nadie dudaba fuera antiguo y honrado, tan cortés y buen caballero aparentaba. En viniendo la noche salió de su posada embozado y pasó al huerto de doña Sibila, que le esperaba en el cenador quemando hierbabuena y zalomela en un pebetero de oro. El diálogo pareceme excusado decirlo. En Bizancio se enseña a los mozos el lenguaje de las flores, y la azulzalomela es emblema de pasión desbordada. Así, pues, sin decir oste ni moste se ofrecía doña Sibila a don Silván. Era morena como su madre y menudica, el pecho algo menos que de su edad, aunque alto y encelador, y la boca grande, los labios delgados y rojos, pasaba por hermosa; pero lo que más gustaba en ella eran los ojos negros y las piernas largas, talmente de danzadora. Ya vestiría ella una túnica que le permitiera enseñarlas. Allí en el cenador pasaron las vísperas, y si la alondra no canta, pareceme que aún seguirían con sus juegos, porque mucho se gustaron, según lo que después se vio. Fuese a su posada feliz y amoroso don Silván, vistió traje de seda, perfumóse la negra cabellera con agua franchipana y caminó con su flautista y su quitasolero a las Blanquernas, donde ya estaban, de blanco vestida la novia, con corona de condesa doña Teodora y con tiara coronada el patriarca. La velación entre los griegos se hace a puertas cerradas, con sólo el sacerdote y los padres, y con velas encendidas, que andan de mano en mano como en un juego. Lo que allí pasó sólo se sabe por inquisición, que nadie dijo palabra. Doña Teodora salió muerta; doña Sibila, desmayada; don Silván, demudado, y el patriarca, con la tiara en la mano. El escándalo fue tan grande, que toda la caballería bizantina estaba en la iglesia. Silván huyó y el patriarca anunció a la Corte que la boda no podía celebrarse porque el caballero vencedor era leproso. Con esto se quiso echar tierra al asunto. Lo que allí pasó fue que al declarar el Doncel Desconocido su nación y nombre, la pobre madre vio la profecía cumplida y dio el alma a Dios, gritando la desventura. La justicia de Constantinopla ahorcó flautista y quitasolero para que no pudieran declarar el nombre

de su amo.

—Paréceme una historia —dijo Juan de Cruz poniendo en la mesa de don Leonís una jarra de espadeiro—. ¡Mojad, mojad la lengua, mi amigo!

La jarra hizo una ronda de ida y vuelta. Madanela arrimó el caldo al fuego y pasó en las brasas unos chorizos.

—Doña Sibila parió a los nueve meses un niño, ese que os dije de la gorrilla verde, las plumas coloradas y la paloma colipava. Doña Sibila entró en un convento, donde está ahora a la muerte y que aquí viene el porqué de mi mensajería.

—Dejemos ese porqué para tras la cena —dije yo.

Madanela puso la mesa y sirvió el caldo y los chorizos. Partimos la dorada borona. Mientras cenamos sólo se oyó el canto de la leña en el lar. De afuera venía el roncón del río. Dos jarras de espadeiro y medio queso viejo de Andey pusieron remate a la colación, y don Leonís siguió su historia:

—Don Silván huyó como un ciervo, pero ciervo enamorado. Doña Sibilia dejó Constantinopla por Narahio, y en el castillo de Ansemar le nació el hijo, ese mocito que os dije de la boina verde con plumas coloradas. Mi caballero, ahora que doña Sibila está muriéndose, de consunción melancólica, según unos, y de fiebres *origines dubiae*, según otros, envióme a la busca del padre, del que en estos ocho años no hubo noticia. Averigüé yo que de Levante pasó a Venecia, y de allí, a Roma; decían que a redimirse de sus pecados. En Roma, cerca de Abbadia tre Fontane, mercó una finca que tiene un jardín cercado, y en él una fuente cantadora que semeja un lebrél vertiendo agua por la boca; en el jardín hay camelios y rosales, y macizos de rosacresta que hacen caminos cubiertos y bien recortados pasadizos, puentes y torres almenadas. Allí vive don Silván, y allí fue mi mayor aventura, esa que ahora pone en peligro la vida mía.

El jaco relinchó en la cuadra y despertó el can del mesón que medio roncó. Madanela lo acarició, y Ñero volvió a su sueño murmurando esos decires que tienen los perros viejos cuando los amansan.

—Con una carta que llevaba del obispo de Adana, fui a llamar a su puerta, fingiéndome Miguel de nombre y siríaco de origen, de oficio jardinero. Y aconteció que precisamente necesitaban uno en la casa, porque había de mudar la disposición de algunas partes del jardín para colocar una estatua que esperaban de un día para otro. Ya tenía don Silván, que así se hacía llamar el caballero de Oriente, el dibujo hecho. En cinco días le arreglé el jardín. Don Silván, que andaba vestido a la moda romana y se embozaba en una capa de vueltas carmesíes, se sentaba junto a la fuente a verme trabajar. Es en verdad un gran caballero. Yo le saqué en seguida el parecido con su hijo. Ambos tienen los mismos ojos azules, y se les clarea el señorío a través del andar; no me extraña que doña Sibila se turbase, cuanto más que yendo ya madura para lo que por allá se estila no había encetado la manzana de los amores. La casa de don Silván era grande y bella; en los dos salones de la terraza, y aún en la terraza misma, estaba prohibida la entrada a los sirvientes. Ahí dormía el caballero, y

de allí, por la noche, cuando ya la estrella iba tan alta, que Aldebarán era el ojo del oro, salía una música como otra no oísteis, y que bien quisiera poder explicaros. Os adormeceríais en su arrullo. Lentamente, comenzaba a brotar de aquel ligero vuelo, de aquella blanca y reposada caricia, un silbo, un violín, una llama, un viento, un aliento ardoroso que subía y subía rozándose contra las paredes del mundo. En las tinieblas se oían sollozos y pasos. Algo frío, alas o nubes, se ataba y desataba a una mujer que gemía y danzaba. Se oían las puntas de los pies, la despeinada cabellera cayéndole por la espalda blanca como un agua negra. Un extraño oficio de difuntos, una letanía perezosa, una mano de hombre amiga y apaciguadora, que se posaba en nuestra espalda, surgían de aquel horrible combate y se anegaba en aquella música primera, en aquellas rosas que se deshojaban junto a vuestro oído, en aquellas manos de niña que pasaban a la luz de la luna tejiendo tejeres con hilos de seda transparentes... Más que esto que os digo era aquella música que venía de los salones de la terraza todas las noches la misma pieza y a la misma hora. Yo cobré temor, pareciéndome que algo, conjuro o encanto, se escondía tras ella.

—¿Y era así? —pregunté.

—Así era. Pasaron casi dos semanas sin mayor novedad y sin que yo averiguara nada de la vida del caballero de Oriente ni de lo que escondían los salones y la música nocturna. Una tarde llegó al jardín don Silván y vino a mí, estando yo aterrando un cuadro de lilas francesas que tan olorosas son.

—Miguel —dijome—, anochecido han de llegar con la estatua que aguardamos. Harán falta los hombres que vienen y la ayuda nuestra para ponerla en su pedestal.

Díjele que con mis fuerzas contara. En carro de bueyes vinieron tres hombres con la estatua, que traían muy enmantada y con mucho cuidado y esfuerzo, que nunca vi mármol más pesado, la sentamos en su pedestal. Éramos cinco y los cinco sudamos, el peso de la figura y la inquietud de la yunta extrañáronme. Como caballos estaban bravos los bueyes. Ahora os diré cómo era la estatua, lo que es descubrirnos una punta del misterio. Pero antes, que ánimo es preciso, bebamos a mi salud, y luego ya beberemos a la vuestra otra jarra de este espadeiro.

Madanela la trajo. Se veía que la enamoraba el pasajero y él no veía inconveniente en mirarla a los ojos, encelándola. La verdad es que ella estaba como esas que los médicos mandan tomar por medicina.

## IV

— **L** A estatua figuraba una mujer desnuda a su natural tamaño, peinada a la bizantina y sin más pudor que el que le daba una banda de seda que llevaba a la cintura. El rostro se lo encontré tan conocido, que pasmé, y era el de doña Sibila. Yo sólo había visto a la dama una vez, enferma y dolorida; pero, sin más, la reconocí y os digo que si tiene el cuerpo que allí figura, se explica que hayan pasado tantos disturbios. Era ya noche cerrada y don Silván mandó que me retirase. Pasé hasta el nuevo día en desvelos y cavilaciones, y colegí en mi ánimo que don Silván estaba enamorado de su hermana y ensoñaba su pecadora pasión. Dijeme que no sería bueno, hasta que estuviese más al tanto de su alma y pensamientos, descubrirle mi condición y entregarle la carta de mi caballero que llevaba cosida a la camisa. No oí ninguna música esa noche; pero luego recordé que la primera vez que oí esos canes que aún no hace tres horas me ladraban en el viento, fue mediando aquella. Me levanté a la amanecida y fui a regar y trasquilar el césped del jardín, y a mi sabor contemplé la estatua de doña Sibila, que estaba labrada en un mármol blanquirrosado que semejaba carne, y en el pecho y garganta y en las hermosas piernas se le transparentaban a modo de venillas azules. Tan aparente estaba doña Sibila, que me sonrojé de encontrarla desnuda. Madrugó don Silván y me envió a Roma a buscar un lectuario de triasandaliz, a una tienda que hay cerca de San Lorenzo, junto a las tapias de Campo Verano. Sonrióme la vieja que tenía la tienda al hacerle el pedido. Pregúntele por qué se sonreía.

—No te sonrío porque seas hermoso —respondió—, que yo soy vieja, y en demasía fui graciosa y reidora en mis tiempos. Rióme de verte necesitado de este lectuario siendo tan mozo.

—¿Y pues? Me manda mi amo.

—Este lectuario es medicina de los muy amorosos —dijo llenándome el frasco.

Volví a la villa pensando que el don Silván estaba entregado a grandes excesos que yo no sabía por verle siempre en la casa solo, y no haber en la casa más mujer que una cocinera anciana, mandadera que fue, según me contó, de un nepote del papa. Volví a oír aquella noche la música de que os hablé, y tenía una parte nueva, como una risa argentina, como un aroma de alcanfor que os endulzara los sentidos. Yo no pude más conmigo mismo y me propuse averiguar sin más pausa el secreto de la casa, decidiéndome a vigilar en la noche el jardín y la terraza. Hice amistad con el perro que guardaba la villa, un can de Nora, negro y listón y calzado de la mano real que era muy fuerte. Me lamía la mano y el rostro de amigo mío que era, y dormía la siesta a mi lado, apoyando su gran cabeza en mis rodillas. Una noche, como don Silván acostumbraba a cerrar la casa con llave y candado, hice por quedarme oculto tras un macizo de rosacrestas, que semejaba, recortado, una torre almenada. Dieron las doce y dio la una. Tocaron en Abbadia tre Fontane a los oficios de medianoche, y en el aire pontino fue y vino la letanía coral, que por ser monjes de mucha penitencia,

siempre es de difuntos. Sobre las dos serían cuando apareció en la terraza don Silván; los salones estaban iluminados como para una fiesta, y a la luz que vertían los ventanales bien lo contemplé mozo y garrido. Vestía en bizantino, bordado en perlas y piedras preciosas que rebrillaban a la luz, y ceñía espada. Se acercó a la baranda de la terraza, apoyó en ella las manos, y por un momento contempló la estrella del cielo, que se dilataba sobre la tierra y la noche. A su lado, sin que yo advirtiera de dónde había salido, salió un enano que comenzó a afinar su violín, violín que reconocí como el de la música que os conté. Bonete y ropón vestía el enano como músico de iglesia. Mi amo bajó al jardín acercándose a la estatua de doña Sibila, y el enano comenzó su tocata, una tocata nueva que aún llevo en los oídos, pero que no puedo explicaros, que me faltan palabras. Llegó el músico a un pasaje en el que parecía desatarse un viento de fuego y alegría en las cuerdas y el pecho del violín, y a aquel conjuro sucedió el encanto. Comenzó la estatua a moverse, el mármol a despertar. Vi con los ojos míos levantarse la doña Sibila de mármol y, apoyada, en el hombro de don Silván, brincar del pedestal al césped. La movía la música, aquella pieza era como su alma. En sus brazos la tomó don Silván, y seguidos por el músico pasaron al salón de la terraza. Os ahorraré la visión de sus excesos y delirios. Todo lo vi, y a ella oí cantar con su boca fría, que, eso sí, ni en el mayor arrebató de amor, ni sombra de color le vino al cuerpo, por lo que supongo que el mármol no perdió con el encanto su sustancia, que es húmeda y gélida. Cantó con voz que nadie tendría por humana; cantó, y su canto me heló la sangre en las venas. Era de tal naturaleza aquel canto cálido, aquella lengua imán, que si las mujeres la tuviesen os aseguro que no habría castidad sobre la Tierra. ¡Cómo se amaron! El claror del día puso fin a la orgía. Él se adormeció sobre los cojines, medio desnudo, en la mano una copa vacía. Ella abandonó el salón y pasó a la terraza. La llevaba de la mano el enano. Paréceme a mí que era ciega; el encanto le dio todo al mármol, menos luz para los ojos. Pasó a mi lado, desnuda y perfumada camino del pedestal. Y no me pude resistir. Mi mano derecha fue hacia ella y la tocó en un hombro. Direisme que fui loco; pero ¿qué sabe nadie del alma de nadie? Mi mano tropezó con una carne humana, con una carne fría y viscosa como panza de culebra. Ni la cabeza volvió. Siguió su camino guiada del enano, y por la escalerilla de recortar la rosacresta pasó a su lugar donde tomó la figura de estatua y se quedó. El enano se fue como vino: volando. Yo me escondí tras la caseta del can a esperar el día. El terror y el temor no me dejaron dormir. Cavilaba yo que aquel encanto era lo que tenía en su lecho, consumida y sin ánimo, a la doña Sibila verdadera, y que la pasión de don Silván por su hermana era loca y desmedida. ¡En verdad es triste que tan buen caballero sea tan gran pecador! Esto lloraba yo entre mí cuando alumbró tras los cipreses el alba rosada. Determiné comprar un caballo y pasar a Ostia en busca de barco para Narahio, que siempre suele haber alguno de los que traen especias y naranjas griegas para los romanos. Salió don Silván al jardín como solía y poco después salía yo de mi escondite a darle los buenos días.

—Mala noche pasaste, Miguel, que tienes mala cara —díjome.



—Son las fiebres que me cogieron en Adana, mi señor. Quisiera ir a Roma a buscar una medicina muy acreditada que se llama herbanea de Indias.

—Tienes mi permiso —dijo, y retiróse a sus habitaciones.

Así, pues, se preparaba mi huida. Regué el césped y la rosaeda, y al pasar junto a la estatua espanté; allí, en su hombro izquierdo, donde mi mano la había tocado, estaba la señal de los dedos y de la palma en el mármol, como si hubiera sido labrada. Entró el terror en mí, y sin esperar un minuto más huí a Roma, pensando que cuando don Silván se percatase de la huella, había de averiguar quién fue el osado espía. Huí a Roma y ya no me atreví a pasar a Ostia. Ofrecí peregrinación a Compostela, en cuyo camino estamos. Desde Roma, amigos, me sigue el enano con canes rabiosos, tocándome músicas con las que pretende atraerme a la muerte, porque mi huida me delató y quieren enterrarme con mi secreto. Sáleme a todos los caminos y creo que puede volverme loco. Este mediodía, cruzando las gándaras de Páramo, me detuve para que el caballo bebiera en un regato, y de entre unas hayas que coronaban una colina salió la voz del violín del enano, una voz sutil y acariciadora que como una mano de seda se tendía hacia mí. Pero sobre el violín brincó el ronquido impaciente de un perro de presa, y fue como si una garra negra rasgase la seda que enguantaba la mano de la música que os digo.

\* \* \*

—Don Leonís no quiso ir a la cama. Se envolvió en una manta zamorana y se sentó en un escaño en el lar. Bien vi cómo ponía al amor de la mano sus pistolas, y cómo se aseguraba que con sólo el meñique había de salir de la vaina el cuchillo montés que llevaba en el cinto. Pagó el gasto, advirtiéndome que a lo mejor tenía que salir de improviso. Yo me ofrecí para hacerle compañía, pero la rechazó diciendo que a mis años mejor me venía una buena cama. Dormí, y a la mañana, cuando desperté, ya no estaba don Leonís en la posada. Siempre pensé que Madanela le hizo compañía. Era una moza alegre y donairosa, que se arrebolaba por nada y sin duda muy soñadora. Ya lo fue su madre también. Paréceme que Madanela no le dejó ir sin ofrecerse, cuantimás que caballeros como aquel, tan hermoso y de tan lejos, pocos pasaban por la posada. Él le dejó de regalo un pañuelo de cambray, muy bordado, que en una punta tenía una avecita colorada con una cinta de letras en el pico. Las letras decían —díjome Madanela sonriendo y bajando la vista—: «Con amor vivirás». Poco vivió la moza. Se ahogó viniendo de la romería del Pomar. El río la llevó hasta San Acisclo. Una mañana encontraron el cuerpo estribado en la represa del molino, medio comido de las ratas y las lampreas. ¡Siempre me recuerdo del gracioso andar y de los ojos azules de aquella rapaza!

# LA MUERTE

## I

**E** STÁBAMOS a la sombra, en el cobertizo de la que fue posada. Felipe de Amanda se refrescaba con blanco albariño. Joselín dormía, dormía también el can. El sopor de la tarde era grande, aumentado por una nublada tormentosa, una nublada de grandes castillos grises y rojizos que cabalgaban sobre las cercanas cumbres del Arneiro, negras y antiguas.

—Te voy a contar la historia de cuando pasó por aquí la muerte, que es la misma historia de la taberna de Galiana, que luego te contaré por separado. Pero esta pasó a mi lado, mis ojos la vieron y siempre la recuerdo. Algo se posa en mi corazón. Algo que no es bueno.

Felipe llenó una taza, dejando caer el vino desde lo alto, buscándole el aire y los ojos.

—Un hombre gordo y colorado, que yo tomé por maragato —comenzó Felipe—, llegó al vado. Al hombro llevaba una manta panera arzuana, y en la mano, un cestillo de mimbre que pensé sería el portante de la merienda. Preguntó, y no se lo tomé a mal, por parecerme forastero, el tanto del viaje. Acomodóse en el banco y cuando llegamos a esta orilla amarré y lo seguí a la posada, que no tenía él un real cambiado, ni yo vuelta de un peso. Juan de Cruz le cambió, pagóme mi real y aún me convidó a un vaso, cosa que siempre se agradece. Preguntó cuántas leguas había a Mellid, y respondido por mí que cinco, acordó hacer noche con nosotros, visto que ya anochecía. Era un día frío de febrerillo el loco, y Madanela aderezaba una liebre con una salsa que recendía. Este, que yo tomé por maragato, era de estatura como la talla de quintas, gordo, sacado de pecho y panza, pierna corta y el rostro colorado. Cabe las sienes tenía labradas las arrugas de los reidores, lo que acostumbra a ser señal de gente de bien. Parecía ser tertuliano y de esos que amistan pronto con la gente que topan por el mundo. Nos ofreció tabaco y se sentó en un escaño del lar a cebar su pipa, lo que hizo con pausa y mucha ceremonia. Distraía verle fumar. De nariz y boca le brotaba una humareda espesa que casi le ocultaba el rostro y que parecía no acabarse nunca. Hablaba, y con las palabras le salía un hilo de humo blanco por entre los labios.

—Como vamos a ser pies de la misma mesa, es de cortesía que sepáis mi nombre

y el aquel de mi viaje. Traigo una jornada muy pesada desde la playa de Esmelle, a donde fui mandado a tratar con una de esas que llaman sirenas, de las que habréis oído historias. La cosa fue peliaguda, y en poco estuvo que no pudiera cumplir mi obligación, aunque es verdad que soy baqueano en esto de mujeres perdidas. Esta sirena que os digo era una fulana de las de más atavío entre las de su especie, y de las pocas que entre ellas salen morenas y cálidas. Tiene una historia muy larga, y ha hecho muchas perdiciones y extravíos entre los hombres.

Cebó otra vez la pipa, pidió vino y se arremangó los pantalones para poner bien al calor las piernas, que las tenía blancas y sin ningún pelo, como de moza, con la pantorrilla muy torneada. Esta pausa la aproveché para decirle que pensaba yo que eran antigüedades esas historias de sirenas, y que no se sabía de este tiempo ningún suceso semejante.

—Andas errado, barquero —dijo—. Pocas quedan y pocos las ven, pero es tan seguro que las hay como que ahora te lo digo. Mi padre me enseñó a conocerlas y a tratarlas, que él, desde muy mozo, anduvo en mí mismo oficio por el cabildo de Portugal. Esta misma que desengañé en Esmelle, la conoció él y la trató de paso en un naufragio. Era, como os dije, morena, de abundosa cabellera negra, y los ojos claros, entreverdes, grandes y almendrados. La boca os gustaría, carnosa, fresca, roja, con los dientes de nieve muy alineados, y también os gustaría el corte fino del rostro, el cuello largo, los hombros altos y redondeados, la tabla del pecho noble y rellena, si no es la cueva donde el cuello nace, y los senos, aunque algo bajos, firmes en toda abundancia. En ellos se placían las olas como en un arenal abrigado. Tenía una espalda muy hermosa y bien partida, encunada en la cintura, y el vientre como una taza. Estaba, como veis, muy competente en todas sus partes, sin olvidar los brazos largos y redondos y las manos delicadas y suaves.

—¿Y la cola? —preguntó Juan de Cruz.

—Asalmonada, como la tienen todas estas sodas —respondió el hombre gordo—. Asalmonada y larga. Encontré a doña Dorotea, que así se llamaba, recostada en la arena, peinándose con peine de oro. Me acerqué a ella con el debido respeto, quitándome la visera. Era por la mañana del pasado sábado, que estaba fresca. Ella aprovechaba una raya de sol para su tocado. El peine de oro, al pasar sus dientes por el pelo, sonaba como un laúd. Conocióme no bien me arrimé a ella.

—¡Tú eres de la Hestantigua! —me dijo.

—Pues por ti vengo, preciosa —le contesté. Y os aseguro que no le gustó nada mi visita. Aún no os he dicho, amigos, que soy el avisador de la Muerte en este país, lo que es decir la Muerte misma. Ni una rata se escapa de mi cesto. Ved ahí la cara de doña Dorotea. ¡Lástima que esté tan pálida y con los ojos cerrados, la buchona!

Esto dijo, y abrió el cestillo de mimbre. Allí estaba en la almohada de su pelo negro, la cara de una muerta. La miramos con temor y hasta me atreví a poner un dedo en su frente. Era una mujer muy hermosa. No he visto muerta ni viva que se le pareciese, ni difunto tan frío.

—La pondremos —dijo el señor avisador— al amor de la lumbre para que se arrebole un poco. Os gustará más.

Posó el cestillo en la piedra del lar y remangándose aún más, sin dársele un ardite nuestro pasmo, siguió con la historia. Con el vino y el calor de la hoguera se le había encendido el rostro; le brotaban de los mofletes y de la frente hilillos de sudor que brillaban a la luz de la lámpara de carburo.

## II

— **N**O le gustó nada mi visita, no, máxime cuando me vio con la cara seria como un guardia civil. Dijo que me estaba esperando y que le era muy conocido. Le contesté que ella me lo era tanto como la palma de la mano. Os digo que así desnuda como estaba, tumbada en la arena, apetecía, y tenía que llevarse uno a sí mismo con cuidado el pulso si no quería rodar por la cuesta abajo. Me senté a su lado y la vi venir con arrumacos, cortesías y gentilezas, que estas niñas, amigos, se resisten hasta el último soplo.

—Tengo para ti —me dijo— algo que te conviene. Sabrás que va para dos semanas que murió el peatón de Loeches, que es una ciudad bajo las aguas, cabe el golfo de las Serpientes. Esa ciudad la conozco bien, que tengo allí mi casa en el canal que llaman romano, porque a él vienen las aguas de Roma. Ya sabes que en Roma se pierden, sólo en los puentes que pasa el papa, los cardenales y los romeros, unos seis tesoros al año. El canal romano los lleva, todos en oro y pedrería, hasta el pie de mi casa, y si vinieras a Loeches por peatón y por mi enamorado, todo el galano sería para ti. Ahora lo aprovecha un músico francés que tengo por punto fijo y del que ya estoy cansada. Paréceme —añadió— que de ti no cansaría, aunque no fuera más que por la labia que tienes.

Le respondí que no creía que yo sirviera para peatón de Loeches y que tampoco me aseguraba de los tesoros de Roma, sabiendo además como sé —le dije— que anda apurada de dinero. Porque yo estoy enterado de un asunto que se traía ella con los sobrinos de un boticario de Saint-Malo, de Bretaña, uno de esos boticarios que allí hay, que les hacen a estas señoras píldoras y tintura de ruda para comprobar aquel texto de las escuelas que en latín digo porque esta doncella está presente: *Ruda libidinimem in vins extinguit, äuget in faeminis*. El boticario se marchó de farra y no volvió a sus almireces. Los sobrinos le reclamaban a doña Dorotea cien luises, que el tío llevaba en la bolsa cuando se arrancó con ella.

—Pues si no te conviene este negocio, aún tengo otros para ti, y todos con el saludo de mi cuerpo.

Os hago gracia de todas las propuestas que me hizo, algunas que quizá fueran verdaderas y todas con cama deshecha. Pero no me pudo, que el oficio es lo primero y me jugaba la vida por un baile agarrado como quien dice. Ahí está esta ahora, el cuerpo a la mar dado, y la cabeza llevo a Ruán en testimonio, que en aquella ciudad de la Normandía, junto a la puerta de la catedral que llaman de La Calenda, tiene su tienda el registrador de las sirenas. Las cabezas testimoniales las tira este oficial al río desde el puente de doña Matilde.

Esto dijo, y cogió el cesto, y tomándola por los cabellos nos mostró la cabeza. Ya te la pinté como hermosa. Lo era mucho, y aunque fuera cadáver se había arrebolado con el tempero de la lumbre. Púsose en pie el hombre gordo y sopló en aquellos ojos muertos, que se abrieron y nos miraron. Eran, como él dijo, entreverdes, y a la luz del

carburo parecían sobredorados. Nos miró —te digo— y parecióme que iba a abrir los labios para hablarnos. ¡Aún ahora me santiguo!

—¡Todavía le quedan a esta tía algunas gotas de deseo dentro! —dijo el hombre riendo. Volvió la cabeza al cesto, la ató con un bramante que sacó del bolsillo del pantalón y se puso a la mesa, porque Madanela, que estaba pálida de miedo, anunció que la liebre estaba a punto. Pero ahora viene lo mejor de esta historia que te cuento.

### III

— **L**O mejor y más peliagudo. El hombre gordo, que dijo llamarse señor Villegas, cenó con el apetito que digo yo debe de tener la Muerte, caso de que él lo fuera. ¡Quién sabe si la Muerte es así, como aquel hombre figuraba, gorda y colorada y no la mano huesuda y pálida de la guadaña! Muertes se tienen visto aparentes en canes, cabras y caballos blancos. Iba diciendo yo que el señor Villegas cenó lo suyo y algo más y todo bien remojado con espandeiros de Andias, y en cenando volvió a su escaño del lar y recibió la pipa, apretando bien con el dedo gordo el tabaco en la taza. No la encendió al fuego, sino al calor del rescoldo, y fumó con el sabor que solía, aquella picadura fuerte y olorosa.

—Veo —dijo— que os dejó tiesos y callados el relato de mi oficio y la visión de la cabeza de doña Dorotea, tanto a vos como a la moza. No os asustéis, que mi oficio no es el de avisador de hombres, sino de esta que llaman gente del sábado, sirenas, fantasmas, brujas, adivinos, enanos y voladores. Y no lloréis por esa muerte cuya cabeza llevo a Ruán, que mucho daño hizo por las costas gallegas, muchos mozos trastornó con sus cantares, y de muchos, aunque sabrosa, fue la escalera de caracol de la muerte. Y no es tan joven como pensáis, que los años les pasan a estas sin prisas. Os aseguro que ya no cumple los ciento treinta, aunque parezca de dieciocho bien llevados. Una conocí yo, que me calcetó unas medias que me echaron tres inviernos, que pasaba por quinceña, así como era rubia y rosada y muy menuda, y cuando le llegó el fin estaba yo en Ruán y vi su juicio y allí salió a relucir que pasaba de los noventa y cinco. ¡Hay que andar con cuidado con estas anabolenas! Físicos hay en París que les recetan elixires de eterna juventud y larga vida.

Apagó la pipa y la vació golpeándola contra el escaño. Tomó el cestillo en las rodillas, desató el bramante, levantó la tapa y cogió la cabeza de doña Dorotea, que no sé si te dije que tenía el corte del cuello envuelto en un pañuelo de seda colorada.

—Ya que me honrasteis tanto —dijo el señor Villegas acariciándole la melena a la cabeza de la muerta— os quiero hacer un número de canto antes de irme a tomar la cama, que ya me lo está pidiendo el cuerpo.

Mojó los labios de la muerta con un sorbito de aguardiente. Pensaba yo que aunque la prójima fuese una cismática, no era trato aquel para una difunta.

—No penséis que le faltó al respeto —dijo—. Esta es cosa de su gusto.

Cogió la cabeza por la mata de pelo y la balanceaba.

—¡Cántales a estos señores un engaño, morena!

Cantó la sirena su canto misterioso, una copla como otra no oiríais aunque vivieseis mil años, una solfa enamorada. No le pude quitar ojo mientras duró la tonada a aquella cabeza hermosa, y sentí frío como si me apretasen nieve en la espalda. Ya tenía yo sabido el uso por los antiguos de cera derretida en los oídos para no caer en el estupor del sueño que el canto de la sirena causa. Su canto no es alegre. Con palabras que no entendí se lamentó doña Dorotea, y con su canto nació en mi

corazón una pasión ardiente. Piedra e imán tenía en la voz. Madanela arrimóse a la escalera y se echó a llorar. Juan de Cruz sudaba y supuse yo lo que se requemaba, conociendo como conocía su rija. El avisador estaba encendido de lujuria y comía con los ojos aquella cara.

—¡Ay qué niña! —gritó, levantándola hasta sus labios para sellar el canto con un beso. Y ya la tenía besada cuando de entre las manos le brincó y le mordió con mordedura de can, como cuando encetamos un melocotón paviano. Lo mordió y desgarró del labio y la mejilla. Gritó el avisador, y con esfuerzo la arrancó de la dentellada.

—¡Ah pecadora! —gritó. La tiró al medio de la cocina como quien tira la bolacha en los bolos. La cabeza rodó y chocó con el apeado del bocoy del Valdeorras. Sangraba una sangre negra. Abrió y cerró los ojos dos o tres veces, antes de dar el último suspiro. El señor Villegas se apretaba la mordedura con un pañuelo de hierbas...

Volvió la cabeza al cesto y ató este con un bramante.

—No contaba con este trago —dijo.

Parecióme que estaba avergonzado. Se fue a la cama sin decir otra palabra, y de amanecido zarpó. La mancha de sangre estuvo ahí muchos años al pie del Valdeorras, pese a los fregados de Madanela. Te digo que atraía a los perros de por aquí, que la lamían. A las perras las ponía en celo. Debía de tener algún aroma o especial dulzor, alguna canela digo yo.

Felipe remató la jarra de albariño. Remontaba la tronada. Grandes castillos negros se abrían sobre las cumbres del Arneiro. Olía a ozono y a tierra.

—Años después pasó por aquí un monje benito, y de conversa en conversa salió esta historia, y el buen monje nos dijo que él conocía Ruán y sus iglesias, y que era cierto que va para quinientos años hubo en la puerta de La Calenda de la catedral un tribunal de las sirenas, y que aún se pasa el río Sena por el puente de doña Matilde, que es puente donde tienen sucedido antaño casos maravillosos.

En lo que toca al señor Villegas, dijo el benito que era fraile de mucha ciencia, y de los de la obediencia de Samos, curados a cecina y a vino de Getafe; en lo que toca al señor Villegas, paréceme que exageró su oficio, porque la muerte no avisa. Sería un espolique.



# EL DIABLO

*«Así en el Demonología, de Horst, hallo que el demonio puede convertirse incluso en ensalada».*

HEINE, «Espíritus elementales»

## I

— **C**OMO dicen en el país, siempre hay un diablo que se parece a otro. Éste de quien te cuento se parecía a una mujer. La historia es de mis tiempos mozos y tengo que contártela con pausa. Era por la era de un otoño que vino solizo y templado. Aún había frondosos castaños en el soto de la Cruz, y pasaba yo más de una hora cada día haciendo magostos. En uno estaba, viendo reventar las castañas entre las brasas, cuando vino Madanela, que era aquella alegre rapaceta de seis años, a decirme que desde la orilla de Pacios aseñaban con pañuelo blanco. Acudí con la barca. El viajero era una dama de mucho atavío, muy vestida con un chaquetón de terciopelo, un cuello de encajería y un gran sombrero con plumas de Indias y varios flecos y flores. Daba respeto de señora y sobre sí traía sortija, collares y prendedores de obra fina. Era blanca, muy puesta y frescachona en los cuarenta cumplidos que tendría. Hay hombres que a estas manzanas maduras les reconocen mucho mérito. Tenía en la boca un aire burlón que no desmentían los ojos vivos y redondos. Con ella traía un hombre de Sanxurxo, que en una yegua meiresa le portaba el equipaje.

Felipe, al par que contaba, con su navaja de Taramundi labraba en un codo de álamo un pajarillo. Las lascas caían al río y navegaban, blancas y livianas como mariposas de las aguas.

—Cuando entró en la posada dijo a Juan de Cruz que estaría allí de dos a tres días hospedada, en espera de un caballero primo suyo que pasaba de Compostela a Lugo. La dama, en el hablar, era castellana y nada melindrosa me pareció, por lo que pensé, viéndola tan en su natural, que era tan señora como vestía y calzaba. Y hablando de su calzado viene el primer punto de esta historia. Ya sabes que el camino a Sanxurxo es malo, llano como es, entre los prados de la Agüera, siempre encharcado, y mucho trozo hay que pasarlo por pasos de piedra, y como algunos faltan, no hay cristiano que no se embarre, aunque pese lo que una paloma. Pues el calzado de esta dama venía limpio y seco, con la misma suela del comercio y aún aseguraría que ni la barca

lo humedeció, ni del padrón a la posada tocó tierra. Como una patena tenía las negras suelas. Bien se apercibió de que yo miraba para sus pies.

—¿Miras estos zapatos limpios? ¿Eres amigo de levantar secretos?

Sonreí amistoso y le respondí que pasmaba de que viendo como venía por un camino de aguas, tuviera tan limpios zapatos, que parecían estrenados allí mismo.

—Todo depende del andar, barquero. Y te aconsejo no te hagas curioso de vidas ajenas. Conocí muchos curiosos que se perdieron.

Esto dijo tomándose a serio y yo callé. Bien dicen eso de que Dios te libre de moza adivina y de mujer latina. Aquella era de esas que llaman de siete hebras, por no decir del rabo de Satanás, que siete hebras tiene, y en cada una gasta hebilla de canónigo... Callé, pues, y bajé la cabeza.

—No te amohínes, barquero —me dijo—, que no fue más que burlarte un poco. Y pues soy amiga de compañía, quédate a mi mesa a cenar y hablaremos.

Dijo esto poniéndome unos ojos amigos y una dulce sonrisa y hube de agradecerle la fineza. Quitóse el sombrero y el chaquetón. Tenía una gran mata de pelo, amañada y prendida con alfileres, y sin chaquetón se le veía mejor el lindo talle y las abundancias muy puestas, que se las ceñía una blusa carmesí finamente bordada. Con aquel encendido le hacía lindo juego la blanca garganta. Gustábame la dama, sin duda, y no dejó de ilusionarme el que hiciera posada dos o tres días con nosotros, no porque pensara yo que allí me esperaba una farra, sino porque siempre fui gustoso de la alta sociedad.

Esto dijo Felipe de Amancia, comenzando la historia que llamaremos del diablo, que pasó por la Salgueira. Con su navaja labraba Felipe las alas del pájaro en el rosado codo del álamo. Se ponía el sol tras el Arneiro y en el inmenso silencio del crepúsculo se oían volar las torcaces, correr el río y despertar la brisa de la tarde en los abedules.

—Los sucesos estos sólo los atestigua este cristiano, pero puedes creerlos. Además, que no fue la primera vez que me topé frente por frente del maligno con su enramado. Y la Compañía y la Hestadea, las vi pasar más de dos veces con toda su arboladura, y aún una noche eché una parrafada con el rendeiro de esta milicia que era un vecino del lugar de Góas, primo hermano de una mi tía que se finó en Mellid. La parrafada fue tocante a una moza de Lindín, a la que él, en tiempos, levantaba las sayas y a la romería en que halló la muerte. También hablamos de los calores de La Habana.

—¡Ay, primo Felipe, si supieras qué frío paso! —lamentóseme él tiritando. Vestía de habanero, con su pajilla y gastaba cadena de oro al chaleco. No quiso el vaso de tinto que le ofrecí y se marchó tocando la campanilla por la vega de Parios abajo.

## II

— **E**N los días que la señora pasó en la Cruz, no dijo su nombre, y pienso yo que no lo tendría cristiano, siendo quien era. Mañana y tarde se cambiaba de ropa y no vio inconveniente en llamarme una vez para que le ciñera el corsé tirando de los cordones. Estaba con los brazos al aire y en falda bajera que le llegaba menos que a media pantorrilla. Servicios como este no están mal vistos entre condesas y gente así, que no fuera decente la mujer de un barquero que lo solicitara. Para tirar lo necesario, me vi obligado a hacer palanca con la rodilla derecha en su sobrenalga. Estaba dura como de una de dieciocho que lo estuviera mucho. Aparentaba, como antes te dije, mujer muy llana y natural, con alegre y desenvuelto señorío, y comió y bebió a par nuestro, y tuvimos variadas conversaciones. Una de ellas versó acerca de fantasmas y difuntos, y este es otro de los cabos de esta historia que hay que ir atando, poco a poco.

—Tengo conocidos varios fantasmas —aseguró la señora—, y aun estoy medio emparentada con uno que vive en un castillo de Inglaterra, en la caja de un gran reloj de pared, y es de la clase que llaman de los incitadores risueños; otro conocí, este en clase humana, que anda por el mundo procurando pagar una deuda. Este es un hidalgo de Santander que iba en el bergantín *Santa Quiteña*, a la vela, con todos sus árboles abiertos, y en el puente el hidalgo con los pagarés en la mano. Las oraciones de un exclaustro de Santa María de Piasca, que era su confesor, lo tienen en viaje, pero sólo por treinta años, pasados los cuales irá al infierno de cabeza, que tiene pacto firmado, una de esas letras que sólo se pagan con el alma. En mi bolsillín llevo otra tal, firmada por un actuario de Becerreá. Tampoco este se libra del fuego. ¡Ni san Dativo de Mos lo salva! ¡Menudo palomo!

Después de pedirle perdón dos veces por mi curiosidad, le pregunté a la señora cómo era que traía en su bolso semejante retro, que es cosa condenada y en mi opinión venta secreta que sólo Satanás y el alma empeñada lo saben. Miró para mí con toda aquella zumba que tenía, y sonrió.

—¡Ay, barquero, quizá sea yo parte interesada!

Quedé algo pasmado, y volviendo a lo del calzado seco, a un cierto azogue que tenía y a la mirada grave y feridora que se le ponía por veces, mayormente cuando anochecido se oían las campanas argentinas de la iglesia de Andias, y añadiendo a todo lo observado semejante noticia de tal documento en su bolso, púsoseme a caballo en el magín que quizá se tratase de persona no cristiana o con trastos ocultos, aunque aparentase una señorona. Siempre hay un diablo que se parece a otro. Con mis dudas andaba, vigilando sus pasos, y paréceme que ella me tomó por su rondador, según me dijo la segunda mañana, allegándose de paseo a mi lado.

—¡Anda el gallo tras la gallina, Felipe!

Y se reía contoneándose. Y ahora debo confesarte que llevado por el aroma del secreto y sin cuidar que faltaba a la decencia, por el ojo de la cerradura miré y su

tocado vi y descubrí lo que aquella dama era. Cuando partió el pelo, para montar la gran moña atufada que traía, vi que, empinado en la cabeza tenía un cornacho negro, un cornacho rayado y retorcido como de carbón de Lunta. La moña, con sus grandes alfileres, se lo disimulaban. Con esto quedó fichada de diabolesa. Y cavilando mis temores andaba cuando me sobresaltó un trote largo. Era que llegaba, muy jinete en su mula, su señor primo, que no sé si te dije que era clérigo tonsurado. Cuando vi entrar aquel Hércules coronado, con el embarque de vino que traía, y le vi apearse de un brinco y entrar en la posada pisando firme, entre las risas que consigo mismo se gastaba, gritando burlador por su señora prima, pensé yo que quizás aquel paso no se resolviera en nortes, asegurándome que amén del cuerno disimulado, había azufre en toda aquella historia. Convenía pues navegar a papahígos por ella. Avisé a Juan de Cruz del cotarro que según mis pensares y pesquisas se avecinaba y de la cornamenta que teníamos alojada. Se rió en mis barbas, que siempre me tuvo por novelero.

## EL BARQUERO

**F**ELIPE de Amanda, cuando yo lo conocí, pasaba ya de los sesenta. Tenía con él, para ayudarle en el oficio, a un nieto que no llegaba a los doce años, y se llamaba Joselín. Amanda, la madre de Felipe, había sido barquera, y se tiene como seguro que no sabía quién fuese el padre de su Felipe, aunque hemos de pensar que fue un señor, por las maneras y fantasías que quitó Felipe en su viaje por este mundo. Felipe, calvo y huesudo, tenía negros ojos, burladores. Todo él era reidor y campechano, aunque le gustase aparentar sequedad, y, por veces, melancolía. Quizás algún seminarista de Mondoñedo que por allí pasó de los de ropón corto y banda colorada, recordando un verso de Horacio le dijo aquello de Caronte melancólico, y como Felipe era muy dado a creer en imaginaciones, tomó esta para componer su figura. Aún me parece verlo sentado en el padrón con los pies descalzos descansando en la popa de la chalana, liando cigarro y mirando sin ver para el río. Yo era muy rapaz y me tenía por su amigo.

—¡Tarde llegas! —me decía—. Aún no hace una hora pasé en la barca al obispo de París, tuve que hacer dos viajes; uno para Su Señoría y su camarero, y otro para una sombrilla que traían, amarilla con vueltas coloradas.

Lo creía todo. Un día vino a pintarle la barca un pintor de Lugo.

—Pinto la lancha —me dijo— porque pasó hoy por aquí la infanta Catalina con seis caballeros negros, y cada uno de los caballeros me dio un carolus del rey, que es moneda que sólo corre entre reyes y príncipes. He de ir a cambiarlos por tres onzas a Compostela. La infanta llevaba en la mano un malvís cantador, y en el medio del río paré la barca para que ella tirara una rosa a las aguas, que es costumbre de la Casa Real saludar los ríos que pasan. Agradeció que yo estuviese al tanto de tal cortesía.

Felipe de Amancia sonreía y me daba palmaditas en la espalda. Yo me ponía a caballo de la proa de la barca y allí me estaba viendo correr el agua, alanceándola con la pértiga.

Felipe de Amancia amaneció muerto un día de San Froilán en el patio de la posada. Todos sus ahorros los tenía en oro, en una bolsa de seda carmesí, en la que había mandado bordar una barca con su barquero, navegando unas aguas azules. Debajo de las aguas, un letrero decía: «Oro secreto». Allí estarían el tornés del delfín, los carolus de los caballeros de doña Catalina, el luis del obispo de París, la libra del príncipe de Gales y las monedas bizantinas de don Leonís. Y también la más hermosa moneda que poseyó nunca Felipe de Amancia: su fantasía, un florín de ley. Lo gastaba cada día.

## MADANELA

**S**E ahogó viniendo de la romería del Pomar. El río la llevó hasta San Acisclo. Muy bailadora era. Tendría yo sobre obra de ocho años cuando fui con mi tío Carlos a Lugo. Al regreso nos cogió la noche en Valgaiña, una noche de niebla cerrada, y como se acusaban lobos por aquella banda del Arnois, buscamos abrigo en la posada de Juan de Cruz. Me acostaron en la habitación de Madanela, en un catre de tijera, al lado de su cama. El suelo del cuarto estaba estrado de manzanas, entre paja de trigo. Olía deliciosamente la habitación, olían las ropas de la cama, yo mismo olía a manzana. Me despertó Madanela al acostarse. Se desnudó del todo y miró la camisa a la luz del candil. Según la recuerdo, y comparándola con otras, estaba regordeta. La luz del candil le hacía las carnes doradas. Se miró el cuerpo, pasándose las manos por las ancas, y luego se acarició el pecho levantado. Y, mirando hacía mi catre, mató la luz.

Ya llevo pasada media vida y aún, de vez en veces, me viene a la memoria aquella Madanela desnuda a la luz del candil. Quizá don Leonís la vio también, en aquella misma habitación que recendía a manzana carnosa. Y cuando pienso en Madanela ahogada, la imagino como una de esas manzanas que el aire de agosto en los pomares de la Ribera, meneando las ramas, tira al Osar. Las aguas, se la llevan río abajo.

## EL OSAR

**E**S ancho y verde desde que nace hasta que muere. Abedules, hayas, álamos y manzanos, se miran en él. Por la tierra que llaman páramo, navega silencioso. Luego, por la banda del Amois, se hace molinero y canta en los caneiros con voz ronca las corales fluviales, su canto llano. Y por las quebradas de Osende, en las que se hila en espuma y se muestra potro de cien colas blancas, baja al valle de Trenor, ancho y violado como la última silaba de su nombre. Allí lo adoctrinan dos puentes romanos antes que lo beba, en la ría azul, la marca del mar. Cobra cada año, como un dios fluvial, dos o tres mozos ahogados. Es el diezmo expiatorio. El Osar es un río ancho y verde, lento y poderoso. Pasa, sin verlas ni oírlas, al pie de las romerías de la Ribera. Es un río triste, un río que nace viejo de una charca lodanera y sucia.

Hace mucho tiempo que me había prometido escribir este libro. Quería contar en él, amén de algunas historias de Felipe de Amancia, la peregrinación del río Osar, la muerte de Madanela, la dilatada y melancólica llama de Páramo, la alegre ribera del Arnois, los puentes del Osar. También contaría, y no pondría punto final sin hacer el catálogo de las barcas que en él, de orilla a orilla, van y vienen, catálogo tan hermoso como uno homérica de navíos. Y otro catálogo seguiría, el de los ahogados que conocí y vi. Pero la pereza, o qué sé yo que, no me ha dejado. Cuando escribo estas líneas estoy vecino del Osar. Si detengo la mano que lleva la pluma y levanto la cabeza, veo a través de la ventana cómo el río llega al mar. Alguna gaviota vuela al aire azul de la tarde. Todo el valle del Trenor es como un vaso de silencio, silencio que revierte por el borde de las altas montañas que lo cercan y se derrama sobre el mundo. Hagamos punto final. El Osar cuando llega al mar, ha perdido la memoria de su viaje; y de esa onda que ha pasado, ¿quién puede decir la rama o la nube que vio, la barca que llevó, el molino que movió? Agua, espuma, nada...

# LOS SIETE CUENTOS DE OTOÑO



Aparte de las noticias y apariciones de las Benditas Animas del Purgatorio, que con toda reverencia suelo contar en el mes de noviembre, tengo en el saco de las historias las del tiempo de otoño que gusto de relatar con fidelidad, que en mí es notoria, esto es, con imaginación, entendiendo por tal la que el poeta Baudelaire definía como «la más científica de las facultades, porque es la única que comprende la analogía universal». No son historias de la taberna de Galiana, ni pasmos de las estancias de Corbelle, ni sucesos de los que en Cobourg encontraba el conde pata de palo en sus archivos de lluvia y viento.

## EL FANTASMA INGLÉS

**E**N una aldea de Wilshire, en la posada conocida por *El Cisne que toca las campanas*, se detuvo el día de difuntos de 1700 un caballero que viajaba como jinete en un penco galés en compañía de un espolique mocete de catorce.

No más llegar preguntó el viajero al maese del mesón si había llegado un amigo suyo algo pariente, y que tanto se le parecía que la gente no los distinguía. Dijo el huésped que no había llegado viajero alguno.

—Nos habremos equivocado de posada —dijo el caballero, que volvió a su jaco galés y siguió su viaje.

Al cuarto de hora, en un bayo flaco, llegó otro viajero con un criado negro, anciano, que llevaba al hombro una bolsa doble de cuero. Hizo al posadero las mismas preguntas que el caballero del penco galés.

—Ahora mismo salió para la otra posada, señor —dijo el maese.

—Volverá —dijo el viajero— y le diréis que no puedo esperar y que ya nos veremos al año próximo.

Se marchó el viajero del caballo bayo, y minutos después llegó el del penco.

—Ahora se ha ido el pariente de su merced, y en verdad he de decirle que no se parecen ustedes en nada. Dijo que el año próximo estaría aquí, a la misma hora.

—Pues vendré a la cita —dijo el desconocido. Y se marchó a trote corto, llevando a la grupa el espolique.

El día de difuntos de 1701 llegó sin espolique el viajero del penco galés y se sentó ante la chimenea, esperando la visita de su compañero. Llegó este en su bayo y sin criado negro, y el posadero no reconoció en él al viajero del otro año. Los dos caballeros eran iguales y vestían ropas gemelas; se abrazaron en silencio y en silencio bebieron. El del penco galés buscó un papel en el bolsillo del chaleco y lo echó a las llamas. El del bayo, se levantó y se dirigió hacia la puerta de la posada. Cuando la hubo abierto, gritó:

—¡Volveré con el humo y las cenizas! —y huyó.

—El caballero del penco pagó y se marchó en silencio. Desde entonces todos los días de difuntos, a las siete de la tarde, ante la chimenea de *El Cisne que toca las campanas*, se apiña la gente para ver cómo brota del fuego un blanco papel que flota en el aire y luego vuelve al fuego de donde nació y se consume lentamente. (Scotland Yard envió una vez a la posada a un inspector famoso, que intentó apoderarse del papel, pero no pudo: quemaba como hierro al rojo vivo. Esto me contó un inglés. Años más tarde pasó por la aldea un ilusionista, que leía lo que estaba oculto, y pudo leer lo que el papel guardaba; pero no lo quiso decir porque afirmó que tocaba a la honra de una dama. Hace años se vendió la posada, y consta en la escritura que si antes de que transcurran diez años el papel deja de presentarse, la venta se anula ipso facto si el comprador quiere).

Esta es la historia del fantasma inglés; ya sé que no es buena, pero está tan

probada, que no se puede pasar sin contarla para edificación de incrédulos.

## UN NOTARIO IRLANDÉS

**U**N día de noviembre llamaron a la puerta del notario de Armagh.

Lo llamaban para un testamento. Se embozó en su cuatremuz el letrado, y en una muía muy reducida y cristiana —de la Abadía de Beryl— se puso en viaje. Llegó a la casa donde yacía el enfermo, el testador, y la halló muy iluminada de velas de cera virgen. El portal, las escaleras y las habitaciones estaban abarrotadas de velas encendidas. El testador estaba en el lecho, y le dijo lo que sigue al señor notario de Armagh:

—Estas luces son las Benditas del Purgatorio, a las que lego toda mi fortuna. Haced el testamento.

Hizo el testamento el notario, todo él en letra inglesa, y firmó el enfermo, que, no más firmar, dio el alma a Dios. Del lecho brotó una lucecilla, y con todas las velas, con la luminosa compañía, voló. De testigos del testamento actuaron dos de aquellas velas, que, en lugar de la firma, dejaron caer dos gruesas gotas olorosas de cera.

## HUYE UNA DAMA

**A** VISABAN de las cazas en las Tierras Soberanas de Sedán, una doncella llamada Clemence avisó al postillón de los trompeteros diciéndole:

—¡Si encontráis al ciervo lucero, avisadme, que es el hijo de mi señor y mi enamorado!

El ciervo lucero acudió al aviso, y el postillón mandó recado a la doncella. Vino Clemence al bosque, y el ciervo lucero le besó las manos.

—¿Cómo os desencantaré? —lloraba Clemence.

—No lo sé —dijo el ciervo en buen francés—. Pero, si me amáis, puedo encantaros de cierva y correremos por el bosque.

Accedió Clemence, se tornó cierva lucera, y al galope con su amor entró en el robledal. Por eso en las Tierras Soberanas hay que preguntarle al ciervo si es persona o animal, cuando comienzan las cazas en otoño.

## EL VIOLINISTA ITALIANO

**E**N la torre de Pasia vivía el caballero Leonardo Montefeltro, dado a la música, que jugaba en artificios que le construían en la ilustre Cremona, superando Leonardo la ciencia contrapuntística de los laudistas de Flandes, que es sabido huelen mucho a cebolla. Al maestro Guido, que era pistoyes, muy sutil en las obras de madera, encargó el caballero un violín, contando la historia que le salió uno pintiparado, breve de cintura, el pecho abombado, ceñido el mástil, el cuello labrado y rematado en dos cabecillos. La morena madera, que era levantina, la cruzaban venas claras y encendidas como cabellos rubios. Gozó el caballero con la obra, a la que procuró bautizo. Beatriz pensó llamarle; pero ya estaban de moda las antigüedades grecolatinas y los nombres de las virtuosas romanas, y Lucrecia le puso. *Lucrecia* sonaba agudos plenos y suaves murmullos, dulce y poderosa voz. El caballero Leonardo murió asesinado en un camino, violín en la diestra, arco en la siniestra y la espada al cinto. Sobre el violín, sangre del mancebo y una hoja blanca de haya, marchita por el otoño, que sobre la sangre hizo su huella. Nunca se borró.

## REGRESO DE UN HIDALGO BRETÓN

**E**L palacio de Olán —me contó un marinero de Montaña que lo vio— está entre dos aguas, y se baja a él por un camino secreto. Tiene torres y jardinería. El caballero de Man murió muy arrepentido de sus pecados y rezando a la Virgen de Camesbal por la salvación de su padre. El conde de Man empeñó su espada en el Juicio de Bretaña, dimitiendo así de su hidalguía, y pasó a América con unos malvinos para labrarse una fortuna. Pasados quince años, regresó rico y afamado, y el día 30 de noviembre, día de San Andrés, Avelino se presentó ante el Juicio para el rescate de su espada y sus títulos. Juró que no se había deshonrado en América y el primer par le devolvió la espada por el puño. Al desenvainarla para el saludo, se vio que el espejo de la hoja estaba orinado. Lloró el conde emigrante, y dijo que aquellas manchas recordaban un crimen en el que había tomado parte, y que le había dado pie para su fortuna. Y con su propia espada se mató ante el Juicio. Cuentan que el primer par dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Ha muerto un buen caballero de Bretaña!

## EL MAESTRO ARNOLFO

**H**ABÍA en Nuremberg un monje, llamado maestre Arnolfo, que enseñaba latines y letras griegas, con grande autoridad y pausa, como conviene. Vínole con el loco febrero una alferecía, y quedó el maestre sordo y mudo, que ya ni *rosa, rosae* podía declinar. Sentía que entraba en la posada de sus últimas jornadas, y ofreció un viaje a Compostela antes de dar su alma a Dios. El día 21 de marzo salió de San Sebaldo para Compostela, y llevaba andadas dos leguas cuando vino a posarse en el hombro diestro un pájaro de muchos colores, bizantino él de pico y cola. Algo dijo el ave al maestro, pues este regresó a su ciudad, y cuenta la fama que el pájaro lo mandó Santiago Apóstol, y que era un pájaro letrado, que sabía latín como Cicerón, y griego como Aristóteles. El pájaro desde el hombro de maestre Arnolfo enseñaba las letras con la misma voz del maestre. Y así fue por espacio de veinte años.



# **BALADA DE LAS DAMAS DEL TIEMPO PASADO**

*Et mourut Paris et Hèlene,  
quiconques meurt, meurt ci douleur.*

*F. V., Grand Testament*

*Cuando el pauvre escollier François Villon escribió su Gran testamento en la Balada de las damas del tiempo pasado preguntó: «¿Dónde están las nieves de antaño?» ¿Dónde? Las doce damas de la balada de Villon, como las nieves de antaño, se han ido para no volver. Fueron flor de un día.*

*La muerte les hizo temblar, palidecer,  
la nariz curvar, las venas tender,  
el cuello arrugar, la carne amolecer...  
¡Cuerpo femenino que tan tierno,  
polido, dulce y precioso eres!*

*La muerte vino por ellas. De alguna sólo queda el verso de la balada de Villon en que canta su nombre.*

*Varias veces pensé declarar las verdaderas historias de estas señoras antiguas, comenzando por Flora, la bella romana, y terminando por*

*Juana, la buena lorenese,  
que ingleses quemaron en Ruán.*

*Este invierno pasado, al amor del fuego, las escribí como quien cuenta. Aquí están, en doce capítulos, las doce damas. Escritas estas historias en invierno, cuando sobre la tierra caía la nieve de hogaño, quizá sea grato leerlas al sol de mayo.*

## BREVE NOTICIA DE FRANÇOIS VILLON Y DE SU BALADA

**F**RANÇOIS Villon nació en París en 1431 y es uno de los mayores poetas de Francia. Sus padres eran pobres; su madre, Villon lo dice, no sabía leer—*Oncques lettres ne leuz*— y su padre era, probablemente, un curtidor de cuero. Villon estudió y conoció las miserias del escolar pobre. Parece probable que haya obtenido el título de maître ès arts en la Universidad de París. Villon vivía conchabado con una partida de estudiantes procaces, largos de mano, aventureros y sin blanca. Pronto fue su jefe y su providencia. Villon, antes de tener tratos con la grosse Margot y sus amigas, fue un grande y puro enamorado; llama a su amada primera Denise, Roze, Katherine de Vauzelles; parece ser que ella le dio pie, lo escuchó y luego lo rechazó. Villon la burló e injurió en baladas y rondoes. Ella se quejó a la jurisdicción eclesiástica, alegando que Villon la había maldecido. El poeta fue condenado a pena de azotes. Villon abandonó París.

Estos años, 1455 a 1457, fueron los peores de su vida; se vio mezclado en un crimen, pero le salvó la vida el indulto concedido por el nacimiento de una princesa de Francia, hija del poeta Carlos de Orleans. Y ya nada sabemos de Villon hasta 1461. En esta época lo encontramos en la cárcel de Meung, prisionero del obispo Tibaldo de Ausigny; allí pasa días y semanas a pan y agua, quejándose de lo que él llama inmerecido castigo, que lo llevaba lentamente a una muerte cierta. Luis XI, recién coronado, visitó Meung e indultó personalmente a Villon. Y ya nada más se sabe del poeta sino lo que dice Rabelais, quien asegura que Villon se retiró a un convento, a Saint-Maixent-en-Poitou, cuyo abad era su amigo. Yo he visto, a orillas del Sèvre, la vieja abadía, el huerto de cipreses y el cementerio monástico, en el que quizás yace el poeta; cayó el muro del cementerio, y los labriegos siembran en él centeno y avena, y se sientan a comer y liar un cigarro en las losas que cubren las huesas de los abades de antaño.

François Villon es uno de los mayores poetas de Francia, y la *Balada de las damas del tiempo pasado*, inserta en su *Gran testamento*, es una obra maestra de la literatura universal. En los versos de Villon la bufonería se mezcla a la gravedad, la emoción a la procacidad, la tristeza a la gracia relajada, el trazo picante a la nota melancólica. Melancólica es esta balada que canta las nieves de antaño y que nos recuerda aquellos versos de las *Coplas* de Jorge Manrique:

*¿Qué se hizo el rey don Joan?  
Los infantes de Aragón,  
¿qué se hicieron?  
¿Qué fue de tanto galán,*

*qué de tanta invención  
que trujeron?*

o aquellos otros:

*¿Qué se hicieron las damas,  
sus tocados e vestidos,  
sus olores?  
¿Qué se hicieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
d'amadores?*

Es el gran tópico del *ubi sunt?*, al que todo poeta ha recurrido alguna vez.

Villon, en su testamento, recuerda que cada quisque tiene su muerte; inserta en él dos baladas, las de las damas y la de los señores del tiempo pasado. La de las damas es como sigue, libre y claramente traducida:

*Decidme ¿dónde, en qué país,  
está Flora, la bella romana;  
Archipas y Thais,  
que fue su prima hermana;  
Eco, parlante allí donde un rumor mana,  
en cualquier orilla o escondida gruta,  
que belleza tuvo más que humana?  
¿Dónde están las nieves de antaño?*

*¿Dónde está la muy sabia Eloísa,  
por quien fue castrado y luego monje  
Pedro Abelardo en Saint-Denis?  
Por su amor hubo esta desgracia.  
Igualmente, ¿dónde está la reina que mandó que Buridán  
fuese echado en un saco al Sena?  
¿Dónde están las nieves de antaño?*

*La reina Blanca, como un lirio,  
que cantaba con voz de sirena;  
Berta, del gran pie, Beatriz, Alix;  
Aremburga, que tuvo el Maine,  
y Juana, la buena lorenese  
que ingleses quemaron en Ruán.  
¿Dónde están, Virgen soberana?  
¿Dónde están las nieves de antaño?*

## ENVÍO

*Príncipe: en una semana no averiguaréis  
dónde están, ni quizás en un año.  
Pero este refrán no olvidaréis:  
¿Dónde están las nieves de antaño?*

Esta es la balada que con doce vidas de mujer, con doce historias de doce nieves de antaño, hemos glosado.

# FLORA, LA BELLA ROMANA

*Dictes-moy où, n'en quel pays,  
est Flora, la belle romaine...*

¿ **D**E qué Flora romana nos habla Villon? Hasta dieciocho cortesanas de este nombre se citan en algunos glosarios de la *Balada*, añadiendo: «La más célebre es la más antigua, a la que se atribuye la institución de las florales. Otra Flora fue amante del gran Pompeyo»... No, ni en un año averiguaremos de qué Flora se trata. Escojamos una entre las dieciocho. Una, aquella que todavía a veinte siglos de distancia nos parece la más hermosa. Nació en Setia, cabe las paludas pontinas. Era blanca, muy blanca, y el pelo tenía negro. En los oscuros ojos, algo de la fiebre de las lagunas llevaba. Fue muy hermosa y anduvo en historias medievales; Villon las habrá leído u oído en sus días de *pauvre escollier*.

Juvenal, Ovidio, Marcial, Plinio el Joven, dan noticias concretas acerca de las mujeres del agro pontino. Con estas noticias podemos intentar una descripción de Flora. Ya dijimos cómo era de blanca tez, cómo tenía el cabello negro y los ojos oscuros con brillo de fiebre de las lagunas, de la malaria, del «mail aire» pontino. Pero todavía no hablamos de que era más bien alta, y más bien gruesa que delgada, alta de talle, el seno amplio y henchido, «alto cuello de garza», que diría el Arcipreste. El mentón redondo y algo huido, los labios carnosos, la nariz noble, muy aventanada; almendrados los ojos, las arqueadas cejas bien pobladas; largos los brazos, como de hija de segador; piernas gruesas y los redondos tobillos de las mujeres de las tierras llanas. El andar lo tenía lento y gracioso. Esta Flora de que hablamos era así.

Una hermana tenía en Antium, como contamos la historia algo libremente digamos que la hermana estaba casada con un tabernero. En la taberna se necesitaba ayuda y Flora se fue a Antium a ayudar a su hermana a asar tortugas de Astura y de Clostra, escantar fino tusculano y vino de Ardea y entretener los pasajeros. Aún era muy niña Flora, tenía catorce años, pero ya iba muy bien para el trato de la taberna. Popea no necesitaría bañarse en leche de burra si tuviese su piel.

La taberna estaba cabe la vía Severiana y tenía un emparrado y un pozo abundante, con calera para poner a refrescar la bebida en tiempo de verano. Flora, en un año aprendió con el trato de los caballeros latinos todo lo que una mocita puede aprender en una taberna, y al año se escapó con un Flavio Valerio, que le enseñó lo único que todavía no sabía: el amor loco. Flavio tenía una quinta en Ostia, donde son las grandes sombras que pintó Claudio de Lorena, y allí fue la luna de miel. Coqueta, se adornó con todos aquellos afeites y perendengues que Juvenal relata en los versos que comienzan

y lo que sigue, hasta hablar de los zapatos «propios de vírgenes pigmeas»; y Valerio tanto se enamoró que se arruinó. Esto suele acontecer incluso en nuestro tiempo. Flavio Valerio se marchó con un tío suyo a las Galias y Flora caminó a Roma, vía Ostiensis arriba. Era por el alegre tiempo de mayo. La Puerta de Ostia la vio pasar. Se hospedó cerca de puerta Minucia, junto a las termas de Caracalla. Y en el baño, como a la casta Susana, parece ser que la sorprendieron tres ancianos. No había transcurrido un mes desde su llegada y ya la conocía toda Roma por hermosa y generosa.

En el patio de su casa Flora tenía palomas, y conforme a la moda de aquel tiempo les pintaba las alas de colores para ver volar el arco iris. Una esclava que cuidaba de las palomas se distrajo, y una verde buchona y otra naranja colipava volaron fuera del patio y se posaron a arrullarse en la terraza de una casa vecina: una casa siempre cerrada y silenciosa, en la que por la noche se veían extrañas luces y sombras fantasmales. A Flora le tentó la aventura, porque con su senador Tubo, o como se llamase, se aburría bastante, y fingiéndose su propia esclava fue a recoger las palomas huidas. No la dejaron entrar en la casa. Un esclavo viejo, mudo a lo que parecía, se las trajo en una red, y cuando Flora agradecía la gentileza de la captura vio pasar por el patio, envuelto en una túnica de blanca seda, un mozo alto y hermoso. El rostro, palidísimo, era de una belleza extraordinaria. Flora pasmó. Y ya la tentó algo más que la curiosidad.

Otro día fueron otras palomas, otro día un jarro de agua porque obreros limpiaban su pozo, otro día un hilo y otro otras palomas que huyeron. Pero Flora no podía pasar de la puerta, y siempre veía cruzar hacia el patio el hermoso mozo pálido.

Hasta que con oro y cien astucias Flora se encontró un día en el patio de la casa misteriosa y habló con el mozo, y este se rindió y la enamoró. Era un leproso, cubierto de pústulas todo el cuerpo, a no ser el rostro. Flora lo besó en la boca y huyó, espantada.

Flora abandonó Roma y regresó a su Señal natal. Y allí gastó en caridades el dinero que había ahorrado. Y estando un día sentada en su huerto, a la sombra de una higuera martina, vio llegar muy jinete al criado viejo del leproso, que le traía unas letras escritas por su amo poco antes de morir. Eran unas letras de amor y el regalo de su fortuna. Y cuentan las historias que Flora voló a Roma, y en puerta Nomentana encontró un físico, al que dio cien monedas para que con la ciencia del Egipto salvase de la muerte la cabeza del enamorado, lo que hizo el mago. A Setia volvió Flora con la cabeza, y la tenía en una urna de oro y piedras, y a veces, en la oscuridad de la noche, la besaba en los labios y en los cerrados ojos.

Flora murió un día. Es la primera de las damas del tiempo pasado que viene a la memoria de Villon: Flora, la bella romana, fue la más hermosa de las dieciocho cortesanas que hubo de su mismo nombre.

En Seda, en la ladera, se coge un vino blanco rosado, muy prieto y fino de sabor, escasamente alegre. No, no es un vino triste de Hungría; todo lo más, un vino melancólico. Yo quisiera beber una copa a la memoria de Flora: ella habrá bebido más de una en su amorosa soledad, y quizá llevó a la boca muerta de su enamorado el borde de alguna. Es un vino tibio y rosado, melancólico; un vino para enamorados nostálgicos.

Otra Flora, otra historia, es la que en su carta a don Enrique Enriquez cuenta mi obispo Guevara, juntamente con las vidas de las discretas Lamia y Laida, ramerías antiguas. La Flora de Guevara es la célebre, la más antigua: «Expendió esta Flora lo más de su mocedad —escribe el obispo— en África, en Germania y en la Galia Transalpina... Murió esta enamorada Flora en edad de setenta y cinco años, y dejó sus joyas y riquezas al pueblo romano». En la carta XLII de las *Familiares* de mi obispo, viene por largo la historia.



# ARCHIPAS

*Archipiada, ne Thais,  
qui fut sa cousine germaine...*

**A**RCHIPÍADA, prima de Thais. ¿Archipas la amante de Sófocles? Quizás. O aquella otra Archipas de que habla Pausanias, que bailaba ebria en la Magna Grecia anunciando el fuego y la baba del Etna. O también —quinientos años más o menos no son nada cuando se habla, con Villon, de las damas del tiempo pasado— aquella Archipas de la novela de Eufrasio, que un día salió de Alejandría para Constantinopla y tuvo amores con un emperador de barba rizada, con uno de aquellos mitrados y pausados bizantinos que hablaban por papel de música. Esta Archipas viajó como sólo se viaja en las novelas griegas. Murió en el mar, a bordo de una nave de Amalfi. Y en la mesa imperial de Bizancio se comió un salmonete que llevaba en el vientre una sortija que Archipas llevó en la mano.

Archipiada, prima hermana de Thais. De ella sí que puede decirse que sólo queda medio verso de Villon. Verdadera nieve de antaño, el sol de los siglos derritió la memoria suya, el recuerdo de su hermosura y empañó los espejos en que se miró, para que nunca más pueda resucitar una bella y amorosa gentil figura de mujer. Todo muere.

# BLANCA DE CASTILLA

*La royne Blanche, comme ung lys,  
qui chantoit à voix de sereine...*

**G**ENTIL era, y rubia; tenía los ojos claros de su tío Juan Sin Tierra; sería menuda y graciosa, como lo eran las leonesas, y sabía toda la cortesía de la vieja, rica y gótica León, que no la gastaban mayor los papas de Roma.

Blanca, ya lo dice Villon, era blanca como un lirio, y cantar cantaba con voz de sirena. Sobre la voz de las sirenas, desde el viejo y alegre Homero, se ha escrito mucho. Blanca tendría la voz grave y acariciadora de las sirenas atlánticas, y con ella cantarían los romances castellanos, los amores del conde Olinos, o aquel que comienza:

*De Francia partió la niña,  
de Francia la bien guarnida...*

Como en el romance, cuando iba a bodas con el delfín de Francia:

*A las puertas de París  
la niña se sonreía.*

Trece años, trece brisas de abril en los altos álamos de Castilla, en los chopos de las riberas del Duero, del Pisuerga, del Arlanzón; trece brisas de abril, trece rosas, trece jilgueros en el corazón. Trece años tenía la novia.

*¿De qué vos reís, señora?  
¿De qué vos reís, mi vida?*

Cuando visita los feudos de Issoudun y Graçay que Juan Sin Tierra le regala, todo el Berry es primavera; pero la primavera en el Berry es melancólica para las princesas. Quizás Blanca de Castilla tomó del pálido cielo del Berry, para sus ojos claros, una sombra nostálgica.

Luis VIII la quiso bien. Luis VIII el León era político, soldado y ambicioso. Gustaba de los quesos picantes del Nivernais y del vino tinto de Burdeos, que por aquellos días lo bebían los coléricos ingleses. Tuvieron doce hijos: uno de ellos fue Luis el Santo, el cruzado. Luis el León guerreó toda su vida contra el inglés y contra el hereje, y Blanca pasó años enteros sin verlo, cuidando su nidada en su palacio de París. Así pasaron, largos o breves, alegres o tristes, veintiséis años. Luis murió lejos

de Blanca, en el Languedoc, con la espada desenvainada contra el albigense. Dicen que cuando la fiebre que diezmaba su ejército se llevó su último aliento, ya tenía Luis en su cabeza gusanos verdiblanco que asomaban por la maraña de la blanca y laica cabellera.

Muerto Luis el León, Blanca de Castilla reinó en Francia por la minoridad de su hijo Luis IX.

—Hijo, prefiero verte muerto que en pecado mortal —dijo Blanca a Luis.

Así educaba la reina al rey.

Luis IX hallóse un día con la muerte en la cabecera de su lecho, y aunque por sí no le tomó miedo a la guadaña, tomóselo por su reino y sus hijos y se ofreció cruzado si Dios lo libraba. Y un día de agosto del 1248 Luis IX embarcaba para Tierra Santa, y Blanca de Castilla, por segunda vez, gobernaba Francia. Hay que decir cómo la gobernaba: con generoso corazón y mano dura, a manera de madre. Ella unió el Languedoc a Francia y fue, en ímpetu, paciencia y visión, una Capeto más.

Peleaba Luis IX contra el sarraceno en Levante por la libertad del Santo Sepulcro, cuando Blanca murió. Blanca vistió hábito benito e hizo votos meses antes de morir. Había fundado la abadía de Maubuisson, de la regla de Cister, con el nombre de Santa María la Real. La abadesa de Maubuisson nada tenía que envidiar a la de las Huelgas de Burgos, de la que se dijo un día que si el papa hubiera de casar no encontraría mejor partido en toda la redonda cristiandad. Allí, en la iglesia de Maubuisson está enterrada Blanca. Cerca del huerto de la Abadía, vicioso de manzanos bernardinicos, corre el Oise. Entre Creil y Pontoise el Oise es como un río de Castilla, como Duero caudal, Arlanzón o Pisuerga. Los álamos son lanzas verdeplata que crecen hasta las nubes para ver las torres de París. El río, turbio y manso, canta de molino en molino. Molinos trigueros como molinos castellanos. Blanca, blanca como un lirio que cantaba con voz de sirena, duerme allí. No penséis en madama la reina pensad en una niña de trece años que un día, por Roncesvalles, de Castilla pasó a Francia. Como en un romance, la niña se sonreía. Menuda, graciosa, rubia, los ojos claros, trece años en la cintura, en la boca, en las mejillas.

*A las puertas de París*

*la niña se sonreía*

*¿De qué vos reís, señora?*

*¿De qué vos reís, mi vida?*

Pensad en esta sonrisa; os aseguro que era libre como mariposa y dulce como miel. En las puertas de París, a caballo, está el delfín. Blanca, de oro y rosa, le hace la más grave y pausada reverencia de la cortesía de León.

## BERTA DEL GRAN PIE

**B**ERTA del gran pie, madre de Carlomagno. Sí, tenía un pie derecho gigantesco, dos veces mayor que el izquierdo; un pie de varón, de guerrero; un pie de dos cuartas, aprisionado en zapato de hierro para cortarle las medraduras; un pie enorme, de una nobleza incomparable, bajo el cual florecía la roca del texto latino: «*Super aspidum et basiliscum ambulabis et conculcabis leonem et franconem*». Y lo que sigue. Esta era Berta del gran pie, madre de Carlomagno. En las puertas de Aquisgrán, los Doce Pares le hacen cortesía.

Berta nació en Troyes o en Chalons, uno de los castillos de roca de Morvan que en el dulce llano de la Champaña levantaron los reyes merovingios, camino del Rin. Las viñas crecían al pie de los muros, como en las miniaturas de las *Ricas Horas* de monseñor el duque de Berry. En la comba del horizonte llegaban con sus copas hasta las nubes de mayo los álamos y los abedules. Sena y Marne, dos ríos de agua y de historia, pasan Champaña abajo, camino de París y del mar, que es el morir.

Recién nacida, Berta del gran pie fue llevada a la gruta de San Dizier, en la que mana como fuente de agua clara, bajo una piedra negra, la sangre del dragón que mató Clodoveo. Un santo ermitaño que guardaba la gruta, con aquella agua-sangre lavó el pecho y el vientre de la niña murmurando latines que semejaban horóscopos. Lavado con sangre de Dragón fue el pecho que amamantó a Carlos el Imperante y el vientre que lo parió.

La infancia y doncellez de Berta están llenas de prodigios, augurios, temores y señales. Dos años tenía cuando llegó al palacio de sus padres Sinibaldo de Othe, rey de la selva de Othe, con su hijo, el jorobado Teudis, para pedirla en matrimonio. El obispo de Auxerre, un santo varón que paseaba por las orillas del Yonne hablando sencilla y alegremente con las truchas y los barbos de cosas tocantes a la fe cristiana, había leído en un libro sabio y antiguo —*plus que Senéque ou le Donat*— que aquel que se casara con una princesa de gran pie engendraría un hijo que sería el más poderoso rey de los cristianos. Los padres de Berta huyeron del terrible Sinibaldo y de su pobre hijo y se refugiaron en Soissons, a la sombra de los sauces llorones del Aisne donde Berta cumplió cinco años tan bellos como el más bello lirio de Francia. Ya hablamos de su pie derecho enorme y delicado. Pero todavía no hemos hablado de sus ojos azules, de sus doradas trenzas, de aquel colmillo afilado que tenía, y que al reírse —la *Chanson* lo dice— dejaban ver los gordezuelos labios. Era de amplio cuerpo, garrida y membruda y de sus manos se dijo que eran tan sutiles que bordaban en paños transparentes y finos que rompían si una mariposa se posaba en ellos. Era devota y honesta y aprendió cortesía en las historias romanas. Música y danzas le enseñó su madre, y entre los cinco instrumentos que conoció sobresalió en el cuerno de caza. Cuando a los seis años de su edad la vio en Laón Pipino, su futuro esposo, ella le pasaba a él tres palmos de estatura y le llevó el pulso en los juegos que hubo

antes del llamado banquete de las Desconocidas.

Banquete de las Desconocidas: un día de verano, en los jardines de París, Carlos mandará a Gaíferos y Arnaldinos que cuenten; pues a sus padres se la oyeron, la historia del banquete de las Desconocidas. Tal como Gaíferos la contó os la cuento.

El conde de Laón invitó a Berta y Pipino a un gran banquete en el salón de su palacio. Habían jugado los invitados y oído música a un mendigo que iba romero de Bretaña para aprender allí la historia de Artús y la Tabla Redonda y poder cantarla a los hijos de los duques de Borgoña, su señor, y se disponían a sentarse a la mesa, que se ofrecía repleta de asados, quesos y vinos, cuando entró en el salón un paje anunciando que cinco damas, cuyo rostro tapaban blancos velos, acababan de llegar y deseaban ser invitadas al banquete. Accedió cortés el conde de Laón y entraron las cinco damas, que eran todas muy semejantes en cuerpo y atavío. Hicieron una reverencia al conde y se sentaron en un rincón de la gran mesa. (Paréceme que siendo hadas, como luego se verá, no debieron comer más que pichones con nata; en una fábula de Pierre de Loudun, eso es lo que come el hada Verlette, eso y bizcochos borrachos). Mediada la comida, quiso el conde saber algo de las cinco desconocidas, que aún seguían tapadas con sus velos, llevándose con la mano, por entre ellos, la comida a la boca.

—Sois tan gentil —dijo una al conde— que no podemos negaros nada. Somos nosotras, señor, doncellas del hada Viviana y venimos a Francia a buscar una princesa que quiera casar con Lanzaín de Gaula. Por los palacios la hemos buscado y por las abadías, pero no dimos con ella.

—¿Cómo la conoceréis?

—Porque le vendrá apretado este zapato que cosió Merlin.

Y mostró un borceguí de cuero rojo, bordado en oro con escenas de guerra y amor, y una carta de Lanzaín para su elegida. Era un borceguí tamaño del pie de Berta.

—Pues en este banquete está esa a quien buscáis, pero no se podrá casar con vuestro Lanzaín, aunque reine en siete ciudades.

—¡Once tiene, y las once tienen mar! El que con ella case engendrará el mayor rey de los cristianos.

Y se fueron las Desconocidas como vinieron, volando, después de haber visto el pie de Berta y haberle oído que no quería pasar a Bretaña a casar, que ya tenía dada palabra al rey de Francia.

Antes de su boda, y por consejo del ermitaño Ermín, dijo Berta a sus padres que quería ir a Roma en romería. No se opusieron estos, aunque le recomendaron que hiciera el viaje como caballero y no como doncella. Vistióse, pues, de varón Berta, armóse de todas armas y con un escudero se puso en viaje. Once semanas y tres días tardó en llegar a Roma. Salieron de Laón por Pascua Florida y entraron en San Juan

de Roma el día de San Pedro. Y al entrar en Roma tuvo la visión.

Preguntaos por el alma de aquella niña de nueve años, desde la cuna acostumbrada a oír que su gran pie era la señal divina de que ella, la pobre Berta, había sido escogida por Dios para dar a los cristianos un rey «*plus sage que Trajan plus preux que Constantin*», el más poderoso de todos los reyes conocidos. Su enorme pie derecho le impedía correr como quisiera, correr y danzar. Algunas gentes se habían reído de ella y de su pie estrafalario; otras, la compadecían. Berta quizás hubiera querido tenerlos menudos, iguales, ligeros pies de sus hermanas, su femenina talla, su breve cintura, su alegría. Berta era una niña más bien triste, y muchas veces, cuando la melancolía habitaba su corazón, se preguntaba por qué había sido ella, precisamente ella, la elegida. Pero al entrar en San Juan de Letrán —*omnium urbi et orbi ecclesiarum mater et caput*—, la primera de las iglesias, «pura como la fuente del Baptisterio, donde beben a la par ciervos y palomas», tuvo la visión. En las historias de Carlomagno viene la visión que Berta tuvo en Letrán: vio, arrodillado ante el papa, coronado con la corona de hierro de la Lombardia, vestido de oro y de damascos, a un rey en cuyas barbas florecía el rocío de las mañanas. «Ese es tu hijo Carlomagno, Berta», le dijo al oído una voz clara y poderosa como la voz del rayo. Y todas las vergüenzas y temores de Berta, la elegida, se desvanecieron.

Casó Berta en Laón y parió a Carlomagno. Como Ermín, el ermitaño de Soage, había anunciado, fue bautizado en París. Al bautizo fue en una zapatilla de Berta, en la zapatilla del pie derecho, en la que el recién nacido iba holgado. Seis obispos le echaron agua bendita.

Berta, desde el nacimiento de Carlos, pasa a la sombra. A Carlos le educan en Laón y en Douai obispos y varones. Sí, sabemos que Berta está en Reims cuando san Martín, bajando jinete en una nube, en compañía de san Pablo y san Jorge —¡aún no caracoleaba en los cielos el caballo blanco de Santiago!—, lo armó caballero; sabemos que está en Aquisgrán cuando Roldán juega la lanza de oro; sabemos que apadrina a Melisenda y que borda un guante que Oliveros lleva... Imaginemos en Aquisgrán y en Tréveris, Paris y Besanzón, sentada al lado de su hijo, mostrando su enorme pie, que ahora la llenaba de felicidad. Aquel pie que había dado al mundo el limpio, poderoso, santo Carlomagno. Cuando Berta entra o sale, don Roldán de Bretaña, Gaiferos el danés, Guarinos de los mares, don Berenguer, Sansón, Amerinos, Gerardo del Rosellón... le hacen cortesía. Y el arzobispo Turpín la bendice desde su silla colorada. En el armario, las espadas del primer rey de los cristianos —la *Joyosa*, la *Almazana*, la larga *Cortés* y la noble *Durandarte*— chocan entre ellas, cantando al chocar como campanas cuando Berta pasa, haciendo temblar el piso al andar, con el mazazo de su gran pie. Desde Roncesvalles al Rin se oyen los pasos de Berta tan claramente como el olifante de Roldán.

# ECO

## NOVELA GRIEGA DE LA HERMOSA DONCELLA HYLAS

*Echo parlant quand bruy on maine  
dessus rivièrè ou sus estàn,  
qui beauté eut trop plus qu'hummaine.*

**C**OMO Chipre es de Afrodita, Creta es de Teseo. La espuma de las costas chipriotas la tejen con sus colas los delfines del mar fenicio, aquellos que vieron tan claramente como Sandro Botticelli, cuando Venus nació de las aguas, la estela de la concha marina que, bajo los pies divinos, amaneció a la luz. Dicen los antiguos griegos que aún buscan hoy los delfines, en sus alegres correrías, la huella de aquel ronsel perdido. Creta es de Teseo, el vencedor del Minotauro. En Creta nació Zeus, el padre de los dioses, y por eso en la isla tauromáquica y dorada no hay hierba venenosa, ni lobo, ni lechuza... Y en Creta, al pie de las columnas del templo de Teseo, nació Hylas, la hermosa doncella, que mora todavía entre nosotros y llamamos Eco. Dos vírgenes brincan en la cara del toro, jugando con banderillas de fuego adornadas con palomas blanquiverdes, para el primer baño de Hylas en el templo. El toro cretense lleva en el testuz los cuernos de la luna: toro jabonero, enjabonado en jaspes sangre expiatoria. Hylas nació, y sus padres, cuyo nombre ha olvidado la memoria antigua, la regalaron al templo que en su frontón enseña la victoria de Teseo en el Laberinto. Tenía doce años cuando danzó por vez primera entre las columnas. Toda Creta gritó que Ariadna, con su ovillo, había resucitado. Comienza aquí la novela griega de la hermosa doncella Hylas. (Con Villon, creemos que se trata de una doncella. El obispo Guevara también lo creía. Pausanias, en cambio, y otros antiguos, entre los que se cuenta Ovidio, afirman que era un doncel. Nosotros la creemos doncella: la hemos oído. Ya diremos dónde y cómo).

### *Primer aparte*

Pasó Hércules un día a Creta y los ojos del dios vieron a Hylas, que bordaba en un bastidor racimos azules y delfines colorados. Hércules se sentó a su lado y le pidió que aceptara su compañía.

—¿Sois extranjero?

—Sí.

—¿Venís de muy lejos?

—Del jardín de las manzanas de oro. Vedlas.

Y Hércules mostró a Hylas las tres manzanas de oro.

Parece que Hylas se enamoró del viajero desconocido, aunque ni a sí misma osó declarárselo. Hylas vivía al lado del templo, en una de esas casas blancas que hay en las novelas griegas, con una higuera, un pozo y una parra, y en ella daría hospedaje al extranjero.

Es sabido que en todas las novelas griegas hay un pasajero misterioso, que al amanecer ha huido de la casa que le ofreció techo en una noche de tormenta, dejando en el seno de la doncella hija de los huéspedes la semilla de un hijo que algún día será cantado por los poetas. Yo me imagino a Hércules mostrando a sus huéspedes, al amor de la lumbre, las tres manzanas de oro, que tintineaban al chocar entre sí. Los negros ojos de Hylas enredarían miradas en la larga cabellera y en las barbas enmarañadas del desconocido.

—¿Sois un dios? —le preguntaría, sentados bajo la Parra, cuando la tormenta se ha alejado, ha cesado la lluvia y se encienden las primeras estrellas de la noche; un aroma de tierra húmeda los envuelve, y exhalan su perfume las lilas que florecen al pie del pozo.

—¿Conocerías a Hércules si se acercase a ti una noche?

—Dicen de él que tiene un lunar en la espalda que semeja un león.

Pero Hércules se cuidará de descubrirse. La novela griega perdería todo su encanto si la señal del reconocimiento no fuese descubierta en el último momento, fortuitamente, como si una lámpara se encendiese de pronto en la oscuridad... Contemos, contemos la novela griega de Hylas tal y como fue, tal y como pudo ser.

## *Suceso*

Hércules llegó al templo de Teseo al anochecer. Una horrible tempestad —como si Júpiter con sus rayos rodase por los cielos borracho de ozono— envolvía Creta. Y una de las doncellas que el templo guardaban abrió la puerta a aquel viajero desconocido, que se envolvía en extrañas pieles. Hylas, que tal era el nombre de la doncella, no pudo resistir el torrente de palabras de Hércules, ni la mirada de sus duros ojos, ni la atmósfera de misterio que envolvía a aquel pasajero, que quizás era un dios. A lo mejor, Júpiter mismo, Zeus padre, que volvía en figura de mozo a la isla natal, acompañado de la corona de sus rayos y la música de sus truenos... Hércules amó a Hylas porque esta tenía una sonrisa dulce y una voz tibia y tímida como el respirar de un pájaro. Pero Hylas no se le entregó, que ella, bien educada en los amores antiguos le hizo hablar hasta que vino el alba y el templo se llenó de luz.

—Esta noche volveré —dijo Hércules.

—Y me contarás la historia de tus padres —dijo Hylas.

Seis noches consumió Hércules contando a Hylas su estirpe, sus viajes, sus



hazañas. Y la séptima noche, cuando Hylas colgaba sus túnicas en las ramas de un limonero, fue raptada por Artemisa a petición de Ariadna, para que Hércules, gustando de ella, no mancillara el templo de Teseo. Hylas enloqueció, y desde entonces vaga por los montes, repitiendo en su locura las últimas palabras de todo lo que oye a las gentes que pasan.

### *Segundo aparte*

En las novelas griegas —ya Aristóteles preceptuó peripecia y reconocimiento— abundan estas largas separaciones de amantes; innumerables calamidades se abaten sobre ellos, forzándolos a dilatadas ausencias e inacabables viajes por los países de la más fabulosa geografía; pero siempre, ya los viajes sean a las costas boreales del ámbar, o a las orillas índicas y etiópicas de la mirra y de la canela, al final, en las diez últimas páginas, los amantes se encuentran y conquistan eterna felicidad. La única novela griega en que esto no sucede es en la novela de Hylas, llamada Eco. Quizás —y sin quizás— porque él era un dios.

Eco rueda por el mundo, y a veces los arquitectos han querido encerrarla bajo una bóveda o en un claustro, pero ella sólo les permite aprisionar parte de su voz inagotable. ¡Voz femenina de Eco! En Compostela, bajando por la azabachería, cabe el arco que llaman del Arzobispo, se oye la voz de Eco como en ningún otro lugar del mundo. Si dais una palmada, al punto oís a Eco huir, rodeada de un bando de invisibles palomas, cuyas alas baten el aire. Otras veces no huyen las palomas: se oye cómo las zuritas arrullan a la doncella. Más de diez noches yo he ido al arco del Arzobispo a oír la voz femenina de Eco y el vuelo y el arrullo de las palomas. Bajo la estrellada, era como un milagro más en la pétrea selva jacobea.

### *Otros sucesos*

Una vez corrió por la Magna Grecia el rumor de la muerte de Eco, cerca de Naxos, al pie del Etna humeante y rumoroso, que acababa de devorar a Empédocles y sus sandalias. Y el origen del rumor que llegó hasta el ágora soleada de Siracusa fue que en el camino entre Catana y Naxos había varias rocas que coronaban un cantil sobre una breve playa de grisácea arena, fina y morena como ceniza en las que Eco respondía tres veces a los viajeros que la interrogaban, y las tres veces con diferente voz; la primera, clara y argentina; la segunda, grave y sosegada, y la última, oscura y terrible. El Etna desató un día sus furores y la lava corrió en ríos mortales, bajo un cielo rojizo, hacia el mar. Un brazo de lava se derramó por las rocas del cantil hasta la playa, cegando las juntas, y ya nunca más se oyó allí a Eco, a la que se dio por

muerta. (En Sicilia eran muy afectos a estos rumores; por allí se corrió otra vez que Pan había muerto en los olivares de Acrae; era mentira).

¿Las últimas noticias de Eco? Vive todavía; todavía es una doncella, y su voz juega con nuestros oídos a las cuatro esquinas. Dolor, quizá lleve en el alma. Los locos por amor, sin embargo, acostumbran a tejer la tela de su locura con esperanzas. Siempre hay una loca por amor que avizora un camino, esperando el regreso del amado, o que en sueños le habla y besa. Gusto de imaginarme a Eco joven y esperanzada. Ella pensará que su novela, como todas las novelas griegas, ha de tener un final venturoso.

### *Final*

Eco estará sentada a la sombra de los cipreses. Del mar sube una brisa fresca y rumorosa. Desde su asiento, Eco contemplará las ruinas del templo de Teseo. Las columnas yacen entre las viñas. Quizá sólo una se mantiene en pie, para que la hiedra medre por ella, a la caricia del sol y del viento marino. Por el camino de la Puerta de Oro —la puerta de las tauromaquias— se acerca un hombre. Lleva sobre su cuerpo, desnudo, una piel de león. Eco se levanta; su corazón late raudo y sorprendido. ¿Es Hércules? El hombre se detiene ante la doncella y la mira a los ojos.

—¿Queréis darme agua, amiga? —pregunta.

—¡Amiga..., amiga! —repite Eco.

—¡Por favor, agua!

—¡Agua..., agua!

El sediento desconocido ve a la hermosa doncella huir, huir al oscuro pozo de los ecos.

La muerte de Eco será algo parecido a esto, y ocurrirá cualquier día.

## BEATRIZ, EL *BEL CAVALIER*

**E**N una aldehuela a orillas del Ouvèze al pie del monte Ventoux, nació el trovador Rainbaud de Vaqueiras, cuya historia hay que contar para poder cantar a Beatriz, el *Bel Cavalier*. Rainbaud de Vaqueiras aprendió en Orange y en las terrazas de Aviñón las *Leys d Amors*, y toda Provenza, que estrenaba por aquellos días el amor y la primavera, le oyó trovar. Entre todos los que trovaron en Provenza, desde Marcabré a Mistral, Rainbaud es el que más se acerca a la dulzura del aire lemosino. Tanto y tan bien encontró aquel mocito de ojos claros, que el marqués Bonifacio de Monferrato, que había ido a Aviñón a besarle la sandalia al papa, se lo llevó consigo para que alegrara con sus canciones y baladas las soledades piemontesas. Monferrato está en un alto, y los pinos de las laderas tendosinas, rumorosas y oscuras, son su jardín.

Una mañana de abril amaneció Rainbaud en Monferrato y gustó, mientras le preparaban un desayuno de pechugas y requesón, de contemplar, desde el parque solitario, las altas torres almenadas, y, subiendo a las murallas, los grandes patios y las galerías... Patios que se llaman del Rosal y del Encanto, de *madonna* Laura y de la bella Passerose, y que hoy duermen bajo la hiedra y el silencio. Bajaba Rainbaud de la terraza de la muralla al patio del delfín Coronado, cuando vio, a través de los ventanales de la galería que llaman del Malherido, una singular y encantadora escena: una doncella de larga y negra cabellera desnudaba sus femeninas ropas para vestir una reluciente armadura milanesa, que en la coraza llevaba labrado un león devorando una paloma. Recogió el pelo la doncella y calzó el yelmo de tres penachos. Giró, con las manos en la cintura, como cuando comienza el paso de la danza tolosana, recreándose en su gentileza. Tomó luego una espada brillante y la blandió contra imaginario enemigo, quizá contra el león que devoraba la paloma:

*Amor es un león  
que come el corazón.*

Y vio Rainbaud cómo se desnudaba de hierro para vestirse de seda. ¡Qué hermosa era! Los negros cabellos le bajaban a la cintura, que la tenía tan breve como la rosa. Miró al patio y un instante sus ojos grises se posaron sobre Vaqueiras. Arrebolóse y huyó. Aquella doncella era missignora Beatriz de Monferrato, hermana del marqués. El trovador que enamorar, enamorar, enamoróse, la llamó con sus trovas, sueños, deliquios y suspiros, el *Bel Cavalier*.

A la mañana cantaba la alondra, y en la noche respondía el ruiseñor. Era mayo florido, y las soledades piemontesas se dieron al amor. Dama Beatriz, que estaba prometida a Arrigo del Caretto, señor de Savona, hizo oídos sordos a las trovas y lais

de Rambaud, quien desesperó y lloró lágrimas amargas, e hizo penitencias de enamorado melancólico, según lo que advierten las *Siete admoniciones de Amor* que rigen en Beaucaire y Tarascón; peregrinó, vestido de pastor, anticipado Salicio y Galatea, a Santa María de Pinerolo, donde hay una fuente en la que es fama bebió Isolda cuando, siendo niña, fue a Roma en romería, vestida con un velo de cavalcana azul celeste, tejido por el hada Viviana con hilos de niebla de Avalón. Donde Isolda posó los labios que había de besar Tristán, puso los suyos Rambaud de Vaqueiras. Y tantos extremos hizo que ablandó a Beatriz y su corazón se dio al mozo de los ojos claros, del dorado bozo, del cabello partido a la valentina, y de la voz tibia y dulce como el aire lemosino. Rambaud pudo acariciar la cabellera negra; mirarse, como en las aguas de la fuente de Tourne, donde Anglora murió ahogada de amor, en los ojos grises del *Bel Cavalier*, decirle al oído sus versos; besarlo, sí, besarlo en los labios finos, alegres, floridos, y ceñirlo por la cintura, aunque la cintura de dama Beatriz la ceñía ya una banda blanquiverde que en oro llevaba la cifra del gótico y justiciero Arrigo del Caretto, señor de Savona y Albenga, su prometido esposo... Arrigo cazaba en la selva ligur, aguas arriba del Stura y el Tanaro, dos ríos alpinos, que en Asti, cruzando bajo la puente florida, aprenden a la vez métrica y geometría.

Casó Beatriz con el feudal de Savona y pues las *Leys d Amors* no lo prohibían y la cortesía ligur lo toleraba, siguió en amores con Rambaud, que en su propio palacio se hospedó, recitándole a don Arrigo cuando regresaba de sus cazas, la historia de Parsifal, que el caballero apreciaba más que ninguna otra historia de las mil y dos que andan por el mundo:

*Ane Persavals, quant en la cort d Artus,  
tole las armas al cavalier vermelh...*

El feudal escuchaba el recitado y se adormilaba, soñando con la Tabla Redonda. Cuando Arrigo dormía —como un can, tendido al amor de la lumbre de la gran chimenea— Rambaud de Vaqueiras cantaba *letto e piano* aquella balada que suspira:

*Bel cavalier, en vos-ai m'esperansa...*

Y Beatriz sonreía, sonreía contemplando en los ojos del trovador la pálida, azul, lejana luna que nacía sobre el nevado Settepane. De la playa subía, noche y silencio, arriba, el trémulo rumor del mar ligur...

Tanto cazó don Arrigo aguas arriba del Stura y del Tanaro, tanto durmió soñando con Parsifal, tanto cantó Rambaud con aquella dulce voz que recordaba el aire lemosino, tanto se apoyaron en la balconada de los ojos claros del trovador los ojos grises de missignora Beatriz, tanto arrulló el mar ligur las playas de Savona, tantas

veces fue el cántaro a la fuente... que una noche de verano Bonifacio de Monferrato sorprendió a los enamorados en un mismo lecho: sobre la hierba, adornada de amapolas y camomila, cubiertos con el manto del trovador, a la serena, silenciosa, inmensa música de la estrellada. Se amaban ya

*Mais que Tisbe non amet Pirus.*

Bonifacio repitió la historia de Eguinaldo y el paso de Gerineldo: llevóse la capa del trovador y cubrió a los amantes con la suya. Pero nada contó a Arrigo el cazador el marqués Bonifacio de aquellos extremos amorosos, que aunque fueran bajo la bóveda celeste y en tiempo de verano —«nunca se sabe lo que puede pasar si viene un junio un poco caliente», advirtió Falstaff a las alegres casadas de Windsor—, no estaba permitido por el amor cortés que reinaba en los palacios provenzales. Bonifacio de Monferrato convenció a Rambaud de las excelencias de una peregrinación a Tierra Santa, en la que ambos pedirían el perdón de sus pecados. Como ausencia aumenta amor, Beatriz y Rambaud, aunque llorando, no vacilaron en poner mar por medio. Y Rambaud, con el marqués Bonifacio, se fue palmero.

¡La palmería...! Toda la Riviera di Ponente, desde Niza a Savona, conoció aquella onda ligera que vino a morir en sus arenas; era una onda de la estela de la nao genovesa, que surcaba el agua azul de la Liguria, camino de Tierra Santa. La onda murió en la playa y borró las huellas de las lágrimas de despedida de missignora Beatriz. ¡La palmería! En la nao genovesa van los palmeros. La lista de pasajeros parece tomada de un *Flos miraculorum* miniado en Brujas, Dijon o Nuremberga. En la nao va aquel monje de Chieri que se trocó en faisán por haber comido un alón salteado el día de Viernes Santo; un lego de ojos candorosos y rapada testa lo lleva peregrino enjaula de plata, con salvoconducto de los duques de Saboya. En la nao va aquel caballero de Mandovi que raptó una monja benita en Fossano, y ella, por salvarse del pecado, pidió a Dios la lepra, que le vino en un santiamén, aterrando la muerta hermosura al lujurioso. En la nao van cruzados y vírgenes de mirada clara y mansa que amenaza florecer en rosas. En la nao el marqués Bonifacio, que sueña con reinos latinos en llanuras bizantinas. En la nao de la palmería va el trovador Rambaud de Vaqueiras, palmero no sólo por sus pecados, sino también porque en Aviñón, en el puente,

*Sos le pont d'Avignon  
tot le mond ié passo*

le enseñaron que la ausencia aumenta el amor.

*Emperadors e ducs e reis  
n'aven fachs, e costéis garnits  
pros deis Turcs e deis Arabiz...*

«Hicimos emperadores y duques y reyes y levantamos castillos en la frontera de los turcos y de los árabes». Rambaud, con Monferrato combatió por el bizantino en la Capadocia de san Jorge y en la frontera de Tracia. Monferrato, en dos batallas, ganó Orfani y Rendina y conquistó el reino de Salónica. Eran los días de los navarros en Albania y de los catalanes en Atenas y Neopatria. El rey Bonifacio hizo a Rambaud duque y príncipe de Orfani. Pero tras el brinco de las batallas le había venido al poeta la nostalgia y no había principado que lo alegrara: soñaba, soñaba siempre con Beatriz. «Prisionero estoy en Ultramar», le mandará decir en una balada que Beatriz leyó creyendo sentir en sus oídos la caricia del aire lemosino. Nunca se volvieron a ver. De Beatriz sólo sabemos que dio once hijos a Arrigo del Caretto, que, al parecer, ya no cazaba tanto y dormía menos. De Rambaud sabemos que murió en su principado amando a aquella blanca y lejana visión, amando su *Bel Cavalier*, sin olvidar un día su nostalgia. Todas sus baladas cantan el *Bel Cavalier* y yo gusto de imaginármelo en Orfani, en la terraza del palacio, a la sombra de los naranjos mirando el mar, de olas tan azules como el mar de Génova; en el horizonte quizás sus ojos alcanzasen a ver la cumbre del monte Athos, y cuando soplaba el viento tesalio oiría cantar la campana que una princesa bizantina regaló al monasterio para que la oyera su amado, monje arrepentido... Una campana enamorada, en la que ausencia aumentaba amor. Como en su corazón de desterrado...

Beatriz se fue a donde se han ido las nieves de antaño. Aunque François Villon no la hubiese recordado, nunca lo habríamos olvidado, ya que supo amar al trovador Rambaud, un mocito de Orange, nacido al pie del coronado Ventoux, que aprendió en el puente de Aviñón las leyes del amor y de la cortesía.

# ELOÍSA Y ABELARDO

(Fabliau en varios capítulos)

*Où est la très sage Heloïs,  
pour qui fut chaslré et puy moyne  
pierre Esbaillart à Saint-Denys?  
Pour son amour eut cest essoyne.*

## *Retrato de Eloísa*

**D**E Eloísa no nos queda retrato verdadero ni detallada descripción, y nosotros olvidamos hoy todas las que vienen en las mil novelas que de estos desesperados amores se han escrito. Sabemos que hablaba las tres lenguas de las escuelas —latín, griego y hebreo; san Jerónimo consideraba este saber como virtud maravillosa—, pero no sabemos cómo tenía la nariz. Sería chatilla, menuda, regordeta, rubia; así son hoy las mozas de su Brie natal, esa breve provincia que, como una isla que Sena y Marne abrazan, sube desde la Champagne hasta la Isla de Francia a enseñarle a los muros de París sus viñedos, sus centenos, sus prados de trébol y añojera, sus álamos, sus abedules y las siete torres de las siete abadesas de Provins. El tío, el canónigo Fulberto, era de Coulommiers, y ella sería también de allí, de aquel pueblo como un nido, que huele a queso ahumado y salsa de ajos, y tiene en la plaza cuatro mesones con emparrado, bajo el que se beben los días de mercado varias garrafas de aguardiente a los higos de San Martín y a las guindas de San Pedro; este adulzado, el otro regoldador.

Pero estamos con el retrato de Eloísa. Sí, sería alegre y decidora, como lo son las mozas de Brie. Y tendría ojos de azul violeta que estas tienen, color de clarete de Provins y Sézanne. Y la ataviaría toda la gentileza de París. Su tío el canónigo le dio maestros en artes y filosofía. *Cum per faciem non esset ínfima* —se dijo ella—, *per abundantiam litter arum erat suprema*. Lo mejor que tenía, con la abundancia de letras, eran los hombros. Tenía dieciséis años, y de su natural era curiosa y apasionada. Esto debía vérselo en los ojos.

## *Retrato de Pedro Abelardo*

En la iglesia de Notre-Dame, de Paissy, en una de las vidrieras, arrodillado en un reclinatorio, está Pedro Abelardo. Este fantasma celta junta sus manos y eleva los

ojos al cielo. Flaco, tonsurado, viste dos túnicas, violeta una, verde otra, con grandes mangas abiertas. Tiene el mirar nostálgico, perdido en el azul celeste del cielo de la vidriera y calza zapatos amarillos.

Era un celta, un fantasma, una especie de René del siglo XI. Parece ser que ninguna mujer lo miraba sin riesgo. La mirada viva, la boca fresca y sensual, una incomparable gracia de movimientos, una voz cálida y ronca a la vez... Treinta y cinco años tiene el bretón, y es el más poderoso y escuchado de todos los maestros que enseñan en París. Combate a Guillaume de Champeaux y a Roscelin con un vago racionalismo, cuyo máximo encanto y poder parece haber sido Pedro Abelardo mismo.

*¡Ah!, pour l'amour du Grec, souffrez  
qu'on vous embrasse.*

Pedro Abelardo fue a vivir a casa del canónigo Fulberto, en la rúa del Chantre; el canónigo le dio posada con descuento si vigilaba la educación de Eloísa, a lo que se comprometió Pedro Abelardo. El maestro fue autorizado por el canónigo a azotar a la sobrina si no se mostraba diligente en los estudios. Parece ser que Abelardo lo hizo más de una vez, y que en una azotaina precisamente salió a flote este amor desesperado. «Hablábamos mucho más de nuestro mutuo ardor que de cuestiones filosóficas. Nos dábamos más besos que axiomas explicábamos y mis manos acariciaban las suyas con más frecuencia que los libros». Esto dicen que escribió Abelardo. También se asegura que por entonces, en vez de lecciones de filosofía componía canciones amorosas. También era algo músico y sabía danzar; quizás enseñara a Eloísa los pausados bailes bretones. Lo cierto es que comenzaron por Aristóteles y terminaron amándose furiosamente.

Se asegura que las canciones de Abelardo llegaron a oídos de Fulberto, que entró en sospechas y se puso a vigilar la pareja. Fulberto era un buen hombre, a lo que me parece. Tenía misa diaria en Saint-Honoré, su vecino; gustaba de pasar el río por la barca de la Tour du Bois para ir a pasear por el Pré-aux-Clercs o el bosquecillo de Grenelle, tan agradecido de mirlos. Pese a sus latines de Pervins, era un labriego de Coulommiers, afecto al clarete, al aguardiente de higos, a la salsa de ajos, a las truchas asadas, al cordero trufado, a las empanadas de lomo, al queso dorado con humo de corteza de abedul... Le había salido aquella sobrina filósofa y no quedaba otro remedio que aguantarse. Se puso, dijimos, a vigilar la pareja, y aun tenía sus dudas cuando Eloísa escapaba a Bretaña, a casa de una hermana de Abelardo.

Tuvo un niño, del que nada se supo nunca, y que fue bautizado Astrolabio. (Villiers de Lisle Adam contó una vez que este Astrolabio fue prohijado por los Villiers, parientes de Abelardo por parte de madre).



## *Horas amargas para todos*

El canónigo cogió a la sobrina como y cuando pudo y la metió en un convento en Argenteuil. Pero parece ser que hasta allí iba a tentarla Abelardo, quien, por otra parte aunque el matrimonio, desde Séneca y Cicerón, fuese considerado como infamante yugo para el filósofo, había prometido que sus amores terminarían en boda. Algo pasó entonces, algo muy oscuro. Entraron unos criados en la habitación donde Abelardo dormía, y el que quiera saber lo que allí pasó lea los versos de Villon... Eloísa enfermó. Abelardo estuvo a las puertas de la muerte, los criados de Fulberto fueron colgados y el propio Fulberto vio sus bienes incautados y su canonicato en cabeza de otro. Se retiró a Corbeil con lágrimas en los ojos. Cuando volvió en sí Eloísa entró en un convento, y Abelardo se hizo monje en Saint Denis.

## *Crepúsculo*

Eloísa en el Paraclete y Abelardo en Saint-Gildas: cada uno en su celda, en su soledad. Se escriben. Las cartas de Eloísa son más tiernas, las de Abelardo más apasionadas. Abelardo vive en una noche fantástica, estrellada y cálida. Eloísa en el amanecer que canta la alondra. Ya no esperan más que la muerte. Eloísa vivirá mucho tiempo, será abadesa del Paraclete, «en doctrina y religión muy resplandeciente»; ya tienen veintiún años de muerte los huesos de Abelardo cuando los de Eloísa van a la tierra. En el mismo sarcófago pusieron los dos amantes, y los huesos de Abelardo, por amor de leyenda, abrazaron aquel cuerpo que un día fue gentil y ligero como paloma.

## ALIX LA RUBIA

**A**LIX la rubia; la más rubia, hermosa y alegre de todas las princesas del Delfinado. Nació en el camino de Valence a Grenoble, a orillas del Isère, exactamente junto al vado de Romans. Nació bajo las acacias, en la hierba esmaltada de pesebetas, reinesildas y lilas. Y la envolvieron en la saya de una criada del molino. La madre murió del parto, allí mismo, oyendo cantar el río Isère. La enterraron en Romans, en Nuestra Señora, al pie del altar de santa Clotilde, bajo una losa, con las armas de Orange y de Vienne. Se llama Beatriz de Nyons. El padre, el príncipe Renault, no quiso ni ver la niña. La dejó en Romans, en un convento, y él se fue a su castillo del Drac, al pie del Pelvoux de las nieves perpetuas, a cazar en las palomeras de Arez y en las laderas de Embrun.

Seis años pasaron. Su primogénito, Brienne de Vienne, murió en las fronteras del reino franco de Jerusalén. Otra hija que tenía, Beatriz de Veynes —quince años, un clavel de España—, murió de una tos que se le puso entre pecho y espalda. Renault quedó solo en el castillo del Drac, alto, frío, triste. Recordó que tenía una hija en un convento de Romans y mandó por ella. Le trajeron a mademoiselle Alix: menudica, rubia, los ojos negros, alegre como la más alegre fiesta de Provenza; cariñosa, melosa. El príncipe Renault revivió y dejó Drac por Grenoble. Había que hacer toda una princesa de aquella linda niña. Alix de Orange, condesa de Romans y de Nyons...

Bailaba. Aprendió la *finte* de Valence, la *courtisaine* de Lyon, *l'aiguille* de Grenoble. Menudica seguía, y parecía de doce años teniendo quince cumplidos. Tenía maestro de latín: un monje calvo y gordo de la vecina Gran Cartuja, uno de aquellos monjes de la Gran Cartuja, que aun en las miniaturas huelen a *chartreuse*, a hierbas aromáticas... Tenía maestro de *Leys d'Amors*; un trovador de la Rouergue, Miguel de Carmaux, del que no queda ni un solo verso. Y tenía una pequeña corte: seis doncellas escogidas en la nobleza del Delfinado, y dos pajes. Uno de los pajes se llamaba Lancelot de Voiron. También bailaba. Bailaba sobre todo *l'aiguille* de Grenoble, una rápida danza que bailaban los mozos con una rosa en la boca.

Lancelot fue el primer amor. Tanto bailaron Alix y Lancelot *l'aiguille* que un día la rosa que en la danza llevó Lancelot en la boca fue la rosa de los labios de mademoiselle Alix. Lancelot ceñía el rosal con sus brazos. Un rosal coronado de oro como el Pelvoux de nieve... Pero *l'aiguille*, como todas las danzas, se acaba alguna vez. Paréceme que le puso fin el príncipe Renault. Lancelot cabalgó hacia Valence y se fue Ródano abajo. En Marsella embarcó para Jerusalén. Hacían entonces los francos la Cruzada. Quince años después regresó, y cuentan que entrando en Valence por la puerta del Imperio, oyó tocando a agonía las campanas de San Martín. Tocaban por Alix de Orange, que se moría, con la misma tos de su hermana Beatriz, en la terraza del palacio de los Tres Donceles...

Fuese Lancelot y Alix siguió riendo. Tenía una risa pronta y fresca, una risa de niño, sin misterio. Reía por nada. Y tanto rió que el duque de Bar, el lorenés, que era gordo y melancólico —dos cosas que casan más de lo que parece— se enamoró de ella en unas fiestas que dio en Vienne el arzobispo cuando lo hicieron cardenal. (Se trata del cardenal de Gier: era un jinete, un hércules; se comía un pastelón de ocho libras, con dos pavipollos de una sentada, y en las orillas del Gier de su apellido, se vendimiaba exactamente lo que exigía la sed de Su Eminencia: trescientas sesenta y cinco cántaras cada año, trescientas sesenta y seis si era bisiesto. Con todo, este cardenal murió medio ermitaño en los benitos de Beaurepaire, ayunando duramente y aplacándose la rija con cilicio; dejó su fortuna a los pobres).

El duque de Bar vino a Valence a casar con la condesa Alix, que seguía riendo. Ya hemos dicho que el duque Renato era gordo y melancólico, y *como buen lorenés, serio y cortés*. No se habían hecho para él los caballos y en barca bajó por el Ródano, recostado en cojines de pluma, oyendo cantar a los remeros; cantaban:

*Las muchachas de Valence  
son flojas en el amor.  
Las provenzales  
lo hacen de día y noche*

como si fueran los bateleros de Mistral.

En Valence recibieron al duque con vivas y músicas. Y la ciudad le dio un banquete. Las truchas, explicó ya Apiano, no son buenas para los gordos, en virtud de la ley de los humores que rige el cuerpo humano desde Hipócrates. Y en el banquete de la ciudad al duque había cinco platos con truchas: asadas, a *le table du Pape*, rellenas, al limón y empanadas. Después del banquete hubo que sangrar al duque Renato, ponerle sanguijuelas en las pantorrillas y nieve en la mano izquierda. Pero nada se pudo hacer. La ley de los humores es inmutable e inevitable: el duque suspiró dos veces, abrió los ojos, vio a Alix, que le sonreía, y se murió. Sí, Alix se sonreía: quizá le hiciera gracia aquel gorro de dormir con las armas de Lorena que tenía puesto el buen duque mientras se moría. El duque, con la muerte, abrió la mano izquierda y la bola de nieve se rompió al caer...

Alix tenía dieciocho años y aún estaba soltera. El príncipe Renault estaba encantado, pero ella quería matrimonio. Tenía en Nyons un primo que se llamaba Ivo de Rémuzat y la visitaba cada año dos veces en Valence y Grenoble. Reidor como ella, era un mozote rudo y guapo. Se casaron en Romans sin que lo supiera Renault, el cual, como al llegarle la noticia de la boda le llegó también la noticia de que era abuelo, no dijo nada. Al poco tiempo se murió.

Dicen las historias que Alix cansó de Ivo, que era celoso y avaro. Cada uno

andaba por su lado. Alix iba a las fiestas todas desde Vienne a Aviñón, e Ivo se dedicaba a cobrar las rentas. Alix, en Nyons, conoció a otro primo, otro Rémuzat, más pálido y gentil que el marido. Charles le escribió unos versos:

*O chato, frese rasin on voldria beca!,*

o algo parecido. Alix y Charles escandalizaron el Delfinado, y hay quien dice que hasta la Provenza se escandalizó.

Alix se reía. Pero ahora, con la risa, le entraba la tos. Cada vez en el pálido rostro eran mayores y más brillantes los ojos negros. Reía, reía mucho. Y tuvo muchos amantes, mancebos de Orange y de Beaucaire, músicos de Bollène y Tarascón... Ivo, en Grenoble, amontonaba oro sobre oro. Charles se fue cruzado. Alix, menuda, rubia, alegre, bailaba todos los bailes de Provenza y de Borgoña en un palmo de tierra. Justamente sobre el palmo de tierra de su sepultura...

Cuando tocaban a agonía las campanas de San Martín de Valence, aún reía Alix la reidora, Alix la alegre... Reía comenzando su última danza de la muerte.

Por la puerta del Imperio regresaba un cruzado llamado Lancelot, Lanzarote, como un caballero de la Tabla Redonda. El sol de Asia traía en el rostro. Pasó por la puerta, subió por la rúa del Pan, cruzó frente a Notre-Dame, arrendó el caballo a la puerta del castillo. Y cuando llegó a la terraza oyó la última tos o la última risa — ¿quién lo sabe?— de madame Alix, princesa del Delfinado, condesa de Romans, de Nyons, de Orange, de Valence, de Rémuzat...

Si en Valence una moza es alegre os dirán de ella: «ríe más que Alix», aunque ya sólo el cronista de la ciudad, M. Charles Marín, hermano del felibre Augusto Marín, el cantor de Margarita de Provenza, sepa quién fue Alix la reidora, «Allix la blonde...», que viene en la balada de Villon, entre Beatriz el *Bel Cavalier* y Aremburga que tuvo el Maine.

## AREMBURGA DEL MAINE

«... **H**AREMBOURGES, qui tint le Mayne», dice la balada de Villon. Cuando murió su padre, Elie de la Flèche, Aremburga heredó el Maine, un jardín que el Loir, el Sarthe y el Mayenne bañan. Fue la más rica heredera de su tiempo; la pretendieron caballeros corteses de la Normandía y de la Bretaña, de esos caballeros que llevan al cuello un collar con el verso: «*Joie pour peine*», príncipes de Inglaterra, condes de Turena y duques de Aquitania, y un trovador llamado Arnaldo de Bollène que luego fue soldado en Grecia y murió donde se levantan los muros de Jerusalén. Pero ella prefirió a Foulques V de Anjou, un poderoso conde que era su vecino y tenía en Angers un castillo con siete torres, dos puentes, un enano y un cuervo que hablaba latín, y un día sería citado por Miguel de Montaigne.

Se casó la rica heredera. Era fea. Había heredado de su padre no solamente las riquezas, sino también su rubio bigote. Gorda, chata, pechuda, parece ser que tenía hermosa voz, si hacemos caso a Arnaldo de Bollène que la requebraba, comparándola con la alondra que canta al alba. Hermosa voz y delicadas y pulidas manos. Estos fueron sus atractivos, amén del Maine, un condado antiguo y rico, vicioso de bosques, en cuya llana medra el centeno y al que dan sombra los abedules.

Aremburga nació en Loué, al pie de las colinas de Lentre, coronadas de castaños. Su madre murió al parirla. Se crió entre Le Mans y La Flèche los dos poderosos castillos paternos. Elie de la Flèche quiso educarla, pero parece ser que Aremburga no era ninguna Eloísa, y se quedó en conocer las letras. Sin embargo era cazadora y jinete, bordaba y cantaba con gusto las canciones de aquel tiempo. Su afición al canto fue lo que llevó a La Flèche a Arnaldo de Bollène un provenzal amoroso que como su tocayo Arnaldo Daniel —el que Dante encuentra hablando su catalán en el Purgatorio—, «llora y va cantando». Elie tomó a Arnaldo para maestro de su hija, para la música y la cortesía. Y Arnaldo le enseñó a Aremburga las *Leys d'Amor*.

Parece deducirse de unos versos de Arnaldo que entre versículo y versículo maestro y discípula se cogían las manos y se besaban. Sí, ella era fea, Pero por aquel entonces tenía catorce abriles, lo que es una enorme atenuante para el trovador. Se besaban. Lo que luego fue rotundo bigote sería entonces un bocillo mansero, como peluja de melocotón paviado. Y las manos —ya lo hemos dicho— eran hermosas. Puede incluso que a los catorce años Aremburga fuese una chatilla graciosa con los pechos un poco más que de su edad, y en todas sus carnes sonrosada y fresca... Pero monsieur Elie algo vio o le dijeron. Arnaldo tuvo que huir a uña de caballo, dejando a la heredera sin las últimas lecciones. Si ella lloró lo ignoramos. El la llamará traidora, que no quiere decir nada en un trovador provenzal; lo cierto es que él se consoló muy pronto con una vizcondesa perigordina llamada Inés, casada y coqueta y con un lunar en el cuello.

Aremburga recibió en su castillo de La Flèche —el conde Elie andaba por las orillas umbrosas de Mayenne peleándose con los abuelos del vizconde de Chateaubriand por la posesión de la torre de Craon— al conde Ivo de Turena, su ilustre y poderoso vecino. Cruzado se iba el turanés, pero antes quería matrimonio. Aremburga le dijo que había que esperar a monsieur Elie, que andaba por las fronteras de Bretaña. Pero Ivo tenía prisa y se dispuso a raptar a la heredera. La dinastía de Turena, los Brenne altivos descendientes de Carlomagno producía mozos arriscados y violentos de grandes pasiones; parecía llevar en su pecho la selva de su apellido. Ivo raptó a Aremburga, pero no pudo llevar con ella a Château-Renault, donde esperaba el obispo de Tours para bendecir el matrimonio. O reventaban los caballos que montaba Aremburga o algo extraño sucedió. Monsieur Elie encontró a su hija con una dueña en pleno campo; ambas lloraban. ¿Ivo se arrepintió, aunque tarde, del rapto? ¿O lo desilusionó la novia? Ivo de Turena murió en la batalla que contra el moro dieron los francos de Jerusalén cerca de Jericó, la de los muros derribados por la angélica trompetería. Los Brenne eran todos hermosos, como héroes antiguos. Quizás Aremburga lloraba porque aquel príncipe alocado, que en sus azules ojos llevaba el claro cielo de veinte primaveras, no la arrastró hasta Château-Renault, donde esperaba el obispo para la boda.

Monsieur Elie acordó casar a su hija. Lamentaba que su buena Elys no le hubiera dado hijos varones; él bebió todo el vino tinto que pudo, pero no le nacían más que hijas. Hasta sus bastardos fueron hembras. El Maine era codiciado. Los reyes de París lo querían: era el camino de Anjou y de Bretaña. Monsieur Elie pensó que el conde de Anjou era de su misma opinión: nada para los reyes de París. Anjou y Maine, unidos, no eran fáciles de tomar por aquellos Capetos que se titulaban de majestad, se ungían en Reims y curaban los lamparones y el bocio con la imposición de manos. Y Aremburga casó en Angers con Foulques V. Así como al Loira angevino van a morir los ríos del Maine, así los campos de centeno, los castaños y las robledas fueron a la corona ducal de Anjou. Monsieur Elie, viendo casada a Aremburga, la más rica heredera de su tiempo, se murió.

Dieciséis años vivió Aremburga con Foulques V, al que dio, pese a que, según se estimaba entonces, las muchas mantecas estorbaban la generación, seis hijos y seis hijas. Nada más se supo de ella desde que casó. Fue la más rica heredera de su tiempo, y aunque fea, bigotuda y gorda, la amó un trovador lemosino, la raptó un príncipe de esos de los cuentos y casó con un buen hombre, que la quiso bien. También él era gordo, y la gota lo atormentaba. Se distraía enseñando latín a su cuervo y jugando a los bolos con su enano; murió por haber comido con exceso.

Esto es todo lo que se sabe de Aremburga la rica, «*Harernbourges, que tint le Mayne*».

# JUANA DE ARCO

*Et Jehanne, la bonne Lorraine,  
qu'Anglois brûlèrent à Rouan.*

## I

**U**NA orilla, como si el humilde Trois-Fontaines fuese el Ródano de los papas, los bateleros y los trovadores, se llama *Empire* y es la Borgoña. Otra orilla se llama *Royaume*; es de los armanacs, y después de Dios, pertenece a monseñor el rey de Francia. En la orilla *Royaume* nació Juana, en los lindes de Francia. Domremy se llama el lugar. El Mosa va, recién nacido y transparente, camino de Flandes, cantando canciones a los abedules.

Cuando Juana nació, despertaron los gallos de Lorena, que se pusieron a cantar hasta que el país despertó con ellos. Parsifal de Boulainvilliers se lo cuenta por carta a un duque de Milán. Jacques d'Arc, su padre, un labriego de la Champaña, bebió junto al fuego el fuego de su viña en el *hanap* de plata. La señora Zabillet quería, paréceme, un niño. A la señora Zabillet, la madre, la llamaban la Romera, porque de moza había ido a Roma peregrina desde su Vouthon natal, una aldea blanca, que huele a lilas y a humo de laurel romano. Nuestra Señora de Bermont, que ha hecho milagros hasta con canes rabiosos, judíos de Rambéry y sastres de Toul, quiso darle a Zabillet una niña, y la mujer del decano —que esto era Jacques, algo así como un alguacil— tuvo que contentarse. En Lorena las paridas se alimentaban con requesón y pastel de higos, y beben a sorbitos vino dulce y confortador, de las viñas de Saint-Mihiel, su patrón.

Reinaba en Francia Carlos VI el Loco, y con Carlos, Isabel de Baviera, bella, lujuriosa, Isabel la Loca, de los hermosos, fríos ojos azules.

## II

Juana tenía tres años cuando en Azincourt los ingleses dieron con Francia en el suelo. Juana niña habrá oído las canciones que se cantaban a Duguesclín:

*Chascun pour vous doit noir vestir et querre!  
Plourez plourez fleur de la cavalerie!*

Y Alain Blanchard, y si fue alguna vez a Nuestra Señora de Bermont, habrá rezado la *complainte*:

*Nous priron Dieu de bon coeur fin  
et la douce Vierge Marie,  
qu'il doint aux Engloys male fin.  
Dieu le Père si les mauldye!*

Francia estaba sin rey y sin capitanes, y el reino amenazaba morir. El delfín Carlos, hijo del Loco y de Isabel, vaga por el Berry y la Turena. Dicen que lleva un san Miguel Arcángel muy aparente en su estandarte. Pero a más del estandarte haría falta que el delfín tuviera con él las espadas de Francia. Las gentes que pasan por Domremy camino de Alemania cuentan y no acaban de las desventuras del país, y Juana, en su rincón, las oye cada día. Hace cincuenta años que Francia arde, y ya parece que la hoguera no se apagará jamás.

### III

Juana piensa y piensa. Tiene catorce años. La hoguera no se apaga. Los soldados arrasan el país, incendian las cosechas, roban, matan; ni las iglesias respetan. Juana buscó algo en su corazón y en su cabeza.

«*Il faut sauver...!*». «¡Hay que salvar!» dicen que decía, hablando como a solas, ensoñando algo. Y tantas veces dijo «*Il faut sauver!*» y tanto y tanto pensó y soñó, que una mañana se le apareció, junto al cementerio, san Miguel Arcángel.

—Juana, es preciso que te prepares, fortalezcas tu ánimo, ya que has de llevar a cabo acciones prodigiosas. Dios te ha elegido para que ayudes al rey de Francia en el trance en que se encuentra. Tendrás que vestirte de hombre y llevar armas, ser capitán en la guerra y ordenar esta con arreglo a tu parecer.

Y Juana se dispuso a obedecer al arcángel. Dios pensaba como ella: «*Il faut sauver!*». Había que salvar las ciudades y aldeas, las almas, las cosechas, los rebaños... Hay que matar la guerra. ¿No se lo dijo ella a la abadesa, a la abadesa madame Gervaise?

—¿Sabéis, madame Gervaise, que nosotros que vemos tantos crímenes y tantos daños pasar ante nuestros ojos sin que hagamos nada más que caridades vanas, y sin querer matar la guerra, somos cómplices de todo esto? ¡Nosotros somos también atormentadores de cuerpos y condenadores de almas!

—Pero ¿cómo salvar?

Y fue entonces cuando apareció Miguel Arcángel, cuando Juana oyó las Voces. Juana supo cómo había de salvar y qué había de salvar.



—Dios Nuestro Señor ha elegido para instruirte a dos jóvenes santas que vendrán a verte mañana.

Y al día siguiente vinieron Clara y Margarita, y durante dos años Juana las oyó y vio, y en todo aquel tiempo fue honesta y buena niña.

Juana fue durante aquellos dos años una niña silenciosa y triste.

## IV

Un día las Voces ordenan:

—Ve a Vaucouleurs, habla con sire Roberto de Baudricourt, pídele una escolta y que te lleve al delfín.

—Soy una pobre aldeana, y no sé montar a caballo ni qué cosa sea la guerra.

Pero, triste hasta morir, Juana ha de obedecer. Ahora Juana está viviendo con sus tíos, los Laxart cerca de Vaucouleurs. Juana tiene dieciséis años; es blanca como lo son las de Lorena: blanquirrosadas, los ojos los tiene castaños y el largo cabello negro lo atará con una cinta colorada, como aún lo atan hoy las pastoras de la Côte Lorraine. Dicen que más que hermosa era dulce de rostro, y que enamoraba de ella, más que la mucha gentileza y la buena disposición del cuerpo, aquella melancolía que llevaba retratada en el rostro.

Juana habla con su tío, Durant Laxart:

—En Aviñón corre un dicho: «Francia será destrozada por una mujer y salvada por una doncella». La mujer es Isabel. Yo tengo que ver a Roberto de Baudricourt para decirle que me lleve al delfín. Yo soy la doncella que ha de coronarle rey.

Durant Laxart se rió, pero Juana ni sonreía. Juana apremiaba, insistía. Y Laxart medio se convenció, y convenció a Enrique Le Royer, el mesonero de *Al duque de la Rosa*. Y el día de la Ascensión de 1298 la doncella vio a sire Roberto.

—Vengo a ti por encargo de mi Señor, para que me lleves al delfín. Tengo que decirle a monseñor que no mueva ni guerra ni paz hasta pasada la mitad de la Cuaresma que viene. Dios lo quiere por rey de Francia, y Francia es de Dios. Yo he de llevar, en nombre de Dios, el delfín a Reims.

—Y ¿quién es tu señor?

—¡Dios mismo!

Baudricourt era un buen capitán, un lorenés sencillo y honrado. Reprendió suavemente a Juana y les dijo a sus acompañantes que harían bien en llevarla a casa de sus padres, donde con el trabajo se le marcharían las fantasías.

—¡Y que la casen pronto! —añadió.

Días después, en la plaza de Vaucouleurs, Juana se acerca a sire Roberto, que pasea por el mercado. Y le habla de las Voces, de san Miguel Arcángel.

—*Il faut sauver, sire!*

Pero el capitán la encierra en la ciudadela.

—¡Distráeme los soldados! —le dice.

Pero los soldados no la burlan; ella los mira a los ojos y les sonrío. Los soldados ni la burlan ni le tocan un pelo. Juana ha de dormir en un rincón de la torre y los soldados le prestan sus mantas. Juana los mira a los ojos y les sonrío. Y alguno de ellos, sin saber por qué, rompe a llorar.

Juana regresa a Domrémy, a casa de sus padres. Y a Colin, el novio de su hermana Catalina, asegura:

—Te digo que entre Caussey y Vaucouleurs hay una virgen que hará coronar al rey de Francia.

## V

La guerra llegó a Domrémy y los soldados y sus caballos se comieron las habas y las coles, el trigo y el centeno. Y no quedó ni una gota de vino. Los borgoñones del capitán Vergy, leal al rey inglés, eran soldados serios, duros y borrachos. Se fueron los borgoñones y entraron los soldados de Baudricourt. Juana los miraba a los ojos, acariciaba sus armas. A un caballero del rey le dice:

—Llevadme al delfín. Tengo orden de coronarle. La guerra terminará entonces.

Los padres y los hermanos de Juana se escandalizan de oír la hablar así, de verla entre los soldados con una extraña llama en los ojos.

—¡Hay que casarla o ahogarla! —dicen que dijo el padre.

Le buscaron novio, pero ella no se quiso casar. El novio le puso pleito por incumplimiento de promesa. La causa fue a Toul y Juana juró ante los canónigos — ¡aquellos canónigos peritos en cánones, que inventaron tres salsas para las perdices! — que nada había prometido personalmente. Y ganó el pleito.

Andaba loca por entonces con las Voces.

—¡Parte a Orleans! ¡Haz que el inglés levante el sitio! ¿A qué aguardas?

Juana ha ido a Burey otra vez, a casa de los Laxart. Su tía ha tenido un niño y Juana ha de hacerle el pastel de higos.

—¡Vete, Juana, vete! —le gritan las Voces mientras bate las yemas con miel blanca de Ormain, mientras parte los higos y las castañas, mientras enciende el horno.

El pastel queda a medio hacer. El tío Laxart le presta sus calzas, Jacques Alain su jubón y su gorra, una gorra verde mercada en Bar, una gorra verde con dos plumas rizadas. Cabalgan en la noche los tres hacia San Nicolás de Sept-Fonds.

—¡Retrocede, Juana! —dicen las Voces—. No es decente que te presentes así al delfín. ¡Que Baudricourt te dé una escolta!

Pero en Vaucouleurs Baudricourt no le hace caso. Pasan días y días; Juana ahora habla a todos de sus Voces, de su misión, de sus esperanzas, de sus promesas. Lorena

comienza a hablar de ella y muchos, a su lado, creen.

Llega la noticia del desastre de Rouray. Orleans no podrá resistir al inglés. Las voces insisten. Juana grita:

—Estoy aquí —dice— para pedir que me lleven al delfín. Aun cuando hubieran de comerse los caminos mis piernas hasta las rodillas es preciso que vea al delfín antes de que medie la Cuaresma. Ni los reyes cristianos, ni los duques, ni la hija del rey de Escocia, ni nadie en este mundo puede recobrar el reino de Francia si yo no le ayudo. No es esta mi profesión. Preferiría hilar al lado de mi madre, pero he de obrar y ordenar la guerra. *Dieu le veult!* ¡Pronto, pronto!

Baudricourt cede. El pueblo de Vaucouleurs le regala ropas de hombre, y el propio Baudricourt un caballo ruán que vale doce libras. Siete jóvenes de la nobleza lorena la escoltarán. Hermosa como san Jorge, Juana cabalga entre el pueblo que la despide con vítores y lágrimas. Canta, matutina, la campana de Notre Dame des Voûtes, y la brisa de marzo, que en Lorena es un nordeste fino y frío, acaricia el rostro de Juana, que galopa con sus caballeros al encuentro del delfín. No flota al viento la negra cabellera ni la cinta roja. Juana se ha cortado el pelo a lo paje y un flequillo se parte sobre su frente.

*Pendientes de mis orejas,  
anillitos de mis dedos...  
¡Lo que más sentía yo  
era la cinta del pelo!*

## VI

Hacia Chinon. Caminan por la noche, evitando las partidas enemigas. Catorce largas noches bajo la lluvia, envueltos por el viento frío. Chinon al fin, el campo real, la Corte... Sí, la Corte. Los señores consejeros del delfín dicen que es locura recibir a una loca. El delfín vacila. Pero ya todos los soldados la vitorean y hasta de Orleans la cercada vienen mensajeros diciendo que la única esperanza es Juana de Arco.

Juana entró al delfín, quien, para probarla se había mezclado con otros caballeros más lujosamente vestidos que él. Juana, que nunca le había visto, se le acercó y le hizo tres reverencias.

—¡Dios os guarde, gentil delfín!

—Yo no soy el rey, amiga. ¿Cuál de estos es?

—Vos lo sois, Monseñor, y no otro cualquiera. Vengo a que me deis tropas para levantar el cerco de Orleans. Carlos se ríe. Los consejeros le imitan.

—Puedo probaros señor, la verdad de las Voces que me aconsejan y guían. Os diré si me escucháis una cosa que os hará creerme. ¿Queréis oírme?

Yante cuatro testigos, Juana le dijo «una cosa que nadie, sólo Dios y él, podían saber».

Y Carlos creyó, y ella le dijo:

—Lloras en secreto y las dos rodillas en tierra pidiendo a Dios un signo visible de tus derechos. Yo te digo en nombre de Dios que eres hijo de rey y heredero de Francia.

En Chinon se dijo aquel día que un ángel le había traído secretamente la corona de San Luis.

Ya un cuando han de interrogarla juristas y teólogos en Poitiers, Juana ya está en marcha.

## VII

El delfín envía a Juana a Tours con una casaca militar, una armadura de plata y un caballo negro. Una espada le ofrece, pero Juana no la acepta.

—Id a Santa Catalina de Fierbois, buscad detrás del altar y traedme la espada que allí encontraréis.

En efecto, allí estaba una espada cuya vaina roía el orín.

Desenvainada, lució una hoja fina y brilladora, pura y limpia.

Y ya cabalga por el orleanesado severo y serio la doncella.

Lo primero, la intendencia. En buena ama de casa, Juana empieza por alimentar al ejército y a Orleans; prepara depósitos y convoyes de víveres. E inmediatamente, tras partir el pan, se ocupa del alma de los soldados.

—¡Expulsad del ejército a las mujeres! No hay más placer permitido a los soldados que el de arrojar de Francia a los ingleses. Tenéis que estar limpios de corazón para la batalla... Despachad, despachad las mujeres. Oiremos misa al alba. ¡Confesaos!

Juana es el general en jefe del ejército de Francia, y en diez días logra abastecer a Orleans. Entra en la ciudad por el Loira real, esa vena de plata, la vena de Francia. Y desde Orleans escribe cartas a los ingleses invitándolos a abandonar Francia. Ella quiere evitar que la sangre manche las violetas y los campos floridos de la primavera.

Ha habido un gran cambio en Juana. Ahora parece una mujer; ya no es la mocita que salió de Vaucouleurs. Ha crecido y tiene otro color en el rostro soleado, otro andar, otro mirar. Juana es una mujer hermosa y ya no lleva en el rostro retratada la melancolía. «Tiene una garganta muy bella», escribe Régnault de Chartres, el canciller, que entendía de gargantas.

Juana duerme. Los generales de Carlos el delfín, sin consultarla, han dispuesto para la hora del alba una salida por la puerta de Borgoña para atacar el fuerte de Saint-Loup. Juana duerme cuando su ejército ataca. Pero los generales no han

contado con las Voces. Juana despierta, sobresaltada.

—¡La sangre de Francia corre! ¿Por qué no me habéis despertado? ¡Vengan mis armas, mi caballo!

Y Juana se lanza a la batalla. Encuentra a los franceses en franca huida, los agrupa, los anima, los vuelve al ataque, y los ingleses son expulsados de Saint-Loup. Es la primera victoria de Juana, su primer contacto con Armagedón. Tras la victoria, la caridad. Cuida de los heridos, los besa, les habla, los anima.

Están abiertas las puertas del Paraíso. San Carlomagno y San Luis esperan...

Y también besa, y acaricia a los heridos ingleses. Y llora «como no creí nunca fuera tan amargo el llorar». Lágrimas y sangre mojan la hierba fresca, el trébol y la ardeana que crecen al pie de los muros y las trincheras de Saint-Loup.

Juana va a ser ella misma herida, bajo las murallas de las Tournelles. A Pasquerel y al duque de Alençon se lo anuncia:

—Mañana saldrá sangre de mi cuerpo. Seré herida encima del seno.

Y así fue; los soldados flaqueaban y Juana salta al foso y coge una escala. Una flecha inglesa la hiere encima del seno. La ha atravesado de parte a parte y hay que romper la punta. Juana, sobre la hierba, bajo los altos álamos, sufre en silencio. Un rudo soldado turanés la cura, limpia la herida con aceite, limpia de sangre el pecho de Juana.

—No me llevéis de aquí —dice Juana—. Quiero oír la batalla.

Al anochecer la batalla no se ha decidido todavía. Los generales franceses hablan de retirada.

—Esperad, esperad —les ordena Juana—. Yo rezo.

Se incorpora sobre las rodillas del turanés. Está desnuda de la cintura para arriba, vendada con la camisa de un soldado.

—¿Veis mi estandarte desde aquí? En cuanto toque la muralla, podréis entrar en las Tournelles.

—¡Ya toca!

—¡Pues a él! ¡Las Tournelles son de Francia!

Y así fue. El inglés abandona el Loira real. Una luna roja sube sobre los álamos, que se mecen a la brisa angevina, a la dulce brisa de mayo.

## VIII

Juana y el delfín se citan en Tours, y juntos entran en la ciudad leal. Juana ha de convencer al delfín de que vaya a Reims. Es en Reims donde se hacen reyes los de Francia. Allí está la Santa Ampolla, allí ha de ser ungido Carlos.

Carlos es cobardón, indeciso, más por poquedad que por cálculo. Juana convence al delfín y ordena el avance hacia Reims, Loches, Jargeau, Meung, Beaugency, Patay,

son etapas victoriosas. El ejército grita: ¡Coronación, coronación!, y Carlos quizá comienza a creer. Auxerre, Troyes... Una mañana las altas torres de Reims se ven en el horizonte. Juana se halla a punto de cumplir el mandato que recibió de Miguel Arcángel. Ella es ahora mismo como el arcángel de Francia y lleva a Reims al rey, a coronarlo como un Clodoveo o un San Luis. Juana oye todo lo que las Voces le dicen, y hace todo lo que de su mano está por obedecerlas. «Triste hasta morir». Juana se sorprende de su propio destino, y, no obstante, Péguy la cantó así:

*vive en pleno misterio con vivacidad.*

Ha llegado la hora. Coronado y ungido Carlos rey de Francia, quizás ella haya de volverse a Domrémy a apacentar ovejas, hilar, hacer el pastel de higos para sus hermanas y amigas... Se vestirá otra vez de moza, le crecerá pelo, lo ceñirá con la cinta colorada de seda de Lyon y bailará en el *mayo verde*. Quizá se case en uno de aquellos caseríos que blanquean las laderas lorenas, al pie de las leyendas y robledales, rodeadas de prados verdes... La misión de Juana, no obstante, no ha terminado. Y las torres de Reims, con sus campanas graves —*María, Clotilde, Eva, Genoveva, Blanca...*— son el punto de partida para la última etapa, esa etapa en la que Juana ha de llegar hasta el martirio, triste y obediente hasta el final.

El delfín es hospedado por el obispo de Reims, como antaño Clodoveo. A las ocho de la mañana de aquel 17 de julio de 1299, ocho nobles trasladan la Santa Ampolla a Saint-Remy. Seguido de Juana con su estandarte, el delfín Carlos entra en la catedral. La ceremonia de la *sacré*, ya centenaria, se desarrolla, lenta y ritual. Carlos jura, lo arman caballero, lo ungen con el óleo divino, toma el cetro, lo coronan. Ya es Carlos VIII de Francia. Juana sube los escalones del trono y se arrodilla para besarle la diestra.

—Señor, se ha cumplido el deseo de Dios.

Y la virgen que un día salió de casa de su tío Laxart, tocándose con la boina verde de un mozo de aldea para coronar rey al delfín, ve ante ella coronado y victorioso, como en un sueño, a Carlos VIII. Cantan las campanas de Reims, y Juana desea que haya llegado el fin de su misión.

Pero las Voces insisten; insisten los santos Miguel, Clara y Margarita. Ahora hablan de París. Las Voces tienen prisa.

—¡Galopad hacia París! —ordenan.

Pero el rey Carlos, ya coronado, no tiene prisa: caza, duerme, baila, juega cañas y lanzas, banquetea. Juana ha de resignarse a rezar y hacer penitencia. Se disciplina con la vaina herrada de un espadón, y pronto en sus espaldas florece la sangre. Mientras tanto, los arqueros del cardenal de Winchester —ese personaje de Shakespeare, traidor y triste— se unen en París a la caballería de Borgoña. Carlos VIII se retira a descansar al alegre castillo de Compiègne, tibio y rosa, como su nombre. Juana llora.

—¡Sólo duraré un año, sire...! Es preciso que lo empleemos bien.

Son ya los días septembrinos. Se vendimia en la *doulze* Francia, como en una miniatura de las *Ricas Horas* del duque de Berry. Carlos no tiene prisa. Y Régnault de Chartres, el canciller, quiere acabar con Juana. Esta está sola. Ha oído a las Voces:

—¡Un año! ¡Durarás un año!

Y se han callado. ¿Ya no las oírás más? ¿Cuál es el fin? *Il faut sauver!* Pero ¿qué ha salvado?

## IX

### *Qu'Englois brilérent à Rouan.*

Los ingleses la quemaron en Ruán. Borgoñones la han cogido prisionera. Normandos y parisienses la juzgarán. Y los soldados del cardenal de Winchester la llevarán a la hoguera. Subió al cadalso con paso tan firme como cuando subía por las escaleras de asalto. La queman por bruja y hereje, por oír a Satanás y confundirlo con san Miguel, por orgullosa y vana, maléfica y mendaz... Tiene diecinueve años, cuatro meses y veinticuatro días. Es una moza como lo son las de Lorena: blanquirrosadas. Con la oscuridad de la prisión se le fue el soleado del rostro. El pelo le ha medrado y le cae sobre los hombros. Se ha vuelto hacia la muchedumbre, que llena la plaza:

—¡Ruán, Ruán! ¡Cuánto temo que debas sufrir a causa de mi muerte!

Juana es una antorcha en la plaza de Ruán. Humo y llamas. El viento del mar de Dover aventará las cenizas. El pueblo huye, aterrado, cuando el sacrificio comienza a consumarse.

—¡Jesús, Jesús! —son las últimas palabras de Juana, y el fuego las quema, porque el fuego nunca dice basta...

Imaginaos el misterio de caridad de Juana de Arco. Vedla pastora de ovejas en Domrémy, y a los tres meses, general de Francia, libertadora de Orleáns, madrina del rey en la *sacré*, lo vivió como si fuera su vida misma, su vida de pastora lorena. Lo vivió, en fin, con vivacidad. Y lo murió. Dicen que de su hoguera y de las canciones de Chaucer, mitad y mitad, nació la Inglaterra. Quizás. Pero no quiero recordar aquí que era una doncella blanquirrosada, que hizo su camino nostálgica y obediente, y que tenía diecinueve años cuando la quemaron los ingleses, con el consejo de los más sesudos teólogos de la Sorbona y de monseñor el obispo de Ruán... Quizá en recuerdo de aquella dolorosa hoguera, sobre Ruán el cielo es siempre una fría ceniza. Y el viento de Dover, Sena arriba, silba triste y angustiado. No me costaría trabajo creer que en él viaja el alma del cardenal de Winchester, en romería al lugar del sacrificio de la doncellajuana, la buena lorenesa. Tenía diecinueve años, como diecinueve rosas.

## THAIS DE ALEJANDRÍA

**Y**A se fue, con sus luces, el faro de Alejandría. Ya aquel rayo que se veía sobre la cabeza del Coloso de Rodas y las Tres Colinas de Salamis no despierta el mar ni la noche. Fenicia, Chipre, Cilicia, Rodas, Creta..., veían sobre el horizonte marino la lejana luz alejandrina, la hoguera que ardía a más de cien leguas, en lo alto de una torre altísima y blanca, cuyas almenas reposaban en las grises y alígeras nubes que el lebeche arrastra. En el desierto líbico, más allá del valle de Nitria, en una cabaña de pieles y Palmas, la luz del faro penetraba por los rotos y junturas. Allí vivía Thais, arrepentida, cubriéndose el rostro con las manos. Un rostro hermoso antaño, blanco como leche, las mejillas como rosas, los finos labios rojos, y los grandes ojos dos islas negras en un mar azulado. Thais tenía el pudor de aquella luz de Alejandría de la luz de la ciudad que la conoció cortesana y cantó su hermosura, sus amores con aires de flauta. La luz del faro de Alejandría tenía para Thais el color bermejo del pecado.

En el desierto de Nitria ruge el león. Es la hora de la culebra. El lebeche peina las dunas y silba mansamente, contra las desgarradas pieles de la cabaña de Thais. Todo el bestiario del desierto, tal y como viene en los libros de las visiones y penitencias de los Padres del Yermo, está despierto, bajo la luz de las estrellas, lejanas y frías.

De nación frigia dicen que era, y que había amanecido un día bailando en las calles de Alejandría. Otros la tienen por cretense, y más de dos ciudades antiguas se disputaron su cuna. Para Villon es prima hermana de Archipas, la mujer de Sófocles. ¿Qué son doscientos o quinientos años más o menos para Villon? ¿Adónde se han ido los años de antaño? Catorce no cumplidos eran los de Thais cuando Alejandría la conoció, y su cintura era como una rama de avellano, que el viento la menea. Quizás danzara aquellas danzas, ingenuas y sensuales a la vez, que condenan los padres de la Iglesia griega. Quizás bailara, acompasándose con el pandero, sin moverse apenas, girando lentamente la cabeza, sonriendo a través de un sueño oscuro. Quizás cantara. Imagino que la de Thais era una de esas voces que acostumbramos a oír en las mujeres de Levante, voz de mujer de la raza de la revelación, mate, redonda, como de puntillas en el aire, tibia, grave, como una mano sobre vuestro corazón si con el corazón os habla y con él la oís; una voz deliciosamente ronca y monótona. Yo creo que sí, que cantaba y que bailaba al son de la música de su voz.

Sus primeros amantes fueron marineros. Yo ignoro si en Alejandría había tabernas y si en esas tabernas los marineros de Levante se sentaban a beber, cantar y hacer el amor. Si las hubo, Thais se sentó más de una vez en las rodillas de un marinero de Tiro o de Esmirna, marineros que quizás habían pasado las Dos Columnas y navegado al ámbar y al estaño de los mares boreales, grises y fríos. Primero marineros, luego mercaderes. Y ya comenzaron las sedas y las perlas, el oro y el damasco, las esencias de rosa y jengibre, la púrpura de las uñas, el añil de las



pestañas, el carmín de Sidón y el incienso y la palma de alcanfor en los pebeteros. Un día toda Alejandría se sorprendió viendo a la danzarina en un hermoso palacio, con eunucos, esclavas y un príncipe ptolemaico a sus pies. Alejandría albergaba en su seno a la más rica y hermosa de las cortesanas, y todo el pueblo la alabó. Y comenzó la leyenda de Thais de Alejandría.

A Naucratis iba Thais en silla gestatoria, escoltada por dos eunucos y dos esclavas, y un esclavo mocito, que en un asnillo llevaba alimentos y ropas para la jornada que la cortesana iba a hacer en los baños, a la sombra de las higueras. Y pasando en Hermópolis por el vado de cabe el templo el brazo del Nilo que los antiguos llamaban Plintinio se cruzó Thais con un hombre —un guerrero sin duda, armado y reluciente, cara coleante su caballo como el de san Jorge de Capadocia— que ni la miró, metió su caballo por la lengua de arena del vado y obligando a los esclavos que llevaban la silla de Thais a apartarse, siguió su camino. Los esclavos de Thais no hicieron pie, la silla se bandeó y la cortesana cayó al agua. Hacia Alejandría iba el caballero y se veía el polvo que levantaba el raudo galopar de su caballo. Thais lloró y maldijo, golpeó con el quitasol a los esclavos y pasó el día escondida en un palmar, esperando la noche para regresar a Alejandría, lo que hizo en el asnillo de la impedimenta.

Pero un secreto designio llevaba Thais: hallar el soldado y enloquecerlo, y esta aventura es el argumento de una novela griega llamada *Thais y Antimio*. Tras una larga búsqueda, Thais encontró a Antimio, que era un joven noble y rico, de la casa real de Heracleópolis Magna. Pasaba Antimio por una calle de Alejandría, camino del puerto, adonde iba a contemplar las naves, cuando oyó una música y se detuvo a escucharla. Una mujer cantaba, y muy dulcemente, en un huerto; sobre la tapia se volcaban ramas floridas de almendros. Antimio gustó de aquella voz y pronto averiguó que la que cantaba era Thais, la cortesana de Alejandría. Aquella misma tarde la visitó.

Thais, como era costumbre de aquel tiempo en las de su oficio, le lavaría las manos a Antimio y lo obsequiaría con música, danzas, naranjas, ambrosía y vinos especiados. Antimio gozó con tanta belleza y gracia. Era una hermosa mujer Thais, y su gran mata de pelo le caía, negra, hasta la cintura. Antimio pasó en seguida al amor, y como los heráclidas, siguiendo a Hércules, su ilustre padre, son violentos en todo, quiso pasar la noche entre las sábanas de Thais, aunque siete bolsas de oro que llevaba las vaciase a los pies de la cortesana. Thais accedió, y dice la novela que con seis noches lo tuvo a su lado, muriendo de amor y de deseo, hablándole de filosofía y astronomía, de Cleopatra, los eclipses y los dioses, sin dejarse tocar más que las manos; hasta que el sueño, en Antimio, pudo más que el amor. Antimio se durmió y Thais, por burlarlo, derramó vino por él y mandó a sus eunucos que lo dejaran en una calleja, cerca de un burdel, lo que hicieron. Despertó Antimio a las burlas de los transeúntes y a los gritos y risas de los pilludos, y tanto se avergonzó de su debilidad

que aquel mismo día decidió abandonar Alejandría, «en compañía de un monje, que venía del desierto de Libia de hacer penitencia, e iba para la ínsula de Meroé, donde estaba su iglesia». Ya estaba para salir de Alejandría por la puerta de Menfis el heráclida, cuando le llegó un recado de Thais por un eunuco, en el que le declaraba su venganza, y ya cumplida, le ofrecía su amor y su cuerpo. Pero Antimio no quiso usar a Thais, aunque no podía olvidar aquel cuerpo polido, aquella galanura, aquella boca fresca, aquella cintura, aquellas largas piernas finas y aquella hermosa voz. Se marchó por la puerta de Menfis, y Thais lloró al saberlo. En el camino de Alejandría a Heracleópolis, el monje convenció a Antimio de las vanidades del mundo, y el heráclida terminó de obispo en Meroé, en el bosque de cedros donde durmió Alejandro Magno cuando fue a las fuentes del Nilo, guiado por la cigüeña. Sus visiones del desierto tendrían la forma blanca y voladora de Thais de Alejandría.

Pecó mucho Thais y amontonó tesoros; ya tenía treinta años y aún conservaba su cuerpo de niña, los pechos breves, los muslos redondos, la blanca piel tersa, la dulce mirada reidora. Y venían a conocerla gentes de todos los reinos de Levante, ricos como crosos. Pero Thais comenzaba a hastiarse, y por entonces oyó a un hombre de Pelusia, llamado Isascio, predicar la doctrina de Cristo. Y la cortesana se turbó. Y habiendo viajado a Ascalón con un antiguo enamorado, allí oyó a otros predicar el Cristo, y el arrepentimiento fue con ella, y en una semana las lágrimas habían hecho surco en sus mejillas. Y bautizada y renacida habiendo dado toda su fortuna a los pobres, se retiró al valle de Nitria, en el borde de Libia, donde construyó una tienda de pieles de carnero y palmas y allí se puso, en la arena del desierto, a hacer penitencia como una María Egipcíaca. Y Thais fue tentada por Satanás y resistió.

La luz del faro se ve como una lámpara, más allá de las más lejanas dunas, sobre las Colinas peladas de Hap, hacia el mar. La noche duerme boca con boca sobre el desierto. Todo el bestiario del yermo está despierto; es la hora de la culebra. El áspid y el escorpión el unicornio y el centauro, el león y la hiena, se mueven en las sombras. Una luz pálida y fría envuelve esos cuerpos perfumados, de donceles desnudos, que bailan ante Thais, que ora. Es la hora de Satanás. Y toda su vida pecadora resucita ante la cortesana arrepentida. Sí, aquella lejana luz alejandrina, aquella luz, roja como el pecado, es la culpable. De ella se desprenden esas visiones que se acercan a Thais, los cuerpos de todos sus amantes, las bocas de todos sus besos, las manos de todas sus caricias; todos sus pecados, uno a uno, goteándole en los ojos. Y su cuerpo arde y las palabras de sus oraciones parece como si fueran a secarse en su boca para que sus labios puedan besar otra vez. Ruge el león y silba la culebra, Thais se cubre el rostro con las manos y ora sollozando.

Hacia Hap, sobre las colinas, brilla la luz del faro de Alejandría, roja como el pecado.

Thais murió en olor de santidad en un monasterio que llaman Camón, a cien

leguas de Alejandría. La consumieron las penitencias del desierto; y a la edad en que las otras cortesanas sólo se alimentan con pechugas de pichón y naranjas, para mantener la piel tersa, Thais se alimentaba de langostas del desierto y de raíces de betonia; y en vez de leche de burra, la bañaban el sol y la arena de Libia. ¡Se murió como un pajarillo! Y la enterraron, como ella había pedido, bajo una losa sin nombre, a la entrada del monasterio, para que la pisasen los viajeros, los asnos y los canes.

Su belleza queda en las historias antiguas como extraordinaria, con una leyenda fabulosa, como la del propio faro de Alejandría.

## ENVÍO

*Príncipe, en una semana no averiguaréis  
dónde ellas están, ni quizás en un año.  
Pero este refrán no olvidaréis:  
¿Dónde están las nieves de antaño?*

El príncipe lee, a la adorada luz del atardecer septembrino, la balada de Villon. ¿Dónde están las nieves de antaño? El príncipe acaricia su blanca barba y rememora la ya lejana mocedad. En Angers, en Tours, en Orleáns, en París, cuando mozo, este príncipe amó mucho. ¿Dónde están los amores pasados? Una inmensa nostalgia lleva el príncipe en su alma, a la manera que el pálido cielo de septiembre lleva pausadas, graves nubes violáceas. ¿Dónde están las nieves de antaño? Como fantasmas, pasan por la umbría del jardín de las sombras de las doce damas del tiempo pasado cuando el príncipe, a media voz, recita como una letanía los doce nombres que vienen en la balada de Villon...

Quizás el príncipe añada a la famosa lista los nombres de sus amadas, de las mujeres que se asomaron a su corazón como se asoma al pozo ese rosal pedrés que se encarama por el brocal hasta la trabe de la roldana; las menudas rosas coloradas se miran en el agua oscura, que tiembla allá abajo...

*Oú sont-ilz, Vierge souveraine?  
Mais où sont les neiges d'antan?*

# SAN GONZALO

*Cabalgando el camino romano, la calzada de Vica a Lucus que surca la tierra de los lucenses —Castros, castaños, niebla, cumbres coronadas de grandes nubes que el viento nordés arrastra hacia el mar—, está Britonia, solitaria en la llana Pastoriza, galopada de rebaños de cabedlos salvajes que abreven en el Miño, nacido allí mismo, al pie del cenobio bernardo de Meira, con el que comparte historias de santos y liadas. ¡Qué lejos Britonia! Es la más oscura y humilde de las sedes gallegas, melancólica hada de las cumbres. Tan lejana, tan solitaria, tan callada, parece como si se hubiera perdido en la brétema. Cuando el árabe llega al mar, descolgándose desde los muros de Lugo sobre las mariñas, Bretoña entra en el olvido. En estos años los obispos de Oviedo, la corte gótica que alberga tantos obispos en las iglesias de sus arrabales como Roma cardenales en sus basílicas, se titulan de Oviedo y de Bretoña. El día que los reyes de Asturias libertan Galicia hasta el Miño y el Sil, en un mayo de hierro y de fuego, el obispo de Britonia, con el báculo pastoral del yermo regresa a su iglesia y no la encuentra... Britonia trashumante: en Vülamayor, en Ribadeo, otra vez en Villamayor, parece como si los obispos de Britonia no encontrasen acomodo a su silla. La chancillería papal cansa el pergamino con bulas acerca de esta sede remota y vagabunda. Pascual II, Honorio III, Gregorio IX, decretan una y otra vez sosiego para Bretoña. Ha perdido incluso su nombre para tomar el de unos monjes dumienses que en los días del moro abandonaron la dulzura bracarense —que es a Portugal lo que a Francia la Jouceur angevine—, refugiándose entre el Padornelo y el Xistral, en lo oculto de un valle umbroso. Ya Bretoña se llama Mondoñedo, y la sede ha unido su suerte a la del escondido cenobio benito. Cuando parece haber encontrado asiento la sede mindoniense, la onda normanda sube Masma arriba —ese río de lodo y de niebla— e inunda los valles. Las crónicas hablan de un reino viquingo que dura cien años, cien años más de trashumancia para los obispos y canónigos mindonienses, caminantes de las montañas, refugiados en Meira o tras el muro romano de Lugo, hasta que con Rosendo y Gonzalo viene la paz.*

*Villamayor se cerca de murallas, medra el burgo y comienzan las obras de la catedral. Año mil del Señor. El Milenio.*

\* \* \*

*El pontificado de Rosendo Arias ha sido tan breve como fecundo. Una mañana de abril los normandos abandonaron sus cabañas y se fueron al mar, que es el vivir. Quizás bajaron, doblando el Arlabro y el Nerio —las dos puntas de la última tierra occidental— a correr las riberas del Tambre, del Ulla y del Lérez, obligando al obispo compostelano a construir una flota que los combata y ahuyente. Rosendo Arias puede recorrer su diócesis libertada, desde Betanzos al Eo.*

*Rosendo es el más hermoso retoño de los Arias, casta gótica emparentada con los reyes godos y los viejos reyes suevos.*

*Toda la Asturias túcense en su feudo y los Arias la espantan con su poder y su piedad. Un Arias, Gutierre, el Conde Santo, ha fundado San Salvador de Lorenzana, para que los monjes benitos recen al pie de su sepultura. «Y mi alma estará presente en los oficios como caballero que puntualmente acude al combate». Gutierre se fue palmero por los caminos del Milenio, y de Tierra Santa trajeran su cuerpo en un sarcófago de alabastro... Siendo niño, y aun de mozo, he ido a Lorenzana, a la fiesta del Conde Santo, y por el agujero que los frailes abrieron en el sarcófago metí el dedo para tocar los huesos de Gutierre y librarme así de lamparones, lobanillos y otras dolencias.*

*En San Salvador, cabe los cipreses y las fuentes, estudió Rosendo. En esta misma sala en la que leemos todavía los versos de Alcuino Ubi libri custodiuntur:*

*Párvula tecta tenent coelistis dona sophiae*

*y la que sigue. Rosendo venía de Samarugo, la torre de piedra, cuadrada y vertical, que enseña geometría a mi tierra. Rosendo, entre los hombres de armas de la casa paterna, en el formidable recinto, ha visto a un monje callado y humilde. Es el abad Roderico. Rosendo ha oído al primer abad de Lorenzana alabanza de la soledad. Las mañanas cristalinas, la bendición de la nieve, el salmodiar de los vientos, eran frutos que el alma solitaria encontraba en la roca de Samarugo, como en un anacoterium de la Sierra. No obstante, al que parecía nacido para Macabeo Dios lo llamó a caminos de penitencia. Rosendo, que dejó Lorenzana con dolor por Mondoñedo, fue a morir a Celanova, en la gran abadía, tan pronto como puso paz en su diócesis, sujetando los canónigos —otros feudales— con la severa regla de san Chrodegango de Metz, levantando torres en la costa contra los normandos, casando a su hermana Ilduara, la flor de las doncellas, la rosa de los Arias, con el heredero de los Bolaño, señores turbulentos de las tierras de hacia Lugo...*

*Cuando Rosendo Arias deja el obispado de Mondoñedo por la abadía de Celanova, clero y pueblo fiel eligen obispo a su primo Gonzalo Arias, el niño que ha visto, mientras jugaba en el huerto de Lorenzana, cómo la Virgen María cogía*

*manzanas para regalar a Jesús y a sus ángeles...*

\* \* \*

*En este libro se cuenta la vida de un obispo de los siglos de hierro. De un obispo español que después de peregrinar por los caminos del mundo y vencer normandos, habiendo visto a Dios se murió, tal y como está dicho en Jueces, XIII, 22: «los que vieren a Dios morirán». Se cuenta la vida de Gonzalo, dándole lo suyo a la historia y a la leyenda. No, no es esta una biografía novelada; en todo caso es la novela de Gonzalo Arias, santo y héroe. Dios nos ayudó, con él, a los gallegos cuando, aterrados, clamábamos el A furore normannorum; libera nos, Domine. Las naves normandas todavía hoy se hunden ante san Gonzalo en una vidriera de la catedral mindoniense, en un mar rojo, de un rojo del Dies irae.*

# ***A FURORE NORMANNORUM; LIBERA NOS DOMINE***

## **LOS ARIAS**

**S**ON los feudales de la Galicia asturicense. Tienen doce castillos, como Carlomagno Doce Pares; doce torres roqueras centinelas de las montañas y del mar. Descienden de Teodomiro y de Witiza y se titulan primos de los reyes asturianos y leoneses. El nido de estas águilas es el castillo de Samarugo, y desde él vuelan entre Lugo y el mar, sin que nadie ose estorbar su vuelo de rapiña. Pero, desde antiguo, entre estos farfanos godos florecen varones de caridad. Alfonso, Sancho, Gutierre, han sido romeros los unos, palmero el otro. Alfonso ha muerto en Roma, canónigo en Santa María in Transtevere, primera iglesia de la Virgen, fuente de aceite simbolizando el nacimiento de Jesús. Cien años después de su muerte, ante Alfonso VI de León, el obispo de Albano, legado pontificio, reclamará a los Arias la herencia de Alfonso. Sancho acompañó en sus batallas a Fernando I, y cuando el santo y poderoso rey, con la cabeza cubierta de ceniza, dio su alma a Dios, Sancho salió camino de Roma, y no hubo de él noticia. Gutierre Arias es el nombrado Conde Santo. Edificó San Salvador, murió en Tierra Santa disponiendo que su cuerpo hiciera la peregrinación de Santiago. Había combatido contra normandos y había pecado mucho. Pero estos Arias conocían el camino del arrepentimiento y la expiación. Y tenían en el alma un temeroso desasosiego; desde su cueva lucense se lanzan a los caminos de Dios y los recorren hasta el fin con una chispa de divina fiebre en las niñas de los claros ojos. Gutierre, después de muerto, hará el viaje de la Barca Apostólica: amanecerá en Padrón, en la arena bendecida por el cuerpo de Jacobo, y sus huesos serán depositados un día y una noche al lado de los huesos del Apóstol. Hace novecientos años que reposan en Lorenzana y aún no cesaron de obrar milagros.

Rosendo Arias, niño, escolar en Lorenzana, vio llegar al monasterio los restos de su tío Gutierre, y aquel día, mientras llenaban las breves naves de la humilde iglesia monacal los cantos litúrgicos, debió nacer en su alma el deseo de ir a morir a Jerusalén; deseo que aun en Celanova, su refugio y su paz, no le abandonará.

\* \* \*

Los Arias luchan contra los obispos de Mondoñedo por tierras, rentas y privilegios aun cuando sean Arias también los obispos. Son guerras como batallas entre el Pontificado y el Imperio. Luchan los Arias contra Alfonso V de León, contra Bolaños, Aldaos, Montenegros, contra moros y contra normandos... En la discordia y



en la guerra viven estos dos condes gallegos como el pez en el agua. Ilduara, la madre de Rosendo, e Ilduara, la hermana, quieren poner paz en la tierra. También ama la paz Rosendo. Tiene dieciocho años y han ido a buscarle al silencio del claustro para poner en su cabeza la mitra episcopal. Rosendo vivía como un soñador en aquel siglo de armaduras. Cuando abandona Lorenzana, camino de Mondoñedo, desde el alto de Arrojo contempla San Salvador entre los cipreses, la casa donde vivió diez años de devoción y penitencia, casi su casa para un Arias, que allí enterraba sus muertos y con sus riquezas levantaba los muros del monasterio. Cuando Rosendo abandona Lorenzana, por el camino de Alfoz, entre los grandes tojales que florecen en oro, un niño llega a San Salvador. Es Gonzalo Arias. Ha huido de la casa paterna, en la que medraba entre las patas de los caballos y los gritos de la gente de guerra. Tiene en los ojos la misma dulce claridad que tenía Rosendo. El abad Cresconio lo recibe cariñosamente. Cuando un monje le ayuda a desnudarse de sus ropas para vestirle el hábito benedictino, se sorprende al ver las espaldas y la cintura llagadas de Gonzalo, en la que han hecho su obra las disciplinas y el cilicio. El nuevo monje tiene diez años, cumplidos en el San Juan de aquel mil del Señor.

\* \* \*

La paz que Rosendo ama comienza imponiéndola a los suyos. En esta tarea le ayudan su madre y su hermana. Una mañana le llega la noticia de que los normandos de Foz, Cervo, Villaronte, Ribadeo se han ido. Las cabañas normandas están vacías. De los techos de paja no sale humo y un inmenso silencio reina en las Mariñas. Rosendo cabalga hacia el mar, aquel mar verde contemplado desde la montaña, presentido en furiosa tempestad cuando las gaviotas y los mazaricos vuelan tierra adentro... Los normandos se han ido. Rosendo cabalga hacia el mar, y desde lo alto de la Agrela, acantilado cuyos pies roen las olas cantábricas, bendice las aguas, las llanas y tibias Mariñas, las ruinas de las aldeas y de las santas iglesias destruidas, cuyas campanas parecen resucitar al conjuro de la voz de Rosendo... Sí, es la paz. El frío viento del Norte, gris y salobre, muge como una vaca.

También Gonzalo ha ido al mar. El abad Cresconio visita las ruinas del eremitorio de San Martín, refugio algún tiempo de los obispos britonienses, posada de Ordoño camino de León, y de Alfonso el Casto camino de Oviedo...

Gonzalo Alias le acompaña. Desde el atrio de San Martín se ve la Agrela adentrarse en el mar, como una proa de la tierra. ¿Presiente Gonzalo que allí combatirá un día al normando que regresa? Quizás el mar, que tiene en su ronca voz ecos del pasado, del presente y del futuro, le haya contado, con la ayuda del viento, una prodigiosa y verdadera historia...

## GONZALO

**A**LFONSO de Gontán, pintor que floreció por el 1400 y pintó para la catedral de Mondoñedo unos frescos llenos de ingenuidad y de bárbara grandeza, quizá nos haya legado en la *Batalla de cristianos y normandos*, que algunos han confundido con una matanza sui géneris de Santos Inocentes, la única interpretación pictórica de Gonzalo que conocemos. Con armadura sí, pero sin armas, un pie en la tierra y otro en la borda de una barca, los brazos abiertos, implorantes; los ojos azules en el azul del cielo; la dorada cabellera al viento, ajeno a la batalla de la que, no obstante, es capitán, aquel mozo es, sin duda, Gonzalo Arias en la hora hermosa y terrible del milagro. Alfonso de Gontán ha pintado una batalla que quizá no gustará a Paulo Uccello, que por entonces pintaba en Florencia; una batalla azul de prusia y bermellón, en la que ruedan cabezas entre los pies de los campeones, en un fútbol atroz, inconcebible...

A los diez años llegó a San Salvador Gonzalo Arias, y otros diez pasó en el monasterio.

El abad Cresconio se alegró de recoger entre los muros de San Salvador aquel niño dorado como el sol, de limpios ojos, ya entregado al ayuno y la penitencia como un monje arrepentido.

—Gracias a los desvelos de Rosendo y de los abades, tenemos aquí los más limpios manantiales de toda ciencia. Para la Gramática, Prisciano y el tratado de Donato sobre las ocho partes del discurso. Cicero Severiano y Marciano Capella, para la Retórica, y el gran Boecio, para la Lógica, la Música y la Aritmética —anunció el abad Cresconio a Gonzalo—, aunque pienso que quizá hayan preferido hablarle de Fulberto de Chartres, el gran maestro de Reims, en cuya escuela él aprendió; de aquel hombre de divina ciencia que siempre débil y enfermo, fue curado milagrosamente, por gracia y misericordia de Nuestra Señora, con una gota de leche de su pecho virginal...

Gonzalo de Lorenzana estudió las artes que se encierran en el Trivium y el Quadrivium y gustó del saber, aunque algún otro monje, pálido y lanzal como un álamo, advirtiera:

—¿Para qué la ciencia? Los Padres del Yermo no la necesitaron y dominaron todas las fuerzas ciegas de la Naturaleza y fueron gratos a Dios.

En el silencio y la soledad de San Salvador vio pasar Gonzalo inviernos y veranos. Gustaba de pasear por el huerto que el río cruza. Los rosales medran al amor de la fuente y se alimentan en los caminos perales urracos, manzanos tabardillos, ciruelos Claudios... La parra se apoya en un olmo y trepa, viciosa, cubriendo el templete del Divino Pastor. Gonzalo gozaba de una gran libertad y le placía perderse por los caminos del bosque, frondoso de pravias y abedules, de blancas hayas rumorosas. El valle de Lorenzana se dormía al sol. ¡Qué lejos Samarugo, la Tierrallana, yerma y fría! Su padre vino una vez a verlo. Gonzalo había oído, en el

monasterio, a algún monje poco discreto cosas terribles de él.

—Es como un lobo de Sierra —decían.

El conde oyó misa y abrazó a su hijo en el claustro. No quiso comer en el monasterio. Caminaba hacia Vivero con hombres de armas que alborotaron el atrio de San Salvador. El conde Rodrigo hacía gemir la tierra lucense; era una recia ave de rapiña, un halcón terrible y fiero. Le dolía, quizá, ver al hijo primogénito entregado a la Iglesia; le hubiera deseado a su lado, jinete en uno de aquellos caballos cortos y peludos con que él cansaba los caminos; armado de todas armas, como él duro para el amor, el pillaje y la pelea; un godo nómada y brutal... Gonzalo pasmó viendo aquel Hércules ante él, con la barba mojada por el rocío de la mañana y la palabra ronca e imperativa...

\* \* \*

Sentábase Gonzalo a leer al pie del templete, a leer o soñar. Y un día aconteció que vio cómo paseaba por el huerto una dama hermosísima, toda de blanco y de rosa vestida. Sus pies apenas tocaban en el suelo y las rosas se deshojaban a su paso. Sonreía. Una música tibia y amorosa envolvía el huerto, una música que descendía sobre la tierra desde el cielo, que bajaba desde las nubes al viento, del viento a las ramas... El huerto era un solo temblor, musical y tibio.

Sí, aquella era María. Los labios de Gonzalo aprendían ahora, del aire de su vuelo, las palabras de la Salve que en Mezonzo rezaba Pedro: «*Salve Regina Mater misericordiae, vita dulcedo, et spes nostra salve...*». María caminaba por el huerto de San Salvador y de un manzano cogía las manzanas más hermosas y dulces. El árbol vibraba y las ramas florecían una luz inusitada. Gonzalo lo vio todo: Gonzalo vio como María ascendía al cielo y regalaba con las manzanas del huerto de los frailes a Jesús Niño y sus ángeles. Gonzalo oyó, durante largas horas, sonar el huerto como un arpa, pulsado por la mano del viento del milagro...

Aún existe el templete del Divino Pastor. Donde Gonzalo se sentó, yo me senté. Las nubes blancas de mayo pasaban ligeras, besando con su ala de sombra el huerto, aquel huerto en el que floreció un día el milagro. Sí, aun hoy parece mecerse en las ramas de los frutales un eco de la música celestial que Gonzalo oyó.

\* \* \*

De Celanova llamaron a Rosendo, obispo de Mondoñedo. La poderosa abadía, corazón de la comunidad benedictina en Galicia necesitaba una mano suave y fuerte a la vez, y Rosendo, que amaba más el claustro que la sede episcopal, caminó hacia Celanova. Las campanas mindonienses cantaron, despidiendo al pastor santo y justo. El clero y el pueblo habían de elegir otro obispo. Y los fieles fueron a buscarlo a San

Salvador, a la tumba del Conde Santo.

Era ya una tradición que la diócesis mindoniense encontrase obispos entre los monjes benitos de Lorenzana. ¿Sería elegido obispo el abad Cresconio, aquel que quería convertir normandos, iba a consejo con los reyes a León y regía San Salvador con tanto acierto y amor? Fue el propio Cresconio el que puso a Gonzalo Arias ante el pueblo. Veinte años tenía el monje, veinte años santificados cada día por la oración y la penitencia. Era el monje que había visto a Nuestra Señora de las Manzanas, el frailuco que oía los violines de la corte celestial. Y además llevaba en las venas sangre real, la misma sangre del Santo Conde y de Rosendo... Gonzalo fue obispo. Y en el manzano de la Virgen brotó una rama nueva.

## GONZALO, OBISPO

*Mondoñedo está nun baixo,  
Vilanova nun baixiño...*

**E**N Mondoñedo entró Gonzalo, obispo. La ciudad pasmó de ver un obispo tan mozo y tan gentil, hermoso como un héroe de romance. Con su mitra y su báculo entró en la catedral con los canónigos, tan puesto, que parecía que en su vida había hecho otra cosa. Las chirimías cantaron, y el incienso llenó las naves. Gonzalo predicó al pueblo, reunido en la plaza. Pastores de Abadín y Labrada, labriegos de Argomoso y Viloalle, artesanos del burgo, ladinos burgueses de la ciudad... Gonzalo habló, y su voz tenía un encanto profundo y extraño. Sí, él sabía que todos conocían el portentoso suceso de su visión de María Virgen. Quizá quisieran oírlo de sus labios. Y el obispo mozo contó, contó, como sonriendo, su siesta en el huerto, su ensueño, la visión radiante de María, Jesús Niño jugando en el cielo con los ángeles... Y el pueblo rezó, por vez primera quizá, aquel canto que Pedro enseñó a los tojales y a los abedules, al sol y a las estrellas: el *Salve Regina Mater*, medida preciosa del amor a la Señora, inventada una mañana fría en Mezonzo...

\* \* \*

En donde llaman al Coto de la Recadieira, que ahora anda en las prehistorias y en las arqueologías por mor de unos torques celtas de oro que allí encontraron, vivía, según cuentan, un moro que guardaba un tesoro y un encanto bien escondido entre aquellas grandes peñas. Pasó un gafado, un leproso, al pie del coto, camino de Viloalle, y vio al moro del encanto tomando el sol, como un lagarto de oro tendido en una peña. Acercóse a él el gafado y le pidió limosna. El moro, en ira, negósele en gallego y en latín y en otras lenguas. Atemorizóse el gafado, y entre dientes musitó:

—¡Ah, si leproso te vieras tú!

Y se fue.

Entró temor en el alma del moro, tomando por maldición las palabras del leproso. Ya se veía el moro postulento, con la campanilla de madera y el saco negro, por los caminos de su trasmundo... y como había oído que en Mondoñedo vivía un santo obispo, envióle un mensaje pidiéndole una entrevista. Gonzalo accedió y se encontraron a medio camino entre Mondoñedo y la Recadieira, haciéndose así mutuamente etiqueta. Dijo el moro al obispo, bajo un álamo del Frondoso, sus temores, y el obispo aconsejóle que entregara a los leprosos su tesoro y él lo libraría de todo mal. Accedió el moro, dio el tesoro a Gonzalo y este levantó en el lugar de las vistas una casa para los leprosos, con una iglesia enfrente. San Lázaro se llamó, San Lázaro se llama todavía, y frente a la leprosería está la humilde iglesia, que tiene

una alegre campana cantadora.

El moro se fue a su morería de los tesoros y del Ciprianillo, de donde no volvió.

\* \* \*

A Gonzalo Arias lo envolvía el aroma del milagro como la niebla envuelve, cuando el nordés sopla, el monte Padornelo, un dormido león de tierra y piedra. Algo hay, un perfume, una luz o una brisa, escondido en el manto episcopal de Gonzalo. Tras el suceso del tesoro, el moro y el leproso, pasó el prodigio del Cristo de Cervo, uno de esos Cristos que desde Lezo a Bouzas de Vigo recogen las olas cantábricas y las atlánticas en no se sabe qué remotos naufragios o submarinas iglesias derruidas, para llevarlos en la espuma de su lomo a la arena de las playas.

El Cristo flotaba frente a los bajos de la esmola, en los que el mar rompe, ronco; nadie osaba acercarse a él para librarlo de las aguas, por temor de la rompiente y de los remolinos. Tres días con tres noches navegó el Señor ante la Esmola, sin que aquellos marineros de Cervo, que llevaban en su rostro de balleneros la caricia del viento boreal, pudiesen rescatarlo de las aguas. Avisaron a Gonzalo, que estaba en San Martín con los benitos y los canónigos, y sin tardanza se puso en camino. No bien pisó el obispo la playa de Cervo, una ola bruante y poderosa puso ante él el Cristo, el lívido y extenuado Santo Cristo de Cervo que hoy está en el altar, rodeado de dornas y veleros, exvotos ofrecidos por los marineros que por su misericordia fueron salvados de los peligros de la mar.

A Gonzalo Arias lo envolvía el aroma del milagro.

\* \* \*

Gonzalo pasa largas temporadas fuera de Villamayor, en San Martín de Mondoñedo, mitad monasterio, mitad torre roquera. Un monje que vino de Oviedo lo tiene el obispo en San Martín como arquitecto, escultor y pintor. Capiteles y frescos del baptisterio son de su mano. En los capiteles viven varones dominadores de monstruos, en selvas o mares remotos. En los frescos del baptisterio, Jesús resucita al tercer día y asciende a los Cielos, sentándose a la diestra del Padre. En los frescos vive la misma decoración de selvas y olas que vemos en los capiteles; las mismas flores submarinas y monocromas, los mismos ciervos extáticos, los mismos árboles de breve copa, en la que anidan gigantescas aves mitradas que tienden el cuello en el esfuerzo de un canto gutural inaudito...

... Y caballos. En los capiteles, caballos. Los caballos odínicos que galopan en las praderas hiperbóreas. Todavía están allí. Quizás el escultor los vio en las proas de las naves viquingas.

Gonzalo en San Martín, a orillas del mar, recibió la visita de una bandada de

palomas blancas el día de la Purificación de Nuestra Señora. Las palomas anidaron en la torre normanda, y donde fue el ruido de las armas viquingas es ahora el arrullo de las zuritas. Rodean a Gonzalo cuando pasea por el claustro, que afanosos canteros levantan con la noble piedra dorada de Candás, y lo siguen cuando se acerca a la orilla del mar. Para Gonzalo son, sin duda, un regalo de María, de aquella dama que él vio en el huerto de Lorenzana caminando como la brisa entre los árboles...

Anochece en San Martín. Los versos latinos caen de la boca de los monjes en el corazón de la noche:

*Ut, cum profunda clausurit  
diem caligo noctium,  
fides tenebras nesciat  
et nox fide reluceat.*

En el latín místico las tinieblas florecen en abismos de pecado y terror... Las olas golpean el farallón con su lengua de espuma y el viento silba, ronco y frío. Pero Gonzalo Arias no oye el mar ni el viento, ni ve las tinieblas de la noche. Gonzalo escucha el zureo de las palomas de María y se adormece, sonriendo, con el *Ave María* en los labios... A través de los muros de su celda, Gonzalo ve la tierra iluminada por una celestial y pálida luz... Los monjes, en la inmensa soledad, musitan, más que cantan, el himno salvador y desesperado:

*Qui mane junctum vesperi  
diem vocari proecipis:  
ilabitur tetrum chaos,  
audipreces cum fletibus...*

\* \* \*

Gonzalo es feliz en San Martín, en la beiramar tibia. Mondoñedo, entre las altas cumbres que lo aprisionan y lo privan del consuelo de los dilatados horizontes, bajo el perpetuo manto de la niebla, lo ahoga un poco entre sus muros la cerca levantada por Rosendo. Cuando va a San Martín, Gonzalo suele detenerse en San Salvador de Lorenzana: ora ante el sepulcro del Conde Santo, pasea por el huerto, habla largo y tendido con los monjes. Lorenzana tiene ahora un abad de nación francesa, don Norberto de Marmoutier. El abad hace a Gonzalo la alabanza de la nación franca: *Gens Francorum indita, auctore Dei condita, fortis in armis, firma in pads foedere, profunda in consilio corpore nobilis...*

—Sí —dice Gonzalo—, de Galicia dicen que es una pequeña Francia. Ya san

Isidoro Hispalense trataba del candor de la piel de nuestra raza, semejante a la vuestra.

Pero cada día le están permitidas menos a Gonzalo las escapadas a San Salvador y a San Martín. Los feudales, los señores de la tierra, han encendido otra vez luchas y corren el país a sangre y fuego. Diego Arias y el conde de Lanzós se refugian en Mondoñedo, y los muros de Rosendo han de resistir los embates de sus enemigos. Gonzalo tiene veinticinco años, y algo hay bajo su humildad y dulzura que recuerda aquel siglo de hierro. Gonzalo no vacila. Ha de salvar Mondoñedo del fuego y de la guerra. ¿Va a volver otra vez la silla episcopal a vagabundear por los caminos? Gonzalo, armado de todas armas, vencerá en Resende a los turbulentos Aldaos, bajo el sol de agosto. Desde el campo de Resende ve Gonzalo arder las mieses hacia los altos picos de Oiras, hacia Coubeira, cubierta de castaños... Vivero cierra sus puertas al obispo y acoge Aldaos y Mirandas entre sus muros. Vivero es como una ciudad hanseática, con cónsules togados, tan rica como las Cuatro Villas del Mar de Castilla, orgullosa de su riqueza y poder. Tiene la ballena en su escudo y conoce las navegaciones boreales. Gonzalo con su tropa de burgueses no puede ponerle sido. Decide pedir a los de Vivero que le permitan entrar solo y sin armas en la villa para celebrar la Asunción de Nuestra Señora. Se lo permiten. Con su hábito de Cluny, sin insignias episcopales, descalzo de pie y pierna, solo, entra Gonzalo en Vivero por la puerta de San Juan y avanza entre el pueblo apiñado en las rúas hacia la iglesia de Santa María. Gonzalo predicó; predicó con aquella voz cálida y moza que tenía, mirando en los fieles con la luz de sus claros ojos; habló sencillamente, como a amigos y conocidos y de sus palabras, como de un rosal las rosas, fue naciendo la paz. Gonzalo pudo regresar a Mondoñedo, donde dispuso la peregrinación a Compostela que había ofrecido en la batalla. Como en Clavijo, al lado de Gonzalo, en el campo de Resende, había cabalgado, en blanco caballo, el Hijo del Trueno con espada en la diestra.



# PEREGRINACIÓN DE GONZALO

## GONZALO PEREGRINA

**U**NA mañana amanece Gonzalo en el camino de la Infesta, peregrino de Compostela. Un monje y un siervo lo acompañan. Gonzalo cabalga con alegría en el corazón al pie de los Castros de Cesuras y Zoñán. El camino corre a par del río, entre hayas y abedules. Han caído ya las primeras lluvias del otoño y la brisa de la mañana arranca de los árboles hojas doradas. La tierra huele, húmeda y acre. Desde el alto de la Infesta Gonzalo se despide de Mondoñedo. Ante él se extiende la camposa, los altos y oscuros tojales, camino de Villalba y de Lugo. Allá abajo, arrullado por el esquilón que llama a coro a los canónigos, queda dormido Mondoñedo. Desde la Infesta, Mondoñedo recuerda a Aquisgrán, cuando nos acercamos a la ciudad Carolina por la carretera de Lieja. A Aquisgrán, como a Mondoñedo, siempre parece envolverlo una lluvia vaporosa y mate...

A mediodía llega Gonzalo a Villalba. El torreón de los Andrades contempla toda la Tierrallana. Aquellos Andrade quisieron expulsar a Rosendo de Mondoñedo. No son amigos. Diego Andrade anduvo huido con el rey García, que muere en prisiones en la torre de Luna. Hizo paces con Alfonso VI, y su hijo Rodrigo murió en Sacralias, cubierto de sangre. El viejo Diego recibe al obispo en la torre. La comida de Gonzalo es sencilla y parva: castañas y leche. Diego Andrade habla del rey, de la conquista de Toledo... Sus ojos se nublan y su voz tiembla cuando habla de Sacralias. Gonzalo Arias quisiera preguntarle por el pobre don García, aherrojado en Luna, muerto en los hierros, pero no quisiera recordar al viejo Andrade otros días. Diego Andrade ha casado sus hijas en la corte leonesa con un infante de Carrión y con un conde. Ya esta estirpe se prepara para su alto y largo vuelo.

—Tenemos los Andrade palacios y castillos, y en Pontedeume saludamos la onda del mar. Pero yo prefiero esta torre, y también la de Cal da Loba, solitaria en una colina de la Terrachá, negra, esbelta como un ciprés, nido de águilas...

—Dicen que su puente es roja, pintada por la sangre derramada...

—Hicimos justicia. Desde los reyes godos y suevos, estas tierras son nuestras. En la Tierrallana un Andrade es un rey.

—Yo soy tu obispo, Diego Andrade.

El viejo godo no sabe qué responder a la alegre sonrisa de aquel aguilucho de los Arias, que ha dejado las armas por el hábito y la cogulla, hace milagros y se alimenta con un cuenco de leche y un puñado de castañas pilongas.

Gonzalo quiere ir a dormir a Lugo. Munio Alfonso, el obispo License, es su pariente y amigo. Anochece cuando Gonzalo cruza el Miño por el vado de Rábade. El sol poniente dora los sauces llorones y toda Trastámara es oro viejo y violeta. El viejo Miño, verde y lento, camina hacia el mar, que es el morir. Es el viejo dios celta y

fluvial, ahora cristiano desde que en su cuna, entre tojales y helechos, lo bautizaron las graves y saudosas campanas de Meira...

Noche cerrada es cuando Gonzalo entra en Lugo por la Puerta Miña... Desde la habitación que le ha sido destinada en el palacio episcopal, contempla Gonzalo las iluminadas vidrieras de la catedral, en la que noche y día se expone el Santísimo Sacramento del altar. Y aquella lucecilla que brilla a través de una vidriera del ábside es un cirio que arde a los pies de Nuestra Señora de los Ojos Grandes, la Virgen que unos hombres desconocidos, en los días de san Froilán —el obispo de los lobos y la nieve— dejaron abandonada en una de las puertas de la ciudad. ¿Cuántos años hacía que Gonzalo había estado allí, arrodillado ante Nuestra Señora de los Ojos Grandes? Tendría siete u ocho Gonzalo. La Virgen tiene unos inmensos ojos brillantes, de claro, translúcido iris. La lámpara de plata que cuelga de la bóveda se balancea suavemente, y los ojos de Nuestra Señora recogen mil luces y las reflejan en los ojos de Gonzalo. Parece sonreírle María. La música, que brota del silencio como la llama del leño, entra en la capilla. Al principio es como un murmullo de agua, como canto húmedo de fuente, como orvallo manso y frío. Asciende, asciende por ramas y goijeos; sube, sube hasta romper en la bóveda para caer ahora en cristales, flautas y gaitas, en voces casi humanas, dulces y transparentes, tan pronto lejos como cerca, como olas del mar que van y vienen. ¿Será la música que adormeció cien años san Ero de Armenteira? ¿Será la música que oyó Pedro con Mezonzo? Huye, huye el canto empujado por el silencio. María sonrío a Gonzalo Arias; en los ojos del niño han brotado las lágrimas... Gonzalo sale de su habitación, cruza los silenciosos pasillos, baja por la amplia escalera de mármol: todo duerme en palacio. Por la puerta de la capilla sale a la plaza y entra en la catedral, abierta siempre, para que nunca cese la vela al Sacramento... Ya está Gonzalo ante Nuestra Señora de los Ojos Grandes, arrodillado en las frías losas. Son los mismos amorosos ojos que lleva en la memoria del corazón desde su infancia; unos ojos inmensos, verdes como el mar. Gonzalo se siente invadido por la misma extraña y dulce pereza que tantas veces se abraza a él en las horas de oración. Parece como si fuera a revivir aquel día de su niñez, como si fuese a resucitar aquella música oída una vez... Pero no; hoy es un clamor más amplio y profundo el que brota de la piedra y de la noche: es el órgano inmenso de las copas de los robles y castaños, de las hayas y de los pinos; es un viento que silba lamiendo la tierra, un viento que se enrosca y se desata y de pronto huye dejando en los oídos de Gonzalo un eco remoto de chirimías... Quizá sea hoy más grave y melancólica también la sonrisa de María.

\* \* \*

Por la Puerta Miña salió Gonzalo de Lugo. Amanecía. Cruzó el Miño por la puente romana —por vez primera se uncía a la tierra aquella corriente ancha y verde que canta en la represa de los cuneiros con voz opaca y dura—, y a Portomarín fue a

tomar la vía francígena, el camino que a medias va por el cielo y por la tierra, por las dilatadas gándaras de la estrellada Galaxia y por las tierras estériles y tojizas de Gonemonde y Páramo, que el viento lame con un silbo monótono y frío. En Portomarín, con el camino francés, otra vez el Miño, más alegre y de más dulce cantar que en Lugo. Palas de la Reina, Palas de Rey. Palas estaba revuelto. Gonzalo encontró la gente alborotada en el camino. Unos peregrinos de Chartres y Tours habían sido asaltados por Xiao de Feute, el señor de la torre de Feute, clavada en el corazón de la Ulloa como un castigo. Cada día Xiao manchaba el camino peregrino con robos y crímenes. El teniente que el conde don Ramón tenía en el castillo de Monterroso —castillo como un navío de piedra anclado en una colina parda y desnuda— era impotente contra aquel feudal, aquel milano que en sus *razzias* osaba llegar a las puertas torreadas de Lugo... Yo recordaré aquí un día del verano de 1935. Pregunté a un pastor qué eran aquellas ruinas que se veían en un altozano.

—Feute —me respondió—. ¡Cuántas muertes se hicieron desde esa casa!

Feute: un arco se mantenía en raro equilibrio. Feute: las ruinas tenían ese color rojizo y melancólico de su nombre.

Los peregrinos franceses siguieron con Gonzalo hasta el hospital de la Cruz. Contemplaban con alegría y confianza aquel monje mozo, de larga cabellera dorada como un rey, de claros y puros ojos, del que decían que era obispo y obraba milagros. Les gustó su humildad. Gonzalo les habló en el francés que había aprendido en San Salvador, en un francés que olía a latín y a las dulces tierras de Francia...

Vadeó Gonzalo el Ulla, acabado de nacer, musical y cristalino; un breve arroyo claro. Atravesó las gándaras de Meire, llanas de tojul y camposa, con un fondo de montañas azules. Águilas medradas en las cumbres y barrancas de la Sierra del Borelo volaban altas, moviendo lentamente sus alas vigorosas. Río Furelos; el Libureiro, yermo y triste. Y al pie de la Sierra del Furo y del Furelo, las verdes tierras de Santa María de Mellid: dorados sotos de castaños, prados, espesas robledas, caseríos de oscura piedra arzuana... El río Iso —un hada céltica, un hada de niebla— pasa cantando, a lo lejos, entre los abedules... En la lejanía, los últimos rayos del sol poniente iluminaban la cumbre del Pico Sacro. Allí estaba Compostela, la Barca y la Cueva, la fuente de misericordia...

Hizo noche en Mellid nuestro obispo. Por el cielo iban a Compostela las estrellas de la Galaxia, y en los cipreses de Mellid cantaba el ruiseñor el veranillo de san Lucas, amigo del viento sur, tibio y dulce... Con noche salió Gonzalo de Mellid, y la mañana, que dormitaba al pálido sol del otoño, la vio entrar en Compostela. San Martín Pinario, al lado de la basílica, fue su posada compostelana.

\* \* \*

¡Peregrinación a Compostela! En la *Vita Nuova* escribió Dante florentino estas palabras: «*Non s'intendepellegrino si non chi va verso la tomba de S. Jacope, o*

*viende*». Gonzalo quiso entrar en la iglesia de Jacobo como un simple y humilde peregrino, y como un peregrino visitó las nueve iglesias dispuestas como un nimbo alrededor de la basílica: San Pedro, en la salida del camino francés; San Benito, San Miguel de los Agros, la Trinidad, sepultura de peregrinos, donde está enterrado el duque de Aquitania, aquel Gaiferos de Mormultán, que murió ante el altar de Santiago...; San Fiz, custodio del recuerdo del Arca Marmórica, cuando aún la tumba no había sido descubierta y los anacoretas rezaban en el misterio del bosque antiguo; San Payo, San Martín y Santa María de la Corticela... Gonzalo era un peregrino más. Oró en Compostela; oró y soñó. Un vuelo de campanas llevaba y traía su alma por aquel aire compostelano que el milagro aroma.

Buscó Gonzalo la compañía de peregrinos de diferentes naciones. Quería oír de sus labios penitencias y prodigios. Quería oír toda la milagrosa y eterna historia del camino francés; era como oír latir el corazón del año mil... ¡Qué lejos se le aparecía a Gonzalo su Mondoñedo, perdido entre los montes, en la niebla! ¡Qué lejos del mundo y sus caminos! Gonzalo visitó al obispo Peláez y le habló de su diócesis.

—¡No tiene Villamayor el prestigio de Lugo, ni fue, como Orense, corte de reyes! Ni aun con Samos puede compararse en riquezas y fama. Pero yo amo aquel valle umbroso y escondido. Trabajamos en la construcción de la catedral y hemos ofrecido todas aquellas piedras que la piedad levanta a la Anunciación de Nuestra Señora. Mi diócesis es una pequeña barca, pero yo amo navegar en ella.

—Me han contado que habéis sido visitado por la Virgen María en vuestro monasterio de Lorenzana...

Gonzalo enrojeció. ¿Había ironía en las palabras de aquel obispo, consejero de reyes? ¿Cómo contarle a aquel orgulloso y hábil político lo que aconteció en un huerto, a la sombra de los manzanos? Peláez parecía sonreír. Más que un obispo, era un gobernador; administraba con mano dura las tierras compostelanas; se decía que amontonaba riquezas, que soñaba, ambicioso, con el oro y el poder...

Aquel obispo Peláez moriría en Roma, depuesto, haciendo un tratado con el Demonio en unas ruinas paganas. Como cerdo, can, oso y topo se vería un día a Peláez, en piedra de Barbanza, en las basas del pórtico de la basílica... Peláez sonreía y Gonzalo se despidió del obispo con una sospecha de escándalo en su corazón mozo y apasionado. ¿Qué tenía que ver Peláez con Gonzalo? ¿Podría Peláez entender el arma sardosa y alegre de Gonzalo? ¿Cómo hubiera podido este contarle el milagro de las manzanas? Quizá no le creyera. Y, sin embargo, así fue. El abad Fagildo de Antealtares también oyó a Gonzalo sonriendo. Pero la sonrisa de Fagildo era una sonrisa bondadosa. ¿No había obrado y visto Fagildo milagros, no sabía que toda aquella luz, aquel aire, aquellas músicas de que Gonzalo hablaba existían? Fagildo contó a Gonzalo su viaje a Feón, cuando don Fernando el Emperador trajo de Sevilla los huesos de san Isidoro. Don Fernando, de bruces en el suelo lloraba de alegría. Cinco abades llevaban las andas: Domingo de Silos, Iñigo de Oña, García de Arlanza, Sisebuto de Cardenal, Fagildo de Antealtares... Era en el crudo invierno y la nieve

caía sobre León en copos silenciosos.

—Pero cuando levantamos las andas, besó el cuerpo de san Isidoro y acarició nuestras cabezas un sol de gloria.

Gonzalo posó sus ojos en los blancos cabellos de Fagildo, Como buscando en ellos la huella santa de aquel rayo de sol. Fagildo sonreía recordando.

Gonzalo se retiró a su celda de San Martín Pinario. A través de la ventana, veía el patio, oía los pájaros en los cipreses y oía la fuente que manaba agua por cuatro bocas de ángeles... El agua se recogía en una concha antes de verterse en hilos y cortinas de perlas y cristal en la labrada taza. Compostela dormía en el silencio. Comenzó a llover. Gruesas y grises nubes habían cubierto el cielo y el halo de la luna era bajo ellas como un arco iris, como un remolino camelia, azul y rosa... Olía a tierra y lluvia, a otoño y a cielo. Olía también Compostela a tibia música milagrosa...

\* \* \*

—Los normandos corrieron la tierra, quemaron aldeas, raptaron doncellas, no respetaron las iglesias... Levantaron casas de madera en las mariñas y adoraban en ellas sus dioses...

—Sólo en Escandinavia quedan ya viquingos que adoren a Odín y sueñen con Lodbrog, el rey del mar. Yo fui educado en Bec, de Normandía, el nido de Ivo de Chartres y de Anselmo el Doctor. Los normandos somos ahora caballeros de la Cruz. En el Oriente de la sierpe y el león, los príncipes normandos de Tarento plantan un nuevo reino cristiano que herirá en el Corazón a la paganía. Los poetas cantarán la Cruzada. ¿No es más piadoso y justo Godofredo de Bouillon que Eneas?

Gonzalo oía hablar de la Cruzada, de la Tierra Santa, rescatada. En Jerusalén había muerto su tío, el Conde Santo. De Jerusalén venía aquel peregrino que quería morir al pie de la tumba apostólica, soñando para Compostela las bellezas de la Jerusalén celeste.

—Pero, quizá, si todos los normandos cristianos os vais a la Cruzada, del mar boreal, más allá de Escocia y Tule, osen hacerse a la mar nuevas olas de paganos en sus naves ligeras como potros...

—Dios querrá perdonarnos la destrucción de tantas iglesias con la gloria monástica de la Normandía. Y la sombra de Olaf, al que la tempestad llevó a una isla donde el bautismo lo esperaba, guardará el mar.

\* \* \*

Gonzalo regresó a Mondoñedo. Cruzó otra vez Mellid y Palas; descansó en Lugo. Un deseo que tenía hacía tiempo quería realizarlo ahora: visitar la abadía de Meira y la antigua Britonia, la cuna de su sede trashumante. Cabalgó la Tierrallana,

contemplando en el horizonte los nevados y gigantes Aneares. Meira lo retuvo unos días. La abadía había nacido de las ermitas de San Gelo, entre espesas y rumorosas robledas, donde el Miño nace. San Rosendo amó Meira, perdida en la niebla, llamada *meira*, como la niebla alígera y transparente del páramo. ¿Quién no oyó, en los largos atardeceres de verano, cantar las campanas de Meira? San Gelo era herrero, y él fundió las campanas de la abadía, claras y cantarinas, campanas de iglesia campesina. San Gelo pegaba suavemente, con una vara verde, como dicen que hacía san Benito, a los monjes que no se sometían a la Regla. San Gelo paseaba por las orillas del Miño y se le oía hablar con las truchas, y los peces del río de cosas tocante a la fe cristiana...

Gonzalo dejó Meira. El abad le regaló una muía, una de aquellas muías ramonas y mansas que criaban en la abadía y que fueron, más tarde, su fantasía y su riqueza. En ella cabalgó Gonzalo la Pastoriza, camino de Bretoña, Se cruzó más de una vez con rebaños de potros bravos que pastaban en la camposa. Aún hoy conserva la Pastoriza todo el encanto de su lejanía y el misterio de los dilatados horizontes sobre los que se cierra el cielo como una bóveda. Bretoña, al pie de la calzada romana, era un montón de ruinas. Las losas romanas se habían quebrado bajo los cascos de los caballos árabes. En la iglesia derruida habitaba un ermitaño: había sido canónigo en Villamayor y buscó en Bretoña, cuando las cuatro patas del caballo de Almanzor marchitaron la tierra, el desierto y la penitencia. Algunos labriegos aprovechaban las ruinas de las iglesias y del palacio, las piedras de las murallas, para construir sus casas. Una aldea nacía en el castro.

Gonzalo misó en el único altar que quedaba en pie de la vieja basílica sueva que san Martín había rescatado del arriano para Roma y la verdadera Iglesia. En el silencio britoniense, en aquellos inmensos campos de soledad apartados de todos los caminos del mundo, Gonzalo se sintió pastor del Finisterre, pastor del Señor donde la tierra muere para que comiencen las tinieblas del mar y la corona de nieve de las cumbres. Aquella humilde y lejana Bretoña era como el último lugar del Occidente que oía la voz de Dios. Bretoña era una isla de tierra, y él, Gonzalo, era su obispo, como san Balandrán, de la isla sumergida más allá de las nieblas de Ivernia y las olas de Caneahan... Bretoña, lejana y sola. Ningún camino lleva a ti.

Cuando Gonzalo entró en Mondoñedo llevaba todavía en los ojos la visión de la basílica derruida, comida por la hiedra, ahora como antaño, por el fuego del moabita; en el alma llevaba Gonzalo el temor de no ser digno faro de Cristo allí donde la tierra termina, en el promontorio de los Albatros, en el inmenso silencio de las cumbres...

Mondoñedo recibió a su obispo arrodillado bajo la gran capa pluvial del viento oeste, que arremolinaba en la plaza las hojas secas de los álamos y los castaños. La *Paula*, la campana mayor, orgullosa de su nación leonesa y visigótica, dobló con su voz grave cuando Gonzalo entró en la catedral rodeado de sus canónigos y arcedianos. La lluvia caía mansa y fría.

# EN EL DESIERTO

## GONZALO EN EL YERMO

¿TENÍA visiones? Eso decían. Pero lo cierto es que en sus JL ojos brillaba la fiebre del insomnio. Había enflaquecido y ya no parecía un mozo. Ayunos y disciplinas destruían poco a poco su cuerpo aunque fortalecían su alma. ¿Tenía visiones? Hablaba de marchar a Jerusalén como soldado. Aquel desasosiego de los Arias, aquel mismo impulso que llevó a los caminos a Sancho, a Gutierre, a Rosendo, lo sentía él. Era como si un ángel le empujase por la espalda. Tenía prisa por ver terminada la catedral, tenía prisa por ver terminado San Martín; tenía mucha prisa Gonzalo. Parecía como si le hubiesen brotado alas y se dispusiese a volar muy lejos. Un día decidió retirarse por unos meses al Yermo. ¿Bretoña, Sor, Xistral? Quizá lo atrajo el prestigio de San Andrés de Teixido, orillamar, o el deseo de ir a orar en soledad allí donde la tierra termina: en Vares el mar muge en los bajos y el viento golpea el rostro con su mano húmeda. Las brañas de Sor, espesas, pobladas de lobos, jabalíes y osos, bajan hasta el mar. Los gigantes tojales se visten de oro viejo en la primavera, y grandes bandadas de torcaces cruzan hacia la tierra brigantina. Gonzalo se refugió en Ortigueira, al borde de la ría, en aquel escondido lugar que todavía hoy llaman el Yermo y que era entonces, como santa Haya de Curtís, otra Tebaida. Allí se había retirado una vez san Pedro Mezonzo, y en el año 997, cuando el caballo de Almanzor bebió en las pilas del agua bendita de la catedral compostelana, se refugiaron en aquel rincón canónigos y monjes de Iria Flavia y Compostela, algunos de los cuales, ya el peligro pasado, quisieron continuar en el Yermo hasta el fin de sus días. San Gauderio allí vivió, alimentándose de las azules flores del ortigal, domeñando lobos y osos, paseando con un rebaño de ciervos a su alrededor, cantando himnos que el viento hacía repetir a toda la selva del Sor. A su iglesia de Araxe le llevan hoy los mudos y los sordos y orejas de cera cuelgan, exvotos de ofrecidos, de las andas en que está Gauderio con su lengua barba, su escapulario benito y su bordón de peregrino. Dos lobos le lamen los pies. En las orejas de cera duerme el eco de los himnos de Gauderio:

*Benedictus est qui ambulat super pennas  
ventorum et super undas maris.*

Y las alas del viento y las olas del mar responden:

*Et laudabilis, et gloriosus in saecula!*

Cuando Gauderio murió, se hizo el silencio en la selva del Sor y creció la hierba, la tojiza y la zarzada en los caminos que el santo andaba. Fue enterrado en Teixido, allí donde van penitentes después de muertos los gallegos que no han ido en vida.

\* \* \*

Gonzalo vivió un año en el Yermo. Allí le medró su barba de oro. La soledad y la oración consumieron su impaciencia. Como Gauderio con lobos, osos y ciervos, él, a ejemplo de san Gelo de Meira, amistó con palomas y peces. De su amistad con los peces sabemos esto que nos cuentan los Bollandistas:

San Gonzalo se había retirado a un cenobio. Una fuente clara y abundante brotaba cerca de su retiro. El santo se fijó en tres pececillos que nadaban en la corriente. Regocijábese con sus idas y venidas y rogó a los demás monjes del cenobio que no los pescasen, lo que prometieron. Un día, sin embargo, hallándose san Gonzalo enfermo, un monje llamado Barrius creyó que debía prepararle algún alimento delicado; pescó los tres peces y los guisó. Cuando el guisado estuvo a punto, los peces fueron llevados a Gonzalo.

—¿De dónde vienen esos peces? —preguntó el santo.

—Señor obispo: los pesqué en el regato de la fuente y os los cociné con cardos y cebolleta de mi huerto.

Gonzalo entonces, colérico, le hizo vivos reproches y le ordenó devolverlos inmediatamente al agua. Se levantó del lecho y oró con lágrimas en los ojos hasta que el propio Barrius vino a anunciarle que los peces, resucitados, nadaban en la fuente.

Como Antonio de Padua a los peces de Rímini, Gonzalo predicó a los peces de la ría de Ortigueira. ¿No es en esta misma ría donde el padre Labrada oyó la historia de un obispo de mar que vieron unos marineros, con su mitra y su báculo, sumergirse echándoles bendiciones? Quizá la epístola de este obispo fuese el sermón que Gonzalo predicó, según los Bollandistas, a los peces de la ría.

\* \* \*

Gonzalo en el Yermo, tuvo mil sueños y visiones. Y venció más de cien veces al Demonio. Satanás tenía el rostro fino y frío de Peláez, el obispo de Compostela. Con la luz del alba la veía nacer Gonzalo al pie de su lecho. La noche no atemorizaba a Gonzalo. Para él la noche era clara y luminosa y en sus sombras se escondían jardines aéreos, volados por ángeles de alas transparentes, que batían el aire con ellas hasta arrancarle su secreto musical. Cuando en la silenciosa soledad el aire remedaba el armonio y los laúdes, Gonzalo abría sus ojos a prodigiosas visiones. Sí, era María. La Señora le miraba sonriente. Un rumor de agua y viento primero; más tarde un acorde presuroso, un coro que dilata en la oscuridad sus voces, que rompe la oscuridad con



ellas, que la llena hasta que la oscuridad estalla en mil pedazos y se hace la luz, una luz que canta mansa y suave, late en el corazón, refleja en los oídos jardines blanquiazules, blanquirrojos, blancos solamente, cascadas de rosas, versos de la *Salve Regina Mater*, es un hilo de voz, un hilo que no se sabe si se ve o se oye, si es música o luz; un hilo que ata cielo y tierra al alma de Gonzalo, que tiembla de felicidad... y a la luz de la luna María la contempla.

No, a la noche no le tiene miedo Gonzalo. Gonzalo le teme al alba fría, a la niebla que sube a tientas desde la ría. Algo acecha, algo se esconde. Ulula el lobo que madruga a beber en la fuente y Gonzalo teme desde que las estrellas huyen hasta que el sol nace.

\* \* \*

Un año en el Yermo. Las palomas viven con Gonzalo, y los ermitaños dicen que sobre la rubia cabellera del obispo se ve brillar el nimbo de su santidad. Gonzalo parece haberse olvidado de su diócesis, de su dignidad episcopal. Es ahora un monje alegre y tímido, descuidado de todo lo que no sea oración y caridad. Hay un ermitaño leproso, y Gonzalo lo cuida con hierbas que las palomas le traen de las riberas del Sor. En los claros ojos de Gonzalo parece otra vez como si anidara el rocío de la mañana. Una inmensa juventud lo anima. Peregrina a San Andrés de Teixido, a San Julián de Campo, a San Guderio de Araxe; gusta Gonzalo de caminar estas mañanas de verano y de misar en las humildes iglesias que brotan, como flores, en la tierra mariñán, al amor del mar. Iglesias estradas de romero y espadaña, de alera y hierbabuena...

Pero ya se termina el retiro de Gonzalo Arias. Lo llaman de Mondoñedo. En Villaronte, cabe San Martín, han desembarcado normandos, que huyeron tras quemar el pueblo y saquearlo. No, tranquilízate, Gonzalo: San Martín no sufrió. El monje asturiano sigue pintando en el baptisterio la Resurrección del Señor, sigue dibujando avecicas y bosques de helechos, palmas y robles, para que sean labrados en los capiteles...

Gonzalo ha de despedirse del Yermo, de los peces y las torcaces, de la alegre soledad. Paréceme que para el resto de su vida va abarrotado de nostalgia; paréceme que siempre tendrá saudades del desierto.

Por la costa cabalga hasta Vivero, que declina ante el obispo la palinodia de su orgullo y se humilla pidiendo socorros. ¿No ha visto Vivero arder Celeiro de Mariñaos, allí mismo a sus puertas? Gonzalo levanta los ánimos en Cerro, Lugo, San Ciprián, Villaronte, Foz..., las aldeas posadas en la orilla del mar de las Ballenas, como alegres y blancas gaviotas. Es Gonzalo otra vez el pastor. Ha vivido en su ermita un sueño maravilloso, pero ahora ha de volver a cuidar de su rebaño, de su cabaña cristiana. *Normannus ad portas*. Y desde la Atalaya Ribadeo hasta las hogueras de la Estaca, soldados del monje Gonzalo Arias vigilan día y noche.

Otra vez en Villamayor. Una de las torres de la catedral está terminada. Gonzalo bendice la veleta y las campanas. Desde aquel día siempre hubo sonoras campanas que cantasen con su voz de bronce en mi catedral... Gonzalo da a los burgueses dinero para que refuercen los muros de la ciudad. Vive en él, ahora, el hijo y nieto de soldados, y su báculo es como una lanza, como lo fue en Resende contra los feudales...

## NORMANNUS AD PORTAS

**L**A onda viquinga anochece otra vez sobre la costa lucense. Un cielo de grandes nubes grises y pausadas viste de plomo el mar. Las aladas naves, cuyos mascarones de proa recuerdan el mito boreal del caballo odínico, se acercan a los estuarios celtas. El viento trae ecos de las Sagas, en los que cantan, como truenos, los nombres de Harald, Oern, Illen y Lodbrog, reyes del mar, héroes de hierro, un día preñados de viento, como velas de navio. Huele a ozono y sudan los abedules y los pinos de la beiramar. *Normannus ad portas*. Un vuelo de mascatos se pierde en las negruras de la tormenta.

Gonzalo teme, sin duda, que otra vez el normando se instale en la costa, desde el Eo a Vares. Como hace años, volvería a subir Masma y Landro arriba y habría un reguero de incendios en la tierra, hombres cautivos, doncellas sollozando en el *hall* del rey, mientras los guerreros, ciñéndose mutuamente la cintura con sus fuertes brazos, se balancean cantando, borrachos de cerveza, de humo y de sangre, las canciones que cuentan cómo Holrad viajó en el dragón o Kanehänd, la doncella siete veces coronada de oro acarició al arquero que cortó a la vez, con una única flecha, el vuelo de tres palomas blancas... Gonzalo piensa qué sería de las iglesias reconstruidas, de San Martín de Mondoñedo, de Villamayor, en cuyos muros ya medra la yedra; muros que dejan ver la torre de la catedral, la torre del Evangelio, con su *Parla* y su *Rudesinda*, su *María* y su *Petra*, claras, graves, sonoras como la voz de Dios... Sí, una de las armas de Gonzalo Arias son estas campanas, que en su letanía de bronce repiten: «*A furore normannorum libera nos Domine!*», aunque a veces Gonzalo, quizá desesperando, creía oír el

*Dies irae, dies illa,  
solvat seculum in favilla...*

¿Otra vez Bretaña trashumante? Parece que la vieja diócesis sueva no pueda huir a su destino vagabundo. Para Gonzalo, Villamayor es como una Jerusalén recobrada y sus montañas las de Gelboé; *nec vos nec pluvia veniant superaos*, se dijo de las montañas bíblicas, donde yacían los fuertes de Israel. ¿Estas montañas verán huesos cristianos? Habrá que rogar a Dios que no mande sol a calcinarlos. En sus laderas medran las flores todas de la primavera. La genciana azul florece entre los brezos de las cumbres, sembrados de morados cardos y violadas espuelas de caballero. Vincas rosadas, violetas, doradas tabernas, blancas campanillas, camomila, negrillas como purpúreos morriones, lilas, silvestres rosales, la sierva zarzamora y los rojos corazones de los amorodos... No hay para Gonzalo más gustoso fresal que el amorodal del río Sixto, a la sombra de los abedules y las praviyas viciosas. Los cerezos del huerto monacal, ahora huerto del obispo, han florecido al abrigo de la cerca de la

ciudad. Una fuente ha mandado labrar Gonzalo, y los lirios nacen a su pie. ¿Todo aquel silencio lo romperá una mañana el grito de guerra del normando? El burgo, entre muros, va ordenando sus rúas: la de Batitales, la del Pumar, la de la Cruz, la del Pan. Y crece en el corazón del burgo la catedral... ¿Nada podrá salvarse? ¿Con su báculo pastoral habrá de huir Gonzalo hacia Meira o Lugo, por caminos de niebla, nocturnos como ala de cuerva? Gonzalo ha tomado amor a la nueva ciudad, que ya comienza a llamarse, como la diócesis, Mondoñedo. Rosendo y Gonzalo han hecho posible su nacimiento y su vida en aquel rincón de la calle. Es obra suya. Y las campanas son la propia voz de Rosendo y Gonzalo, cristianando la tierra verde que cuatro ríos —cuatro, como los del Paraíso Terrenal— riegan con sus venas plateadas.

\* \* \*

En esto de los milagros no sigamos a los Bolandistas. La cosa fue que Gonzalo caminó río abajo y llegó a la ermita de Louro, en la que vivía un monje tan viejo que decían había conocido al rey Favila cazando osos por aquellas montañas. Gonzalo era amigo del ermitaño desde sus días de monje en San Salvador, y fue recibido con los brazos abiertos y regalado con leche recién ordeñada y borona de centeno, dulce como miel. Sí, aquel viejo había visto pasar río arriba las naos normandas pintadas de negro y bermellón y había visto los guerreros ahumados en cuyas manos vibraba el arco. Cuéntase que aquel ermitaño rogó a Gonzalo que se asomase a la boca negra de un pozo abierto al lado de la ermita. En el fondo brillaba media luna de agua oscura y mansa. Gonzalo miró y vio cómo en la sombra del agua se hacía la luz: una luz rojiza, como la luz de un atardecer de gloria. Un film pasó ante sus ojos: una flota normanda, surgiendo del mar a lomo de olas poderosas y roncacas, se hundía de nuevo en los abismos, incendiada por ángeles armados de llamas como espadas. Trompetas celestiales atronaron el pozo. Gonzalo cayó de rodillas dando gracias al Señor:

*In Deo speravit cor meum:  
et adjutus sum.*

Las trompetas celestes repetían «¡aleluya, aleluya!», desde el negror del pozo de la ermita.

Yo me imagino a Gonzalo, como a Juana de Arco, en el verso de Charles Péguy, *viviendo en pleno misterio con vivacidad*. Gonzalo sabía dos cosas: sabía que del seno del mar brotaría la temida flota viquinga, sabía que esta flota sería derrotada. Pero ¿qué tenemos que poner de nuestra parte, Señor? ¿Qué haremos para merecer ser ayudados? Gonzalo no podía hacer partícipe a nadie de su secreto, aquellas «voces» que había visto con sus ojos no las podía repetir. Pero en sus claros ojos las llevaba. Una luz de fe y de esperanza los iluminaba, cantaba en ellos. Estaba en

aquellos ojos al haz de flechas que barrería de enemigos los bancos de las naves normandas.

Quiero creer que todo su pueblo vio en los ojos de Gonzalo las luminarias de la victoria, que todo el pueblo adivinó en los ojos garzos el gran secreto: como una lámpara en la noche, así brilló en el corazón del pueblo celta la luz de los ojos de Gonzalo.

\* \* \*

Se acercaba la flota normanda. En la popa de la nave de Harmand, el rey de Escania, un hombre canta el verso de las vísperas sangrientas. Es el rito de la guerra viquinga:

*No queda ni un guerrero en tierra  
y hay más espadas sobre las olas  
que arenas desde Hitra a Seeland.*

Todo el mar canta la canción de los hombres ahumados. Ellos, los hijos del mar, también tienen una tierra:

*En las orillas del Sirey en las laderas del Lister  
ya verdean los campos de centeno  
y se oyen los alegres cantos de las mujeres.*

También los normandos tienen ríos umbrosos a los que se asoman pueblos y aldeas. También tienen mujeres e hijos. En la propia nave de Harmand irán guerreros que viven en las dulces orillas del Sire, floridas de manzanos. Quizás en vísperas de batalla cantan para grabar en su corazón los campos de cebada y centeno, las laderas del fiordo de Lister, los tejados de madera de Elekkefj, la cúpula del palacio de Siredal, las cumbres nevadas del Lysecam, el Snenut y el Odda, mirándose, como en un espejo, en las profundas aguas de los fiordos que llevan nombres de guerreros, dioses y navíos. Los rostros de los viquingos los ennegrece el humo del hogar de los grandes *halls* de pintadas columnas, y ni el viento salobre del mar logra lavarlos.

Se acerca a la costa la flota normanda. En el cielo se disponen esas nubes que forman la decoración de la bóveda celeste en las batallas navales de la gran pintura. Las frágiles naves brincan al cruzar la barra de Foz. *Normannus ad portas*. Dentro de unas horas la tierra mindoniense despertará al silbo de la flecha pirata.

## LA BATALLA

**L**AS naves normandas han anclado frente a San Bartolo. La ermita se asoma al mar y grandes olas lamen los farallones. Ría adentro, hacia la Espiñeira y Louro, se extienden lodazales y junqueras que deja al descubierto la marea baja. El Masma —un río que recuerda el Avon de Shakespeare, pero que yo he comparado con el Aulne bretón cuando pasa al pie de Cahaix cantando en bretón bretonante— se acerca lentamente al mar, partido en dos brazos verdes y profundos, bordeados de amojos de espadaña y junco, que esconden el pato y el faisán. Alba de abril, quizás Pascua Florida. Todavía son las mañanas frías y la tórtola espera que un rayo de sol la toque antes de decidirse a resucitar el mundo con su canto... Al alba la niebla cubre el valle y la ría.

¿Cuántas veces, desde Navia a Noya, no ha amanecido una flota normanda ante la tierra gallega? Sí, aún faltan años y años de temor hasta que las naves de Gelmírez, obispo de Iría Flavia y Compostela, surquen el mar contra normandos, cumpliendo el designio de vencer en el mar al señor del mar. Mañana fría de abril; para cumplir las profecías del Milenio, en la ría de Foz ancla la flota viquinga, bermellón y luto.

\* \* \*

Mar de las Ballenas: quizá sea esta tu hora más hermosa. Mar de las Ballenas: desde cabo Ortegal —en las cartas antiguas *Promontorium Artabrum*— hasta la foz del Navia, muge mordiendo los cantiles. Desde el mar se contempla un horizonte de cumbres azules y negras. Una franja de blanca espuma dice dónde muere el mar contra la tierra. El mar es verde y ronco, frío y salobre. Las ballenas surcaron el laberinto de sus corrientes para ir a morir a los escudos de las villas marineras con el chorro de agua que brota de su enorme cabeza pintiparado y la cola haciendo una media luna en campos de azul. Sí, quizá sea esta la hora más hermosa del mar de Foz, que si no conoció lord mayor con remo de plata paseando sus arenas, vio llegar a sus olas Cristos de rubia barba, Vírgenes marineras y fue escenario de la más hermosa y estupenda de todas las batallas navales que registran los siglos... Es un mar de pescadores: no conocerá nunca rouselos de naves que huelan a ámbar y canela. Ningún quechemarín amanecerá en sus bahías de regreso de la especiería y no será cuna de almirantes... Pero es el mar: el Cantábrico frío y salobre, ese es. Yo lo oigo siempre tal y como lo oí de rapaz en Forxán: con su voz ronca se acerca a mi corazón y me siento dormir en el berce de la tierra, acunado por sus olas amigas e incontenibles, a cuyo amor quisiera uno abandonarse...

*Cercáronme as ondas do mar maior  
e non hei barqueiro nin remador!*

*Cercáronme as ondas grandes do mar  
e non hei barqueiro nin sei remar!*

Estos versos del juglar Mendiño siempre me parecieron versos para decir a este mar, que no a las ondas mansas y tibias de la isla de San Simón...

Mar de Foz, mar de las Ballenas: esta es la hora de tu Lepanto. El sol, al paio, para no perder ni por un instante la visión de la batalla, te ilumina. Un cielo profundo y azul, que surcan blancas y transparentes nubes de mayo, se espeja en ti.

\* \* \*

Gonzalo Arias está en San Martín. Las obras han avanzado mucho últimamente. Ya está pintado el baptisterio; Cristo resucita, y su vuelo se nos antoja tan lento que tememos no logre nunca su pie derecho abandonar del todo el amarillento mármol de la sepultura. Sombras de soldados romanos duermen y sobre la cabeza de Jesús hay un estallido de luz; vuelan palomas y florece una selva que hace pensar en el Paraíso que Fra Angélico pintó en su *Anunciación*. Esa misma selva rosa y siena se ha hecho piedra en los capiteles del claustro. Gonzalo ama San Martín, posado cabe el mar. Y él mismo planta los cipreses del huerto; esos cipreses nudosos y gigantes de hoy a mí me parecen ser los que plantó Gonzalo un día del año mil: a él le hubiera gustado la estupenda pajarería que hoy los puebla, tribu de jilgueros y mirlos, cuyo delicioso canto no se agota aún...

La noticia de la llegada de la flota normanda sorprende a Gonzalo paseando por el claustro con los monjes.

—¡Hágase tu voluntad, Señor, así en la tierra como en los cielos!

Nada dijo, a nadie invitó a acompañarle. Tomó el camino de Foz. Bajó a la Arecira y se dirigió al alto de la Agrela. Toda la ría de Foz se extendía ante sus ojos, desde Pozo Mouro a la Garita. Frente a San Bartolo se agrupaban más de cien naves normandas. Parecía como si se dispusiesen, con la marea alta, a subir río arriba. Un inmenso silencio llenaba la mañana. Aquella noche los normandos estarían frente a los muros de Villamayor. Sí, Gonzalo tenía fe, no olvidaba la visión del pozo de Louro. ¿No la llevaba como una antorcha en los ojos claros? Pero algo había que hacer, algo más que tener fe.

Ahora parecía como si la mañana se llenase con un canto que semejaba el rumor de un robledal bajo el viento.

*No queda ni un guerrero en tierra:  
y hay más espadas sobre las olas  
que arenas desde Hitra a Seeland.*

Las naves normandas se movían, intentaban remontar el río. Y Gonzalo solo, solo con el viento norte que allí muge como una vaca en el alto de la Agrela. ¿Qué batalla, Señor, va a librar este pobre monje contra los reyes del mar, acostumbrados a beber el vino de la victoria en las grandes caracolas marinas de las playas boreales? ¿Qué batalla, Señor, si no tengo armas ni soldados? ¡Si la única arma que tengo es una visión, un relámpago de luz en la media luna de sombra del pozo de una ermita! Sí, Señor, en los ojos la llevo. Ángeles armados de llamas como espadas volaban sobre las naves paganas. Olas verdes y negras devoraban las naves. Y cantaban celestiales trompetas himnos de gloria, trompetas que recordaban la voz del viento norte cuando, poderoso y bronco, se abate sobre la tierra. ¡La misma voz de este viento que ahora azota mi cuerpo!

Gonzalo teme: Louro, Masma, Villamayor, San Salvador..., todo perecerá. Y él, el pastor del rebaño, en un promontorio en el que sólo el tojo anida, lejos de sus ovejas que perecerían indefectiblemente bajo el hierro viquingo, que caerán como el trigo bajo la hoz. ¿Esta es la victoria prometida, Señor? ¡San Salvador perecerá! El huerto de los manzanos que vio a María pasar, ¿qué será de él? ¡Oh, María, madre amada!

En los labios de Gonzalo florecen las palabras:

—*Salve Regina, Mater misericordiae...*

Ángeles armados de llamas como espadas parecen descender sobre el mar...

—*Vita, dulcedo et spes nostra, salve...*

¿Qué olas son esas que rugen, qué negra sombra cubre el mar, qué viento se desata sobre el mundo?

—*Ad te clamamus exsules fillii Evae...*

Un terror silencioso sopla como viento sobre las naves normandas. ¿Qué las detiene?

—*Ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lacrymarum valle...*

Trompetas, trompetería llena el cielo y la tierra. Olas altas como montañas surgen del seno del mar, olas como ballenas, olas que devoran la nave del rey que lleva en la popa el más sabido cantor de sagas heroicas. Olas y vientos, llamas y trompetas de Dios. Las naves normandas se hunden, arden, huyen.

—... *illos tuos miséricordes oculos ad nos convertite...*

Ya no cabalga las olas el potro de Odín. Ya no cantan los guerreros el brillo de sus espadas, la banda silbadora de sus flechas, las alas de sus naves, la historia de sus escudos, las tumbas de sus reyes, el humo de sus *halls*, los campos de centeno del Sire, las alegres laderas del Lister, la nevada corona del Lysekam... Una nube negra envuelve la flota normanda y se oyen los gritos de los guerreros, a los que retuerce el corazón...

... *O clemens,*  
*o pia,*



*o dulcís Virgo María!*

Ya suenan más cercanas las trompetas. La hueste divina se abate sobre la flota normanda como el gerifalte sobre la paloma. Un inmenso crujido, un prolongado trueno, y cuando se hace el silencio, en el mar no queda ni rastro de la flota pirata. La celeste artillería, de florendas baterías, la barrió del haz de las aguas.

Un gran silencio, un silencio que se va amortiguando en voces y cantos, un silencio que se va haciendo inteligible, poblándose de rumores musicales que brotan por doquier como fuentes: toda la tierra es ahora como una gran arpa que pulsa la brisa de la mañana...

Gonzalo, en el monte, a solas con su fe. La lleva en su corazón como la vaina lleva la espada.

*Percussit Saul mille,  
et David decern millia:  
quia manus Domini erat cum illo...*

Las palabras del salmista florecen en la boca del guerrero de Dios: aún pueblan el aire las alas de los ángeles, aún hay en las blancas nubes primaverales reflejos de fuego...

Gonzalo ora durante largas horas en la cumbre. Los habitantes de las mariñas han huido tierra adentro. Anochece cuando el obispo se dirige a anunciar la buena nueva a su pueblo, a aquel pueblo que había visto en sus ojos la hoguera de la victoria.

\* \* \*

Dicen que cuando el Señor, habiendo oído a Gonzalo orar en la Agrela, mandó sus ángeles a la guerra, quiso que una nave pagana no se hundiera y pudiera huir de las olas de la batalla para ir a contar a Escania la terrible derrota... ¿Qué canto heroico y funeral inventarían los cantores en los patios de Siredal?

*Como los remos caen sobre el agua  
así cayeron los guerreros bajo las flechas.*

Quizá los versos de la saga de Nevol, que recuerdan las victorias de Oella el sajón, sirvan para que el pueblo normando llore sus hijos, caídos bajo el terror divino... En la única nave salvada de la catástrofe, los guerreros no osan hablar: sólo el gemir del viento en la vela les acompaña... Se cruzan con los dysir de Odín, que van al campo de batalla a buscar las almas de los guerreros muertos para llevarlos al festín donde los dioses y los héroes beben el hidromiel. Los dysir se tapan el rostro

con mantos blancos y llevan siempre una estela de niebla en los pies...

\* \* \*

Al terror ha sucedido una alegría incontenible. En los ojos de Gonzalo habita ahora una paz infinita. Solo, por umbrosos caminos, va desde San Salvador a Mondoñedo. Lleva en la mano un ramo de clavellinas que ha arrancado en el huerto del cenobio. Verde la brisa, verde la rama, verde el mundo... En Mondoñedo lo espera el pueblo en el puente de San Lázaro. Desde los Castros, vecinos de Pedrido, Cesuras, Oirán, Argomoso, han bajado los celtas de larga cabellera y ojos ingenuos y aurorales. El monje, con su pueblo, se arrodilla y hacia Dios suben los cantos de gracias.

\* \* \*

Pero Gonzalo está desasosegado. Después de Resende ha ido peregrino a Compostela y ermitaño a Yermo. Roma, Jerusalén, cantan en sus sueños sus caminos. ¿Romero, palmero? ¿O volver otra vez al yermo, a las selvas del Sor? Gonzalo peregrinará. Los Arias tienen sed de caminos. Gonzalo escribe a Pelser, de Compostela, y a Mauricio, de Braga. Irá romero, orará en la tumba de Pedro... Para Gonzalo son umbrías de rosas los caminos del año mil.

# LA ROMERÍA DE GONZALO

*Onde irá o meu romeiro...?*

**A** NOCHECÍA cuando Gonzalo cumplió la primera etapa de su romería en San Julián de Samos, monasterio el más ilustre de Galicia, pero humilde y penitente, siempre animado por el canto coral. Aun había en el pequeño claustro húmeda frialdad de invierno y en la iglesia oscura y devota ardían las lámparas votivas con una llama pálida y vaga. La comunidad, presidida por un abad cargado de años, recibió con honra y amor a Gonzalo, y después de la oración pasearon por el huerto, oloroso de rosas pedreas y violetas montesias.

—Aquí le tenéis, el hogar de Dios en la Sierra. Olvidado del mundo y, no obstante, al pie del camino jacobeo.

Vemos pasar cabalgatas reales, siervos de Dios, envejecidos en el camino de las peregrinaciones, fieles aislados, tribus que cantan himnos desconocidos. Los oímos y a veces nos preguntamos si es el viento en el castañar o la voz de la cristiandad penitente...

El abad amaba hablar de los monasterios gallegos, cuya dilatada historia conocía él mejor que nadie.

—Todo en el vivir terrenal está preparado y dispuesto por Dios. En nuestra tierra gallega parece como si Dios fuese preparado, disponiendo los espíritus para la invención de la Cueva Apostólica. Primero las vírgenes heroicas, albas flores de los montes, vencedoras en el martirio de la fuerza de los tiranos y de la mentira de los ídolos. Después, las generaciones de los fundadores. Algunos, desde muy lejos, sentían la llamada de esta tierra de elección. ¿Por qué en la Panonia escogió san Martín a Galicia? Antes de ir a Braga anduvo por las tierras del mar y del Miño. Ya lo dice san Isidoro: «*Monasteria condidit*». Fructuoso hizo del Bierzo una Tebaida. Pero como Martín a vuestro mar de Foz, Fructuoso fue llamado al mar y creó el hogar Peonense, y en el dulce arrullo de las espumas de la bahía tuvo santa Trahamunda su altar en la isla de Tambo, nave de piedra pronta a navegar hacia la eternidad... Y Odoaria y Rosendo, los sembradores de cenobios... Las cruces de nuestras iglesias nos defendieron mejor de los moabitas de Libia que las orgullosas murallas romanas...

Gonzalo tuvo que contar a los monjes de Sainos la milagrosa jornada de la flota normanda.

Ante los monjes aquel obrador de milagros exaltaba el ritmo providencial de su apacible existencia en el cenobio.

—Temí por San Martín. Bajo la advocación del panonio levantamos orillamar aquel monasterio. Fue Rosendo quien así lo dispuso, porque dicen que allí moró Martín...

Al alba ya estaba Gonzalo en camino. Lo acompañaban en la romería Munio y Martín, dos monjes de San Salvador, casi dos niños. En sus muías meiresas cruzaron las desnudas sierras que desde el Páramo avanzan hasta el Cebrero, camino duro y triste, al borde de abismos pizarrosos, a través de oscuros bosques. En el lugar de Triacastela encontraron muchos peregrinos —francos, aquitanos, provenzales—, que desde Liñades apuraban el paso, temerosos de una tormenta que amenazaba. No querían ser cogidos en plena paramera por la lluvia. Desde la mañana estaba el aire quieto, como muerto, y los rebaños de nubes se amorenaban en gigantescas sierras, cabalgando unas en otras, resplandecientes como nieve al sol. De pronto el cielo oscureció e hizo temblar los montes con la loca galopada de los truenos, y roto, deshilachado, con el estallido súbito y largo de los relámpagos, teñía con colores de pesadilla el yermo paisaje.

Gonzalo y sus compañeros galoparon más de una hora bajo la lluvia antes de franquear el portalón del Santuario y el Hospital del Cebrero, la posada construida por san Giraldo de Aurillac, compadecido de los trabajos que pasaban los peregrinos en aquellas barrancas solitarias.

¡El Cebrero! En una de aquellas cumbres que los relámpagos iluminan, está la ermita del Santo Grial. A Gaufrido el monje le fue revelado el misterio del Cáliz de la Última Cena. Todas las primaveras cabalga hacia la ermita don Galaz de la Tabla Redonda, y bajo los cascos del blanco caballo del más noble y puro de los caballeros andantes, florece en lirios la bravía roca.

\* \* \*

Gonzalo había dispuesto seguir el camino francés hasta Roncesvalles. Aquella ruta le parecía la mejor y más digna de un romero, aunque fuera la más larga y dificultosa. En el camino encontraba todos los días Gonzalo el nombre de Jacobo. El camino de Santiago era su camino y lo hacía, posada por posada, como quien pasa, en avemarías, las cuentas de un rosario.

Gonzalo cabalgó la ancha Castilla, pasó el Agrá por Puente la Reina, donde el «chori» canta la Asunción de María: Pamplona. Pronto golpeó en el pecho de los viajeros el viento épico de Roncesvalles...

\* \* \*

¿Roncesvalles? ¿No están los Arias y los Padín emparentados con don Roldán? Como pisando el suelo de un santuario, cruzaron los romeros Roncesvalles e Ibañeta. Cruces, un espeso bosque de cruces clavadas en la tierra por los peregrinos alrededor del gran crucero levantado por Carlos, el emperador de la barba florida. Madelas de espinos señalaban el lugar donde cayeron los paganos y altos fresnos resonantes,

nobles astas de lanzas, medraban rectos donde murieron los héroes cristianos. Para Gonzalo aquel heroísmo militar estaba muy cerca de su corazón. Gutierre, su tío, el Conde Santo, era como uno de los Doce Pares: su espada duerme en el Santo Sepulcro, empeñada con la palabra del caballero.

—No se debe llorar por ellos —dijo a los monjes—. En el Juicio Final los caballeros serán juzgados por san Mauricio, san Sebastián y san Hipólito, y el arzobispo Turpin por los santos Martín, Nicolás y Remy.

Y Gonzalo cantó, cantó un son antiguo, eco de los poemas latinos de que habla Eginardo:

*Est quoque ium notus: vulgaris carmina magnis,  
gaudibus eius avos et proaros celebrant,  
Pippinus, Carolus, Hludovicus et Theodoricus  
et Carlomanno Hlotarios que canunt...*

—Un monje de Cluny, que conocí en San Salvador, había hablado en San Gall con un anciano abad que sabía toda la historia de Carlomán, por habérsela oído a un antiguo soldado que fue arrullado de niño por el duque Geroldo, uno de los *preux* del emperador. El abad escribió para Carlos el Grueso, el libro de las gestas...

Cuando Carlomagno murió lo sentaron en un trono, dentro de su sepultura. Allí, rodeado de los Padres, espera... A veces pregunta la hora a los gnomos que guardan la cueva...

Hablando y recordando bajaron por Valcarlos. Cubría los valles una ligera niebla. Luzaida, el Nive de Arnesuy, San Juan de Pied de Port... Caminando, se suavizaban los montes en el paisaje de la *doulze France*. Pero una melancolía lejana descendía sobre los bosques y las almas, como si aún clamase el eco del olifante de Roldán...

\* \* \*

Auch. El viejo obispo Raimundo de Pardiac recibió a Gonzalo en su palacio. ¿No querría predicar Gonzalo al pueblo en la festividad de la Ascensión del Señor? En el labrado pórtico se levantó un altar y desde él predicó al pueblo de Auch el obispo de Mondoñedo. Habló en la lengua latina, labriega, expresiva, entendida por todos los oyentes de Occidente.

Comenzó Gonzalo con la pintura del Paraíso prometido a los cristianos.

—Como el otoño esmalta de mil colores vuestros campos y la primavera canta en la falda de los montes, pensáis que es el mundo hermoso, sin cuidaros de la sierpe del mal, anidada entre flores. Imaginad la hermosura sin tacha ni remordimiento de la Jerusalén celeste. Flota en los aires como una nube, toda fabricada de un oro en cuya comparación son plomo negro todos los oros del mundo... Para los labriegos

sufridores del calor y del frío hay allí huertos que ni sol ni helada pueden quemar. San Pedro pesca en los regatos; santa Marta, en las cocinas, adoba los manjares de la Gracia, y en el refectorio de los justos san Esteban sirve a los pobres el tino de la eterna felicidad... Una escala baja del Cielo a la tierra. A algunos bienaventurados se vio subir por ella, como a san Esteban de Grammont. Un inocente, un niño, vio descender por ella ángeles de doradas alas para recoger el alma del santo. Yo he visto esa escala en mi soledad del Yermo, y sus escalones son como cuerdas de arpa sonoras... Para subir por esa escala no hay mayor amparo ni guía que el de la Virgen Nuestra Señora...

Y alabando las virtudes soberanas de la Reina de los Cielos, la voz de Gonzalo cantaba, y respondía la grey arrodillada, la secuencia sublime que desde el siglo x exaltaba la esperanza en las almas cristianas:

*Ave Maris Stella,  
Dei Mater alma,  
atque semper virgo,  
faelix caeli porta...*

Y por vez primera la tierra de Francia oyó la *Salve*, la más hermosa de las oraciones que besan labios cristianos.

—Así rezamos en la tierra de Jacobo a María. Un monje perdido en el bosque de Mezonzo, en el que día y noche las hayas murmuran, oyó a los ángeles del Señor estos versos y con el alma los aprendió...

Por la puerta de Tolosa siguió su romería Gonzalo.

\* \* \*

Tolosa: alegre, rica, fuerte. Posaron en el burgo de San Sernín y rezaron en la Darrade, sonada por la belleza del oro otoñizo de sus mosaicos. El castillo de los condes no tenía señor. Don Guillém IX, el conde trovador, acababa de morir. En la redonda cristiandad eran conocidas las hazañas del conde de Tolosa: en el cerco de Ascalón, ayudando a Balduino de Flandes, y el largo viaje odiseico, el regreso a la patria, enfermo y cansado, pero con una dulce sonrisa en la barba de nieve...

Tolosa, Carcasona, Narbona, Beziers, Montpellier, Arlés, Marsella... Y el mar ligur. ¡Qué distinto este mar del verde mar de Foz! ¡Qué lejanas las grandes mareas, el nordés ronco, la fría lengua del salvaje viento del Oeste!

Pisa, Florencia, Arezzo... Y en cuatro jornadas, Roma. A lo lejos azuleaban los montes Albanos; vértebras de los romanos viaductos envejecían en el llano de la Campania. En las lagunas, enjutas bajo el sol del verano, pacían rebaños de disformes y negros bueyes; volaban cuervos y patos salvajes.

Al anochecer pudieron contemplar las torres de San Juan de Letrán. Gonzalo y sus monjes, arrodillándose, rezaron, y Munio, con sus labios celtas, dijo el carmen salutorio de Fulgencio Africano:

*O Roma nobilis urbis et domina,  
cunctarum urbium excellentissima,  
roseo Martyrum sanguine rubra,  
albis et Virginis lilüs candida,  
salutem dicimus tibi per omnia,  
te benedicimus, salve per saecula.*

\* \* \*

Terminaba la romería de Gonzalo. ¿Cuántas leguas a Mondoñedo, al alto de la Agrela, a San Salvador, a la almenada torre natal de Samarugo? Roma, en el crepúsculo estival encendida como una lámpara sobre las siete colinas fatales, estaba ante él. El mismo aroma a milagro que Gonzalo percibió en Compostela, la misma angustia, la misma nostalgia.

—Hago esta romería, Señor, por humildad.

Y los labios de Gonzalo besan el polvo del camino.

## ROMA

**T**EMBLARON las últimas estrellas —albas, rubias, verdes, naranja— con el soplo del alba. Las últimas estrellas buscaban su último espejo en las aguas rotas de un acueducto, posaban un rayo de luz en los mosaicos de dudoso argumento... Quizás una sombra fugitiva corría resbalando por las piedras del Coliseo, abismo de tiempos, redonda eternidad; la podrida niebla tiberina se pegaba, silenciosa y terca como una pesadilla, a las hondas perspectivas desiertas, vibrantes de alas y recuerdos del Foro, de las Termas de Caracalla...

Crecía el día, pálido, enorme, ciego, robándole a las tinieblas las cúpulas de Letrán, las torres basilicales, los duros perfiles de los palacios feudales... Con el día se saludaban las campanas de iglesias y monasterios, las graves voces dogmáticas de las siete basílicas constantinianas, cuyo canto llega hasta el misterio oscuro de las Catacumbas y resbala por el agro latino, despertando al pastor que da de beber a los negros bueyes de etrusca dignidad en el hueco de un labrado sarcófago.

Gonzalo vio la primer onda de sol encender el Capitolio y recordó los antiguos versos que guardó Beda el Venerable:

*Quando stat Colissaeus, slat et Roma,  
quando cadet Colissaeus, cadet et Roma;  
quando cadet Roma, cadet et Mundus.*

Pero no llegó la luz del sol al alma de Gonzalo hasta que no surgió ante él la nave de la basílica del príncipe de los apóstoles, poblando la mañana con armoniosos cantos de bronce. Cantaban el triunfo de los mártires, la sangre del patíbulo hediondo transformado en rosal nunca marchito... Campanas, voces del blanco coro de las vírgenes, propagadoras de la voz de Pedro el Pescador... Gonzalo subió la escalera, de treinta y cinco escalones. Un sol orfebre acariciaba el campanil del papa Esteban. Al atrio se franqueaban cinco puertas, cada una un camino: la Argéntea, la Romana, la Guidónea de los romeros, la de Rávena, la del Juicio, abierta sólo a los difuntos... Cinco puertas, cinco caminos, cada uno de los cuales canta: *Ego sum via, ventas et vita...*

Gonzalo oró largo rato antes de regresar a su posada, en la vía de San Bartolomé: palacio adornado con un pórtico de gruesas columnas antiguas en el que, según la tradición, hallaron albergue Pedro y Pablo cuando llegaron a Roma. Gonzalo percibía en Roma ese temeroso olor a eternidad y milagro que lo había sorprendido en Compostela. Paseó las calles romanas, visitó basílicas e iglesias hasta que la noche llegó con su manto.

En la noche la comunidad de las siete Basílicas Mayores y de las siete Basílicas Menores, matronas y doncellas, daba a las estrellas el acorde de sus místicos temas...



San Juan de Letrán, cepa de las iglesias, *omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*, pura como la fuente del baptisterio, donde beben las palomas y los ciervos. San Pedro del Vaticano, cátedra de bronce, verbo ecuménico. San Pablo extramuros, gloria de las columnas de mármol virgen de Paros y Pavonesetto, piedad de las cadenas de Pedro. San Lorenzo, torre gentil en la Vía Tiburtina, símbolo del sueño místico del primer palomar de monjas de la Iglesia. Santa María la Mayor, la basílica Liberina, bendecida por la nieve de agosto, amada de las madres por el dichoso *bambino*, obra de Lucas Evangelista, traído desde Tierra Santa por los ángeles del Señor...

¿Qué soñaban, en la noche, las basílicas romanas?

En lo alto del Palacio de Letrán, el papa Pascual II vigilaba. ¿De dónde vendría el ataque en la negra noche? Ni la noche ni el alba le traían consuelo. Si adormecía surgía en su alma la visión de su pueblo natal. Bleda, en la Turcia harta y campesina. Recordaba los severos estudios de Cluny, la belleza de las horas canónicas, el canto jubiloso o apocalíptico del órgano. Recordaba la llamada de Gregorio VII para investirlo cardenal del título de San Clemente, la legión de los antipapas: Teodoro de San Rufino, Clemente, Alberto de Sabina... ¡Cuántos enemigos para un pobre monje! Concilios acusadores, barones sublevados, los Guiscardos con las encendidas teas en la diestra... Quizás sólo lo consolara el ejemplo de san Gregorio, que, muriendo pobre y exilado, caducante, era más dueño de Letrán y del mundo que si hubiera muerto señor y rico en Roma por haber traicionado la pureza de la Ley.

\* \* \*

Gonzalo, con sus dos monjes, hizo la visita *ad Sacra Limina*, conmovedora para un obispo. El exiguo cortejo, en gordas muías, con guarda de arqueros de Letrán, cruzó, precedido de la cruz de la dignidad, las bulliciosas calles romanas, el puente sobre el Tiber, y entró en San Pedro. Aguardaba el papa en la bizantina cátedra usada por Pedro, incrustada de oros y marfiles, exornada con la representación de los trabajos de Hércules. Gonzalo rezó en la tumba de san Pedro antes de besar los pies al papa.

Con Pascual II habló Gonzalo. Ambos amaban Cluny, amor el primero y esperanza de la Iglesia. Gonzalo le hablaría de Mondoñedo y de Compostela, de aquella luz enorme y delicada que surgía en el cabo del mundo. Quizás Gonzalo dijo a Pascual que no colmaba su desasosiego la romería, que lo llamaban campanas más lejanas todavía, campanas de Jerusalén... Gonzalo quería continuar viaje a Tierra Santa.

—Terminada la peregrinación a Tierra Santa, querrá Dios concederme vida para regresar a morir a San Martín o a San Salvador. No quisiera morirme sin oír otra vez las olas cantábricas, pero no quisiera vivir sin arrodillarme ante el Sepulcro del Señor. No temáis por mi rebaño, pacífico y temeroso de Dios.

¿No había soñado Pascual en Cluny, cuando fue allí peregrino Bohemundo de Tarento, con morir en Jerusalén? En el claustro de Cluny oyó Pascual de labios de aquel príncipe rubio la gesta de Godofredo de Bouillon, preñada de prodigios. Además, bien veía en los ojos de Gonzalo aquella sed de caminos, aquella fiebre de peregrinación y penitencia que había visto en Sinibaldo de Odie y en Alberto de San Bartolomé, ahora polvo y ceniza en aquella misma Tierra Santa cuya nostalgia les roía el corazón. Pascual II accedió y Gonzalo se fue palmero.

\* \* \*

Martín regresó a Mondoñedo, pero Munio quiso acompañar a Gonzalo en su nueva peregrinación. Más allá del mar bizantino, las palmas palestinas, mecidas por la brisa, parecían llamarlos con sus largas manos resonantes.

Dicen que antes de partir de Roma, Gonzalo dijo misa en Santa María la Mayor, la basílica nacida de la nieve, y que cuando sus manos alzaron el Verdadero Cuerpo de Jesús, atravesando la bóveda de piedra, copos de nieve cayeron sobre él... En el códice de Pietro di Albano, *Gundisalvus minduniensis episcop*, figura entre los cinco píos varones a los que fue concedido ver repetirse el milagro de la fundación... Trescientos años después, aquella andariega virgen de Siena que allí está enterrada, y a la que llamaron Catalina, vio con sus ojos verdes volar la nieve alrededor de su cabeza, como revolotea alrededor de la torre de Santo Domingo, de Siena, cuando sopla el viento apenino...

En una nave pisana, en una de aquellas naves que saludan a Santa Cristina cuando se hacen al mar, navegaron Gonzalo y Munio desde Ostia a Palermo.

El mar tirreno, más azul que el ligur todavía, cantaba monótono y manso contra los costados de la nave de Pisa. Delfines y gaviotas la acompañaron hasta que se vio en el horizonte, envuelto en una neblina luminosa, el monte Pellegrino.

—Allí está Palermo. Aseguran que los palmeros que morirán antes de llegar a Jerusalén ven, si rezan en la iglesia de Santiago de la Puerta, una ciudad cercada por un muro de oro, que surge del incienso en lo alto de la nave...

Un mediodía de septiembre. Sicilia huele a vendimia, a hogueras de seca hoja de parra. Sí, y también a azahar, a lava, a sol. Se huele a Sicilia desde el mar.

# GONZALO, PALMERO

## LA PALMERÍA

**M**ILAGRO del camino francés, penitencia del camino romero, fábula de la palmería. ¡La palmería! La lista de pasajeros de la nave genovesa parece el índice de un *Flos miraculorum* de los tiempos góticos miniado en Brujas, Dijon o Nuremberga. En la nao va aquel monje benito de Chieri que se trocó en faisán por haber comido un alón salteado el día de Viernes Santo; un lego de ojos candorosos y rapada testa lo lleva palmero en una jaula de plata, con salvoconducto del duque de Saboya. En la nao va aquel caballero de Mondovi, que raptó una monja en Fossano, al pie del altar de Santa Elena, y ella, por salvarse del pecado, pidió a Dios la lepra, que le vino en un santiamén, aterrando al raptor la muerta hermosura. Van seis hombres de Rennes que bebieron agua del pozo de Enarhaix y perdieron lengua y memoria; llevan de lazarillo una mocita celta de ojos y trenzas. Va en la nave un duque de Aquitania, que cegó por amores de pecado, y quizá va también aquella princesa de Inglaterra que, al cabo de ciento cincuenta años, regresó a su país apoyada en una palma que regaló a la catedral de Truro, y es fama en toda la cristiandad que nunca se marchitó... Cuando nuestro señor don Felipe II fue a Inglaterra a bodas con María Tudor, le regalaron dos gallos de la santa palma, eternamente joven. En la nave van cruzados de Aragón y de Francia, monjes soñadores y vírgenes cuyo dulce mirar amenaza florecer en rosas. ¡La palmería! Una inmensa esperanza llena las velas latinas y canta en los mástiles su cantar.

\* \* \*

Trapani, Marsala, Agrigento, Licata: cuatro etapas sicilianas del camino palmero, cuatro iglesias ricas de trozos del *Lignum Crucis*, cuatro iglesias en las que arden día y noche cirios en forma de palma, regalo de los palmeros que van o vienen. En Marsala ardió dos años sin consumirse el cirio del normando Ivo de Bayeux y en una hora se derritió cuando dobló el cabo Granitola la nave tarentina que traía su cuerpo.

Gonzalo ora en las iglesias palmeras, llenas de voces misteriosas, en las mismas iglesias en que oró su tío Gutierre, el Conde Santo. Los caminos todos de la cristiandad guardan huellas de las rodillas de aquella estirpe piadosa y heroica.

Ya queda en lontananza el cabo Passero. En el atardecer otoñal —el viento todavía huele a tierra—, se ve la hoguera que manda quemar todas las noches Giacoma de Scicli, a semejanza de la que los Brancaleone queman en Spartivento y los príncipes de Tarento en Santa María de Leuca, como faro y saludo a los palmeros. En la comba del mar se sume la hoguera siciliana. El mar de Jonia yace bajo la luna.

Siempre hay un naufragio en el mar de Creta. El lebeche tiene una mano ronca y negra que bate, loca, las aguas, y arrastra por el cielo nubes enormes, que descienden, preñadas de arena, hasta lamer las aguas. Un gran silencio, una quietud mágica lo precede. Parece que va a pararse el corazón del mundo, que la tierra se vacía de todo el aire respirable. Las gaviotas se abaten, como narcotizadas, sobre las olas; los delfines se sumergen... En el silencio crece un silbido poderoso y cálido. Sudan las velas, los mástiles, los hombres. Y, de pronto, el lebeche, la mano ronca y negra del lebeche. La nave baila, corre, rueda entre abismos de agua y arena, rompe en mil pedazos, cascada como una nuez por la mano del viento. ¿Gonzalo, su fiel Munio? Muchas horas después, muchas horas o muchos días después, Gonzalo yace en una playa. El cielo azul, el mar azul; las olas mueren mansamente en la blanca arena. El lebeche ha huido, ha volado a morir en los altos montes griegos, quizá más allá de Tracia y de Dardania...

Un eremita recoge a Gonzalo. ¿Qué tierra es esta desolada y seca? Libia.

—Soy Gonzalo, obispo de Mondoñedo, al pie de la tumba de Jacobo Apóstol. Vengo de Roma y voy palmero.

—He sido peregrino de Santiago y conozco la verde Jacobusland. Soy de nación provenzal y hago en el desierto penitencia. Jerusalén queda muy lejos. Quizá no llegues nunca.

—No quisiera morirme sin ver los muros de Jerusalén. ¡Si siquiera los hubiera visto en Santiago de Palermo, entre nubes de incienso!

—Dicen que san Ermín de Caén, náufrago en una playa desierta, fue visitado por un ángel que en una sola noche lo condujo a Jerusalén, y estando orando en el Santo Sepulcro vio subir al cielo las almas de todos sus compañeros de viaje, cada uno con una palma roja en la mano. Por eso se reza por san Ermín y compañeros mártires.

«¿Visitado por un ángel? Señor: ¿no querrías concederle esta gracia a tu siervo Gonzalo? Yo quería ver los muros de Jerusalén, esos muros que se miden con una caña de oro. Yo quería rezar en el Sepulcro, besar la tierra del Gólgota, mojada por Tu Sudor y por Tu Sangre. ¿No será posible? ¿Cómo habré de pedirte, Señor? Y si me concedes favor tal, ¿cómo habré de pagártelo?».

¿Cuántas noches oró Gonzalo en el desierto? Pero como san Ermín de Caén tuvo la visión de un ángel que tenía en la mano bordón de peregrino.

—¡Sígueme! —le dijo.

Y Gonzalo lo siguió. Caminaron todo un día por un mar de arena, y cuando la luna vino a iluminar la oscura noche, Gonzalo se encontró caminando sobre las aguas del mar, que no mojaban sus sandalias ni lavaban sus pies polvorientos. Delfines los seguían como el can sigue al hombre. La luz del alba sorprendió a Gonzalo caminando por tierra firme, por un camino bordeado de olivos. A lo lejos se veían

colinas coronadas de cedros. El ángel había desaparecido. Campos de verde trigo recién nacido los peinaba la brisa. Junto a un pozo medraba una higuera fecunda y succulenta y florecían en un único rosal blancas rosas pimpollas. Un labriego, que traía del roncal un asno, se acercó a beber agua.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Gonzalo. El labriego lo miró sorprendido. Dos trenzas negras le caían sobre los hombros y vestía una rota túnica parda.

—Este es un lugar que está en el camino de Etham a Jerusalén. A tu diestra está Belén y tras esas colinas de los cedros el valle de Hinón. ¿De dónde vienes? —dijo. Y señaló la falda del hábito de Gonzalo y sus pies.

Gonzalo se miró. Conchas marinas, menudas caracolas, estrellas de mar se habían adherido a sus sandalias y al grueso paño descolorido del escapulario benedictino.

Al mediodía, por la puerta del Valle, abierta en el muro davídico al pie de la casa de Herodes, Gonzalo entró en Jerusalén.

## ¡HIEROSOLYMA, HIEROSOLYMA...!

**P**ERDIDO entre palmeros y cruzados se acercó Gonzalo al Santo Sepulcro. ¿Le sería dado a él ver, como a san Ermín, ver subir al cielo las almas de sus compañeros ahogados en el mar de Creta? «¡Por lo menos, Señor, el alma del buen Munio! Era un mozo alegre y sencillo, un hijo de las montañas de Meira, con los ojos abiertos al milagro. ¿Y el caballero de Mondovi? ¿Y el pobrecito lego de rapada testa que llevaba a su abad enjaula de plata? ¿Y el castigado abadfaisán? ¿Y los caballeros, los nobles de Aragón y de Francia, los *preux*, aquellos que juraron servir a Sire Jesús y a Dame María y dar su vida en las arenas palestinas por el Reino Cristiano de Jerusalén? ¿Y las dulces vírgenes, Señor?».

Yo no puedo decir si Gonzalo tuvo la estupenda y consoladora visión. Del monte de los Olivos, del huerto de Getsemaní, del valle Cedrón llegaba al Santo Sepulcro el perfume de la primavera, de una temprana e inesperada primavera. Unos palmeros griegos, presididos por un obispo de largas barbas blancas y blanca mitra constelada de piedras preciosas, inició un coral lento y solemne como los pasos de Justiniano, camino de las Blanquernas. Toda la nítida sonoridad de la lengua griega se transparentaba en el coral. Aquel eco se adentró en Gonzalo, que continuó oyéndolo mucho tiempo después de haber cesado.

Pero ahora lo entreveraban flautas, arpas, violines; el coral era como el rumor del mar y sobre él volaban otras músicas, alegres músicas para danzar, temas de un salterio infantil y jocundo, trinos de ruiseñor, de jilguero, de tordo malvís, arrullos de tórtola y de paloma, canto matinal y transparente de la alondra... Bajo la dulce y encantada pajarería se oía, como un órgano, el mar. Y se oían campanas, campanas palmeras de Trapani, de Marsala, de Agrigento, campanas de Santa María la Mayor de Roma, campanas de la Ascensión de Auch, campanitas del Santo Grial del Cebrero, campanas de Samos, de Lugo, de Mondoñedo... ¡Campanas de Compostela, de San Salvador, de San Martín! Cantaron y cantaron, llenaron el mundo con su canto y su voz llegó a los cedros del Líbano, al Tiberiade, al Tabor y Hebrón, a Magdala, a Cafarnaum... Toda tierra de Israel y de Jesús oyó aquellas santas campanas que Gonzalo Arias llevaba en el corazón.

Pero ¿cómo no creer que Gonzalo vio subir al cielo las almas de los náufragos, el alma de Munio? Como trinos de ruiseñor subieron por escalas de aire. Se oía, sobre la tierra, el rumor del mar.

\* \* \*

Se hospedó Gonzalo en un hospital al pie del sepulcro de David, junto a la puerta Esenoria. Este hospital de las Tres Marías

*Ibant, ibant, ibant tres mulieres,  
Ihesum, Ihesum, Ihesum querentes  
Maria Jacobea,  
Maña Cleophea et Salomena!*

había sido fundado en los días de Godofredo por Etienne de Givors.

El sire de Givors vivía en pecado con la viuda de su hermano y entre el Isère y el Ródano corría la tierra: Voiron, Bourgoin, Vienne, conocieron su hierro y el saqueo. Cruzando el Ródano y la selva de Amberico, unido a Rémy de Lohuans, amenazó Cluny, Guillermo de Borgoña el Grande venció a los dos bandidos en Macon, un día de San Miguel. El abad Evre de Toul los salvó de la horca y les puso de penitencia la palmería. Etienne de Givors, arrepentido, no osaba entrar en Jerusalén y vagaba por el camino de Jafa golpeando con piedras su pecho carolingio. Los ayunos lo desvanecieron, y cuéntase que fue socorrido por las Tres Marías. Con todas sus riquezas construyó el hospital y en él murió, cuidando peregrinos y enfermos. Rémy de Louhans murió de flecha sarracena en la puerta del Estiércol, cuando galopaba como soldado de Cristo contra los muros de Jerusalén...

Cumplida la peregrinación había de volver Gonzalo a su patria, a su diócesis. Tres años hacía que había salido, Infesta arriba, camino de Lugo. Florecían tojales, abedules y álamos y en las pradanas nacían las primeras arillas y rosanidas. La niebla cubría los Picos, se mecía sobre el Padornelo y Monte d'Arca... ¡Palmeras, cedros, rosales de Jerusalén, qué lejos de las oscuras robledas, de los castañares, de los regatos cantarinos, de los melancólicos abedules! Saudades de la lejana tierra tomaron a Gonzalo.

Desde Jerusalén amaba más intensamente las ermitas y los cenobios gallegos, perdidos en las montañas y los valles siempre verdes, visitados cotidianamente por la lluvia... Se preparó Gonzalo para el regreso. Una nave amalfitana lo condujo a Tarento en una navegación plácida y segura. El mar bizantino hizo que Gonzalo añorase el mar gallego, el verde y ronco mar de Foz, el boreal y duro mar de las Ballenas. Parecióle al obispo que tanta saudedá era señal de vejez. Paseando por la cubierta del navío soñaba con el invierno mindoniense, con la mansa orballada, con el gran fuego que ardía en la chimenea. El arcediano de Azúmara le había leído a Boecio y, a veces, a Virgilio, mientras las llamas poblaban la estancia de sombras extrañas e inquietas; de vez en cuando estallaba una castaña en el lar, y el olor a azúcar tostado se mezclaba con el olor de las manzanas conservadas entre paja.

El palacio de Gonzalo olía a pan tierno, a membrillo, a manzana... Tarento olía a miel y limonero y a miel, limonero y rosas olían Catanzaro, Mérito y Mesina. En la misma nave amalfitana siguió Gonzalo a Salerno y Ostia. Otra vez Roma.

\* \* \*

En la Roma estaba ahora Didaco Peláez, el obispo depuesto de Compostela e Iría Flavia. Todo el oro de la simonía no le había servido de nada. Tenía, sí, como Gonzalo lo había visto, el mismo rostro de Satanás. Su orgullo lo devoraba. Se lió con el antipapa Clemente, refugiado en Albano, desde donde amenazaba al papa de Roma. Gonzalo rezó por Peláez, pidió para él humildad y caridad. No fue oído: loco, blasfemando, Peláez murió en una posada romana, soñando con quemar Compostela, con incendiar Roma y toda la cristiandad. Peláez era aquel obispo que se reía del milagro.

\* \* \*

Rehízo Gonzalo el camino de Francia. Si no llevase tanta morriña en el corazón quizá le hubiese gustado subir Ródano arriba hasta Vienne y Cluny, la casa materna de San Salvador, donde Rosendo tenía un altar. De niño había soñado con visitar Aquisgrán, la Aquisgrán de Carlomagno que florecía en la *Chanson*. Pero ya no había tiempo que perder, la saudade tiraba de él. Doraba el otoño el mundo, cuando pasó por Roncesvalles. Los azules Pirineos le alegraron. Otra vez el Ebro, otra vez Castilla y León. Con el bordón de peregrino anduvo el camino francés. ¿Y no era él un peregrino, no buscaba también él la verde Jacobusland, perdida en el cabo del mundo?

Castañares del Bierzo: olía a la dorada arrandea. El Cebrero, Triacastela, Lugo... El Miño corría manso bajo la puente romana. En la alta colina, las murallas de Lugo. Conoció las torres de la catedral; la nueva de San Froilán, la vieja de San Fructuoso, la redonda y almenada que medraba al pie de la capilla de Nuestra Señora de los Ojos Grandes. Nubes de invierno encapotaban el cielo. Los mojados tejados de pizarra relucían si un solitario rayo de sol, fugitivo de la capa de nubes, los besaba.

No quiso entrar en Lugo Gonzalo, aunque le dolía no arrodillarse ante la Virgen de los Ojos Grandes. Pensaba que quizá no la volvería a ver. Tanta nostalgia tenía en el corazón que sentía como si hubiese vivido cien años.

Tomó, bordeando las murallas, el camino que por la Tierrallana lleva a Villalba. A pie, solo y lentamente, quiso hacer el camino a Mondoñedo.



## EL REGRESO

*Mondoñedo está nun baixo,  
Vilanova nun baixiño...*

**N**OVIEMBRE: la Tierrallana, desnuda bajo un cielo de plomo. Los encharcados caminos, bordeados de vez en cuando de pálidos abedules o blancas hayas, se pierden en el horizonte, monótonos y tristes. A lo lejos, las Sierras de Meira y del Xistral, con su mar de cumbres oscuras. Gonzalo camina lentamente. Ama aquella tierra áspera y solitaria. Pasado Villalba, cruzando las onduladas gándaras de Moncelos y Abadin, el paisaje se hace más dulce y humano, se estrechan los horizontes. Ya se ven las cumbres natales, la Pena de la Roca, Monte d'Arca, Padornelo, Toxiza... Mondoñedo se esconde en un rincón del valle, los bosques, los tojales llegan al pie de los muros de Rosendo. En el horizonte hay una franja verdosa: es el mar. Llueve, llueve mansa y silenciosamente. Sin prisas, calándose hasta los huesos, Gonzalo baja la cuesta de la Infesta. Anochece, y por mor de los lobos de Estelo y de los Picos no hay ni un alma en los campos y en el camino. Alguna hoguera arde en los Castros de Cesuras y de Zoñán: los hijos de los celtas se sientan a su amor. La tierra y la noche tienen una misteriosa y maravillosa antigüedad. Gonzalo es de casta germánica, guerrera y noble, pero su alma está conquistada por el encanto celta, por el hechizo de aquella raza soñadora y amorosa, creyente y dócil, que su báculo guía suavemente, como una vara de avellano, una manada de bueyes. Noche; la lluvia envuelve la tierra. Pasa Gonzalo ante la ermita de Nuestra Señora de los Remedios. El vendaval le azota el rostro. Gonzalo se arrodilla ante la cerrada puerta de la ermita, y más que rezar, habla con María. Quisiera contarle los días de romería, sus visiones, las bondades de Dios para con él. Gonzalo habla con María en el silencio de la noche. Ahí, a cien pasos, están los muros de Mondoñedo. Todas las puertas estarán cerradas, y Gonzalo no ha de llamar a ellas. Sonríe pensándose centinela de su amada iglesia en la noche de invierno. Con sus manos frías acaricia la puerta del Cristo, baja por el sendero de la Rocha hasta la puerta del Pomar. El ábside de la catedral se apoya en el muro. Los cipreses del huerto episcopal elevan sobre las almenas las puntas rumorosas de sus copas. Allí está su casa, su hogar, su altar... Gonzalo sonríe. ¡Qué sorpresa la de su pueblo al verlo entrar en la ciudad, a hora de alba, mezclado con los labriegos que vienen al mercado, con los pastores de Lindín y Curros...! Gonzalo sonríe. No lo reconocerán, piensa. Tiene blanca la barba, que era de oro. ¿Cómo ha envejecido tanto en tan poco tiempo? Quizá se encorve un poco al andar. Su ropón está zurcido y remendado y tiene ese color de tierra que dan los caminos de sol y lluvia. Lo conocerán, puede ser, por los ojos. Conservan toda su luz, toda su apasionante hermosura, toda su inmensa claridad.

¿Qué dirá Gonzalo a sus canónigos, a su pueblo? ¿Lo esperarán aún? Quizás lo

hayan dado por muerto —por vez primera lo asalta la idea— y en el palacio viva otro obispo. Entonces podrá retirarse a San Salvador o a San Martín.

Ha cesado de llover. Clarea el cielo y una luna pálida y fría deja caer su luz sobre la tierra. Toda la noche ronda Gonzalo los muros de su ciudad con su bordón de peregrino en la mano. Como el ángel de la Caña de Oro que en Patmos vio Juan medir lajerusalén celeste, así Gonzalo con el bordón de peregrino junto a los muros de su ciudad.

\* \* \*

Lo conocieron. Cantaron las campanas y Gonzalo habló a su pueblo reunido en la plaza. Les contó sus peregrinaciones, les habló de Roma, de Santa María la Mayor y de los copos de nieve que cayeron sobre su cabeza. Les habló del papa, de su solicitud, de su caridad, de sus luchas. Relató los sucesos y prodigios de la palmería, su naufragio, la muerte del amado Munio, la visita del ángel que lo guió por las arenas del desierto y sobre las olas del mar. Se exaltó hablando de los varones cristianos que conquistaron y defienden el Santo Sepulcro. Y sus más hermosas palabras fueron para declarar su morriña, el anhelo de volver a ver las amadas cumbres, los verdes pinares, los hondos valles, el mar de Foz...

—Creí morir de soledad y parecíame siempre ver en el horizonte, como una isla en el mar, esta amada tierra nuestra... Ahora ya no nos separaremos más. Vuelvo a tener en mis manos el báculo pastoral de Bretaña. Como Ulises el antiguo, de regreso de su viaje, yo traigo de regreso de mis peregrinaciones muchas cosas que contaros. Los años y los trabajos labraron mi cuerpo como el agua labra la roca, pero mi corazón permanece joven y, como antaño, gusta hogaño de decir sus penas y sus alegrías...

\* \* \*

Un recuerdo trajo Gonzalo de Jerusalén: unos esquejes de olivos del Huerto. En el jardín de San Salvador los plantó, y, regándolos con fe y con avemarías, prendieron en el terrón de Lorenzana y medraron sanos y viciosos, y los hijos de sus hijos, al cabo de los años mil, todavía toman el sol y la luna en el huerto conventual.

\* \* \*

Quiso Gonzalo visitar su diócesis, desde el Sor al Eo, desde Cervo a Meira. No se hartaba de ver la tierra, de cabalgar sus caminos. Quizá sus diocesanos, especialmente los burgueses de Villamayor y de Vivero, lo encontraban un poco extraño. ¿No contaban que lo habían hallado predicando a los cuervos en las peñas que hoy llaman

*Sermon dos Corvos?* Le gustaba andar solo, y sorprendía al alfarero entrando en su obrador o al herrero en su fragua; sentábase en un rincón y solía ponerse a hablar de María o de Jerusalén, de Compostela o de los santos que están en los cielos. Las puertas de su palacio estaban abiertas día y noche y con el más humilde de los fieles partía el pan y el lecho.

Sn báculo de pastor era también espada de justicia. En su ausencia habían retoñado los feudales y la inseguridad habitaba por doquier. La paz de Resende había sido violada. Gonzalo consiguió restablecerla. Su tío Sancho Arias vio llegar a Samarugo los soldados del obispo y Sancho se humilló a Gonzalo, aunque era infinitamente más fuerte porque sobre Gonzalo se arremolinaba el aire, como batido por las alas de los ángeles flamígeros que en Foz destruyeron al normando. Los lobos le lamían los pies y los feudales hubieron de seguir el ejemplo de los lobos.

# GONZALO VE A DIOS

## SIETE MILAGROS DE GONZALO

**Y** habiendo regresado Gonzalo Alias a su diócesis obró siete milagros, que aquí se cuentan puntualmente. Estos milagros de Gonzalo no están en los viejos códices, pero en mi tierra se cuentan. Yo los oí cien veces y otras tantas los conté. Al amor de la lumbre, en las largas noches de la invernía, contemplando la danza eterna y amorosa de las llamas en los troncos que arden en el hogar, he de contárselos a mis hijos para que ellos, cuando yo ya no esté y sea solamente el pálido recuerdo de una voz oída alguna vez, puedan contárselos a los suyos. Desde la galería de la casa donde nací se ve el huerto de Gonzalo: los manzanos tabardillos, los perales urracos, los membrillos... Fray Antonio de Guevara paseó a su sombra. ¿Le habrán contado a fray Antonio los siete milagros de Gonzalo, el santo obispo del año mil? Quiero pensar que sí. Y si así no fue, que me oiga ahora a mí.

### *El ciego de Gondar*

Había en Gondar, cerca de la selva de Soaxe, un pastor que era algo músico. Tenía una gaita grillera con la que repinicaba muiñeiras y riveiranas y otros bailes y cántigas. Su arte era mucho, pero parecía como si los aires mejores los guardase para la romería de Nuestra Señora de Gundián. Allí en el adral, bajo el soportal, el pastor hacía cantar la gaita. Y desde Vivero venían a oírle sus puntos doblados. Pero este pastor tan músico, viviendo en las altas montañas coronadas de nieve, cogió un ramal de aire frío y cegó. Y con la ceguera le vino tal tristeza que perdió el gusto de la gaita y ya no bajó a Gundián en los alegres días de agosto a darle serenata a la Virgen.

Aconteció que volvió de Tierra Santa san Gonzalo y fue a misar a Gundián el día de Nuestra Señora, y echando de menos al gaitero preguntó por él.

—Quedó ciego de una espina de aire —dijéronle—, y ya no toca.

Misó san Gonzalo, y en acabando la misa, sin esperar a la comida ni a la prueba del trigo nuevo, tomó el camino de Gondar. Cruzando por Soaxe se enteró por un cuervo agoreño de que el ciego estaba durmiendo en una cabaña próxima.

—¿Qué haces, mi músico? ¿Conócesme la voz?

—¡Sois el obispo!

—Vengo a buscarte para que le toques una riveirana a la Virgen de Gundián.

—Va para tres años que no toco la gaita, señor, por mor de los ojos que me faltan.

—Ven conmigo y trae la gaita.

Obedeció el ciego y bajó con el obispo a Gundián. Habíase marchado la gente de

la romería porque ya era noche cerrada.

—Toca —dijo Gonzalo—. La Virgen espera. Y tanto y tan bien tocó el ciego de Gondar y tan alta sonaba en la noche la gaita que en toda la montaña lo oyeron.

—Nunca más le volveré a faltar a la Virgen, señor obispo —dijo el ciego—. ¿Y Ella, sonrióse? Cuando tenía luz, bien la veía yo sonreír cuando tocaba en el adral. ¿Sonrióse hogaño?

—Hogaño lloró, amigo.

Y dos lágrimas de la Virgen tomó Gonzalo con sus dedos y se las puso por ojos al ciego de Gondar, que allí mismo fue sano y perdonado.

### *La ballena de San Ciprián*

Aposentóse en el mar de San Ciprián una ballena tan grande y poderosa que no hubo ballenero que osase acercarse con el arpón. Cuando movía la cola se levantaban olas inmensas y sus bramidos se oían dos leguas tierra adentro. Los marineros no se atrevían a salir a la pesca. En toda la costa no se hablaba más que de la ballena de San Ciprián.

Notaron algunos marineros que cuando tocaban las campanas de la iglesia, la ballena se acercaba al arenal y bramaba más suave, como si hablase con amor su lengua marina. Se lo contó el arcediano de Trasancos a san Gonzalo, y como el suceso era tan extraño, el obispo tomó el camino de San Ciprián, habiéndose provisto de dos manzanas para el viaje. Llegó Gonzalo a San Ciprián y bajó a la playa de Amaola, con su báculo y su mitra. Lo miró la ballena con sus grandes ojos y se acercó a la arena, buscando no quedar en seco. Murmuró en su lengua con más suavidad que nunca. Oyóla Gonzalo como si oyera a un cristiano en confesión y cuando la ballena encalló le echó la bendición y mandó que en una dorna lo llevaran hasta su boca. Sólo un pescador de quince años se atrevió a llevarlo. Acercóse la dorna al monstruo, que abrió su boca enorme. En ella se apeó Gonzalo, que en la oscuridad de la garganta se perdió, apareciendo a poco con una imagen de Nuestra Señora en los brazos. La ballena se fue como vino: nadando. Y la imagen es esa milagrosa Nuestra Señora de Vilaestrofe, a cuya romería van ofrecidos todos los marineros de mi país.

### *El pájaro de San Salvador*

Vivía en San Salvador un monje del que no se sabía nombre ni nación; lo habían encontrado unos labriegos, hambriento, adormilado de hambre, frío y cansancio en un lugar que llaman de los Cucos. Viéronle el escapulario benito y pensaron que sería un

monje de Lorenzana, perdido en los caminos del invierno. Pero no era de Lorenzana, y una extraña dolencia le había privado del habla y del oído. Vivió en el monasterio, entregado a mudas oraciones y a pintar pájaros de extraño color y raro plumaje en las paredes del claustro y de las celdas.

Pasó Gonzalo por San Salvador y le habló el abad del suceso del monje desconocido. Mandó Gonzalo que lo llevaran a su presencia, y cuéntase que el monje puso sus dedos bajo las patas de un pájaro pintado y este se hizo de carne y pluma y en el hombro del monje posó. Era un ave de azul y blanca pluma, cresta dorada y colipava. Con ella acercóse el monje sordomudo a san Gonzalo y el santo, como si nada, se puso a conversar con el pájaro en latín y por él se vino a averiguar que el monje era de nación franca, había naufragado viniendo de peregrino a Compostela y viendo una luz en una montaña hacia ella caminó y en el camino había caído cuando lo recogieron. Terminada la plática voló el pájaro y con su sordera y su mudez siguió el monje hasta que le vino la de pasarse a Dios.

La cosa corrió por el país y a los benedictinos de Lorenzana les llaman desde entonces *os do paxaro*, los del pájaro.

### *La misa del abad de Caaveiro*

Fue tan dura la mar en aquellas mareas, vinieron seguidas tantas tempestades, quebróse la tona del agua tan fuerte contra las arenas de Andil, que quedó Caaveiro con su ermita como una isla. Y aun de vez en cuando había alguna ola que barría toda la colina, inundaba la iglesia y al retirarse quedaban enredadas en las columnas algas marinas y algunos pececillos coleaban sobre las losas del atrio. Los tres monjes que allí vivían se fueron a San Salvador, pero el abad no quiso abandonar Caaveiro, y cercado por la mar se quedó, abad ahora de olas y gaviotas.

Cada vez medraba más la mar en Andil y Caaveiro se fue cubriendo de arena. Con los pies en la espuma misaba el abad. Pero amenazó ruina la iglesia, las olas socavaron los muros y el abad pensó que había que recoger los paños del altar y la imagen de Nuestra Señora e irse con la misa a otra parte. Escribióle a san Gonzalo, y el obispo, que andaba siempre de arriba para abajo, fue a Caaveiro, a ver sobre el lugar lo que convenía disponer. A pie enjuto sobre las olas pasó el mar desde Andil a Caaveiro, y encontró al abad en la iglesia, con el agua hasta la rodilla, sollozando porque la imagen de Nuestra Señora era de piedra y no podía con ella.

—No te apures, abad, que criados tengo en el mar que nos ayudarán.

Esto dijo y entraron en la iglesia seis delfines que se estuvieron muy quietos mientras misó el abad la última misa que se dijo en Caaveiro. Cuando dijo el *Ite, missa est*, ya las olas barrían el altar. Sobre dos delfines, a travanca, colocaron la imagen Gonzalo y el abad. Los delfines la llevaron en un nado a Andil, en cuyas

arenas la posaron.

—Os deixo a guarda de la igrexa —díjoles Gonzalo—. Y podéis tocar la campana cuando queráis, menos el Viernes Santo.

Desde Andil se oye la campana submarina de Caaveiro, una campana florida de estrellas de mar y caracolas. El rey de los delfines, con los cuatro pelos de su barba, el campanero.

### *El malvís y la semilla*

Venía de Tierra Santa Gonzalo y, cansado, se sentó cabe una fuente que brotaba en un brezal. Vinieron a su lado, según solía acontecer, pájaros y animales del bosque, a los que predicó una de sus pláticas. Terminado el sermón, descansado Gonzalo, siguió camino después de despedirse de aquellos fieles.

Llevaba Gonzalo caminado media legua cuando notó que lo seguía un tordo malvís, que renqueaba de un ala y no parecía estar muy lucido.

—¿Quieres algo? —preguntóle Gonzalo.

—Estoy viejo, tuve alferecía y quedóme medio trabada esta ala. Paso hambre, mi obispo. ¿No llevarás unas migas en el bolsillo?

Rebuscó Gonzalo y sólo encontró una uva colorada.

—Eso traigo y no sé de qué pan es.

—Yo lo conozco: es dátil o cosa parecida.

—De Jerusalén viene.

—Pues entonces, obispo, más vale plantarlo que comerlo.

Y el obispo lo plantó allí mismo, en la cuesta de los Picos, y no bien lo plantó nació una palmera, la que luego dio sombra a los franciscos cuando levantaron su convento en aquel tojal que la niebla viste cada mañana con su manto.

### *Las fachas*

Andaba Gonzalo por el mundo y fue a misar a San Julián de Cabarcos. Viniendo a posar en San Salvador le anocheció en el camino y topó con la Santa Compañía que pasaba por una carballeira con sus luces, su viento y su letanía.

Paró la procesión y el hoste, encapuchado de blanco como un fantasma, se le acercó.

—Hace mucho tiempo que te buscamos, obispo.

—¿Qué queréis de mí?

—Que nos libertes. Vamos cansos y viejos y no hay ni uno entre nosotros que no esté cumplido y arrepentido. Ahora viene el día de Difuntos y nos gustaría estar

donde pudiéramos oír misa. ¿No quieres ayudarnos?

Platicó Gonzalo con los compañeros y su hoste, supo sus nombres y pecados, oyolos en confesión.

—Id al alto de Cabarcos y cuando estéis todos allí, en procesión como vais, que rece el hoste un avemaria.

Y así lo hicieron. Y una gran luz brotó en Cabarcos y los hábitos se trocaron en piedra y las almas de los compañeros subieron, como lucecitas, al cielo. Aún están allí los cuerpos pétreos de la Santa Compañía, en el lugar que llaman *monte das fachas*, que en castellano se declara «de las antorchas». Y la iglesia, San Gonzalo de Animas.

### *El albañil baja al mar*

Trabajábase en el claustro de San Martín y los canteros labraban en los capiteles milagros antiguos y selvas como barbas de patriarcas del Antiguo Testamento, en las que cantaban la tórtola como en la rama de un álamo. Gonzalo gustaba de ver a los canteros en su faena y se estaba las horas muertas sentado en un poyo, ensoñando, contemplando en cada piedra la maravillosa iglesia que construía para retiro cuando cansase de los caminos del mundo, en los que andaba de peregrino.

Avisaron un día a Gonzalo de que un monje desconocido y extrañamente vestido quería hablarle. Era un monje anciano, de celestes ojos, hábito corto, descalzo de pie y pierna. Algas, percebes, mejillones, zopas, llevaba adheridas al hábito y la carne, como si fuera roca de bajío.

—Soy el abad de Guidán, señor. Bajo el mar tengo iglesia, monjes y un rebaño de ovejas. Con un sudeste se cayó la espadaña y como todos los monjes vamos viejos para el trabajo, quería que me prestases por un día un albañil que bajase conmigo a reparar la iglesia.

—Que me place —dijo Gonzalo.

Y un albañil se fue con el monje y al otro día regresó.

—¿Qué viste? —le preguntó Gonzalo.

—Pues, señor, vi una huerta y una iglesia; en la huerta había manzanas tabardillos. La iglesia es grande y bien escuadrada. La espadaña queda buena. Diome el abad este corderillo trasalvo para que me lo coma por Pascua Florida.

—Te lo compro por dos monedas.

Y desde entonces el cordero siguió a Gonzalo a todas partes y se les oía conversar.

\* \* \*



Estas historias milagrosas de Gonzalo las cuento como me las contaron. Os las contarán mejor que yo, en las noches de invierno, cuando el fuego canta en el lar y cae la lluvia fría sobre la desnuda tierra, las gentes cristianas de mi país.

## Y SE RETIRÓ A UN MONTE...

**Y** se retiró a un monte que llaman Monte d'Arca, que tiene una corona de rocas negras y las águilas lo usan como nido. Y habiéndose arrodillado al borde del abismo, oró.

Lo azotaba el vendaval, que se arrastra por la Farrapa, silbador como una cobra. Veía, allá en el fondo del valle, las casas y las iglesias de Mondoñedo. En el horizonte amanecían las negras cumbres de la Toxiza y del Xistral. Tras el pinar de Camba, una raya azul: el mar.

Gonzalo oró seis días con seis noches en la cumbre de Monte d'Arca, un monte pelado que tiene nombre bíblico y esperanzador. El viento golpeó, como un cilicio, su pobre cuerpo; aquel cuerpo otrora gentil y ahora comido por las peregrinaciones, los ayunos, las disciplinas... Toda su vida pasó ante sus ojos y un rubor de inmensa humildad encendió su rostro. Dios, María, Jesús..., habían sido muy buenos con él, le habían permitido cumplir sus deseos, le habían ayudado, por su mano y por su voz habían obrado milagros. No le temía a la muerte, que era la última peregrinación del cristiano: las otras tres, Compostela, Teixido, Roma, Jerusalén, las había hecho al sol y a la lluvia. Conocía los caminos de la tierra y del mar, y ahora había de ascender por aquella escala cuyos escalones eran como cuerdas de arpa...

Y fue entonces cuando Gonzalo vio a Dios, y como está dicho que los que ven a Dios morirán, Gonzalo se dispuso a bien morir.

\* \* \*

Bajó del monte a la ciudad y se metió en cama, porque era un varón humilde y sencillo y tenía cierto pudor. Confesose y recibió los Sacramentos y mandó a sus canónigos que cantasen algo, el himno de la plegaria matutina u otro himno alegre. Los canónigos, afinando lo que podían, porque sabían que Gonzalo era algo músico, cantaron. Y cuando llegaron a aquellos versos

*Laetus dies hic transeat,  
pudor sit ut diluculum,  
fides velut mendies,  
crepusculum mens nesciat*

y *Aurora cursis provehit* y lo que sigue, entró la Muerte por el obispo, que sonreía.

## LA MUERTE VIENE POR EL OBISPO

**A**ÚN cantaban los canónigos

*Deo Patri sit gloria...*

cuando ya estaba en camino el alma de Gonzalo. ¿La Muerte? Ángeles, ángeles eran los que entraron por puertas y ventanas y con aire de sus alas impulsaban aquella dulce y tibia lucecita que subía al cielo.

Llovía mansamente. La orvallada hace nacer en las rúas y en la plaza, en los campos y en los bosques, un inmenso silencio. No, no lo rompieron campanas funerales. Lo rompió el batir de alas de los ángeles. Toda la tarde se llenó de una música vaga y esperanzadora, y por donde subía la lucecita aquella se deshilachaban las grises nubes y se entreveía una dorada y suave claridad...

\* \* \*

En la cama estaba el cuerpo de Gonzalo Arias. Cuarenta años dicen que tenía. Lo amortajaron y al lavarlo vieron cómo tenía la cintura comida por el cilicio de espinas. Lo enterraron en la catedral. Quizá si él hubiera sido consultado hubiera dicho que prefería San Martín o San Salvador; pero lo enterraron entre los muros mindonienses, al acuneo de la *Paula*.

Y todo el pueblo oró y lloró, mientras los monjes cantaban las oraciones que se rezan por los difuntos. El canto llano era como el mar o como un trugal mecido, olas vienen, olas van, por la brisa del verano.

\* \* \*

De Gonzalo nos queda la memoria de sus milagros, su batalla naval, la historia de sus peregrinaciones, el baptisterio hermosísimo de San Martín... y un zapato, un zapato blanco, con espigas de oro bordado, que viene retratado en todas las Arqueologías con una nota que dice: «Catedral de Mondoñedo; zapato del obispo San Gonzalo, s. XI». Yo lo tuve en mis manos. Ahora huele a naftalina. Pero un día debió oler a incienso, a nube, a rocío celestial... ¡Zapato del Milenio, que pisabas las losas del templo y oías las palabras de Gonzalo ante el altar! Yo hubiera preferido que de Gonzalo nos quedara la reliquia de una de sus sandalias, roída por las piedras del camino, polvorienta, sudorosa... Quizás entre el polvo que albergara su suela hallaría briznas de hierbas romanas y aquitanas, arenas del desierto, arenicas de la mar... Pero sus sandalias peregrinas se fueran al cielo con su alma, que si allá, en el Paraíso, hay

peregrinaciones, Gonzalo las hará, sin duda, apoyado en su bordón. La calabaza golpea contra el asta como el tic-tac de un reloj pausado y eterno... Y por los celestiales bosques predicará Gonzalo a las avecicas. Aquel malvís de los Cucos que plantó la palmera, le vendrá al hombro, ya curado de entrabes y alferecías, y alegrará con sus trinos la perpetua juventud de Gonzalo Arias.

## FINAL

Esta es la historia de Gonzalo Arias, obispo de Mondoñedo. Está enterrado en San Martín, en la nave de la Epístola.

Muchas veces me he arrodillado allí y he rezado, pensando que en todas las horas del mundo hay una horda normanda presta a saltar sobre las tierras de Dios, el

*Furore normannorum, libera nos, domine.*

Badon, mayo 1944.

# **LA HISTORIA DEL CABALLERO RAFAEL**

**(Novela bizantina incompleta)**

# PRIMERA PARTE

*Estaba una niña  
bordando corbatas,  
con agujas de oro y  
dedal de plata.*

*Romancillo anónimo, sig. xv*

## I

**L**AS seis labores que Leonor labraba dormían olvidadas en sus bastidores. Rodeaban la silla de Leonor haciendo rueda. Leonor estaba en los altos ventanales contemplando el mar. Desde la Punta de las Sirenas hasta el Faro de Alejandría había tres largas leguas de mar desnudo. Leonor, que lleva su dorada cabellera derramada por la espalda, intenta descubrir sobre la comba la punta velera del *Temeroso*, correo que de Troya a Jauja visita los puertos de la Tierra menor.

El padre de Leonor era el torrero del Faro de Alejandría. Desempeñaba el cargo desde la caída del Reino. Los idólatras fueron expulsados y el faro, santuario y oráculo, fue reducido a su oficio y entregado a los mercaderes. Las grandes planchas de oro que cubrían sus muros fueron batidas en moneda. El Usurpador compró, con las redondas onzas, los gritos del Circo y los laureles debidos a los que regresaban vencedores de las guerras perpetuas con la Ciudad Muerta, la de las murallas adornadas con esqueletos, reina triste y silenciosa de cien leguas cuadradas de desierto salino. De la Ciudad Muerta había huido, el primero con éxito en quinientos años, el caballero Rafael. En el «Temeroso» llega Rafael, con sus ojos inmensos, con su boca fresca, con sus abundantes risas, con sus largas trenzas. Leonor lo ha conocido en las fiestas de la Vendimia, hábil conductor de bueyes, con una poderosa voz sobre el tumulto de la carrera. Llevaba bueyes de Alfe, famosos por su cuerna y su sudor negro, hijos de toros pródigos, odiados del viento Bóreas, que nunca encuentra en Tierra Menor vaca que no haya sido fecundada. Rafael, al cruzar la tribuna, levantó el aguijo, adornado de pelo de jabalí, y cantó el antiguo alalí de la caza de la hiena. Los bueyes se detuvieron, asustados, y los caballos del Usurpador, inquietos, se revolvieron en las cercas, intentando romper las sueltas de cuero. Fue un hermoso momento. Leonor llevaba la cesta de las rosas y danzó con ella ante las estatuas.

## II

—No me detuve en las rosaledas, Leonor, ni tampoco en las orillas donde nace la vid. Dormí una noche en la pradera, pero no por las hijas de los jinetes ni por el rumor de la brisa en el copio de las altas hierbas. Quería escoger, a hora de alba, un potro tabanco, alazano y entero, para alzarlo en la fiesta de nuestra boda.

Leonor, con su dedal de plata, empujaba la larga aguja enhebrada de roja liña. En la camarina del bastidor comenzaba a dibujarse un dragón. Leonor bordaba ahora, con labra finísima, la lengua de fuego de la bestia.

—En la pradera viven las bijas de los jinetes, bajo grandes tiendas de pieles. Te digo que son hermosas mujeres, ávidas y fuertes como soldados, pero mis ojos estaban aquí, buscando las seis señales de luz del faro. Comí pan centeno y bebí leche agria, fría como nieve pura. La brisa de la madrugada aleteó sobre el trébol y la cortiza, deshojando las amapolas. Corría los encierros para admirar los caballos. Una empalizada separa los caballos de los cazadores de los caballos de los mercaderes. Los de los cazadores son de alza mayor y se conservan flacos y nudosos en pastos secos y amargos. Los privan de agua con frecuencia para hacerles pecho y sangre espesa. Sus relinchos son duros y sus hocicos hornos de fiebre.

Leonor hizo pasar el hilo rojo entre dos nudos negros —dientes del dragón— y la lengua del monstruo quedó empenicada, amenazadora.

—Escogí el tabanco entre los caballos de los cazadores y lo marqué con tu inicial en la forja de los Ancianos. Allí conservan las marcas de las princesas del Reino Destruído y en hermosos hierros las cintas de las divisas. Para ti escogí plata y grana, que quiere decir dos veces pureza y lealtad. El herrero me preguntó de dónde eras. No quise decírselo por miedo a los encantamientos.

## III

—¡Mister Jones!

El profesor se acercó al oficial.

—¡No se puede fumar aquí!

Mister Jones tiró el cigarrillo, que un soldado pisoteó con su bota claveteada.

—Sus papeles están en regla, pero no hay entre ellos ningún documento que pruebe que es usted cristiano. Tendrá que ir al Tribunal.

El Tribunal estaba en la plaza, al aire libre, bajo las higueras. Maestro Rodolfo se sonó con estrépito, ordenó unos papeles, bebió agua azucarada por un pequeño jarro de bronce.

—¡Bien, mister Jones, bien! Esto no es una mera fórmula, un legalismo más; de

ningún modo. Tendrá que probar que es usted cristiano. ¿Es usted católico?

—No.

—¿Cismático?

—Tampoco. Soy metodista.

Maestro Rodolfo sonrió y se puso a buscar un texto en la Jurisprudencia. No lo encontraba.

—¿Quiere usted vivir en nuestras tierras?

—Quiero cruzarlas, camino de la Ciudad Muerta.

Maestro Rodolfo se levantó, renunciando al texto real.

—¿Motivos de su viaje?

—Investigaciones. Quiero seguir el camino de las caravanas del trigo, cruzar la pradera, subir al desierto de sal y bajar por el río hasta Escitia. Persigo la forma de un vaso de los tiempos antiguos.

—Seis vasos se usaron entre nosotros para los templos y para las bacanales de los reyes. Fueron destruidos por el Usurpador. Eran vasos como labios, y no hay alfarero capaz de reconstruirlos. En la Ciudad Muerta, donde nadie entra, de donde nadie sale, se usan hoy, de oro purísimo, para los sacrificios. Nos lo contó el caballero Rafael, boyero real y piloto de las galeras del Comercio. Su padre era alcaide de dos torres en la Ciudad Muerta.

El profesor subió ligero la costanilla. Los naranjos asomaban sobre los tapias blanquísimos. Cruzó bajo los arcos de una plaza redonda y por un portillo almenado salió al camino del faro: Distinguió perfectamente los cuatro veleros anclados frente a la isleta: el *Temeroso*, con sus altos palos, su fina proa coronada por una pelea de serpientes; el *Huracán*, velero de Jauja, panzudo y chato, una diosa con delfines por mascarón, transporte de las especies, bergantín que fue de piratas; el *Monte Carmelo*, goleta siria usada por los padres carmelitas para probar la antigüedad de su Orden, y el *Primer Troyano*, galera de los mercaderes de Alejandría, armado con veinte cañones y en el vientre cien asesinos a remo. Mister Jones conocía todas las naves de Tierra Menor y por ocultos caminos enviaba a Londres partes cifradas relatando los descubrimientos geográficos y las artes e industrias de las tierras.

## IV

Se arrastró sobre los codos hasta alcanzar el matorral. El potro, apretado por el jinete, se daba a corcovos y brincos. Ahora podía contemplar a sus anchas los ejercicios del boyero real. Con brusquedad había llevado el potro hasta el muro y le obligaba a empinarse frente a las peñas. Lo soltó, y el tabanco, nervioso y encendido, se echó a una carrera loca. Rafael cantaba, azuzando con alaridos la furia del bruto. Lo frenó, seguro y raudo, en una vuelta, y lo calmó, al paso, con una jerga lenta y



salmódica. El animal obedecía como una sierpe a la flauta.

Mister Jones atravesó el campo con el sombrero de anchas alas en la mano.

—Soy el caballero Rafael.

—Soy mister Jones, de Liverpool.

—¿Cristiano?

—Metodista.

—Conocí un metodista en Jauja. Enseñaba a teñir el algodón. Tenía su escuela en los jardines públicos. Su mujer era francesa, muy hermosa. Teñían las hilas con púrpura y con aceites venenosos y por este delito los ahorcaron. ¿Conocéis Jauja?

—No conozco ningún puerto de Indias.

—Es llana como la palma de la mano; siempre es primavera y nunca llueve. Roja como la grana la tierra, la ciudad es blanca como la paloma. Las mujeres, desnudas, duermen en las fuentes. ¡Mala ciudad para un cristiano! La fundaron los ladrones de tumbas con las riquezas expoliadas en los sepulcros de los troyanos.

—Conozco sus guerras. Troya nació para morir.

—En Troya había menos caridad que fe. Rafael había entregado las riendas del caballo a un criado. Con cordialidad tomó a mister Jones del brazo.

—No conozco tu país ni he hecho la carrera del estaño. Dicen que tu tierra es un reino hermoso, aunque pobre, y que vosotros, aunque nobles, sois soberbios.

—Amamos el poder y las comodidades que regala la riqueza.

—Eso decían los de Troya de ellos. ¿Qué buscas entre nosotros?

—Busco la forma de los vasos antiguos para averiguar, por ella, dónde nacieron vuestros abuelos.

—Los vasos los entregó Luzbel a los falsos profetas. Según eso, mis abuelos vinieron de los infiernos.

—No lo creo así. Vendrían de Escitia, cuando se hundió la tierra bajo los golpes del mar. Y allí volveréis, a las orillas donde nace la vid y a las colinas coronadas de robles.

—Cuando venzamos a la Ciudad Muerta, si no es falsa la profecía.

—Dicen que uno de sus hijos la quemará. Comenzará el fuego por la puerta de los Olivos, donde está enterrado Baltasar, el que sembró de sal los prados y las vegas.

—Y seguirá por el Campo del Volante, donde se educan los hijos de los Príncipes de la sangre. Arderán los columpios y el castillo donde los donceles se adiestran en la espada y la geometría.

—El fuego se correrá al barrio de las Mujeres y arderán los lupanares y las tiendas donde se bebe la leche de yegua.

—Por el arco de la Ciega el fuego alcanzará los muros de los harenos. Los guerreros romperán las cadenas y echarán suertes sobre el tambor del Tirano...

—Echarán suertes para elegir el violador del foso.

—Sí. Le tocará a un lancero de nombre extraño. Si tiembla cuando su caballo brinque sobre el abismo, nada, entonces, podrá detener las llamas. Arderán las calles

de los oficios, la casa de los Limones, el palacio de las Seis Doncellas, los cerezos de la laguna, en la que el Tirano se ahogará al huir hacia el río en la lancha de un vendedor de aceituna...

Mientras Rafael y mister Jones conversaban Leonor bordaba una ciudad imaginaria, con tres puertas. La aguja más fina, enhebrada de oro, se le clavó en el índice. Una pequeña gota de sangre cayó en la seda, ante las tres puertas de la ciudad de oro y azules.

## SEGUNDA PARTE

*Quelque fois, comme Eva  
naquit d'une côte d'Adam,  
une femme naissait pendant  
mon sommeil d'une fausse  
position de ma cuisse.*

M. PROUST: *Du côté de chez Swann*

### I

«**L**ENTAMENTE. Ahora puede asomarse del todo. Mejor el pañuelo que la túnica. Mejor los hombros desnudos que bajo el pañuelo. Ruborosos. Fríos. Entre ruborosos y fríos. Empezará él a hablar. Es mejor. Pero no en la ventana. Bajo las rodillas. Mis piernas están sobre su cuerpo y siento latir su vientre. Lo veo muy confusamente porque lo conozco. Lo conozco mucho. No estuvo nunca en la ventana. Cuando me di cuenta de que estaba a mi lado, ya lo apretaba contra mí. Estoy al borde de algo. Ahora se sonríe. Si pudiera meter la cabeza por la persiana, estaría más cerca. Es altísimo. Mi brazo derecho. Estoy sobre su cintura, pero su rostro sigue lejos. Terminaré por no oírlo...». Así era la literatura de Pamela, sobrina de mister Jones.

—Miss Pamela Jones. El caballero Rafael.

Ella se aburría escribiendo esas largas novelas, en las que se trata de la evolución de la burguesía.

### II

Rafael, apoyado en el quicio de la puerta, veía el ir y venir de los cargadores.

—¿Qué cargan ahora?

—Cargan espejos para los sepulcros de los tirios.

Miss Pamela tenía una boca grande, abierta, el labio superior montando, con burlona expresión, el otro labio.

—¿Se entierran con espejos?

—Aprenden así a no tener vanidad. Sus almas contemplan día a día en los espejos la carroña del cuerpo, transitada de gusanos. Cada cien años quemar los cadáveres

que se han mantenido incorruptos.

—Odio las costumbres bárbaras,

—No son costumbres, Pamela.

Miss Pamela paseaba por el bosquecillo. Rafael se sentaba a su lado, en la fuente de la alameda.

—Dicen que os casais con Leonor, la hija del torrero.

—Leonor es hermosa y su padre tiene oficio del rey. Yo soy un proscrito.

—Pero vuestro nombre viene en las profecías.

—Nunca quemaré el Campo del Volante ni el barrio de las Mujeres.

—¡Y yo que querría escribir vuestra historia!

Las conversaciones eran lo de menos. Miss Pamela se ruborizaba y desvergonzaba, alternativamente. Empezaron por besarse. Pamela decía que aquello era bueno y entornaba los ojos como si hubiera conocido secretos de viejas cortesanas. Rafael se sentía fuerte y capaz de ser un poco bruto. Pamela se reía, con una risa sofocada que le sacudía el pecho.

—¡Me harás daño!

Rafael no contestaba. Verdad es que no podía, porque la sangre se le había hecho nudos en la garganta. Pamela intentaba huir, pero no había ni puertas ni ventanas, sino hierba olorosa a camomila y un cielo de severo azul, que sólo cruzaban las nubes húmedas que nacían en los ojos de Pamela Jones.

### III

Mister Jones alquiló cinco camellos en el mercado y un guía sármata, vestido de pieles. Con el guardián de los Caminos estudiaba el itinerario.

—Llegaréis en seis jornadas al linde de las praderas. Medina, mercado de los trigos, os ofrecerá posada. Pagaréis en lienzos a los jinetes y atravesaréis sus campos hasta el desierto. Llevad una túnica de seda adornada de flores para regalársela a la hija de un jinete. Diez noches viviréis con ellos y os darán licores de hierbas. En la frontera del desierto os esperan los guerreros de la Ciudad Muerta. Compraréis con oro el santo y seña, grabados en un disco de hierro.

Rafael no acudió a despedir a Pamela. Se había dormido al acuneo del velero, en el entrepuente, desnudo sobre unas mantas. El aire caliente hacía sudar los cordajes.

# TERCERA PARTE

## LA CIUDAD MUERTA

### I

**E**L maestro de los pavos cubre su calva con un bonete verde, insignia de su oficio. Se sienta en el albote de piedra y remueve, en una fuente de hierro, la pasta de maíz con almendras. Levanta el cucharón para averiguar si está lo suficientemente espesa, y la huele con deleite.

El maestro de los pavos vive en la calle de los Panaderos; viudo sin hijos, tenía una criada vieja que no hacía más que gruñir; la criada se murió de un repente. Maestro Antón buscó una criada joven, regordeta y reidora. Maestro Antón se compró un bonete nuevo y pasea por su jardincillo seguido de un lanero chato, que ladra alegre. Maestro Antón entra en la casa abrazando por la cintura a Juana, que ríe siempre.

La señora Cristeta, esposa del alcalde de los reposteros, se pone enjarras, enrojece y chilla.

—¡Desvergonzados!

Maestro Antón ni vuelve la cabeza. Juana se ríe mucho, mucho. La señora Cristeta, que aún tiene buen ver, besuquea un loro pequeñito, vicioso de sus labios, que ya aprendió a llamar desvergonzados al maestro de los pavos y su fresca doncella.

### II

Los teólogos pasean bajo los arcos de herradura del Cantón de las Armas. Antaño era lugar reservado a los caballeros. Cuando los arbitristas derrotaron en el Senado a la nobleza, los teólogos escogieron como cátedra la plaza de las Horcas, y como paseo el Cantón de las Armas.

Aún no se ha acallado el eco de las grandes disputas sobre los agüeros cuando llegó la polémica de las imágenes. Dominus Petrus defiende la belleza y el ejemplo moral de las estatuas de los lanzadores de discos. Sus argumentos son refutados por los jóvenes que han nacido cuando en los escenarios triunfaba la comedia y en el Campo del Volante las muchachas subían a los columpios.

—Yo he conocido al discóbolo Jacinto, que midió con la fuerza de su brazo la

brevidad de la plaza de las Torres. Fue padre amantísimo de doce hijos y murió en las guerras de Troya. Su estatua era visitada por la madre de los soldados, y nunca se atrevieron a mancharle las palomas. Teológicamente hablando, creo que en aquel duro mármol los ojos del creyente han encendido una llama de amor y en sus tres fuegos...

—Dos, Dominus Petrus, dos. Tres fuegos supondrían, según los exegetas, poder medicinal en la estatua.

—Tres fuegos, Dominus Gregorius, tres. Según la Tabla, llamas de tres fuegos son las de los médicos y las de los políticos.

Defiendo que la Discobología es ciencia político-moral, fomentadora del heroísmo.

Los teólogos suspendieron sus arduas conversaciones y se agruparon alrededor del alguacil Américo, que contaba entre risotadas cómo detrás de la Estatua de la Ciudad había sorprendido a una pareja brizándose patas arriba. La Ciudad está representada entre los Jueces y los Doctores, y la columnata regala una dulce sombra a la hierba corta de la alameda.

### III

El armero tira del barquín, y el carbón de la fragua estalla en mil burbujas de fuego. Ha pasado el mes de noviembre, el bruñido de lanzas. Diciembre está en los campos, acallándolos con nieve. La nieve amanece sobre la tierra, cebándola para las siembras. El armero, pese a la nieve, suda en su fragua tirando del barquín. No forja arma ni arca, las dos únicas cosas de su competencia. Forja dos pequeños zapatitos de forma china. El armero tiene una nietecita, y son para ella los zapatos. El armero tararea una canción de antes de la maldición de los bosques; la canción habla de ciervos y doncellas, y en su estribillo alude a las frescas hierbas. Ha doblado la punta de un zapatito y ahora lo aherroja a un asa labrada, que hace como una cola en el talón. ¡Cómo le gustarán a la nieta!

En la puerta de la fragua ha aparecido un hombre del Oficio. Sus largas ropas negras caen en pliegues, ordenadamente. La pluma negra de su negro bonete se bambolea suave.

—Armero, has faltado a las santas reglas de tu competencia.

Y no dice más. Dos días después, el armero era colgado en la Plaza de las Horcas. Los teólogos consumieron la mañana en una hermosa discusión sobre las plumas pares de los halcones y su agüero sobre las guerras.

## IV

Diez generaciones de labriegos. El Gonzalo fundador conoció los nabales y las primeras viñas, las pradanas de la hierba seca, el granado trigo. Otro Gonzalo conoció los primeros maíces, que medraron viciosos y alegres, con pompa no usada: los granos, tal era el humor de la tierra, eran como de oro.

Otro Gonzalo sembró patatas, la planta que vino a remediar la sequedad de la tierra en los años del hambre. El abuelo asistió, con lágrimas en los ojos, a la siembra de sal cuando los soldados y los arbitristas levantaron Tirano. Hasta la última hierba se murió. El padre murió en prisiones por no querer renunciar a la tierra. El hijo es ahora hombre del Oficio, uno de los diez mil ojos de la Tiranía. Ha denunciado a una pobre mujer que hace la comida para las guardas de las fronteras y que en la ventana de la cocina cuida, en un cajón, una débil cosecha de clavellinas. La ley dice: «Desde la pradera hasta la ciudad, no crecerá una hierba...».

## CUARTA PARTE

*Pero Napoleón ha muerto y lo han enterrado en un ataúd de plomo, bajo las arenas de Longwood, en la isla de Santa Elena. El mar inmenso lo rodea. No hay nada que temer.*

E. HEINE: *Französische Zustände*

### I

**R**AFAEL hablaba con Leonor. Vestía las ropas ligeras y oscuras de los soldados. Con la mano diestra acariciaba el reluciente pomo de la espada, finamente labrado.

—Regresaré por mar.

—Mi hermano no ha regresado. El confesor llegó una mañana y me tocó los ojos. «¡Sea la voluntad de Dios!», dijo. Si tú no regresas, nadie vendrá a decírmelo. Yo sabré la noticia en el mercado, un día cualquiera.

—Te mandaré palomas con cintas. Cruzarán la mar para decirte que te amo y vivo por ti.

—Esperaré las palomas en el ventanal, y te las devolveré con anillos de plata para decirte que no te olvido.

—Llevaré tus anillos conmigo y los mojaré cada día con lágrimas.

### II

Leonor se asomaba a los barandales de las luces verdes y azules. Leonor se asomaba a los ventanales que se encienden con el alba y a los que se cierran ante el viento norte. Leonor iba a las fraguas, donde los forjadores reciben noticias de las espadas, y a los mercados, donde las comadres chachean las últimas noticias de los caminantes. Leonor, con su alta espalda, se sentaba bajo los cerezos y sostenía largas conversaciones con la sombra de Rafael, que se le aparecía, húmeda y fría, en la linde del bosque, donde comienza, blanca y ardorosa, la playa.

—Es preciso que regreses, Rafael. No me basta tu sombra. Tu sombra no puede besarme si estoy despierta, ni alzarme en sus brazos cuando juego en el baño, ni



darme hijos, ni mentirme cuando paseamos por la oscura alameda...

Leonor cruzaba los brazos sobre el pecho. Volvió a sus bastidores, a las labores antiguas. Por aquellos días vino la escasez de la sal y hubo que hervir agua de mar en la playa. Leonor, con un asalarín viejo, mecía en hervor aquella amarga espuma que, cuando era mar azul, llevaba en sus lomos la nao capitana del caballero Rafael.

### III

Amaneció de oro la bocana, la bahía de plata, el mundo de azul. Los cristianos llevaban a Nuestra Señora a la bendición de los obradores. Los maestros alfareros exhibían su colección de jarras y jarros, tazas y vasos y los porrones del verano, para que la frescor del agua no se mude, abrigada por el barro. Leonor era madrina de una bendición. Tuvo que subirse al aparejo y con su pie hermosísimo, calzado de raso, iniciar el pulo de una rodela. En marcha la rueda, apretó la masa el maestro, la izó, ahondola con los pulgares, la rodó a palma abierta, ciñó el meñique a la cuna y salió la taza, esa taza ancha y sin virtud que se escacha en las bodas cuando el borde ha sufrido cien veces la coyunda del labio y del vino.

### IV

En el campamento, Rafael hablaba con los ancianos. Se discutían los dos más recientes artificios de la ciencia militar: la lombarda y el *ordo lunatus*, la media luna, primor de la instrucción oriental.

Rafael, sentado frente a la hoguera de carroña, soñaba con la lejana ciudad y ensoñaba en Leonor. Ni el olor oscuro de la hoguera lograba desviar, en el ensueño, el olor a Leonor, que no era de canela ni de palma, de campo de lino ni de mercado de frutos; olor de mujer, de carne blanca y de calor, de temor y de alegría.

—Leonor —decía Rafael—, adoro en ti los vientos salobres y los otros, la primavera y el invierno, las hijas de los jinetes y las hermanas de los soldados, lo que me das y lo que me niegas, mis mañanas de infancia y mis soledades de marinero...

Rafael bruñía su lanza y se ejercitaba ante el disco de viento, detestable invención veneciana, donde es sabido que nunca hubo arte de caballería.

### V

—El parte de Tierra Menor, señor secretario. El secretario abrió el largo sobre. Extendió sobre la mesa el plano de Troya. Entraron varios oficiales del Estado Mayor.

El secretario leyó la comunicación de mister Jones. A Londres le interesaba la guerra de Troya por diversas razones.

Y mister Jones era un excelente vigía.

—Algún día, señores, se escribirá un hermoso libro con los partes de nuestro agente.

Llegó Pamela Jones. Tenía que explicar varias cosas.

—Las guerras de Troya han de ser estudiadas desde un nuevo punto de vista. Yo llevé en mi viaje, para entretenerme, *La Femme Pauvre*, de Leon Bloy. «Por más que fuera cismática y muy pérfida, manchada de ignominia, chorreante de ojos arrancados y de sangre podrida, por más horror que diera a los papas y a los caballeros, era ella, a pesar de todo, la puerta de Jerusalén, en donde los buenos pecadores tenían la esperanza de morir de amor». Las guerras de Troya son un trozo, excepcionalmente importante, de la historia universal. Combaten dos profecías; mi padre dice que combaten dos artes de jardinería. El caballero Rafael no vencerá en el asalto a Rodas. Y su prometida, Leonor, se enterará cualquier día de la muerte del piloto.

El secretario quería datos concretos.

—¿Y los jinetes?

—La pradera es verde y el viento silba, silba, verdaderamente.

—¿Y los jinetes?

—Los jinetes son una gente extraña, de hermosas costumbres. Suelen atacar los convoyes de Jauja y las caravanas de los tirios. Una vez atacaron la retaguardia troyana.

Pamela era un buen agente. El secretario tomó unas notas.

Pamela salió con un oficial.

—Una hermosa mañana, Pamela.

—Hermosa. Me moría por ver estas mañanas grises y frías. Necesitaba ver irse, como en humo, mi aliento al lado de tu aliento. Te he sido muy infiel.

—¡Eres encantadora!

—Me dejé abrazar por Rafael, por un soldado de Troya, por los hijos del rey de los Jinetes. Eran dos nada más.

—Ahora no volverás a Tierra Menor, y te abrazaré yo, único señor, en la ciudad, en el bosque y en la playa. Te amo, Pamela.

Pamela llevaba un sencillo traje sastre; una boina verde coronaba su pelo rubio. No podía decirse que tuviera un aire inocente.

—Iremos a mi casa, a que conozcas a mi madre.

Pamela hablaba y hablaba.

—Todo es diferente. Sus manos se ceñían a mi garganta como para ahogarme. Quería que me ardiera la cara, para besarme luego. Un hombre extraño, pero bello y

fuerte. Morirá de fiebres y de hambre. Lo siento.

—Vienes impresionada.

No pudieron hablar más, porque se echó encima un auto que gateó sobre sus cuerpos y se rompió contra la esquina, con tremendo estrépito.

En el bolso de Pamela se encontraron versos, un amuleto, una barra de *rouge* y dos espejos. Los versos eran dulzones y alambicados, insinceros. Naturalmente, dedicados a Rafael. No hablaban del jinete, ni del boyero, ni del piloto. Hablaban del galán, de un galán pegajoso y torpe. Una verdadera indecencia.

# FINAL

## I

— **N**O regresará.

Leonor rozaba con su cabellera los peldaños. La música, violenta zahola de tambores, atronaba y quebraba vidrios, que caían como espinas sobre las mujeres. Con espadas, los guardias contenían a las madres frente al muro de la Cámara Regia.

Habló el maestro Rodolfo, subido a un carro de labriego.

—Mujeres: no es para tanto, no es para tanto. El caballero Rafael no era hijo de la ciudad. Su ánimo deportivo se os hizo simpático, pero no era para tanto, no. A algunas os hizo madres y a otras abuelas. Considerad que escasa razón tiene Leonor para llorarlo. No era un guerrero propiamente dicho. Conducía bueyes y naves, troyano al fin y al cabo. ¿Y cristiano, era cristiano? Seguramente que en el fondo de su corazón vivían los dioses, que andarían por sus entrañas como por bosque frondoso. Y no murió de hierro ni de pelota de alquitrán, sino de fiebre del desierto. Ni uno solo de nuestros reyes conoció el sudor en las guerras contra la Asesina. ¡Valiente sangre del mancebo!...

## II

No convencieron a nadie las palabras del maestro Rodolfo, aunque era piadoso y tenía un palomar. Las mujeres lloraron seis días en la plaza y cantaron las ofrendas en los atrios. Aunque era edad de escasez, hubo pan trigo en todas las iglesias. Leonor, con su larga cabellera suelta, alquiló plañideras de las Pitiusas, que gritaron ante el Obelisco sus rezos bárbaros y amargos. Leonor, vestida de blanco, echó arena en los vasos de la boda y apagó las luces del Faro de Alejandría durante dos noches. Nadie se opuso a tanto dolor ni se rieron, con su burla chocarrera, los marinos de los veleros.



ÁLVARO CUNQUEIRO. Nació en 1911 en Mondoñedo (Lugo). Fue uno de los escritores más grandes de nuestro siglo tanto en castellano como en gallego, durante muchos años dirigió el Faro de Vigo y colaboró toda su vida, con artículos de toda índole, en varias revistas españolas.

Al fallecer, en 1981, dejó tras de sí novelas como *Las crónicas del Sochantre* (Premio nacional de la Crítica en 1959), *Merlín y familia*, *Cuando el viejo Simbad volviera a las islas*, *Las mocedades de Ulises*, *Un hombre que se parecía a Orestes* (Premio Nadal en 1968) y *La vida y las fugas de Fanto Fantini*, así como ensayos gastronómicos y una infinidad de crónicas sobre todo aquello con lo que alimentaba cada día su insaciable curiosidad.

# Notas

[1] *Pronto es siempre allá. País-sin-Nombre: / pues donde va el cuerpo siempre  
amanece. / Dime si puedo desenterrar los días. (Resucitado, poema de Herba aquí e  
acólá, 1980).* <<

[2] Los detalles completos de las obras mencionadas pueden consultarse en la selección bibliográfica preparada para esta edición. Las citas en gallego se transcribirán siempre en su versión original, con la correspondiente traducción al castellano en nota a pie de página.

«La obra del escritor mindoniense mira tanto para la realidad real como para la mágica o maravillosa, y no es tampoco ajena al orbe de lo fantástico. (...) Para mí es fundamental en Cunqueiro el estímulo de la realidad gallega y de nuestra cosmovisión erigida en *interpretante* o filtro cultural a la hora de leer el mundo, junto a la tradición secular de la materia de Bretaña, que, lejos de estar en contradicción, por su elitismo, con lo popular se imbrica poderosamente en su médula». <<



[3] Contestación escrita, con fecha 3 de febrero de 2010, a un cuestionario enviado a Manuel Fraga por el autor de esta nota introductoria. <<

[4] «Cunqueiro se metió en la rueda sin pensar, por inercia, con poca responsabilidad y fue inauténtico, pero, en el fondo, nunca fue franquista». Declaraciones al autor de esta introducción, realizadas en Vigo el 25 de noviembre de 2009. <<

[5] *El Pueblo Gallego*, 8 de enero de 1959. Entrevista de Pedro Rodríguez. <<

[6] *Yo nací / —entre los zuecos y los relámpagos / en mitad de la noche— / cuarenta y siete días después del primer aeroplano. (Limiar, de Poemas do sí e non, 1933). <<*

[7] Emitida el 17 de enero de 1978. <<

[8] Los textos en gallego se citan en su versión original y se traducen al castellano en nota a pie de página.

«Yo, poeta en esta pequeña Galicia, quisiera que no pasara la fecha de publicación de estos poemas sin que García Lorca recibiera pública muestra de hermandad y de gratitud. (...) De algún modo, amigos Blanco Amor, Iglesias Alvariño, Carballo Calero, Sigüenza, Pimentel, Bouza Brey..., sería bueno que nosotros los que somos poetas en Galicia, le dijéramos a Federico García Lorca nuestro amor». <<

[9] Declaraciones realizadas por Francisco Fernández del Riego al autor de este prólogo el 25 de noviembre de 2009 enVigo. «En 1936, Cunqueiro cogió miedo y fue cediendo desde que se refugió en Ortigueira. Después, se metió en la rueda sin pensar, por inercia, con poca responsabilidad. Era totalmente inauténtico. Admiraba a determinadas personas, como Pedro Mourlane Michelena y Rafael Sánchez Mazas, era un mitógrafo, pero nunca fue franquista. Hizo cosas irresponsables hasta que se refugió en Mondoñedo y allí lo borró todo: era un pasado en el que no se reconocía porque no era él». <<

[10] «El período que va de 1916 a 1936 se caracteriza por una intensa atención a la prosa, tanto artística como científica. (...) En aquellos veinte años, asistimos a la creación de la prosa moderna y a la aparición de los primeros ejemplares de novela, también moderna». <<



[11] «En la producción literaria de la *Época Nós*, se echa en falta», prosigue Anxo Tarrío, «algo que no encontraremos de una manera clara hasta Álvaro Cunqueiro. Algo que quedaba siempre sumergido, precisamente por la tendencia ideologizante, casi doctrinaria, que mostraron los autores de aquel momento. Me refiero al ludismo, al puro juego con las palabras y los temas, libre de preocupaciones que no fueran las propiamente literarias. (...) Álvaro Cunqueiro inaugura un nuevo *modelo de lector*, instancia de la escritura desde la que podemos también sondear los procesos de avance y retroceso de cualquier literatura». <<

[12] «La novelística de Cunqueiro, y en general toda su producción literaria, era y sigue siendo un erial injusto e injustificado en los estudios de las literaturas ibéricas contemporáneas. Se trata de un corpus que merece mejor suerte que una crítica que no hace sino prolongar los múltiples comentarios, siempre los mismos, de un lector ingenuo, cautivo de las estrategias de un escritor en exceso inteligente como para ser atrapado en sus propias redes. Cunqueiro, como otros muchos escritores con una concepción literaria similar (entre los que habría que incluir a Borges) no fue ajeno a esta *malversación de fondos*: en múltiples entrevistas y comunicaciones personales insistió en su despreocupación por la textualidad y en una aparente fascinación por la fabulación». <<

[13] «Ando limando y enredando en *As crónicas do sochantre*. Va quedando a mi gusto, y este mes estará en Vigo. Creo —y sabes que no anda por mi cuerpo, aun cuando lo paseen muchos demonios, el trago de la vanidad— que es una novela en la línea de la gran novela del XIX». <<

[14] «Cosas de mi infancia afloran con frecuencia en mi obra por los canales más imprevistos. A veces, ya después de escribir y publicar un libro, al releerlo, me doy cuenta». <<

[15] «Pude ver, en años pasados, muchos otros paisajes diferentes, en Europa y en otros continentes, pero nunca supe contarlos si no los reducía a mi paisaje. (...) Nunca supe pintar otra cosa que este reino en el que nací, y cuyos linderos, bosques, fuentes, caminos y posadas digo con la lengua maternal». <<